

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE CIENCIAS DE LA INFORMACIÓN
Departamento de Periodismo I
(Análisis del Mensaje Informativo)



**EL MENORQUÍN ESTEBAN AMENGUAL, PIONERO DE LA
CRÓNICA DE VIAJES : ANÁLISIS REDACCIONAL DE SUS
APORTACIONES, 1861-1872**

**MEMORIA PARA OPTAR AL GRADO DE DOCTOR
PRESENTADA POR**

Miquel Àngel Limón Pons

Bajo la dirección de los doctores

**Juan Cantavella Blasco
María Jesús Casals Carro**

MADRID, 2013

UNIVERSIDAD COMPLUTENSE DE MADRID
FACULTAD DE CIENCIAS DE LA INFORMACIÓN
DEPARTAMENTO: PERIODISMO I

TESIS DOCTORAL

**El menorquín Esteban Amengual,
pionero de la crónica de viajes:
Análisis redaccional de sus aportaciones, 1861-1872**

Doctorando: Miquel Àngel LIMÓN PONS
Directores: Dr. Juan Cantavella Blasco y
Dra. María Jesús Casals Carro

ÍNDICE GENERAL DEL ESTUDIO

— Resumen / abstract

— Dedicatoria

— Presentación y gratitudes

1. Evocación personal retrospectiva
2. Unas gracias sinceras a mis protectores

— Formulación del estudio y metodología

1. Formulación
2. Campo teórico y campo empírico
3. La vertiente empírica del estudio
4. Delimitaciones y análisis
 - 4.1. Dos delimitaciones formales
 - 4.2. Analítica periodística
5. Las fuentes

Primera parte

La crónica: Tríada de un género milenario

Capítulo I

La crónica periodística: Un género de cuádruple hibridación

- 1.1. Observaciones generales sobre la hibridación de la crónica

Capítulo II

La crónica periodística a la luz de la crónica histórica

Capítulo III

La crónica periodística a la luz de la crónica literaria

- 3.1. Una aproximación a la cuestión
 - 3.1.1. Unas consideraciones sobre el novelista cronificado
- 3.2. El hombre, un contador de historias
- 3.3. Del Nuevo Periodismo al periodismo literario
 - 3.3.1. El caso de Truman Capote

Capítulo IV

La crónica: Largo deambular entre definiciones

4.1. La complejidad poliédrica de un género

Capítulo V

La crónica periodística moderna: Pioneros, marco doctrinal y teorías

5.1. Planteamiento de la cuestión

5.2. Las teorías ‘pioneras’

5.3. Las teorías coetáneas sobre la crónica

5.3.1. La primera generación

5.3.2. La segunda generación

5.3.2.1. Antonio López Hidalgo

5.3.2.2. Llorenç Gomis

5.3.2.3. Juan Cantavella

5.3.2.4. Rafael Yanes

5.3.2.5. Miguel Ángel Bastenier

5.3.2.6. Juan Carlos Gil González

5.3.2.7. Manuel Bernal Rodríguez

5.3.2.8. Álvaro de Diego

5.4. Compendio de conclusiones. A manera de síntesis final

Capítulo VI

Viajes y literatura. Un océano de geografías y letras

6.1. El ser humano: *animal in via, specie vagante*

6.2. El viaje: Una raíz humana y filosófica

6.3. La literatura de viajes: modalidades y nombres señeros

6.3.1 Textos clásicos dedicados a las Baleares

6.3.2. El *Grand Tour*: Una edad de oro

6.3.2.1. Unos casos menorquines

6.3.2.1.1. Una historia que es un epistolario y una periégesis

6.3.2.1.2. Diarios y papeles de un capellán

6.3.2.1.3. Un viajero ilustrado menorquín a la inglesa

6.3.2.2. Menorca: Nueva mirada de síntesis al XIX y XX

6.3.3. Características de la literatura de viajes

6.3.3.1. Otros modelos de literatura de viajes

6.3.3.1.1. Un viajero científico en Menorca

6.3.3.1.2. El archiduque Luis Salvador: príncipe geógrafo

6.3.3.1.3. Otros viajeros científicos

6.4. Otras modalidades de textos viajeros

6.5. Literatura de viajes y preceptiva literaria

6.5.1. El orden cronológico

6.5.2. El orden espacial

6.5.3. La forma de presentación del relato

Capítulo VII

Viajes y periodismo: Un océano de corresponsalías y crónicas

7.1. Viaje, periodismo y textos: Una delimitación de conceptos

7.2. Corresponsalía de guerra: germen de la crónica viajera

7.3. Algunos tratadistas de la crónica viajera como precepto

7.3.1. José Luis Martínez Albertos

7.3.2. Manuel Bernal Rodríguez

7.3.3. Celia Forneas

7.3.4. Mariano Belenguer

Segunda parte

Esteban Amengual Begovich, el cronista marino

Capítulo VIII

Biografía de un marino de todos los mares

8.1. Raíces y nacimiento

8.2. Trama familiar

8.3. Formación y primeras prácticas marineras

8.4. Aspirante piloto

8.5. Comienza la carrera atlántica

8.5.1. Su ‘bautismo’ cronístico en Crimea

8.6. Nuevas experiencias en alta mar

Capítulo IX

La navegación que engendró crónicas

9.1. Entretenimiento de ciento veintitrés crónicas

9.2. Amengual y la empresa naviera de su tiempo

9.3. Compendio de su hoja de servicios

9.4. La producción bibliográfica

Capítulo X

Una diacronía de las prensas y la prensa menorquinas

10.1. Raíz de la prensa insular

10.1.1. El *Diari de Mahó* del capitán Roca

10.1.2. Otros diarios privados de España

10.1.3. *Los Anales Menorquines* de Aledo

Capítulo XI

Los orígenes periodísticos (1811-1837)

- 11.1. De la Constitución de Cádiz a la Regencia de María Cristina
 - 11.1.1. Las primeras imprentas menorquinas: una consideración

Capítulo XII

La prensa insular de los años isabelinos (1855-1868)

Capítulo XIII

Prensa insular y Sexenio Revolucionario (1868-1874)

Capítulo XIV

Primera delimitación formal de las crónicas de Amengual

- 14.1. Una *topografía* del material
- 14.2. Ordenación de las crónicas por cabeceras de prensa

Capítulo XV

Segunda delimitación formal de las crónicas

- 15.1. Naturaleza de la cronística de Amengual
- 15.2. Contexto histórico-generacional
- 15.3. Raíces epistológicas de las crónicas
 - 15.3.1. La *inscriptio*
 - 15.3.2. El *exordium*
 - 15.3.3. La *narratio*
 - 15.3.4. La *subscriptio*, o conclusión y final
- 15.4. Los grandes grupos tipológicos

Capítulo XVI

Primer análisis periodístico. Las tipologías cronísticas de Amengual

- 16.1. Marco teórico y conceptual
 - 16.1.1. Primeros ensayos de cronística viajera española
 - 16.1.2. Una cronística que fue un manojo de variedades
- 16.2. Ordenación de las crónicas
 - 16.2.1. Tipología semántica
 - 16.2.2. Tipología morfológica
 - 16.2.3. Tipología pragmática

Capítulo XVII

Segundo análisis periodístico. Los géneros en Amengual: La información

- 17.1. Apuesta por el periodismo informativo
- 17.2. La información y la noticia en Amengual

Capítulo XVIII

Tercer análisis periodístico. Los géneros en Amengual: La crónica

18.1. La crónica: el Amengual que informa e interpreta

18.2. La crónica de guerra: marco histórico y periodístico

18.2.1. Tipos y formas de la crónica de guerra

18.2.1.1. Crónicas de la Guerra de Secesión

18.2.1.2. Crónicas de la Guerra de los Diez Años

Capítulo XIX

Cuarto análisis periodístico. Los géneros en Amengual: El reportage y la crónica geográfica

19.1. Una delimitación de conceptos periodísticos

19.1.1. Las correspondencias geográficas

Capítulo XX

Quinto análisis periodístico. Los géneros en Amengual: Crónica de experto y crónica de itinerario

20.1. La crónica como especialidad temática

20.2. La crónica de itinerario

20.3. La correspondencia residente

— Conclusiones finales

— Bibliografía general del estudio

— Anexo documental

El menorquín Esteban Amengual, pionero de la crónica de viajes: Análisis redaccional de sus aportaciones, 1861-1872

Resumen

Un marino mercante español, Esteban Amengual Begovich, originario de Menorca, acumuló a lo largo de su vida (1829-1901) un considerable expediente de singladuras, particularmente en la ruta atlántica. A bordo de las naves a su mando, llegó hasta las remotas Filipinas. El hecho, que pudiera no revestir ningún interés fuera de la náutica y el comercio, resulta que atesora una obra periodística, hasta hoy desconocida. Amengual, armado de un nascente sentido del periodismo y la información noticiara, acabó forjando una valiosa cronística de viajes, justo en una hora histórica en que el periodismo español había iniciado sus primeros pasos en esa especialidad por medio de nombres señeros como Alarcón, Núñez de Arce y Víctor Balaguer, considerados los pioneros en España. Amengual, entre 1861 y 1872, produjo ciento veintitrés crónicas de viaje por América del Norte, el Caribe, Europa y Filipinas. Y de esa modalidad practicó una diversidad de estilos y de registros cronísticos, a saber: la crónica de guerra, la crónica geográfica panóptica, la crónica de experto temático y la crónica de corresponsal residente (o “stringer”). Para la historia de los géneros, y tras analizar a fondo su obra, cabe verlo como un ejemplo de un periodista informativo que practica los tres grandes grupos textuales: información, interpretación y opinión, con una modernidad inesperada para su tiempo en el que predominaba el periodismo doctrinarista. Un análisis redaccional de toda su obra cronística, a la luz de la preceptiva de la Periodística, así lo demuestra.

Palabras clave: Esteban Amengual; crónica viajera; crónica de guerra; periodismo corresponsal; periodismo informativo.

Abstract

The Spanish merchant seaman Esteban Amengual Begovich (1829-1901), who originated from Menorca, undertook a substantial amount of voyages (particularly on Atlantic routes) throughout his life with the ships he commanded reaching areas as remote as the Philippines. Such voyages, which away from the areas of seamanship and trade may not have attracted any notable interest, entailed journalistic works that until today had remained unknown. Amengual Begovich, equipped with a nascent sense of journalistic writing, compiled significant travel chronicles at a historic time when Spanish journalism was taking its first steps forward, through the work of renowned individuals such as Alarcón, Núñez de Arce and Víctor Balaguer, all of whom were considered pioneers in travel writing. Between 1861 and 1872 Amengual Begovich produced 123 chronicles of voyages through the Caribbean, Europe, North America, and the Philippines. These encompassed a diverse array of styles that involved war, geographic-panopticon, theme-specific and resident correspondent (stringer) chronicles. The history of the genre should be seen as an example of the informative journalist who

worked in three large textual areas: those of information, interpretation and opinion. This is shown through analysis of the work of Amengual Begovich in n view of journalistic precepts.

Keywords: Esteban Amengual; chronic traveler; chronic war; correspondent journalism; news journalism.



Esteban Amengual Begovich

*Korijen je bio hrvatski, Menorca srce, morski dopisnik tisuća morima.
Posvećujem ovu disertaciju na spomen STEPHENA AMENGUAL BEGOVICH.
To od danas ćemo uvijek biti živ*

*Fue croata de raíz, menorquín de corazón, corresponsal marino en mil
mares. Dedico esta tesis doctoral a la memoria de ESTEBAN AMENGUAL
BEGOVICH. Que desde hoy nos sea siempre viva*

PRESENTACIÓN Y GRATITUDES

1. Evocación personal retrospectiva

HA habido una etapa en mi vida de licenciado en Periodismo que ha transcurrido frenéticamente *pegada* a las páginas de la prensa antigua de mi isla natal, Menorca. He sido —aun hoy— un lector de diarios de doble flujo: los de mi tiempo montaraz y los del pasado lejano, aquellos de pulso cardíaco rectilíneo.

Durante años, junto a la información política urgente para el periódico en el que he velado armas profesionales para el *scoop*, me ha gustado con delirio encerrarme en la soledad de las hemerotecas del Ateneo de Mahón. A los ruidos de doble filo de las fuentes y las gargantas profundas de la crónica del día, he puesto el contraste de la mudez cartujana de las cabeceras de prensa de ayer, dormidas en un callejón sinfin.

Libracos enormes de mal manejo; gavillas de hojas secas formando pliegues de periodismo que nadie leía ni se sabe desde cuándo, acabaron por llenarme del más positivo interés. Así, una y otra vez he ido al encuentro de ese periodismo de celda monacal, hasta que la luz resplandeció en la raya del horizonte. En un cierto momento, reparé que mis libretas de apuntes llevaban acumuladas tantas o más notas procedentes de la exhumación como de declaraciones en exclusiva para sorprender la portada del día siguiente.

Sin saber exactamente qué buscaba, lo he leído todo de la prensa vieja de Menorca: anuncios ingenuos de charlatán; gacetillas de información-opinión en el habitual revoltillo doctrinarista; grises artículos ideológicos, prolijos y enfáticos, más bien amazacotados pero cultísimos. He ojeado con sonrisa leve bandos municipales; exhortos de actuarios y jueces de plastrón; notas de sucesos, movimientos marítimos y agendas religiosas, peleas de ayuntamiento o reseñas pedantes de teatro aficionado. O he

pulsado el pundonor ideológico, recalcitrante, que se gastaban entonces los gacetilleros, ahora por un *quítame allá esas pajas*, ahora por un trágico pronunciamiento de espadón.

Una cascada periodística del pasado ha ido agigantándose, pues, ante mis ojos, como las olas de un temporal que despierta. Imaginaos vosotros mismos si os pasara por la cabeza, de súbito, hojear todo el papel prensa impreso en un siglo... Eso me he visto practicar yo, a *benedictine modus*, en una cierta época, como digo, de licenciado en Periodismo.

Por mi parte, en el curso de la rara fiebre personal, no he interpuesto prejuicios, ni filtros selectivos a las cabeceras ya sepultas de aquel fascinante y arcaico periodismo decimonónico. Tanto me han dado los de derechas como los de izquierdas; la cabecera republicana o la católica; la satírica o la literaria sin estro, con señoritas angélicas como colaboradoras. Y así un año y otro y otro, un periódico tras otro.

En definitiva, había llegado a un punto en el que, durante las horas laborales, tenía que ir ojo avizor de no confundirme, no fuese el caso de mezclar las últimas declaraciones del barón centrista confabulado en la caída del ídolo de la Transición española con los agujoneos de opinión, por ejemplo, que iban y venían durante el destronamiento revolucionario de la reina Isabel, la Borbón castiza, exuberante y liberal de pacotilla.

Al cabo del tiempo, aquella gimnasia de periodismo retrospectivo me ha dado, a su vez, montañas de libretas completamente llenas de información transcrita; verdaderos repertorios de noticias políticas de la Restauración o del Sexenio; del Directorio de Primo de Rivera, o de la enloquecida República. Cientos de asuntos periodísticos se agolpan hoy en mis cuadernos de copiador a mano. Son los asuntos, sin duda, que engendraron la primitiva opinión pública de la sociedad isleña actual. Pero no es más cierto que, a la larga, han señalado un camino académico del que me siento contento.

Siempre he sabido, pues, que tenía que acabar garbeando la cosecha de la actualidad periodística insular del ayer. Por eso, no dudé un instante cuando el profesor Juan Cantavella me animó a cursar el doctorado. Aunque me sentía académicamente desamparado de todo ambiente universitario, no experimentaba, en cambio, duda ninguna. De lanzarme a la carrera doctoral —me decía—, deberá ser a propósito de una tesis dedicada al periodismo menorquín, naturalmente. Deberá poner solfa y partitura a ese mar informativo que he metido en mi escritorio. De lo contrario, sentiré despilfarrados veinte años de mi vida. Tanto sosiego claustral en las hemerotecas habrá sido inútil: una esterilidad vacua y solitaria lanzada al vacío.

No, en realidad, no. La elección no acarreó dudas. Me fue sencillo. Entre los oleajes del periodismo del pasado había detectado una serie muy homogénea de textos, suficientemente amplia y con visos de singularidad como para darle un enfoque de nueva investigación. Es así como enseguida que le confirmé el compromiso al profesor, fue ya para fijar un plan de rescate del naufragio en que se balanceaba, a la deriva, la figura y la obra de un *corresponsal marino*. Había decidido poner a salvo al mahonés Esteban Amengual Begovich, y con él, una prieta valija de crónicas.

He aquí, en consecuencia, el enunciado del presente estudio de tesis doctoral. Va dedicado a la recopilación, ordenación y análisis sistemático de su colección de textos periodísticos, compuesta por ciento veintitrés crónicas viajeras, publicadas entre 1861 y 1872 en los periódicos de la isla de Menorca. Aparecieron en una época en la que el periodismo español apenas se hallaba en el umbral mismo del periodismo viajero moderno. Sin embargo, era evidente que nadie —poquísimas personas— habían oído ese nombre. Desde luego, en los círculos académicos y universitarios de fuera de la isla, a buen seguro que *nadie*, en el sentido quizá absoluto de la palabra.

2. Unas gracias sinceras a mis protectores

Pero no sólo con azares íntimos se ha construido esta tesis. Después del sueño personal de un devorador de diarios ajados, ha venido la mano suave

y docta del catedrático Juan Cantavella, la principal de esta aventura. Le estaré de por vida agradecido, porque si difícil es hacer camino, más aún lo es hacerlo expedito. De ello se ha encargado él sin desmayo como director. Aunque sólo a mí cabrá imputar los reparos que pueda suscitar la investigación, si fuese del caso.

A lo largo de estos años de itinerancia, así en el ciclo formativo como en el de investigación para el DEA, la lista de personas e instituciones a las que debo una gratitud es muy larga. Nombraré, en primer lugar, a los servicios de hemeroteca del Ateneo de Mahón, en particular a su ya jubilada conserje, doña Magdalena Carreras, que me echaba una mano para sostener los tomos pesadísimos en la fotocopiadora. O a Juan Francisco Sánchez-Nistal, director de la Biblioteca Pública de Mahón. No sólo me atendió siempre con diligencia, sino que, tomando para sí mi búsqueda, acabó rescatando cuatro carpetas que contienen manuscritos, recortes de prensa, cartas y otros materiales que pertenecieron al archivo personal de Amengual. La documentación fue hallada en los Fondos de Donaciones que se custodian en el centro.

No puedo olvidar tampoco la tenaz y bienintencionada *vigilancia* que se ha preocupado de observar mi queridísimo amigo Manuel Elices Calafat, catedrático emérito de la Escuela de Ingenieros de Caminos, Canales y Puertos de Madrid. Él, que ha dirigido muchas tesis doctorales, sabía que, conmigo, había de aplicar la receta del interrogatorio periódico: «¿Qué, cómo llevas la tesis?», ha sido la campanilla siempre tintineante como acicate de fondo. Aseguro que su sonido no me ha dejado caer en lánguidos cabeceos en ningún momento. Gracias.

Luego, debo mencionar a mis profesoras del Doctorado: María Jesús Casals, Celia Forneas, Concha Adeo, o la saga de los Santamaría, madre e hijo. Con la primera, tengo una deuda especial. Además de querer avalar académicamente mi trabajo de investigación, siempre ha consentido que me *colase* en su despacho en mis viajes relámpagos a Madrid, con la lengua fuera y el asiento del avión sin enfriar. Con Celia Forneas guardo

una confesión: me enseñó a amar la crónica como género señor del periodismo, y me siguió atendiendo después de su jubilación.

En otro grupo, tengo muy presente los nombres de Josep Maria Casasús, catedrático de la Pompeu Fabra de Barcelona; y el de Álvaro Matute, de México.

En noviembre de 2011 compartí con el profesor Casasús una cena llena de amistad y de buenos consejos académicos, sentados en un oscuro restaurante de la diminuta villa de Es Mercadal, en el corazón geográfico de Menorca. Sus advertencias, sus sugerencias y sus pautas sobre métodos para abordar mi investigación me han acompañado a lo largo de los quince meses que me ha llevado la redacción de la misma.

Metido ya en harina de redacción, tuve la dicha de la atención personal que me dio, desde México, el profesor Matute. Por simple rutina de internauta, y sin que mediara conocimiento mutuo, un buen día le escribí un correo, para intercambiar pareceres sobre la crónica y su tríada milenaria. Con gran sorpresa, me contestó a las pocas horas, y no con palabras secas o cortantes. Todo lo contrario, abundó en sus teorías y, claro, pude reafirmar con su consejo magistral determinadas ideas que van en la primera parte de la tesis.

Hay todavía más nombres que salvar del fondo del tintero. En mi búsqueda de dietarios o anales manuscritos pertenecientes a la cultural menorquina, me abrieron sus puertas el bibliófilo ciudadelano Gabriel Julià Seguí; el cronista archivero de Ciutadella, Florenci Sastre Portella; el archivero de la Curia Diocesana de Menorca, Marc Pallicer; y el coordinador científico del Institut Menorquí d'Estudis, Josep Miquel Vidal Hernández.

No rehusaron las consultas circunstanciales, profesores tan solventes en sus campos de trabajo como Josefina Salord, Josep Sastre o Ignasi Mascaró. Pero hay un nombre que queda para siempre grabado a fuego, indeleble, en el largo, difícil e ilusionante proceso de elaboración de la tesis. Hablo del

catedrático jubilado Àngel Mifsud, pozo de sabiduría y de erudición humanística. A lo largo de los quince meses que he trabajado en la redacción de mi estudio, he compartido, por amistad indisoluble, el café de las mañanas. Sin parar, día tras día, he ido dándole cuenta de mis progresos, de mis frenazos, de mis deducciones y de mis propias teorías sobre el campo que investigaba. El latazo que ha tenido que amparar, ha sido formidable, lo reconozco. Pero él, lejos de abominar mi compañía matinal, me ha escuchado diligente. Y no contento, me ha pasado, ahora un libro, ahora otro, de su inmensa biblioteca. Y, no poco, me ha ido abriendo luz con un enfoque, con un antecedente aquí o allá. No creo exagerar que, en el día a día de mi tesis, ha actuado de animador, en una proporción pareja a la acogida de fondo que me ha dado siempre mi director, Juan Cantavella. Espero que, al dignarse a leerla, ambos se congratulen de este su discípulo¹.

Gracias a todos. Gracias también, emocionado, a las mujeres de mi vida que me han esperado y tolerado: a mi esposa, mis tres hijas y mi suegra, ella que me ha aliviado tantas y tantas tardes de los deberes paternos. Creo, no obstante, haber aplicado el tiempo a una causa justa. A mí, me ha llenado el alma de periodista que ama la cultura y el estudio.

¹ La vida humana discurre con un signo tan inescrutable e irreversible que, tristemente, dos de mis queridos amigos han fallecido mientras hacía la revisión de la tesis: Àngel Mifsud y Josep Miquel Vidal Hernández. Que la tierra les sea leve si el tránsito aquí abajo acaso les fue alevé.

FORMULACIÓN DEL ESTUDIO Y METODOLOGÍA DE TRABAJO

1. Formulación

ESTA tesis doctoral se presenta bajo el título de «El menorquín Esteban Amengual, pionero de la crónica de viajes: Análisis redaccional de sus aportaciones, 1861-1872».

Cuando el periodismo español, por estadio evolutivo, se encontraba en los primeros ensayos de la cronística viajera; y cuando veía circular con gran aplauso de lectores los nombres encumbrados de Pedro Antonio de Alarcón, Gaspar Núñez de Arce, Víctor Balaguer o Joaquín Martínez Mola, resulta que, felizmente, damos con una figura del todo desconocida de los estudios generales de prensa, a poco que indagemos en las páginas de los anales menorquines. Se trata de un mahonés que convirtió su profesión de marino mercante en un estímulo permanente, insaciable, para abordar la realización de una obra periodística que, vista hoy, ‘reclama’ un lugar entre los grandes pioneros españoles en el campo de la crónica viajera. Y que puede codearse con los padres de la modalidad cronística cuando ésta se situaba en sus etapas iniciales.

En todas las ciencias y en todas las técnicas de la actividad manual o intelectual del hombre se puede tender a la pregunta inevitable pero altisonante: ¿quién fue el primero?, ¿a quién se debe tal o cual descubrimiento?, ¿quién es el padre de este o ese invento?, ¿quién fue el introductor o primer practicante de un cierto método, de un estilo novedoso o de alguna originalidad genial? Semejantes cuestiones siempre resultan, a la par que arcanas, una fuente de controversia erudita; o, en no pocas ocasiones, carne para desmentidos. Y, sin embargo, reincidir en ese tipo de formulaciones se hace forzoso: lo juzgamos metodológicamente muy

oportuno como expresión de la *hora cero* de la materia que se ha de investigar.

Si una investigación académica, en el campo de las Ciencias de la Comunicación social, pretende estudiar alguno de los géneros textuales a través de los cuales se han ido codificando los mensajes, se hace perentorio que nos preguntemos cómo y cuándo surgió ese género y de la mano de quién o de quiénes echaron a andar. Eso mismo es lo que nos planteamos cuando tuvimos el enunciado de nuestra tesis doctoral. De inmediato nos preguntamos por la identidad del primero, o los primeros, cronistas de viaje españoles, a la par que nos habíamos de esforzar en levantar la topografía del momento histórico en el que actuaron esos pioneros.

2. Campo teórico y campo empírico

Yendo a la raíz misma del proyecto, la pregunta nuclear de la que arranca este trabajo de investigación fija dos estadios. Primero: ¿a qué llamamos crónica y cuál ha sido su transformación epistemológica en el curso del tiempo? Y segundo estadio de análisis: ¿a qué llamamos crónica de viajes y cuándo y quiénes iniciaron su cultivo periodístico, al menos en España? Luego, realizada toda esa compleja y dilatadísima reconstrucción teórica y práctica, la tesis abre las puertas sobre el recuerdo —o mejor aún, el ‘olvido’— de un cronista cuyo legado periodístico, al tiempo que desconocido de la historia de la prensa, resulta tener un peso y una producción que superan lo simplemente efímero, la mera marginalidad de un informador actuante en un territorio que no aparenta nada en la historia del periodismo de lengua castellana.

Es, pues, a partir de ambos pilares que el trabajo que ahora seguirá toma el vuelo estructural sobre el que lo construimos. Mientras abordamos el primero como campo teórico de la tesis, el segundo hay que entenderlo como el campo empírico de la misma.

Tiene la tesis, por tanto, dos partes orgánicas. En la primera, vamos a diseccionar con todo detalle el concepto de ‘crónica’ contemplado desde su excelente y singular atalaya de género milenario. Todos los grandes

tratadistas insisten en un pormenor nada fútil: la crónica es hoy día un género periodístico que, en origen, no pertenece al oficio con carácter privativo, como sí lo son el editorial o la entrevista o el reportaje. Antes que periodística, la crónica fue, primero, un género historiográfico; y después, literario, para cuando la narrativa de ficción quiso adoptar formas y técnica en el realismo y el naturalismo.

Así, como un auténtico juego de muñecas rusas, la crónica es aquí vista y estudiada como si fuese una *matrioska* de tres piezas, de suerte que la extracción de la versión historiográfica acaba dando lugar a la versión literaria y, ambas, a su vez, desembocan en la crónica para la prensa. Sin romper absolutamente con las fibras que le aportaron una y otra, la crónica que se aclimata al periodismo resulta que mantiene esos hilos conductores como componentes epistemológicos. Pero, hay más: cuando queda perfectamente enraizada en la tarea de informar, supuesto que sigue teniendo *algo* de historiográfica, conserva la peculiaridad de narrar según un orden cronológico los acontecimientos noticiosos. Y, a la vez, por ser de germen literario, cuida un cierto vuelo estilístico para interpretar la noticia con el sello del cronista firmante. He ahí cómo vamos a postular nuestra propuesta de adjudicar a la crónica periodística una espoleta que permite su despliegue en una compleja hibridación de cuatro ejes.

En efecto, los primeros capítulos pretenderán considerar que la crónica como género de la Periodística es, en el fondo de su núcleo más íntimo y esencial, el resultado de una hibridación, no simple entre información e interpretación como se contenta con decir la teoría común, sino cuádruple. Una de ellas, se establece en su médula más primigenia, desde el momento en el que vemos en la crónica el producto evolutivo de la fusión de la crónica histórica y la crónica literaria. La segunda unión que planteamos, mucho más clásica en la Periodística moderna, es aquella que surge de la fusión de la textualidad informativa con la textualidad interpretativa de la materia periodística (de la noticia como nota, queremos decir).

De la mano de las teorías del mexicano Álvaro Matute, vamos a indagar si cabe la hipótesis que considere la *genética* de la crónica periodística como

el resultado de una doble fusión de dos pares de tipologías, una verificada a continuación de la siguiente. Esto es: pensamos que la crónica de prensa es, conceptualmente, y en un primer estadio, una fusión, *mutatis mutandis*, de la crónica histórica y la crónica literaria. ¿Por qué? Se trataría de llegar a demostrar que las crónicas periodísticas son como son canónicamente consideradas en la Periodística más ortodoxa, no sólo por influjo de razones informativas, sino, también, por ser hija en eclosión de un género literario y de un género historiográfico ensamblados.

Por eso mismo, el razonamiento habrá de ser el siguiente: si la crónica, para la retórica periodística de nuestros días, es un género híbrido resultante de la fusión de la noticia objetiva (los datos de la nota informativa) con la interpretación (expuesta con recursos de creatividad literaria del autor-periodista), cabría concluir que la crónica periodística es doblemente hibridación. Una primera hibridación le proviene por la matriz de la crónica histórica y de la literaria sobre las que se asienta de raíz. Y la segunda hibridación por ser, en efecto, un género periodístico que resulta de la combinación de las dos grandes modalidades textuales de la prensa: opinión y relato objetivo. Dicho en la terminología anglosajona: *stories* y *comments*.

Para todo ello, vamos a seguir particularmente una combinación de estudios sobre teorías de la historia, con otros dedicados a la preceptiva literaria. Desde el ya clásico tratadista Benedetto Croce, en su *Teoría e Historia de la historiografía*, y hasta nombres tan consagrados como el venerable profesor de historia de la literatura Martín de Riquer, la propuesta ha de ser compilar lo que han sido la cronística historiográfica y la cronística literaria. Y es que, a nuestro parecer, mientras la primera enseñó al periodista a relatar hechos acaecidos (a abrir los ojos a las gestas en tanto que novedades), la segunda sugirió un camino de *expositio* y *dispositio* con calidad estilística. Luego, situado el género en el marco del periodismo, hará de la enseñanza historiográfica la pauta para informar; y de la enseñanza literaria, un espejo para comentar e interpretar con estro creativo. De ahí surgirá una definición enteramente personal, por medio de

la cual pretendemos que discurra el análisis teórico de lo que debe ser denominado ‘crónica periodística’:

LA CRÓNICA ES UNA GESTA INFORMATIVA-INTERPRETATIVA QUE SE ABRAZA AL ESTILISMO LITERARIO, CON UN RELATO QUE DISCURRE DENTRO DE UN CORTE DIACRÓNICO QUE, EN TODO O EN PARTE, NACE DE OBSERVACIONES PROPIAS DEL PERIODISTA FIRMANTE.

La virtualidad de esta definición es que nos permitirá desgranar los elementos definitorios y concluyentes del género, exactamente los siete pilares descriptivos que nos interesará rastrear a lo largo del estudio. Y que son, como detallaremos más adelante:

- Una gesta del día, en el sentido de novedad, de lo que es nuevo y actual.
- Un texto que casa interpretación e información.
- Un relato que abraza un corte temporal, implícito o explícito, formando, con ello, una diacronía con un lapso de comienzo y final.
- Una composición que admite —y recomienda—, estilismos literarios del autor.
- Aquella que se alimenta de datos informativos que, en todo o en parte, han sido vistos, buscados o recabados por el autor, en un verdadero esfuerzo por actuar como testigo directo (al menos, de primera mano) ante el receptor de la crónica.
- Un texto resultante que siempre va firmado —sobre todo en el periodismo de nuestros días y, todavía más, si el autor tiene un nombre ligado establemente a alguno de los dos grandes troncos de la cronística: de un lado, el que cubre una especialidad temática y, de otro, el que cubre un territorio o lugar.
- Y un texto, en fin, que se destina a ser difundido, necesariamente, en algún medio de comunicación social. Es decir: en algún medio periodístico-informativo.

De todo ello, esperamos poner de relieve la enorme complejidad en la que está sumida la crónica: su poliédrica estructura, y, como queda afirmado, su densidad milenaria.

Estos primeros capítulos, que serán la base de la primera parte, harán luego un esfuerzo de acopio de los principales teóricos que el género ha conocido a lo largo del siglo XX y lo que llevamos de XXI. Y, por este orden, revisaremos a los pioneros (como Mainar) y a los tratadistas coetáneos nuestros, expuestos, a su vez, en primera generación y segunda: López Hidalgo, Gomis, Cantavella, Yanes, Bastenier, Gil González, Bernal y De Diego.

Sólo si tenemos bien perfilada una visión teórica, definitoria y epistemológica de la crónica, nos será factible, a continuación, abordar otro par de conceptos que nos permitan llegar en excelentes condiciones al dibujo final que deseamos: la crónica viajera. De un lado, trabajaremos el binomio ‘viajes y literatura’, y luego, de otro, el de ‘viajes y periodismo’. Y todo ello en la confianza de que sólo por medio de ambos instrumentos podremos acometer con un mínimo de certeza teórica la segunda parte de la tesis, que va dedicada al análisis de una cronística de mediados del XIX con nombres y apellidos, Esteban Amengual Begovich.

Por una parte, sobre la producción textual relacionada con los viajes, haremos, *motu proprio*, una distinción entre relato de viajes y literatura de viajes, designados bajo los acrónimos RDV y LDV. Y así, ordenaremos las tipologías de suerte que, en la primera, se incluyan todos los textos viajeros que se asientan sobre hechos reales y verídicos, vistos y experimentados efectivamente por el autor (textos sin ficción), en tanto que la segunda abrazará los textos de pura ficción —la literatura lisa y llana.

El objetivo no es otro que ir acotando el marco en el que poder encajar bien la cronística y su variante temática de la cronística viajera, entendida, naturalmente, como un relato de viajes, o un RDV.

Veremos, en un primer momento, cómo el viaje es un acto humano (con raíces explicativas en la filosofía y en la antropología cultural). Y, al mismo tiempo, cómo es un acto literario, habiéndose formado en el mundo occidental un auténtico océano de geografía y letras. Una de las especiales

características del estudio en estos apartados será presentar referencias precisas y exactas en el campo de la cultura literaria de la isla de Menorca. La pretensión es aprovechar el análisis de la materia genérica para abrir un camino —el primero, hasta donde tenemos conocimiento— que ilustre casos y ejemplos en el marco de la historia particular de la isla de Menorca. Y así, trabajaremos con el compromiso de la originalidad de poner nombres menorquines a la literatura de viajes, a los viajeros de los *Grand Tour* setcentista, a los epistolarios, dietarios, periégesis y otras modalidades textuales de la literatura de viajes que irán apareciendo en un engranaje lógico. Ordenaremos estas textualidades en sus diversas tipologías, y según los órdenes cronológico, espacial y por forma de presentación de los relatos.

Y puesto, que, en último extremo, los textos periodísticos cabe verlos como una forma peculiar de la producción literaria (incluida en el orden no ficcional, o de RDV), habrá que dar luego un paso más. Y así, desentrañar el binomio ‘viajes y periodismo’. En los últimos decenios, éste ha dado unos frutos académicos muy notables, hasta el punto que es visto hoy como una auténtica especialidad del periodismo cronístico. La tesis, antes de cerrar su campo teórico, deberá reconstruir los esfuerzos de teoría que, al respecto, han trabajado nombres como los de Martínez Albertos, Bernal Rodríguez, Celia Forneas y Mariano Belenguer.

3. La vertiente empírica del estudio

Acto seguido, habremos de abrir la segunda parte de la tesis, como campo empírico. Se trata de estudiar la vida y la obra periodística de un ‘cronista marino’, natural de Mahón, en la isla de Menorca, capitán de la marina mercante que, para sorpresa de propios y extraños, dejó una colección de correspondencias de prensa con un volumen, unas características y una complejidad tipológica tal, que se hace acreedor del interés investigador. Para ello, el proceder metodológico cumplirá las siguientes reglas:

- Recoger sistemáticamente todos los textos de prensa que dejó diseminados en el curso de un decenio largo de su actividad de pilotaje mercante, entre los años 1861 y 1872.

- A su vez, ordenarlos:
 - a) por años;
 - b) por medios periodísticos en los que apareció esa obra cronística;
 - c) por itinerarios geográficos;
 - d) por tipologías textuales, según los modelos teóricos que ha consagrado Mariano Belenguer en su canónico ensayo sobre *Periodismo de viajes*, del año 2002.
- Consecuentemente, el análisis de la obra de Amengual las reunirá, al mismo tiempo, según la tipología semántica, morfológica y pragmática.

Pero semejante cúmulo cronístico no podría quedar descontextualizado, lo cual nos ha de llevar a otro esfuerzo original, sin apenas antecedentes en la historia cultural menorquina: reconstruir las líneas maestras de la historia de la prensa insular. Particularmente, parece imprescindible que reconstruyamos el periodismo (modelos y cabeceras) que existieron en Menorca durante los años de actuación corresponsal del marino viajero. Y así hemos de ver:

- Raíces y primeras manifestaciones de prensa menorquina a partir de 1811, como semilla del periodismo insular.
- El modelo de prensa en la etapa isabelina del XIX, 1855-1868, donde veremos desfilar dos tercios de las crónicas viajeras escritas por Amengual.
- La explosión de cabeceras en el convulso Sexenio Revolucionario, 1868-1874, una etapa muy agitada para el periodismo español — también el menorquín— dentro del cual publicará el otro tercio de su cronística de viajes.

Conviene insistir: puesto que Menorca carece de trabajos generales o monográficos sobre la historia del periodismo insular, el reto es hilvanar una cronología y una descripción diacrónica que mencione cabeceras, características, modelos, contexto jurídico, etcétera, con el fin de calibrar cuál fue el panorama histórico-periodístico en el que trabajó Amengual. De

lo que se trata es de que la cronística de autor encuentre un marco de prensa real en el que insertarse: aquel, en efecto, en el que aquélla operó.

4. Delimitaciones y análisis

Acto seguido, y teniendo ya exactamente ‘descompuesta’ la obra de Amengual por fechas temporales, rutas geográficas que sigue y cabeceras por las que circuló, esta tesis abordará otro núcleo muy sustancial de la investigación. Y lo hará siguiendo dos delimitaciones y cinco análisis periodísticos. Se ofrecerá todo ello en siete capítulos, con el objeto de ‘extraer’ toda la carga periodística y retórica que cabe localizar y enjuiciar en el trabajo corresponsal que se analiza. A saber:

4.1. Delimitaciones

En lo que afecta a las delimitaciones, buscamos, de hecho, una descripción formal del conjunto de las crónicas reunidas en la fase de campo de recogida del material. En concreto, son ciento veintitrés el número de correspondencias. Y como delimitaciones, se hace imprescindible:

- Extraer su *topografía*.
- Ordenarlas por cabeceras, fechas y rutas geográficas.
- Indagar sobre la naturaleza íntima de unos textos que, a sí mismos, se denominan ‘correspondencias’, en una obvia alusión epistolar como género del vasto campo de la literatura, o producción de textos escritos.
- Y como tal modalidad epistolar, el análisis imprescindible obliga, cuando menos, a desentrañar la colección a la luz de la retórica clásica del género llamado epistología. Y así comprobar si reúne las partes preceptivas de *inscriptio*, *exordium*, *narratio* y *subscriptio*.

4.2. Analítica periodística

Pero sería extremadamente imperfecto el análisis que se contentase con una visión meramente epistológica, ya que fueron unas correspondencias pensadas y escritas para la prensa periodística. El hecho, sin duda, presume un canal de comunicación que ha de cumplir otros requisitos y observar otras características con los que no podemos ser negligentes. A la

estructura del mensaje epistolar, pues, cabrá sobreponerle, necesariamente, el mensaje de la retórica periodística. Habrá de ser, en efecto, los preceptos propios de la Periodística, no en su sentido de adjetivo calificativo, sino del término sustantivo que en la actualidad teorizan los investigadores, aquello que acabe asegurándole la *personalidad* periodística. Y, por lo tanto, su valor para la historia del periodismo corresponsal en España.

Josep Maria Casasús, con otros muchos expertos, nos recuerda modernamente que la Periodística debe entenderse como «las formas de expresión y de las estructuras internas y externas que adoptan los mensajes informativos de actualidad y las unidades redaccionales periodísticas en general» (1988: 11). Pues bien, hacia ese despliegue han de ir encaminados los cinco análisis que proponemos, una vez que queden verificadas las dos delimitaciones formales.

Para acabar de pulsar plenamente la naturaleza, primero periodística y después cronística, de la obra sujeta a estudio, se propone una sistemática, que cumplirá el siguiente pentaanálisis. Si los ciento veintitrés textos de que se compone el campo empírico de la tesis forman un grupo epistológico para la prensa, ¿qué tipo de epístolas son? Expresado de otro modo: ¿bajo qué géneros de la Periodística se han escrito? ¿Cuáles son sus características definitorias? ¿A qué tipologías redaccionales responden? Buscar respuestas exactas y rigurosas a esas preguntas es lo que nos proponemos.

Puesto que hacemos arrancar el estudio de la aceptación básica de que son cartas (o correspondencias) enviadas en sucesivos viajes geográficos por Europa, América y Asia, consideramos la hipótesis que tenemos entre manos un conjunto de ‘correspondencias viajeras’, expresado ahora con las palabras arcaicas que son propias del período histórico en el que recae el trabajo. En la terminología moderna, aquella expresión equivale a los conceptos de ‘crónica de viajes’ y/o ‘reportaje de viajes’. Por lo tanto, las correspondencias de Amengual habrán de ser sometidas al análisis de los géneros de interpretación periodística. A partir de este principio analítico, de lo que se tratará es de practicar, como hemos dicho, un pentaanálisis

bajo la formulación de «Los géneros en Amengual». De este modo creemos poder pulsar y fijar con exactitud el valor periodístico de su prolija correspondencia. Y para ello, el análisis en cinco perspectivas complementarias estudiará, en la obra de Amengual:

1. Las tipologías cronísticas: semánticas, morfológicas y pragmáticas;
2. La información y su periodismo informativo;
3. La crónica que informa e interpreta;
 - 3.1. Las crónicas de guerra;
4. El reportaje y la crónica geográfica;
5. La crónica de experto, crónica de itinerario y crónica residente.

5. Las fuentes

La tesis se apoya en tres tipos de fuentes: la bibliográfica, la hemerográfica y la de fondos primarios.

En relación a la bibliográfica, la tesis recurre al repertorio principal que permite, a día de hoy, afrontar un estudio de un género, como hemos repetido varias veces, que es milenario; y que ha pasado por los estadios historiográfico, literario y periodístico. Sin duda, un repaso a la bibliografía general del estudio que aparece al final del trabajo, nos evitará reiteraciones que se antojen innecesarias.

Sobre las fuentes hemerográficas, podríamos calificarlas de materiales primarios, en el sentido habitual de la expresión en el campo de la investigación académica. Lo conceptuamos así porque la colección de las ciento veintitrés correspondencias de Amengual recogidas una a una de los densos repertorios hemerográficos menorquines, de hecho, son los ‘papeles’ originales que han conservado las crónicas para la posteridad. No existen, que sepamos, los legajos manuscritos que, por vía postal, remitió a las redacciones periodísticas que permitan alguna cierta operación de cotejo. Las cartas impresas, pues, son la materia prima del estudio y, por tanto, representan un verdadero material primario y único.

Hace más de veinte años, un querido amigo, Benjamín Carreras Tudurí, de Mahón, ex funcionario de la Autoridad Portuaria de Mahón, amante de la historia naval menorquina, nos facilitó una copia de un trabajo suyo inédito que había dedicado a Amengual. Se trataba de un texto mecanografiado con el título *Corresponsal Marino*, escrito en colaboración con Montserrat Cardona Gonyalons, también de Mahón. Aquel original, en realidad, era una propuesta de investigación histórica a título de proyecto, pero nunca llegó a realizarse hasta sus últimas consecuencias. A pesar de todo, por las expectativas que abría y por la novedad del tema, mereció un premio en 1981 del Ateneo Científico, Literario y Artístico de aquella ciudad. Planteaba un esbozo biográfico muy sintético de Amengual y transcribía literalmente una veintena seleccionada, quizá más, de sus correspondencias. No hubo, sin embargo, futuro alguno para aquella propuesta, y hoy los folios duermen en algún cajón domiciliario del amigo Carreras.

Y sin embargo, a nosotros nos sirvieron como punto de partida. Nos permitieron establecer una consulta constante, tenaz y sistemática de los fondos hemerográficos, hasta que conseguimos reunir la colección completa de las correspondencias de las cuales fue autor periodístico. Disponer de ellas nos han facilitado, en suma, afrontar la tarea investigadora que hoy sometemos al juicio académico. Quiérase que no, pues, la reunión de todas las crónicas ha implicado, no sólo haber cumplido un trabajo de campo, sino también haber habilitado un material primario para la investigación.

También de carácter primario es la documentación que, de la mano de su director, hemos localizado en los Fondos de Donaciones de la Biblioteca Pública de Mahón. Son cuatro carpetas llenas de recortes de prensa, documentos personales, notariales, cartas, etcétera, y hasta un breve ensayo autobiográfico manuscrito que nadie conocía hasta el día de hoy. Que sepamos, nadie había trabajado e inspeccionado ese material, que ha resultado vital para redactar al detalle el relato biográfico que se incluye en la tesis.

PRIMERA PARTE

LA CRÓNICA: TRÍADA DE UN GÉNERO MILENARIO

CAPÍTULO I

LA CRÓNICA PERIODÍSTICA: UN GÉNERO DE CUÁDRUPLE HIBRIDACIÓN

1. 1. Observaciones generales sobre la hibridación de la crónica

VIEJO y prolijo es el debate académico que intenta dirimir los conceptos de crónica histórica, crónica literaria y crónica periodística, sus semejanzas y diferencias. Encontramos autores preocupados por este planteamiento en todas las universidades de Europa y hasta de América, pues no en balde la crónica es un género milenario, tan antiguo, o más, como las culturas matrices de Occidente, con raíces en la Grecia y la Roma clásicas. No resulta raro, por tanto, que no hallemos ante una modalidad textual que ha ocupado y preocupado por igual, y con vehemencia, a historiadores, literatos y periodistas de ambos hemisferios del mundo occidental. Así es.

El profesor mexicano Álvaro Matute Aguirre, doctor en Historia de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), aporta, en la revista *Historia Mexicana*, un inteligente análisis que conduce a la conclusión que no sólo ha existido una crónica histórica, sino también otra literaria y una tercera periodística con plena nitidez tipológica entre sí. El profesor Matute (1996: 711-722) reflexiona de este modo: «Benedetto Croce, que le da menos valor a la crónica que a la historia, establece que aquélla se ocupa de los hechos individuales y privados, mientras que ésta de los generales y públicos. La primera, de lo que no interesa, y la segunda, de lo que interesa. Indica que en la historia hay vinculación entre los hechos, mientras que en la crónica aparece la desvinculación. Aquélla tiene un orden lógico y ésta —como su nombre lo indica— cronológico. Aquélla busca lo íntimo de los acontecimientos, mientras que ésta permanece en lo externo y superficial. Agrega:

»La verdad es que crónica e historia no pueden distinguirse como dos formas de historia que se complementan recíprocamente, o de las

cuales una se halle subordinada a la otra, sino como dos actitudes espirituales diversas. La historia es la historia viva, la crónica es la historia muerta; la historia es la historia contemporánea, y la crónica la historia pasada; la historia es principalmente un acto de pensamiento, la crónica un acto de voluntad. Toda historia se vuelve crónica cuando ya no es pensada, sino solamente recordada en las palabras abstractas, que en un tiempo eran concretas y la expresaban [...]»².

Tras evacuar una consulta por correo electrónico con el profesor Matute, compartía conmigo una consideración que me permitiré reproducir.

Por mi parte, le había planteado la pregunta de si era la crónica periodística un género que se alimentaba de una doble hibridación que acaso podría provenir de la simbiosis entre literatura e historia; por lo tanto, presentando una naturaleza de texto dual muy anterior a su desembarco en la jerga del periodismo moderno. Es decir, pensaba si cabría la hipótesis de considerar la genética de la modalidad periodística de la crónica como el resultado de una doble fusión de tipologías, una verificada a continuación de la siguiente. Esto es: aventurar que la crónica de prensa es, conceptualmente, y en un primer estadio, una fusión, *mutatis mutandis*, de la crónica histórica y la crónica literaria. ¿Por qué? Se trataría de llegar a demostrar que las crónicas periodísticas son como son canónicamente consideradas en la Periodística más ortodoxa, no sólo por influjo de razones informativas, sino, también, por ser hija en eclosión de un género literario y de un género historiográfico ensamblados. Quería, pues, especular con el razonamiento siguiente: si la crónica, para la retórica periodística de nuestros días, es un género híbrido resultante de la fusión de la noticia objetiva (los datos de la nota informativa) con la interpretación (expuesta con recursos de creatividad literaria del autor-periodista), cabría concluir que la crónica periodística es doblemente hibridación. Una primera le proviene por la matriz de la crónica histórica y de la literaria sobre la que se asienta de raíz. Y la segunda por ser, en efecto, un género periodístico que resulta de la

² Cita aducida por MATUTE, Álvaro, tomada de CROCE, Benedetto, de su *Teoría e historia de la historiografía*, 1917, pág. 17. Traducción de Eduardo J. Prieto, Buenos Aires, 1955.

combinación de las dos grandes modalidades textuales de la prensa: opinión y relato objetivo.

Pues bien, el profesor Matute me comentó literalmente lo que sigue, en su respuesta: «Creo que el denominador común es eso que llamamos ‘realidad’, que toda crónica tiene como punto de partida; de ahí la hibridación que atinadamente subraya y que por causa de la misma hibridación las fronteras entre los distintos tipos de crónica resulten endebles. Creo que la crónica periodística, escrita con todas las de la ley, o si quiere, como Dios manda, se eleva al nivel literario, sin perder su pertenencia al género. Pienso en cronistas mexicanos, aunque hay muchos españoles e hispanoamericanos en general, grandes cultivadores del género como Manuel Gutiérrez Nájera, contemporáneo de Galdós, de Clarín o en cronistas del siglo XX como Salvador Novo y Jorge Ibargüengoitia, o los recientemente fallecidos, Carlos Monsiváis o Germán Dehesa. Hay, sin embargo, un punto importante a considerar: la escritura frecuente, una o varias veces por semana o más, los hace ser irregulares y acaso no poder elevar sus escritos a la altura literaria, aunque cuando se lee a un cronista periodístico en conjunto, pese a los altibajos, predomina en su estilo, el nivel literario. Ahora bien, en mi artículo [menciona al que actúa aquí de referencia, publicado en «Historia Mexicana»] recuerdo aludir al hecho de que en italiano, llaman ‘cronaca’ a lo que en México llamamos ‘nota roja’, es decir, la noticia de la actividad criminal. Eso provoca que, a diferencia de las crónicas de un autor, estas notas sean anónimas y predomina en ellas la noticia, sobre el comentario o el artificio literario con el que un buen cronista narra cualquier experiencia. En cambio, la connotación que le damos a la crónica en historiografía es, de acuerdo con Hayden White, un nivel más o menos elemental de conceptualización historiográfica. Los ejemplos de Croce o el propio White subrayan esa elementalidad; pero otros autores como Walter Mignolo, muestran la complejidad de ciertas crónicas como las referidas a la Conquista de México, en especial la de Bernal Díaz del Castillo. Esa es una crónica mayor, como lo podría ser cualquiera otra cercana a una historiografía escrita —de nuevo— con todas las de la ley, pero sin perder el rigor *crono-lógico*».

Hayden White (historiador y pensador norteamericano, 1928) es autor de un libro capital titulado *Metahistoria: La imaginación histórica en el siglo XIX*, publicado en 1973. En sus páginas estudió las sendas a través de las cuales el historiador ha acometido su pensamiento sobre la historia. Su tesis medular asegura que es tarea ardua, por no decir utópica o remota, establecer una auténtica y precisa distinción entre un relato histórico y un relato de ficción, sobre todo si se defiende que los primeros hacen referencia a hechos reales mientras que los segundos hacen referencia a hechos ficticios. Para White forma y contenido son lo mismo, como lo son los usos de los filósofos y de los historiadores; pues el realismo histórico característico de los historiadores decimonónicos no es más que una forma particular de poética, asegura. En efecto, habría una elección de carácter estético y preconceptual que es la que determina la forma en que se trata la evidencia histórica que, para White, se mantiene más o menos constante más allá de las diferentes elaboraciones teóricas que se hagan luego sobre ella. Lo que sí hay son tres formas de conceptualización básicas que él denomina estilos historiográficos. Son los siguientes:

1. Las tramas literarias: Los discursos de los clásicos como Michelet, Ranke o Tocqueville se han servido de las tradicionales tramas literarias a la hora de explicar cómo ocurrieron los acontecimientos. Se consideró al protagonista de la historia un héroe frente a las contingencias, una víctima del contexto o incluso un perdedor, acompañándose los relatos resultantes con un baño de moralismo.
2. Las formas de argumentación: Sería el nivel que se usa para explicar el significado de los acontecimientos, que desembocan en los argumentos formales de diversos tipos. Los hay mecanicistas (es el caso patente de Carlos Marx, que se afanó en buscar leyes generales y constantes); los hay organicistas (como Ranke); y, en tercer lugar, los hay contextualistas (como Michelet).
3. El tercer nivel sería el modo en que los autores utilizan la historia para conocer el presente. Es decir, las ideologías o las explicaciones por implicación netamente político-ideológica. Podría ser, así, el

caso de los movimientos anarquistas, los radicales, los conservadores y liberales, etcétera, que aplican sus propios principios doctrinales a la manera de una lupa (o de un cristal de color) para extraer un determinado sesgo de interpretación y de conceptualización del relato histórico.

La visión de White es profundamente textualista, en el sentido de creer que, todo en la historiografía, nace del texto y desemboca en el texto. En otras palabras: para el profesor emérito de la Universidad de California todo es un relato de ficción (1973: 5 y SIGUIENTES).

Como muy bien sintetiza el profesor Matute, en efecto «Hayden White distingue cinco niveles de conceptualización en el trabajo histórico, a saber: la crónica, la historia (con minúscula, equivalente al vocablo *story* en inglés que puede ser traducido como *relato*), el modo de entramado, el modo de argumento y el modo de implicación ideológica» (1996: 713). Pues bien, para el estudioso mexicano, «la crónica es el primer nivel de concepción de un trabajo histórico en el sentido de que se trata de la acción más elemental de referir hechos acontecidos» (1996: 713).

Cabe inferir de ahí que también para la crónica periodística esta tipología de relato acabará siendo «la acción más elemental de referir hechos de naturaleza periodística e informativa». Ahora bien, ¿cómo se da el salto, eventualmente, de la crónica como género historiográfico a género de prensa? Volvemos a Matute y leemos: «Entiendo que un cronista periodístico es aquel que deja en sus páginas un relato fiel de lo que mira, de lo que sucede a su alrededor, de lo que es testigo. Es aquel que quiere evitar que las cosas de su tiempo caigan en el olvido. En ese sentido, es una suerte de microhistoriador, cuya labor consiste en convertir en positivo todo aquello a lo que Croce da un valor peyorativo. No sé desde cuándo — continúa considerando — se generó la segunda acepción [del término crónica, como texto periodístico sobre temas de actualidad], que no es privativa del castellano [...]. No sé cuándo se transmutó la crónica historiográfica en crónica periodística, cuyo alcance no es ni puede ser historiográfico, pero sí literario» (1996: 713), como demuestran nombres

insignes, absolutamente inmortales en tantos y tantos periodismos nacionales. En España cabría recordar, a vuela pluma, entre una copiosa constelación, las figuras de Julio Camba, Josep Pla, Fernández Flórez, Mariano de Cavia, Gaziol, Francisco Umbral, Martín Prieto, Raúl del Pozo o Soledad Gallego-Díaz, por citar a la vez nombres históricos y nombres del periodismo de nuestros días.

Ahora bien, el salto que la crónica experimenta de la historiografía al papel prensa puede aventurarse en la pirueta que formula Matute: «En la historia —escribe— pudo dejar de tener sentido hacer crónicas, en la medida en que proliferaron los medios para recoger las experiencias cotidianas — guiadas por Cronos— que le acontecían a una comunidad. Una crónica, *stricto sensu*, simplemente dejó de ser una tarea que pudiera satisfacer las necesidades memorísticas de una comunidad o, peor aún, de una sociedad. El cronista se trasladó al periódico y en él fueron quedando registradas las acciones que podían trascender en la memoria colectiva. Pero estos registros, estos acontecimientos, no se rigen por los cánones historiográficos, sino que se producen en la libertad del cronista, gracias a su percepción, a su agudeza, a su poder evocativo, a su incisión crítica, en fin, a las cualidades de su estilo [...]. No tienen ni que usar fuentes primarias, ni que hacer crítica de fuentes, hermenéutica, etiología; en pocas palabras, no son historiadores en pequeño, sino escritores en grande. [...] ¿Un conjunto de crónicas —periodísticas— hace historiografía? Mi respuesta [...] es negativa» (1996: 719). En cambio, un conjunto de crónicas para la prensa sí pueden acabar elevadas a la región del Parnaso más puramente literario. ¿Cuántos libros consolidados, referenciales y tenidos por textos maestros, no adornan las galerías literarias, habiendo sido, en origen, una sucesión de crónicas para los rotativos? La respuesta, de puro diáfana, se contesta sola.

En definitiva, el complejo concepto de la ‘crónica’ ha pervivido merodeando dos orillas, a veces de aguas entremezcladas y de difícil deslinde. A veces ha prevalecido el concepto historiográfico, y otras, el literario, en una tradición que deja muy clara la diferencia entre las dos acepciones de la palabra: «Una —concluye Matute—, es para la historiografía; la otra, para la literatura. En la primera, hay crónica que sí es

historia, y en la segunda, crónica que sí es literatura» (1996: 721). En consecuencia, ¿qué posición ocupa la crónica periodística? En la medida en que podemos contemplarla como el fruto de fusión (o hibridación) para la historia y para la literatura de creación, a la crónica de prensa le cabe una irrupción como *primus inter pares*.

CAPÍTULO II

LA CRÓNICA PERIODÍSTICA A LA LUZ DE LA CRÓNICA HISTÓRICA

PUESTO que parece muy aceptable asentar, por todo cuanto queda dicho, el principio de que la crónica periodística, en sus raíces constantes, ofrece diversos puntos de conexión lógica con la crónica como género historiográfico y, así mismo, con la crónica como género narrativo-literario puro (de ficción, queremos decir), habrá que convenir que, llegar a la detección y evaluación de semejantes puntos comunes podrán ayudarnos al esfuerzo de sistematizar la comprensión y definición correcta de la crónica puramente periodística, que es lo que, en definitiva, guía este estudio.

Consideramos, en efecto, que la crónica como género de la Periodística, en el fondo de su núcleo esencial, es el resultado de una hibridación por partida doble. Una de ellas, se establece en su médula más primigenia, desde el momento en el que vemos en la crónica el producto evolutivo de la hibridación (o fusión) de la crónica histórica y la crónica literaria (o literatura cronificada). La segunda hibridación que planteamos, mucho más clásica en la Periodística moderna, es aquella que surge de la fusión de la textualidad informativa con la textualidad interpretativa de la materia periodística (de la noticia como nota, queremos decir).

Abordemos la ‘disección’ de todas cuantas crónicas históricas queramos, sin distinción de lenguas ni de épocas: enseguida nos daremos cuenta de que, en todas ellas, subyace una sugestiva peculiaridad. Nos referimos a la presencia de una abundante prosificación de las gestas más populares del tiempo al que se contrae, en cada caso, la crónica histórica en cuestión.

Afirma el especialista barcelonés Martín de Riquer que «el fenómeno de la prosificación de cantares de gesta en obras históricas es corriente en la

literatura medieval, principalmente la castellana (recuérdese el gran número de textos poemáticos que Alfonso el Sabio insertó, dándoles forma de prosa en su *Crónica general*). Uno de los más interesantes aspectos de lo que llamamos epopeya son las narraciones en verso informativas de acontecimientos contemporáneos, lo que en literatura castellana se llamaban ‘cantos noticieros’, auténtico antecedente de la crónica o reportaje periodístico actuales» (DE RIQUER, 1972: 46), según deduce el mencionado catedrático³.

Y prosigue su exposición de este modo: «A fin de informar a una sociedad en la que era intensísimo el analfabetismo, los juglares narraban en verso hechos de los que estaba pendiente la curiosidad popular, como lo fueron las campañas tan importantes como las conquistas de Mallorca y de Valencia, y luego la de Murcia. Repárese en que estaban interesados en ello no tan sólo los juglares, que se ganaban la vida recitando y necesitaban de un repertorio vivo, emotivo y actual, sino también reyes como Jaime I, para quien era fundamental mantener el espíritu combativo del pueblo, sin el que no hubiera podido realizar aquellas empresas y justificar los duros impuestos que expediciones de este tipo suponían. Estos relatos de hechos actuales eran difundidos —concluye— por unos juglares a los que se llamaba ‘recontadors de novelles’, o sea de noticias recientes» (DE RIQUER, 1972: 46).

Qué duda cabe que llegar a semejante interpretación de la mano del profesor De Riquer nos sitúa en la antesala de la idea medular de la información en sentido moderno. Y con ella, a las puertas de uno de sus géneros mediáticos más conspicuos: la crónica periodística.

La eventualidad que sugerimos sería de ese modo porque observamos que la crónica histórica más tradicional —y si se quiere, más genuina— guarda en sus entrañas el embrión mismo de lo que, a la vuelta de unos siglos,

³ No obstante, nos apresuramos a remarcar que De Riquer cae en una falta de rigor doctrinal para una correcta Periodística, ya que parece utilizar los conceptos de ‘crónica’ y ‘reportaje’ como términos sinónimos, o cuasi sinónimos, presumiendo que contienen semánticas indistintas. Desde luego, en ningún caso pueden ser invocados indistintamente, porque se trata de dos géneros diferentes, diferenciados y diferenciables.

entenderemos por crónica aplicada al oficio de informar. O considerado de otro jaez: que la crónica histórica es, incuestionablemente, la matriz de la crónica periodística: allí donde ha sido ‘engendrada’. De corrido añadiré, a manera de adelanto de lo que vendrá en otro momento de este estudio, que supuesto que la crónica histórica es la matriz de la crónica periodística, la crónica literaria será su fronda. Dicho de otro modo: la que le aportará ‘vuelo’ a su *expositio* retórica.

Por abundar lo anterior en términos lingüístico, cabe esta otra formulación: si la crónica histórica le aportaba ingredientes de significado a la crónica periodística en su origen (esto es, de tipos de contenidos), la crónica literaria le aportará ingredientes de significante, ya que le sugerirá recursos estilísticos y de retórica para su redacción. O como quiso, ya en nuestros días, el gran cronista literario mejicano Carlos Monsiváis, la crónica periodística acabará fraguándose como «un género donde el empeño formal domina sobre las urgencias informativas» (1980: 13). Quede ahora únicamente apuntado.

Resulta sumamente sugestivo que, llegados a este punto, hagamos notar que el género de la crónica histórica es el resultado de una cierta mezcolanza de varias partes. Entre ellas: las cronologías, de un lado; y de otro, la narrativa del pasado ya concluido y la del presente que discurre en el momento de ser redactada. A su vez, este multimodal género para la historiografía deja destilar, incluso, unas gotas de prosificación de versos y cantares que se habían ganado fama popular en la voz de los juglares medievales. Los cronistas, es bien sabido, absorbían como esponjas esos relatos versificados y los encajaban en sus textos cronísticos. Frecuentemente, recurrían a relatos antiguos (gestas viejas) y a relatos nuevos (gestas actuales), y con todo ello moldeaban el discurso a cuenta del conjunto final de su crónica. El recurso a los ‘recontadores de novedades’ (o ‘novellas’) y a las gestas, así antiguas como coetáneas dedicadas a hechos de trascendencia política o a otros de simple curiosidad humana, son otros tantos frentes que alimentan nuestra proposición tendente a ver en esos manantiales de la cronística histórica unos verdaderos hilos

conductores —o fibras nerviosas— que acabarán desembocando en la crónica periodística de nuestros días.

Las gestas han sido denominadas por los grandes historiadores de la literatura como ‘cantos noticieros’. Sin duda, podemos emparentarlos con los orígenes remotos del periodismo (el *pre-periodismo*, si se prefiere la denominación), entendido como la divulgación de nuevas o de recuerdos memorables, dignos de llegar al conocimiento del pueblo. Queremos con ello apuntar que, analizadas por sus contenidos, las crónicas históricas no sólo compilaban anales de un reinado, de una guerra épica, o las efemérides memorables, referidos a un tiempo pasado, sino que también podían contener actualidad del tiempo presente del cronista historiógrafo; esto es: la actualidad que palpita. La Castilla de la Edad Media se pobló de juglares que expandían cantares de gesta, portando de aquí para allá novedades difundidas por medio de los cantos noticieros o composiciones por conducto de las cuales se difundían noticias coetáneas de interés general, o marcadamente memorables.

Martín de Riquer señala, a este respecto, que «es evidente que hechos tan importantes como la batalla de Úbeda o la conquista de Mallorca o de Valencia mantenían tensa la atención del pueblo que había enviado a tan lejanas empresas a sus hijos, y que frecuentemente las habían subvencionado con tributos extraordinarios. Saber simplemente que los moros habían sido derrotados o que Mallorca había caído, no satisfacía para nada el interés y la curiosidad de las gentes; había que informarla con detalle, entre otras razones porque, tan pronto como fuesen necesarios nuevos reclutamientos de hombres o pedir nuevos tributos, la tarea había de resultar más fácil. Sabemos, por ejemplo, que eran numerosos los juglares que acompañaban al séquito de Jaime el Conquistador y al de su hijo Pedro el Grande. Ambos tenían un interés especialísimo en que fuesen divulgadas sus empresas victoriosas. Nada más natural que animasen a los juglares que les rodeaban para que cantasen las acciones que habían presenciado; y que estos cantos se difundiesen juglarescamente por los contornos, de una manera parecida a lo que hasta hace poco ha sido tan vivo: dar a conocer, en ferias y mercados, hechos notables o truculentos, como asesinatos o

catástrofes, mediante versos a veces acompañados de rústicos carteles de viñetas. Canciones de gesta como la de la prisión de Mallorca, pongamos por caso —continúa el profesor De Riquer—, debieron de originarse así, y constituir un auténtico ‘canto noticiero’, un precedente del actual reportaje periodístico de un hecho actualísimo e interesante para todos» (DE Riquer *et alii*, 1993: 393 y SIGUIENTES).

En efecto, el nacimiento de las lenguas románicas y, con ellas, sus respectivas literaturas trovadorescas, conecta de lleno con el prurito humano de protagonizar la transmisión de las novedades que interesan o que incumben a la comunidad a la cual van dirigidas. Ramón Llull, el doctor iluminado mallorquín de época bajomedieval, también habla en sus libros de los *recontadors de noves*, o *recontadors de novelles*, a los cuales adscribe un repertorio constituido principalmente por narraciones bíblicas e históricas; pero démonos cuenta que las expresiones *recontador de noves* o de *novelles* significa, en puridad, narrador de hechos recientes, de noticias de la actualidad. De ahí que De Riquer haga notar que «estos ‘recontadors de noves’ o ‘de novelles’ debían encargarse de divulgar canciones sobre hechos contemporáneos que luego recogerían nuestros prosistas, actuando, en este caso, como un historiador actual que, por ser hechos recientes, toma datos de las noticias o de los reportajes de la prensa» (DE Riquer *et alii*, 1993: 393).

También para José María Díez-Borque los ecos de semejanza entre cierto principio motor del periodismo moderno y los cantos de juglaresca son incuestionables. Los juglares —reflexiona—, «en su vida vagabunda, irregular, puesta en perpetua aventura, ministrantes profesionales del solaz y la alegría [...] eran, como portadores de mensajes versificados o prosísticos, un poderoso órgano de propaganda política; en fin, eran ‘editores y periodistas ambulantes’, agentes de toda clase de publicidad» (1995: 17).

Como se infiere tan fácilmente, el término ‘novella’ alude a todo cuanto es nuevo o novedoso; es decir, a las ‘nuevas’, o, modernamente, a las noticias. El afamado lexicógrafo catalán —menorquín de nacimiento— Francesc de

Borja Moll, recoge en su magno *Diccionari* la voz ‘novella’, contraída a la siguiente explicación en su significado para la lengua catalana: «Noticia, nueva». Y acto seguido esgrime un ejemplo de uso documentado de la palabra entre los clásicos de la naciente literatura catalana: «Un missatger aportà novelles com dos axixins havien mort un rey crestià» [en Llull, *Blanquerna*, 80]»⁴. Naturalmente, el filólogo confirma la procedencia etimológica como palabra derivada del latín ‘novella’, en tanto que diminutivo femenino de nova; o sea, ‘nueva’, cuya equivalencia en lengua castellana corresponde a la voz ‘nueva’ en la acepción de ‘novedad’. En efecto, el indefectible *Diccionario latino-español*, nos asegura lo siguiente: «*Novellus* –a –um: Joven, nuevo, reciente» (1988: 326).

En origen, las canciones de gesta son epopeyas medievales europeas en lenguas románicas, redactadas en verso y transmitidas originalmente por juglares que narraban incidentes legendarios, generalmente basados en hechos reales. Las canciones de gesta las recitaban intérpretes profesionales (los juglares) de viva voz, mientras que las novelas de caballerías se asocian con la lectura privada.

Las canciones de gesta narran los procesos en combates de héroes nacionales. Usan recursos para favorecer la memorización por parte del juglar, como la repetición de estrofas o la inclusión de fórmulas estereotipadas, así como apelaciones al auditorio para hacerlo partícipe de la historia. El recitado se acompañaba de dibujos explicativos o de música para hacerlo más entretenido, o bien se exponían sólo los fragmentos de más éxito (que acababan convertidas en historias independientes, los romances). Las estrofas eran de versos largos, con rima sencilla. Algunas de las canciones famosas son las aventuras del Roland francés, Carlomagno, Guillermo de Aquitania y el Cid Campeador, juntamente con la epopeya de las cruzadas, canciones equiparables a la tradición británica de las aventuras de los héroes artúricos. Todos los caballeros eran devotos del señor feudal y de Dios y combatían en honor para defender su tierra y

⁴ Véase el tomo VII del *Diccionari català-valencià-balear*, Palma, 2005, pág. 800. La cita erudita corresponde a un texto del libro *Blanquerna* de LLULL, Ramón, y cuya traducción al castellano actual sería: «Un mensajero aportó novedades de cómo dos asesinos habían muerto a un rey cristiano».

los ideales de la caballería, o para luchar contra los infieles musulmanes. Se han conservado principalmente en francés (un centenar), en occitano, castellano e italiano.

Se tiene constancia también de la existencia de este tipo de canciones en la tradición catalana, de las cuales no queda ningún rastro en forma original, pero que se pueden deducir a través de su manifestación en prosa integradas dentro de las crónicas de Jaime I, Bernat Desclot o Ramón Muntaner, de absoluta importancia en la cronística histórica de aquella Comunidad Autónoma. Los temas tratados serían las aventuras de Guillermo Ramón de Moncada; la unión en un solo reino agrupado de las tierras de Cataluña y Aragón; la heroica batalla de Las Navas de Tolosa; la leyenda del engendramiento de Jaume I; la conquista a los árabes de Mallorca en 1229, etcétera.

Parece, en línea a lo que opina Martín de Riquer, que debían de ser unos textos que, hoy, nos recordarían una especie de crónicas o reportajes en verso (pero traspasados en clave prosificada en la respectiva crónica histórica) para informar al pueblo de los hechos relevantes que habían tenido lugar. Esos relatos versificados bajo el registro original de una canción de gesta se veían proyectados al campo de la divulgación en boca de los «recontadores de nuevas o de novedades» de que habla Ramón Llull, según hemos dejado repetido más arriba.

Para más abundamiento, la palabra ‘gesta’ también conserva fuertes y nítidos ecos semánticos que la asocian a los conceptos de ‘novedad’, de ‘hecho actual’. Si bien el diccionario normativo de la lengua española nos dirá que se denomina ‘gesta’ al «hecho o conjunto de hechos memorables» (RAE, 2006: 725), a poco que indagemos en sus raíces primigenias descubriremos que la palabra ha servido para designar la acción memorable y, a la vez, su eventual narración como producto textual. Por lo tanto, se ha denominado ‘gesta’ a determinados hechos en sí mismos y, también, a la expresión textual que acaba adquiriendo ese hecho. O sea: al género discursivo a que da lugar.

En consecuencia, si damos por aceptable esta explicación, podremos avanzar otro paso en el esfuerzo de delimitar y aprehender la compleja identidad conceptual y semántica del término ‘crónica’. El lexicólogo Borja Moll recuerda que ‘gesta’ proviene del latín ‘gesta’, que literalmente significa ‘cosas hechas’; es decir, acontecimientos. Además, confirma que, en general, se refiere a toda acción memorable, pero que también designa la narración que se efectúa de los tales hechos memorables. Y para ello ofrece una cita que lo documenta, extraída del libro de Joanot Martorell *Tirant lo Blanc*: «No vull fer longa gesta ne’m plau recitar los meus actes»⁵.

Por su parte, Gonzalo Menéndez Pidal, hijo del ínclito humanista Ramón, también reconoce el rasgo divulgador que conlleva la gesta en tanto que género narrativo oral. Para este autor «es el relato difundido por los juglares de carácter generalmente heroico, o que tenía como objeto la vida de personajes importantes, sucesos notables o acontecimientos de la vida nacional que merecían ser difundidos. La palabra ‘gesta’ —añade con una digresión erudita— procede de ‘gero > hacer’, por tratarse de cosas hechas, o sucedidas, y opuestas a las imaginadas, propias de la lírica [...]» (1987: 235).

En definitiva, pretendemos reflexionar sobre la *marca genética común*, si se nos admite la expresión, que la crónica periodística moderna y la crónica histórica guardan entre sí, por más que debemos detectarla, no en sus respectivos *fenotipos*, sino en sus hondos *genotipos*, o *genomas*. Si hemos de considerar que ambas modalidades de la cronística general ofrecen un punto convergente en el hecho de ser narraciones caracterizadas, una y otra, por presentar un relato según un orden del tiempo (un determinado corte de diacronía), ahora podemos añadir que ambas modalidades son, además, coincidentes en una finalidad informativa: comunicar novedades. He ahí un rasgo de *genoma* común entre la crónica histórica más tradicional y la crónica periodística de nuestros días, como antes también lo era el *gen* del orden temporal. Y aún subrayaré un tercer *gen*: tanto unas crónicas como

⁵ Traducido al castellano es: «No quiero hacer larga gesta (narración o relato) ni me place recitar mis actos», en *Tirant*, c. 322. En *Diccionari català-valencià-balear*, de MOLL, Borja, tomo VI, Palma, 2005, pág. 280.

otras, en la medida en que sacan a colación acontecimientos (o gestas) del momento narrativo presente; y en la medida en que atienden, no sólo a los anales antiguos y pasados, sino a los vivos y los del día por ser dignos de divulgación ante el pueblo que los escucha, nos hallamos ante un nuevo signo (o *genoma*, por seguir con el juego de símiles) que une de raíz a aquellas dos modalidades cronísticas entre sí.

De todo lo cual proponemos esta formulación con ánimo de acometer la ardua tarea de definir la crónica de prensa como género. Acordes a cuanto llevamos expuesto hasta aquí, cabría sugerir que:

LA CRÓNICA ES UNA GESTA INFORMATIVA-INTERPRETATIVA QUE SE ABRAZA AL ESTILISMO LITERARIO, CON UN RELATO QUE DISCURRE DENTRO DE UN CORTE DIACRÓNICO QUE, EN TODO O EN PARTE, NACE DE OBSERVACIONES PROPIAS DEL PERIODISTA FIRMANTE.

Volveremos sobre estas palabras, aunque puntualizamos que, lejos de pretender ahora la fragua de una definición final, o concluyente, de la crónica periodística, sólo deseamos presentar una hipótesis argumentada; o lo que es lo mismo: formular un planteamiento de estudio doctrinal con aporte de argumentos.

CAPÍTULO III

LA CRÓNICA PERIODÍSTICA A LA LUZ DE LA CRÓNICA LITERARIA

3.1. UNA APROXIMACIÓN A LA CUESTIÓN

CUÁNDO, cómo y por qué la crónica, que había sido secularmente histórica, se transformó en literaria? De hecho, ¿es exacto que hubo alguna pretendida transformación de una hacia la otra? ¿O sucedió, más bien, alguna forma de trasvase de sinonimia; es decir, de *emigración* de un signifiante al seno de otro significado, aun cuando no hubiera apenas conexión semántica real entre ambos significados? La respuesta nítida y precisa no ha sido todavía acometida con acierto definitivo por ningún tratadista, que sepamos.

No obstante, son diversos los investigadores que, para el ámbito español, han abierto estimables frentes de estudio al respecto. Los más destacados, y por ello mismo los más citados, son José Acosta Montoro en la década de los años setenta; y Lluís-Albert Chillón en los noventa, sin desconsiderar la figura del profesor Octavio Aguilera con un artículo del año 1989⁶ y, con el cual, en cierta manera, se inauguraba una larga relación de trabajos

⁶ ACOSTA MONTORO, Ángel, es autor de un libro ya clásico: *Periodismo y literatura*, en dos tomos, Guadarrama, 1973. Por su parte, CHILLÓN ha publicado *Literatura i Periodisme: Literatura periodística i periodisme literari en el temps de la post-ficció*, Valencia, 1993. Y, más tarde, *Literatura y periodismo: Una tradición de relaciones promiscuas*, Universidad Autónoma de Barcelona, 1999. Por su parte, el trabajo de AGUILERA, Octavio *El artículo, fuente de polémica Literatura-Periodismo*, fue publicado en la revista «Periodística», de Barcelona, nº 1, 1989, págs. 9-22. En todo caso, en los últimos tiempos, diversas revistas especializadas en investigación periodística han comenzado a editar estudios que abordan las inquietantes cuestiones que se ciernen sobre las relaciones entre periodismo y literatura. Es el caso muy remarcable de Sonia FERNÁNDEZ PARRATT, con su *Periodismo y literatura: una contribución a la delimitación de la frontera*, en la revista «Estudios sobre el Mensaje Periodístico», nº 12, de 2006, UCM, págs. 275-284. Además, hay una densa contribución a lo que se ha venido en denominar periodismo narrativo, al socaire de periodistas de alto prestigio que lo han practicado o lo practican hoy día con éxito. Entre estos últimos, recordemos los nombres de Leila Guerriero (Argentina), Carlos Monsiváis (México), o Maruja Torres (España), sin olvidar a los colombianos Alberto Salcedo Ramos y Gabriel García Márquez; o a los norteamericanos Norman Sims y Susan Orlean. Y entre los primeros, los ya clásicos Hemingway, Truman Capote, Dos Passos o Tom Wolfe, Günter Walraff o Josep Pla, incluido Daniel Defoe, del siglo XVIII, que pasa por ser el pionero por encima de todos, si hacemos caso a lo que acostumbra a repetirse en las investigaciones.

monográficos en publicaciones especializadas en el campo de la Periodística. También el profesor Juan Cantavella, junto a una pléyade que en los últimos años ha dado fértiles frutos a la cuestión, ha abordado la realidad fronteriza entre periodismo y literatura en diversos estudios que hoy actúan de textos de cabecera.

Incluso se hace difícil determinar cuál de las variantes del concepto primigenio fue primero en el tiempo: si la crónica literaria o la crónica periodística. Es probable, sin embargo, que el hecho no revista importancia y que, en realidad, una y otra tuvieran una germinación simultánea, cuando no entremezclada, de alimentación mutua constante y bidireccional; sobre todo a partir del siglo XIX, ya que fue esta una centuria absolutamente capital para la forja del periodismo moderno y, a la vez, para la consolidación de la novelística de base realista cuando, hacia el año 1850 en adelante, la literatura europea comienza a distanciarse del acrisolado gusto romántico, mucho más proclive a las fuentes de inspiración exóticas que no a los influjos del entorno vivo y perentorio del autor.

Diremos, intuitivamente, que fue dentro de la fluencia desbordante del periodismo ochocentista, unida a la edad de oro de la novela contemporánea en Europa, el tiempo en el que se gestaron los primeros síntomas de permeabilidad entre las dos orillas: el periodismo y la literatura de creación. Pronto se empezaron a utilizar, en el marco del género de la crónica periodística, determinadas formas características del relato de ficción puro. A medio plazo, el fenómeno hubo de dar lugar a lo que, hoy, con plena expansión, madurez y personalidad, se llama ‘periodismo literario’ o ‘periodismo narrativo’.

Pero antes de aterrizar en esa pista, nuestra pretensión es considerar un interrogante previo, mucho más acuciante. ¿Existe o ha existido una crónica literaria, concebida y publicada al margen de toda finalidad o principio de doctrina periodística? En otras palabras: ¿la preceptiva literaria, eventualmente, puede hablar de la crónica literaria como subgénero propio, enclavado en las modalidades de la narrativa realista, concebida como literatura y nada más que literatura, hasta el punto de

moverse sólo en los circuitos editoriales, fuera de todo perímetro de los *mass media*? Sin duda, la respuesta es afirmativa.

La segunda mitad del siglo XIX y el discurrir de punta a punta del XX han aportado a las letras muchos títulos de obras diáfananamente literarias, nacidas sin otro afán — ¡y nada menos!— que la creación literaria misma, aunque autodenominándose ‘crónica-de-algo’. Es decir, que cierta literatura narrativa, en los últimos ciento cincuenta años, ha experimentado el prurito de vestirse —y bautizarse— con unos ropajes tales que, fácilmente, se les acomodaba el concepto formal de ‘crónica’, al menos como término indicativo, o acaso metafórico. Y así, lo ha llevado al título mismo de la obra resultante e, incluso, a algunos aspectos retóricos y metodológicos de su estructura. ¿Por qué? Seguramente se hizo de ese modo con el afán de prender en el ánimo del lector la idea de que el novelista se presentaba con una historia que deseaba ser tenida por realista, estrictamente, veraz y exacta. Es más: proyectada como real, a pesar de tratarse de textos novelísticos de ficción en el sentido prístino de la palabra.

Inmersos, pues, en la contemporaneidad que nos rodea, acaso estamos hoy en el fenómeno contrario de una determinada modalidad de crónica histórica que tanto proliferó, así de época medieval como moderna. En esos momentos, un tipo de cronista histórico no tenía reparo en combinar su relación de hechos objetivos (los anales puros) con elementos de invención, para arrojar una versión de la materia narrada que pasaba por verídica. La literatura medieval española y la de toda la Edad Moderna están, en efecto, salpicadas de ejemplos en los que se repiten semejantes características. Lo avalan títulos del siglo XV como la *Crónica del condestable Miguel Lucas de Iranzo* (anónimo), la *Crónica del famoso cavallero Cid Ruy Díaz Campeador*, o la *Crónica Sarracina* de Pedro del Corral, entre un amplio abanico de textos memorables.

En cambio, en el siglo XIX se configura un tipo de novelista que, cultivando la ficción y el máximo vuelo para su estro al servicio del argumento y del arte, siente el impulso de inyectar al texto la apariencia de realismo y de realidad. Para ello recurrirá a algunos artificios propios de la

crónica de prensa: observar, documentarse, evacuar entrevistas, una pretendida exposición en orden cronológico, etcétera. Para el caso español, no olvidemos lo que advierten Juan Francisco Fuentes y Javier Fernández Sebastián en su manual de historia del periodismo nacional: en lo que atañe a la Restauración, «la crónica, el reportaje y la *interview*, son los géneros que conocen un importante auge y vendrán a caracterizar el periodismo del período» (1998: 149).

En consecuencia, podemos aceptar que el XIX es un período favorable para la consagración de la crónica periodística, como ya lo estaba siendo para el realismo en la novela. Entretanto, la novelística verifica su experimento estilístico, abrazada a las corrientes denominadas realismo, primero, y naturalismo después. Puesto, por tanto, en semejante caldo de cultivo, resulta razonable creer que hubo de establecerse una tendencia bidireccional de influencia mutua entre la tarea periodística y la novelística. Y que, por ello, el periodismo quisiera ser también de aspiración literaria —además de su consagración a la fidelidad a los datos reales y objetivos. A su vez, cabe considerar que a la literatura narrativa le pudiera resultar atractivo el método de trabajo de cronistas y reporteros, entregados como estaban al relato fiel de la verdad y la realidad externas. Como ha considerado la catedrática María Jesús Casals, «en el aspecto narrativo, periodismo y literatura son realidades no opuestas, sino dependientes una de la otra [...]» (2001: 205).

En el siglo XX ese orden mecanicista de mutua influencia habrá de alcanzar cotas espléndidas. Un hecho coadyuvó, entre otros muchos, a tamaña expansión. Ya desde la segunda mitad del XIX los literatos blandían sus armas (y procuraban por sus viandas) en las páginas del papel prensa. Y al revés: los gacetilleros soñaban con el salto de trampolín hacia las páginas del noble papel de las editoriales. Prensa periódica y prensa editorial, pues, acabarían en un grado altísimo de intercambio, cooperación y simultaneidad. Aún perdura, *mutatis mutandis*, en nuestros días.

Teóricos, no sólo de la actual ciencia de la Periodística, sino también historiadores de la literatura, han señalado que la génesis de la novela

moderna, vista como género literario, conoce sus primeros escauceos en ese tipo de relatos que amalgaman los datos históricos con la tradición oral, más una atmósfera de buena imaginación de autor. Vendrá luego la novelística contemporánea, que deseará conservar ciertas características de la novela moderna, pero se abrazará con fuerza a la observación del entorno, para dejarse inspirar por el mundo social y humano circundantes. La etapa alumbrará el estilo realista, seguida, ya a finales del XIX, por el naturalismo.

En esta línea, el tratadista Manuel Bernal defiende que «sin duda, es el ámbito de la novela donde la interacción entre literatura y periodismo y, especialmente, entre literatura y crónica periodística, resulta más perceptible. Se puede imaginar un hilo conductor que nos lleve desde la crónica histórica medieval (narración de acontecimientos por un testigo), pasando por la historia y los cricones hasta las primeras manifestaciones de la novela moderna (libros de caballería, novelas de espacio, etc.) y, desde estas novelas, a través de las relaciones, los ocasionales y, en general, las primeras manifestaciones paleoperiodísticas, así como de los relatos de viajes, a la configuración de la crónica como género periodístico» (1997: 39). También Baquero Goyanes explica que «a consecuencia del éxito de los llamados documentos del tiempo — reportajes, memorias, relatos de guerras, crónicas, etc. —, no pocas novelas presentan sus mismas características, llegando a ser difícil, en algún caso, precisar a cuál de los dos géneros pertenecen los que estamos leyendo» (1997: 55).

Por su parte, Lluís-Albert Chillón va más lejos y defiende el criterio de que el realismo es algo más profundo y subsistente en la mentalidad literaria del hombre de lo que puede creerse. No lo adscribe sólo a una etapa evolutiva de la narrativa (el siglo XIX), sino que la detecta en muchos autores desde las épocas más remotas; tan remotas como la Grecia de Aristóteles y Platón. Y es que aquel investigador argumenta que el realismo es «una actitud estética y cognoscitiva tan antigua como la misma literatura» (1993: 42).

Ahora bien, es el propio Chillón quien, a renglón seguido, considera que, no obstante, «la gran época del realismo llegó con el desarrollo de la novela moderna en los siglos XVII y XVIII y, sobre todo, en el siglo XIX, cuando toda una generación de novelistas europeos —franceses, ingleses y rusos, principalmente— fue bautizada, por oposición al romanticismo de la generación inmediatamente precedente, como ‘realista’ por antonomasia [...]» (1993: 42). Y así, por ejemplo, «la voluntad de representar la realidad social empujó a Stendhal a poner a su novela ‘*Le rouge et le noir (1830)*’ el subtítulo: ‘*Chronique de 1830*’; a declarar que la novela es como un espejo que el escritor pasea a lo largo del camino, registrando los accidentes y las sinuosidades —‘je prends au hasard ce qui se trouve sur ma route’, dijo una vez—; y a estudiar, como fuente de inspiración estilística, el austero Código Civil napoleónico» (1993: 43).

A todo lo anterior, le cabe alguna consideración más. Del maridaje irrefrenable de la crónica con la literatura, aún le habremos de agregar la fiebre estilística que por la palabra —la forma, o *dispositio*— demostrará vivamente el cronista de buena raza. A partir de ahí, el cronista no sólo pretenderá transmitir los datos de un hecho, sino interpretarlos y valorarlos con el deseo de lanzarlos al torrente informativo con el máximo de personalidad literaria, acaso intransferible. Por ello, al igual que un cronista literario, el periodístico no verá en el lenguaje exclusivamente un elemento técnico y práctico (un frío e impersonal código de comunicación), sino, también, un modo distinto —y aun distintivo— de enfrentarse a los hechos. El mensaje, en buena consecuencia, se adaptará al estilo del autor, y no al revés.

El numen del buen literato estriba en describir al detalle con retórica de buena ley y vuelo estilístico, de suerte que el cronista literario —o el literato cronista— recurre a la retórica como artilugio para embellecer el mensaje. Pero, a un tiempo, para forjar su especial y personalísima forma de entender los hechos interpretativos que relata.

No es casual que, empapados de ese contexto del XIX (maduración del periodismo y cultivo de la novela realista), nos encontremos una selecta y

prolija lista de nombres egregios que alternan las letras literarias y las letras periodísticas. O, al menos, que producen una obra literaria que, en primera instancia, se sirve sobre papel prensa. Es el caso de la élite del Parnaso en todas las principales lenguas europeas, a saber: Pérez Galdós, Clarín o Pedro Antonio de Alarcón (en español); Stendhal, Balzac, Flaubert, Zola o Víctor Hugo (francés); Giovanni Verga o Luigi Capuana (italiano); Theodor Fontane o Gustav Freytag (alemán), William M. Thackeray, Mary Ann Evans o Dickens (inglés); y rusos como Fiodor Dostoievski o León Tolstoi.

Los cambios sociales que se produjeron a mediados de la centuria dieron lugar a esa corriente literaria marcada por la representación objetiva de la realidad, bajo el nombre de ‘realismo’, cuyos orígenes no se entienden sin analizar las circunstancias sociales de la segunda mitad del período. Su nacimiento está ligado al ascenso al poder de la burguesía y a la nueva sociedad urbana que se formó como consecuencia del desarrollo industrial emergente. La clase media adquirió entonces relieve como fuerza social e implantó sus preferencias en materia literaria, sin olvidar que se estaba formando un numeroso contingente de nuevos lectores que van a pertenecer a esta clase. El público estaba interesado por los problemas de la sociedad coetánea; una sociedad que proporcionaba las ventajas del progreso, pero que también era fuente de conflictos sociales hasta entonces desconocidos. En este contexto se hizo imprescindible el auge del realismo como técnica y de la prosa narrativa como modelo que permitían reconstruir la realidad y dejaban libertad al escritor para elegir temas, personajes y situaciones. La novela, que gozaba ya por entonces de cierta popularidad, se convirtió en el género en el que se alcanzaron los mayores logros del realismo.

De otro lado, la libertad política y religiosa, la soberanía popular, el sufragio universal y las reivindicaciones sociales fueron motores que desde ese momento movilizaron en toda Europa a las masas de trabajadores y las impulsaron a participar en los acontecimientos políticos. Doctrinas como el socialismo y el marxismo tuvieron una rápida aceptación y contribuyeron a crear entre los obreros una aguda conciencia de clase. Las franjas sociales

medias salieron fortalecidas de estos cambios. Adquirieron poder material, intelectual y moral, y pasaron a desempeñar una función rectora en la sociedad. Pero, hacia finales del siglo, también cobró un impulso imparable el movimiento obrero, que prendió con gran fuerza entre el proletariado urbano, surgido como consecuencia de la revolución industrial, sometido a condiciones de trabajo infrahumanas y que, a duras penas, sobrevivía en las ciudades.

Sin embargo, el escenario novelístico no actuó en solitario en ese nuevo estado de cosas. Contó rápidamente con la contribución del periodismo, para descubrirle al oficio una dimensión hasta entonces insospechada. De un lado, los grupos ideológicos más progresistas verán en el papel prensa una modalidad de ‘libro popular’ (un instrumento de formación y culturización al alcance de las clases modestas) y, a la vez, de poderosa arma de lucha política y electoral. Del otro lado, se abonará la tierra del periodismo para experimentar una fabulosa proliferación de sus modalidades textuales. Es decir, se acabará evolucionando de la simple y confusa gacetilla de la primera mitad del XIX que lo amasaba todo (opinión, nota informativa, interpretación y descripción, incluidos los fervores editorializantes), a desembocar en el periodismo informativo, ordenado y piramidal.

Incluso un aislado periodismo menorquín, en el corazón mismo del siglo XIX, va a defender con uñas y dientes el criterio del periodismo como alternativa formativa para las clases populares, en parangón a la del libro para las clases acomodadas y poderosas. Tanto el *Diario de Menorca* del 6 de enero de 1866, como, unos meses más tarde, *El Menorquín* de fecha 12 de diciembre del mismo año, ambos editados en la ciudad de Mahón, recogieron un comentario periodístico aparecido en *El Eco del País*, de Madrid. En él se decía: «Si los periódicos, como hijos de la civilización moderna, han venido a satisfacer una de las más imperiosas necesidades de los pueblos, claro es que quien a ellos se suscribe da una prueba de ser hombre prudente y previsor. Cada día se estrechan más y más las relaciones que el hombre civilizado le une con sus semejantes; el periódico es el agente más eficaz, la fuerza más poderosa para hacer esos lazos

indestructibles. [...]». El periodismo «es una forma nueva que se le ha dado a la historia; más bien, es la historia misma formándose a la vista de todos día por día, hora por hora, instante por instante. [...] El libro, como hecho para la razón, ejerce su influencia sobre un círculo reducido, y sólo a la larga consigue el objetivo que se propone. El periódico, como hecho para todos, extiende su influjo a cuantos peldaños componen la escala social, empezando por el palacio y concluyendo por la cabaña»⁷.

Pero dejemos la digresión y volvamos al punto expositivo inicial.

La segunda mitad del decimonoveno siglo va a echar las simientes de los géneros capitales con que se habrá de construir, más tarde, el denominado periodismo informativo. Será, pues, la hora fértil de las nuevas semillas; las que enseguida florecerán bajo los nombres explícitos de ‘información’, ‘crónica’, ‘entrevista’, ‘reportaje’, ‘artículo’ y ‘editorial’, por mencionar seis tipos de la redacción periodística nuclear más avanzada de la época. En todo caso, hablamos de un proceso evolutivo largo, larguísimo, que no irrumpe de un chasquido. Al menos hasta después de la Segunda Guerra Mundial no tomará plena carta de naturaleza; por tanto, hacia la cuarta década del XX. De momento, qué duda cabe que el periodismo de esa rica etapa va a encontrar en la mentalidad realista general una fuente inagotable de materiales con que llenar las páginas de la prensa, normalmente acometidas por periodistas profesionalizados, pero también por novelistas al uso que ven en los periódicos unas magníficas ventanas desde las cuales mostrarse —incluso como asideros para su diario yantar.

Así, pues, aun cuando Acosta Montoro hizo una apuesta en favor del reportaje como *género coronario* que explica el fenómeno de la circulación sanguínea entre literatura y periodismo, otros investigadores defienden que quizás el punto de convergencia —el corazón mismo— entre la literatura y el periodismo modernos es la crónica. El mismo criterio arguye Manuel Bernal. Nos lo confirma con estas palabras: «Es [la crónica], entre todos los géneros periodísticos, el que más ha contribuido a mantener la conexión

⁷ Para *El Menorquín*, el comentario apareció en el número 1, del 12-12-1866, en portada, con el título «El libro y el periódico».

entre literatura y periodismo. Tanto que puede ser considerada como el eslabón que ilustra el proceso evolutivo que lleva desde el terreno exclusivo de la literatura al de la pura información» (1997: 39).

Para el también investigador y profesor sevillano Juan Carlos Gil González, «es más que evidente que el reportaje comparte no pocas características con la crónica, pero no es menos cierto que ese género es una invención genuinamente periodística, y, por tanto, dicha exclusividad impide que sea considerado como instrumento de unión entre el relato de ficción (literario) y el factual (de hechos). De lo que se deduce —concluye—, que él no puede ser considerado el enlace entre la literatura y el periodismo» (2004: 4).

En resumen: consideramos que la vieja crónica histórica devino crónica moderna (¡y periodística!) en un momento de confluencia de la literatura realista y el periodismo en la segunda mitad siglo XIX. El proceso, pues, se dio en el instante preciso en que el periodismo se abre al realismo social del entorno con pretensiones de calidad literaria (y no *sólo* al fuego de los ardores de la lucha de banderías, como sucedió en el Sexenio Revolucionario español, 1868-74). Y a su vez, en el momento en que la literatura, cansada de los exotismos del romanticismo, se deja seducir por la realidad social multiforme imperante en el entorno. Para ello, se fija en los métodos de trabajo del periodista que ya empezaba a ganarse la credibilidad del lector, cada día más confiado en la veracidad de lo que le explicaban los periódicos. Por lo tanto, estamos muy tentados a considerar que la crónica literaria y la crónica periodística podrían ser contempladas como fruto de una misma eclosión, dentro de los mismos márgenes temporales. Una y otra se irían luego alimentándose recíprocamente. Pero, en suma, dejando a salvo las respectivas ‘personalidades’ estilísticas que les son propias y definitorias, incluida la razón de ser de cada cual: la literaria en las esferas de la ficción artística, y la periodística en las esferas de la veracidad informativa.

3. 1. 1. Unas consideraciones sobre el novelista cronificado

En algún momento habíamos dejado apuntada una proposición expuesta en forma de pregunta retórica. Nos habíamos interrogado si existe o ha existido una crónica literaria, concebida y publicada al margen de todo principio de doctrina periodística, y, por ello mismo, susceptible de ser vista como un eventual subgénero enclavado en el seno de las modalidades de la narrativa realista como literatura y nada más que literatura que se mueve en función de los circuitos editoriales, fuera de todo perímetro de los *mass media*. A ello habíamos adelantado una personal respuesta afirmativa.

Pretendemos decir que, determinados novelistas, en el período que media entre 1850 y 1950 (fijados ambos años como simples hitos convencionales), trabajaron una modalidad novelística realista haciendo suyo el concepto esencial del término ‘crónica’ como modelo de relato real, exacto y verídico que se da a conocer a un público lector. Fueron autores que poco o nada tuvieron que ver con el mundo del periodismo y la información (a veces ni siquiera en grado tangencial), pero que se afanaron a distinguirse como *novelistas cronificados*. O sea: narradores de ficción que buscaban la apariencia de verosimilitud que la ‘crónica’ como concepto les suministraba. Fue esta una corriente de estilo novelístico que podríamos tomarla como el contrapunto a ese otro fenómeno (ahora sí de naturaleza periodística) que hoy se conoce como ‘periodismo literario’, ‘periodismo narrativo’ e, incluso, ‘literatura periodística’. De ella hablaremos más adelante, después de ofrecer unas breves indicaciones sobre ese otro perfil que, por nuestra cuenta y riesgo, hemos denominado del *novelista cronificado*.

Georges Weill, en su famoso tratado de historia mundial de la prensa, considera que el periodismo, tras la llegada del siglo XX, ya tiene las fronteras muy entremezcladas entre el campo literario y el campo de la redacción de prensa. «Los literatos no piensan ya en establecer una barrera entre la literatura y el periodismo. El periodismo es la forma más alta de la literatura, ha dicho Bernard Shaw —y nos recuerda Weill—; sin llegar hasta ahí, novelistas y dramaturgos responden gustosos al llamamiento de

los periódicos, cuando no es que lo solicitan. Alfred Capus y Robert de Flers [que fueron nombres de la novelística y la dramaturgia francesa] han sido jefes de redacción de una hoja parisiense. Los más notables escritores se complacen en hacer ensayos, crónicas, aportando así su conciencia de artistas» (WEILL, 1962: 297).

Más tarde, en el cambio de milenio, entre finales del XX y comienzos del XXI, aún nos encontramos con el mismo criterio básico de Weill: afirmar que el periodismo es, en el fondo, un género literario. Lo defiende así, en los mismos términos, el ex director y fundador del diario *El País* de Madrid, Juan Luis Cebrián. Lo recordaba en la ponencia que presentó en la Universidad Internacional Menéndez Pelayo en julio de 2010. Bajo el título «Contadores de historias», no se contuvo de repetir una de las convicciones doctrinales más tersas de cuantas conforman su pensamiento periodístico básico. Hablando de la formación de las culturas en la historia de la humanidad, dijo que «a ello contribuyen de igual modo escritores y periodistas, porque el periodismo es, desde que se inventó, un género de la literatura» (2010: FOLIO 11).

En realidad, la fijación del criterio que defiende Cebrián viene de lejos. El curso de dos terceras partes del siglo XIX lo vemos sembrado de rastros muy visibles a manos de nombres absolutamente egregios de las letras hispanas. Así, en 1845, Joaquín Rodríguez Pacheco llevaba su discurso ante la Real Academia Española defendiendo los derechos literarios del nuevo género: el periodismo. Cincuenta años después, Eugenio Sellés leía su discurso de ingreso en la Academia y se refería al periodismo como un género literario, comparándolo con la historia, la novela, la crítica y la dramaturgia. Dijo entonces que «es género literario la oratoria, que prende los espíritus con la palabra y remueve los pueblos con la voz; es género literario la poesía, que aloja la lengua de los ángeles en la boca de los hombres; es género literario la historia, enemiga triunfante de la destrucción y del tiempo, porque hace volver lo que pasó y resucita el alma de las edades muertas; es género literario la novela, que narra lo que nadie ha visto, de suerte que a todos nos parece verlo; es género literario la crítica, que pesa y mide la belleza y tasa el valor y contrasta la verdad y las

mentiras artísticas; es género literario la dramática, que crea de la nada hombres mejores que los vivos y hechos más verosímiles que los reales; ¿no ha de serlo el periodismo, que lo es todo en una pieza: arenga escrita, historia que va haciéndose, efemérides instantáneas, crítica de lo actual y, por turno pacífico, poesía idílica cuando se escribe en la abastada mesa del poder y novela espantable cuando se escribe en la mesa vacía de la oposición?» (ACOSTA, 1973: 82).

No obstante, tres años después de Sellés, Juan Valera pareció no creer tan diáfano el planteamiento de algunos colegas. Y afirmaba lo siguiente: «Ser periodista es, sin duda, profesión u oficio, como ser ingeniero, abogado o médico. Es evidente, asimismo, que el periodista debe ser literato, un literato de cierta y determinada clase. ¿Pero se infiere aquí que haya un género de literatura, distinto de los otros, que pueda y deba ser llamado género periodístico? Sobre esto es lo que no estoy muy seguro, aunque si me inclino a algo es a negar que haya tal género. Lo que distingue al periodista de cualquier otro escritor, poco o nada tiene que ver con la literatura» (ACOSTA, 1973: 83).

En 1898, un periodista por antonomasia, fundador del madrileño *El Liberal* e inspirador de las páginas literarias *Los Lunes de El Imparcial* y de *Entrepáginas*, Isidoro Fernández Flórez (Fernanflor, 1840-1902), contestando al discurso de recepción en la Academia, argumentaba: «Se llama periodista al literato que escribe con frecuencia o casi a diario en un pliego o grande hoja volante, que se estampa periódicamente y se difunde entre el público, a veces por centenares de miles de ejemplares. Cuando se logra que estos centenares de miles de ejemplares sean comprados y leídos, el periodista que dispone de ellos y escribe, dicta o inspira su contenido, no puede negarse que posee un instrumento poderosísimo para influir en la opinión, para modificarla. El libro es un medio de publicidad y el periódico es otro. De ambos medios se vale o puede valerse el escritor, pero hay, en realidad, diferencia literaria entre ambos medios. De una serie de artículos se forma a menudo un libro y de fragmentos o pedazos de un libro se hacen a menudo también unos pocos artículos de periódicos. Tan cierto es lo dicho, que no hay arte de escribir o de hablar donde, entre los diversos

géneros de discursos escritos o hablados, se califique al periódico como género aparte. Hay poesía y prosa. La poesía es o puede ser lírica, épica y dramática, con no pocas subdivisiones o especies híbridas como elegías, sátiras, epístolas y fábulas. La prosa puede ser didáctica o no didáctica, dirigirse a enseñar, a deleitar o ambos fines; puede ser narración verdadera o fingida, y llamarse historia, novela o cuento. En suma, y para no fatigar a nadie, ¿quién desconoce o ignora los diferentes géneros en que pueden dividirse los escritos, ya por los asuntos de que se trata, ya por la manera en que son tratados los asuntos? ¿Hay entre estos géneros modos de calificar, distinguir y separar de los otros y determinar un género especial que llamamos periódico? Yo creo que no lo hay. Al contrario, todos cuantos son los tonos, géneros y maneras de escribir, caben en el periodismo. Y nada hay que no puede insertarse con éxito en los periódicos, cuando la inserción es oportuna y atinada. La cuestión está en que venga a cuenta o a pelo lo que se inserta, presuponiendo que no es malo o tonto, sino que es ameno o instructivo» (ACOSTA, 1973: 85).

En todo caso, brillante y lúcido precursor de la controversia fue Mariano José de Larra, quien en su conocido artículo «Ya soy redactor» escribió en fecha tan temprana como 1833⁸: «El hecho es que me acosté una noche autor de folletos y de comedias ajenas y amanecí periodista; míreme de alto a bajo, sorteando un espejo que a la sazón tenía, no tan grande como mi persona, que es hacer elogio de su pequeñez, y vine a escudriñar detenidamente si alguna alteración notable se habría verificado en mí físico; pero por fortuna eché de ver que como no fuese en la parte moral lo que es en la exterior y palpable tan persona es un periodista como el autor de folletos» (ACOSTA, 1973: 88). Pero, en definitiva, la Academia de la Lengua Española se pronunció ante la polémica cuando permitió, en un gesto dirimente muy resuelto, el ingreso del periodista Mariano de Cavia (1855-1920), el primero de los electos para la docta Casa que pudo arrogarse para sí la condición de periodista y sólo periodista⁹.

⁸ LARRA, Mariano José de, publicó este artículo en las páginas de *Revista Española*, nº 39, del 19 de marzo de 1833, con el seudónimo Fígaro que lo hizo popular en su tiempo y, luego, en la historia de la literatura castellana.

⁹ Y sin embargo, el estado de salud muy precario le impidió leer su discurso, y, por tanto, posesionarse del sillón de la letra A que le había correspondido por unanimidad el 24 de febrero de 1916.

Un resultado palpable de la imbricación de ambas ramas es, a nuestro parecer, la incursión de un efecto de doble sentido. El primero sería aquel que propicia la aparición de una modalidad de narración novelística de corte ficcional que, sin ser concebida para el mundo del periodismo, se adorna con cierto atuendo paraperiodístico. A la vez, es la que gusta, deliberadamente, de acogerse a sí misma al abrigo del concepto ‘crónica’ (también de la noción de ‘reportaje’).

En segundo lugar, nacerá una escuela de redactores periodísticos (por tanto, informativos) que gustará de ataviarse con indumentos de la más pura estilística literaria; y, en consecuencia, desembocará en una especie de periodismo paranovelístico. Serán unos periodistas perfectamente conscientes de no traicionar, en ningún caso, el deber de contar verdades exactas, reales y documentadas (o sea, periodísticas puras para su difusión mediática); pero que, entretanto, aspirarán a la máxima galanura retórica, en el mejor sentido de la expresión. Y así, veremos brotar los primeros destellos fulgurantes de semejante hora evolutiva en el periodismo norteamericano de mediados del siglo pasado, bajo la rotulación académica de Nuevo Periodismo [*New Journalism*]; y, hoy día, conocido en términos generales como ‘periodismo literario’ o ‘literatura periodística’.

Puede reputarse de una fijación quizá burda de las tipologías periodísticas en lo que atañe al tránsito de los siglos XIX al XX. No nos pasa por alto que no hay antecedentes doctrinales (ni página alguna de la historia de la Periodística, que sepamos) que haya sancionado con poder de cátedra ese doble juego de espejos de un periodismo paranovelístico y de una novelística paraperiodística. Pero, a nuestro juicio, podríamos estar ante una conclusión plausible. Si el periodismo occidental, en su evolución a lo largo del novecientos, tendió a consagrar plenamente el estadio del periodismo informativo (frente al ideológico que impregnó gran parte del XIX), y, de ahí, a arrojar el fruto de la sagrada división de géneros (informativos, interpretativos y de opinión), hay unanimidad expresa y tácita entre los investigadores principales respecto a que el periodismo del XX también debe ser estudiado a la luz de lo que, más arriba, hemos

calificado de juego de espejos recíprocos y ubérrimos entre creación narrativa y estilo periodístico, para dar lugar, si no a nuevos géneros en sentido acerado, sí, al menos, a los *nuevos periodismos* de firmas antológicas archisabidas: Wolfe, Monsiváis, Guerriero, Walraff, Dos Passos, Capote, Josep Pla, Norman Mailer, Rosa Montero, Manuel Vicent o Maruja Torres, por citar una galería repetida hasta la saciedad por los tratadistas. «Es sobre todo a partir de comienzos del siglo veinte —dice Fernández Parratt— cuando una serie de escritores-periodistas empiezan a crear desde obras consideradas plenamente literarias, como la novela realista del siglo XIX, hasta ejemplares neoperiodísticos a partir de los sesenta, caracterizados por la combinación de hechos veraces y técnicas de la literatura de ficción y que diluían las fronteras entre ficción y realidad, entre novela y reportaje» (FERNÁNDEZ PARRATT, 2006: 278). Y crónica, nos atrevemos a apostillar nosotros.

En efecto, es ella misma quien expande ese criterio con la siguiente observación evolutiva: «En los años ochenta [del XX] será cuando surjan verdaderas propuestas de ruptura con los esquemas informativos más convencionales. Una de las más destacadas es la del manualista R. Thomas Berner con el concepto *literary newswriting*, de raíces neoperiodísticas y basado en la creación de un producto periodístico que “supone el matrimonio en la escritura periodística entre la documentación a fondo y las técnicas literarias” [BERNER, 1986: 2]¹⁰. El influjo de la literatura no sólo está presente en reportajes y crónicas, sino que se ha extendido hasta impregnar el propio periodismo informativo —el tratamiento de las noticias está cambiando hacia un estilo más atractivo y una mayor preocupación estética—, donde la opinión mayoritaria es que toda técnica literaria forma parte de una cada vez más importante dimensión estética y está permitida siempre que el texto resultante informe de manera concisa y fiel sobre lo ocurrido».

¹⁰ La cita la aporta FERNÁNDEZ PARRATT en su *Periodismo y literatura: una contribución a la delimitación de la frontera*, en la revista «Estudios sobre el Mensaje Periodístico», nº 12, 2006. Y, a su vez, la extrae del libro de Thomas BERNER *Literary Newswriting: The Dead of an Oxymoron*, en la revista «Journalism Monographs», Chicago, AEJM, págs. 70 y 71.

3. 2. El hombre, un contador de historias

Ahora bien, ¿disponemos de una definición plenamente académica, general y aceptada como referente de la teoría de los géneros periodísticos? ¿Qué es y cómo se define una crónica periodística? ¿En qué se asemeja a la crónica literaria y en qué se distancian ambas? Acertar con una formulación unívoca, sencilla, completa, poco o nada discutible y estable, es tarea que se escabulle como jabón en las manos torpes del imperfecto raciocinio humano.

En tantos y tantos campos del saber, pero sobre todo en el de las ciencias sociales, las definiciones varían de acuerdo a las fuentes bibliográficas utilizadas, a la época en que se formularon y, aun, a la escuela doctrinal a la que pertenece, en cada caso, el autor que acomete la definición. Podemos, no obstante, arriesgar alguna por vía de tanteo personal en los términos en que la hemos formulado un poco más arriba. Permítasenos repetirla como síntesis de nuestro personal criterio en relación al que merece ser tenido como ‘género estrella’ de la Periodística en tantas y tantas lenguas, incluida, claro, la castellana:

LA CRÓNICA ES UNA GESTA INFORMATIVA-INTERPRETATIVA QUE SE ABRAZA AL ESTILISMO LITERARIO, CON UN RELATO QUE DISCURRE DENTRO DE UN CORTE DIACRÓNICO QUE, EN TODO O EN PARTE, NACE DE OBSERVACIONES PROPIAS DEL PERIODISTA FIRMANTE.

A partir de semejante propuesta de trabajo, veamos de entresacar los elementos que consideramos determinantes para dar con la naturaleza interna e íntima de lo que cabe entender por ‘crónica periodística’. Haciendo de aquella propuesta de definición su descomposición en átomos, tendremos que la crónica es:

- Una **gesta** del día, en el sentido de novedad, de lo que es nuevo y actual.
- Un texto que **casa** interpretación e información.
- Un relato que abraza un **corte temporal**, implícito o explícito, formando, con ello, una diacronía con un lapso de comienzo y final.

- Una composición que admite —y recomienda—, estilismos literarios del autor.
- Aquella que se alimenta de datos informativos que, en todo o en parte, han sido vistos, buscados o recabados por el autor, en un verdadero esfuerzo por actuar como testimonio directo (al menos, de primera mano) ante el receptor de la crónica.
- Un texto resultante que siempre va firmado —sobre todo en el periodismo de nuestros días y, todavía más, si el autor tiene un nombre ligado establemente a alguno de los dos grandes troncos de la cronística: de un lado, el que cubre una especialidad temática y, de otro, el que cubre un territorio o lugar.
- Y un texto, en fin, que se destina a ser difundido, necesariamente, en algún medio de comunicación social. Es decir: en algún medio periodístico-informativo.

Es muy verosímil concluir, pues, que si, en un relato cualquiera de nuestros días, confluyen todos y cada uno de los siete rasgos nucleares que quedan apuntados, estaremos, sin duda, en presencia de un modelo textual periodístico que deberá ser denominado ‘crónica’ de prensa.

En todo caso, retomemos una línea discursiva *ab initio*. Si componer crónicas (sean históricas, literarias o periodísticas) es narrar, es contar y es relatar, convengamos con Juan Luis Cebrián que el ser humano, epistemológicamente, es un contador de historias desde el momento mismo de la aparición en él de la facultad de la palabra. De ahí que hayamos de convenir en el axioma de la inmemorialidad de ese rasgo humano. Razona Cebrián, según vimos antes, que «contar historias ha sido un empeño civilizador, quizás el más proteico y fructífero de cuantos han existido; y probablemente la herramienta esencial en la construcción de las diferentes culturas» (CEBRIÁN, 2010: 10-11). Y más adelante añade: «La cultura se construye con el tiempo, por acumulación de progreso, y se transmite de generación en generación. A ello contribuyen de igual modo escritores y periodistas, porque el periodismo es desde que se inventó un género de la literatura. Álvaro Pombo asegura que la novela es una pretensión de aclarar narrativamente el mundo, nada distinto —por cierto— de lo que los

cronistas de los periódicos, o los productores de documentales de televisión, acostumbran a hacer» (2010: 11).

Así enfocada la cuestión, acaso haya que considerar que lo más hondo, remoto y atávico de la conducta humana sea la predisposición a devenir relator, sin excluir, claro es, otros perfiles múltiples que también convergen sobre ella. Fueren cuales fueren los mimbres primigenios de la psicología humana, no hay que dudar que la facultad para el relato, para el cuento, la narración, etcétera, se encuentra grabada en la carta misma de su genoma.

Sí, el ser humano es un contador por antonomasia. De un principio, lo fue por medio de la palabra oral, a la que le añadió, luego, la palabra escrita. A nuestro parecer, la condición de narrador toma cuerpo en dos esferas. Primera: a través del discurso según un código oral; y, segunda, del discurso según un código escrito. Quizá, en origen, se sucedieran una después de la otra, por ese orden; pero rápidamente acabaron confluyendo tal y como hoy lo conocemos, y formando una constante combinación de los dos códigos señalados hasta dar lugar a unas esferas circuncéntricas una en relación a la otra.

Supuesto que el hombre es un ser racional dotado del don del habla —y, por tanto, del pensamiento—, nos atrevemos a establecer la siguiente secuenciación en lo que atañe al hombre-relator. Si la narración misma se expresa en el registro oral, podemos estar en presencia de un cuentista dotado del arte de contar por medio de su oralidad, con mayor o menor ingenio artístico y dialéctico. Este contador se expresa, en una primera fase, por medio de la palabra, la voz y los gestos, generalmente exponiendo relatos imaginarios que el propio actuante inventa o reinventa. Luego, ese perfil pasa a ofrecer similares historias, pero ahora dándoles vida por medio de la palabra escrita. Acaba de aparecer ante nosotros el relator-escritor, frente al relator-cuentista en el terreno oral. A su vez, uno y otro perfil (el relator de palabra y el relator de pluma) pueden pergeñar dos grandes modalidades: el relato imaginario (la ficción pura) y el relato real y verídico (la no ficción). Será a partir de este último crisol que cabe considerar las raíces más hondas del hombre periodista. En efecto, cuando

ese lejano ser humano primitivo afronta la transmisión de relatos que son enteramente reales y verdaderos, nos acabamos encontrando, más pronto o más tarde, con un periodista, dicho ahora en sentido moderno. Dependiendo de una amalgama de factores (por ejemplo: que exista un modelo de comunicación social; o que haya finalidad informativa-periodística, etcétera), habremos llegado ya, de lleno, al periodista y al periodismo. En caso contrario, permaneceremos aún en el estadio del contador de novedades que no cumple todavía el rol periodístico: son los perfiles historiográficos de los que hablábamos al inicio de este capítulo, a saber: los *‘recontadors’* de novedades, los emisores de cantos noticieros, o los trovadores y juglares que difundían gestas de su hora presente, en un cierto anticipo —valga la insistencia— del patrón periodístico contemporáneo.

A partir del momento en que tomará vuelo el arte de contar historias reales, nos situaremos, enseguida, en el estadio que, a la fuerza, habrá de ser el antecedente de la crónica, entendiéndola como el género que se emplea para narrar e interpretar hechos reales, cargado de contenidos y datos verídicos y desarrollados en un lapso cronológico, y cuyas fases evolutivas corresponden a la sucesiva formación de la crónica histórica, crónica literaria y crónica periodística.

La crónica no nace con el periodismo, como se han encargado de insistir los analistas más expertos. En realidad, es el periodismo el que aprovecha una tradición literaria e histórica de largo y espléndido desarrollo para adaptarla a las páginas de la prensa, tal y como apunta el profesor Juan Cantavella cuando nos recuerda las raíces del género. Son, en todo caso, las huellas de la cronística histórica y la cronística literaria las que la acompañan, a pesar de la amplitud temática de sus objetos de información y la especificidad que ha ido adquiriendo como género periodístico moderno (CANTAVELLA, 2004: 395).

Literatura e historia, pues, han sido el sístole y la diástole mediante los cuales el corazón de un género periodístico ha bombeado su sangre más definitoria. Un género del cual ya, un periodismo moderno y evolucionado,

no pueden prescindir los medios de comunicación, no sólo por su maleabilidad estructural y expresiva para abordar una infinitud temática, sino también por su capacidad para dar cuenta de los sucesos, al tiempo de valorarlos como lo exige el auténtico periodismo. Es decir: con la urgencia de la inmediatez, la objetividad del testimonio y la calidad literaria de la redacción.

Vamos a comprobar más adelante la nutrida acumulación de teorías y definiciones a que ha dado lugar la crónica como concepto, al menos desde principios del siglo XX y hasta nuestros días. Y es que la naturaleza más íntima que la envuelve contiene fibras para el análisis epistemológico, ya que continúa mereciendo la atención de los especialistas una y otra vez. Un ejemplo tangencial: una revista científica prestigiosa como es la titulada *Estudios sobre el Mensaje Periodístico*, editada por la Universidad Complutense de Madrid, frecuentemente ofrece ensayos e investigaciones sobre el género de la crónica. El undécimo volumen de la serie (2005) llega a ofrecer hasta tres trabajos sobre el tema.

De su origen histórico-literario (y de cuyos embriones hemos ofrecido aquí profusas explicaciones) hereda la crónica periodística atributos que le permiten recrear la realidad sin violar la veracidad de los hechos. De esa herencia se recoge también la exigencia de que el periodista haya presenciado y/o escuchado de fuentes de confianza los datos que cuenta: un elemento, sin duda, que hasta nuestros días confiere a la crónica determinada jerarquía de excelencia entre los restantes géneros. Lo que transmite el cronista es de primera mano, visto y oído; la detección de la arista singular, del latido interior de un tema, de un acontecimiento, de una persona, de un hecho a la vista. Pero no queremos caer en el abismo de las afirmaciones rotundas en materia de géneros periodísticos. La presencia del cronista en el lugar de los hechos, al igual que en el reportaje, puede ser sustituida —llegado el caso— por el registro de fuentes orales o documentales irrefutables, y, sistemáticamente, con el añadido de la visión personal del narrador.

Por lo tanto, el primer atributo propio —diferenciado y diferenciador— reside en el sentido temporal con que el cronista aborda su objeto, sin importar si este es un hecho, un sentimiento o un paisaje, una persona, un proceso, una noticia, etcétera. En este sentido, coinciden la mayoría de los especialistas: la crónica observa un orden cronológico, aun cuando no se relate en orden secuencial estricto.

Otro rasgo muy acusado en ella es la actualidad, que puede ser de fiel apego a la ocurrencia en el aquí y el ahora de los hechos, como de creación de ese tiempo a partir de un relato en presente.

La crónica cuenta una historia, relata. Esa historia se convierte en el núcleo de su eje narrativo, viene a ser algo así como su tesis. La crónica se parece mucho a la información, al comentario y al reportaje. A la información, porque, al igual que ésta, se nutre de los hechos reales y verídicos y desea para ellos ofrecer una transmisión periodística. Al comentario, porque también valora y emite una interpretación sobre los datos, los contextualiza y los inserta en sus referentes y antecedentes. Y, en tercer lugar, se asemeja al reportaje, en la medida en que ofrece testimonio personal e integral de un acontecimiento que se ha observado, o bien, ha estado nutrido documentalmente: declaraciones, informes, fechas, datos... Entretanto, las diferencias sustantivas con estas otras formas periodísticas radican en que su apropiación factual —juicios y vivencias— pasa por la impresión personal del cronista, por su sensibilidad y particular modo de expresión. La diferencia, o contrapunto, entre un reportaje y una crónica sería la misma que entre una fidedigna fotografía y una personalísima pintura impresionista, expresado ahora con un símil ilustrativo (RIUS BLEIN, 1988: 77). Una y otra (fotografía y pintura) sirven para relatar estampas vistas, ciertas y valoradas. De ahí que se alimenten esencialmente del concepto de ‘crónica’.

3. 3. Del Nuevo Periodismo al periodismo literario

Es hartosabida la historia de lo que se ha venido en denominar Nuevo Periodismo. Todavía hoy, no parece existir una sanción firme y resuelta para designar con un nombre —o con un concepto unívoco— a los

periodistas que, al promediar el siglo XX, decidieron afrontar su tarea informativa saltándose los cánones de la preceptiva de redacción periodística aprendidos en las escuelas de Periodismo de América y Europa.

Los primeros balbuceos del periodismo informativo (de corte científico, si se nos permite la expresión) habían supuesto un delicado y zigzagueante itinerario de teoría y práctica para llegar a la consagración de una nueva forma de afrontar la tarea periodística: la división diáfana e imperativa entre información y opinión. Superado —es un decir, porque ni en nuestros días se cumple plenamente— el periodismo ideológico de los años decimonónicos y después del cientifismo que se apodera del acto periodístico en el período de entreguerras, resulta que salta a la palestra una generación renovadora, dispuesta a desobedecer la regla espinal de la objetividad, la pirámide invertida y el encabezamiento en *lead*. Y más que desarrollar en sus textos las preguntas de rigor para una canónica tarea de informar (qué, quién, cómo, cuándo, dónde y por qué), aquellos elementos *rupturistas* se van a dedicar al registro vivo, palpitante, de la realidad más aguda. Serán los practicantes del Nuevo Periodismo, cuyo nombre (a un tiempo símbolo y emblema) va encarnado en la persona de Tom Wolfe, no en solitario, claro, pero sí como abanderado del nuevo estilo de confección de textos para la prensa informativa-interpretativa.

Tampoco queda claro el origen exacto del Nuevo Periodismo, aunque los investigadores han venido en considerar que el inglés Daniel Defoe, con su afamado *Diario del año de la peste* de 1722, bien pudo haber sido el iniciador de una galería de autores que se han sucedido sin apenas interrupciones durante cerca de trescientos años en los más dispares escenarios periodísticos del mundo, y aun de evoluciones culturales distantes de la historia contemporánea (CHILLÓN, 1999: 77).

El nudo diríase recurrente: un reportero innovador y joven decide irrumpir en medio de la solemnidad envarada del papel prensa del Novecientos y comienza a demoler sin contemplaciones las pétreas reglas de la objetividad periodística, para modular, frente a tanto academicismo *viejo*,

una voz nueva, fiel, sí, a los hechos sagrados, reales, documentados y exactos, pero puestos en un pentagrama que ya no se afina en la clásica clave de sol de siempre. Son textos indudablemente periodísticos, si bien teñidos con los colores de la experiencia propia del redactor, y ajenos acaso a la sacrosanta escritura noticiosa. Aunque informa y relata a propósito de acontecimientos ciertos y verídicos con interés noticioso, la pluma del periodista —su estro personal— se exagera y abre a raudales la espita de su estilo personal. Así, no evita —en realidad, todo lo contrario— las concesiones a los artificios narrativos en su sentido más literario y retórico. Para ello, humedece su nueva pluma en la tinta de la novelística y de los relatos de ficción, aunque —repetimos— para ofrecer información, dígame crónica o reportaje.

Convengamos que es un ritual, en apariencia, de profanación del estilo clásico del periodismo informativo, sí; pero también de consagración, porque a partir de ese momento, si el producto textual supera la estricta vigilancia de jefes de redacción y directores y, además, es leído con complacencia por el público receptor del mensaje, aquél podrá sentirse un renovador periodístico, con innegable madera de novelista de éxito. Será entonces cuando estemos en presencia del periodista literario y que eso lo convierta en un redactor capaz de crear sus propias normas estilísticas y sus peculiares métodos de trabajo para cumplir con el compromiso periodístico: ser visto como un profesional veraz que cuenta verdades de interés para la opinión pública. O sea: un *nuevo* periodista dispuesto a contar siempre la verdad, no importa cómo la relate. O si importa, a condición que lo empape de calidad y personalidad estilística, no para ejecutar un acto literario gratuito, sino para potenciar el mensaje periodístico más allá —piensa— de las cuatro reglas de la preceptiva tradicional del periodismo informativo.

Durante los años sesenta y setenta del XX este fenómeno de estilo periodístico produjo en los Estados Unidos poco menos que conmoción, aunque también admiración —y toneladas y toneladas de imitadores con mayor o menor fortuna en los anales del periodismo de ambas orillas del Atlántico. La prensa se vio asaltada por reporteros sagaces y osados que

irrumpían con unas crónicas y unos reportajes que parecían una exacta pirotecnia verbal nunca antes vista ni leída.

Fue la pujanza de su estilo y la popularidad entre los lectores lo que les hizo ganar crédito constante. Pero también el factor indiscutible de poner a circular hechos reales y verídicos. En poco tiempo, generaron una de las mayores revoluciones en la técnica narrativa periodística moderna. Los nombres son, por demás, bien conocidos: Tom Wolfe, John Dos Passos, Truman Capote, Rodolfo Walsh, Norman Mailer, Rex Reed o Hunter S. Thompson.

Aunque el tratadista Albert-Lluís Chillón recuerda que la expresión *new journalism* ya había sido utilizada en 1880 por el crítico Matthew Arnold «para designar, en sentido genérico, las espectaculares transformaciones que empezaba a experimentar la prensa británica y norteamericana durante aquellos años»¹¹. Y sin embargo, habrá que esperar a 1965 para que «la etiqueta *New Journalism* —esta vez en mayúsculas, remarca Chillón— volviese a hacerse oír con fuerza en el medio periodístico estadounidense, en parte gracias al resonante éxito obtenido por “In cold blood” [de Capote], pero sobre todo a causa de la creciente proliferación en los periódicos y *magazines* norteamericanos de trabajos periodísticos escritos mediante técnicas tomadas de la literatura de ficción. Según el conspicuo Tom Wolfe, sin duda alguna la figura más conocida de la nueva tendencia, *Nuevo Periodismo* fue el término que eventualmente cuajó» (CHILLÓN, 1999: 221).

Ahora bien: la figura primera y maestra de la generación había sido Capote. Visto el papel de luz de alborada que éste cumplió, vamos a detenernos unos momentos en su perfil. Veámoslo.

3. 3.1. El caso de Truman Capote: la primera célula

En un momento determinado, el asesinato de la familia Clutter en un

¹¹ En aquella ocasión no se refería a innovaciones formales, sino al salto cualitativo que se dio con la irrupción del reportaje de la mano de Stead en el *Pall Mall Gazette*. La profundización en hechos candentes, sin arredrarse ante escándalos ni hipocresía, es lo que caracterizará a este corriente.

pueblo perdido de los Estados Unidos despertó una viva intriga en un periodista de Nueva Orleans llamado Truman Capote (1924-1984). Se trasladó allí enviado por el periódico donde trabajaba y se interesó tanto que no sólo reconstruyó la peripecia vital de esa infausta familia, sino que mantuvo entrevistas y correspondencia con los autores del hecho criminal. Aún más, pidió permiso para asistir a la ejecución de los culpables, y el triste, macabro espectáculo acabó por afectarle con una desazón formidable. La premisa de su relato, dominado por la conciencia del periodista que anidaban en él, fue no inventarse absolutamente nada. Y así concibió y pergeñó hasta el delirio la novela que tituló *In cold blood* [*A sangre fría*], en cuya páginas Capote trata aquel terrible asunto de sangre, odios y muerte.

Estamos en 1966. Iba a ser con tan celebrada obra que el autor acuñaría el término *non-fiction-novel*, cuajando de este modo un referente para lo que luego sería el Nuevo Periodismo estadounidense. La novela fue el resultado de cinco años de intensa investigación y de laberínticos procesos de documentación. Capote, para ello, entrevistó a la policía y a conocidos de los Clutter, incluso antes de que se supiera el nombre de los sospechosos, Dick Hickock y Perry Smith. De ahí salieron montañas de páginas con anotaciones y apuntes que irían creciendo sin cesar. Conforme avanzaba la investigación y el juicio por los asesinatos, Capote reconoció el trabajo de Harper Lee al dedicarle el libro. El novelista-cronista (o reportero) tuvo que ganarse la confianza de todos los testigos y de los habitantes del pueblo de Holcomb. En un principio, por su actitud estafalaria y extravertida, como por su pública condición de homosexual, le fue difícil. Pero su empeño rindió frutos e incluso logró ganarse la confianza de los dos autores del delito. Narrada en tercera persona omnisciente, *A sangre fría* ha sido resaltada por su fenomenal realismo y por la conjunción de una narrativa tradicional con un reporte periodístico indudable. Capote definió el libro como ejemplo de un género nuevo, el *non-fiction-novel*, o también ‘novela testimonio’. Mucho se ha discutido sobre el acierto de esta calificación. En 1957, nueve años antes, el escritor argentino Rodolfo Walsh había publicado *Operación Masacre*, donde ya se aplica el método de ficcionar, si se permite el neologismo, hechos reales periodísticos, aplicado a un caso

de crimen de Estado. De todos modos, se considera que *A sangre fría* supuso una revolución en el mundo del periodismo al motivar la aparición de la corriente conocida como Nuevo Periodismo.

Semejante escuela, ¿cómo puede ser definida? Se caracteriza, según ya hemos ido anotando, por aplicar recursos y técnicas de la literatura de ficción y otras corrientes consideradas hasta entonces impropias del periodismo tradicional. Por ello, el Nuevo Periodismo entraña una renovación en las formas narrativas de los reportajes, las crónicas y las entrevistas, combinando lo mejor de la literatura con lo mejor del periodismo. Se distinguen así las dos claves básicas de la renovación periodística que pretende el movimiento estilístico:

- **Dimensión estética:** Los periodistas del género escriben sus reportajes y crónicas para que se lean como si fueran relatos, utilizando diálogos de gran realismo, descripciones muy detalladas, caracterizaciones vívidas y un lenguaje de corte urbano. Asimismo, el periodista asume mayor protagonismo que en el periodismo convencional, ya que da su visión personal de los acontecimientos, aunque intenta hacerlo de la forma más neutral posible. De ahí que incida de lleno en la médula de la crónica periodística, por cuanto se esfuerza a construir una interpretación a propósito del relato que va discurriendo.
- **Investigación:** Los redactores procuran manejar y hacer acopio de la mayor información posible, salir a la calle y obligarse a estar en la geografía exacta y concreta de los hechos que ocupan su interés. De igual modo, mantienen las mismas exigencias de precisión, verificación, realidad e investigación del buen periodismo.

En definitiva: podemos arriesgarnos a concluir que la escuela del Nuevo Periodismo persigue la codificación de mensajes periodístico-informativos por medio de deliberados cortes literarios. También el mitificado Tom Wolfe aporta una definición sentenciosa, al escribir que es una modalidad narrativa de no-ficción. Entretanto, no cabe duda que debemos acogerlo

como una fórmula renovadora del estilismo periodístico y, probablemente, la antesala del periodismo de investigación, o de precisión, que ha llevado la historia del periodismo contemporáneo a su cuarta era, tras el periodismo ideológico (1850-1914), el informativo (1914-1950) y el de explicación o interpretativo (1950 en adelante)¹².

Norman Sims, profesor de periodismo en la Universidad de Massachusetts, editó hace veinticinco años un libro que se ha convertido en una especie de biblia para los seguidores del periodismo narrativo o nuevo periodismo. Bajo el título *Los periodistas literarios o el arte del reportaje personal*¹³ reúne trabajos de trece de las mejores plumas estadounidenses en este género, entre ellas las de Tom Wolfe y John McPhee, un afamado premio Pulitzer, nacido en Princeton (1931). En opinión del profesor, se ha incrementado la atención internacional hacia el sólido movimiento del periodismo literario. Hace unos pocos años se creó en América la Asociación Internacional para Estudios de Periodismo Literario. Más tarde se fundó un periódico titulado *Estudios de Periodismo Literario*; y las cátedras sobre esta modalidad se han instituido en universidades de todo el mundo, asegura. Pues bien, en el prólogo de su libro Sims realiza un completo recuento histórico de las firmas, las publicaciones y los valores representativos de esta generación de periodistas-escritores. Tom Wolfe ha sido considerado el iniciador de esta tendencia, como habíamos señalado, aunque sus raíces se hunden mucho más allá de esa figura. Ya en los años cincuenta, con la publicación de sus primeros trabajos periodísticos-literarios, Wolfe había marcado una diferencia notable en la forma de tratar sus temas: el tono agresivo de su escritura, la experimentación con la puntuación, la recreación de escenas y otros recursos inusuales en el reporterismo lo catapultaron a la vanguardia de un nuevo periodismo que encontraría multitud de adeptos y continuadores en las décadas siguientes.

¹² Para una exacta sistematización de las etapas históricas del periodismo, véase MARTÍNEZ ALBERTOS, José Luis, en *Fundamentos ideológicos y técnicas de la prensa actual*, Nuestro Tiempo, nº 169-179, julio-agosto de 1968, págs. 68-79.

¹³ SIMS, Norman, *Los periodistas literarios*, Editorial Aguilar, Grupo Santillana, 2009. Existe una primera edición en castellano de 1996, en El Áncora Editores, Bogotá, traducida por Nicolás Suecún.

Debido a la multiplicidad de asuntos tratados en sus textos, el periodismo literario llegó a confundir, no sólo a los lectores, desconcertados por la dificultad para reconocer si pertenecía a la ficción o era verídica la narración de los hechos, sino también a los mismos editores, quienes terminaron por asignar las reseñas de los textos a especialistas sobre los temas, sin que estos tuvieran la capacidad para comprender las sutilezas técnicas de esa nueva forma de escritura.

En cambio, en el periodismo español del siglo XX, la tradición del periodismo literario no parece haber tomado la dimensión orgánica y organizativa que sí ha tomado en las tierras americanas del norte y del sur. Entre nosotros, no faltan los nombres egregios (Juan Goytisolo, Rosa Montero, Manuel Vicent, Vázquez Montalbán o Maruja Torres, por citar casos de nombradía actual), pero no disponemos de estructuras como sí se han llegado a forjar al otro lado del océano, comenzado por la Fundación Nuevo Periodismo Iberoamericano (FNPI) y la rica expansión de las cátedras que hemos mencionado más arriba. En su página web, la FNPI explica que «fue establecida en Cartagena de Indias, Colombia, en octubre de 1994, como resultado de una antigua preocupación de Gabriel García Márquez —quien inició como reportero su carrera de escritor—, por estimular las vocaciones, la ética y la buena narración en el periodismo»¹⁴. Reparemos, en particular, en este último objetivo: cultivar la narración periodística con singular calidad.

No obstante, encontrándonos en el curso de elaboración de este trabajo, tuvimos la oportunidad de leer un reportaje de Carles Geli en las páginas de *El País*. El redactor refería que «la siempre tenue —y polémica y prolífica— frontera entre periodismo y literatura vuelve con fuerza al sector editorial [de nuestro país]. Desde los dos ángulos y desde dos de los grandes grupos editoriales». Al respecto, informaba del estreno de una colección denominada *Crónicas*, «la ficción real», como se subtitula la serie. Para ello, anunciaba en vistas al mercado español que iban a ponerse en circulación tres obras de auténticos maestros del periodismo literario de

¹⁴ Consúltese la página de internet <http://www.fnpi.org/>

nuestros días. Se trata del polaco Wojciech Jagielski (*Torres de piedra*); el estadounidense Gay Talese (*La mujer de tu prójimo*) y la mexicana Alma Guillermoprieto (*Desde el País de Nunca Jamás*).

Afirma Geli que «la crónica, ese arte de “contar historias de verdad con las herramientas de la ficción”, como lo define el editor de Debate, Miguel Aguilar, está en auge. Ha vuelto. El género arrancó con silencio en América Latina, chilló con fuerza en los años sesenta con Tom Wolfe como su autoproclamado abanderado, tuvo un relativo confinamiento en suplementos culturales y literarios y desde los ochenta para acá, consagrados como Talese y Ryszard Kapuściński o herederos suyos como Jon Lee Anderson han ido manteniendo la llama», recuerda Geli citando al profesor Albert Chillón, autor del seminal estudio *Literatura y periodismo*. Y añade Gelis que «el periodismo de papel tiene que ofrecer hoy subjetividad, y eso sólo puede hacerlo a través de los géneros de la opinión y de la crónica». «Internet tiene, pues, buena culpa del auge. La erosión que la red está causando en el periodismo escrito en su vertiente de información pura es un factor clave»¹⁵.

Por su parte, Albert Chillón cree que puede hablarse de un nuevo periodismo español a partir de los años ochenta del siglo pasado. Lo afirma y lo argumenta en su varias veces mencionado *Literatura y periodismo*, cuyo magisterio vamos a seguir a continuación. «El *nuevo periodismo español* —escribe— no ha contado, a diferencia del estadounidense, con un profeta estentóreo como Tom Wolfe, ni con manifiestos programáticos, ni tampoco con una figura de genio indiscutido, a lo Truman Capote. Pero sí con un magnífico y variopinto elenco de publicaciones y autores, unidos por su común búsqueda de la excelencia y la innovación a través —entre otras cosas— de la vindicación de una escritura de calidad, destilada del conocimiento de la rica tradición periodístico-literaria autóctona y forana» (CHILLÓN, 1999: 351-351). Como movimiento con cierta pujanza, no obstante, el tratadista Albert Chillón lo sitúa entre el tardofranquismo y la transición democrática, así en una diversidad de cabeceras de gran solera en esos

¹⁵ Todas las citas pertenecen a GELI, Carles, en el diario *El País* del 18-02-2011, en su reportaje «Periodismo, literatura y viceversa».

momentos, como en una aplaudida nómina de periodistas. «Lo que, a mi juicio —declara—, ha constituido el sello distintivo de los nuevos periodistas españoles ha sido su común *voluntad de estilo*, la convicción de que sólo una escritura periodística de calidad —alejada de la anemia expresiva característica de la redacción periodística ortodoxa, encarnada en los libros de estilo y en las muchas supersticiones que atesora el sentido común profesional— es capaz de dar cuenta cabal de la compleja y cambiante realidad social. Una escritura segregada no por un mero amanuense acrítico, un escritor obediente y manso, sino un *profesional intelectual* —como diría Max Weber— cuya tarea consiste en comprender y hacer comprender el curso de los acontecimientos, en destilar un conocimiento aquilatado y certero que vaya más allá de las apariencias y los tópicos fútiles, tan caros al sentido común de demasiados ciudadanos e informadores. Así —como para Kapuściński, Fallaci, Capote o García Márquez— para los nuevos periodistas españoles la voluntad de estilo ha obedecido, no a un simple afán de embellecimiento u ornamentación huecos, sino a la convicción de que solo una escritura estéticamente ambiciosa puede ser una escritura éticamente responsable. O, dicho de otra manera: de que es en el trato íntimo y comprometido con las palabras donde se libra la batalla crucial por un periodismo capaz de captar en su entera dimensión las palpitaciones del tiempo, en afortunada expresión de Eugeni d’Ors» (CHILLÓN, 1999: 359).

En definitiva, podemos concluir acogiéndonos a las consideraciones teóricas de la periodista literaria Leila Guerriero y afirmar que «el periodismo narrativo es muchas cosas, pero es, ante todo, una mirada —ver, en lo que todos miran, algo que no todos ven— y una certeza: la certeza de creer que no da igual contar la historia de cualquier manera. La certeza, digamos, de creer que no es lo mismo empezar una clase un martes de julio en Santander diciendo “Estimado público presente, el periodismo narrativo es lo que sigue, dos puntos”, que poner el foco en una periodista que se pregunta, que duda, que busca y que no encuentra, y que un día de mayo, corriendo por Madrid, recuerda lo que escribió un mes antes, corriendo en Alcalá, y que donde pudo haber dicho “Estimado público presente, el periodismo narrativo es lo que sigue, dos puntos”, elige decir

“Es mayo, todavía. Es mayo y estoy lejos de casa”. Y no porque le guste más decirlo así, y mucho menos porque decirlo así sea menos trabajoso, sino porque sospecha que sólo si una prosa intenta tener vida, tener nervio y sangre, un entusiasmo, quien lea o escuche podrá sentir la vida, el nervio y la sangre: el entusiasmo. Podríamos hacer un rizo —añade Guerriero— y decir que, por definición, se llama periodismo narrativo a aquel que toma algunos recursos de la ficción —estructuras, climas, tonos, descripciones, diálogos, escenas— para contar una historia real y que, con esos elementos, monta una arquitectura tan atractiva como la de una buena novela o un buen cuento. Podríamos seguir diciendo que a los mejores textos de periodismo narrativo no les sobra un adjetivo, no les falta una coma, no les falla la metáfora, pero que todos los buenos textos de periodismo narrativo son mucho más que un adjetivo, que una coma bien puesta, que una buena metáfora. Porque el periodismo narrativo es muchas cosas, pero no es un certamen de elipsis cada vez más raras, ni una forma de suplir la carencia de datos con adornos, ni una excusa para hacerse el listo o para hablar de sí. El periodismo narrativo es un oficio modesto, hecho por seres lo suficientemente humildes como para saber que nunca podrán entender el mundo, lo suficientemente tozudos como para insistir en sus intentos, y lo suficientemente soberbios como para creer que esos intentos les interesarán a todos. El periodismo narrativo tiene sus reglas y la principal, Perogrullo dixit, es que se trata de periodismo. Eso significa que la construcción de estos textos musculosos no arranca con un brote de inspiración, ni con la ayuda del divino Buda, sino con eso que se llama reporteo o trabajo de campo, un momento previo a la escritura que incluye una serie de operaciones tales como revisar archivos y estadísticas, leer libros, buscar documentos históricos, fotos, mapas, causas judiciales, y un etcétera tan largo como la imaginación del periodista que las emprenda. Lo demás, es fácil: todo lo que hay que hacer es permanecer primero para desaparecer después»¹⁶.

Sólo así, guiado por estas prescripciones que nos señala la periodista bonaerense Leila Guerriero, es posible situarse en el auténtico camino del

¹⁶ GUERRIERO, Leila. Su ponencia también puede ser consultada en formato PDF en la página digital seminariodenarrativayperiodismo.com.

Nuevo Periodismo, a su vez una concepción estilística que se aleja de los abundantes engaños que bajo su aureolado amparo, se han multiplicado de aquí y de allá en la Periodística finisecular del XX. Nos los señala la profesora María Jesús Casals en un severo estudio. Dice, al respecto de los pseudoautores del Nuevo Periodismo: «Porque esa acuñación tan vacua se ha querido entender en algunos sectores periodísticos como una licencia para despreciar los géneros y justificar cualquier cosa en nombre del sagrado *yo* que está por encima de cualquier imposición. Así entendido, el nuevo periodismo apesta a mediocridad y demagogia: lo más viejo del mundo, tan viejo que redundaba en una vulgaridad irritante» (2001: 197).

En conclusión, podríamos considerar que, derivada de la teoría de la hibridación, un cronista literario es aquel que compone textos para la prensa de un doble trenzado retórico. De un lado, el espíritu del cronista histórico que aspiraba a relatar hecho verídicos y de contenidos rigurosos; y de otro, el cronista periodístico que a su prurito en pos de la información real desea impregnarle una *dispositio* que la asemeje a la obra de un buen escritor, a un literato en sentido tradicional. El ejemplo de Kapuściński, entre otros nombres de la galería antológica de los cronistas literarios del siglo XX, nos lo confirma.

Para el célebre y aplaudido Ryszard Kapuściński, el primer cronista (y reportero) fue Heródoto, porque peregrinó en busca de testimonios que permitieran la reconstrucción de diversos hechos, para luego dejarlos registrados en sus nueve libros titulados *Historia*. De este modo, y en este preciso punto, volvemos a uno de los compases iniciales de nuestro estudio, cuando nos propusimos describir la naturaleza tipológica de la crónica histórica, haciéndola arrancar en sus raíces milenarias, para luego derivarla, sucesivamente, a la crónica literaria y a la crónica periodística.

Además, Kapuściński adjudica a Heródoto una preocupación muy sensible por contrastar las fuentes, al no contentarse con lo que, simplemente, *alguien* podía haberle dicho aquí o allá. Más bien, el griego intentó comprobarlo todo, contrastar las versiones oídas y formarse una opinión propia, en un comportamiento que, de hecho, no duda en calificar de

protoperiodístico. Incluso Kapuściński le atribuye la paternidad del sensacionalismo, en la medida en que presenta un estilo que buscaba causar una sensación, un suspense, en el lector. En su último libro publicado en vida, *Viajes con Heródoto* (2006), el autor polaco se descubre como nunca antes lo había hecho. Siempre había sido protagonista de sus crónicas, pero nunca había sido él mismo el asunto de sus libros. En éste, sin embargo, tomó ese papel, en una actitud sublime —y final— como si hubiese pretendido saldar deudas con sus lectores antes de marcharse para siempre en 2007. En efecto, su mentor —y más aún en esta obra postrera— fue Heródoto, autor de los nueve tomos que le obsequió Irena Tarlowska. «Aunque pasaran años sin que abriese su *Historia*, no por eso dejaba yo de pensar en su autor», ha dejado confesado. El libro de Kapuściński puede ser visto como una auténtica declaración de método de trabajo periodístico en el arte de escribir literatura periodística; y, a la vez, una declaración de principios doctrinales sobre los géneros de la crónica y el reportaje que dominó antológicamente. Sí, en efecto, nos relata, con maestría y sabiduría, un viaje por sus años como periodista polaco en todo el mundo —en este caso por Asia y África— en el curso del cual intercala sus peripecias como periodista y sus diálogos con la monumental *Historia* de Heródoto. Al final de su libro, el ya fallecido escritor polaco, se centra a considerar qué lleva a un hombre a explorar lo desconocido. Y para ello —aunque de algún modo este hablando de él—, nos describirá el alma de Heródoto, definiendo su interés vital como «[...] una pasión no muy frecuente [...] con el único fin de conocerlo, estudiarlo y comprenderlo, para luego, además, describirlo del todo», recordando con ello el hábito que acompaña a los periodistas contemporáneos (KAPUŚCIŃSKI, 2006: 290 y 291). Relata la importancia del viaje como hecho en sí mismo; de la exculpación del ser humano y la inculpación del sistema que le ha tocado vivir; de la dimensión trágica de las narraciones, de los avatares individuales a partir de los cuales traza la historia de los pueblos; de la necesidad de inmortalizar la historia del mundo, de buscar testimonios en el pasado y en sus contemporáneos (cronistas, contadores ambulantes, etcétera), donde, en la búsqueda de esos mundos «descubre algo fundamental: que son muchos y que cada uno es único e importante. Y que hay que conocerlos, porque sus respectivas

culturas no son sino espejos en los que vemos reflejados la nuestra» (KAPUŚCIŃSKI, 2006: 296 y 297).

De todo ello, se deduce que «Heródoto es un hombre poseído por la pasión, la manía y el ansia de conocer, dotado además de inteligencia y talento para escribir— [...], y cuya mente es incapaz de detenerse en un solo acontecimiento o en un solo país [...] Tiene que partir (a pie, a lomos de un animal o a bordo de una nave) hacia nuevos lugares y nuevos hechos» (KAPUŚCIŃSKI, 2006: 301), porque «lleva en su interior el mapa del mundo, que, además, él mismo crea, cambia y complementa» (KAPUŚCIŃSKI, 2006: 302). A pesar de todo ello, expone claramente que «nunca estamos frente a la historia real, sino siempre ante una *contada*, tal como alguien sostiene — y cree— que ha sido» (KAPUŚCIŃSKI, 2006: 306).

CAPÍTULO IV

LA CRÓNICA: LARGO DEAMBULAR ENTRE DEFINICIONES

4. 1. La complejidad poliédrica de un género

DEBEMOS volver a la pregunta nuclear. ¿Qué es la crónica? Los anales de la preceptiva periodística nos colman al evocar las innumerables definiciones que han ensayado los investigadores en lengua castellana desde los tiempos más reculados.

Atinadamente, la profesora María Celia Forneas nos advierte: «En el periodismo español, la voz ‘crónica’ sirve para casi todo. Además de ser el nombre de un género periodístico, ‘crónica’ se emplea, por ejemplo, para designar al conjunto de informaciones del día. También es frecuente el uso de ‘crónica de nuestro corresponsal’ para aludir a una información, o a un conjunto de informaciones, aunque su forma de redacción sea la de una noticia o la del reportaje informativo. No es raro —remata Forneas— que se emplee también para denominar una sección del periódico (sucesos, deportes, por ejemplo)» (2005: 301).

Un vistazo a cualquier hemerografía nos convence enseguida de lo acertado de esta observación. El término crónica ha servido, y sirve, para dar nombre, simultáneamente, a una publicación periodística (denominación de cabecera); para referirse a una noticia como género; para nombrar los trabajos sucesivos que firma un redactor especialista en una materia, o bien destinado a un algún punto geográfico; para aludir a una sección temática periodística; e incluso, en el periodismo decimonónico, para designar la relación de gacetillas, ordenadas por procedencia territorial. Esta verdad exactísima de los antecedentes por que ha divagado el polisémico concepto puede corroborarse en todos los periodismos que se practican, y se han practicado, en el Estado español. Con una mera invocación de la historia del periodismo de la isla de Menorca, lo confirmaremos. Veámoslo:

- En 1870, en la ciudad de Mahón, bajo el subtítulo «Periódico de intereses generales», se editó un diario que se llamó *La Crónica de Menorca*. Fue una clásica publicación periodística de adscripción católica dentro de la España del Sexenio Revolucionario. La fundó y dirigió el presbítero Lorenzo Pons, entre día 1 de febrero de 1870 (fecha del lanzamiento) y su clausura el 28 de febrero de 1873. Por lo tanto, aportamos un ejemplo de uso menorquín del concepto crónica para dar título a una cabecera periodística diaria. Dicho de otro modo: aquí el concepto ‘crónica’ sirve para denominar un medio de comunicación en sentido integral, de la primera a la última página, y cuya finalidad global es actuar como medio de información y opinión en un contexto, aún, de periodismo ideológico.
- En el epicentro mismo de la bocanada de libertad política habida tras la aprobación de la Constitución del 18 de junio de 1837, se fundó en Mahón un diario liberal-progresista con el nombre de *El Correo de Menorca*. Apenas subsistió ochenta y un números, entre el 12 de marzo y el 31 de mayo de 1837. Se constituía de cuatro páginas, con una estructura de contenidos que rezaba así: «Crónica Extranjera», «Crónica de la península» y «Crónica de la provincia». Por lo tanto, estamos ante un uso del término crónica para designar secciones (o partes) de un diario, ordenando los textos periodísticos por su origen territorial. Para entonces, ni iban firmadas ni se contraían a una única información; más bien, ofrecían una retahíla de sueltos o gacetillas de las más variadas materias informativas. En efecto, acorde con el grado escaso de desarrollo de la ciencia periodística de entonces, las secciones acogían, uno detrás de otro, el conjunto de noticias, notas informativas, despachos, comentarios, etcétera, que suscitaba la actualidad en cada campo geográfico. De ahí que ‘crónica’ aluda a las columnas noticiosas, ordenadas territorialmente. De paso, aprovechamos para subrayar que es en ese diario y en ese año (1837) cuando vemos aparecer por primera vez el término ‘crónica’ en el periodismo impreso menorquín para aludir a formas textuales periodísticas: algo así como los primeros rudimentos de géneros de prensa

- El uso para designar secciones de prensa fue muy frecuente en otros varios periódicos menorquines, así del período histórico en el que apareció *El Correo de Menorca*, como en etapas políticas y periodísticas ulteriores. Es el caso de *El Bien Público*, diario monárquico y católico de información general creado en Mahón en 1873 después del golpe de Estado de Pavía contra las Cortes que puso fin al Sexenio; y clausurado en abril de 1939. Pues bien, ya en su primer número del 1 de marzo de la sección de gacetillas locales recibe la denominación genérica de ‘Crónica local’, aunque se rebautizó «Gacetilla» el 16 de febrero de 1878. También fue el caso del diario *El Menorquín* creado en 1866, antes de la Revolución de Septiembre, dos de cuyas secciones se llamaron «Crónica General», dedicada a recoger las noticias nacionales y extranjeras, y «Crónica local» para las gacetillas insulares¹⁷.
- Cuando el siglo XIX está pronto a concluir, vemos que las cabeceras de prensa de la isla de Menorca, no sólo empiezan a generalizar el uso del término ‘crónica’ para indicar secciones o partes de determinados contenidos textuales de sus páginas, sino que, tímidamente, se vislumbra un uso de la palabra como género periodístico. Sin pretender ahora un análisis detallado ni sistemático de la cuestión, conviene anotar algún apunte al respecto. En periódicos como el conservador *El Bien Público*, y en el ciudadelano *El Demócrata* vemos aparecer, en efecto, unos textos que ya apuntan hacia la noción de la crónica, pero, eso sí, aplicada a reseñas teatrales y de espectáculos escénicos. *El Demócrata* fue un semanario republicano defensor de los ideales liberales (tal era su subtítulo) que apenas se mantuvo en el estadio de la prensa durante cincuenta y dos números: del 6 de mayo de 1899 al 28 de abril de 1900, bajo la dirección de un ideólogo local del republicanismo y la democratización del sistema político de la Restauración llamado Joan Torres Petrus¹⁸. Pues bien, lo que, en los primeros números, se

¹⁷ A título de ejemplo, véase el número 1 de *El Menorquín*, del 12 de diciembre de 1866.

¹⁸ Sólo se conocen dos colecciones, una depositada en la Biblioteca Pública de Mahón, y la otra, en los fondos del Archivo Histórico Municipal de Ciutadella.

denominó «Semana» para recoger la columna dedicada a los sueltos de gacetilla locales (a la vez, resumen noticioso de la semana y su valoración opinativa), se rebautizó como «Crónica» a partir del número 10 del 6 de julio de 1899. Además, en esa misma fecha creó una sección nueva titulada «Crónica marítima», aunque se limitaba a dar cuenta de los vapores entrados y salidos del puerto de Ciutadella (horas y nombres de los buques) durante la semana de referencia del correspondiente número. Ahora bien, en la primera sección de «Crónica», el estilo retórico y la estilística periodística de los sueltos de gacetilla en nada se diferenciaron de los sueltos del periodismo ideológico más clásico. Esto es: ofrecer, primero, la nota informativa; luego, interpretarla y, en tercer lugar, concluirla emitiendo una opinión. A modo de ejemplo real, copiamos el siguiente suelto: «Clases nocturnas. — Sabemos que el próximo domingo se abrirán clases nocturnas en el casino *Diecisiete de Enero* [fase informativa de la gacetilla]. Una necesidad imperiosa que se deja sentir en dicho centro desde hacía tiempo [fase interpretativa, por cuanto alude a un contexto temporal de ausencia de esa forma de oferta educativa, y que actúa como elemento de antecedentes de la noticia]. Muy bien», apostilla al final el gacetillero con un remate de **opinión pura**¹⁹.

- No obstante, la crónica como género ya se insinúa en esa misma cabecera de *El Demócrata*, como muy bien nos demuestra un texto informativo-interpretativo dedicado a la reseña de un espectáculo escénico. Significativamente, va firmado por un seudónimo cargado de intención cronística. Al pie del texto leemos: «Un Chroniqueur», una autodenominación periodística que recurre intencionadamente al galicismo. Es probable que estemos ante una de las primeras ocasiones (si no la primera) en que se hace uso explícito del término en el periodismo menorquín para referirse al trabajo de un autor pensado para la prensa (y a la vez como seudónimo de descripción de sí mismo de quien firma). Entretanto, el semanario ciudadelano lo

¹⁹ *El Demócrata* del 4-11-1899, nº 27, pág. 2.

publica con el siguiente encabezamiento: «Se nos ha sido entregada para su inserción la siguiente revista». Observemos el recurso que se hace de esta última palabra —revista—, que ayuda a sugerir, primero, un texto que desea ser reconstructivo del espectáculo del que informa (‘pasando revista’ a dicho espectáculo) y del que emite valoración artística, musical y vocal, además de formular juicios propios del género de la crítica artística. A continuación reproducimos la página en la que aparece el texto del colaborador «Un Chroniqueur». Hacemos notar que se trata de una columna periodística que, en efecto, contiene rasgos evidentes de carácter informativo, acompañados de otros claramente interpretativos. Además, el autor se deja llevar por un cierto estilo literario personal, ofreciendo descripciones personales y físicas de los artistas, al tiempo que analiza la calidad de la representación escénica. Por este último rasgo, también cabe considerar la columna, no ya una crónica, sino, a su vez, un texto de crítica artística, lo cual la situaría en otro estadio de la cronística cuando deviene (ya puestos en el periodismo posterior a la Segunda Guerra Mundial) en análisis de crítica pura, a propósito de acontecimientos artísticos. Así es. El «Chroniqueur» hace información cuando arranca diciendo: «En la noche del 16 actual asistí al Teatro Círculo Artístico, donde se representaban las muy aplaudidas zarzuelas en un acto que llevan por título ‘El alcalde interino’, ‘Las zapatillas’ y ‘Los descamisados’ dirigidas por el distinguido director de escena Sr. Romani y por el muy notable director de orquesta Sr. Reguant Bosch, el que elogian a boca llena todos los que concurren a este teatro y lo ven dirigir con tan singular finura». Luego hace crítica (y por ello, opinión) al escribir: «La Srta. Alexandre acertadísima estuvo en su parte en el dúo, que dijo con gran maestría su papel de Clara, haciendo vibrar de la manera más íntima y delicada los sentimientos de su alma y de las más fuertes emociones por el amor cifrado por Pepín, cuyo papel entendió de una manera perfectísima el señor Salas». Pero también lanza guiños de tono literario. O hace interpretación, como remarcaremos más adelante, después de la inserción de la página del «Chroniqueur» que sigue a continuación.

23.12.1899

tan honroso uniforme, [de] limpia y brillante historia.

Suele haber Alcaldes que más por inadvertencia ó error que por afán de hacer ostentación de mundo se dirigen á las fuerzas de la Guardia civil, empleando términos imperativos. Para evitar esto, he de recordar á las nobres autoridades locales que, cuando hayan menester el auxilio de la Guardia civil, lo reclamen en atenta comunicación y concretando bien el objeto. Así se evitarán molestias y disgustos que únicamente aprovechan á los que procuran en todo tiempo escurrirse por entre las mallas de la ley.

Palma 12 de Diciembre de 1899.

El Gobernador, *Rafael Alvarez Seres.*
(De El Boletín Oficial del 13).

Buen tiempo.—Tras un período agitado y turbulento, lo mismo en aguas que en vientos huracanados, por fin desde ayer empezamos á disfrutar de un tiempo bonancible.

A motivo del gran acopio de original que tenemos preparado para el presente número, retiramos para el próximo una lista de suscripción voluntaria que se ha abierto á favor de nuestro compañero Juan Piris Gornés, quien se encuentra en la actualidad falto de recursos por carencia de trabajo, á la vez que por hallarse enferma su hija Margarita Piris y Marqués.

Teatro.—La noche del sábado último y el domingo por la tarde y noche hubo funciones en el teatro del Círculo Artístico, repitiéndose «El alcalde interino», «Los descamisados» y el «Chateaux-Margaux», que tuvieron la buena interpretación que siempre alcanzan las obras puestas en escena por la ómica compañía. Además fueron estrenadas las interesantes zarzuelas «Las Zapatillas» y «El mismo demonio», la primera en cuatro bonitos cuadros y en dos actos la segunda, y ambas representadas con el mayor acierto.

Hablar de los que forman la compañía que venimos aplaudiendo es hablar de verdaderos artistas, y por lo tanto todo elogio que á ellos retribuya será merecido si no poco.

Dicho se está con este breve juicio que admiramos con deleite todas las partes que componen el *cuadro artístico*, que tiene á veces que repetir algunos trozos ó escenas, prestando su buen concurso el coro de ambos sexos y la orquesta que dirige animoso el maestro concertador.

Función.—La segunda representación del celebrado drama en dos actos de D. Ventura de la Vega, «Amor de Madres» dada á petición de varios socios en el «Casino 17 de Enero», el pasado domingo tuvo una buena interpretación, siendo aplaudidos en varios períodos todos los artistas, distinguiéndose notablemente en sus respectivos papeles tanto la Sra. Salvador como la Sra. Monserrat.

Tanto el coro y aria final de la ópera del maestro Donizetti, Lucia di Lammermoor, como el coro y aria del segundo acto de la Conquistadora de Madrid y orquesta estuvieron muy bien, teniendo que repetir, á exigencias del auditorio, ambos números de canto.

Teatro del Casino 17 de Enero.—Funciones para el día de Navidad y segunda fiesta: Lunes, el drama «Flor de un día» la zarzuela de la zarzuela «El Anillo de Hierro» y el dúo de la zarzuela «La Conquista de Madrid». Martes 26, el drama en tres actos, de Zorrilla, «Cada cual con su razón», la comedia de tiple de la zarzuela «El Anillo de Hierro» y el coro y aria final de la ópera «Lucia di Lammermoor». Ambas funciones principiaron á las 8 y 1/2.

Teatro del Círculo Artístico.—Grandes funciones para los días 23, 24, 25 y 26.

Hoy 23, á las 8 y media Las zarzuelas en un acto «Los Carboneros», «Las Zapatillas» y «Viva mi niña».

Martes 24, á las 2 y media, «Los carboneros», «Las Campanas», y «Las Zapatillas».

Lunes 25, día de Navidad, por la tarde. La zarzuela en dos actos «El mismo demonio» y la en un acto «Quien fuera libre».

Noche, á las 8 y media. La zarzuela en dos actos «Las hijas del Zebedeo» y la en un acto «Viva mi niña».

Martes 26, tarde á las 2 y media. «Marina» y «La leyenda del monje».

Noche, á las ocho y media «El mismo demonio» y «Viva mi niña».

Se nos ha sido entregada para su inserción la siguiente revista:

Teatro.—En la noche del 16 actual, asistí al Teatro Círculo Artístico, donde se representaban las muy aplaudidas zarzuelas en un acto que llevan por título «El Alcalde Interino», «Las Zapatillas» y «Los Descamisados» dirigidas por el distinguido director de escena Sr. Román y por el muy notable director de orquesta Sr. Reguant Bosch, el que clogian á boca plena todos los que concurren á este teatro y lo ven dirigir con tan singular finura.

En especial y por muy bien conocer la zarzuela titulada «Las Zapatillas» traté de ella, por lo mucho que me gusta, por su buena composición, siendo de mi plena satisfacción todos los artistas, por lo que esa compañía procura satisfacer este culto público en ejecutar las funciones lo más bien posible.

Los Sres. Grillot y Monserrat, estuvieron muy acertados en sus papeles, arrancando muchos aplausos del público; pero qué diremos del coro de señoras! que con sus dulces voces parecían á la del *serenata*, que para oírlos y no pelearse es necesario usar antiparras. (Qué se dirá del tango *Chavito* cantado por la Sra. Ruiz y coro general! Diré que si no hubiese sido por haberse suprimido lo más bonito de su final, mucho hubiera dejado el público satisfecho.

Hablé de la Sra. Alexandre y del señor Salas, que á no ser para importarnos se les hubiera hecho repetir tres ó más veces el *dúo* del segundo cuadro, por lo bien interpretado.

La Sra. Alexandre acertadísima estuvo en su parte en el *dúo*, que dijo con gran maestría, su papel de Clara, haciendo vibrar de la manera más íntima y delicada los sentimientos de su alma y las más fuertes emociones por el amor cifrado por Pepin, cuyo papel entiendo de una manera perfectísima el señor Salas.

Es la Sra. Alexandre, joven y bella artista, excesivamente impresionable y nerviosa; tiene todos los encantos de la mujer y todas las gracias de la artista.

Es valenciana y tiene toda la gracia de la tierra del sol y de las flores; su figura es elegante, alta y delgada, como la notable actriz tiene su bien formado cuerpo una flexibilidad que encanta, y á los lados del óvalo de su muy bien esculptado rostro, cas su abundante cabellera castaña, resaltando los ojos, vivos, azules, ojos de inspiración de ensueños de poesía; desde su debut en esta, ha obtenido merecidos triunfos siendo repetidas veces aplaudida en cuantas obras ha tomado parte.

No ha de tardar mucho en que veamos resplandecer como estrella en uno de los principales teatros á la Sra. Alexandre por cuanto está poseionada de las cualidades imprescindibles para llegar á ser una buena artista, siendo su vocación la del teatro, gran sensibilidad y una que no muy extensa muy bonita y encantadora voz.

Domina el repertorio *chico* y su voz dulce y bien timbrada se presta tanto para los tonos sentimentales como para las notas alegres.

Esto sucede con la bella primera tiple Francisca Alexandre, bastante joven, resultando precoz, que salva las dificultades de su carrera con su clarísimo entendimiento y con su vehemente amor al teatro, por cuanto conociendo el distinguido público sus buenas cualidades le dedica calurosos aplausos, y le demuestra con ellos la estimación en que la tiene, premiándole su bien acertado, fino é inimitable trabajo.

Un Chroniqueur.

34

3

CRÓNICA MARÍTIMA

BUQUES ENTRADOS.

Día 19.—De Ospepera, laud «San José», de 8 tons., pat. Diego Canles, con 3 trip. y efectos.

Día 20.—De Argel, pailebot «San Antonio», de 40 tons., pat. Juan Coll, con 5 trip., 17 pas. y lastre.

Día 21.—De Carioforte, pailebot «Paloma», de 25 tons., Jaime Vives, con 5 trip. y lastre.

IDEM DESTACADOS.

Día 22.—Para Alghero, pailebot «Lealtad», de 50 tons., pat. Simón Benetjan, con trip. y lastre.

Día 22.—Para Cetta, pailebot «Paloma», de 25 tons., pat. Jaime Vives, con 5 trip. y lastre.

CONFITERIA DE GASPAR TRIAY

En este establecimiento se encontrará un inmenso surtido de pastas, turrónes y confituras mucho mayor que estos pasados años, fabricados con esmero y los más escogidos materiales. Especialidad en pastas, bombones, etc. etc.

Vinos finos de Jerez, Málaga, etc., etc., licorres de todas clases y el acreditado turrón de Gijona.

CALLE DE MAHON 7.

NAVIDAD

Ya colocada mi batería cargada con productos naturales, anuncio á mi numerosísima clientela y al público,—nada da baratarias—pero sí bondad cierta en mis géneros, procedentes de acreditadas casas, consistentes en vinos generosos y finos licorres de todas clases.

Amables consumidores no olvidéis de presentarnos en tal fecha á vuestro comandante

CHAMPAÑ.

Francisco Marqués

CALLE DEL SANTÍSIMO.—CIUDADELA.

EL NECIO Y EL SABIO

Una vez se encontraron dos hombres. Uno preguntó al otro.

—«¿Quién eres?»

Este contestó:

—Soy un necio; me llaman el trabajador.

Ahora dime, ¿quién eres tú?

—Soy—replica el primero—un sabio; los hombres me llaman necio.

—¿En qué te ocupas?

—En enseñar á necios como tú.

—¿Quieres enseñarme?

—Con mucho gusto. Ven conmigo.

El necio fué con el sabio, quien le condujo ante una pila de ladrillos y maderas.

—Edifícame un gran palacio y una cabaña pequeña—dijo el sabio.

El necio lo hizo, y cuando estuvieron terminados, el sabio le dió algunas monedas diciéndole:

—Yo viviré en el palacio, porque lo he ganado con mi trabajo intelectual. Tú irás á vivir á la cabaña, que es mejor para ti, pues siendo necio no podrás apreciar el mérito artístico del palacio; los clavos de tus zapatos estropearían las ricas alfombras, y, puesto que la cabaña me pertenece (ya sabes que la hiciste para mí), es muy justo que me pagues el alquiler por el derecho de vivir en ella.

El necio vivió en la pequeña cabaña y pagó el arrendamiento, diciendo: «Qué sabio

- En efecto: nos parece un guiño literario el párrafo que dice: «Es valenciana, y tiene toda la gracia del sol y de las flores; su figura es elegante, alta, delgada, como la notable actriz tiene su bien formado cuerpo una flexibilidad que encanta, y a los lados del óvalo de su

muy bien esculturado rostro [frases que, a su vez, incurren en interpretaciones], cae su abundante cabellera castaña, resaltando los ojos, vivos, azules; ojos de inspiración de ensueños de poesía; desde su debut en ésta ha obtenido merecidos triunfos, siendo repetidas veces aplaudida en cuantas obras ha tomado parte [elementos finales del texto que actúan también como interpretación y fijación de antecedentes explicativos del caso]».

- De cuanto exponemos, llegamos a la consideración según la cual los textos de reseña y de crítica artístico-escénica de la segunda mitad del XIX contribuyeron decisivamente a la formación de la crónica de prensa moderna. Es así que nos haya de resultar muy indicativo en apoyo de este planteamiento, para el caso menorquín, un detalle que hemos observado en el diario *El Bien Público*. Habíamos dicho que su columna de gacetillas locales se denominó ‘Crónica local’ desde su fundación. Pues bien, a partir del número 552 del 30 de diciembre de 1874, a su vez, aquélla empezó a incluir una ‘Crónica musical’ de autor y firmada (por más que fue bajo seudónimo). La redactaba un simulado y supuesto Tannhanser (sic).
- Finalmente, queremos dejar consignada una última apreciación, presentada sólo a título de propuesta. Sostenemos la hipótesis que los textos periodísticos de corresponsalía del siglo XIX contribuyeron terminantemente a la forja de la crónica periodística moderna. Fueron esos redactores situados fuera del lugar de edición de los periódicos quienes establecieron la corriente de comunicación bilateral que acostumbra a formarse entre el público lector y los cronistas territoriales (también con los cronistas temáticos). El hecho mismo de hallarse en la distancia les llevaba a sentirse urgidos perentoriamente a cumplir con el deber de informar (dar cuenta de los hechos que tenían lugar; es decir, darlos a conocer por primera vez a los lectores lejanos), mientras valoraban, situaban en su contexto e interpretaban esos mismos hechos. Aunque retóricamente lo hacían dirigiéndose al director de la publicación, sabían que, por medio de las habituales transcripciones literales, entraban en

comunicación efectiva con el lector del periódico. Es muy cierto que en el fragor del periodismo ideológico tan encarnado en los estilos del XIX, esos primeros textos cronísticos están aún lejos de la perfección como género. No encontramos ejemplos químicamente puros ni modélicos. Pero no hay duda que emiten evidentes señales de un palpito primigenio de lo que se denominará ‘crónica’, en el sentido moderno y más académico. Ejemplos que lo confirmen habría muchos que esgrimir. Al azar transcribimos el texto periodístico que envió a *El Liberal* de Mahón (edición del 8 de enero de 1886) el corresponsal de una pequeña localidad menorquina (Ferrerries). A diferencia de lo que entonces se practicaba para las gacetillas redactadas por el cuerpo de redactores situados en la ciudad de edición, ese texto de corresponsal aparece firmado. Es cierto que se trata aún de un seudónimo (*El Corresponsal*, dice), pero la voluntad de asociar la columna a una firma individual y personal, es evidente y significativa. El arranque de la corresponsalía es netamente de contenidos informativos y novedosos. Dice así: «Finido el año 1885, voy a darle noticia exacta y precisa [Sr. Director de *El Liberal*] del cómputo verificado en el día de ayer, por lo que respecta al movimiento de población y estado en el repetido año [para el pueblo de Ferrerries]. Este arroja el resultado siguiente: Nacimientos, 52; matrimonios, 8; fallecimientos, 14 menores y 14 mayores. Total: 28. Diferencia en más entre los nacimientos y defunciones, 24». La objetividad de este primer párrafo es impecable, aparte el hecho de ser de estricta naturaleza informativa, sin interpretación ni opinión alguna. Acto seguido, el segundo párrafo incurre en interpretación: «Si se tiene en cuenta las vicisitudes, trastornos y peripecias que en el intervalo de tiempo mencionado han azotado y diezmado las más ricas y florecientes comarcas de la madre patria, y consideramos después que sobre ser este pueblo y distrito [de Ferrerries] por su naturaleza un tanto insalubre y refractario al bienestar normal de sus habitantes, ante el resultado satisfactorio obtenido, hemos de reconocer la eficacia de la higiene moderna que se esfuerza en cambiar las malas condiciones de una localidad y dar a sus moradores agilidad y robustez, no menos

que hemos de bendecir ante todo a la Providencia que tiende sobre nosotros su liberal mano». Luego cambia de materia y prosigue de este tenor: «El temporal de estos días deja secos y agostadas las plantas y los pastos que empezaban a brotar y prosperar, no menos que una capa recia de sal que cubre por todas partes la tierra [aspecto informativo, si bien carece de datos concretos y de una mayor precisión]. Sólo una lluvia, a estas horas tan deseada, puede disolver aquel principio mineral y convertirlo en abono [interpretación]. A no haber sobrevenido los recios vientos del Norte, que han dado al traste con los beneficios obtenidos, los campos hoy se mostrarían risueños y los labradores también [datos informativos acompañados de nueva interpretación]. Fuertes pedriscos han azotado repetidas veces nuestras tierras y tejados; y la lluvia, siendo a veces copiosa, ha ocasionado en algunos torrentes ligeros desperfectos [información]». En el párrafo final, el corresponsal añade aún una nueva nota informativa: «Debo participarle que hará unos quince días se ha establecido en esta de Ferreries un puesto de carabineros del reino»²⁰. Y el hecho mismo de aparecer la correspondencia en una columna propia, al margen de la sección de gacetillas locales y de otras partes que formaban la paginación del diario, resulta indicativo de la específica “personalidad” propia que ya entonces, a finales del XIX, empezaba a darse a esta clase de textos periodísticos. Sin duda, contribuyeron vivamente a la lenta delimitación de la crónica como género.

Por más que parezca trivial, queremos cerrar el presente epígrafe con una observación que se nos antoja, sin embargo, cargada de elocuencia que sugiere cierta profundidad y complejidad respecto a la cuestión de la crónica. Este género es, a buen seguro, el que, con más insistencia, ha sido objeto de definición, a veces aspirando a la pura ortodoxia, pero también, muy frecuentemente, a la frase ingeniosa, lapidaria, singular o ocurrente. No hablamos ahora, claro está, de los cada vez más numerosos tratadistas que han elaborado textos de teoría periodística. Más bien aludimos a esas

²⁰ Correspondencia publicada en *El Liberal* de Mahón, viernes 8-1-1886, nº 1360, pág. 3.

otras personas con conexiones profesionales o accidentales con el periodismo, se han animado a reflexionar sobre la naturaleza de ese género: a marcar su personal parecer. No sucede lo mismo con modalidades textuales como el editorial, la entrevista o el reportaje, que despiertan un interés exclusivo de los estudiosos de la Periodística o de los periodistas mismos. En cambio, en relación al concepto de crónica, resulta fácil localizar descripciones que provienen de literatos, historiadores o, incluso, de filósofos que se han prodigado en la escritura periodística. En este sentido, permítasenos argüir, a título de ejemplos que el filósofo José Ortega y Gasset habló del «periodismo como crónica de la historia actual, formada por noticias, es decir, por nuevas que se desean conocer». O eso otro que el escritor mexicano Juan Villoro espetó, agudamente, al decir que la crónica es «literatura bajo presión».

CAPÍTULO V

LA CRÓNICA PERIODÍSTICA MODERNA: PIONEROS, MARCO DOCTRINAL Y TEORÍAS

5. 1. Planteamiento de la cuestión

PROBABLEMENTE, para nuestros días, el estudio más completo de que disponemos en lengua castellana sobre la crónica periodística sea el de Manuel Bernal Rodríguez, del año 1997. Presenta una singularidad propia que la hacen muy estimable: está exclusivamente centrada en el estudio, no ya de los géneros periodísticos y sus modalidades, sino, específicamente, de la crónica con un carácter monográfico como nadie antes lo había abordado. En tres capítulos, ofrece una panorámica acertada y muy bien trabada documentalmente sobre las raíces esenciales del género, desde su perfil histórico-literario hasta desembocar en la función periodística que hoy le atribuimos, reconstruyendo la perspectiva diacrónica de la cuestión. Acto seguido, nos define qué es la crónica periodística moderna, le desentraña la técnica y el estilo que son dominantes en ella y acomete una razonable clasificación con finalidad taxonómica. Luego, afronta los conceptos genéricos de las crónicas que cubren un lugar (primer grupo de modalidades) y de las crónicas de especialistas o temáticas (segundo grupo). A día de hoy, no es fácil mejorar o enmendar el completo análisis que hace de la crónica periodística en su conjunto, a pesar de que el autor advierte que se trata de una ‘aproximación’ al problema, «no por falsa modestia, sino para reflejar con exactitud que se trata de eso, de una primera toma de contacto [...]» (BERNAL, 1997: 6).

Sin embargo, a nosotros nos parece que, en realidad, estamos ante un intento exitoso de reinterpretar y compilar cuanto se ha ido acumulando doctrinalmente sobre este género a lo largo del siglo XX, que no ha sido baladí. De hecho, podríamos considerar incluso que el término, en determinados momentos, ha padecido una fuerte confusión, por tratarse de

un concepto históricamente polisémico. Gran parte de este trabajo, en efecto, es un intento de arrojar luz sobre los perfiles de semejante polisemia. Asegura Bernal que «el uso que la profesión periodística ha hecho de esta voz, en España, no sólo no ha contribuido a precisar el concepto, sino que ha incrementado la confusión, ya que las jergas profesionales han dotado a la palabra, acriticamente, de algunas acepciones nuevas que no han servido más que para reforzar la equivocidad» (BERNAL, 1997: 17).

No obstante, el curso del siglo XX ha sido también, para este género, un tiempo de admirables esfuerzos intelectuales (incluidos los de cátedra ya en nuestros días) para definirlo y someterlo a un análisis metodológico con notables visos científicos. Para comprobarlo, vamos a reconstruir las que son, a nuestro juicio, las tres grandes etapas doctrinales que la crónica, como materia de estudio, ha conocido en el siglo XX. Primero, las sistematizaremos a través de las teorías pioneras, justo cuando la centuria acababa de comenzar y el periodismo nacional daba síntomas de ruptura respecto de la etapa del llamado periodismo ideológico del XIX. Segundo, pasaremos a las teorías coetáneas de los tiempos de las escuelas de periodismo y de la primera generación de universitarios. Y tercero, acometeremos las teorías de la segunda gran generación universitaria que llega hasta nuestros días. A continuación pretendemos desfilar por todas ellas, para resumirlas y someterlas a una cierta evaluación.

5. 2. Las teorías “pioneras”

Dos son los nombres señeros que se agrupan en la que cabe considerar la primera generación de estudiosos de la crónica periodística. Aludimos a las personas de Rafael Mainar y Manuel Graña. Las denominamos teorías “pioneras” por el simple hecho de ser las primeras que fueron formuladas en España con una cierta sistematización, fruto de la experiencia práctica de sus autores desde el interior mismo de las salas de redacción a las que pertenecieron. Se remontan a comienzos del siglo pasado, y a partir de sus respectivas formulaciones puede decirse que arranca la primera formación de doctrina y de teoría en relación a la cronística periodística (y, en general, a los demás géneros troncales de carácter informativo y opinativo).

Sin embargo, no podemos pasar por alto los nombres de otros tratadistas estimables de aquellos albores, también dedicados al estudio de la Periodística española. Ellos son Alfredo Cabazán, Modesto Sánchez Ortiz, Augusto Jerez Perchet y Salvador Minguijón. De todos ellos, las mejores referencias de conjunto se encuentran en el trabajo titulado *Estudios de periodismo: Los primeros tratadistas españoles*, del profesor malagueño García Galindo. En sus páginas nos señala que aquellos periodistas, al romper el siglo XX, abordaron los primeros intentos de formulación doctrinal sobre la Periodística, «inspirados por el regeneracionismo de la época y por los cambios que se venían experimentando en el periodismo» (GARCÍA GALINDO, 2005: 179), asegura. Pero las exhumaciones respectivas de esas figuras pioneras no nos llegarían sino de la mano, por separado, de José Altabella, José Luis Gómez Mompart, Josep Maria Casasús y Timoteo Álvarez, quienes, en nuestros días y en sendas investigaciones, han dado «a conocer, respectivamente, las obras de Augusto Jerez Perchet (1901), Alfredo Cabazán (1901), Modesto Sánchez Ortiz (1903) y Salvador Minguijón (1908). Pero no acaba aquí la lista. Aún debemos sumarles, entre otros memorables, los nombres del político liberal Teodoro Baró y Sureda (1902), o el sacerdote activista gallego Basilio Álvarez (1912)», quien formuló una descripción de la crónica a caballo entre una tímida terminología periodística emergente y una cierta idea romántico-literaria del género, mezclado con una palabrería de la que poco se desprende. Fue así que escribió: «No es una narración, como parece desprenderse de su nombre. No es el relato de un hecho, sino su filosofía, dulce o amarga. [...] La crónica es la esencia del pensamiento, porque ella sola es la que tamiza el comentario en el crisol del silencio. La crónica requiere una brillantez opulenta de lenguaje y acepta reconocida todas las pompas del estilo. La crónica es fuego que pasa a ras del alma, y música que se pega al oído. La crónica hasta puede hacer guiños a la erudición y coquetear animosa con la lírica» (ÁLVAREZ, 1912: 52). Nada dice, sin embargo, sobre la fibra informativa que, las siguientes generaciones de tratadistas, le atribuirán con gran exigencia doctrinal.

Por su parte, el catedrático catalán Josep Maria Casasús también se ha adentrado en la investigación acerca de los pioneros españoles de la Periodística. Lo hizo en el ensayo de 1989 que tituló *Dades inèdites del debat teòric sobre periodisme a la Catalunya del tombant de segle*. Frente a las aportaciones de García Galindo, Casasús menciona, además, una relación de nombres que acaso podríamos considerar de paleo-tratadistas; en todo caso, autores de textos editados antes de finalizar el siglo XIX. Es el caso de Fèlix Sardà Salvany, con un texto de 1871; el de Enrique Vera González, con unos recuerdos editados en 1890 bajo el seudónimo de Z. Vélez de Aragón y reunidos bajo el título de *Memorias de un periodista: Vida literaria*; un manual de los hermanos Carlos y Ángel Ossorio y Gallardo, de 1891, cuando escribieron al alimón un humorístico *Manual del perfecto periodista*; y un primitivo ensayo de Periodística del andaluz Juan P. Criado y Domínguez, con su libro *Antigüedad e importancia del periodismo español: Notas históricas y bibliográficas*, del año 1892.

Cosecha particular de García Galindo son, en cambio, las referencias a un avanzado de la Periodística que cabe considerar un verdadero autor “remoto”, cuando no arcaico, para el campo de investigación del que hablamos. Aludimos a la figura de Miguel García de la Madrid, cuya vida transitó de finales del siglo XVIII a comienzos del siguiente (1783-1839). Aunque tuvo principalmente una formación jurídica y un desarrollo profesional vinculado siempre a las especialidades del Derecho, este madrileño liberal también se consagró a los estudios de retórica y preceptiva, al punto de editar en 1817 el libro *Retórica de la persuasión y la elocuencia periodística*. En opinión de García Galindo, pasa por ser, a día de hoy, el texto más antiguo conocido que habla de cuestiones relacionadas con la disciplina académica que trata de los géneros periodísticos.

Ahora bien, ninguno de esa larga lista de pioneros (así los arcaicos como los paleo-tratadistas) llegó nunca a abordar las cuestiones doctrinales de los géneros periodísticos con la plenitud de método que luego alcanzaron los dos autores más cuajados de los primeros años del siglo XX, a saber: Rafael Mainar y Manuel Graña, ya citados. Ambos han pasado a la

antología de la teoría periodística por ofrecer estudios metódicos de los géneros, con suficiente despliegue teórico como para merecer, aún hoy, el interés de la Periodística. Veámoslo.

Rafael Mainar Lahuerta nació en Zaragoza²¹. Aunque estudió Derecho, su proyección profesional se centró en el periodismo desde el instante mismo de completar su licenciatura universitaria. Lo hizo, primero, en periódicos y revistas de su ciudad natal, y luego en Barcelona, que fue su lugar de residencia principal y el teatro de su actividad informadora más aplaudida de su carrera de prensa. Falleció en la Ciudad Condal el 26 de enero de 1929. Para la historia de la Periodística, ha pasado a la posteridad como autor del libro *El arte del periodista*²², en cuyas páginas reconstruye los perfiles modernos de una redacción, desde su organización interna y empresarial, técnica y de confección de talleres, y hasta la preceptiva de los géneros con que se llenaban las páginas de los rotativos de la época. El estudio es importante, al menos por un par de razones muy sensibles. Primera: porque formula una acertada y lúcida defensa del periodismo de empresa, el que acabará triunfando en el curso del siglo XX, arrinconando así a la vieja tendencia de lucha ideológica del periodismo de las etapas precedentes. Dicho en otras palabras: el autor se erige en paladín del periodismo informativo, entonces naciente. Y segunda razón: porque construye una primera —y pionera— teoría definitoria de los géneros. Es así como, después de asentar algunos principios sobre el lenguaje periodístico, Mainar reserva sendos capítulos a cuestiones doctrinales muy palpitantes, como son la información, el comentario, la crónica, las especialidades periodísticas, la propaganda política y los folletines, además de otras formas librescas y revisteras que ya en esos momentos comenzaban a nutrir las ediciones de prensa. Son prácticamente diez páginas, en efecto, las que reserva a la crónica en capítulo particular. Puesto que ese género conforma el eje del presente trabajo, nos detenemos en él para extraer las enseñanzas que contiene la obra de Mainar.

²¹ Curiosamente, ninguno de los tratadistas contemporáneos de cuantos se refieren a la figura de Mainar aportan la fecha de su nacimiento en tierras aragonesas: ni Ossorio, ni López Zuazo, ni Josep Maria Casasús, ni Juan Luis Cebrián, ni Juan Antonio García Galindo, etcétera.

²² Salió a la luz en la colección Manuales Soler de Barcelona, 1906. Hay una reedición de 2005, en Editorial Destino, con prólogo de Juan Luis Cebrián.

La atención preferente a favor de la crónica se explica «para ponderar la importancia capitalísima que a la crónica concedemos —escribe Mainar—, al punto de considerarla como la suprema fórmula de los trabajos del periodismo moderno» [...] «La crónica es comentario y es información; la crónica es referencia de un hecho en relación con muchas ideas; es la información comentada y es el comentario como información; es la historia psicológica o la psicología de la historia. La crónica es el trabajo de síntesis del periodístico trabajo» [...] «Es la crónica, en el periodismo, cosa de moderno origen y extranjera procedencia aún no bien adaptada al periodismo español» [...] «Porque es reflejo del vivir, instantánea de la vida, la crónica está en el contraste hábilmente presentado, en la paradoja razonada y documentada» [...] «La crónica nació de lo que un periodista español, de grata memoria, llamaba *cuidar la noticia*», y entendía con ella el darle forma literaria, hacerla interesante y sugestiva. «Hija la crónica del periodismo de información y de la información sublimada, no hay que decir porque todavía apenas si en España se hacen crónicas. Es lógico, porque apenas si el periodismo español ha entrado en la corriente moderna del periodismo de información y aún no se ha llegado a romper el molde en que se ha venido vaciando el comentario, ni menos llegado ni podido llegar a la concesión de primacía, o al menos de beligerancia en el periódico a los informadores sobre los comentadores» (MAINAR, 1906: 188-189).

Las deducciones a las que invita el pensamiento de Mainar a propósito de la crónica nos parecen de absoluta viveza, incluso para nuestros días. Así lo juzgamos por las siguientes causas:

- Tal y como hoy día es considerada la crónica, ya Mainar señaló la doble componente informativa-interpretativa del género. «Es comentario y es información», avanzó.
- También como atributo que hoy se le señala, la crónica concebida por Mainar es un género mimado por el gusto y por el estilismo literario. Cuidar la noticia y darle forma literaria, pronosticó.
- La crónica, a los ojos del tratadista, y con la perspectiva del siglo XX por delante, es un fruto directo e indiscutible del periodismo de

información, por encima de la moda decimonónica, ya en decadencia, del periodismo ideológico. Es vista como el género estrella, capaz por sí mismo de asegurar el cambio de tendencia.

- En resumen: la crónica es información interpretada, vestida con ropaje literario y puesta sobre los raíles de una mentalidad periodística dominada por el afán de informar, en lugar de la fiebre por adoctrinar o batallar en medio de las pugnas políticas y los intereses ideológicos en el concierto social.

Habría que esperar casi treinta años para toparnos con un segundo estudioso con resultados de riqueza suficiente como para dejar rastro académico de sí. Hablamos de Manuel Graña González, profesor de una pionera asignatura llamada Redacción Periodística para un centro de enseñanza del periodismo creado en 1926.

Manuel Graña fue un sacerdote salesiano relacionado con el proyecto periodístico renovador del diario madrileño *El Debate*²³.

La cabecera había sido fundada en 1910 por Sebastián Luque y dirigido, primero, por el padre Basilio Álvarez (ya mencionado en la lista de los tratadistas pioneros) y, luego, por Guillermo de Rivas. Fue la de esta publicación periódica una adscripción editorial al pensamiento católico. Irrumpió en la escena mediática de la capital alentado por la agria controversia política que supuso la aprobación de la llamada popularmente *Ley del Candado*. El liberal progresista José Canalejas, presidente del Gobierno, para contener el creciente anticlericalismo español y, a la vez, para mitigar el fuerte sesgo católico que consagraba la Constitución canovista del año 1876 aún vigente, aprobó en diciembre de 1910 un texto legal según el cual se “congelaban” por un período de dos años los permisos legales para establecer nuevas órdenes religiosas en España. Pues bien: fue en ese contexto de polémica pública que determinados grupos

²³ La sucinta historia de este periódico que ahora ofrecemos es fruto de una selección de datos que hemos hecho a partir de la voluminosa historia contenida en el número especial del vigésimo quinto aniversario de *El Debate*, aparecido como suplemento extraordinario de la edición del 5 de julio de 1936, nº 8298.

ideológicos católicos lanzaron a la calle *El Debate*. Comoquiera que atravesó un difícil primer año de circulación periodística, en 1911 fue vendido a la Editorial Vizcaína y a Ángel Herrera Oria (futuro cardenal de la Iglesia) y a su Asociación Católica Nacional de Jóvenes Propagandistas. Se mantuvo en los quioscos hasta 1936, momento en que fue incautado por las autoridades gubernativas republicanas. Entretanto, el periódico se distinguió por su línea política conservadora y de conciencia católica y pro clerical, mientras que, en el orden periodístico y redaccional, se mostraba marcadamente moderno e innovador. De hecho, ha pasado a la historia de la prensa como una cabecera profundamente renovadora. Así fue como había de representar una expresa ruptura con el periodismo ideológico, incluida su definitiva superación histórica. Valórense, si no, las palabras que pueden leerse en las columnas del número extraordinario del vigésimo quinto cumpleaños de su fundación. Decía así: «Desde los comienzos de la segunda época de EL DEBATE, se infunde a la sección política (informativa) un sello distintivo: la objetividad. Se establece también una separación neta entre la sección informativa [de las noticias sobre hechos, quiere decir] y la de editoriales [o sea, los textos para la opinión]. Los redactores políticos informan al director a los fines editoriales, tanto de lo que se acoge en las noticias del día, como de lo que quizá no tiene cabida en ellas. Pero ambas secciones no se confunden para nada en las planas de EL DEBATE»²⁴. Las nuevas reglas de juegos por las cuales había apostado este periódico no podían quedar más claras: había que separar tajantemente información de opinión, al mejor estilo del periodismo anglosajón. Era aquello de dar por axiomática la proclama que decía «comment is free, but facts are sacred», en palabras del director y propietario británico del *Manchester Guardian* (hoy, *The Guardian*) Charles P. Scott, escritas en 1921 con ocasión del centenario de la cabecera y del cincuentenario de su llegada a la dirección.

El Debate importó técnicas periodísticas de los Estados Unidos (tres directivo se habían formado durante dos años en la prensa y en la Universidad de Columbia, en Nueva York), y en 1926 abrió la primera Escuela de Periodismo de España, después refundada como Escuela de

²⁴ Léase la columna «La objetividad, por norma del redactor político», en el número extraordinario citado.

Periodismo de la Iglesia (1960). Fue de esa proverbial incursión en la meca del periodismo americano que el grupo de *El Debate* se ocupó también de producir materiales de texto para los estudiantes, en lo que sin duda constituye el germen de una sustantiva aportación a las teorías de la Periodística. Una de las figuras que viajaron al otro lado del Atlántico fue el sacerdote Manuel Graña González. Allí conoció las tendencias redaccionales del periodismo moderno y profesional que se practicaba en Norteamérica. Y allí se imbuó de la necesidad de elaborar materiales de clase para los alumnos de la Escuela. Fruto de la iniciativa fueron sus alabados «Ejercicios y orientación de Periodismo», que, a la postre, acabaron editados en Madrid en 1930. En tanto que libro de texto para cubrir la asignatura de Redacción Periodística, de la que Graña fue muchos años el profesor responsable, cabe subrayar que fue entonces cuando las consideraciones teóricas sobre los géneros periodísticos alcanzaron, en España, la categoría de estudios con finalidad formativa y académica. En efecto, el libro en cuestión ha de ser visto como el primer tratado académico en lengua castellana sobre el aprendizaje del periodismo y las técnicas de redacción periodística. En realidad, un auténtico libro de cabecera para aprendices de periodista y de buen reciclaje para veteranos. Hasta entonces, en la línea de los nombres que aquí hemos llamado ‘pioneros’ y figuras ‘remotas’, las enseñanzas teóricas para afrontar la tarea propia de informadores, cronistas y articulistas de prensa sólo eran accesibles si el novel redactor se zambullía en las páginas de los modestos libritos de memorias personales de viejos directores o redactores jefes que habían ejercido en la frontera del cambio de siglo, cuando el periodismo español se desembarazaba perezosamente de su larga etapa ideológica y comenzaba a abrazar el nuevo periodismo informativo.

Graña, pues, urdía su especulación teórica sobre la crónica en estos términos: «Desde luego, todo lo que sea simple información, es decir, relato impersonal hecho por el reportero, casi siempre anónimo, debe quedar excluido de esta categoría». [...] «Lo que distingue la verdadera crónica de la información es precisamente el *elemento personal* que se advierte, ya porque va firmada generalmente, ya porque el escritor comenta, amplía y ordena los hechos a su manera; ya porque, aunque la

crónica sea informativa, suele poner en ella un lirismo sutil, una dialéctica y tono característico que viene a ser el estilo en esencia íntima» (1930: 203). Más adelante añade una descripción tentativa, y dice que la crónica es «ligera, transparente, adornada con galas literarias y no con tecnicismo intraducibles; breve y ordenada, como corresponde al espacio del periódico y al hombre de cultura media que lo lee» (1930: 204). A su vez, el autor es el primero en atreverse a una catalogación cronística, de suerte que distingue un doble concepto: crónica informativa y crónica literaria. «Adoptamos esta última calificación —reflexiona— porque no encontramos otra más a propósito para distinguirla de la primera; ese calificativo se refiere más que al contenido a la elocución, aunque la crónica trate de mineralogía [...] Ya se entiende que en la primera clase domina el elemento noticia y esto afecta al fondo mismo de la composición; sin embargo, la crónica periodística más perfecta será aquella que condense en síntesis artística los dos elementos, el informativo y el literario o interpretativo. Por lo demás, la crónica admite, como hemos dicho, una gran variedad de fondo y forma; podríamos enumerar muchas subespecies como: doctrinal, artística, literaria (propiamente dicho), biográfica, personal, descriptiva, utilitaria, amena, etc. [...]» (1930: 205).

En definitiva, la noción que sobre la crónica había fijado ya Manuel Graña hace más de ochenta años presentaba dos características determinantes que todavía hoy le atribuimos al género, a saber:

- La crónica es un relato informativo no impersonal; y, por ello mismo, basado en la interpretación del periodista.
- La crónica se despliega con un lirismo sutil, y con adornos de galas literarias.

5. 3. Las teorías coetáneas sobre la crónica

Qué duda cabe que la consolidación de los centros formativos y de enseñanza del periodismo han resultado claves en la multiplicación de las teorías y las investigaciones que afectan a los campos de la ciencia periodística. Si entre el nombre remoto de García de la Madrid (1817) y los pioneros individuales de las últimas décadas del XIX y primeros compases del XX transcurre un lapso muy amplio de ochenta o más años sin apenas

producciones bibliográficas intermedias, para el siglo XX habremos de conocer un factor realmente revolucionario. Los períodos se acortarán a pasos agigantados en proporción directa a la existencia, o no, de escuelas y organizaciones dedicadas a la docencia del periodismo. De ahí que, tras la Guerra Civil de 1936-39, tan pronto como se instituyeron en España las experiencias educativas estables y oficiales, empezarán de nuevo a florecer libros de texto con caudales de investigación reciente, apuntes de clase y manuales diversos que analizarán y describirán los géneros. A su vez, como resulta que los muchos años que llevamos transcurridos desde la posguerra no se han visto alterados por cortes históricos, al tiempo que el aumento educativo ha seguido un ritmo exponencial, nos hallamos en presencia de una etapa ubérrima para los estudios de Periodística. Tanto más rico cuanto más alto han ido evolucionando los planes formativos, desde las viejas escuelas a las facultades universitarias, así han sido los réditos reales consolidados. Desde aquella solitaria Escuela Oficial de Periodismo creada en Madrid el 17 de noviembre de 1941, hasta la institución de las primeras facultades universitarias de Periodismo a comienzo de los setenta, el número y la velocidad en las tareas investigadoras se ha situado en parámetros admirables, absolutamente geométricos²⁵. Baste aducir que, a finales del siglo XX, había en España 22 facultades de Comunicación, con 2000 profesores y 20.000 alumnos. Tras la fundación de las pioneras en las universidades Complutense de Madrid, Autónoma de Barcelona y de Navarra en los setenta, «en 2005 —afirma Moragas Spa— se ha pasado a 44 universidades que imparten 113 licenciaturas de Ciencias de la Comunicación», 31 de las cuales son específicamente de Periodismo (2005: 17).

De todo ello se desprende un panorama que, a los efectos de estudio de la crónica en el marco de las investigaciones sobre los géneros periodísticos,

²⁵ Para un conocimiento de conjunto de esta evolución docente del Periodismo y de la multiplicación fabulosa de investigadores y campos de análisis que interesan a la profesión periodística, puede consultarse la ponencia de Miquel MORAGAS SPA, de la Universidad Autónoma de Barcelona, «Investigación de la Comunicación y política científica en España», recogida en el libro de actas «Investigar sobre Periodismo II», correspondiente a la reunión científica de la Sociedad Española de Periodística, Santiago de Compostela, mayo 2005, Publicaciones de la Universidad de Santiago, págs. 17 y siguientes.

nos arroja una evolución que puede ser ordenada en dos grandes generaciones. Anotémoslas.

De un lado, la de aquellos docentes que sentarán las bases metodológicas en los años de tránsito hacia la enseñanza universitaria. Y de otro, la generación que protagoniza el cambio de siglo. Los nombres, en cada etapa, son diversos, pero a los efectos sintéticos del repaso que nos proponemos ofrecer, cabe dar la siguiente nómina básica. Para la primera generación: José Luis Martínez Albertos, Gonzalo Martín Vivaldi, Luisa Santamaría y Luis Núñez Ladevéze. Y para la segunda: Llorenç Gomis, María Jesús Casals, Juan Cantavella, Rafael Yanes Mesa, Antoni López Hidalgo y Manuel Bernal. Y todo ello sin prejuicio, antes al contrario, que durante la exposición de la obra efectuada por cada uno de ellos hayamos de mencionar, a su vez, a otros varios analistas que nos acabarán de dar la confirmación del crecimiento exponencial que la Periodística ha experimentado en los últimos tiempos.

5. 3. 1. La primera generación

El nombre del catedrático José Luis Martínez Albertos, hoy emérito, queda para siempre inscrito en los anales de los estudios sobre los géneros periodísticos. Nuestras primeras y más solventes teorías clasificatorias modernas se deben a su prolongado y fructífero trabajo de cátedra como profesor de Redacción Periodística. Había empezado su tarea investigadora en sus años de profesor en Navarra, con sus *Guiones de clase de Redacción Periodística* (Pamplona, 1962). Los prosiguió luego en la Universidad Autónoma de Barcelona, dejando como fruto editorial el manual *Redacción periodística: los estilos y los géneros en la prensa escrita*, de 1974. Y finalmente, como tercer estadio universitario, tenemos su dilatada docencia en la Universidad Complutense de Madrid, con un emblemático *Curso general de Redacción Periodística*, de 1983. Sobre la médula del binomio anglosajón de distinguir sólo dos modalidades textuales (noticias y comentarios), Martínez Albertos hizo buena una cierta tradición hispana de fijar una teoría trimembre, según la cual los géneros periodísticos han de dividirse, o clasificarse, en tres: informativos, interpretativos y de opinión. Los primeros vestigios de esa doctrina tomaron cuerpo bibliográfico en su

primera obra de peso del año 1974. Por entonces Gonzalo Martín Vivaldi había ya editado el estudio *Géneros periodísticos*, que acabaría siendo también un libro muy consultado.

Para Martínez Albertos, la crónica se define como una «narración directa e inmediata de una noticia con ciertos elementos valorativos, que siempre deben ser secundarios respecto a la narración del hecho en sí». Luego añade que «supone una cierta continuidad por la persona que escribe (crónica del extranjero, crónica de Madrid...), por el tema tratado (crónica judicial, social, local...), o por el ambiente (crónica viajera, de enviado especial, taurina, deportiva...). En tercer lugar, la crónica presenta para él un «estilo literario directo y llano, esencialmente objetivo, pero al mismo tiempo debe plasmar la personalidad literaria del periodista» (1983: 280 y 281).

No hay duda que los rasgos definitorios que nos expone Martínez Albertos dan por buenos los criterios ‘remotos’ de Rafael Mainar y Manuel Graña, para quienes se trata de un género:

- Noticioso con elementos valorativos (interpretación).
- Redactado con voluntad de pergeñar un texto de gusto literario y con un cierto estilismo personal del cronista.

Ahora bien, Martínez Albertos le añade un rasgo sobre el cual, antes, nadie parecía haber reparado. Al menos, no había entrado en juego aún en cualquier otra formulación teórica precedente. Dice que el género presenta una cierta continuidad por parte del periodista-autor. Es decir, nos señala que la crónica existe, no ya por concurrir en ella los dos rasgos sustanciales de la información interpretada y el estilo literario, sino también por el hecho de mantenerse una presencia prolongada del periodista ante sus lectores, bien por ser un especialista en una materia informativa (cronista deportivo, económico o parlamentario), bien por encontrarse destinado el autor en algún punto geográfico de estrategia periodística con carácter estable o volante: sería el caso, respectivamente, del cronista corresponsal fijo y el cronista enviado especial.

Juzga Martínez Albertos que la crónica es un género de gran presencia en la tradición periodística hispana, porque «la tradición literaria del periodismo español no se caracteriza precisamente por una distinción cartesiana entre hechos y comentarios», como sí ha acostumbrado a hacer el anglosajón. «La razón de este hecho —añade— está en que en nuestro país la supervivencia del periodismo ideológico se mantiene prácticamente hasta 1936, mientras que el periodismo informativo —propio de la segunda etapa en la evolución del periodismo moderno— ha tenido escasa aceptación y desarrollo entre nosotros antes de esa fecha. Como consecuencia, en España pueden señalarse ciertas modalidades de géneros periodísticos que se encuentran a caballo entre el relato impersonal de los hechos y la interpretación subjetiva que de estos hechos hace el escritor editorialista. Uno de estos géneros, con destacada personalidad en la tradición española, es la crónica [...]» (1983: 277), concluye.

Consideramos, sin embargo, que no basta la pervivencia del periodismo ideológico hasta el umbral mismo de la Guerra Civil de 1936 para ‘justificar’ históricamente la presencia española de la crónica, tal y como esgrime el catedrático Martínez Albertos. Creemos, por nuestra cuenta, que pudiera tener una incidencia más bien débil, o quizá nula, el hecho cierto de que el periodismo decimonónico de nuestro país se prolongara mucho más tiempo que en otras partes de Europa con su pertinaz Periodística del “género único” que abundó entonces, allí donde el redactor, embutido en un mismo suelto de gacetilla, informaba, interpretaba y opinaba a propósito del estímulo periodístico que movía su pluma en cada caso. Es más: fue aquella, como se sabe, una modalidad textual en la que no se pretendía informar (dar la nota objetiva), sino, que partiendo de ella a veces puesta en un registro tácito, se aspiraba a efectuar el correspondiente sometimiento del hecho noticiable al criterio ideológico de bandería que daba a la cabecera su verdadera carta de naturaleza. Sugerimos este criterio a partir de la convicción que nos atenaza de que la cronística de prensa, en realidad, acabará perfilándose con la modernidad que hoy le adjudicamos a través de dos tipologías de textos periodísticos propios del ochocientos, aún en pleno periodismo ideológico: de un lado, la producción de las corresponsalías postales; y de otro, las columnas de reseñas artísticas y de crítica de

espectáculos escénicos. Aunque no vamos a profundizar en esta hipótesis, nos remitimos a los datos que hemos esgrimido en páginas anteriores²⁶.

Entretanto, la coincidencia de formulación teórica entre Martínez Albertos y Gonzalo Martín Vivaldi es muy evidente. Para este último estudioso «la crónica es, en esencia, una información interpretativa y valorativa de los hechos noticiosos, actuales o actualizados, donde se narra algo al propio tiempo que se juzga lo narrado» (1978: 128 y 129). Y nos lo amplía aún del siguiente modo: «La crónica, género ambivalente, vale en tanto que relato de hechos noticiosos y en cuanto que juicio del cronista. En cambio, el reportaje y el artículo, aun siendo informativos, pueden carecer de noticias. Sin noticia, la crónica deja de ser periodística para convertirse en puro relato histórico. O en artículo valorativo de un hecho más o menos transcendente... o intrascendente» (1978: 129).

Muy sintético se muestra Martín Vivaldi a la hora de fijar las clases de crónicas. Frente a un Graña a comienzos del XX que discierne entre crónica literaria y crónica informativa (con varias subespecies: doctrinal, artística, literaria, biográfica, descriptiva), aquél se decanta por señalar «dos clases de este género periodístico: la crónica propiamente dicha, y la croniquilla. El diminutivo —precisa a continuación— no indica que la croniquilla sea de menor calidad que la crónica. Apuntamos con esta denominación al tema o asunto de la misma. Que no es la gran noticia o el gran suceso, sino lo minúsculo, lo cotidiano, lo que podría decirse crónica de la vida diaria, denominada por algunos autores *folletín*» (1978: 140).

Otro vuelo muy distinto es el esfuerzo de Martínez Albertos a la hora de desgranar las clases de crónicas y sus eventuales tipologías. En ese fabuloso manual de su *Curso general de Redacción Periodística*, de un investigador ya muy maduro en 1983, relaciona no menos de nueve modalidades, dentro del grupo de los géneros interpretativos, a saber: la crónica de sucesos y la judicial, la crónica deportiva, taurina, local, de corresponsal extranjero, de provincias, de enviado especial y, al final, un

²⁶ Epígrafe 2 denominado «La crónica: Largo deambular entre definiciones», del capítulo V.

cajón de sastre que llama “otras crónicas” en la que encaja la crónica viajera, entre otras peculiares.

En todo caso, Albertos se había contenido en su retahíla, pues dos años antes, en 1981, José Martínez de Sousa, en un diccionario general de periodismo, ofrecía una efervescencia poco menos que irrefrenable. Tipificó hasta treinta y tres modalidades de crónica, con una terminología —digámoslo de paso— quizá poco científica. Así es: el autor urde un catálogo del siguiente tenor: amarilla, de ambiente, blanca, complementaria, deportiva, desenfadada, del día, escandalosa, especial, exclusiva, femenina, judicial, de guerra, de pincelada, política, rosa, taurina, de TV, viajera, ligera, literaria, local, lugareña, menuda, mundana, de sociedad, negra, roja o de sucesos, parlamentaria, policíaca, de pueblos, social, teatral y de tribunales» (1981: 120-122).

Lejos nosotros de rechazar que, en verdad, pueden haber habido formas y jergas periodísticas que hayan recurrido a expresiones reales como ‘crónica exhaustiva’, ‘crónica escandalosa’, ‘crónica ligera’ o ‘crónica lugareña’, como dice Martínez de Sousa, estamos por considerar que nos ofrece un listado pobremente científico y con escaso criterio de método, sin aportar realmente los matices distintivos y estilísticos de cada una de ellas. Llegar al absurdo de elaborar un catálogo de tipos de crónica *ab infinitum* es asegurar la muerte de la crónica por vía de su desvanecimiento. Acabar concluyendo que todo en periodismo es susceptible de anteponérsele la palabra ‘crónica’ es conducir el debate doctrinal al callejón sin salida de la imposibilidad de discernirla en el mar de los géneros periodísticos. Y sin embargo, sospechamos que no es así. Autores como Llorenç Gomis, Juan Cantavella, Álvaro de Diego o Manuel Bernal Rodríguez en la segunda generación de tratadistas, nos allegan al ánimo la tranquilidad de que la crónica sí existe y que, por ello mismo, se deja someter a una operación doctrinal de tipología sistemática, quizá más razonable.

5. 3. 2. La segunda generación

Coincidiendo —no en balde— con el rango universitario de los estudios de periodismo, las teorías se han prodigado rápidamente en el campo de la

investigación a propósito de los géneros. La nómina más distinguida de tratadistas modernos se compondría, sin pretender la exhaustividad, de nombres señeros como: Antonio López Hidalgo, Llorenç Gomis, Juan Cantavella, Rafael Yanes Mesa, Miguel Ángel Bastenier, Manuel Bernal Rodríguez y, más recientemente, Álvaro de Diego: todos ellos con plausibles contribuciones al estudio específico de la crónica periodística.

Aun no representando la galería de autoridades al completo, a nuestra lista sí le cabe la virtud de una viva representatividad de los derroteros epistemológicos por los cuales han circulado recientemente los estudiosos de Periodística más acreditados, todos ellos con excelentes producciones que han reinterpretado los géneros periodísticos a la luz del moderno periodismo de precisión que ahora predomina, incluida la fabulosa plataforma de los medios audiovisuales y la red de redes de la comunicación virtual.

5. 3. 2. 1. Antonio López Hidalgo

Antonio López Hidalgo expone que «la crónica es uno de los géneros más usuales en la prensa diaria. Procede de la literatura más clásica y de la historia, y es un género —dice— muy usual sobre todo en la prensa latina. El periodista se ha visto obligado a realizar algunas modificaciones para adaptar el género al lenguaje periodístico, pero sin renunciar por ello a su carácter personal e interpretativo. La crónica —concluye— se caracteriza por su carácter híbrido, de manera que es un género a caballo entre la noticia, el reportaje y la opinión. De la primera conserva su relación con la actualidad. Del reportaje, su lenguaje creativo. Y de los géneros de opinión, su carácter personal, hasta el punto de que se puede escribir en primera persona» (2002: 147). Cabría considerar, pues, que este autor contemporáneo hace ciertas apelaciones a una nueva faceta respecto de la hibridación de la crónica. En efecto, no sólo se la otorga al considerarla proveniente de la literatura y de la historia, como el mismo López Hidalgo señala explícitamente, sino también por el *juego de espejos* a que da lugar. Es decir: por tratarse de un género cuyos perfiles le dan puntos de contacto con otros géneros para la información, como es la noticia y el reportaje. El hecho es muy significativo de las más modernas corrientes doctrinales, ya

que abraza la clásica conducta académica de fijar la utilidad de una ordenación de los textos periodísticos según un canon de géneros, pero sin que ello sea obstáculo «para que se entienda que las clasificaciones que agrupan o dividen a los géneros periodísticos deben ser una cadena de vasos comunicantes y no un bloque de departamentos-estanco en el que los diferentes textos que caben en cada uno de sus cubiles no mantienen relación alguna entre sí. [...] No creo que los géneros periodísticos sean fórmulas cerradas, inalterables al tiempo y al espacio que les toca vivir» (2002: 11 y 12), remacha el autor. Por lo tanto, López Hidalgo se nos aparece como un autor que reconoce la no existencia de géneros químicamente puros en el periodismo de nuestros días. Probablemente, tampoco los hubo en el pasado, próximo o remoto. Más bien detecta evidentes *aleaciones* en la mayoría de los trabajos periodísticos más habituales de la prensa escrita en todo cuanto atañe a los géneros para la información y para la interpretación.

Ahora bien, la tendencia preferente de los nuevos estudiosos se dirige a un esfuerzo de síntesis a la hora de describir las modalidades textuales del periodismo moderno. Aunque se mantiene viva la teoría trimembre de ordenarlas en formas informativas, interpretativas y opinativas, los autores se están aproximando cada día más al viejo criterio anglosajón de los primeros tiempos del periodismo informativo. En este área cultural y lingüística ha prevalecido la doctrina que, en todo caso, considera que el periodismo se resume en dos clases de textos, básicos y seminales. De un lado, los que aportan hechos; y de otro, los que aportan comentarios. Es así cómo el tratadista catalán Llorenç Gomis, por su parte, arranca de una cierta filosofía de la Periodística, para luego sacar sus conclusiones prácticas. Veámoslo.

5. 3. 2. 2. Llorenç Gomis

Desde una raíz de naturaleza filosófica, nos asegura Llorenç Gomis que «el periodismo consiste en formar un método de interpretación sucesiva y regular de la realidad social circundante del lector, de la generación presente en el momento de la edición» (1987: 307). Eso asentado —añade—, la interpretación resultante tiene dos niveles: de primer grado, con carácter

descriptivo, en el que se cuenta qué ha pasado; y de segundo grado — evaluativo lo llama—, en el que explica, comenta, opina, qué significa lo que ocurre. En buena lógica, cabría concluir que el primer grado se ha de corresponder con la idea de la ‘información’, y el segundo grado, a la idea de la ‘opinión’. Y a partir de ahí, «la interpretación de la realidad debe concretarse en unidades autónomas que, a su vez, se ofrecen con la aplicación de unas convenciones estilísticas de cierta preceptiva redaccional que denominamos ‘géneros periodísticos’», y cuyas formas son, en el parecer de Gomis, la información (o noticia) y el comentario (u opinión). Así, pues, «el periódico comunica lo que pasa (noticia), lo hace ver, sentir y comprender (reportaje), abre ventanas por las que lleguen impresiones de lo que ocurre en diversos lugares y ámbitos (crónicas), recoge reacciones, opiniones, puntos de vista y aún fantasías sobre lo que ocurre (cartas de lectores, comentarios firmados por redactores y colaboradores, chistes) y aporta finalmente la opinión del propio periódico (editorial)» (1987: 307-308).

Llorenç Gomis, en un segundo estudio de 1989, ofrece el siguiente análisis sobre la crónica. «A diferencia de la noticia y el reportaje, géneros nacidos del periodismo, la crónica —dice— ya era un género cuando el periodismo lo adoptó [...]. La crónica tiene su origen en los relatos cronológicos que toman como pauta el curso del tiempo. El periodismo la ha usado como modelo de relato de un acontecimiento. La crónica no pide la estricta asepsia informativa de la noticia. El cronista sigue el relato y participa en el acontecimiento que cuenta como testimonio, no siempre imparcial [...]». Ahora bien, «no es un género de opinión, porque su función es informar, hacer saber aquello que ha pasado, si bien el relato transpira el modo de pensar del cronista» (1989: 147-148).

En este sentido, el criterio principal de Gomis coincide con el de Martín Vivaldi y Martínez Albertos, al considerar indisociable de la naturaleza íntima de la crónica su combinación binaria de información e interpretación, así como el factor de la continuidad del autor. En efecto, Gomis defiende que la crónica implica una cierta persistencia de firma, bien por la identidad del periodista que la escribe (crónica del extranjero,

crónica de Madrid...), bien por el tema de que trata (crónica social, crónica judicial...), o por el ambiente (crónica viajera, taurina, deportiva...). «Esta continuidad y regularidad se opone al carácter ocasional de los anteriores géneros», concluye (1989: 148).

Especialmente importante nos parece la aportación doctrinal del profesor catalán al estudio de la cronística, por cuanto sintetiza el saber de la generación de tratadistas anterior a él para llegar a una tesis plausible. Es aquella que determina la existencia de dos grandes categorías de crónicas, y sólo dos. De un lado, las crónicas de raíz, o naturaleza, temática; y de otro, las crónicas de raíz geográfica. Es así que el principio defendido por Gomis cumple el beneficio de hacernos superar la vieja idea según la cual la crónica se desgrana en una retahíla de modalidades casi tan infinita como asuntos tratar (como había querido Martínez de Sousa), o de firmas que le dieran sello redaccional. Y no es así, a nuestro parecer. Abundemos en nuestro personal criterio.

En primer lugar, hagamos una consideración que afecta a la taxonomía del problema. Si la crónica, en sentido estricto y escueto, es en sí misma un género periodístico, las eventuales modalidades o especialidades cronísticas no deberían ser catalogadas también como ‘géneros’, sino, en todo caso, como ‘subgéneros’.

Abriendo el abanico al conjunto de los géneros con que la tradición académica ordena las formas textuales del periodismo, cabe señalar, como hacen los más acreditados autores, que aquéllas pueden agruparse en tres grandes grupos o familias, a saber:

- Grupo o familia Informativa;
- Interpretativa; y
- Opinativa

Cada una de ellas, en efecto, forma una familia (o grupo) en la medida en que sus expresiones textuales son susceptibles de ser descritas con denominadores comunes: comparten características generales, finalidades

periodísticas y patrones estilísticos, lo cual permite el trabajo metodológico de reunir las de manera coherente y estable, perfectamente homogéneo. Más tarde, en cada familia o grupo, encontramos diversos géneros, como por ejemplo la crónica para el grupo de la familia de la interpretación. A su vez, dentro de ella, advertimos que pueden existir de dos tenores: la que cubre un territorio, o la que trata una materia, lo cual nos invita a denominarlo ‘especie’. Y, en un nuevo círculo concéntrico, aún nos caben, dentro de la ‘especie’, cada una de las crónicas de tradición: taurina, de sociedad, rosa, parlamentaria, etcétera, con sus modulaciones específicas, donde la denominación debería pasar a llamarse ‘variedad’. Por lo tanto, el complejo problema de los géneros periodísticos podría ser revisado con una nueva idea taxonómica, para determinar que los textos que elaboran los periodistas para servir la actualidad a sus lectores se desgranar en ‘familias’, ‘géneros’, (‘especies’, si las hubiere) y ‘variedades’. O lo que es lo mismo para el caso de la crónica que aquí nos ocupa: la crónica — diríamos — es un género periodístico de la familia de la interpretación, a su vez desplegable en dos especies (temática y geográfica) y la temática, en múltiples variedades: judicial, de sucesos o de espectáculos, entre una múltiple relación.

Hecha la digresión taxonómica, abordemos un segundo aspecto de la ‘crónica’, ahora sobre la naturaleza misma del género. De la mano de Gomis damos por buena la idea binaria que concurre en la esencia de este género en lo que atañe a sus especies (aunque esta propuesta de denominación sea nuestra, no del maestro catalán). Creemos con aquel autor que cabe hablar de dos especies muy evidentes. La primera: la crónica que cubre un lugar (crónica territorial-geográfica). Y segunda: la crónica que cubre temas de especialista (crónica temática). En palabras literales de Gomis, «la crónica transmite con una cierta regularidad las impresiones de un especialista, testimonio de lo que pasa, bien en un lugar geográfico (crónica de correspondencia), bien en un ámbito temático (crónica de especialista). Cada tipo de crónica —concluye— tiene características peculiares» (1989: 149).

A su vez, también las especies territorial y temática del género cronístico dan pie a múltiples variedades. Así es: las crónicas territoriales o geográficas serían todas aquellas que se derivan de la presencia del cronista en un determinado país o lugar, desde el cual el redactor informativo cumple la costumbre periodística de enviar crónicas sucesivas a su medio, con independencia que puede abordar temáticamente cuantos asuntos le marquen la actualidad del lugar. Unas veces hablará de casos judiciales, y otras, de sociedad, política o economía, aunque siempre referidos al emplazamiento geográfico que ocupa en su condición de corresponsal.

De ahí se infiere que la cronística geográfica puede producir, a su vez, diversas variedades, pero con tres subvariedades troncales, a saber: las de geografía estable (corresponsal en un punto alejado de la Redacción central del medio), y la de geografía volante, que, al mismo tiempo, da lugar al cronista enviado especial (va, observa, escribe con intención generalmente monográfica y regresa a su Redacción matriz); y el cronista viajero: aquel que dibuja con sus crónicas un viaje —o un periplo más complejo—, en el que el desplazamiento viajero es en sí asunto explícito de la crónica, juntamente con las cosas que, en cada etapa o lugar visitado, considera que interesa a su trabajo periodístico y a sus lectores potenciales.

La tradición doctrinal francesa, sin embargo, nos echaría por tierra todas las consideraciones precedentes. Baste para ello que abramos el breve manual *Técnica del periodismo*, de Philippe Gaillard. En su segunda parte, dedicada al proceso de búsqueda de la información (técnicas y géneros), el autor sólo se refiere al «reportaje» [capítulo tercero] y a los «reportajes diversos» [capítulo cuarto], sin añadir ninguna otra modalidad. En este estudio, Gaillard utiliza esos términos como sinónimos perfectos de ‘informador’, ‘reportero’ y ‘cronista’. Y así, habla y analiza «el reportaje político, judicial o deportivo» [página 62], «el reportaje de información general» o «de enviado especial» [página 70]. No obstante, la tradición hispana del periodismo rebasa semejante constricción de géneros, al tiempo que ha sabido dilucidar las diferencias y las peculiaridades entre crónica y reportaje.

5. 3. 2. 3. Juan Cantavella

El catedrático Juan Cantavella es otro de los investigadores recientes que han reflexionado sobre los géneros para la formación de las teorías más modernas. Partiendo de su raíz literaria e historiográfica, analiza la crónica como una modalidad textual siempre asociada «con el desarrollo temporal de los acontecimientos. La crónica es, para los periodistas —escribe—, un texto de actualidad, pero enmarcado en un espacio y un tiempo concretos, que no sólo atiende al mero relato de los hechos, sino también a la valoración de los mismos» (2004: 395). He ahí la clave sobre la cual incide de forma muy nítida este estudioso: la crónica existirá, principalmente y terminantemente, si la información contiene interpretación. Para Cantavella, pues, el cronista no se limita a informar con personalidad y vuelo literarios, sino que interpreta o explica los sucesos de que se está dando cuenta. «Representa un paso más en el compromiso del periodista con los lectores, oyentes o espectadores, dado que siempre significa un esfuerzo superior el añadir la valoración de lo que ha ocurrido sobre la simple relación de los datos que se ha llegado a conocer. [...]. La valoración personal que el cronista aporta es precisamente lo que confiere su marchamo al texto para tomar distancias de la pura narración noticiosa. Y esa valoración, que no opinión, sino explicación, está basada en el conocimiento profundo de las personas, países y situaciones. [...]. De ahí que todos los autores hayan puesto de relieve que no es concebible la crónica sin firma, porque no se trata de un texto aséptico, sino marcado por las aportaciones personales, que el autor superpone a ese primer nivel donde se halla situada la noticia» (2004: 396-397).

El que firma una crónica, en definitiva, es quien debe dar consistencia y coherencia a los materiales narrativos-informativos que ofrece a los receptores de sus mensajes periodísticos. Se le pide que revele y manifieste el sentido de los hechos, porque, gracias a su experiencia personal, literaria, histórica y periodística, los receptores consideran que es la persona pertinente para cumplir con éxito la función de comunicar. El autor, reputado, no ya como individuo anónimo, sino como persona que relata e informa, tiene una gran trascendencia en la composición de la historia difundida sobre el papel impreso de la prensa o las ondas en los medios

audiovisuales —incluido internet. La firma de un texto significa que tenemos un responsable que es el encargado de reflexionar, enjuiciar o deleitar a los receptores con su mensaje. Como muy bien había dicho Foucault, «hay que entender al autor como principio de agrupación del discurso, como unidad y origen de sus significaciones, como foco de su coherencia» (1999: 29-30).

Habrà que considerar, pues, que el autor particular y conocido es una exigencia inherente al género de la crónica. Desde sus relaciones con la historia, pasando por la literatura hasta desembocar en el periodismo, el cronista ha sido siempre un sujeto que ha firmado sus escritos, hecho que conlleva una responsabilidad añadida: esta identificación del texto con su autor facilita el nacimiento de un compromiso, de un vínculo simbólico entre emisor y receptor.

Hasta ocho modalidades de crónica tipifica Juan Cantavella: de corresponsales y enviados especiales, de guerra, viajera, parlamentaria, de sucesos y judicial, deportiva, taurina y de sociedad.

5.3.2.4. Rafael Yanes

También Rafael Yanes abona la teoría de las dos modalidades cronísticas. «Las crónicas —considera— son tan variadas como los estilos de sus autores. Cada cronista imprime su sello personal, por lo que intentar hacer una clasificación válida para todos los casos es una misión algo complicada. Por ello, algunos autores prefieren distinguirlas teniendo en cuenta el asunto del que tratan —crónica de sucesos, crónica deportiva, crónica taurina...—, o el lugar desde el que se realizan —crónica de corresponsal en el extranjero, crónica de corresponsal en provincias, crónica de enviado especial...—». De ahí que Yanes adopte el criterio de Llorenç Gomis, al preferir sólo dos tipos: la crónica que cubre un lugar y la crónica que cubre un suceso con armazón temática. «Pero además de estos criterios, lo que define a una crónica es su estilo. Se trata de un texto que siempre debe estar elaborado con recursos creativos, ya que es el rasgo característico de su esencia como género periodístico diferenciado. En palabras de Martín Vivaldi —alega Yanes—, todo buen cronista debe

“informar literariamente”. Pero también es un texto informativo, por lo que debe estar redactado con claridad, sencillez y precisión. Son textos que informan sobre acontecimientos políticos, sociales, deportivos o taurinos desde el lugar en el que se han producido, pero el cronista imprime su propio estilo en un género que podemos considerar “de autor”. Y esta dualidad es la que permite diferenciarlas en dos grupos. Cuando su estilo le da un contenido preferentemente centrado en la función informativa sin llegar a ser una noticia, tenemos la crónica informativa; y cuando principalmente está inclinado hacia una valoración de lo sucedido sin olvidar la información, se trata de una crónica valorativa» (2006).

Entretanto, en su imprescindible estudio *Géneros periodísticos y géneros anexos*, Yanes no duda en mencionar la crónica como «la información interpretada» (2004: 179). Tras repasar las teorías formuladas por la principal pléyade de investigadores en la vanguardia de nuestros días (García Núñez, Víctor Rodríguez, Martínez Albertos, Martín Vivaldi, Alberto Hernando Cuadrado, Núñez Ladevéze, entre otros), nos asegura que «en la crónica se distingue un estilo característico que es la esencia misma de este género. Se trata de un relato informativo, es decir, la unión del relato y el comentario subjetivo de lo noticiable, ya que es un trabajo en el que se da cuenta de un suceso de actualidad a través de la visión personal de su autor. Es información, aunque por la subjetividad que supone la interpretación del cronista y por el estilo ameno con el que está escrito, pertenece al periodismo de opinión» (2004: 183).

He ahí una consideración enteramente nueva en nuestra galería de autoridades: concluir que la crónica presenta un rasgo que la emparenta al grupo de géneros de sollicitación de opinión. Y ello —agrega más adelante Yanes— porque la crónica tiene, además, el propósito de orientar al lector y, con ello, contribuir a su formación de opinión.

Presentando una estructura redaccional absolutamente libre, Yanes hace suyo el criterio de Susana González Reyna, y le otorga cuatro condiciones:

- Evocar el suceso que se quiere destacar.

- Ordenar los datos importantes, aunque no en el orden cronológico, necesariamente.
- Dar el tono adecuado para atraer al lector.
- Agregar un comentario personal del periodista de forma discreta y elegante.

Semejantes puntos fuertes, a su vez, le confieren al género una estructura de tres partes a la manera de trípode sobre el que descansa, a saber:

- La *entrada*, que debe tener fuerza y resultar atractiva.
- El *relato*, que incluye los detalles importantes de lo sucedido.
- La *conclusión*, que es el final del relato, pero no un juicio (2004: 186).

Sin enfrentar a los colegas que creen que, en esencia, sólo hay dos modalidades de crónica (la de lugar y la de temas), Yanes recuerda que Javier Muñoz propone tres tipos básicos (YANES, 2004: 186). Primero: por su procedencia (que se corresponde con la de lugar). Segundo: por su carácter temporal (la que resume los asuntos más importantes de un determinado período de tiempo). Y tercero: por su unidad temática, que casa con las crónicas por materias. Y no contento con esta apelación a un criterio ajeno, opina que «las crónicas, además de distinguirse por el asunto del que tratan, lo hacen fundamentalmente por el estilo con el que están redactadas. Son textos que informan sobre acontecimientos políticos, sociales, deportivos o taurinos, desde el lugar en el que se han producido, pero el cronista imprime su propio estilo en un género que podemos considerar ‘de autor’. Y esta forma de redactarla le da un contenido preferentemente centrado en la función informativa, sin llegar a ser una noticia, o principalmente volcado hacia una valoración de lo sucedido. Teniendo en cuenta —remata Yanes— este criterio, se diferencian en crónicas informativas y crónicas valorativas» (2004: 188).

5. 3. 2. 5. Miguel Ángel Bastenier

Particularmente original por su estilo expositivo y por el tipo de ideas que maneja es la teoría de la crónica de Miguel Ángel Bastenier. Sus

formulaciones son la consecuencia, en términos de teoría, de los cursos de Periodismo de la Escuela del diario *El País* en los que ha desarrollado una tarea docente.

El hilo argumental es como sigue. «Puede decirse —apunta en primer lugar— que la crónica es la prosa, la velocidad de crucero del periodismo, puesto que los periódicos están escritos fundamentalmente como crónica, ocasionalmente en reportaje o entrevista, muy raramente en análisis, y cuando no queda más remedio, en información seca. También cabría decir, cortando por lo sano, que crónica es todo lo que no son otros géneros; que, cuando se han eliminado de un periódico todos los restantes, lo que queda, y que es capaz todavía de expresar suficientemente ese paseo diario por el *out there*, es la crónica. El género crónica —abunda aún Bastenier— es el mestizaje por naturaleza, la utilización de todos los recursos expresivos del periodista, aunque predomine todavía en su trabajo el acercamiento indirecto de las cosas» (2001: 75).

Bastenier parte del principio de que el núcleo del periodismo es la noticia, entendida como nota informativa expuesta con máxima neutralidad y mínima intervención del redactor; es decir, comunicando la novedad periodística con el escueto *lead* de sumario que se deriva del paradigma de Lasswell. A ese supuesto lo llama «noticia seca». Ahora bien, a medida que ese núcleo básico va perdiendo despersonalización con creciente intervención del informador, el texto aséptico comienza a ganar volumen. «Si en el género seco recibimos un material sobre el que no hemos tenido ningún control, que hay que manipular a beneficio de inventario y estamos haciendo un recorrido de menos a más, de despersonalización máxima, que es lo que tenemos en este género, en la crónica damos un primer paso esencial, aunque todavía no concluyente, hacia la personalización del material informativo. El periodista se vale de todo lo que existe para construir la crónica, porque utiliza para ello los cables, las informaciones de televisión y radio, las ruedas de prensa, los libros que ha leído, el conocimiento que posee de los asuntos, las fuentes a las que puede concurrir y, sólo ocasionalmente, goza de una presencia directa en el lugar de los hechos» (2001: 75).

Aunque, en realidad, cabe observar una excepción lógica a esta regla. Hablamos de los casos periodísticos de cronistas de eventos deportivos, artísticos o escénicos sobre los cuales deban hacerse crónicas de análisis o crónicas de crítica. No es posible imaginar ningún producto cronístico en estas modalidades que eviten una indefectible presencia personal del periodista cuando los acontecimientos tienen lugar.

«La crónica aspira, sobre todo —continúa Bastenier—, a dar cuenta de lo panorámico, de aquella realidad múltiple que se produce en muchos escenarios distintos, alejados entre sí, y fácilmente simultáneos; por ello, la hallamos, pero no de manera exclusiva, en el trabajo de los corresponsales, de los enviados especiales, de aquellos que tienen que rendir cuentas de las 24 horas de una parte del mundo (su corresponsalía) a otra parte del mundo (el público de origen)» (2001: 76).

Bastenier, pues, entiende que «en esa carrera para abrazar la realidad desde lo periodístico he creído que una trinidad básica bastaba para domesticar el *ahí afuera* [la realidad, o *out there*, como él lo denomina]» (2001: 232). De este modo, alude a la trinidad compuesta de género seco, crónica y reportaje. Desmenucémoslo a continuación.

Denomina género seco a aquel en el cual la apropiación intelectual del autor sobre su material es mínima, «aunque nunca igual a cero —dice—, lo que obligará a un determinado tipo de escritura que puede superar, sin embargo, con los recursos técnicos sus limitaciones expresivas». Luego, en un segundo estadio de aprehensión, aparece la crónica, la cual, «partiendo de una multiplicidad de sensaciones físicas o intelectuales a las que llamamos hechos, nos permite ya un grado de apropiación personalizada que requerirá, a diferencia del caso anterior, la acreditación de la firma, y donde deberemos establecer —no descubrir, porque sólo estará allí porque su existencia la determinamos nosotros— una serie de convergencias significativas de sentido del *out there*; con ello, y por primera vez, ya seremos nosotros los que contemos con nuestra voz periodística una historia. Podremos iluminar considerablemente lo que prediquemos como el sentido de las cosas, pero en nosotros mismos se hallarán los límites de

lo interpretativo [...]». Y, en tercer lugar, nos parece el reportaje, «donde la apropiación del material periodístico será tan completo como el trabajo que hayamos realizado personal y directamente, hasta el punto de convertirnos en la fuente omnisciente de lo que contamos [...]» (2001: 233).

Según vemos en la teoría de Bastenier, todos los géneros de las familias de la información y la interpretación, en realidad, surgen y evolucionan como auténticos anillos circuncéntricos. En el núcleo, en efecto, se halla la nota informativa y, a medida que el periodista aumenta el grado de personalización del texto periodístico, se hace la evolución hacia la crónica y, luego, hacia el reportaje. La crónica —nos concreta— es uno de los elementos centrales de una constelación de géneros. «Como círculos concéntricos sucesivos, los géneros parten de un núcleo duro, el átomo de la información, que es la descripción de todo lo que se ve, se oye, se toca; el círculo siguiente es el de la crónica, en la que el periodista sigue partiendo de un hecho noticioso inmediato, o de un haz de ellos, que constituyen la mayor parte de lo que se cuenta diariamente en los periódicos, y para darle todo el relieve explicativo posible el género recurre a una multitud de formas de apropiación de la información, de las que la mayoría tienen que ser indirectas por el carácter múltiple y distante de lo que se cuenta, aunque sin excluir en algún caso la apropiación directa» (2001: 104).

Para Bastenier, uno de los elementos que caracterizan la identidad dominante de la crónica es el de «la apropiación indirecta por encima incluso de la panoramidad», advierte. Eso significaría, por ejemplo, que con una rueda de prensa es posible tanto concebir un texto seco como una crónica o un reportaje. «La relativa indeterminación de la crónica hace, por tanto, que orille los límites de los restantes géneros, además de contener elementos informativos de cada uno de ellos, hasta el punto de que [...] hay textos en los que es sumamente difícil establecer si lo que tenemos entre las manos es un reportaje o una crónica, porque, a fragmentos, los textos pueden ser ambas cosas a un tiempo. La crónica limita con todos los demás géneros. Es el fluido central del periodismo» (2001: 105).

5. 3. 2. 6. Juan Carlos Gil González

Para el profesor sevillano Gil González, todo intento que tienda a constreñir la crónica en unos límites rígidos, no sólo es un error, sino también un ataque a su polivalente esencia. Cree que uno de sus rasgos determinantes es, sin duda, su polisemia inherente. O de otro modo: la versatilidad que muestra para adaptarse a las diferentes formas de contar un hecho, bien sea histórico, literario o periodístico, que son los tres grandes estadios evolutivos por que ha atravesado desde la antigüedad a nuestros días.

Tampoco en el campo informativo-periodístico la crónica puede ser vista en un sentido unívoco, rígido e inalterable. «La relativa indeterminación del concepto, debido a los usos que de ella ha hecho la profesión, es causa de la brumosa de sus fronteras y consecuentemente de que la controversia haya aumentado».

La crónica —agrega— está pertrechada de herencias, tanto históricas como literarias. Todas esas esquilas han dado lugar a la formación de un género periodístico *sui generis*, propio, auténtico, autónomo y genuinamente latino, ya que no tiene correspondencia con ningún género del periodismo anglosajón (*story* y *comments*). «La crónica es una desviación del modelo canónico del periodismo. Esta singularidad y no homologación con los textos anglosajones es una ventaja más que un inconveniente, puesto que resalta su ambigüedad y ambivalencia. En una época de acelerados cambios y en una etapa eminentemente crucial del periodismo, necesitamos un género dúctil, maleable, con capacidad para adaptarse a todas las circunstancias imaginables sin perder su sello característico».

Ahora bien, no se trata de un género todavía sin definir, pero es preciso ampliar el concepto manidamente encasillado en el hecho de ser una noticia comentada. «Las porciones de información y comentario deben estar perfectamente equilibradas, pudiendo prevalecer una en detrimento de la otra si el cronista lo considera oportuno». Su finalidad es unir al lector con los hechos, con lo cual el texto debe desprender razón y sentimiento y no debe provocar perplejidad alguna que datos contingentes se oculten, o que

se altere el tiempo de los sucesos, o que se coloree el texto con una desproporcionada dosis de literatura que recuerde más a la ficción que a la sagrada veracidad de los hechos narrados. En efecto, a pesar de que el cronista goza de amplio margen de libertad, tiene el deber moral para con sus lectores de nunca falsear la realidad, narrar hechos que no ocurrieron o inventarse cifras y datos. «Si se diese ese fraudulento uso del género, no nos encontraríamos ante una crónica periodística sino ante un ejercicio de propaganda», afirma.

Para la moderna Periodística, la crónica es una interpretación personal e informativa de un acontecimiento determinado con interés periodístico, narrado por un cronista testigo, que para mantener ese vínculo simbólico que le une con sus receptores, debe demostrar un amplio manejo del lenguaje además de ser un experto en la materia. Son, pues, dos factores que coinciden con la práctica totalidad de los tratadistas contemporáneos que quedan aquí revisados.

«El cronistas ve, oye, fragmenta, toma contacto con los hechos, los mezcla con su sapiencia y experiencia, a veces participa en ellos otras se mantiene en la orilla, se acerca a las fuentes, las interroga, armoniza los datos y cuando ha reunido todo ese material informativo, interpreta, escribe y publica». Dentro del actual periodismo interpretativo, «la crónica es un género de vital importancia que paradójicamente adolece de estudios monográficos que la indaguen en profundidad. Hay que reconocer que Manuel Bernal ha sido de los pocos investigadores que le han dedicado tiempo y generosidad intelectual al estudio de dicho género», agrega Gil González.

Finalmente, este autor concluye que la crónica «es la stampa del tiempo en letra impresa. Es la obra del dios *CRONOS* condensada en un espacio previamente determinado. Si la vida está trabada por lo que nos acontece en un tiempo, la crónica sería la narración ordenada de esos hechos en secuencias temporales. Por tanto, este género histórico, literario y periodístico se caracteriza por ser una forma inconfundible de narrar. La crónica reconstruye la realidad, trozo a trozo, fragmento a fragmento,

ordenando y desordenando el *tempo* de los acontecimientos, erigiéndose en testimonio directo de una época».

5. 3. 2. 7. Manuel Bernal Rodríguez

A cuenta de su trabajo *La crónica periodística*, es probable que la figura del profesor andaluz Manuel Bernal admita ser vista como el de una sólida columna vertebral en la definición y comprensión de la crónica periodística de nuestros días.

Como otros solventes investigadores, advierte de buen principio la complejidad polisémica en la que ha vivido inmerso el término ‘crónica’. Y para ello, no sólo apelando a sus viejos y seculares estadios de raíz historiográfica y literaria, sino también por el prolífico uso indiscriminado que de la palabra ha hecho la propia profesión periodística. «El uso —nos recuerda Bernal— que la profesión periodística ha hecho de esta voz, en España, no sólo no ha contribuido a precisar el concepto, sino que ha incrementado la confusión, ya que las jergas profesionales han dotado a la palabra, acriticamente, de algunas acepciones nuevas que no han servido más que para reforzar su equivocidad» (1997: 17). «Desde el momento en que cronista, en vez de autor de crónicas, es un periodista o un reportero, y crónica no se usa para designar a un género periodístico perfectamente deslindable, sino que, indistintamente, designa a un diario, un programa informativo, el conjunto de toda la información de un día, o de un año, o de otro período cualquiera; y además, sirve para identificar una sección de un periódico, o una multiplicidad de tipos de escritos periodísticos, diferentes entre sí, que cumplen diferentes objetivos y se ajustan a requisitos cambiantes, son posibles todo tipo de expresiones confusas, e incluso disparatadas» (1997: 19), apostilla el autor.

Nosotros mismos lo habíamos ilustrado, aquí, cuando hemos dejado recopilado ese uso poliédrico y dispar de la voz ‘crónica’ en la historia hemerográfica de la prensa menorquina del siglo XIX.

Tras ofrecernos un resumen de las teorías doctrinales por la que ha atravesado el género cronístico español desde los nombres pioneros, Bernal

atina con una propuesta de definición. Lo hace en los siguientes términos: «Crónica es una información de hechos noticiosos, ocurridos en un período de tiempo, por un cronista que los ha vivido como testigo, investigador e, incluso, como protagonista y que al mismo tiempo que los narra, los analiza e interpreta, mediante una explicación personal. El cronista suele ser un experto que realiza su labor con continuidad, desde el propio escenario de los hechos o sus inmediaciones» (1997: 27).

Pediríamos ser benévolamente disculpados, pero arrimaremos el ascua a la sardina y consideraremos que nuestra repetida propuesta de formulación doctrinal de la crónica no se repele con la definición acuñada por el profesor Bernal.

En las páginas de este trabajo, hemos insistido en que la crónica admite que la entendamos como «una gesta informativa-interpretativa que se abraza al estilismo literario, con un relato que discurre dentro de un corte diacrónico que, en todo o en parte, nace de observaciones propias del periodista firmante». A nuestro parecer, las concomitancias saltan a la vista. En efecto:

- La expresión «gesta informativa-interpretativa» se corresponde con la formulación de Bernal cuando habla de «información de hechos noticiosos» [...] que un periodista «analiza e interpreta».
- De la mano de nuestra propuesta, que señala que la crónica es un texto que «se abraza al estilismo literario», Bernal lo hace bueno diciendo que el autor-periodista «los narra, los analiza e interpreta, mediante una explicación personal».
- El rasgo que alude a nuestro «corte diacrónico» a través del cual discurre el relato, es para Bernal aceptado cuando consigna que los hechos que se recogen en la crónica figuran «ocurridos en un período de tiempo».
- El otro rasgo que le atribuimos según el cual el contenido de la crónica, «en todo o en parte, nace de observaciones propias del periodista firmante», se aviene con las palabras de Bernal al

asegurarnos que el contenido proviene de un «cronista que los ha vivido como testigo, investigador e, incluso, como protagonista».

- Finalmente, nosotros apostillamos la definición usando la expresión «periodista firmante», lo cual no debe dudarse que desea aludir al atributo de que habla Bernal cuando él señala que «el cronista suele ser un experto que realiza su labor con continuidad, desde el propio escenario de los hechos o sus inmediaciones».

En concordancia con Juan Cantavella, Llorenç Gomis, Martín Vivaldi, Martínez Albertos y cualquiera de los tratadistas clásicos, también para Bernal el factor informativo es el primer nervio que nos aparece en el tejido vital de la crónica. «El carácter informativo lo arrastra la crónica desde sus orígenes preperiodísticos. Ya la crónica era el relato de hechos reales, por orden cronológico, efectuado por un testigo privilegiado», dice. Lo habíamos visto al hablar de la crónica historiográfica y al detallar la apasionante obra cronística de los cantos noticieros, de los juglares y trovadores y de los ‘recontadors de novellas’.

Junto al informativo, se da también para Bernal un segundo rasgo: el personalista. «La diferencia específica, el rasgo definitorio por excelencia de la crónica periodística, que permite distinguirla de cualquier otro género, es el que el cronista ha de ser un periodista que vive los hechos que narra», si bien basta para ello que el cronista actúe como investigador de los mismos si no puede, físicamente, hacerse presente en la escena de la información. «De ahí el acierto de Cebrián Herreros —arguye Bernal— cuando define a la crónica como ‘relato testimonial’» (1997: 29).

Sí, ésa es la originalidad del criterio del catedrático de la Complutense de Madrid Mariano Cebrián, que observa en determinados géneros periodísticos el denominador común de basarse en el ofrecimiento de relatos de testimonio personal del redactor-comunicador, lo cual contribuye a remarcar aún más el proceso de despersonalización de que habla Miguel Ángel Bastenier para este género. Ahora bien, lo «personal en la crónica es presencia efectiva en el acontecimiento y en el texto. En la opinión, lo personal afecta sólo al estilo», hace notar sabiamente Bernal.

En tercer lugar, la crónica se distingue por otro rasgo determinante: la interpretación. «El cronista también forma parte de la crónica. Es una exigencia de este género que el periodista dé una interpretación, una valoración personal, como señala C. Fagoaga. El cronista ofrece su interpretación, su propia versión de los hechos, por eso es imprescindible que el autor de la crónica se identifique. Una crónica anónima es, por principio, una contradicción en los propios términos» (1997: 31), aunque nosotros, por nuestra parte, queramos recordar que en los primeros compases de la crónica periodística a finales de la etapa ideológica del periodismo español, los textos empezaron a consignarse bajo seudónimo. Este matiz, lejos de contradecir a Bernal, refuerza la autoridad de su magisterio. Así es, ya que hemos de hacer notar que, entonces, la práctica totalidad de las gacetillas de información se ofrecían siempre con un anonimato absoluto en relación a su autoría. Y, en cambio, al hacer sus primeros balbuceos el género de la crónica para espectáculos y críticas teatrales, el autor material de la misma sentirá la tentación de hacer los primeros amagos de firma, por más que sea inventándose su nombre civil. Recordemos, en efecto, el caso del «Chroniqueur» del periódico menorquín *El Demócrata* que hemos esgrimido en otro lugar.

Frente a otros géneros para la interpretación, la crónica presenta también el rasgo de la continuidad «en el tema, en el autor y en el emplazamiento dentro de un medio informativo [...] La continuidad, de lugar a temática, exige del cronista una especial preparación. Ya hemos advertido que el cronista ha de ser un experto, un entendido en el tema que trata, un buen conocedor del lugar desde el que informa. Es éste un requisito que no es exigible para la redacción de otros géneros periodísticos, por lo que puede ser considerado como otro de los rasgos tipificadores de la crónica como unidad redaccional» (BERNAL, 1997: 35). De ahí que la firma del cronista sea importante, tanto que Martín Vivaldi no duda en considerarla el *precinto de garantía*.

Para Bernal, las conexiones íntimas entre cronística y literatura son evidentes. «La crónica es, entre todos los géneros periodísticos informativos, el que más ha contribuido a mantener la conexión entre la

literatura y el periodismo. Tanto, que puede ser considerada como el eslabón que ilustra el proceso evolutivo que lleva desde el terreno exclusivo de la literatura al de la pura información» (1997: 39). He aquí unas palabras que, a su vez, casan plenamente con el criterio de una autoridad consagrada en el periodismo literario: la de Carlos Monsiváis. El cronista mejicano, al considerar qué era la crónica periodística contemporánea que tanto había contribuido él mismo a engrandecer, sentenció así: «Si no es [la crónica] el género del momento presente, sí es una de las maneras de llevar la literatura al periodismo, y la vida presente a la literatura»²⁷.

Por más que se insista en la libertad de estilo generosa que le cabe al cronista, la moderna preceptiva de los principales investigadores reúne diversas precisiones de técnica, estilo y lenguaje para ese género. «Se aconseja al cronista —señala Bernal— que mantenga el equilibrio entre información y valoración, sin dejarse arrastrar por la tentación editorializante; se recomienda sencillez y claridad en el lenguaje, pero se subraya que el estilo debe ser personal y puede adornarse con todo tipo de figuras retóricas; se proclama la libertad del cronista, pero se le señala un límite: el servicio a la información, a la noticia, etc.» (1997: 43).

Finalmente, ¿cuántas modalidades de crónicas establece Bernal? No hay, por su parte, un pronunciamiento explícito, ni acaba formulando una proposición numérica. No obstante, Bernal dar por bueno el criterio mayoritario que, a lo largo del siglo XX, ha defendido un principio binario de la cronística. De un lado, la modalidad temática; y de otro, la modalidad de localización geográfica.

Es, en efecto, el criterio de nombres señeros del panorama de los tratadistas: desde Graña a comienzos de la centuria, hasta los contemporáneos Gomis, Gil Tovar o Núñez Ladevéze. Y sin embargo, conviene hacer una precisión: no es el mismo principio binario de unos y otros. Mientras Gomis habla de crónicas temáticas y crónicas de lugar,

²⁷ Palabras recogidas en la revista *on-line* del Ayuntamiento de Barcelona «Metrópolis: Revista de información y pensamiento urbanos». Entrevista a Monsiváis, por Sergi Doria, nº de junio-septiembre de 2008.

Mainar habla de crónicas informativas (eminentemente noticieras) y crónicas literarias (eminentemente interpretativas). Por lo tanto, son autores que formulan una clasificación atendiendo al grado de predominio que se da entre el doble rasgo determinante de la información y/o la interpretación. Tanto cuanto el texto resultante se aproxime —y predomine en él— la carga noticiera, más cerca estaremos de la crónica informativa. Y al revés para con la interpretativa, si lo que predomina es la interpretación frente a una carga de información menor.

En todo caso, lo que sí parece quedar rechazado es la tendencia —hoy superada— de ofrecer una retahíla de modalidades como se quiso hacer en los años cincuenta, sesenta y setenta del siglo XX. «Algunos diccionarios y libros de estilo proponen clasificaciones muy detalladas, en las que la crónica se subdivide en un extenso rosario de clases y subclases; estas clasificaciones no son el resultado de un esfuerzo científico por tipificar las crónicas, sino el reflejo de hábitos y rutinas, sin demasiado fundamento, una nomenclatura tan extensa como confusa» (1997: 47), sentencia con buen criterio el profesor Bernal.

5. 3. 2. 8. Álvaro de Diego

Añadimos todavía un octavo tratadista de nuestros días, especialista en el análisis de la crónica periodística contemporánea. Es, probablemente, el autor que ha publicado el estudio más reciente. Data del año 2007, bajo el título *La crónica periodística: Un género personal*.

Partiendo, respecto de la crónica, de un núcleo evolutivo, la hace emanar de su doble raíz literaria e historiográfica. Y, situados ya en los parámetros del campo del periodismo, De Diego la hace descansar sobre la doble columna de la información y la interpretación, de manera que asegura que «se trata de un género híbrido o mixto, pues incorpora características propia de la información y de la interpretación» (2007: 14). De ahí que no dude en hacer suya, a su vez, la definición debida hace suya la teoría sintética de Josep M. Casasús, quien aclara que «la crónica es un género en el que se combinan ingredientes narrativos y elementos argumentativos o valorativos. Es el género interpretativo por excelencia» (DE DIEGO, 2007: 14). O cuando De

Diego, asimismo, da por bueno el punto de vista de José R. Vilamor cuando éste asegura que la crónica que es el género periodístico que narra un hecho noticioso al tiempo que lo enjuicia.

No obstante, al escrutar el recurso que de la crónica se hace en el periodismo de nuestros días, también De Diego da por bueno el criterio pesimista de Vilamor, cuyo magisterio «destaca que se trata de uno de los géneros más devaluados del periodismo español en la actualidad», escribe De Diego (2007: 17). «Su cultivo —añade— se ciñe especialmente a tres secciones: deportes, toros y espectáculos, así como a las piezas que preparan los corresponsales y en el extranjero y enviados especiales. La cobertura de las guerras encuentra su mejor acomodo, sin duda, en el género cronístico que humaniza el relato de la más dramática e inhumana de las situaciones. Vilamor atribuye que se haya despreciado la crónica al influjo del periodismo anglosajón y su máxima de evitar mezclar la información con la opinión, de diferenciar ambos conceptos meridianamente» (2007: 18).

De otro lado, De Diego fija una aproximación al estilo de crónica, en su sentido periodístico más canónico. Para él, descansa sobre cuatro premisas, a saber:

1. El autor es testigo de los acontecimientos;
2. El autor elabora sus propios juicios acerca de aquéllos;
3. El autor prioriza los hechos a su modo. Podría pensarse que ésta es una acción similar a la que se opera en la noticia, pero no lo es. En la noticia se priorizan los hechos en orden descendiente (pirámide invertida) con el solo referente del interés del público; en la crónica el reportero ordena los hechos en función de las interpretaciones que extraiga de éstos;
4. El autor utiliza un lenguaje dotado de recursos literarios (DE DIEGO, 2007: 19).

Por último, este tratadista sistematiza en su ensayo los diversos elementos constitutivos de la crónica (incluidos los estilísticos) y la confección de la

misma desde el titular y hasta la entradilla. Finalmente, desgrana los tipos de crónica, para fijarlas en nueve modalidades: de sucesos y judicial, de corresponsal y enviado especial, de guerra, parlamentaria, política, deportiva, de espectáculos, de sociedad y, en noveno lugar, de viajes.

5. 4. Compendio de conclusiones. A manera de síntesis final

El primer problema que se nos presenta en este estudio, es el de precisar el concepto de crónica. Y más exactamente, el de la crónica periodística, supuesto que podemos atribuir al concepto los sucesivos estadios de la crónica histórica, la crónica literaria y, finalmente, la crónica en el periodismo.

Hoy, el término es excesivamente polisémico, pero las más sólidas y solventes investigaciones no dan tregua a ninguna teorización que se limite a las divagaciones generalistas y tópicas, hasta el punto de alumbrar una formulación contentadiza sobre la crónica, más próxima a la vulgaridad de un revuelto ‘cajón de sastre’ en el que todo cabe, que a lograr la definición rigurosa, estable y extraída del análisis de campo que corresponda. Incluso, se ha convertido en un comodín usado como sinónimo de noticia, o reportaje o cualquier otro producto textual del periodista. Pero, afortunadamente, la teoría intenta dilucidar los principios esenciales de la crónica.

Hemos de convenir en que crónica, modernamente, es el texto periodístico —con corte literario y con estilo deliberado— en el que predomina una combinación de información e interpretación. Esto es: de nota como noticia y de la subjetividad como vuelo narrativo. Es un género híbrido, como aceptan de calificarla los principales teóricos de nuestros días. Pero impresiones y emociones integran la sustancia de la crónica: sigue perdurando la exaltación romántica del yo. Puede el autor incluso escribir en tercera persona, pero siempre estará presente la primera del autor como eco doliente o jubiloso del texto, voz que conduce el relato y lo teje con el vellón de las impresiones y la emotividad. De la crónica ha de salir un cuadro eminentemente personal, mediante el protagonismo de los

sentimientos. Habitualmente la realidad no aparecerá sólo como es, sino, además, cómo se refleja en la sensibilidad del cronista.

La crónica periodística, como queda remarcado en esta parte del trabajo, utiliza las herramientas de la ficción literaria, pero, a diferencia de ésta, tiene como materia prima y primera —exclusivamente— los hechos de la realidad informativa, que siempre deben estar contenidos en el relato. De ahí que todos los autores, antiguos y modernos, consideren que la realidad debe ser moldeada, formalmente embellecida, a la hora de exponerla a los lectores, aunque nunca alterada en su certeza y veracidad. Sus objetivos pasan, pues, por ofrecer una mirada personal de los hechos narrados, por poner en juego la propia subjetividad del narrador, por componer una historia utilizando los recursos de representación (y de retórica) que parecían exclusivos del campo de la literatura: la variante de puntos de vista que ofrece la primera, segunda o tercera persona, los monólogos interiores, las largas descripciones o digresiones funcionales al relato, etcétera. La crónica utiliza, en su beneficio y mixturándolos, los demás géneros periodísticos: el reportaje, la entrevista, el perfil, la investigación. Y pretende construir, a través de ellos, una suerte de “relato total”.

Es probable que lo que hoy conocemos como ‘crónica periodística’ haya estado siempre ahí, viva o latente: desde los escritos de Heródoto, el llamado “padre de la historia”, el primero quizá que emprendió voluntariamente la tarea de viajar para contar, a figuras como la de Truman Capote, pasando por las aventuras conquistadoras en las Indias occidentales desde finales del siglo XV, y los viajes de los naturalistas del siglo XIX, los literatos echados a las trincheras de guerra, etcétera. Todos, todos ellos, a su manera y con distintos fines, se vieron tentados a narrar y describir los hechos más interesantes de su tiempo. Y a dejar su propia huella en aquellos relatos, hasta que el periodismo informativo, al fin, suscitó la eclosión de la crónica periodística como hoy la definimos y entendemos.

El escritor y cronista mexicano Juan Villoro (1956), como ya hemos dejado dicho en otro lugar, gusta de afirmar que la crónica es «literatura bajo presión». Y cabría agregar: también es una versión insospechada de lo real;

un texto de no ficción atravesado por la mirada del cronista; una verdad literariamente expuesta; incluso, la negación del paradigma inalcanzable de la objetividad periodística. Todas estas definiciones son posibles para el género.

Guiados por el sentido común, digamos que narrar es contar un suceso, un hecho, algo que ocurrió y consideramos importante, digno de ser comunicado. Todos somos narradores, porque contamos a los demás algo de interés para ellos o para nosotros mismos. Es aquello que hemos dicho en algún lugar anterior del hombre como atávico contador de historias.

Siempre procuramos mantener la curiosidad del interlocutor, deseando crear simpatía o antipatía alrededor del hecho narrado, alimentando una ola de sentimientos y pensamientos solidarios o adversos; cuando los abuelos narran cosas a sus nietos, cuando vamos al cine y luego contamos al detalle y con habilidad las partes del filme; cuando oímos una información o un hecho que presenciamos y de inmediato, nos tienta contarlo a terceras personas. El triunfo deportivo del equipo favorito se convierte en una magistral narración entre amigos, la boda familiar que se desmenuza un día después en una exquisita y sabrosa crónica. Todos, en algún momento, nos convertimos en narradores. La literatura aún está viva porque todos somos creadores, afirma el cronista o periodista literario Ryszard Kapuściński. Y lo mismo pasa con el periodismo por la misma causa, como ha proclamado Juan Luis Cebrián.

Así, sometemos a la narración a una técnica periodística, donde el eje de la conversación gira sobre el personaje, el hecho, el lugar, la acción, el tiempo y los móviles. Es la estructura informativa de quién, qué, cuándo, dónde, cómo, por qué y para qué sobre la que Lasswell ha asentado el núcleo cordial de la información como género. Probablemente, se cuente el final ocho líneas antes de que culmine la historia, como suele ocurrir en una historia literaria o novela, y no al principio como sucede en una historia periodística. El cronista de un medio de comunicación narra un suceso con la única variante de hacerlo ante un ordenador o un micrófono, para que, a su vez, sea publicado o transmitido a sus lectores.

La crónica es un género periodístico que cuenta los días y los años que van pasando. Y ello porque nunca pierde el horizonte explícito o implícito del decurso del tiempo, y cómo discurren los hechos sobre los raíles del calendario. Unas veces de manera cronológica, como ocurrió en los primeros siglos cuando soldados y viajeros narraban las hazañas para salvarlas del olvido y forjaron la crónica histórica. Otras veces, cuando el hecho, los personajes y los escenarios se hilvanan para crear un texto narrativo, en que el rigor informativo deba ser el eje central. Desde Homero en la *Ilíada* y la *Odisea*, y aun en la Biblia, con sus cuatro *cronistas* (a un tiempo, *reporteros* y ensayistas que la escribieron), sabemos que la crónica no es un compendio simple de hechos relatados de manera cronológica, sino que es algo mucho más grande y mucho más sustantivo. Una crónica es la historia de lo que ha sucedido o de lo que está pasando a nuestro alrededor. Por ejemplo, en el periodismo europeo, la crónica es considerada un género de opinión, un relato de los hechos desde una perspectiva personal y opinativa. Es difícil acertar, pues, con una definición única, rotunda y de términos inmodificables. Sin perder la perspectiva de cuáles son sus factores determinantes, podemos ofrecer una prolífica letanía de definiciones que aspiran a asegurar una cierta ortodoxia más o menos estable —y si cabe, de valor universal. Junto a los nombres señeros que nos hemos esforzado en compilar aquí, aún cabrían otras autoridades. El aplaudido cronista mexicano Carlos Monsiváis (1938-2010) considera que la crónica es un instrumento donde se relata, se anota y se compara; incluso, si hace falta, se inventa, en el sentido de darle dimensión y expresividad literarias. La crónica —nos cuenta—, no sólo indaga por los hábitos viejos y nuevos, es también un templo de la prosodia y un espacio donde el ritmo verbal lo es todo. No había para aquel autor centroamericano mejor síntesis que una metáfora elaborada. La crónica —concluía— es el arte de recrear literariamente la actualidad. Por lo tanto, la concebía como la reconstrucción literaria de sucesos o de figuras donde el empeño formal domina sobre las urgencias informativas adustas, neutrales y frías, redactadas con la ortodoxia del paradigma de Harold Lasswell del año 1948 con que el periodismo informativo consagró la pirámide invertida de las 5 W: «¿Quién dice qué, a quién, por qué y cómo y con qué efectos?»),

a su vez deudor del principio retórico de los clásicos: ¿qué?, ¿quién?, ¿cuándo?, ¿dónde?, ¿cómo? y ¿por qué?

Según la etimología, la crónica es una narración de hechos históricos, ordenados de manera cronológica. Las diferencias sobre la definición de crónica son tan precisas que, por ejemplo, en Brasil, la crónica aparece publicada en la página de opinión en los diarios, mientras que en México aparece en primera plana, en medio de la información diaria y exaltada como un género distinguido del periodismo. Y en España, de gran arraigo, se presenta en las páginas informativas, por más que Vilamó, como dijimos antes, tema que haya caído hoy en un cierto declive.

Una crónica narra y al mismo tiempo el cronista interpreta y cuestiona lo narrado. Desde luego, cada cronista tiene su técnica para contar cosas y manejar sus conceptos. Pero casi nadie dudará en decir que una crónica es una obra periodística de armazón literaria que narra hechos informativos sujetos, explícita o implícitamente, a un cierto orden cronológico, con datos recabados por el propio autor, generalmente hallándose *in situ* como observador mediático, y, por tanto, como transmisor periodístico.

Y, sin embargo, la crónica no deja de escabullírsenos de los márgenes de las definiciones precisas o absolutas, como se desprende de cuanto llevamos considerado hasta aquí. Y no es extraño. Suele ocurrir que cuando uno se introduce en la teoría de los géneros periodísticos, se percata de que no existe ciencia menos exacta; y de hasta qué punto los ejemplos que circulan en los medios pueden no ser, necesariamente, la representación de uno u otro género en estado puro, diríamos que incólume a las mixturas. Aunque hay patrones universalmente aceptados, ciertos países y ciertas culturas periodísticas mantienen criterios originales, propios, sobre la forma periodística. Y en lo individual es difícil encontrar dos teóricos que coincidan en una definición, o dos periodistas que tenga de consuno un juicio unitario y unívoco sobre la fórmula que utilizarán para reflejar un suceso o una idea susceptible del tamiz periodístico. Tras dos siglos de evolución acelerada, la técnica del periodismo se afianza hoy sobre una dilatada área de libertad personal, cuya certeza se confirma con la eficacia

comunicativa. Por otra parte, hay mucha mezcla en la praxis periodística, pero el mestizaje siempre ha sido algo de lo que no hay que huir.

Pero cuanto decimos es también relativo. De nuevo nos preguntamos: ¿Qué es la crónica? A tenor de lo que llevamos considerado, cabe una afirmación del siguiente tono: un relato de actualidad periodística más o menos estricta, en el cual predomina el principio de la emoción subjetiva y personal del cronista, en oposición al reportaje que se rige por el principio de la acción, sin que, necesariamente, éste descansa sobre una noticia o información que se desea suministrar como novedad periodística como sí hace indefectiblemente la crónica. Quizás por tal característica, quienes separan herméticamente, sin mucha razón, el periodismo de la literatura convencional, sitúan la crónica en este último campo, porque la subjetividad del cronista se hace permeable sobre el estilo, de modo que parezca, por sus matices estéticos, una especie de relato literario que, no obstante, mantiene el pálpito de la información. Ahora bien: por esa misma cualidad estilística, entre el vuelo de una crónica plausible y el de la afectación indeseable, se puede transitar por un sendero muy estrecho y peligroso. En este sentido, puede caerse en la confusión, y proyectar al lector una crónica a base de tres o cuatro párrafos henchidos, con palomas blancas en un cielo azul muy tópico, que resulte rechazable como texto periodístico con peso específico. Esto es: la vaciedad conceptual pretendidamente sustituida por un lenguaje almibarado que nos aleja del deber de informar con un cierto estilo de firma.

«Sonrisa de primera plana», llamó a la crónica Miguel Ángel de la Torre, otro de los clásicos del siglo XX en lengua castellana. Recordemos a esta figura²⁸.

Nació en Cienfuegos en 1884 y falleció en 1930 en La Habana. Abogado de profesión, aunque no de ejercicio, pues prefirió dedicarse al periodismo y la literatura, unas ocupaciones por las cuales sentía pasión desde su adolescencia. Como periodista son muy notables sus crónicas, que

²⁸ Véase el blog de Jesús RODRÍGUEZ DÍAZ 'Estrella de Jagua', en www.gacetadejagua.cu, en el texto titulado «Miguel Ángel de la Torre, cronista por excelencia».

constituyeron verdaderas lecciones en el arte de narrar el acontecer de la época, describen prácticamente todo el panorama cultural y social de Cuba entre los años 1912 y 1925. Cultivó con maestría la crónica literaria que se caracterizó por su fina, ágil, pintoresca y culta expresión. En general, sus crónicas constituyen verdaderas lecciones en el arte de narrar y describir impresiones sobre personajes y sucesos de la época. A él se debe la consideración de que la crónica cabe entenderla «la sonrisa de la primera plana», aunque según él, es capaz de llegar a convertirse en mueca de llanto. Con buen dominio del periodismo, plantea que la misión del cronista es interponer unos lentes rosados entre los ojos del lector y la noticia. El periodista deforma de acuerdo a su subjetividad la realidad para captar la atención de los lectores.

Pero no hay que viajar a la otra orilla del océano para darnos de bruces con otros nombres eximios. En España mismo encontramos autores egregios, de suerte que podemos fácilmente colegir la importancia soberbia, de una enorme densidad gravitatoria, que la crónica se ha ganado en el periodismo contemporáneo. Fernández Flórez, Mariano de Cavia, Azorín, Umbral, Saturnino Ximénez Enrich (por cierto, menorquín de nacimiento) o Josep Pla son firmas inmortales, que nos revelan el brillo estelar que este género ha conquistado en el curso del siglo XX para el periodismo español.

La crónica periodística es vista un género interpretativo: no hay dudas. En la prensa española encontramos abundante tradición cronística que considera como tal a la narración de una noticia en la que se incorporan ciertos elementos de valoración e interpretación, aunque estos siempre hayan de tener un carácter secundario frente a los elementos estrictamente informativos, haciendo buenos a Martín Vivaldi y a Martínez Albertos.

Observar, pues, ambas dimensiones, nos lleva a calificar la crónica como un género híbrido, como también lo son el reportaje interpretativo o la entrevista. La expresión, en todo caso, nos devuelve a las consideraciones que ya habíamos esgrimido al comienzo de este trabajo.

Al principio, habíamos dejado apuntada la idea de una doble hibridación. De un lado, porque la crónica periodística, formalmente, combina información con interpretación. Dicho de otro modo: amalgama el dato con la valoración; y sobre la descripción de ese dato (la nota o la noticia) lo sitúa en su contexto, le busca el volumen que le da cuerpo, lo asienta en un mapa de antecedentes, arriesga prospectivas y lo reinterpreta con aires de recursos estilísticos. Pero cabe todavía una segunda hibridación: la crónica periodística es, de raíz, una simbiosis de historia y de literatura, dicho ahora, aquí, en un sentido connotado. Historia, en la medida en que contiene datos verídicos y novedosos que son de interés: acontecimientos que han pasado —gestas—; y literatura, en la medida en que se busca un aire personal de exposición y narración estilistas.

Nos permitimos recordar una formulación constante que hemos hecho desfilar en los capítulos que sobre la crónica hemos abordado:

LA CRÓNICA ES UNA GESTA INFORMATIVA-INTERPRETATIVA QUE SE ABRAZA AL ESTILISMO LITERARIO, CON UN RELATO QUE DISCURRE DENTRO DE UN CORTE DIACRÓNICO QUE, EN TODO O EN PARTE, NACE DE OBSERVACIONES PROPIAS DEL PERIODISTA FIRMANTE.

La crónica presenta, además, la peculiaridad de publicarse habitualmente con una cierta continuidad regular asociada a una firma, bien sea por el periodista que actúa en ella de autor, o bien lo sea por la temática que trata. Por ejemplo, es fácil encontrar en la mayoría de los periódicos la crónica taurina del día, o la crónica de sociedad. El lector interesado en esos temas busca todos los días esas crónicas y esos cronistas, a veces imbricados como haz y envés del género mismo.

En otras ocasiones, hablamos de crónicas firmadas por determinado periodista que mantiene una cierta relación territorial. Sería el caso de las crónicas del corresponsal de un periódico en Nueva York, Berlín, Tokio o Buenos Aires. O las crónicas legendarias de Augusto Assía, desde Londres, para *Ya* y *La Vanguardia* en los años sesenta y setenta del siglo pasado; las de Corpus Bargas para *El Sol* anteriores a la Guerra Civil; o los textos cronísticos del catalán Agustí Calvet, Gaziell, que puso un hito en la historia

de la crónica extranjera para el periodismo español durante la Primera Guerra Mundial, remitida desde París y cuyos relatos estremecieron a los lectores de Cataluña. Y así hasta el infinito de memorables ejemplos de antológica personalidad periodística.

La continuidad característica de la crónica y su autor produce, sin duda, cierta familiaridad entre el periodista y los lectores. El lector conoce perfectamente el estilo de su cronista taurino favorito, o reconoce las informaciones firmadas por el corresponsal de un país u otro. Y no digamos para la materia deportiva.

Esta relación tan peculiar permite al cronista escribir en un tono directo, a veces apelando al lector mismo o buscando su complicidad lectora, pero que no resultaría admisible para la redacción de una noticia objetiva. En el estilo de la crónica, el periodista se permite una mayor libertad expresiva en el uso del lenguaje, hasta el punto de crear un estilo personal. También puede estructurar la crónica con libertad, sin aplicar la pirámide invertida con la intención de mantener el interés desde la primera hasta la última línea. En la prensa encontramos distintos tipos de crónicas y todas ellas reúnen las características citadas, diferenciándose por los temas que tratan: crónicas de sucesos, crónicas deportivas, taurinas, de corresponsales fijos en el extranjero, de corresponsales en otras provincias, de enviados especiales, crónicas políticas, de viajes, de sociedad, etcétera. El corresponsal fijo en una ciudad extranjera es el periodista que el medio destina a un determinado país para obtener una información completa, y en muchos casos exclusiva, de lo que allí pueda suceder. Este periodista que actúa como corresponsal debe conocer perfectamente todos los elementos políticos, culturales, económicos, del país en el que va a trabajar para poder interpretar correctamente las informaciones que allí se producen. Las crónicas del enviado especial tratan de cumplir las mismas funciones descritas para los corresponsales, pero en este caso se trata de periodistas que el medio envía temporalmente para cubrir determinada información que se está produciendo, o que se presume que en breve se pueda producir, en una zona geográfica determinada. Los enviados especiales cuentan con la desventaja, frente a los corresponsales fijos, de que necesitan conocer

con rapidez las circunstancias de ese entorno, en muchos casos desconocido hasta entonces, para poder informar con eficacia.

No obstante, en su libro de estilo el diario *El País* contrae la crónica a un uso restringido de casos. No admite cierta retahíla de las modalidades cronísticas, y la reserva para unos pocos textos. «Puede emplearse el estilo de crónica —advierte— cuando se trate de informaciones amplias transmitidas por corresponsales en el extranjero, el enviado especial a un acontecimiento o comentaristas deportivos, taurinos o artísticos». Aunque, entretanto, remarca expresamente que «la crónica debe contener elementos noticiosos —será titulada por regla general como una información— y puede incluir análisis (y, por lo tanto, cierta opinión o interpretación» (1990: 36). Por tanto, un modelo de periodismo moderno de nuestros días ciñe la virtualidad de la crónica a aquel género que pueden practicar, principalmente, los corresponsales y enviados territoriales, y los informadores expertos en toros, deportes o bellas artes. Acaso esta tríada ayude a darle toda la razón a Vilamor, cuando entona la elegía de la crónica como género que va de capa caída, visto el esplendor que llegó a tener en otras épocas periodísticas.

No mucho más afinado es el punto de vista contenido en el *Libro de estilo de ABC*. En primer lugar, porque habla de crónica y de reportaje como géneros conjuntos; y después especifica: «Aunque la crónica cuenta en *ABC* con una notable tradición literaria, las limitaciones de espacio han impuesto un nuevo estilo más directo, informativo y analítico, frente a lo subjetivo de antaño. Hoy prevalece más lo investigativo e interpretativo que lo puramente narrativo o descriptivo» (1993: 52). De ahí podríamos deducir que para el periódico monárquico la crónica, en “su” sentido tradicional, se aleja del parámetro informativo, para devenir un género para la narración subjetiva sin carga noticiara apenas, lo cual no parece en absoluto acertado a la luz de las más modernas y acrisoladas teorías expuestas por una pléyade de magníficos tratadistas.

Como ya se ha señalado, la crónica se sirve de recursos fácticos y ficticios; e intenta responder a un por qué y a un cómo de los hechos relatados, pero

partiendo de la premisa informativa —eso sí— que debe señalar al lector el qué, el quién, el dónde y el cuándo; es decir: la pauta básica de la novedad informativa. Sus objetivos principales son: informar, enjuiciar, interpretar y valorar, incluida, si se puede, la prospectiva.

Es importante recalcar que la crónica no es una simple noticia comentada, sino que debe ser un texto completo, coherente, compacto. Se vale de diversos recursos, incluso los de corte periodístico, como la entrevista o la acumulación de documentación. El cronista puede mezclar su propia visión con la colectiva, y su historia personal con la historia que relata, por lo que la crónica es un testimonio de época y de autor.

Las dos principales características que diferencian a la crónica de otros géneros periodísticos informativos e interpretativos son, en primer lugar, la importancia que tiene el cronista como eje del texto durante la sucesión de acontecimientos y su capacidad para interpretar y comentar lo ocurrido. Y, en segundo lugar, la combinación de técnicas literarias y periodísticas. Es por eso que la crónica es un género particularmente subjetivo: los acontecimientos son vividos, narrados e interpretados a través de la experiencia personal del testigo. El cronista es principal —a veces el único— vínculo con la realidad referida. Sin embargo, no por ello es menos importante la parte objetiva de la crónica, sustentada en la realidad y los hechos concretos que el autor debe respetar y poner en circulación dentro de su texto.

El cronista ha de interpretar la realidad y es el responsable de las evaluaciones, las reflexiones y las emociones que transmite. También convendrá que sea claro y que explique por qué piensa, siente o dice algo. Finalmente, el autor es el testigo de los sucesos, es quien elige lo que ha de narrar y lo interpreta a su modo. Uno de sus principales retos es describir cualquier evento, pero haciéndolo atractivo para el lector. El lenguaje utilizado es uno de los elementos primordiales de los que se vale para lograr su cometido.

Como remate, la crónica es información impregnada de interpretación. A partir de un hecho informativo, el cronista da cuenta de hechos actuales de interés periodístico, los interpreta, los interpela y lo recrea bajo la influencia de su mirada —de su personal estilo de escribir. Si en la redacción de una noticia el periodista debe escatimar cualquier rasgo de subjetividad y atenerse de modo casi excluyente a la ausencia de un toque personal, en la crónica, por el contrario, es el periodista quien con su pluma decide el recorte que realizará en la noticia que cuenta, los detalles que elige para relatarla y, en definitiva, el sello que le querrá imponer. Debido a que los medios audiovisuales son más rápidos e inmediatos en la transmisión de la información que los editados en papel, la crónica periodística impresa tiende más a dar respuesta al porqué y al cómo sobreviene el hecho seleccionado que no a ofrecer novedades sobre lo ocurrido, ya que esta última necesidad ya está satisfecha por otros canales. De ahí que muchos autores defiendan la teoría de la interpretación es lo que, realmente, da sentido primigenio y genuino a la crónica periodística. El periodista se involucra, recorta y selecciona matices y le permite al lector sumergirse en el hecho que se relata y compartir, de algún modo, impresiones. A diferencia de la noticia, en la que poco cuenta la toma de posición del lector, en la crónica es imprescindible una complicidad entre quien escribe y quien lee.

Si en literatura es necesaria la existencia de un pacto ficcional, en periodismo, para que la crónica exista como tal, debe existir una suerte de relación de confianza entre el periodista y el lector. Quien firma no sólo informa quién realizó la crónica, también establece una relación de credibilidad en la que se ve obligado a dar consistencia y coherencia a los materiales narrativos. El lector confía en que revele y manifieste el sentido de los hechos, porque gracias a su experiencia personal, literaria, histórica, periodística, el lector considera que quien firma es la persona pertinente para cumplir con éxito la función de comunicar. En pos de esta relación de confianza, el cronista siempre rubrica sus escritos, como modo de compromiso y vínculo con el lector. La peculiaridad al menos está presente en las crónicas de nuestros días. El autor de la crónica deberá transformarse, entonces, en un artesano de la noticia, que elegirá los hechos

que considere relevantes, los testimonios —en caso de que los incluya— y los detalles de color, digamos, que le permitan al lector adentrarse en la crónica para informarse sin aburrirse, y a la vez sintiéndose parte del relato. No existe una única manera de escribir una crónica. Dado que depende del estilo del escritor, es posible encontrar tantas posibles maneras de relato como cronistas existan. Lo seguro es que la crónica:

- Se organizará acorde con el transcurso de los hechos.
- Será un relato informativo al que se añaden la experiencia y los conocimientos del autor para explicar los hechos (sin caer en la opinión).
- Estará marcada por la subjetividad de la interpretación.
- Tendrá una impronta literaria.
- Estará firmada, generalmente presidida por la continuidad del autor ante sus lectores.

CAPÍTULO VI

VIAJES Y LITERATURA: UN OCÉANO DE GEOGRAFÍAS Y LETRAS

6. 1. El ser humano: *animali in via*, *specie vagante*

DEBERÍAMOS remontar los siglos (con la densidad inconmensurable a sus espaldas) para convenir la fácil y elemental observación de que la literatura de viajes pudiera tener su origen en la facultad del deambular consciente del hombre, incluso antes de haberse ganado este una absoluta posición bípeda tal y como hoy le atribuimos, de pies a cabeza, al *homo sapiens* y sucesores. Para ello, sólo se requiere una única condición previa: que ese hombre se haya situado ya en un estadio evolutivo que le asegure el dominio de un código de comunicación, oral o escrito —o ambos a la vez. Se argumenta por sí solo asentar el principio de que el ser humano es un *animali in via* (“animal en camino”) Diremos más: se nos aparece como una especie en itinerancia, o *specie vagante*.

Nuestra especie de vertebrados racionales ha experimentado, sobre todo desde sus estadios más humanizados y de desarrollo de la civilización, la necesidad natural y espontánea de vivir y contar lo vivido. Y por ello mismo, de referir sus viajes, en la medida en que éstos se asocian a la vida del hombre; y puesto que, en realidad, viajar ‘es’ vivir. En otras palabras: implica una forma de ser, y de verse, especie viva (cargada de necesidades que cubrir) y especie dotada de razón (facultada para discernir y elegir).

De ahí, podríamos suponer que dimana una vocación literaria y periodística lanzada como una semilla en lo más nuclear de la voluntad de los seres humanos, aunque, en los primeros estados de la civilización, la reputeamos de imprecisa y aun volátil, sin consistencia de estilo.

La profesora vallisoletana Soledad Porras nos confirma al respecto: «Podemos afirmar [...] que el ser humano ha sentido la necesidad de viajar, e igualmente, ha sentido la necesidad de dejar constancia de haber

realizado el viaje. Cuando estas dos premisas se unen, aparece lo que denominamos literatura de viajes. A lo largo de la historia de la humanidad, en todas las épocas, en todos los países y en todas las culturas, se han escrito relatos de viajes. En unos casos eran reales, en otros ficticios, imaginativos o descriptivos, poéticos, fantásticos o novelados» (2004: 222-223). He ahí la magnificencia, la complejidad y la riqueza fabulosa de la literatura de viajes como modalidad (o grupo dentro del género narrativo) que ha sabido desplegarse en una infinidad de registros textuales, como veremos en este capítulo.

Ahora bien, Porras, expresamente, querrá excluir de la lista de modalidades narrativas de la literatura de viajes todos aquellos textos que son, en realidad, creaciones noveladas y de ficción, si lo que se pretende es abordar —considera— una descripción rigurosa y “omnicomprensiva” (dice ella, usando este mismo término). Por lo tanto, «en primer lugar, el viaje tiene que ser real y descriptivo; y, en segundo lugar, debe ser el propio viajero autor y protagonista de la obra literaria. Se trata de un ‘diario’ al que se ha desposeído de toda la carga intimista. En el libro de viajes el autor no imagina nunca, sino que refleja su propia existencia» (2004: 223).

Sin duda, situarnos en el registro de análisis que la profesora Porras nos ofrece en relación a la epistemología de la literatura de viajes nos va acercar también, sustancialmente, a la impronta del periodismo de viajes. Ambos registros, sí, van a maridar en el hecho de ser reales y descriptivos, de un lado. Y, de otro, tanto el autor literario viajero como el autor periodístico viajero van a ser autores y protagonistas de su producción respectiva. Y ambos, en definitiva, nos ofrecerán el resultado, no de su florida imaginación, sino un corte temporal y geográfico de su propia existencia biográfica.

6. 2. El viaje: una raíz humana y filosófica

El sociólogo de la Universidad del País Vasco, Ignacio Mendiola, en unos estudios recientes, remarca la amplitud del concepto de ‘viaje’, un término que encierra —dice— una enorme heterogeneidad interna, arropado por un ingente elenco de formas en las que el viaje puede ser concebido, narrado,

cartografiado y vivenciado (2008: 35). De ahí que «el viaje es, ante todo, encuentro, contacto. Para Bacon²⁹ —aduce Mendiola—, los viajes son, en la época de la juventud, parte de la educación; en la vejez, parte de la experiencia» (2008: 38).

Así, pues, Mendiola nos habla del *homo viator*, del hombre viajero, como expresión que «vendría así a nombrar la ineludible presencia del viaje en el quehacer humano, la pertinaz presencia de un traslado, de un irse que a veces carece de regreso, porque cuando decimos que estamos de viaje no habría que olvidar que hay gente que *siempre* está de viaje, que el viaje le atraviesa dando forma a una vida que no encuentra espacio al que llamar hogar, del mismo modo en que hay gente que *nunca* puede ponerse de viaje, que permanece atada a un espacio que no puede abandonar. Pero el viaje, la ida del viaje, lo que evoca y sugiere, aunque pueda practicarse, siempre está presente, ya sea por los relatos que se narran y que hablan de viajes pasados o futuros, ya sea porque se ven otros que están de viaje, porque los otros vienen a nuestro espacio y luego se van (o se quedan). Pero es esta ineludible conexión del viaje con el espacio lo que parece quedar diluida en ciertas lecturas que hacen de la movilidad tardomoderna el eje central del análisis, hasta tal punto que aquellos que quedan anclados en el espacio llevan ya la pátina imborrable de una carencia revestida, bien de exotismo (el lugareño, la etnia a la que se visita y que parecería que no viaja, que siempre ha estado ahí), bien de incapacidad para no haber sabido adaptarse a estos tiempos cambiantes [...]» (2008: 44).

Fatalmente, pues, habremos de acabar topándonos con un *homo viator* que, a ese influjo sustancial del desplazamiento contumaz, querrá agregarle la narración, primero como composición literaria y, luego, como texto de aspiración periodística. Nos habremos tropezado, pues, sucesivamente, con el literato y con el periodista, o cronista-reportero que emprende desplazamientos (a veces larguísimos) para contar a sus lectores lo que ha visto, dónde lo ha visto y con qué novedad periodística.

²⁹ En efecto, el filósofo Sir Francis BACON (1561-1626) escribió un ensayo titulado *Los Viajes*, que forma parte de la colección de los cincuenta y ocho recopilados bajo el título de conjunto *Essays*, de 1625. Existe una edición moderna de 1980, en Ensayos Aguilar, Buenos Aires.

Vivir y contar lo vivido: he ahí una pauta de conducta que caracteriza, reiteradamente, la psicología del ser humano. Y si la condición narradora, claro está, anida con raíz intrínseca en las facultades volitivas (ancilares de la voluntad) y cognitivas (ancilares del conocimiento), deberemos formular la siguiente proposición: que la *narratio* (o expresión persuasiva de algo que se ha hecho o de algo que se conoce) acabe tomando la peculiaridad de relato narrativo y/o de relato periodístico, es un tránsito que hemos de verlo como fruto de una inercia, de siglos si se quiere, pero rectilínea. No importa que debamos esperar largas etapas evolutivas a que el “hombre narrador” alcance la modalidad del “narrador periodístico” en sentido moderno. Por lo cual, deberíamos aceptar que de ese afán de fijar la experiencia y de compartirla, arrancan los orígenes de la civilización, la plenitud del hombre, quien, impuesto de sus necesidades colectivas, las comunica en un acto de socialibilidad perfectamente lógica y natural.

Los más célebres viajeros de la historia, por lo común, han tributado, en forma de memoria, crónica o relato, alguna prenda al acervo universal a propósito de sus expediciones. De hecho, en determinados casos, esos testimonios de primera mano —llamémoslos también ‘oculares’— sirvieron en su momento para ahuyentar las dudas, los miedos y para arrojar luz sobre la ignorancia. A la larga, nos es lícito interpretarlos como el primer acopio de piedras talladas que ha dado cimientos a la globalización del mundo de la que hoy tanto se habla.

6. 3. La literatura de viajes: Modalidades y nombres señeros

Con una aproximación meramente intuitiva, sería admisible afirmar que la literatura de viajes es aquella forma de escritura que se asienta sobre un cierto valor literario y que va dedicada al hecho viajero en sí. Es la que relata y describe las experiencias del autor en un viaje que éste efectúa derivado de un amplio abanico de motivos: placer y turismo, aventura y exploración, ciencia e investigación, literatura o periodismo, son los incentivos más frecuentes que favorecen el viaje. Aunque el punto de vista narrativo no tiene por qué ser en primera persona, ni el relato resultante debe quedar referido siempre a un viaje que erija al autor en protagonista

del texto, esta condición es la habitual y la que distingue al género, como ya nos ha enseñado Soledad Porras.

Estas y otras ideas raíces sobre el tema aparecen descritas en una infinidad de libros de estudio y de análisis sobre la materia. Nosotros, para compilar los conocimientos definitorios, hemos seguido cinco estudios relevantes, a saber: la obra *Literatura de viajes*, del que es coordinador de sus textos Salvador García Castañeda; *Historia y naturaleza del periodismo de viajes*, de Pedro E. Rivas Nieto; *Periodismo de viajes*, de Mariano Belenguer Jané; y, en cuarto y quinto lugar, el número monográfico de la revista de arte, literatura y pensamiento *La Ortiga*, dedicado a los relatos y prácticas de viaje, del año 2008; y la revista *Garoza* de 2004, que publica un bien fundado estudio de Soledad Porras. En los apartados específicos que se refieren a la historia de la literatura de viajes en las Islas Baleares, nuestra cabecera ha sido el estudio *Descobrint la Mediterrània*, de Joan Miquel Fiol Guiscafré, que analiza la nómina de los viajeros ingleses que se dejaron ver por el archipiélago balear a lo largo del siglo XIX.

La literatura sobre viajes, en realidad, no es un fenómeno literario nuevo; tampoco el fruto específico de la contemporaneidad, por más que haya sido en tiempos actuales cuando la práctica viajera se ha universalizado extraordinariamente en todo el mundo. De un lado, el viaje (o sea, el desplazamiento de ida y vuelta, o sólo de ida) se mantiene indivisiblemente unido a la condición viva del ser humano: la especie humana es, en origen, nómada, de posición y de asentamiento cambiante y movedizo sobre la geografía. De otro lado, el viaje engendra valores intrínsecamente literarios, y, por ello mismo, es uno de los temas frecuentes en la historia de las letras de la humanidad: en todos los tiempos, en todas las latitudes y en todas las culturas, tanto en el día como en el pasado. Así, por ejemplo, nos lo demuestran las grandes y célebres epopeyas, como la *Odisea* de Homero, las *Argonáuticas* de Apolonio de Rodas (poeta griego del siglo III a. C.), que narra en cuatro libros el viaje de la nave Argos hasta el norte de la Cólquide a través de la Propóntide y del Mar Negro (libros 1º y 2º), la obtención, con la ayuda de Medea, del vellocino de oro (libro 3º), y el regreso a Yolco, en Tesalia, a través del Danubio, el Po, el Mediterráneo y

el norte de África (libro 4º)³⁰. También se cuenta en la lista de las obras insignes de los primeros libros de viajes en la cultura de Occidente, la archifamosa *Eneida* en doce libros, de Publio Virgilio, entre otras de una relación poco menos que sempiterna. Los seis primeros volúmenes contienen el relato de los viajes de Eneas hasta llegar a Italia, allá en el siglo I a.C.

El género existía ya entre los griegos, que lo llamaban periégesis. Destaca sobre todo el autor Pausanias, con su *Periégesis de Grecia*, también titulado *Descripción de Grecia*, del siglo II d.C.; y los libros árabes de Ibn Jubayr (1145-1214) e Ibn Battuta (1304-1377), que describieron con detalle periegésico sus viajes a lo largo del mundo conocido para la época.

La periégesis es un antiguo género literario (o subgénero, si se prefiere), que tuvo gran desarrollo en el período helenístico del mundo griego clásico. Consiste en una descripción literaria que, en el curso de un itinerario geográfico, recoge información (esto es: datos, y, a veces, noticias) sobre la historia, los pueblos, los individuos, las costumbres e incluso la mitología de los lugares que se atraviesan. En lo posible, se transmite la experiencia directa del autor del texto. Los tratadistas lo consideran el antecesor de la literatura de viajes; y lo diferencian de los ‘periplos’, fundamentalmente, porque en esta última modalidad de textos el fin es sólo utilitario (guías, derroteros o bitácoras de los barcos en su navegación) y el itinerario que siguen son exclusivamente marítimos y unidireccionales, de suerte que quedan excluidas las rutas terrestres, que sí abrazan las periégesis.

Se considera iniciador de la periégesis al historiador y geógrafo griego Hecateo de Mileto, de quien se conservan apenas unas pocas páginas, aunque resultan trascendentes para la tradición historiográfica y geográfica posteriores. Mariano Belenguer, al citar al historiador Jean Beaujeu, que en 1982 compuso una *Historia universal de las exploraciones*, dice que este analista considera a Hecateo el padre del periodismo de viajes, «ya que a él

³⁰ Existe una edición moderna de este clásico universal realizada por Gredos, Madrid, 1996.

se debe el tratado más antiguo conocido de la geografía (hacia el año 520 a.C.). Su título es sugerente: *Períodos o Viaje alrededor del mundo*. Se sabe de este texto —prosigue Belenguer— que el propio Heródoto lo utilizó posteriormente, pero, según queda dicho, sólo se conservan algunos fragmentos. Beaujeu aclara sobre esta narración que consistía en una enumeración de las ciudades, los pueblos y los lugares geográficos por él conocidos, con una corta noticia descriptiva para los más importantes: la mayor parte son ribereños del Mediterráneo o del Ponto Euxino. Estas ‘noticias descriptivas’, justifican el argumento de que Hecateo podría disputar, o mejor dicho, compartir el mérito de ser también padre del periodismo de viajes» (2002: 43).

Ahora bien: no debemos perder de vista el horizonte íntimo y sutil de la cuestión. En los siglos más remotos de la cultura occidental, al hablar de pioneros o de ‘primeros padres’ de la materia que estudiamos, siempre nos hemos de mover dentro del confuso grupo —heterogéneo y de fronteras difuminadas— de los escritores-periodistas-historiadores, según la denominación trimembre acuñada por Acosta Montoro. A nosotros se nos antoja un símil de equivalencia en el campo de la medicina. Si quisiéramos dilucidar una investigación que nos determinase quién fue el primer médico oculista de la historia de las ciencias de la salud, caeríamos en el terreno ambiguo de tener que nombrar a todos los padres de la medicina, desde los tiempos más remotos, pues Galeno o Hipócrates, por nombrar a los dos referentes inmortales, trataron aspectos referidos a las enfermedades de la vista, pero están muy lejos de poder recibir para sí el mérito de la especialidad. Aquí es donde reside el busilis de la cuestión: no podremos hablar nunca, en puridad, del padre del periodismo de viajes hasta tanto no nos topemos con una obra periodística que contribuya decisivamente a ‘aislarla’ —es decir, singularizarla— de la generalidad de textos de prensa con los que comparte período, para dar lugar a la aparición de una especialidad con plena etiología, formulación y atribución de principios y características que le son adjudicadas como propias y definitorias. Mientras no seamos capaces de señalar una producción periodística que, dedicada al tema de los viajes, no se parezca a ninguna otra clase, que responda a sus propias leyes que la arropan de teoría y práctica y que, en su suma, se erija

en especialidad narrativa para prensa, estará fuera de sintonía ‘hurgar’ en un pasado remoto en el que el periodismo, como concepto moderno, no existía aún; y en el que, obviamente, resulta extemporáneo pender sobre sus espaldas la etiqueta rampante de ‘padre’ o ‘pionero’.

Cuantos nombres, por más gloriosos que sean, podamos aducir provenientes de las épocas anteriores a la auténtica irrupción del periodismo de viajes como especialidad cristalizada, es caer en un simple juego de aproximaciones. Repetiremos nuestro argumento retórico: en los períodos anteriores a la medicina de especialistas (lo cual no sucede hasta bien entrado el siglo XX), en la consulta de cualquier licenciado en medicina encontramos, reunidas en el mismo facultativo, conductas y prácticas médicas que nos pueden recordar el ejercicio clínico de la traumatología, la ginecología o la pediatría, sin que, por ello, invocando el rigor conceptual, podamos hablar de traumatólogos, ginecólogos o pediatras *stricto sensu*. Hubo un tiempo, sí, en el que los médicos *hacían de todo*, como lo hubo en el campo de los autores-escritores que firmaban obras de geografía, de descripción de la naturaleza circundante, de crónicas o gestas de guerra, de historias de reyes y papas o de efemérides, compuesto a veces en una facetada amalgama de erudición.

En todo caso, el ejemplo de Hecateo fue seguido por otros autores importantes, siendo el más notable, en el mundo helenístico, el ya citado Pausanias. Otros autores en el género fueron: Polemón de Atenas, Escimno de Quíos, Dionisio de Califonte, Dicearco de Mesina y Dionisio de Periegeta, cuya obra, muy popular, fue pronto traducida al latín por Avieno.

Especial importancia reviste la obra de Heródoto de Halicarnaso, reputado el padre de la historiografía, que verificó diversos viajes para recoger la información que precisaba sobre la historia y la geografía de los territorios sobre los cuales pretendía escribir. Y, alerta, un autor que empezó a demostrar cierta ‘conciencia’ periodística, pues justifica la composición de sus nueve libros de la *Historia* asegurando que se sentía animado por el deseo de impedir que las gestas de los griegos y sus disputas contra los

bárbaros cayeran en el olvido, así como otras descripciones geográficas que incluye en su voluminosa producción.

Abandonando ahora las épocas del clasicismo más remoto —diríamos seminales— de la cultura occidental, existen dos grupos vertebrales de libros de viajes:

- Los que escriben los naturales de un país sobre su mismo país.
- Los que escriben los extranjeros sobre un país que no es el suyo.

Estos últimos revisten, claro, un singular interés, porque revelan puntos de vista diferentes y a veces enriquecedores para los habitantes del país visitado o inspeccionado. Muchos de ellos son fantasiosos, escritos a veces con interés puramente comercial (es el caso de Marco Polo); o con una idea chauvinista o patrioter, y no penetran en la verdadera idiosincrasia de un país del que ni siquiera conocen la lengua o la historia, o que han escrito sin documentación solvente previa. Otros, por el contrario, hacen gala de un gran poder de observación y análisis, para profundizar realmente en la identidad y problemática de un país. En este segundo tipo gozan de particular fama clásica, en Europa, los *Diarios de viaje* de Wilhelm von Humboldt (1765-1835), que no dejó orillada la descripción de alguna visita a tierras españolas.

Es preciso diferenciar, dentro de la complejidad del género, el libro de viajes novelado (textos de ficción), como el que cultivaron el francés Jules Verne y el español Esteban Hernández y Fernández en el siglo XIX, ya que uno y otro escritor, en verdad, practicaron una modalidad de ficción que, diametralmente, se aleja de los contenidos reales y verídicos que deben presidir los libros de viajes por antonomasia, entendidos en su preceptiva más genuina. Más adelante volveremos a hablar del “viaje imaginado”.

El libro de viajes genuino, en efecto, es un género que veremos perpetuarse a lo largo de todas las épocas históricas, con valiosos precedentes medievales, renacentistas y barrocos, ilustrados y neoclásicos, románticos, realistas o naturalistas, etcétera.

6. 3. 1. Textos clásicos dedicados a las Baleares

En época tan temprana como el siglo X, Ahmad Ibn Muhammad Ibn Musa Al-Razi compuso una descripción de España en la que menciona múltiples detalles geográficos de Mallorca y Menorca, tal y como nos señala el profesor mallorquín Joan Miquel Fiol. Y el mismo experto nos refiere los casos más significativos de literatura viajera para el archipiélago en los siglos sucesivos, hasta llegar a la edad dorada que supuso el XVIII, con sus abundantes *Grand Tour*. Veamos de resumir lo que de significativo nos consigna Fiol.

«Durante el siglo XII —señala este estudioso—, el 1109 se habla de las Baleares en la saga de Sigurd Jorsalfar, rey de Noruega, y también en el libro de Muhammad Ibn Ahmad, llamado Ibn Gubair, escrito el 1183. En el siglo XIII, las referencias bibliográficas están copadas por Muntaner, Desclot y Marsili y los cronistas de Jaime I [...]. A mediados del siglo XIV, comparecen las Baleares en el *Libro del conocimiento de todos los reynos y tierras y señoríos que son por el mundo...* [...] En el siglo XV, ya en 1403, hay referencia balear en la historia del itinerario de la embajada que Enrique III de Castilla envió al Gran Tamerlán, y que comandaba Ruy Gonçalez de Clavijo. En 1435 se habla de las islas en las *Andanças é viajes de Pedro Tafur por diversas partes del mundo avidos*. También los mercaderes italianos Giovanni di Antonio da Uzzano, en 1442, y Virgilio Bornato, en 1458, visitaron las Baleares y lo pusieron por escrito. En lo que atañe al siglo XVI, no hay duda de que la obra más conocida es el *Llibre de la Benaumenturada vinguda d'l Emperador y Rey do Carlos en la sua ciutat d'Mallorques*, publicado en 1542 y que narra la visita que Carlos V había hecho a Mallorca un año antes. Pero en el mismo siglo hubo un ramillete de visitantes ingleses, cuyos textos fueron recogidos por Hakluyt [a comienzos del siglo XX]. Hablan de las Baleares, Roger Bodenham, viajero a Candía; de 1582 tenemos la crónica de Miles Philips, viajero a las Indias orientales, y, el año siguiente, se escribió el testimonio de William Harbone, embajador ante el sultán Murad Can, el gran turco, de camino a Constantinopla. También el viajero alemán Erich Lassota von Stelblau se refirió a Menorca en sus diarios redactados en 1584. El siglo XVII también tuvo su buena representación de visitantes. En 1613 nos visitaba Johann

Wilhelm N. von Ramssla; el inglés Kenelm Rigby escribía su *Journal of a voyage into the Mediterranean*, viaje efectuado entre los años 1627 y 1628. El 1633 el viajero alemán Hieronymus Welsch hablaba de las Baleares en sus libros. Jean François de Gondy, cardenal de Retz, pasó por Mallorca y Menorca en 1614 y así lo cuenta en sus memorias; y el también francés Aubry de la Motraye, en 1697, dedica unas páginas a Mahón en el libro que recoge sus numerosos viajes». (FIOL, 1992: 14).

En efecto, De la Motraye fue un audaz e inquieto viajero. Había nacido en Francia hacia 1674 y falleció en París en 1743. Dedicó veintiséis años de su vida a viajar por tierras extranjeras, por Europa, Asia y África, en dos distintas expediciones (1697 y 1727). En 1723 publicó su famoso *Travels through Europe, Asia and into part of Africa*, ilustrado con grabados de William Hogarth. También hay una edición fechada en La Haya en 1727 (GARCÍA MERCADAL, 1962, TOMO III: 98).

Por su parte, Johann Wilhelm von Ramssla había nacido en 1570 y falleció en 1644, después de dedicar buena parte de su vida a viajar y relatar. Destaca su libro *Itinerario Europeo*, impreso en Leipzig en 1622, que contiene una importante cantidad de crónicas de sus viajes por el norte del continente. Unos años antes, en 1613, ya había compilado sus relatos de varios periplos por Francia y España, cuyas últimas treinta páginas las dedica a las Baleares. Afirmo que empezó el itinerario por el archipiélago entrando por Menorca, para pasar luego a Mallorca, Cabrera, Formentera e Ibiza.

6. 3. 2. El *Grand Tour*. Una edad de oro

Los estilos literarios contemporáneos que hoy consideramos ejemplos modernos de la especialidad viajera empezaron a desarrollarse, en particular, a partir del siglo XVIII, por medio de la elitista costumbre de lo que, entonces, se dio en llamar *Grand Tour*, o rutas viajeras que efectuaban elementos de la aristocracia y la alta burguesía europea como parte de un plan familiar de carácter formativo para los hijos que, un día, habían de tomar las riendas de una heredad, un título o una saga. La costumbre de semejante experiencia viajera, claro, no se daba por concluida hasta la

publicación de la memoria, diario o relato correspondiente. En la Inglaterra de ese siglo, cuna del *Grand Tour*, casi todos los escritores famosos trabajaron el género. Los diarios del Capitán Cook (1784), por ejemplo, fueron el equivalente de los *best sellers* de hoy en día. En muchos casos, la fórmula común era recopilar el grueso de las cartas que el viajero había ido remitiendo a sus familiares, de manera que formaban textos epistolares.

Asimismo, en el setecientos, no poca producción en el campo de la literatura de viajes en Europa consistió en una abundante edición de diarios marítimos.

El *Grand Tour* llegó a ser muy frecuente, y hasta tradicional, entre las clases altas de Europa. La costumbre floreció desde mediados del siglo XVII hasta el advenimiento del transporte ferroviario a gran escala en la década de 1840, y se asoció con un itinerario estándar³¹. Sirvió como un rito educativo. Aunque principalmente iba asociado a la nobleza británica y la alta burguesía acaudalada y terrateniente, viajes similares fueron hechos por jóvenes ricos de otros puntos del continente; y, desde la segunda mitad del siglo XVIII, también por jóvenes de países de América del Sur y de los Estados Unidos.

Para sus privilegiados viajeros, el *Grand Tour* permitía conocer —y deleitarse— con la herencia cultural de la antigüedad clásica y la del Renacimiento. Además, brindaba la oportunidad única de ver obras excepcionales en el campo de las artes y, posiblemente, la ocasión idónea para escuchar cierta música diletante puesta al alcance de muy pocos. Un *Grand Tour* podía durar desde varios meses hasta varios años. Se desarrollaba comúnmente bajo la compañía de un cicerone, un guía o tutor. En esencia, no era ni la peregrinación de un erudito geógrafo, ni la de un artista en busca de inspiración plástica. Tampoco acostumbraba a ser un incentivo para abordar textos para la prensa, según el estadio de evolución

³¹ Existe una muy abundante relación de estudios que han tratado del *Grand Tour*. Nosotros hemos seguido, para trabajar una síntesis de sus características, las obras de Elizabeth A. BOHLS e Ian DUNCAN, *Travel writing 1700-1830: An Anthology*, de Norton Books, 2005; y Paul FUSSELL, *The Eighteenth century and de the Grand Tour*, Londres, 1987.

que este fenómeno presentaba entonces. A lo sumo, daba pie a libros de memorias o a compilaciones epistolares.

En Gran Bretaña, un libro de Thomas Coryat (1611) supuso una influencia temprana para favorecer el *Grand Tour*, pero fue la gira más extensa a través de Italia realizado por Earl de Arundel, junto con su esposa e hijos en 1613-14, la que estableció el precedente más significativo. Más tarde, un número creciente de viajeros comenzaron sus giras después de la Paz de Münster en 1648.

Sobre todo después de la aparición del ensayo de John Locke sobre el entendimiento humano (1690), cundió la idea de que el conocimiento humano llega a través de los sentidos externos. Y así, se creyó que lo que uno sabe proviene de los estímulos físicos a los que se ha estado expuesto. Los viajes, por lo tanto, eran necesarios para que uno desarrollase la mente y ampliase el conocimiento real del mundo. Como aseguró el historiador británico Edward Gibbon (1737-1794), él mismo un erudito viajero por medio de un *Grand Tour* efectuado en 1763, la buena educación de un caballero inglés se completa con los viajes al extranjero³².

Los viajeros del *Grand Tour* volverían con cajas repletas de arte, libros, cuadros, esculturas y objetos de la cultura. Todos ellos acababan expuestos en las bibliotecas, armarios, jardines y salones particulares, así como en las galerías construidas ex profeso para su exhibición. De ahí que el *Grand Tour* se convirtiera en un símbolo de riqueza y libertad para la sociedad británica del setecientos.

Después de la llegada del vapor, alrededor de 1825, la costumbre del *Grand Tour* continuó, pero acusando ya ciertos cambios sustantivos, porque los viajes fueron más baratos, más seguros y abiertos a capas más amplias de población. Nos vamos a situar en puertas del viaje reconvertido en su acepción turística más genuina. Entretanto, el viaje formativo y de apertura al mundo, también se puso de moda para las mujeres jóvenes. Así,

³² Pueden consultarse las obras *The private letters of Edward Gibbon*, dos volúmenes, Ed. Rowland Prothero, Londres, 1896; y *The letters of Edward Gibbon*, tres volúmenes. Ed. Norton, Londres, 1956.

un viaje a Italia, con una tía solterona, como acompañante, fue parte de la educación de la mujer de clase alta, como en la novela de E. M. Forster, *Una habitación con vistas*.

El itinerario más común del *Grand Tour* pasó de generación en generación. Para un viajero inglés suponía este recorrido, más o menos: Dover (en Inglaterra), cruzar el Canal de la Mancha, pasar Calais o Le Havre; para luego seguir por Ostende (Países Bajos). A partir de ahí, podía alquilar o adquirir un coche de caballos, o bien optar por hacer el viaje en barco hasta los Alpes, ya sea viajando por el Sena en París, o hasta el Rin por Basilea. En París, gustaban de recibir lecciones de baile francés, esgrima y equitación. Desde París, solían marchar a Suiza (Ginebra, como cuna de la Reforma protestante) o Lausana. Habitualmente gustaban de pasar luego a España, para visitar Barcelona y, frecuentemente, también Madrid y Sevilla. Desde allí, el viajero soportaba una difícil travesía de los Alpes, en el norte de Italia (como es el Paso de San Bernardo). Una vez en este país, se visitaba Turín (y Milán), para pasar luego unos meses en Florencia, con viajes cortos a Pisa, y, a continuación, plantarse en Padua, Bolonia y Venecia. Desde esta última ciudad, el viajero llegaba a Roma para estudiar sus ruinas antiguas, así como las obras maestras de la pintura, la escultura y la arquitectura de los primeros cristianos, el Renacimiento y el Barroco. Algunos incluían Nápoles para estudiar música y (después de mediado el XVIII) apreciar los sitios arqueológicos de reciente descubrimiento de Pompeya y Herculano, con una subida más que probable al Monte Vesubio. A partir de aquí, el viajero de nuevo atravesaba los Alpes hacia el norte, camino de las zonas de habla alemana de Europa: Innsbruck, Viena, Dresde, Berlín y Potsdam, tal vez con un tiempo de estudio en las prestigiosas universidades de Múnich y Heidelberg. Llegados a ese punto, se adentraban por Holanda y Flandes y, finalmente, regresaban al hogar británico.

El parisino, oriundo de Jaca, Alexandre de Laborde (1773-1842), escribió una monumental enciclopedia de viajes que luego fue ampliada por el español Pedro Estala y Ribera. En efecto, al escolapio manchego Estala (1757-1815) le cupo afrontar una producción colosal: la soberbia colección

de cuarenta y tres volúmenes que tituló *El viajero universal, o noticia del mundo antiguo y nuevo, obra recopilada de los mejores viajeros, traducida al castellano y corregido el original e ilustrado con notas por don Pedro Estala* (Madrid, 1795-1801). En él se recopila la biografía de los mejores y más célebres viajeros que ya había empezado Laborde, convenientemente traducida al castellano y corregido el original e ilustrado con notas del mencionado Estala.

El francés Laborde es tenido como un autor de referencia para la historia de la literatura de viajes en España, ya que sus ancestros oscenses le llevaron a ocuparse del país de sus antepasados. De entre su rica bibliografía, recordamos dos títulos con marcado interés español: *Voyage pittoresque et historique en Espagne* (París, 1807-1818) y *Itinéraire descriptif de l'Espagne* (París, 1809), en cuyas páginas describe un viaje por algunas regiones de nuestro suelo.

Sobre los libros de viajes a España escribió un importante ensayo bibliográfico el hispanista francés Raymond Foulché-Delbosc titulado *Bibliographie des voyages en Espagne et en Portugal*. En él se catalogan hasta un total de 858 títulos de libros de viaje en dieciséis lenguas y 1730 ediciones, expuesto en un pulcro orden cronológico, aunque faltan referencias a los importantes viajes de Wilhelm von Humboldt de los que antes hablábamos; una laguna, sin embargo, que puede ser disculpada frente al esfuerzo que entraña la obra de conjunto.

También el hispanista italiano Arturo Farinelli (1867-1948) hizo aportaciones en este campo, con textos del calado de *Guillaume de Humboldt et l'Espagne* (1898) y *Viajes a España y Portugal desde la Edad Media hasta el siglo XX* (Madrid, 1921-30); así como la profesora Elena Fernández Mel (1920-2006), en colaboración con quien había sido su esposo, el hispanista Richard Herr, que escribió sobre la imagen que de España ofrecieron los viajeros franceses entre los siglos XVIII y XIX. Modernamente, la bibliografía viajera se ha multiplicado copiosamente. Lo propio hizo Ian Robertson con los ingleses en su libro *Los curiosos impertinentes*.

En cuanto a los libros de viajes escritos por españoles de siglos pasados, en el XVIII existen los viajes de Antonio Ponz, Eugenio Larruga, José de Viera y Clavijo y Leandro Fernández de Moratín, entre otros muchos.

6. 3. 2. 1. Unos casos menorquines

Fue, precisamente, en el XVIII cuando la cultura insular menorquina comenzará a registrar producciones viajeras, tanto de viajeros que se proyectan sobre la isla, o de insulares que emprenden la aventura de divagar por Europa para luego consignarlo en obras escritas. Como escribe Fiol Guiscafré, «durante el siglo XVIII la abundancia de libros publicados en Europa conteniendo referencias a las Baleares fue espectacular, aunque la mayor parte trataban la situación militar de Menorca. La importancia estratégica del excelente puerto de Mahón era la clave para el dominio del Mediterráneo occidental», de suerte que «ingleses, franceses y españoles se disputaron el dominio de la isla durante toda la centuria». Como quiera que fuera Inglaterra la potencia que poseyó más años la isla de Menorca en el curso del setecientos, «no es de extrañar que la bibliografía inglesa sea muy numerosa», en lo que atañe a descripciones geográficas, humanas e históricas a la pequeña balear (FIOL, 1992: 15). Veámoslo.

6. 3. 2. 1. 1. Una historia que es un epistolario y una periégesis

The History of the Island of Minorca. He aquí un texto del siglo XVIII que pertenece a una etapa ilustrada de Europa. Se denomina a sí mismo una ‘historia’, pero, en realidad, es una colección epistolar para describir un territorio (una isla, en este caso) al más puro estilo de las periégesis clásicas.

La obra, original del ingeniero militar inglés John Armstrong, la traemos a colación aunque aparente un texto de historiografía convencional, al margen de toda conexión con la cronística que estudiamos. Pero no es así. Fue escrita en el siglo XVIII (1752, primera edición³³), y hay que

³³ En realidad, esta obra fue un auténtico *best seller* de su época, pues a las dos ediciones en lengua inglesa (1752 y 1756), deben añadirse dos versiones en alemán (1754 y 1781), en irlandés (1756), en francés (1769), en castellano (1781) y, aun, una octava edición dublinesa de 1782. Obsérvese que tanta proliferación editorial atañe sólo al siglo XVIII, sin contar las traducciones diversas al castellano que se han llevado a cabo en el XX.

entenderla como uno de los primeros casos de la literatura de viajes (con finalidad de periégesis) que explota en la Menorca dieciochesca. Es así como esa *falsa* historia debe ser vista a la manera de un antecedente de los libros dietaristas puros del sacerdote Lindemann, que estudiaremos enseguida. En absoluto es una historia, en el sentido metodológico y científico de la palabra; ni siquiera lo era para su época de redacción³⁴. Más bien, cabe tomarla como una peculiar amalgama de tipologías textuales. Es una obra que combina la epistolografía pura y explícita; las descripciones de geografía física y humana a la manera de una observación cronística del autor en la hora misma en la que efectúa la pintura escrita; y unas abundantes referencias al pasado histórico de Menorca, ahora sí en sentido historiográfico estricto. Puesto que se trata, en efecto, de una colección de cartas que Armstrong cuidó de remitir a su superior en Londres, entre 1740 y 1742, hay que convenir que nos hallamos, formalmente, ante un texto epistolar. Pero lejos de contener explicaciones puramente privadas o profesionales en tanto que ingeniero de obras destinado a la colonia menorquina, el autor se explaya en dilatadas descripciones del territorio que tiene a la vista, como lo haría cualquier observador moderno (un cronista de prensa de nuestros días, por ejemplo). De ahí que encontremos cartas con los detalles geográficos de la isla en su conjunto y, además, que nos los presente también municipio a municipio; que ofrezca explicaciones sobre usos, costumbres y peculiaridades antropológicas; que incluya valoraciones defensivas y militares de los enclaves principales de la isla, enjuiciada como plaza de interés naval estratégico; que incluya referencias a la historia civil; que pormenorice la descripción de la estructura jurídica y de las administraciones públicas insulares, tanto judiciales como de gobierno local, etcétera.

En definitiva: estamos ante un bagaje de contenidos que, lejos de representar un texto historiográfico, se asimila por sí mismo a la cronística,

³⁴ El historiador local M. À. CASASNOVAS asegura, al respecto, que la obra de Armstrong «fue concebida, como explica el mismo autor en el prólogo, como un proyecto de descripción topográfica de la isla. El resultado es un libro que no es tanto una historia de Menorca como una visión subjetiva de la Menorca que Armstrong, oficial del ejército dominador y anglicano convencido, conoció». En «Introducció a la Història de Menorca», dentro de «Història I», tomo IX de la *Enciclopèdia de Menorca*, Obra Cultural de Menorca, 2001, págs. 9 y 10.

aún no periodística, claro está, pero cronística indiscutible, visto su calado de corte historicista para cuanto explica sobre el pasado de la isla; y de corte geográfico por lo que ofrece de observación directa y real de la gente, los paisajes y el perfil de vida de los menorquines en la hora en que redacta.

Si se prefiere, se trata de un libro de crónica geográfica. También reporta informaciones sobre el comercio y las manufacturas isleños. Añade, además, cuatro cartas —y lo hace prolijamente— con muy ricas consideraciones y explicaciones sobre la *historia natural* (es su manera de calificarla), reconstruida en cada uno de los tres reinos vegetal, animal y mineral, como ya habían enseñado a hacer los clásicos griegos. Y, en fin, habla sobre el carácter de los menorquines, su idiosincrasia y perfil racial, entre una infinidad de aspectos. Concluye la obra reseñando —muy admirado— el importante patrimonio arqueológico que abunda sobremanera en la campiña insular. Es tal el pálpito de la *actualidad* en el discurso textual que desfila en esta, repetimos, *falsa* historia de Menorca, que una publicación periódica londinense se mostró cautivada ante determinados contenidos y quiso reproducir en sus páginas ciertas partes del libro. Conservamos en nuestra biblioteca particular algunos ejemplares de la revista *The London Magazine*³⁵, una publicación periódica de carácter mensual fundada en la capital británica en 1732 y que, con diferentes series, se prolongó hasta 1829. Pues bien, en el número de agosto de 1752 aparece un texto de lectura que, en realidad, era la transcripción escogida de alguna de las cartas de Armstrong. Incluso se acompaña de un grabado que reproduce los monumentos arqueológicos más característicos de la prehistoria insular: los talayotes y las taulas. Se trata del mismo dibujo a tinta que aparece incluida en la edición de imprenta de la historia. A la vista de ellos, el autor ofrece una descripción física de esos bienes culturales y los arroja con su propia interpretación personal. La conjunción de texto e imagen, situados en las páginas de una publicación periódica, si no nos

³⁵ Esta publicación periódica, propia del periodismo de la Ilustración inglesa en el XVIII, se titulaba «Or Gentleman's Monthly Intelligencer». A los efectos de este trabajo, nos estamos refiriendo al número correspondiente al mes de agosto de 1752, en las páginas 343-346, incluido en el volumen XXI. *The London Magazine* nació como oposición política a los *tory* (partido conservador), que tenían a su favor a la revista *Gentleman's Magazine*. Su primera etapa abrazó de 1732 a 1785.

demostrase, sí nos llevaría a considerar que estamos ante una tipología textual que entonces hizo las funciones de crónica, o si se prefiere de reportaje periodístico de asunto cultural y arqueológico, con un trasfondo de crónica viajera ofrecida por quien ha sido testigo ocular de lo que refiere. El texto pasado a las páginas de *The London Magazine* se corresponde literalmente a la decimosexta carta de Armstrong del 4 de abril de 1742, si bien la publicación periódica londinense le adjudicó el título (casi diríamos el titular con intención informativa): «Of an ancient monuments in Minorca».

6. 3. 2. 1. 2. Diarios y papeles de un capellán

Menorca tampoco escapa a los diarios marítimos del dieciocho. Y así, nos cabe citar la trilogía de textos que nosotros, como denominación de conjunto, llamamos *Papeles del capellán Lindemann*. Con esta particular denominación, recogemos los tres libros que el citado sacerdote castrense, germano de origen, publicó los años 1776, 1783 y 1786 en lengua alemana y por medio de impresores de su país. Por su orden de estampación, los libros aludidos son los siguientes: *Diario de un capellán acerca del viaje por mar de las tropas hannoverianas a la isla de Menorca*; *Diario del asedio de la fortaleza de San Felipe en isla de Menorca (1781-82)*; y, en tercer lugar, *Descripció geogràfica i estadística de l'illa de Menorca*³⁶.

Como se ve, dos de los libros fueron concebidos y dados a la imprenta bajo la intitulación de ‘diario’, mientras que al tercero su autor lo denominó *Descripción geográfica y estadística...* Según esto, la tercera obra cabe entenderla como una ‘crónica viajera’, ya que sus páginas ofrecen una pintura social, cultural, geográfica, humana, económica, poblacional, etcétera, del territorio en que el autor se halla de visita. Aunque hay explicaciones retrospectivas sobre el pasado histórico, no cabe duda que

³⁶ Para ofrecer la reseña hemos recurrido a las ediciones de reciente publicación de los tres títulos de Lindemann, editados en Hannover en los años, respectivamente, de 1776, 1783 y 1786. Hacemos notar que las ediciones actuales son bilingües español-alemán para el DIARIO DEL VIAJE POR MAR; también español-alemán para el DIARIO DEL ASEDIO; y catalán-alemán para la DESCRIPCIÓN GEOGRÁFICA. En los tres casos, las ediciones modernas han salido a la luz editadas por el Institut Menorquí d'Estudis (IME) en 2007, 2004 y 2002, con la coordinación de Wilhelm Ziehr y Lothar Pabst; y los estudios introductorios del catedrático de Geografía Humana Tomás Vidal Bendito.

Lindemann redactó un libro al más exacto estilo de la cronística viajera del siglo XVIII —con aromas evidentes de la crónica periodística, en la medida en que deja reflejada una *pintura* de observación viva y directa de la Menorca del momento, como antes había hecho ya el ingeniero Armstrong. Es decir: dio cuenta del estado del territorio y de sus pobladores en el momento mismo de visitarlo. De esta suerte, la coordenada temporal no es ya una sucesión de jornadas en letanía, sino el período entero en que Lindemann deambuló por la isla. En concreto, de diciembre de 1775 a marzo de 1782.

Por su parte, *El diario del asedio...* es enjuiciado por el prologuista moderno, el catedrático Tomás Vidal, como un trabajo que, al ser un diario íntimo, no queda reducido a la condición de diario de guerra, o a informe oficial. En realidad —añade—, a su contenido «lo estamos viendo en forma de texto periodístico, destinado a un lector medio que busca información, pero en forma amena»³⁷. Por último, el libro *Diario de un capellán acerca del viaje...* hay que sopesarlo en la doble dimensión de dietario clásico (anotaciones de lo que acontece día a día) y, a la vez, de crónica *del* viaje, ahora en el sentido de describir el desplazamiento mismo, pero sin llegar a ocuparse de ofrecer una crónica, o más de una, acerca del lugar geográfico al que ha llegado el autor tras efectuar el viaje propiamente dicho. Téngase en cuenta que la ruta marítima no fue baladí: supuso atravesar 4000 kilómetros (2300 millas náuticas) durante dos meses de navegación, entre la boca fluvial navegable del río Elba, como punto de partida, y las aguas mansas del puerto mediterráneo de Mahón, el destino final del convoy militar.

Concluamos la cuestión con unos trazos biográficos del autor. Christoph Friedrich Heinrich Lindemann (1749-1816) había nacido en Aerzen, cerca de Hameln, en la Baja Sajonia³⁸. Estudió teología en Göttingen y se ordenó capellán castrense el 10 de agosto de 1775. En tal condición se puso ese

³⁷ Véase el prólogo de Tomás VIDAL BENDITO al libro *Diario del asedio de la fortaleza de San Felipe en la isla de Menorca*, de Lindemann, Institut Menorquí d'Estudis (IME), Mahón, 2004, pág. 13 y siguientes.

³⁸ Hay una síntesis biográfica de Lindemann en la crónica periodística «Historia en directo», del redactor Pep Mir del diario *Menorca*, del 27 de agosto de 2002, pág. 20.

mismo verano al servicio de los regimientos hannoverianos (alemanes, por tanto), sometidos entonces a las órdenes de la Corona británica. Fue el rey inglés Jorge III, uniendo a su derecho dinástico sobre Inglaterra el título de príncipe elector de Hannover, la autoridad que ordenó el envío de cinco batallones hannoverianos para verificar el relevo a otras tantas unidades británicas apostadas en Gibraltar y Menorca, entonces sometidas a la soberanía inglesa. Hacia la isla mediterránea se dirigieron dos batallones el verano del indicado año de 1775. En el contingente iba reclutado el sacerdote Lindemann. De su viaje por mar hasta arribar al litoral menorquín, redactó un primer diario cuidadosamente y prolijamente anotado. Luego abrió un segundo diario consignando día por día los acontecimientos militares que tuvieron lugar con ocasión del asedio español a la fortaleza de San Felipe entre 1781 y 1782, mientras él figuraba enrolado en el bando inglés; es decir, el sitiado por las armas católicas de Carlos III, monarca español. Y, en tercer lugar, aún tuvo tiempo de componer un nuevo título dedicado a la descripción humana y geográfica de la isla, a la manera de unas crónicas viajeras de época ilustrada. Sin embargo, hay que confirmar una significativa evidencia: ninguno de esos tres textos aspiraba a la menor intención informativa en el sentido periodístico. Pero es evidente que ese germen ya queda fecundado en las modalidades textuales que el culto y aplicado sacerdote alemán iba pergeñando en sus cuadernos de viaje, concebidos ya con mentalidad racionalista e ilustrada, muy propia del XVIII europeo.

Otro caso netamente menorquín de una cronística viajera ilustrada es el que verificó un aristócrata de Ciutadella. Ofrezcamos una visión de lo que fue y lo que representa.

6. 3. 2. 1. 3. Un viajero ilustrado menorquín a la inglesa

Como un caso realmente excepcional que se adelanta cincuenta años a la costumbre viajera europea del siglo XVIII, hay que señalar que la cronística menorquina moderna empieza con una crónica de viajes en estado puro; de aquellas que habrán de imperar en pleno corazón del setecientos para las familias de la aristocracia y la alta burguesía de Europa. En nuestro caso, la crónica viajera se debe al noble señor Bernardo José

Olives de Nadal, al emprender un *Grand Tour* en 1699 por toda la geografía del continente, y de cuyo periplo redactó el correspondiente diario, paso a paso.

Bernardo José Olives³⁹ había nacido en Ciutadella de Menorca, la capital insular, el 27 de febrero de 1678. A los 10 años pasó con la familia a residir en Madrid, donde se educó en centros selectos. Tras la muerte de su padre, todos regresaron a la tierra natal en 1692. Cuando contaba 21 años decidió planificar un largo y complejo periplo europeo, su particular y pionero *Grand Tour* que lo adelantó medio siglo a la costumbre elitista que se implantará a partir de las décadas centrales del siglo XVIII. Partió de Ciutadella en noviembre de 1699, y no regresó al hogar hasta finales de 1701. Inicialmente, su intención era tomar parte, en Roma, en las fiestas pascuales del Año Santo de 1700. Pero, ya antes de iniciar la ruta, había planificado una ambiciosa extensión del viaje, que le llevó a recorrer Francia, Italia, Suiza, Flandes, Holanda, Inglaterra y gran parte de España. De todo cuanto experimentó, vio y conoció Bernardo José Olives redactó el correspondiente cuaderno de viajes, día por día, tal y como luego harán los primogénitos de las más distinguidas familias de las clases altas de las naciones adelantadas de la época, en lo que también la tradición historiográfica española ha dado en llamar «correr o visitar cortes»⁴⁰. En un estudio de análisis, el historiador local Fernando Martí Camps nos dice: «Durante los dos años de su viaje, nuestro joven lo viene observando todo con ojos de erudito. Reflexiona serenamente sobre cada cosa que ve, sabe dar a cada una su valor exacto. En carruaje, a caballo, embarcado, recorre centenares de leguas. Pasa por llanuras rientes y por barrancos inhóspitos. Pernocata en hostales pintorescos, en pobres conventos, en castillos señoriales, en abadías suntuosas. Pero otras veces ha de pernoctar en un pajar o debajo del toldo de una falúa, temblando de frío en una casa

³⁹ Hay dos obras fundamentales para conocer a fondo la vida y el manuscrito cronístico del personaje. De un lado, el trabajo de Fernando MARTÍ CAMPS «El noble, magnífico y reverendo señor don Bernardo-José Olives de Nadal (1678-1715: Una vida azarosa, breve y bien aprovechada», en la «Revista de Menorca», tercer trimestre, 1987, págs. 313-373. Y también la obra de J. L. AMORÓS y María L. CANUT *Europa 1700: El 'Grand Tour' del menorquín Bernardo José*, Serbal e IME, 1993.

⁴⁰ Así lo denomina el historiador Fernando SOLDEVILLA en su *Historia de España*, tomo VI, pág. 218. La cita es aducida por MARTÍ CAMPS, en *ibídem* anterior, pág. 323, nota 2.

abandonada y expuesto al peligro de los piratas. Visita cortes reales, admira palacios de magnates famosos, reza en muchas iglesias, se recoge en varios monasterios. Su cultura se amplía al contacto con nuevas gentes, a la vista de variados paisajes, ante la contemplación de grandes obras artísticas... Y el atento joven va anotando, con ejemplar constancia, todo aquello que le parece de mayor interés, ya sea tocante a la topografía como al arte, a la piedad como a la historia. Y así nos deja un diario curiosísimo de su viaje» (MARTÍ CAMPS, 1987: 323). Sin embargo, el original, compuesto por centenares de infolios, nunca ha sido publicado, y permanece custodiado en el archivo de sus descendientes ciudadelanos, hoy día con los apellidos De Olivar y Despujol. Opina Martí Camps que «el procedimiento literario de Don Bernardo-José Olives adolece de falta de calor humano. Su diario es siempre frío, asépticamente objetivo, sin casi ninguna concesión a los sentimientos. Nunca podemos saber qué siente y qué piensa nuestro viajero ante las ciudades y paisajes que contempla. [...] Todo lo que se nos dice en el diario de viajes es así: sistemático, impersonal, frío, lleno de empaque señorial» (1987: 326-327).

Por nuestra cuenta, consideramos que se trata, en realidad, de un estilo sobrio perfectamente coherente con la mentalidad de la época. Aún no ha estallado el movimiento romántico en Europa, a partir del primer tercio del XIX, que será el momento literario en el cual habremos de observar una auténtica exaltación de la denominada «literatura del yo»; y cuando, a su vez, los autores efectuarán un descubrimiento fabuloso en lo concerniente a las fuentes de inspiración artística: el paisaje y la naturaleza —en nuestros días, el medio ambiente. Como ha considerado la catedrática de enseñanza secundaria, la menorquina Josefina Salord Ripoll, «el uso del pronombre personal *yo* ha de inscribirse [...] en la órbita romántica y, en consecuencia, marcada por la individualidad y la subjetividad. Es este *yo* el que sitúa de lleno una obra dentro de la llamada ‘literatura del yo’, haciendo una síntesis entre el libro de memorias y la autobiografía»⁴¹. Sobre semejantes

⁴¹ Josefina SALORD, en «Apunts de lectura de la relació autobiogràfica de Miquel Soliveras», conferencia, inédita, leída en el acto de presentación de la revista de estudios «Publicacions des Born», de Ciutadella, nº 12, en sesión del 13 de diciembre de 2002. El número se dedicaba a la reproducción comentada y anotada del manuscrito titulado «Relación de la vida y hechos de yo, el capitán Miguel Soliveras», un relato autobiográfico de un corsario menorquín redactado a principios del siglo XIX.

características, sin embargo, habremos de esperar hasta el XIX para encontrárnoslas en la cronística viajera de Menorca y los autores menorquines.

Concluyamos con unas breves referencias a la literatura de viajes producida en los siglos siguientes a la Ilustración en España: el XIX y el XX.

En el siglo XIX, tenemos los de Emilia Serrano de Wilson, Francisco de Paula Mellado, Sinesio Delgado, Pedro Antonio de Alarcón, Juan Valera, Núñez de Arce, Emilio Castelar, Eugenio de Ochoa, Amós de Escalante, Joaquín F. Pacheco, Benito Pérez Galdós o la condesa de Pardo Bazán, por citar unos pocos nombres señeros de hombres y mujeres entresacados de una constelación muy copiosa.

Ya a comienzos del XX, apuntamos los casos de Vicente Blasco Ibáñez, que circunnavegó el globo; de Sofía Casanova, Carmen de Burgos (Colombine), José Gutiérrez Solana, redescubridor de la España negra, y los de la muy viajera Generación del 98, que llevó a cabo numerosos viajes por España para conocerla profundamente, en particular Azorín y Unamuno, quienes, no pocas veces, se vieron invitados a realizar excursiones viajeras con una primera intencionalidad periodística, por más que sus textos acabasen luego recopilados en forma de libros convencionales. Nos encontramos, pues, en los momentos de transición entre la literatura de viajes y el periodismo de viajes: un fenómeno importante que tiene lugar en el crisol del XIX, fundamental para entender el periodismo contemporáneo.

Por ello, conviene, a la estela de estas autoridades citadas, que dejemos anunciado un aviso del máximo interés. Son los autores del XIX, y en especial los de la segunda mitad en adelante, los que van a combinar sus textos de literatura de viajes con textos de viajes para la prensa periódica.

El detalle no es baladí, ya que nos pone en la raya de un crucial fenómeno del ochocientos: las relaciones entremezcladas del periodismo y la literatura. O en particular: la Periodística de información e interpretación y

los principales géneros narrativos clásicos. Serán, pues, esas individualidades antológicas las que contribuirán decisivamente a la eclosión y a la maduración de una nueva modalidad cronística, que se llamará ‘crónica de viajes’: ahora ya con intención periodístico-informativa, junto a su fuste de buena literatura.

La literatura, pues, se ha enriquecido permanentemente a lo largo de los tiempos mediante el aporte de la narrativa de viajes. No nos cansamos de aducir buenos ejemplos que ilustran lo anterior. Entre ellos podemos citar un larguísimo rosario con cuentas tales como: James Cook, Joseph Conrad, Herman Melville, David Livingstone, Robert Louis Stevenson, Jerome Klapka (que escribe libros de viajes humorísticos), F. W. Up De Graff, Ali Bey (Domènec Abadia), John Byron, Thomas Edward Lawrence, Mark Twain, Karen Blixen, Santiago Rusiñol, Ernest Hemingway, Gabriel Pernaut, Paul Theroux, Alberto Moravia, André Gide, Patrick Leigh Fermor, Robert D. Kaplan, Alexandra David-Néel, Cees Nooteboom (por cierto, un holandés que vive largas estancias anuales en Menorca para recluirse junto a su pluma), Javier Reverte, Ryszard Kapuściński, Ted Simon, Ana Briongos, Jordi Esteva, Claudio Magris, Manuel Leguineche, o, también de nuestros días, la barcelonesa Cristina Morató (1961), que ha trabajado la divulgación periodística del viaje y, con resultados excelentes, la divulgación de nombres de mujer relacionadas con viajes o memorables o intrépidos⁴², etcétera. Como nombre de autora especialista en nuestros días, no podemos obviar, finalmente, a la catedrática de Literatura Comparada Patricia Almarcegui, quien, a su condición de filóloga, une una vocación viajera e investigadora que ha dado muy buenos frutos. En una de sus obras cumbre, *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*, la autora reflexiona que el viajero que cuenta su viaje revive para él y para otros la que ha sido, en origen, una experiencia personal intransferible. Viajar —dice— es trasladarse, y contar es también trasladar con palabras. O también: establecer una conexión entre el mundo exterior y la identidad del que se traslada. «Traslado o metáfora, el viaje es también imagen de la vida humana, como se viene repitiendo desde la antigüedad. Por ello, quizá,

⁴² Citemos una trilogía muy aplaudida por la crítica: *Viajeras intrépidas y aventureras* (2001); *Las reinas de África: viajeras y exploradoras por el continente negro* (2003); y *Las damas de Oriente* (2005).

los relatos de viajes constituyen un producto textual inagotable que se manifiesta en todos los tiempos y en las más variadas modalidades literarias» (2005: 31).

En definitiva, bien puede decirse, si lo analizamos concienzudamente, que el asunto de los viajes constituye un temario constante, irrefrenable y vivísimo de la literatura universal. La evocación de la travesía geográfica por mar, por tierra o por aire, contemplada, vivida y posteriormente plasmada en algún tipo de escrito o narración, va a seguir acompañando la oferta literaria por los siglos de los siglos. Una muestra de ello son los numerosos libros de viaje que se editan en la actualidad, de los que muchos son elaborados por verdaderos profesionales del arte de viajar, y que ofrecen un amplio abanico de posibilidades para los que quieren conocer el mundo. O las revistas de periodismo especializado en viajes que han sido fundadas en las épocas recientes, sin desmerecer, claro, las múltiples páginas web, foros, blogs y otros puntos de encuentro en la red virtual de internet que cultivan propuestas en el campo de la literatura de viajes. Citemos, por ejemplo, la excelente página de periodismo de viajes (creada como seminario permanente en esa especialidad, 1992) y que dirige Mariano Belenguer Jané, profesor pionero en España que ha programado e imparte una asignatura de Periodismo de Viajes en los planes de estudio de Comunicación (Sevilla). Además, fue uno de los primeros universitarios españoles en doctorarse con una tesis consagrada al estudio de dicha especialidad periodística⁴³.

6.3.2.2. Menorca: nueva mirada de síntesis al XIX y XX

Como conclusión respecto a la literatura de viajes, permítasenos una nueva mirada sobre el caso de Menorca, en la perspectiva que la materia ofrece para los siglos XIX y XX.

Hay una interesante nómina de autores del XIX que, siendo externos a la isla, la han tratado literariamente. Lo han hecho aportando varias páginas de lo que, en términos generales, se conoce como literatura de viajes.

⁴³ La dirección en la red es periodismodeviajes.org

Todos ellos han hecho descripciones paisajísticas, patrimoniales, sociales o culturales, etnográficas y geográficas. En todo caso, a nosotros nos da la impresión que se escribieron un puñado de textos que, a la postre, presentaban una, diríamos, «actitud geográfica». Es decir, que buscaban el «descubrimiento» del territorio: lo exploraban y lo daban a conocer, empezando por las sociedades geográficas que en ese siglo tanto proliferaron en Europa. Luego, en el siglo XX (sobre todo en la segunda mitad de la centuria), el punto de vista cambiará y, en lugar del «descubrimiento» puro y simple, se tenderá a hacer la «defensa»: la defensa, claro es, de la tierra, el medio ambiente, la integridad geográfica y territorial, etcétera. Es el momento en que el hombre se habrá dado cuenta definitivamente que el hábitat —es decir, el medio, en sentido amplio del término—, también es patrimonio, y no sólo fuente de recursos para la explotación ilimitada, llevada al infinito, como se había acostumbrado secularmente desde que el hombre habita la Tierra.

Para hablar con un mínimo de sistematización, la síntesis del anunciado anterior es como sigue.

El siglo XIX es, en efecto, un siglo repleto de autores que, de todos los continentes y de todas las lenguas, producen una cantidad fabulosa de libros de «descubrimiento» geográfica, como ha quedado evidenciado en epígrafes anteriores. El hecho, en Europa —continente que entonces era aún el epicentro del planeta—, estuvo en plena consonancia con la época de las grandes expediciones geográficas —las últimas de una cierta importancia histórica— que aún vivía la humanidad: las aventuras de Darwin (absolutamente pletóricas de base científica y naturalística), las de David Livingstone, que fue el primer europeo en ver las fuentes del río Zambeze en 1855, o las admirables expediciones de Alejandro Humboldt por América del Sur y Asia central, razón por la cual, al final, acabaría siendo considerado el padre de la geografía moderna.

Dando por bueno este “ambiente” del siglo XIX, es fácil comprender la proliferación de abundantes muestras de literatura de viajes: unas con una raíz y una intención rigurosamente científicas (en una palabra: de geógrafos

puros) y otros con una tirada mucho más literaria de aventura personal, aprovechando, claro está, la revolución de las comunicaciones mediante el ferrocarril (que fue el gran invento que revolucionó las comunicaciones terrestres del ochocientos), o el barco de vapor.

Semejante hora histórica habría hecho que, también en Menorca, se diera el fenómeno. Comenzarán, pues, a desfilar por la isla a hacer visitas o estancias transeúntes varios nombres, todos ellos bien representativos de este espíritu propio de la literatura de viajes, entonces tan de moda. Lo más frecuente será el viajero que lleva a cabo el periplo completo de las Baleares, o, como mínimo, de Mallorca y Menorca.

Cabe decir que la característica de Menorca como territorio marítimo y portuario muy codiciado por las potencias europeas, ha provocado una específica producción literaria de marineros, oficiales de las armadas internacionales, o de la marina mercante, etcétera, a los que les gustaba llevar un cuaderno de anotaciones de los lugares donde hacían recalada. No hablo, bien entendido, de puros cuadernos de bitácora, sino de aquellos otros cuadernos de personas que sentían interés individual para escribir sus experiencias viajeras, a la manera de dietarios íntimos con las sensaciones experimentadas en cada periplo viajero. De este tipo, encontraríamos textos en una partida considerable de libros de autores norteamericanos que hicieron descripciones geográficas y del panorama humano de la isla de Menorca durante los años en que América del Norte gozó de una concesión administrativa otorgada por el Gobierno español para mantener una base naval en el puerto de Mahón, entre los años 1815 y 1845. Por la misma razón, también deben existir textos de marineros holandeses, alemanes o rusos, que durante la primera mitad del XIX, frecuentaron el puerto de la capital menorquina. Ello no obstante, serían textos aún por descubrir.

Ya lo había hecho notar Joan Llabrés Bernal, historiador de la marina, cuando escribió: «Toda una interesante literatura desconocida para nosotros brota en los Estados Unidos en el decurso del siglo pasado, como obligada secuelas de las visitas y estacionamientos invernales de las escuadras norteamericanas en Mahón [...]. Más de media docena son los libros

nacidos de aquellos largos viajes en Europa en los que a Menorca se dedican pasajes diversos y hasta capítulos enteros, siendo sus autores oficiales de Marina, capellanes, médicos, profesores y secretarios embarcados, etc.» (1971:1).

Ejemplos de estadounidenses que hablaron con intención literaria de Menorca en sus memorias de viajeros serían:

- George Jones, sacerdote embarcado en la Mediterranean Squadron.
- Samuel Woodruff, un comerciante que, a bordo de naves de guerra estadounidenses, hizo dos visitas al puerto de Mahón en el año 1828.
- Enoch Cobb Wines, que actuó dos años como profesor para la escuadra norteamericana y que dejó sus anotaciones y observaciones viajeras referidas a la isla de Menorca en una obra de 1832.

Mucho más determinantes, sin embargo, serán los libros de una serie de personalidades individuales que nos han dejado testimonios escritos estimables de sus respectivas visitas al archipiélago. Estamos aludiendo a viajeros puros: un tipo de persona que hacía, explícitamente, viajes con motivaciones literarias, o de estudios de «descubrimiento» geográfico, en el más ajustado sentido romántico de la expresión. La lista es interesante en el contexto interinsular de las Baleares. La podríamos empezar con la figura del aristócrata francés Alexandre de Laborde, ya mencionada en otro momento con carácter general. Para el archipiélago balear, hay que volverlo a mencionar como autor de un *Viaje pintoresco e histórico*, cuyo segundo volumen del año 1806 está dedicado en el País Valenciano y las Islas Baleares⁴⁴.

Podemos continuar luego por la figura del diplomático, también francés, André Grasset de Saint-Sauveur. En el año 1807 publicaba, en Francia, un volumen titulado *Voyage dans les Illes Baléares et Pithiuses*. Era un informe exhaustivo y descriptivo de las cuatro islas habitadas del

⁴⁴ Hay una versión catalana de VALLS, Oriol, 1975, en Publicaciones de la Abadía de Montserrat.

archipiélago. Se lo había encargado Napoleón, y el autor, yendo más allá de la radiografía comercial y estratégica de las islas, hizo una obra de elegante descripción geográfica, incluyendo grabados sobre los monumentos arqueológicos. Este tipo de obras geográficas llegarían a tener, en general, tanto renombre en el curso del siglo, que, Saint-Sauveur, conocería la traducción de su libro al castellano, el alemán y, modernamente, al catalán (2002).

Otras individualidades estimables del siglo que trataron sobre Menorca específicamente fueron:

- James Bayard Taylor, de los Estados Unidos;
- El archiduque Luis Salvador de Hasburgo-Lorena, el príncipe ilustrado y, quizás, el autor principal desde una perspectiva balear por lo que respecta al tema de la literatura geográfica pura. Nos referiremos a él con detalle más adelante;
- Gaston Vuillier, el cronista e ilustrador de prensa, si bien este autor recae ya, por razones evidentes, en el grupo de los relatos de viajes pensados y acometidos para la prensa, y no para la literatura.

Por si fuera poco, podríamos mencionar, sólo a modo de recuerdo, los nombres de otros autores viajeros con pasión por las letras memorialísticas que se han ocupado del archipiélago isla a isla a lo largo del XIX, a saber:

- El capitán Thomas Walsh (1800), un militar a medio camino entre el viajero y el espía.
- Sir John Carr (1809), un viajero británico de esencia puramente romántica.
- Augustus Bridgeman (1813), con su ‘correspondencia a casa’, al más clásico estilo de los herederos ingleses que cuidaban la obligación de remitir cartas constantes a la familia dando cuenta de sus periplos.
- Lady Elizaneth Mary Belgrave (1840-41), viajera que sólo se ocupó de describir Mallorca e Ibiza.
- El sacerdote Henry Christmas (1850).

- El ingeniero E. G. Bartholomew (1860), que dirigió la instalación del primer telégrafo en Baleares y, claro, escribió profusamente sobre la geografía y la gente del archipiélago.
- El reverendo William Dodd, aunque sólo visitó y habló de Mallorca.
- El capitán John William Clayton, que también se ciñó en sus descripciones geográficas a la isla mayor.
- El cónsul británico Charles Toll Bidwell (en 1876, cuando publicó *The Balearic Islands*, era miembro de la Real Sociedad Geográfica de Londres)⁴⁵.
- Mrs. H. Helsches Graham Bellingham, que formaba parte de un grupo de damas viajeras.
- Y, por último, Charles W. Wood, un verdadero escritor de viajes profesional. A la vez, fue empresario editorial dedicado a la especialidad de libros de viaje ilustrados⁴⁶.

Volviendo, sin embargo, a las tres grandes figuras del siglo XIX (Saint-Sauveur, archiduque Luis Salvador y Gaston Vuillier), debemos decir que aportan una obra valiosa, a veces riquísima, de literatura de viajes que contiene páginas magistrales dedicadas a la descripción geográfica, en el sentido paisajístico, patrimonial, de idiosincrasia, etcétera, del pueblo de Menorca. Del primero (Saint-Sauveur), ya quedan marcadas unas pinceladas más arriba. De los otros dos, insistiré con unos datos recordatorios.

El archiduque es autor de la monumental obra *Die Balearen in wurt und Bild geschildert*, del que ya hemos hablado: diez volúmenes fabulosos en los que se hace la descripción más completa que se pueda imaginar de todas y cada una de las islas, sus habitantes, tradiciones y costumbres. Son volúmenes presididos por un método de trabajo y una mentalidad profundamente geográfica, ya que, no en vano, el archiduque era un príncipe ilustrado que, dada la valía de sus trabajos geográficos de Baleares

⁴⁵ Hay una versión catalana de 1997.

⁴⁶ De esta lista de autores hay un estudio de conjunto a cargo de Fiol Guiscaféré, Joan Miquel, *Descubriendo el Mediterráneo: viajeros ingleses por las Islas Baleares y Pitiusas el siglo XIX*, de Miquel Font Editor, 1992.

y de fuera del archipiélago, sería llamado a formar parte de diversas e importantes sociedades geográficas europeas de su tiempo⁴⁷.

También el pintor y cronista Gaston Vuillier produjo una obra basada en la doble perspectiva de la geografía física y la geografía humana cuando acometió la redacción de la obra *Les Îles Oubliées*. Fue en las páginas de la revista ilustrada francesa *Le Tour du Monde*, entre 1888 y 1890. En tanto que versión periodística, la obra tuvo el título *Voyage aux îles Baléares*, pero quedó definitivamente con el de *Les Îles Oubliées* cuando se hizo la reunión en un tomo de todo el trabajo (París, 1893), incluyendo Córcega y Cerdeña. También de la misma obra, rápidamente, se hicieron las traducciones alemana, italiana, española (en la revista ilustrada *La Velada* de Barcelona), y una versión inglesa especial para los Estados Unidos de 1896. Modernamente, Editorial Moll hizo la versión catalana del año 1973, reeditándose en 1990.

Entrados en el siglo XX, la línea y el estilo del escritor viajero que afronta la temática con la mentalidad geográfica propia del XIX subsistirá hasta la segunda mitad de la centuria. Uno de los más soberbios exponentes — siempre con respecto a las Islas Baleares— es el nombre de Josep Pla. Y no tanto por su *Guía de las Baleares*, que también, sino por volúmenes como *Les Illes*⁴⁸, que son el fruto reelaborado de un grueso importante de crónicas y reportajes viajeros que el autor del Ampurdán había publicado inicialmente en la revista *Destino*, entre otros muchos títulos de su vastísima obra completa de más de cuarenta volúmenes.

Nos parece que es adecuado hacer esta precisión, porque pensamos que Josep Pla es un elemento de tránsito entre la vieja mentalidad del XIX y la que eclosionará entrada la segunda mitad del XX, cuando irrumpa el escritor que trata las islas, no ya como objeto de descubrimiento (o como fuente de inspiración literaria), sino de defensa y de lucha ideológica a

⁴⁷ El *Die Balearen* (1867-1890) no fue traducido al catalán sino muy tarde, por el Grupo Serra de Comunicación, de Palma, en fascículos coleccionables (1999-2003), tras la experiencia de haber acometido una versión en castellano por parte de una caja de ahorros local, Sa Nostra, en el año 1980.

⁴⁸ Volumen número 15º de las Obras Completas de Destino, 1970, Barcelona.

favor del territorio bajo un signo medioambientalista. Pla es el eslabón entre las dos épocas, porque empieza a introducir en sus textos referencias concretas y dolidas respecto de la explotación territorial que se empezaba a perpetrar en la costa del levante español y de las Baleares (la llamada ‘balearización’), a manos de la afluencia turística de masas. Hace, pues, lamentos apenados y quejumbrosos por lo que ya se veía venir en términos de destrucción del paisaje y una grave transformación del medio ambiente con agresiones urbanísticas de todo tipo a finales de los cincuenta y en los sesenta hacia adelante.

A partir de este punto, la literatura de «defensa geográfica» se vehiculará de una manera casi exclusiva, en Menorca, a través del campo del periodismo. Los medios de comunicación, en efecto, se erigirán en el campo de actuación de los escritores y los periodistas. La literatura periodística que se acabará practicando entonces, desde el punto de vista que describimos, tomará el relevo a todo lo anterior, en forma de reportajes, crónicas seriadas, informes, divulgación de estudios científicos y naturalísticos que se asomarán a las páginas de la prensa para alcanzar el objetivo de su propia divulgación, y como arma de la lucha de defensa que se desea alcanzar.

Si nos referimos a la balear menor, la hora cero del fenómeno, convencionalmente hablando, sonará para nosotros a raíz de las movilizaciones contra los proyectos de urbanización turística de la Albufera des Grau, hacia 1973: una zona de litoral, dominada por una singular área lacustre al norte del término municipal de Mahón. Fue una campaña a veces agria, dura, sistemática, que, pronto, saltó a las páginas de toda la prensa nacional, en particular sobre los medios de comunicación catalanes del momento. No hay antecedentes de nada parecido: cronistas que se interesan por la presunta agresión ambiental y territorial; reporteros que se proyectan sobre la isla y multiplican sus textos para la prensa.

Ni qué decir tiene que la principal —casi la única— tribuna para dar salida entonces a la avalancha de literatura e información periodística para defender el territorio fue el diario insular *Menorca*, único de los que esos

años se editaba en la isla. Pero el interés se propaló rápidamente a los diarios de Mallorca y de Cataluña. La lista de trabajos y de reportajes que entonces se hicieron —todos presididos por una descripción de los valores ambientales, geográficos y naturales de la isla— sería prolija, verdaderamente interminable. Llenaron páginas y páginas en la séptima década del siglo. Citamos, a vuelapluma, trabajos tales como:

- *Menorca, hoy*, de Carme Riera, 1973 (que había presentado a *Serra d'Or*);
- La entrevista al renombrado biólogo Ramon Folch, que declaró: «Tenemos que ser capaces de valorar los monumentos naturales de igual forma que se valoran los monumentos históricos», de marzo de 1975;
- *El Valle de Algaiarens y cala Binimel·la*, de Joan Mayol, agosto de 1975;
- *Lo que el viento no se quita*, de Miguel Masriera, para *La Vanguardia*, abril de 1975;
- *El Grao de Menorca*, de Arturo Compte Sart, de octubre de 1975.

Sin embargo, esta nueva realidad va a costar mucho, muchísimo, que llegue a traspasarse al puro campo de la literatura como creación ficcional: la novela, la poesía o la creación de letras en general. Sobre todo, el hecho nos parece bastante evidente, si nos referimos específicamente al territorio y su defensa. Nosotros, ahora, sólo podemos recordar el contenido incidental que presenta la novela sarcástica *El preu del marès* (1983) de Damià Borràs, cuyo argumento, aunque se autodenomina policiaco, participa explícitamente del estado de conciencia de rechazo al ritmo trepidante que vive la construcción, el diseño a gran escala de urbanizaciones turísticas, etcétera, y, en general, toda la economía especulativa del mundo inmobiliario.

La historia de la literatura de viajes del siglo XX ambientada en Menorca, no obstante, ha conocido otros nombres, que nos limitamos a relacionar: Josep Pin i Soler, que a comienzos de la centuria sacó a la luz algunas crónicas viajeras dedicadas a Menorca que aparecieron en las publicaciones

periódicas *Joventut* y *El Poble Català*⁴⁹. O también los nombres femeninos de dos mujeres en cierto modo pioneras. Así, en el lado de la literatura firmada por mujeres, el siglo le deparado a Menorca sólo dos nombres, si bien es muy cierto que, en realidad, sus respectivos libros carecen de suficiente calidad literaria, pero no nos resistimos a nombrarlas. Ellas son, por orden cronológico, la británica Mary Stuart Boyd, y la catalana Alicia Davins, seudónimo de Antonia Pujol de Carbó. La primera escribió en 1911 *The fortunate isles*, y la segunda, *Menorca, la isla blanca azul: impresiones de un viaje*, del año 1925.

Entretanto, a caballo entre Josep Pla como periodista literario y los primeros cronistas ambientalistas, aún cabe mencionar un nombre de doble proyección entre la prensa y la literatura que, en el siglo XX, aporta buenos textos viajeros relativos a Menorca. Aludimos a la figura de Baltasar Porcel en lo que atañe a la crónica que publicó en *La Vanguardia* bajo la denominación genérica de «Viaje a las Baleares Menores». La larga serie apareció durante el otoño e invierno del año 1967. Cabe definirla como una colección de reportajes viajeros en el sentido más ortodoxo del género: descripción geográfica y humana hecha para el momento de ser visitado el lugar; todo ello acompañado de buena fibra literaria que, sin embargo, se esfuerza en no perder un mínimo de hálito de actualidad (la visión del momento) para que no pierda el sello periodístico⁵⁰. Por su extensión y densidad de textos periodísticos, nosotros no conocemos ningún otro caso que pueda comparársele, si nos ceñimos, claro, al territorio de la isla de Menorca.

Otros nombres de la segunda mitad del siglo XX que han firmado textos de prensa viajeros hablando sobre Menorca son, sin pretender por nuestra parte ninguna exhaustividad: Pau F. Camps (diario *Avui*, 23-4-1982; Víctor Alba, *Avui*, 19-1-1994; Joan Perucho, con diversos textos para *ABC*, Carlos

⁴⁹ Junto a otras crónicas viajeras, las menorquinas se reunirían en los tres volúmenes de la obra *Varia*, de 1903, 1905 y 1907, Barcelona. Existe una recopilación monográfica de los textos de Menorca en *Menorca vista per Josep Pin i Soler*, Ediciones Nura, Ciutadella, 2001.

⁵⁰ Las entregas 11 a 19, entre el 11 de noviembre y el 13 de diciembre de 1967 están dedicadas a la isla de Menorca. Todas las anteriores, a las Pitiusas de Ibiza y Formentera.

Sentís, también con diversos textos para *La Vanguardia*, o Carlos Barral, con varias crónicas estivales para *El País*), entre otros nombres señeros.

6. 3. 3. Características de la literatura de viajes

Normalmente, la literatura de viajes se caracteriza por elaborar una narración coherente o estética más allá del simple registro de fechas y acontecimientos que se encontraría en un diario de viaje, o en un cuaderno de anotación de incidencias y desarrollo formal del viaje, con observación muy pulcra del ritmo cronológico del mismo.

Habíamos dejado apuntado que existe un abanico amplio de motivaciones (turismo, exploración, periodismo...) que dan lugar al acto de viajar para luego llevarlo a la literatura o al periodismo. Ahora bien, el doctor en Filología Inglesa, el mallorquín Joan Miquel Fiol Guiscafré considera que la literatura de viajes se sostiene, en todas las épocas y en todas las lenguas, sobre los siguientes pilares de cimentación:

- Primero: el deseo de dar testimonio fiel, casi cumpliendo las funciones de acta notarial, de los lugares y de los hombres que forman los entornos en los que se desenvuelve el viaje.
- Segundo: el ansia de contar, de narrar, lo que se observa en derredor en el curso de un viaje. «Nada da más fuerza a la pluma — asegura Fiol— que el descubrimiento de gentes diferentes, nuevas costumbres, y tierras, plantas, climas y animales desconocidos. Entonces, el deseo de comunicarlo a los conciudadanos de nuestro lugar de origen se hace irresistible» (1992:12).
- Y tercero: la necesidad de entregarse a la fantasía y a la fabulación.

En consecuencia, si damos como buena la concurrencia de las tres motivaciones (o al menos de alguna de ellas) para que se engendre la narrativa viajera, «habremos de convenir que la literatura de viajes es una raíz de la literatura —concluye Fiol—; una de las ramas del oficio de escribir en estado puro» (1992:12). Y, claro es, también el periodismo acabará siendo partícipe indefectible de ese mismo estímulo, porque el

periodismo, recordando a Juan Luis Cebrián, constituye una forma de hacer literatura.

Consideremos algunos ejemplos de las causas que empujan al hombre a viajar y, luego, a darle perfiles literaturizados.

Uno de los primeros casos registrados de un viaje de placer recae en la subida de Petrarca al Mont Ventoux, en el año 1336, hoy enclavado en territorio francés. La escalada, en efecto, la explicó por carta a un amigo, de manera que este texto epistolar es considerado uno de los primeros ejemplos del Renacimiento y el humanismo, ya que Petrarca hizo la ascensión inspirado por un pasaje de la *Historia de Roma* de Tito Livio. Petrarca —que hoy es mirado también como un pionero del alpinismo—, dijo que quería escalar el Mont Ventoux sólo para poder disfrutar de las vistas. Subió a la cima el día 26 de abril, junto a un hermano y otras personas más.

6.3.3.1. Otros modelos de literatura de viajes

Uno de los pioneros de la literatura turística fue Robert Louis Stevenson (1850-94), que llegó a publicar hasta ocho libros de crónicas de sus viajes por Europa, América y las islas del Pacífico, incluida la remota Samoa, donde falleció y está enterrado.

Prosigamos desgranando otras modalidades de literatura de viajes que se han sucedido como jalones en la historia.

A menudo, la literatura de viajes coincide con la modalidad del ensayo, como en el libro *India: una civilización herida* (1977), de sir Vidiadhar S. Naipaul, premio Nobel de Literatura en 2001, nacido en la Isla de Trinidad (1932). Aquí, un viaje realizado por ese autor, de ancestros familiares indios, es la excusa formal para la observación continuada de una nación y su gente. Es, asimismo, un caso similar al de la obra de Rebecca West (1892-1983) sobre un viaje suyo a la antigua Yugoslavia de la era comunista: *Black Lamb and Grey Falcon*, de 1941, cuya autora desarrolló una abundante obra de colaboración periodística en cabeceras del prestigio

internacional de *The New Yorker*, *The New Republic*, *The Sunday Telegraph* y *The New York Herald Tribune*. También fue una afamada corresponsal de *The Bookman*.

A veces, un escritor se establece en algún lugar geográfico durante un período de tiempo considerable, para acabar absorbiendo la esencia del lugar y darlo a conocer al exterior con la sensibilidad de un escritor de viajes. Algunos ejemplos de estas obras son: *Bitter Lemon*, de Lawrence Durrell; *The Island of the White Cow*, de Deborah Corte; y *Un año en Provenza*, el éxito de Peter Mayle. Puestos en el campo de la prensa, esta modalidad contiene una riqueza fabulosa, porque nos situará en el universo de los corresponsales fijos en el extranjero; pero lo dejamos ahora de lado para diferirlo al capítulo en el que hablaremos del periodismo y el viaje.

En el caso de naturalistas, como Gerald Durrell, se fusionan la literatura de viajes y el estudio científico de la naturaleza. Charles Darwin es la autoridad clásica en este apartado. Escribió su famosa narración sobre el viaje a bordo del «Beagle» de cinco años de duración entre 1831 y 1836, bajo el título *El origen de las especies por medio de la selección natural, o la preservación de las razas preferidas en la lucha por la vida*, publicada en noviembre de 1859. La obra ha de ser vista como una intersección de ciencia, historia natural y viajes marítimos. Y, no obstante, el propio Darwin ya había dado a la imprenta, al poco de regresar a Londres de su largo periplo por los mares del globo, un libro conteniendo los *Diarios del viaje del Beagle*, como texto en la más pura línea de publicaciones dietaristas de base cronológica con abundante acumulación de notas del discurrir diario de su misión.

6. 3. 3. 1. 1. Un viajero científico en Menorca

Para el caso territorial de Menorca, podemos aducir, como ejemplo señero, el viaje científico que realizó al archipiélago balear el gran arqueólogo Édouard Philippe Émile Cartailhac. Fruto estimabilísimo del mismo fue la edición de su obra cumbre titulada *Les monuments primitifs de les Iles Baléares* (1892).

Émile Cartailhac (15 de febrero de 1845-26 de noviembre de 1921), fue uno de los primeros arqueólogos científicos modernos de Europa. Nacido en Marsella, estudió Derecho, aunque, desde joven, había experimentado un fuerte interés por la prehistoria. Fue profesor de esta especialidad y de arqueología en Toulouse del Languedoc. En 1867 se le encargó la organización de la sección de prehistoria de la Exposición Universal de París del año 1867. Para entonces ya había colgado la toga de abogado.

Su relación científica con España comenzó con una polémica. En 1879, Émile Cartailhac y el prestigioso arqueólogo Gabriel de Mortillet pusieron en duda la autenticidad de los restos de arte rupestre encontrados en la cueva cántabra de Altamira, descubierta una década antes. Tardaría 23 años en desdecirse, un tiempo durante el cual no cesaron sus estudios e investigaciones en nuestro país.

En los ochenta del XIX, Émile Cartailhac comenzó sus viajes por la Península ibérica. Mientras Portugal ya había instaurado los estudios sobre la Prehistoria y había acogido un congreso internacional en la materia, en España era una disciplina que comenzaba a abrirse camino. Al francés le correspondió reunir y ordenar por primera vez todos los conocimientos en *Las edades prehistóricas de España y Portugal* (1886).

En aquella primera obra, las Baleares eran apenas un apunte: la reseña breve de un lugar que no había visitado. Toda la información sobre las islas provenía de los *Apuntes arqueológicos* del catalán Francesc Martorell Peña. Aquella lectura le transformaría. Era profesor de Antropología y Prehistoria de la Universidad de Toulouse —a punto de publicar su gran obra de 1889, *Francia prehistórica*— cuando consiguió convencer al Ministerio de Instrucción francés para que financiara su expedición al archipiélago. La prensa menorquina y mallorquina de la época son un reguero prolijo de noticias y gacetillas informando de su evolución viajera —de viaje científico, claro— por el territorio balear.

Llegó a las Islas Baleares en los últimos meses de 1888. Cartailhac no buscaba sólo documentación, sino que auguraba que el archipiélago

español se convertiría pronto en destino de investigadores extranjeros. Pocos lugares en Europa concentraban tal cantidad de monumentos prehistóricos en un espacio tan pequeño. Su llegada provocó la movilización de todo tipo de colaboradores: desde el archiduque Luis Salvador al arqueólogo Gabriel Llabrés Quintana.

Parece excesivo calificar su obra como el primer trabajo verdaderamente científico de la Prehistoria balear, pero no se puede negar que posee un rigor técnico poco habitual en la época, sostiene el arqueólogo Daniel Albero en el artículo *Historiografía de la Prehistoria balear*. No en vano, el francés nunca realizó una excavación ni un estudio estratigráfico. Su investigación se basó en el análisis de los monumentos, la bibliografía y las colecciones de objetos arqueológicos.

Gracias a sus contactos, tuvo acceso a colecciones privadas con piezas que dibujó con minuciosidad y que, hoy desaparecidas, constituyen un documento único. Su clasificación primaria hablaba de «objetos de piedra, de cerámica, de bronce, de cobre y objetos indeterminados». Junto a su álbum fotográfico, harían de *Los monumentos de las Islas Baleares* (1892) una obra de referencia. Cartailhac situó la Prehistoria balear en el panorama moderno del estudio, más allá de la esfera local a la que entonces se limitaba. Pese a que él no la había practicado, reconoció que la excavación era un método para profundizar en el conocimiento. Sus teorías sobre los monumentos megalíticos, aunque refutadas, supondrían un nuevo paso tras las tesis del origen celta o los parecidos con las nuragas sardas.

Lejos de las Baleares, pero con España aún en la memoria, Cartailhac publicaría en 1902 su artículo *La gruta de Altamira: 'Mea culpa' de un escéptico* («La grotte d'Altamira, Espagne: *Mea culpa* d'un sceptique»). Había encontrado en su Francia natal restos artísticos similares y se rendía al descubrimiento. Él mismo regresó a la cueva y contribuyó a su estudio. En 1921, mientras preparaba un nuevo viaje a nuestro país, fallecía mientras desarrollaba un curso en la Universidad de Ginebra.

6. 3. 3. 1. 2. El archiduque Luis Salvador: príncipe geógrafo

Luis Salvador (Florencia, 1847-Brandys nad Labem, Praga, 1915) fue un erudito Archiduque de Austria que ha pasado a los anales de importantes expediciones geográficas del siglo XIX, a través de las cuales acometió una obra densa e ingente de descripción de tierras y pueblos de Europa y, en particular, del área mediterránea.

Era hijo de los grandes duques de Toscana, Leopoldo II de Habsburgo-Lorena y de María Antonieta de Borbón-Dos Sicilias. Pasó su infancia en el florentino palacio Pitti. Por parte de padre era biznieto del emperador germánico Leopoldo II; y por parte de madre, nieto de Francisco I de las Dos Sicilias (nieto, a la vez, de Carlos III de Borbón de España). Experimentó desde muy joven las azarosas consecuencias debidas a las revoluciones democráticas y nacionalistas de la mitad del siglo XIX, ya que su padre tuvo que huir de Toscana expulsado, primero, por la revolución de 1848, aunque recuperó el trono el año siguiente gracias a la intervención militar austríaca. Poco después, en 1860, los monarcas de Toscana y de las Dos Sicilias perdieron definitivamente sus tronos en el proceso de unificación nacional impulsado por el *Risorgimento* a favor de la casa italiana de los Saboya, monarcas de Cerdeña-Piamonte y reyes de Italia desde de 1861 a 1945. La dinastía de la Corona Austria-Toscana, que conservaba todos los derechos y privilegios de archiduques austríacos, volvió a tierras del imperio. Luis Salvador estudió en el Theresianum de Viena y la Universidad de Praga y aún muy joven fue nombrado gobernador de Bohemia. Pero una serie de trágicos sucesos afectaron a la familia: el triunfo del revolucionario Juárez comportó la sentencia a muerte y fusilamiento del emperador Maximiliano de México, hermano de Francisco José I de Austria, y, sobre todo, la terrible muerte de Matilde, hija del archiduque Alberto y prometida de Luis Salvador, calcinada ante sus propios ojos al prenderse las llamas por azar en el vestido de gasa, lo que trastornó de por vida al archiduque, que pidió permiso para ausentarse de la corte y del seno familiar. A partir de ese momento dedicó su vida a viajar, al estudio y a escribir, en un trabajo intenso y disciplinado. Más tarde, él mismo recordó la primera estancia en las Islas Baleares como de «gratas horas de recuperación». El itinerario de aquel primer viaje del año

1867 en Baleares, que inició a los 19 años de edad, fue: Praga, Toulouse, Pau, Bayona, Biarritz, Miranda de Ebro, Zaragoza, Lleida, Barcelona, Valencia, Ibiza (en agosto de ese año), Palma, Menorca (octubre) y, finalmente, Barcelona. Acto seguido, regresó a su casa.

Las circunstancias recomendaban ir de incógnito y el archiduque viajó como Ludwig, conde de Neudorf. La intención del archiduque era escribir un libro sobre las Baleares, labor a la que dedicó veintiún años y para la que contó con numerosos colaboradores. Es su fabulosa obra titulada en el original alemán *Die Balearen: geschildert in Wort und Bild* (*Las Islas Baleares: descritas por la palabra y la imagen*). La empezó a escribir por Ibiza y Formentera y, así, el primer volumen fue titulado *Die alten Pityusa*, publicado en Leipzig en 1869. El autor, en el prólogo firmado en el año 1868, presenta este trabajo como «la colección ordenada de mis notas de campo tomadas el verano y el otoño de 1867». Aunque volvió a Ibiza al menos en dos ocasiones, en 1885 y el 1898, Menorca la visitó varias veces. Las principales fueron, aparte de la de 1867, la de los años 1877 y 1887-88 para encarar la redacción final de los dos volúmenes dedicados a la balear menor, dentro de la magna producción de los nueve tomos de que se compone el *Die Balearen...*, un fantástico ejemplo de libros geográficos de un viajero de base científica que, en su día, levantaron grandes elogios de las más conspicuas sociedades geográficas de Europa.

Hombre de su época, de una gran efervescencia científica, marcada por la expansión de la gran industria y la nueva concepción de un mundo en progreso indefinido, el archiduque era un personaje polifacético, activo y de una gran curiosidad por el saber multidisciplinar. Había estudiado derecho y filosofía, y fue su educación intelectual el fruto de un cierto influjo del positivismo. Desde muy joven se había interesado por las ciencias naturales, conocía las lenguas clásicas y el árabe y era un consumado políglota, ya que llegó a hablar y escribir con dominio catorce idiomas, entre los que se encontraba el alemán y el italiano, otras lenguas del imperio de los Habsburgo, como el húngaro y el checo, el francés, que era entonces la lengua científica internacional, el castellano y el catalán, idioma este último en el que compuso algunas de sus obras mallorquinas.

El verano de 1867 había llegado a Ibiza por primera vez a bordo del vapor correo semanal «Rey Don Jaime», procedente de Valencia en ruta hacia Mallorca. Pasó en la Pitiusa mayor al menos tres semanas, a contar desde el 11 de agosto hasta los primeros días de septiembre, ya que, cuando pretendió embarcar, tuvo que quedarse en tierra, porque no había sacado el salvoconducto de Sanidad Exterior. En su primer viaje de Ibiza a Palma conoció a Francesc Manuel de los Herreros Schwager, que se convirtió en su más valioso colaborador, quien, desde el primer momento de trabar amistad, se había de encargar de la tarea de remitirle, a Praga, cuantos cajones precisaba conteniendo ingentes cantidades de planos, documentación e informaciones diversas para afrontar la redacción de la soberbia obra que quería dedicar a las Baleares. Por su parte, el entonces canónigo ibicenco Juan Torres y Ribas formaba parte del círculo pitiuso de colaboradores del archiduque. De la misma manera, el sacerdote mahonés Antonio Cardona y Orfila (un excelente naturalista) hubo de ser su principal corresponsal a la hora de suministrarle información y datos de geografía física y geografía humana referidos a la isla de Menorca. Animado al estudio de las Baleares y, sobre todo, hechizado por los paisajes marítimos de las islas y las relaciones afectivas que el ataron a algunas de sus amistades mallorquinas, el archiduque pasó largas temporadas en la isla de Mallorca, donde adquirió importantes propiedades en la sierra de Tramuntana. Llegó a ser dueño de casi toda la costa norte entre Valldemossa y Deià. En 1872 compró la finca Miramar, y ya no paró de comprar febrilmente otras muchas fincas rurales hasta el año 1901: Son Galcerán, Son Marroig, Son Moragues, Son Ferrandell, Son Gual, Son Gallard, sa Font Figuera, sa Pedrissa y Can Costa. La superficie total de tierras que llegó a acaparar fue de 1.685 hectáreas.

En 1876 organizó un certamen poético en conmemoración de la fundación en Miramar del colegio de lenguas orientales que, en el siglo XIV, había instituido Ramón Llull, y reimpulsó la publicación de las obras lulianas, iniciada en 1806. En la residencia mallorquina de Miramar invitó a miembros de las familias reales europeas, y a personajes como Santiago Rusiñol, Miguel de Unamuno y Jacinto Verdaguer. Alternaba las estancias

en Mallorca con otros lugares, como Muggia en el Adriático (cerca de Trieste) o Ramlech (en la costa de Oriente Próximo), y con los frecuentes viajes por el Mediterráneo, que recorría a bordo de su yate «Nixe», acompañado de personajes muy diversos, entre ellos algunos mallorquines, como su secretario, Antonio Vives, y el preceptor de los hijos de éste último, el escritor y lulista Mateu Obrador.

El «Nixe» era la residencia preferida y tenía para él un fuerte significado: el mismo archiduque había escrito que «nunca he podido ver pasar un vapor por el horizonte sin sentir un deseo indescriptible de ir más lejos». Con este mismo nombre tuvo dos yates, el primer adquirido en 1872 a Fiume, que naufragó en aguas de Argelia en 1893. Poco después adquirió el segundo, muy parecido al primero, un barco de tres palos, casi cincuenta metros de eslora y un peso bruto de 297 toneladas que, al retirarse el archiduque a Praga tras el estallido de la Gran Guerra, quedó en Mallorca, amarrado en Portopí, en la bahía de Palma. Allí, sin embargo, se deterioró y, después de que su dueño falleciera en 1915, la embarcación fue convertida tristemente en chatarra.

Fruto de las singladuras del archiduque viajero (un viajero geógrafo investigador) son varios estudios. En total, en su prolija bibliografía, hay cincuenta y cuatro obras de tema mediterráneo: veinticinco corresponden al círculo balear o al Mediterráneo occidental (referidas a las Islas Baleares, Islas Columbretes y Alborán y norte de África), doce al de Trieste o Mediterráneo central (incluye estudios sobre islas italianas y costas adriáticas) y diecisiete a Ramlech o Mediterráneo oriental (los que hacen referencia a islas griegas, Gaza y el golfo de las Sirtes). En general, sin embargo, hay sesenta y nueve obras reseñadas del archiduque: ocho obras genéricas, once libros de viajes y cincuenta monografías, teniendo en cuenta la temática, de treinta y ocho clasificadas como descripciones antropogeográficas de islas mediterráneas, dieciséis son de tema balear. El esquema de trabajo elaborado por el archiduque, las *Tabulae Ludovicianae* de 1869, es un cuestionario de cien páginas distribuido en dos partes: una general (95 páginas) y una especial (otras 5), que constituyen una guía y método científico de trabajo que muestra un cuadro caudal de conjunto de

los diferentes aspectos de la geografía, los paisajes y monumentos, la población y la vida doméstica, los vestidos y las costumbres, la economía, y la situación política de su tiempo, completado con numerosas y detalladas estadísticas. Él mismo tomaba numerosas notas y hacía los dibujos que luego diferentes pintores convertían en definitivos para las litografías a color y grabados que constituyen una parte esencial de la obra, verdadero «documento por la palabra y el grabado», como muy bien se deduce de la expresión alemana que campa en su obra magna: *in Wort und Bild*. Muchos de aquellos paisajes y monumentos, desaparecidos o muy transformados al comenzar el siglo XXI, son conocidos gracias al archiduque.

La obra geográfica del archiduque se incluye en el marco de los viajes de exploración de tierras ignotas (o exóticas) que, en su época, no estaban aún afectadas por la industrialización; viajes a veces impulsados desde las sociedades geográficas y etnológicas que, incluso, llegaron a publicar guías para la recopilación de datos. El Mediterráneo, particularmente las islas mediterráneas, son también objeto de curiosidad por parte de la comunidad científica europea, a los ojos de la cual el archiduque descubrió las Baleares y, en especial, Mallorca.

Die Balearen... sería galardonada con una medalla de oro en la Exposición Universal de París de 1878. Para Fiol Guiscafré, esa obra magna «puede quedar como ejemplo monumental del libro de viajes del siglo pasado [quiere decir el XIX]. La exactitud y detalle del contenido, la profusión y calidad de las ilustraciones, la perfección y riqueza de la tipografía y la encuadernación y la magnitud de la extensión de la obra, posiblemente nunca encontrará nada comparable en su género» (1992: 16).

Se puede considerar al archiduque como heredero de la nueva escuela geográfica alemana iniciada por Humboldt y Ritter, muertos en 1859. Coetáneos suyos fueron los geógrafos Ratzel y Vidal de la Blache, los antropólogos Bastian, Schmidt y Tylor, y el sociólogo Spencer, entre otras personalidades académicas del más alto renombre. El archiduque estuvo en contacto con entidades científicas a lo largo de su fecunda vida, y fue nombrado miembro honorario de varias sociedades geográficas, entre ellas

la de París, la de Londres y la de Hungría. Fue presidente honorario de un congreso de geografía en París celebrado los primeros años del siglo XX.

6. 3. 3. 1. 3. Otros viajeros científicos

El siglo XIX representa una auténtica eclosión de vivo interés académico por estudiar el archipiélago balear desde la perspectiva de las ciencias naturales, dando lugar a un haz de textos dietarísticos y de publicaciones viajeras en las que expertos de varias universidades europeas ofrecen descripciones ambientales, geológicas, faunísticas o botánicas del medio natural. He aquí unos ejemplos de entre lo más estimable que dio el siglo decimonoveno:

- Alberto della Marmora (1789-1863). Turinés que emprendió un estudio de los monumentos arqueológicos de Mallorca y Menorca, con especial atención por los llamados *talaiots*. En 1826 aparecería su obra cumbre: *Voyage en Sardaigne de 1819 a 1825. Statistique, description et politique de cette île*. Para Baleares hubo que esperar algo más. En 1834 publicó en su Turín natal un artículo de 25 páginas titulado *Observations géologiques sur les deux îles baleares, Majorque et Minorca*. Della Marmora había llegado al archipiélago en el invierno de 1833. «Mi principal finalidad era visitar los monumentos de aquellas islas para compararlos con los monumentos sardos», relataba el propio autor en *Un viaje a Cerdeña pasando por Mallorca y Menorca (1833-1834)* que acabó traducido y publicado por la Sociedad Arqueológica Luliana de Palma. Según algunos expertos, se trató de la primera visión científica de la prehistoria balear. Se adelantaba, en casi medio siglo, a la obra de Émile Cartailhac.
- P. Puerta, botánico austriaco. Recorrió Menorca en el verano de 1885. Hizo una excursión científica, cuyos resultados aparecieron en la revista *Nuovo Giornale Botanico Italiano*, en 1887. [*Revista de Menorca*, sobre la vegetación, pág. 204].
- **Enrico A. d'Albertis** (1846-1932). Visitó la isla del 17 al 26 de julio de 1888. Llegó a bordo del yate «Corsaro» e hizo un estudio de carácter arqueológico. Era un italiano de Voltri, fallecido en Génova.

Fue marino, escritor, antropólogo y filántropo. Su espíritu aventurero y la curiosidad le llevó a unir su vida al mar y a los viajes, y, a través de ambos, a practicar un modelo de cultura científica desarrollada especialmente a partir de sus viajes mediterráneos y transoceánicos a las rutas exóticas por entonces poco conocidas.

- E. W. Emil Hübner (1834-1901). Antropólogo e historiador alemán, nacido en Dusseldorf y fallecido en Berlín. Inspeccionó las Baleares en dos ocasiones: en agosto de 1886 y en los meses de otoño de 1888. Se interesó sobre todo por los yacimientos arqueológicos de Mallorca y Menorca y analizó cuidadosamente los bienes epigráficos que se conservaban en ambas islas. Y así, el 16 de noviembre de 1888 firmaba en Berlín un artículo científico dando cuenta de la crónica de su viaje y de los estudios que había afrontado entonces.
- Luis E. Will, zoólogo naturalista que, en la hora de viajar a Menorca en mayo de 1888, trabajaba como profesor auxiliar de Zoología de la Universidad de Rostock. Comisionado por la Academia de Ciencias de Berlín, indagó y reportó acerca de la embriogenia de los reptiles.
- Edmond Cotteau. Naturalista francés, también desplegó sus ansias por el viaje científico sobre la pequeña Menorca en una expedición llevada a cabo en octubre de 1889. Llegó el 3 a Ciutadella, procedente de Pollensa (en la isla de Mallorca), y el 5 estaba en la capital de Menorca. El diario *El País* de Ciutadella lo saludó con esta nota informativa: «Visita.- Ayer tuvimos el gusto de ser visitados por el eminente geógrafo laureado del Instituto de París Mr. Edmond Cotteau, quien después de sus viajes al través del Asia y la Berbería, a su regreso a la capital de Francia, hace pocos días, ha querido recorrer las Baleares para estudiar cuanto de notable se encuentra en su suelo. En la tarde de ayer visitó los monumentos megalíticos más próximos a esta ciudad, saliendo hoy para Mahón, siendo portador para nuestro sabio naturalista D. Francisco Cardona de una porción de láminas fotográficas, copia exactísima de todos los monumentos megalíticos que existen en Menorca, regalo del ilustre arqueólogo

Mr. Cartailhac, como fruto de las excursiones que verificó entre nosotros en noviembre del año anterior»⁵¹.

Digamos, como remate, que la isla de Menorca conserva dos nombres excelentes para el siglo XX de viajeros científicos en la especialidad de geógrafos. Sólo a título indicativo mencionémoslos. Ellos son, de un lado, Frederick Chamberlin, con su aplaudida y solidísima obra *The Balearics and their peoples* del año 1927, la mayor parte de cuyos contenidos se refieren a Menorca (trece capítulos, sobre ocho para Mallorca y uno sólo para Ibiza). De otro lado, nombramos al francés Jean Bisson, con su excelente estudio de geografía física y geografía humana que lleva por título *La tierra y el hombre en Menorca*, de 1967. Ambos son el fruto de respectivos viajes a la isla.

6. 4. Otras modalidades de textos viajeros

También nos encontramos con literatura de viajes cuando un escritor, famoso por algún otro género, viaja y escribe sobre sus experiencias de exploración geográfica. Algunos ejemplos son Samuel Johnson, Charles Dickens, Mary Wollstonecraft, Robert Louis Stevenson, Hilaire Belloc, D. H. Lawrence o John Steinbeck.

A su vez, los libros sobre viajes ficticios comprenden una gran proporción de la literatura de viajes. Aunque en algunos contextos puede ser interesante distinguir las obras de ficción de las de no ficción, en la práctica suele ser muy difícil de hacerlo con éxito, como sucede con los textos de los viajes de Marco Polo a Oriente o John Mandeville. Muchas obras ‘ficticias’ de la literatura de viajes están basadas en viajes reales —*El corazón de las tinieblas*, de Joseph Conrad, y, probablemente, la *Odisea* de Homero—, mientras que otras obras, aunque inspiradas en viajes imaginarios e incluso fantásticos —la *Divina Comedia* de Dante, los *Viajes de Gulliver*, de Jonathan Swift, *Cándido* de Voltaire o *La Historia de Rasselas, príncipe de Abisinia*, de Samuel Johnson— contienen, no obstante, algunos elementos verídicos.

⁵¹ Gacetilla de *El País* de Ciutadella de Menorca, reproducida por el diario *El Liberal* de Mahón, 5-10-1889, nº 2479, pág. 2.

La erudición considera que el libro titulado *Historia verdadera* es el primer caso conocido de una novela de viajes imaginarios. Fue obra de Luciano, del siglo II a C, y en sus páginas relata un viaje a la luna en un barco arrastrado por una providencial tromba de agua y donde, entre otras maravillas, ve a los selenitas, que no tienen ano, hilar los metales y el vidrio para hacer trajes, beber zumo de aire, quitarse y ponerse los ojos y donde dan a luz los hombres en vez de las mujeres, ya que se casan hombres con hombres; asiste a la guerra entre los caballeros buitres y caballeros del emperador selenita, que es Endimión, y los caballeros hormiga del solar, que es Faetón, así llamados por sus respectivas monturas. Se trata, pues, de la primera obra de imaginación pura y especulativa de la literatura universal: algo así como un precedente clásico de la literatura de ciencia-ficción. El título alude al carácter paródico de la épica y la mitología de su época, ya que presenta como verdaderos viajes y orígenes distintos de los héroes de los narrados por autores consagrados, especialmente Homero. La presencia de extraterrestres en vez de dioses es uno de los rasgos más originales de la obra, por ser muy infrecuentes en la antigüedad. Luciano (Lucianus) fue un importante escritor griego con raíces sirias, nacido en Samosata en la Commagene hacia el 120 a C., en tiempos de Adriano, pero probablemente floreció más tarde. Se dedicó al estudio de la retórica y la literatura. Vivió en Jonia y luego en Antioquía. Más tarde visitó Grecia, Italia y la Galia y fue maestro de retórica. Al final de la vida volvió a Siria. Murió en Egipto.

El caso de Julio Verne, sin embargo, se nos muestra con una abundancia exuberante dentro del panorama riquísimo de la literatura viajera del XIX europeo. Sus obras de viajes fantásticos, prodigio de ficción, nos ponen en contacto con la modalidad viajera de imaginación más exaltada y ubérrima. Para el territorio de las Islas Baleares, su bibliografía, además, añade un título que se ha convertido en un querido emblema para Formentera, la Pitiusa menor, ya que Verne situó en ese lugar una parte de la trama de su novela *Héctor Servadac: Viajes y aventuras a través del mundo solar* (1877), aparecida, en primera instancia, como folletín de la revista francesa *Magasin d'Education et de Récréation* entre los días 1 de enero y 15 de

diciembre de aquel año. Los historiadores y biógrafos, sin embargo, creen estar convencidos que el escritor francés jamás pisó la idílica tierra de Formentera, aunque ahí quedan sus descripciones literarias de la más alta calidad.

Aseguran los críticos que escribió la novela inspirándose en la isla de Formentera y su famosa luz marítima, el faro de la Mola. Servadac, el protagonista, y un grupo de personajes de distintas nacionalidades, realizan un curioso viaje durante dos años a través del sistema solar encima de un cometa, tras una catástrofe en la tierra en la que un aerolito gigante arranca un trozo del Mediterráneo (donde transcurre la acción) del globo terrestre hacia el espacio exterior. La trama comienza tras la acudida de la isla cuando se encuentra en ella el francés Servadac. Al volver en sí descubre que algo raro está pasando. Hay menos horizonte, el día sólo tiene seis horas, pesan menos y el sol sale por poniente. Después de muchas aventuras con humor y algo de sátira, se dan cuenta que un cometa ha arrancado la isla de Formentera y están viajando por el espacio.

Los expertos en la novelística de Verne creen que el autor sentía una fuerte atracción por la minúscula isla balear, y en concreto por su peculiar forma plana con una pendiente que llega hasta los acantilados de la Mola, lo cual se le antojaba perfecto para la llegada o salida de naves volantes. Una placa conmemorativa de 1978 situada cerca del faro recuerda que el escritor convirtió la Mola en el escenario donde transcurre la acción.

De otro lado, *On the Road*, de Jack Kerouac (1957), y *The Dharma Bums* (1958) son narraciones pasadas a la ficción de sus viajes por los Estados Unidos de América a finales de los años cuarenta y principios de los cincuenta del siglo XX.

Por último, un ejemplo contemporáneo de un viaje real convertido en obra de ficción es la novela de Kira Salak *The White Mary*, que tiene lugar en Papúa Nueva Guinea y el Congo, y descansan argumentalmente en las experiencias personales vividas en esos países de Oceanía y África.

Como nadie puede dudar, también el leitmotiv del periodismo ha sido fuente de estímulo para un sinfín de libros de crónica viajera. Es decir: libros editoriales que primero fueron crónicas para el papel prensa y luego acabaron reunidas en un libro de recopilación, consagrado como obra de valor literario. Pero esta modalidad la dejamos reservada para un próximo capítulo de este estudio, cuando hablemos del periodismo de viajes propiamente dicho.

6. 5. Literatura de viajes y preceptiva literaria

Ahora bien, contemplada la literatura de viajes desde el ángulo de la preceptiva, no ha sido tradicionalmente considerada como un género literario en sentido puro, sino que se ha visto enmarcada dentro del género narrativo como un subgrupo temático más.

Este criterio es simplemente deudor de la teoría clásica de los géneros literarios, con raíces muy vivas en la tradición aristotélica, la cual no ha dejado margen de maniobra apenas a otras novedades creativas en cuanto a los géneros canónicos se refiere. Por ello, a pesar de que los libros de viajes se desarrollaron desde la antigüedad grecolatina —recuérdese las obras de Heródoto (siglo V a. C.), Ctesias (siglo IV a.C.) o Estrabón (siglo I a.C.), ya citadas aquí— y continuaron escribiéndose a lo largo de todas las etapas históricas posteriores hasta llegar a nuestros días, nunca fueron englobados como un género literario en sí mismo, o considerándolos constitutivos de un género literario propio.

La especialista Soledad Porras Castro nos describe su concepto de literatura de viajes: «Tratar de describir la génesis de la literatura de viajes es tarea no fácil, ya que existen pocos estudios críticos al respecto. Hacer un análisis sistemático y riguroso de los aspectos formales, estructurales o temáticos de dicho género literario es, en todo momento, una tarea apasionante. Podemos afirmar sin miedo a equivocarnos que el ser humano ha sentido la necesidad de viajar, e igualmente ha sentido la necesidad de dejar constancia de haber realizado el viaje. Cuando estas dos premisas se unen, aparece lo que denominamos ‘literatura de viaje’. A lo largo de la historia de la humanidad, en todas las épocas, en todos los países y en todas

las culturas, se han escrito relatos de viajes. En unos casos eran reales, en otros ficticios, imaginativos o descriptivos, poéticos, fantásticos o novelados» (2004: 21).

Ahora bien, ¿cuáles son las estructuras formales y las argumentales de los libros de viajes? Al menos son estas, para la primera de las estructuras:

- El itinerario (u orden espacial);
- El tiempo (u orden cronológico); y
- El orden lineal del relato.

Y para las estructuras argumentales: la descripción (de individuos, lugares y bienes) y la acción, o relato de acontecimientos.

Atendiendo a su orden constructivo, lo primero que puede observarse es que, en el libro de viajes, la narración se articula básicamente sobre el trazado y recorrido de un itinerario, el cual constituye la urdimbre o armazón del relato, de modo semejante, por ejemplo, a la sucesión de reinados o el sistema de anales en el género cronístico para la historiografía.

Desde la Edad Media, los libros de viajes de las culturas europeas adoptan, por tanto, la disposición estructural de un itinerario que es seguido desde su comienzo a su final y ocupa toda la extensión de la obra. Únicamente el libro de Marco Polo presenta, como singularidad genérica, una curiosa alteración del rasgo: allí el itinerario propiamente —el viaje, primero de Nicola y Maffeo Polo, y luego también de Marco— se cuenta sólo en los primeros capítulos. Después, consciente el narrador de que lo importante es la nueva realidad descubierta, irá presentando los distintos lugares y regiones, pero sin unirlas al armazón de un itinerario. Rustichello da Pisa, el redactor de la obra a partir del relato oral de Marco Polo y que ya no es un viajero, percibe con gran agudeza la novedad de lo contado y decide construir, no un convencional relato de viajes, sino una más ambiciosa descripción o *Divisament dou monde*, como lo titula.

Lo habitual en el género es, sin embargo, que el itinerario ocupe la totalidad del texto. Ocurre así incluso en los viajes fingidos, como en el de Mandeville, que articula todos los lugares descritos sugiriendo al lector un itinerario, si bien impreciso e imposible, presentado a través de fórmulas narrativas.

Veamos las partes estructurales de esta modalidad de relatos, en la seguridad que nos dejarán apuntado en lontananza, ciertas características que acabaremos encontrando en la cronística viajera para el periodismo.

6. 5. 1. El orden cronológico

En el trazado de ese itinerario, el narrador se ve obligado a adoptar también un orden cronológico —el tiempo que dura el recorrido—, con el fin de dar cuenta, más o menos puntual, del desarrollo y de la historia del viaje. No se trata de una absoluta dependencia del tiempo, como ocurre en la crónica periodística al uso, o en la biografía, pero sí de enmarcar en un cuadro cronológico las andanzas viajeras. Naturalmente, este orden cronológico será tanto más estricto cuanto más objetiva y fiel a la realidad histórica se muestre la relación del viaje —cuanto más próxima esté de la crónica de hechos verídicos.

6. 5. 2. El orden espacial

Con todo, lo más importante en el libro de viajes, lo que crea su verdadero orden narrativo, es el espacio —y no el tiempo—, los lugares que se recorren y se describen. En principio, diríamos que en este punto hay un propósito totalizador, de describirlo todo, de incorporarlo todo al relato, aunque sólo sea mediante su simple mención. También en la cronística viajera destinada a la prensa será, en general, el espacio (el lugar que se visita o al que se llega) el que acapare la atención principal del autor, y, en menor medida, el paso diacrónico del tiempo en el que el viaje se desarrolla sobre el calendario.

Ahora bien, lo más notable es que la descripción de las ciudades, lugares y paisajes se haga siempre conforme a un esquema compositivo fijo que se repite igual en todos los relatos, aunque con las correspondientes

variaciones amplificativas. Ese esquema, según nos enseña Soledad Porras, procede de la antigua tradición retórica y es el que catalogan algunos textos, como los *Excerpta Rhetorica*⁵² del siglo IV, en el apartado de *laudibus urbium*. Sustancialmente, conforme allí se recomienda, la descripción debe atender a los siguientes aspectos: a la antigüedad y fundadores de la ciudad; a su situación y fortificaciones; a la fecundidad de sus campos y aguas; a las costumbres de sus habitantes; a sus edificios y monumentos; y a sus hombres famosos. Y para todo ello, en fin, se encarece el uso de la comparación, como era propio del género epideíctico, o de discurso de alabanza de algún personaje. Tal esquema, muy difundido por toda la Edad Media en el panegírico de ciudades y países, es el que encontramos aplicado una y otra vez en nuestros libros de viajes, más o menos alterado el orden de sus elementos.

6. 5. 3. La forma de presentación del relato

El itinerario constituye, como quedó dicho, la materia narrativa esencial para el autor del libro de viajes, que se limitará a seguirlo, a contarlos en su desarrollo único y lineal, mediante la técnica combinada de la *repetitio*, la *digressio* y la *abreviatio*.

Lo que, sin embargo, no hay en el libro de viajes —frente a lo que es muy común en otras formas de la narrativa— son entrelazamientos, acciones paralelas, que obliguen al narrador a interrumpir o dejar en suspenso su relato. Estamos ante una pura narración lineal y continuada, que protagoniza también un solo personaje —individual o colectivo, real o fingido— y que, además, es casi siempre el propio narrador de la historia.

Por tipologías, siguiendo en este punto a Belenguer, se pueden establecer cinco grandes grupos de textos de viajes, cuyos perfiles pueden ayudar — advierte— a contextualizar el periodismo de viajes, que la meta que persigue el presente trabajo.

⁵² *Excerpta Rhetorica*, en el libro *Rhetores latini minores*, de HALM, Karl, Leipzig, 1863, págs. 585-589. Se puede consultar la obra *on-line* en archive.org, dentro de la openlibrary.org

«Un primer grupo la formarían los libros de reconocida vocación literaria escritos por autores motivados por crear obras dentro de los cánones estéticos literarios», hasta el punto de que «se puede hablar incluso de un género propio, la literatura de viajes» (BELENGUER, 2002: 31), aunque con exclusión de aquellas producciones que no buscan la creación, como son las guías, bitácoras, dietarios fríos, etc.

«Un segundo grupo lo formarían aquellos textos narrados por exploradores, descubridores, aventureros, que sin grandes ambiciones o inquietudes literarias, escribieron sus obras basándose en las notas de campo recogidas y en sus agendas de viajes. [...] Podríamos definirlo como el texto “documento”, “registro” o “testimonio” de un viaje» (2002: 33).

«El tercer grupo lo formarían los escritos de etnógrafos, antropólogos, naturalistas y otros científicos cuyos viajes son motivo de análisis, reflexiones e investigaciones de sus respectivas ciencias» (2002: 32-33).

«El cuarto grupo se refiere a textos que nacen con la vocación de ser guías turísticas de orientación al viajero», lejos de cualquier prurito estilístico y lejos, en la misma proporción, de actuar como registro de un viaje» (2002: 33).

Y «el último grupo lo formarían los textos periodísticos, que constituyen un periodismo especializado» (2002: 33).

Y, en esa línea, para la cultura española, cabe referirse al gran Parnaso que formaron, en el XIX, nombres señeros como el de Mesonero Romanos, por sus *Recuerdos de viaje por Francia y Bélgica en 1840 y 1841*; o Pedro Antonio de Alarcón, o Gaspar Núñez de Arce, o Benito Pérez Galdós, el menorquín Saturnino Ximénez Enrich, que practicó la cronística de guerra como periodista desplazado a los lugares en armas por Europa desde la tercera guerra carlista española hasta la Segunda Guerra de Oriente, África, Turquía y otros puntos calientes de su carrera (1853-1933); o Emilia Pardo Bazán, que tuvo una producción editorial prolífica en este campo con hasta seis títulos, que, para nosotros, añaden el valor de haberse sido

proyectados, en primera instancia, sobre el papel prensa, recurriendo siempre al género periodístico de la crónica.

Pero la crónica viajera que ahora insinuamos queda diferida a un nuevo capítulo de este estudio.

En suma, podemos concluir acogiéndonos al magisterio del CIRVI, o Centro Italiano di Ricerca della Letteratura di Viaggio. Dicho instituto, al intentar acuñar una definición canónica de la literatura de viajes, sentencia así: «Son libros de viaje aquellos que narran un viaje real, generalmente en primera persona, en los que el autor, aparte de la descripción geográfica, histórica, artística o costumbrista de los lugares visitados, incorpora a la narración sus impresiones personales» (PORRAS, 2004: 222; Y CIRVI, 2000: 22).

CAPÍTULO VII

VIAJES Y PERIODISMO: UN OCÉANO DE CORRESPONSALÍAS Y CRÓNICAS

7. 1. Viaje, periodismo y textos: una delimitación de conceptos

HABIENDO establecido una síntesis panorámica de la literatura de viajes, abordemos a continuación *in extenso* uno de tantos núcleos de los que conforman tan compleja y diversa producción textual. Nos referimos a la especialidad de la literatura de viajes concebida y publicada en clave mediática; o, dicho de otro modo, el periodismo de viajes en sentido laxo y la crónica viajera en sentido restringido. Veamos de raíz a qué nos referimos.

Como ha quedado evidenciado en las páginas precedentes, la complejidad de la literatura de viajes, contemplada como fenómeno universal, es poco menos que laberíntica, si cometemos la negligencia de no ordenarla por tipologías, o por grupos homogéneos, y atendiendo a sus características discursivas. Deberíamos remontarnos enseguida por encima del pozo que supone caer en el *khaos*, en el sentido griego clásico para referirse al panorama informe de las ‘cosas’, a la pura mezcla desordenada de los elementos.

No existe, considerada ahora con una mirada de conjunto, una única modalidad de literatura de viajes. Si bien el hecho de que esta se construya como discurso escrito a partir de la trama explícita de ofrecer al lector un relato basado en el discurrir de un viaje, este requisito formal (a la vez sustantivo, claro) no es suficientemente clarificador ni aun determinante, porque, de lo contrario, la lista de ejemplos que cabe incluir en un inventario sería infinita y, por ello mismo, confusa y, como ya se ha dicho, caótica. En poco o nada ayudaría, pues, a comprender la naturaleza misma de la cuestión. Por ello, junto al factor de la itinerancia geográfica, veíamos en el capítulo anterior que una clarificación lógica de la literatura de viajes

nos obliga a combinar ese criterio medular —ciertamente esencial, pero demasiado ‘solitario’— con este otro: la materia, o materias, a las que el autor presta atención para formar los contenidos del viaje. O sea, aquellos elementos que articulan la *narratio* del discurso. Además, cabe hacer la precisión respecto al medio a través del que ‘circula’ el mensaje textual, el cual, al menos, puede presentar dos naturalezas: la mediática (o periodística) y la editorial (o de edición de libros en sentido convencional). Así, formularíamos una teoría de la literatura de viajes que, además de exigir el requisito del viaje mismo como causa coadyuvante de la obra producida, nos aconseja una ordenación temática —o por contenidos—, de suerte que podamos hablar, en definitiva, de literatura de viajes geográfica, literatura de viajes científica o de investigación, literatura de viajes ficcional, literatura de viajes turística, etcétera. Y, claro está, también de literatura de viajes periodística, que es la meta a la que espera llegar este capítulo.

No obstante, sin abandonar todavía las consideraciones epistemológicas, permítasenos añadir nuevos argumentos. La tratadista Sofía M. Carrizo Rueda, en un ensayo sobre lo que llama ‘escrituras de viaje’, nos dice que el viaje puede ser abordado por los escritores a través de dos formas básicamente diferentes. Para distinguirlas, recurre convenientemente a las siguientes denominaciones:

- De un lado, ‘relato de viaje’;
- Y de otro, ‘literatura de viajes’.

Por lo tanto, concluimos que esta modalidad de textos literarios que se estructuran alrededor de un viaje como motivación permiten una ordenación en esas dos grandes categorías, a saber, según una nomenclatura en acrónimos que pedimos nos sea permitida: *textos RDV* y *textos LDV*.

Sin abandonar el magisterio de Sofía Carrizo, la expresión ‘relato de viajes’ [RDV] «se refiere a la categoría en la que se inscriben las *memorias* que proporcionan una serie de informaciones sobre un recorrido por ciertos

territorios, tal como lo ejemplifican los textos de Marco Polo, Pigafetta y Darwin». A su vez, la expresión ‘literatura de viajes’ [LDV] «abarca todas aquellas obras caracterizadas por complejos procesos ficcionales, donde cualquier referencia al itinerario se subordina a vicisitudes de la existencia de los personajes, como en los casos canónicos de Homero, Virgilio y Jonathan Swift» (CARRIZO, 2008: 10).

Trasladado todo ello al campo de la literatura, nos estamos refiriendo, respecto al RDV, a lo que hoy día se ha dado en denominar los “géneros de la memoria”; y, claro, apelando para ello a una memoria que evoca o reconstruye episodios sucedidos y reales. Mientras, para la LDV, nos quedaremos con los géneros clásicos de la literatura de ficción. O dicho en la nomenclatura que gustó de acuñar el periodista ampurdanés Josep Pla, cuando dijo sobre su obra que, frente a la literatura de imaginación, él que, prístinamente, se tenía a sí mismo por periodista, había cultivado una ‘literatura de observación’: carácter, en efecto, que lo asienta de lleno en el campo de las letras periodísticas.

Por lo tanto, la ‘literatura de viajes’ [LDV] tiene como referente primordial una ficción, mientras que el ‘relato de viajes’ [RDV] propiamente dicho es una categoría mixta en la que no se puede separar de ningún modo lo documental de los recursos atribuidos a la literariedad o literaturidad (2008: 11), en el sentido que quiso darle al término el mítico lingüista Roman Jakobson, al afirmar que literaturidad es lo que hace que una obra dada se convierta en obra literaria.

De todo lo cual, venimos a parar en la siguiente síntesis: los textos de viajes permiten su ordenación en dos categorías: el relato de viajes y la literatura de viajes, siendo la primera la que toma cuerpo al aportar información (hechos, datos y demás, reales y verídicos con interés informativo), mientras que la segunda (la literatura) es la que toma cuerpo por medio de contenidos ficcionales, o, a lo sumo, verosímiles. He ahí la diferencia vertebral entre una categoría y otra: la veracidad frente a la ficción sobre la que una y otra se asientan.

En consecuencia: si los textos periodísticos (nos sea presentado el género que se quiera) exigen basarse en contenidos ‘ciertos’, cuando aquéllos resulten ser el fruto del viaje de un redactor periodístico, estaremos ante la primera de las categorías generales. Esto es: ante un relato de viajes [RDV]. Formulado de otra manera: los textos periodísticos que ofrecen narraciones viajeras son, en esencia, ejemplos textuales de RDV, en la medida en que se nutren de hechos (informaciones, datos, testimonios...) verídicos y reales con valor mediático, pero en ningún caso surgidos de la imaginación o del estro literario del redactor. A su vez, como condición preceptiva en orden a una correcta naturaleza periodística, el texto periodístico en cuestión deberá conjugar hechos, opiniones o interpretaciones (cada cual por separado o con alguna combinación de las partes), ya que son estos los tres grandes pilares sobre los que descansan las modalidades troncales de los textos del periodismo moderno.

La siguiente pregunta debería ser: ¿a través de qué géneros periodísticos se concreta el relato de viajes periodístico? Sabemos que los principales tratadistas de la Periodística teorizan respecto de tres grandes grupos, a saber: informativos, interpretativos y opinativos. Pues bien: el relato viajero periodístico, singularmente, se ha aclimatado en el seno de los géneros que configuran la familia de los textos interpretativos: en particular en la crónica y el reportaje. De ahí que hoy tengamos plenamente asimilada la expresión conceptual de la ‘crónica viajera’. Nadie habla, en efecto, de eventuales ‘entrevistas viajeras’, de ‘artículos viajeros’ o de ‘editoriales viajeros’. En cambio, aceptamos de buen grado, comodísimamente, la expresión ‘crónica viajera’ o ‘reportaje viajero’.

Es posible, en todo caso, que los géneros propios que pertenecen a la familia de los textos informativos y de los textos de opinión puedan ser utilizados, alguna vez, por los RDV periodísticos, pero seguramente nunca lo serán en estado puro, ni de fácil aceptación de la teoría canónica de los géneros. Nos explicamos.

Un redactor que sólo aspira a transmitir información como ‘género seco’ (dicho ahora en los términos que utilizaría Miguel Ángel Bastenier), es

seguro que dejaría de lado el hecho mismo del viaje realizado antes de obtener los datos de su información (el relato de sumario o de las 5W). Y así, incumpliría el segundo de los requisitos esenciales de la especialidad textual: que el viaje mismo se nos muestre como elemento intrínseco y definitorio del relato. Otro tanto diríamos si aplicamos este mismo proceso deductivo a las formas textuales que pertenecen a la familia de la opinión periodística: ni el artículo, ni el editorial, etcétera, sentirían el más mínimo interés argumental por el viaje en sí.

De manera muy distinta se comportan el cronista y el reportero, ambos encuadrados en la familia de textos interpretativos. Para ambos, los contenidos periodísticos que anhelarían firmar, no sólo no despreciarían el viaje, sino que le otorgarían un tratamiento directo y explícito, hasta el punto de formar parte sustantiva del relato periodístico. Y a veces, exclusivo y excluyente, relatando el curso del itinerario, además de hacer lo propio con todo cuanto se observa al llegar a los sucesivos destinos para un viaje planeado en etapas. Lo mismo acontecería puestos en la piel del reportero como autor de reportajes: también en esta modalidad el hecho viajero puede tomar ‘personalidad’ narrativa y periodística.

De cuanto llevamos desgranado, resulta lo siguiente: Los textos que relatan viajes pensados para una publicación periódica adoptan, generalmente, la forma de la crónica viajera y/o del reportaje viajero, hasta el punto de ser visto hoy como una sólida e importante especialidad periodística que ha llegado a encumbrarse en la categoría de departamento universitario en algunas facultades de Periodismo de nuestros días.

Por lo tanto, ¿cuáles son las características determinantes del relato de viajes periodístico? Nosotros contemplamos, al menos, estas ocho:

- Que se formule por medio de un relato de viaje (una RDV), pero no de una literatura de viaje (una LDV), por más que aquél busque una *dispositio* literariamente cuidada.

- Lo anterior vale para precisar aún esto otro: el relato debe ser verídico, de datos exactos y reales. Dicho en sentido amplio: ha de caer en los parámetros de los textos de no-ficción.
- Y por todo lo anterior, el texto verídico relatado debe preferir que recaiga en el amparo de lo que podemos llamar “verdad” periodística; es decir, hechos reales con valor de información, interpretación y/o opinión, puestos en clave de prensa.
- Que prefiera la modalidad cronística o reportera por encima de cualesquiera otros géneros periodísticos posibles. Y, por ello mismo —insistimos—, que teja información e interpretación, sobre todo si se ha optado por realizar una crónica, la cual añadirá, al punto de vista del autor, la comunicación de ‘noticia nueva’ con valor periodístico, si se me tolera caer en la redundancia. Sin embargo, si se optare por un reportaje, la condición de desvelar novedades informativas no se requerirá *sine quan non* como sí sucede en el primer caso.
- Que la coordenada geográfica (y el itinerario viajero en sí mismo considerado) actúe como elemento narrador de primer orden.
- Que la coordenada geográfica (o espacial) aparezca siempre combinada con la coordenada temporal: el ‘cronos’ del viaje.
- Que el relato se formule, generalmente, en la primera persona narrativa del cronista.
- Que la producción cronística se resuelva con unos relatos seriados desde que el viaje empieza y hasta que concluye.

De otro lado: ¿cuándo aparece en la historia del periodismo en sentido moderno la figura del cronista viajero? No creemos, en absoluto, que nadie pueda identificarnos a los exactos e inequívocos Adán y Eva de la nómina de periodistas que empezaron a cultivar la crónica de viajes, tal y como hoy entendemos y describimos la especialidad. Es muy posible, dicho ahora en un simple tono de especulación teórica, que el viaje vaya indisolublemente unido a la figura del periodista, en tanto en cuanto sucede, con lógica evidente, que la obtención de la noticia (la esencia textual básica de la tarea

informativa) siempre se nos aparece relacionada con el imperativo de tener que efectuar algún desplazamiento para nutrirse de la información deseada.

Y es que la práctica misma de la información no puede concebirse rectamente si no es ‘extramuros’ de las redacciones. Únicamente los géneros opinativos permiten ser cultivados a través de una actividad ‘intramuros’ por parte de los equipos de periodistas o colaboradores y de las empresas informativas. El resto de la producción (así los géneros de información como los de interpretación), sólo aseguran su pervivencia situando al periodista en el caldo de cultivo de las fuentes de información (que están en el mundo abierto) y, en general, en el caldo de cultivo de la sociedad misma a la que se sirve. Sólo ‘pisando la calle’ pueden ser eficazmente invocados determinados géneros medulares del periodismo.

En todo caso, permítasenos una obviedad: el primer cronista viajero del periodismo moderno debió de surgir, claro es, dentro del periodismo moderno, cuyas bases se fijan, para Europa, en el siglo XIX. Se trate de quien se trate desde la perspectiva del autor o autores, resulta evidente que el periodismo de viajes, en sentido mediático del término, deberá ser rastreado en los siglos XIX y XX con garantías de hallar casos que admitirán la consideración de crónica viajera periodística moderna.

El tópico, acaso manido, podría llevarnos a mencionar aquí el episodio del archifamoso misionero David Livingstone y el reportero Henry Morton Stanley, que fue enviado por Gordon Bennet, en nombre del *New York Herald*, a tierras africanas en busca del médico, clérigo y explorador escocés del quien hacía largo tiempo que no se disponía de noticia alguna. Comoquiera que los hechos sucedieron en 1871, habría que descartar que, en realidad, pueda representar ningún ejemplo proemial de la cronística viajera para el periodismo anglosajón (o si se prefiere, internacional). Nos expresamos así por la simple causa que, mucho antes que Stanley, otros hombres de prensa habían sido enviados a lugares geográficos distantes, marcados por algún interés informativo. Es el caso, por ejemplo, de los primeros enviados especiales a ciertos conflictos bélicos, comenzando por la Guerra de la Independencia española (1808-1814), que fue cubierta por

periodistas profesionales destinados al teatro de guerra por varios diarios británicos; entre ellos, el de la solera de *The Times* de Londres. Tal y como reflexiona Josefa Doménech Bauló, «en el siglo XIX, en toda Europa, el cronista tomaba la forma periodística del enviado especial. Los voluminosos libros escritos mucho después de ocurridos los acontecimientos se mostraban insuficientes para seguir el ritmo de la historia moderna, y las guerras decimonónicas pusieron en marcha otra maquinaria tan poderosa como la artillería: la imprenta de los periódicos» (2004: 14)⁵³.

He aquí, pues, que nos apresuramos a puntualizar, en efecto, que los cronistas de guerra sí podrían pasar por los ‘primeros’ cronistas viajeros del periodismo moderno en el área euro-americana —o mundo occidental. Son de los ‘primeros’ en abandonar una redacción en busca de noticias del exterior, desplazándose a lugares generalmente lejanos de la localidad de edición del periódico para cubrir una campaña bélica que, en no pocos casos, además, los convierte en redactores volantes que se mueven sobre la geografía en función de los avances que experimenta la guerra misma. Y para remachar aún más el clavo de una idea nada superflua: la guerra se erige, a los ojos de los cronistas, en una materia de doble frente de interés informativo-relator. De un lado, el curso de la guerra misma, llena como está siempre de novedades y de materia periodística para el interés humano; y de otro, el espacio geográfico donde ésta se disputa, aderezando las crónicas con descripciones territoriales, con perfiles raciales, ambientales y paisajísticos donde actúan los contendientes, o los casos humanos como afectados civiles por las guerras, etcétera.

Todo lo anterior, de una lado; de otro, parece muy nítido que, junto al cronista de guerra, el viajero geográfico constituye otra fuente matriz creadora de la cronística viajera en el periodismo internacional. Por lo tanto, las dos grandes columnas sobre las que se sostiene, primigeniamente, el colosal edificio del periodismo viajero en las épocas contemporáneas de la profesión son:

⁵³ Citado por RIVAS NIETO, Pedro E., en su *Historia y naturaleza del periodismo de viajes*. Miraguano Ediciones, Madrid, 2006.

- A) El redactor que viaja para cubrir estallidos de guerra, y que vamos a llamar ‘redactor bélico’. Tiene una fuerte componente de cronista en sentido estricto. Unos nombres al azar de nuestro periodismo español de las últimas décadas serían Alfonso Rojo o Manu Leguineche, por citar dos nombres encumbrados.
- B) El redactor que viaja para descubrir (y dar a descubrir) lugares, grupos humanos, culturas, etcétera, al que llamaremos sintéticamente ‘redactor geográfico’. Tiene una fuerte componente de reportero dedicado al gran reportaje. Un buen ejemplo de los últimos tiempos: José Luis Castillo-Puche, que ha sido calificado como el periodista viajero por antonomasia de nuestros días⁵⁴.

Sin embargo, no tendríamos la ‘radiografía’ de la cuestión suficientemente completada si no añadimos, al menos, una tercera columna también muy robusta:

- C) El redactor de prensa que actúa como corresponsal. Es decir, el que trabaja lo que Amparo Guerra denomina ‘periodismo corresponsal’, o ‘redactor corresponsal’. La nómina, no menos que en los dos casos anteriores, puede llegar a ser abrumadora. Citemos, de los años centrales del siglo XX, al gallego Augusto Asía en *La Vanguardia*, al onubense Jesús Hermida en el campo de la televisión o a Antonio Alcalá en el de la radio de la segunda mitad del siglo XX. Y los de ahora mismo: Almudena Ariza en Asia (TVE) o Tomás Alcoverro Muntané en Oriente Medio.

Este último tipo —el redactor corresponsal—, presenta en sus actores una tenaz fibra de cronista en sentido clásico, pues suele combinar una producción periodística a través de la cual demuestra dominio de alguna temática (la política, por ejemplo) y, a la vez, un dominio territorial, de suerte que reúne en su persona la doble dimensión de la cronística que nos

⁵⁴ Véase CHIVITE FERNÁNDEZ, Javier, *José Luis Castillo-Puche: Un periodista viajero*, Editorial Fragua, Madrid, 2009.

describe Llorenç Gomis. Recuerda este maestro que «la crónica transmite con una cierta regularidad las impresiones de un especialista, testimonio de lo que pasa, bien en un lugar geográfico (crónica de corresponsal), bien en un ámbito temático (crónica de especialista)» (1989: 149). Es cierto, no obstante, que este segundo perfil suele tener un comportamiento poco o nada viajero; lo que no se da, claro, en el primero. Pero no olvidemos que determinados cronistas que se distinguen por ser expertos temáticos también practican el viaje informativo, sobre todo en nuestro tiempo en el que las comunicaciones resultan tan rápidas y eficaces. Son los que acostumbran a firmar con la cuña de ‘enviado especial’. El ejemplo de lo que hoy se conoce como ‘reportero de guerra’ es la prueba singular de que el cronista especialista actúa movido por una punción viajera, pero no es el único, como queda ya aludido por medio de las figuras de los enviados especiales, que son unos cronistas especialistas que *van y vienen*, encargándose del seguimiento de ciertos acontecimientos periodísticos allí donde tengan lugar, generalmente a condición de que recaigan dentro de una misma área temática.

En realidad, habrán de ser las guerras (civiles o internacionales) los hechos que, para la historia del periodismo contemporáneo, más contribuirán al desarrollo del periodismo viajero. Con ellas, la profesión acabará conociendo un fabuloso salto cualitativo en el curso de dos siglos, entre el XIX y lo que llevamos del XXI. Pero también lo experimentará con la internacionalización de la noticia, cuya prueba más evidente será la creación de las primeras redes de corresponsalía en Europa y la aparición de unas pioneras agencias de información, capaces de asegurar la circulación de la noticia con empuje expansivo y multidireccional, dicho ahora en sentido geográfico.

El periodismo viajero, pues, tiene una más que evidente raíz en el concepto que Amparo Guerra Gómez ha dado en fijar con la denominación de ‘periodismo corresponsal’. ¿Qué cabe entender bajo esta expresión? Parece muy evidente argüir la siguiente explicación de sustancia (o de eco) etimológica. Debemos llamar ‘periodismo corresponsal’ a aquel que se lleva a cabo mediante la correspondencia. En origen, claro, hay que

retrotraer esta palabra a la idea de la ‘correspondencia postal’. Y no cabe duda de que llamamos correspondencia postal a esa forma de comunicación por escrito que circula llevada por un servicio postal —o de correos— en la acepción más clásica, o, si se prefiere, más decimonónica. Lo habremos de comprobar al analizar el caso de Esteban Amengual, que hace de nervio conductor en este trabajo.

Así, pues, en sentido amplio y en origen, será periodismo corresponsal todo aquel que llega a los lectores por medio de una transmisión postal-epistolar. Es decir: textos que se sirven a los periódicos (o medios en general) recurriendo al canal transmisor de las redes postales. En su día, fueron comunicaciones de finalidad periodística que un redactor o colaborador hacía llegar a los directores para informarlos a ellos y, de consuno, a los lectores del medio. Se trataba de advertir, de señalar o de dar cuenta al responsable máximo de la publicación periodística de las novedades que el redactor corresponsal conocía del entorno en el cual residía. Y así, al participarlo al director, llegaba a todos los lectores gracias a la difusión de la carta —de la epístola postal— al darse ésta a la imprenta. El pacto consuetudinario ya en sus comienzos, era que la literalidad del texto epistolar viese la luz en las páginas correspondientes; claro está: siempre que no se produjeran circunstancias enojosas de una forma u otra de censura, o de envejecimiento periodístico del texto.

La característica postal, ya en sí misma, implica otro rasgo distintivo: tanto los hecho informativos-periodísticos narrados como su obtención en las fuentes, incluida la residencia personal del redactor corresponsal, tenían lugar en un punto geográfico alejado (poco o mucho) de la localidad de edición del medio de que se trataba. Por lo tanto, el viaje, en su sentido de desplazamiento del redactor, se hacía imprescindible; y constituía —y constituye aún hoy—, por esta misma razón, un hecho condicionante. Nosotros consideramos que hay dos formas de viaje periodístico:

- 1) El viaje periodístico dinámico;
- 2) El viaje periodístico estable.

Llamamos ‘viaje dinámico’, periodísticamente hablando, a aquel que se consagra al relato mismo del viaje (y de sus etapas, si las hay), y que atiende la descripción de todo cuanto observa el periodista viajero: paisajes, tipos y figuras, costumbres o singularidades que llaman la atención del redactor y, por ende, a sus lectores. También se incluyen toda suerte de novedades en el sentido informativo de la expresión.

Luego, existe a nuestro parecer el ‘viaje estable’ que, para nosotros será aquel otro que se ven necesitados de emprender los redactores que son desplazados —“enviados”, se dice— a un lugar geográfico para dedicarse a servir información, con toda su gama de elaborados textuales del periodismo informativo, interpretativo y opinativo.

En el grupo del viaje dinámico, claro, recaen los corresponsales de guerra, los enviados especiales y, singularmente, los cronistas viajeros de tipo geográfico. En cambio, en el grupo del viaje estable encontramos al corresponsal fijo, el cual siempre presenta una estancia de carácter estable y se encarga de cubrir informativamente una ciudad, una región o un país —a veces, áreas geográficas que pueden abrazar más de un estado.

En Europa, los primeros diarios modernos, como ponen de relieve los anales del periodismo británico, desearon romper la tutela férrea que el poder político de la nación imponía a la libre recepción de las noticias del extranjero. Eso, por una parte. De otra, los avances en el campo de las primeras telecomunicaciones (no ya el ferrocarril para viajeros, sino el telégrafo óptico y luego eléctrico y, más tarde, inalámbrico), abrieron las puertas a una fulgurante internacionalización de la noticia periodística. Fue en el seno mismo de este caldo de cultivo que hubo de engendrarse una faceta fantástica del periodismo, en medio de una vieja tradición muy, digamos, ‘estática’ de redactores pegados a la mesa del domicilio del medio informativo. Primero el periodismo inglés, como decimos, y, enseguida el resto de naciones adelantadas de Europa, el transcurso del siglo XIX fue un reguero de ese nuevo periodismo dinámico, alimentado por un periodismo corresponsal. El papel de Gran Bretaña en el nacimiento del esta forma de prensa lo vamos a ver a continuación.

7. 2. Corresponsalía de guerra: germen de la crónica viajera

En un estudio tan antiguo —y para la bibliografía española, tan seminal— como el titulado *Corresponsales de guerra*, de José Altabella del año 1945, ya se planteaba el interrogante sobre el nacimiento de los corresponsales de guerra, supuesto que son, como nosotros defendemos aquí, uno de los gérmenes primigenios de la cronística viajera periodística. Miramos, al respecto, de evitar caer en afirmaciones taxativas o incontrovertibles que a nada prudente conducen. Pero, entretanto, creemos que a través del periodismo bélico, en efecto, encontramos un hilo conductor (incluso la semilla misma) de la eclosión de la cronística viajera de la edad contemporánea del periodismo occidental. Nadie podría afirmar que sea el único y primer germen, pero creemos evidente, sí, que las guerras han actuado de importante acicate para dar lugar a una modalidad de crónica que, por el modo en que opera, se relaciona íntimamente con el concepto de crónica periodística viajera. Y, claro, Altabella al punto responde que «es difícil precisarlo, si queremos dar satisfacción a todos los tratadistas en la materia» (1945: 44).

No obstante, si abordamos la cronística en su tradición milenaria, y, por tanto, abriendo las puertas a la crónica como género historiográfico, al momento nos picará el prurito de mencionar nombres como el clásico griego Heródoto con su relato sobre la caída de Troya; o a Julio César con su crónica de la Guerra de las Galias. Incluso podríamos hacer nuestra la periodificación que del tema expone Altabella, quien escribe que la corresponsalía de guerra ha conocido una edad antigua en el caso de Miguel Strogoff, por su ‘correo del zar’ y lo que supone simbólicamente la novela de Verne; una edad media en los frentes de Foch o de Hindenburg durante la Primera Guerra Mundial, ahora sí para el periodismo real y concreto de la corresponsalía de guerra; y, finalmente, una edad moderna en «nuestros enviados especiales», con motivo de la Segunda Gran Guerra, afirma Altabella (1945: 44), pero sin olvidar Vietnam, Irán o Irak, los conflictos de los Balcanes, etcétera, en el último tercio del XX. O Afganistán en lo que llevamos del XXI.

Sin embargo, consideramos que la cuestión, en realidad, puede plantearse desde otra perspectiva. Y, así, apostar por una ordenación algo más racional y quizá más resuelta: la que ayuda a delimitar la cronística de guerra destinada a la prensa como género informativo, frente a otras formas de cronística que, o bien entrañan una naturaleza y finalidad historiográficas, o bien la entrañan literaria en el sentido más ficcional del concepto.

Es el propio Altabella quien, adoptando para sí el punto de vista de la cronística netamente periodística, escribe lo siguiente: «Casi todos los autores coinciden en que el reportaje militar, en su estilo moderno, se debe a Inglaterra, ya que nació en Londres, durante las campañas de Napoleón. Dirigía el sesudo diario *The Times* —a la sazón, el periódico mejor informado de Europa— John Walter, quien, como los demás directores de periódicos entonces, recibía la prensa del continente, de la cual sacaban noticias de las operaciones del corso. Lo que ocurría es que esta prensa era francesa, y ni que decir tiene que parcial, y John Walter quería estar informado muy bien, independiente de su Gobierno. Si a estas dificultades se une la circunstancia de que el primer ministro inglés, William Pitt, de quien Walter no era partidario, le intervenía la correspondencia, veremos cómo pudo operarse en el ánimo del gran editor británico la idea de enviar por su cuenta quien buscara noticias. [...] Según Carlos Riebben —concluye su explicación Altabella—, el verdadero padre de los corresponsales de guerra fue Enrique Crabb Robinson, mandado por el *Times* en tiempo de las guerras napoleónicas para seguir las operaciones en España» (1945: 62-63).

Acierta Altabella en su apreciación cronológica y nominal, ya que, en efecto, Henry Crabb Robinson merece la reputación de pionero de la cronística de guerra con raíces en la crónica de enviado especial (y, por ello mismo, viajera en parte). Aquel redactor había nacido en Inglaterra (Bury Sant Edmunds, la antigua capital del condado de West Suffolk) hacia 1775. Toda su vida la dedicó, intensa y apasionadamente, al periodismo y al cultivo del diarismo personal. En 1796 entró a trabajar en un despacho de abogados en Londres, pues tal era su formación académica. En 1800,

gracias a unas sustanciosas rentas que se embolsó por vía de herencia familiar, hizo un viaje por la Europa continental, hasta que se consolidó como corresponsal de prensa en Altona (1807), en la margen derecha del río Elba, en Hamburgo. Trabajó entonces para *The Times*, a ruegos de la saga Walter, fundadora y editora del diario. En 1808 actuó como enviado especial para ese periódico londinense con ocasión del estallido de la Guerra de la Independencia en España⁵⁵. Falleció a los 91 años, en 1867.

Por su lado, Elías Durán de Porras, en un su tesis doctoral sobre la labor periodística española de Crabb Robinson, nos sitúa muy bien en la coyuntura que permitió que éste recibiera el encargo de actuar como corresponsal de guerra en suelo hispano. En todo caso, el proceso nos arroja luz sobre las razones puramente mercantiles que dieron pie a la forja del corresponsal en el periodismo británico —y, por extensión, en el europeo. Detengámonos a extraer la explicación que nos traza Durán de Porras.

Dice, respecto al *The Times*, que, durante el tránsito del siglo del XVIII al XIX, «el gran problema que tenía el diario londinense era su línea editorial. Cercano a los *tories*, *The Times* no era el diario más afín al partido, y de hecho había perdido gran parte de los lectores debido a sus ataques contra el jefe del ejecutivo, William Pitt [...]. También perdió prestigio por apoyar la política de Henry Addington [...]. Esta línea editorial tan irregular o independiente le hizo merecedor de la desconfianza del Gobierno, que por aquel entonces sólo tenía dos métodos para controlar a los diarios: los *fondos de reptiles* y la exclusividad en la información exterior. Con respecto a lo segundo, es interesante señalar que las informaciones procedentes de Europa dependían en gran medida del abono a los boletines que realizaba la Oficina de Correos, que tenía la exclusividad en la recepción y envío de publicaciones del exterior. [...] En los archivos del Royal Mail Archive —ilustra Durán de Porras— existen quejas, muchas de ellas de los editores del *Times* por las desigualdades de trato con otras publicaciones más afines al Gobierno» (2008: 5).

⁵⁵ Datos extraídos de la *Encyclopedia Britannica*, volumen 23º, edición de 1911, pág. 422.

Tan singular panorama, empujó a los editores a empeñarse en establecer su propia red de corresponsales e informadores territoriales por Europa, de suerte que, burlando los celos oficiales y la máquina burocrática de Londres, lograsen enviar noticias y ejemplares de periódicos hasta Printing House Square, sede de la cabecera. Así fue como John Walter II envió en 1807 a Crabb Robinson hasta Altona, en la seguridad que le cubriría, como así hizo, la información de Centroeuropa, con prometedores resultados, pues, a su poliglotía admirable, acompañaba el privilegio de mantener excelentes relaciones de amistad con ciertos contactos en el Foreign Office, como era el caso del diplomático Thomas Amyot. Un año más tarde, fue destinado a la España que se batía en la cruzada de independencia del yugo napoleónico. Por razones de estrategia en las comunicaciones marítimas que le asegurasen el transporte seguro de su correspondencia, Crabb Robinson se instaló en La Coruña a finales de julio de 1808. «Desde la ciudad herculina —nos concreta Durán de Porras—, Robinson escribió un total de 58 artículos publicados en 35 números de *The Times*» (2008: 9). La última carta apareció el 26 de enero siguiente.

«Creemos —concluye trazando una consideración histórica— que no se le ha valorado tanto en su faceta de enviado especial como de corresponsal de guerra. Aunque es cierto que no se puede comparar al trabajo de Russell en Crimea, la época era bien distinta, y los lectores no estaban acostumbrados a descripciones duras sobre lo que era la guerra; imperaban entonces los mensajes sobre acciones heroicas y patrióticas. Pero creemos que, después de haber observado las crónicas de Robinson y de algunos de sus compañeros, es en el primer año de la guerra de España cuando se empiezan a ofrecer a la opinión pública relatos y descripciones de gran realismo sobre el dramatismo y los desastres de la guerra. [...]. Robinson fue uno de los pioneros que describió la desesperación de un ejército en retirada y la angustia de un pueblo, en este caso el coruñés, que sentía cerca a su enemigo. Los otros lo hicieron de alguna manera, pero no estuvieron hasta el final como el corresponsal de *The Times*. Robinson, pues, puso en acción en España la experiencia desarrollada en su anterior viaje como corresponsal en Altona y dio otro paso en el nacimiento del corresponsal de

prensa, rompiendo con la tradición de las cabeceras inglesas de publicar cartas de agentes o viajeros que no eran periodistas profesionales y que apenas conocían lo que era un periódico» (2008: 14-15)⁵⁶.

Henry Crabb Robinson, al fallecer en Londres, dejó tras de sí 35 volúmenes de dietarios, 30 volúmenes de sus diarios personales, y otros 35 tomos conteniendo cartas y reminiscencias personales y profesionales: una constelación crecidísima de textos memorialistas que denotan la mentalidad de un escritor que es, se sabe y actúa como periodista-informador, dicho en sentido actual de la expresión.

Y sin embargo, la figura que se lleva la palma y los laureles como pionero del corresponsal de guerra en la historia del periodismo europeo estaba aún por llegar. Sería, unos años después, el también británico William Howard Russell, cuyo periodismo sentará las bases de la especialidad cronística moderna en los frentes de la Guerra de Crimea mediado el siglo XIX. Por cierto: el mismo conflicto armado en el que veremos actuar de marino mercante al menorquín Esteban Amengual; pero, eso sí, un marino contagiado de un explícito prurito de cronista que lo llevará, de momento, a la producción de un libro en lengua castellana, en cuyas páginas recogerá sus recuerdos vivos y directos —y si se quiere, ‘periodísticos’— durante el memorable asedio aliado a Sebastopol, una de las batallas cruciales de la conflagración internacional en Crimea. Volveremos sobre todo esto en capítulos posteriores.

El papel pionero de Russell parece admitir pocas dudas a los tratadistas de la historia del periodismo. Desde los estudiosos más antiguos hasta la figura de Leire Iturregui Mardaras, en su tesis doctoral de 2011 dedicada al «Origen y evolución de la relación entre periodistas y militares en operaciones: El sistema de empotrados, Irak 2003», así se recoge también. Russell —escribe— «es considerado el primer corresponsal de guerra civil,

⁵⁶ Datos y valoraciones extraídas del artículo «Crónicas desde *Finis Terrae*: Henry Crabb Robinson, corresponsal de *The Times* al comienzo de la Guerra de la Independencia (1808-1809)», de DURÁN DE PORRAS, Elías. En la revista «Aportes» nº 66, XXIII, 2008, págs. 4-16. A su vez, este trabajo es un resumen del libro del mismo autor *Galicia, ‘The Times’ y la Guerra de la Independencia en España (1808-1809)*. Editado por Fundación Pedro Barrié, La Coruña, 2008.

desarmado y contratado por un medio», que «ejerció su trabajo conviviendo con el ejército; en una relación de convivencia que se ha mantenido, con más o menos restricciones, hasta la guerra de Vietnam» (2011: 134-135)⁵⁷.

También el prestigio reportero australiano Phillip Knightley (Sídney, 1929) así lo acepta, en su estudio *The first casualty: the war correspondent as hero and myth-maker from the Crimea to Iraq*⁵⁸. Ya se sabe que este ensayo es tenido, en nuestros días, como un libro revelador sobre el periodismo y la propaganda de guerra.

Entre medio de las dos egregias figuras de Crabb y Russell —ambas con efectos indirectos⁵⁹ sobre el periodismo español— nos encontramos con un núcleo no menos decisivo a la hora de asentar los antecedentes del periodismo viajero practicado a cuenta del periodismo de enviado especial a conflictos de guerra (lo que también podemos denominar ‘corresponsal de guerra’). «En España —arguye Altabella— las campañas carlistas atrajeron numerosos corresponsales extranjeros, a uno y otro bando. [...] He aquí algunos nombres: Federico Hardman, quien se incorporó, el año 1834, al frente liberal, fue gravemente herido, estuvo en Madrid, en la guerra ruso-turca, en las de Marruecos, en Crimea, en Turín; tipo magnífico de escritor aventurero, corresponsal del *Times*, nos ha dejado unas admirables memorias de la primera guerra carlina» (1945: 63).

Más adelante, encontramos firmas del periodismo europeo que iban a dejar huellas en las páginas nacionales de prensa, ya que actuaron con ocasión de conflictos y episodios bélicos que tuvieron lugar en territorio español. En la primera mitad del siglo nos topamos con nombres como: Charles L. Gruneirand, quien llegó a España a mediados de 1837 enviado por el *Morning Post*.

⁵⁷ La tesis doctoral fue defendida el año pasado en la Universidad del País Vasco, en el Departamento de Periodismo II.

⁵⁸ Existen diversas ediciones de esta obra, todas en inglés. La más reciente es de University Press, 2004. La primera apareció en 1989, editada por Pan Books, Australia.

⁵⁹ Lo calificamos de efecto indirecto porque sus respectivas producciones periodísticas no fueron realizadas sino para el periodismo británico de lengua inglesa, y en ningún caso para el español.

Es también el caso del príncipe Felix Maria Vincenz von Lichnowsky corresponsal de *La Gazette de l'Etat de Prusse*. Había nacido en Troppau, en la región de la Silesia, el 5 de abril de 1814. Fue un poderoso terrateniente y militar prusiano que combatió en España en las filas carlistas (1837-1839), volviendo a Prusia tras el Convenio de Vergara. Miembro de la Asamblea de Frankfurt, murió asesinado durante las revueltas que tuvieron lugar en esa ciudad el 18 de septiembre de 1848. Escribió estas dos obras de interés para la cronística viajera y de guerra: *Erinnerungen aus den Jahren 1837-1839*, Francfort, 1841-1842; y *Portugal Erinnerungen aus dem Jahre 1842*, Mainz, 1843. La primera de ellas fue traducida al castellano por José María Azcona, bajo el título *Recuerdos de la guerra carlista*, en 1942. En ella recoge sus recuerdos y su acción durante dicha contienda. Su traductor verá así la obra: «El mismo autor aparece siempre como si estuviera colocado en un plano superior al medio que le rodea. Sus opiniones son rotundas, sus juicios definitivos. Para él no existen las medias tintas ni le inquietan las sutilezas de un análisis psicológico. Esta manera simplista de ver las cosas y los hombres le lleva en algunas ocasiones a formular conceptos atrevidos. Tiene un criterio individualista, cree en los directores y en los generales más que en las masas. Maroto o Cabrera son capaces, por sí solos, de variar el rumbo de la historia. Los reyes son cosa divina, no puede juzgarse de sus actos de los que sólo a Dios deben rendir cuentas. Se comprende que un hombre así tuviera admiradores y también que tuviera enemigos» (AZCONA, 1942: 76).

No menos, mencionamos también los nombres de: Michael Burke Honan, que produjo crónicas del conflicto carlista, después recopiladas bajo el título de *Court and camp of Don Carlos* (Londres, 1836). O el mítico corresponsal en París para *The Times* Georges Henri Stephan de Blowitz (que firmaba M. de Blowitz, 1825-1903). O el de Archibald Forbes, un inglés que coincidió en los frentes de la tercera carlinada española con otro nombre “desvanecido” de la cronística de guerra de nuestro periodismo nacional de la segunda mitad del XIX, menorquín de nacimiento: Saturnino Ximénez Enrich (Mahón, 1853 - París, 1933), cuyo lamentable estado de negligencia biográfica y de sepultura de su obra periodística pesa sobre él

con la urgencia de llegar algún día a ser estudiado como merece para poner fin a la incuria que lo atenaza. Pero, a la vez, para enriquecer el acerbo de la historia de la prensa española con un nombre que, aunque terriblemente ignorado, aportó unos frutos nada mediocres a su especialidad viajera y de corresponsal bélico. Puesto que su vida y su obra periodística caen fuera de los límites temáticos y cronológicos de este estudio, no decimos más sobre el mencionado Ximénez Enrich⁶⁰.

También la tratadista Amparo Guerra Gómez, en su ensayo *De emisarios a protagonistas*, da por buena la ‘teoría bélica’ para indagar en los orígenes de la corresponsalía de guerra como génesis de la crónica de base viajera. Y aún más: le atribuye un efecto evidente y de raíz para el caso español. «También las guerras carlistas —nos dice— atraen a nuestra geografía a los primeros corresponsales extranjeros: Charles L. Gruneirand, del *Morning Post*, y Frederich Hardman, de *The Times*, cubren el conflicto que enfrenta a cristinos con tradicionalistas», [...], si bien «el gran pionero del reportaje militar moderno es *The Times* de John Walter, ya en las guerras de la Convención y sobre todo las del I Imperio francés, cuyos corresponsales operaban en otros países, entresacando noticias de la prensa continental en busca de información independiente de la filtrada por la estricta censura del ministro Pitt, llegando a disponer de red propia de correos y navíos. Aunque la ocasión de oro —concluye— le llega en 1854, al estallar el primer conflicto a dirimir en suelo europeo entre las grandes potencias coloniales (GUERRA GÓMEZ, 2005: 40). Se refiere la autora, como es natural, a la figura legendaria de William Howard Russell, el cual, para los lectores del diario londinense *The Times*, habrá de servir «la primera crónica moderna, inmediata, precisa y documentada sobre una guerra dominada por la incompetencia de los mandos (Lord Raglan), sin bases logísticas, pero con grandes pérdidas y sufrimiento humano» (2005: 41). También para el catedrático Jaume Guillaumet, Russell, con su imponente labor periodística

⁶⁰ Nosotros mismos, en septiembre de 2011, aportamos una ponencia al seminario internacional de la Universitat de Girona titulado «Coses vistes, coses llegides: L’edat d’or del periodisme literari a Catalunya, Espanya i Europa (1906-1936)». A ese encuentro presentamos el estudio «Sadurní Ximénez (1853-1933): Un misteriós *homenot* entre el periodisme, la intriga i l’espionatge». Inédito.

en la Guerra de Crimea de 1854, es «considerado el padre y modelo de los corresponsales de guerra» (2012: 3)⁶¹.

Por su parte, Altabella no se frena al afirmar rotundamente, respecto de la obra de prensa que dejaría Russell: «Sus crónicas son una maravilla de exactitud y de estilo. La descripción de las terribles cargas de caballería de Balchava, que se ha hecho clásica, ha inspirado a Tennyson el famoso poema de la “Light Brigada”. [...] Informaba sobre los sufrimientos de los soldados ingleses en aquella campaña [...]; hablaba de la moral de las tropas, de los estragos de las enfermedades y la imposibilidad de curarlas [...]; explicaba el número de cañones que estaban emplazados y la potencia de los ejércitos; describía todos los heroísmos, todas las miserias, las privaciones y los dolores de que fueron héroes y víctimas al mismo tiempo», etcétera (ALTABELLA, 1945: 68 Y 69).

Que la irrupción de Russell en el periodismo europeo supuso un salto de gigante, nadie parece cuestionarlo, ya que «resulta innegable su carácter de pionero ejemplar», nos apostillará el también corresponsal de guerra de nuestros días Alfonso Rojo (1995: 36).

7. 3. Algunos tratadistas de la crónica viajera como precepto

Los últimos años de estudios sobre el campo de la redacción periodística han arrojado una estimable lista de buenos investigadores que han creído oportuno centrar parte de sus trabajos en el tema monográfico de la crónica y sus diversas modalidades. Con carácter de pionero, tenemos el nombre del catedrático Martínez Albertos. Después, siguiendo su estela, nos han llegado los trabajos específicos sobre cronística viajera de Manuel Bernal, Celia Forneas y, notoriamente, Mariano Belenguer Jané. Veamos de sintetizar sus enseñanzas, de suerte que nos puedan servir de ‘pista de aterrizaje’ de la obra cronística de Amengual.

⁶¹ Véase su comunicación «Reino Unido: la sombra de la Guerra Civil», para el XII Congreso de la Asociación de Historiadores de la Comunicación, celebrado en Barcelona el 24 y 25 de mayo de 2012.

7.3.1. Martínez Albertos

Frente a la larga relación de crónicas y cronistas clásicos de la Periodística española que dejamos anotada en los capítulos anteriores (cronista taurino, deportivo, de sociedad, de corresponsalía, etcétera), ahora nos interesa profundizar en una modalidad muy genuina, de larga historia y de rica tradición. Aludimos a la crónica de viajes.

Es cierto que el profesor José Luis Martínez Albertos le adjudica un valor más bien escaso para la historia de los géneros, pero a nosotros nos parece de una pureza periodística y de una antigüedad dentro de la tradición castellana de la máxima importancia, con un peso y unos valores muy sustantivos. Al menos, desde mediados del siglo XIX y hasta nuestros días. Martínez Albertos, en efecto, ha escrito, en relación a la cronística de viajes, que «es éste un género más literario que periodístico: un pretexto —asegura— para la literatura de escritores más o menos consagrados y que por extrañas razones —no precisamente informativas— ven la luz originariamente en las páginas de los periódicos». Y añade aún, sin dejar la auscultación algo severa que Albertos efectúa sobre la caja torácica del subgénero: «Se diferencia de las crónicas de enviado especial en que no responden a una motivación estrictamente periodística, sino, diríamos, de relleno y prestigio del periódico. La mayor parte de las crónicas viajeras surgen por iniciativa de un escritor laureado que tiene proyectado hacer un determinado viaje, por su propio interés, y propone a un periódico que le financie parte o la totalidad de esta especie de turismo literario con la obligación de dar estas primicias al periódico. Algunas de estas crónicas viajeras tienen luego una significación informativa, tal vez por carambola: depende casi siempre de que sean escritas por un periodista profesional y no por un literato aficionado al dinero y a la fácil publicidad de su firma en los periódicos. Por tratarse de un fenómeno literario, este tipo de crónicas no merecen mucha atención en estas páginas. [...]» (1983: 375-376). Todo lo contrario, quizá esa valoración emitida hace casi treinta años, pudo abrir la espita a nuevas investigaciones que, unidas a una evolución del periodismo, ha dado lugar a estudios de la máxima importancia doctrinal.

Será preciso y razonable reconocer que en la historia del periodismo español hay casos de crónicas viajeras que constituyen hitos muy admirables, así en el campo de la literatura, como en el del periodismo más genuino. Citaremos como ejemplos —concluye Martínez Albertos— a Julio Camba, Víctor de la Serna, Josep Pla, César González Ruano, entre otros.

Sí, la nómina completa resultaría muy prolija, evidencia de una profusión fabulosa e ingente en el periodismo español: Emilia Pardo Bazán, Benito Pérez Galdós, Blasco Ibáñez, o, en la segunda mitad del siglo XX, José Luis Castillo-Puche, Cristina Morató, Manu Leguineche, Javier Martínez Reverte y una inacabable retahíla, casi infinita, de nombres gloriosos, así para las letras literarias como para las letras periodísticas.

Además, nosotros, por nuestra cuenta, queremos añadir también, y en singular, el nombre de un cronista viajero menorquín absolutamente pionero y, sin embargo, radicalmente desconocido de los estudios de la cronística en lengua castellana. Se trata de la persona de Esteban Amengual y Begovich, autor de ciento veintitrés crónicas viajeras, escritas desde lugares geográficos muy dispares sobre el mapamundi. Fueron publicadas entre finales de la quinta década del siglo XIX y comienzos de la séptima, en periódicos de la isla de Menorca. El análisis de su mensaje periodístico es lo que constituye el núcleo sensible —y esperamos original— de este trabajo.

7.3.2. Manuel Bernal Rodríguez

Es probable que fuese Bernal Rodríguez el primer tratadista cronológico en ocuparse a fondo de la cronística viajera. El análisis de la especialidad ocupa un tercio de su libro, *La crónica periodística: tres aproximaciones a su estudio*.

Parte él de considerar la crónica viajera como una especificidad de las crónicas que cubren un lugar. «En la crónica viajera —escribe— encontramos ya esbozados los rasgos más destacados de las crónicas de corresponsales que, sin duda, proceden de ella, aun cuando hayan

experimentado cuantas adaptaciones haya creído conveniente imponerles la actividad periodística» (1997: 57). Y, a renglón seguido, añade una descripción que no desprende ganga alguna: «La crónica de viajes proporciona información contextualizada a distancia, ofrecida por un cronista testigo que, con frecuencia, actúa como un corresponsal que envía su relato fragmentado en capítulos o entregas, que suelen adoptar la forma de cartas [...] (1997: 57). Además, «como género periodístico [...] participa de los rasgos estilísticos y estructurales que, en el marco de la libertad inherente al género, caracterizan a la crónica periodística: género híbrido que combina información e interpretación, cronista-testigo, etc.» (1997: 111).

Sus rasgos específicos se asientan sobre cuatro pilares, al decir de Bernal:

- Espacio y tiempo
- Tendencia a la fragmentación del relato
- Relato serial
- Presencia de información e interpretación en la crónica de viajes

7.3.3. Celia Forneas

Aunque breve de extensión, el ensayo de Celia Forneas sobre el periodismo de viajes nos parece denso, con fuerza. Hablamos del estudio «¿Periodismo o literatura de Viajes?».

Lo define como un subgénero de la crónica periodística, ocupando el lugar de las crónicas que cubren un lugar, también denominadas crónicas de corresponsal, que «constituyen uno de los grandes grupos en que suelen dividirse las crónicas periodísticas y abarcan las crónicas de corresponsal fijo en el extranjero, las de enviado especial y crónicas de guerra, las de corresponsales locales y las viajeras» (2004: 223). Tienen como denominador común el hecho de servir información de sucesos que acontecen en puntos alejados de los lectores y de la Redacción de prensa para la que trabajan.

De ahí concluimos que la crónica como género arrojará los siguientes cinco subgéneros (o especies, en nuestra taxonomía):

1. Crónica de corresponsal fijo en el extranjero;
2. Crónica de enviado especial;
3. Crónica de guerra;
4. Crónica de corresponsal local;
5. Crónica viajera.

Ahora bien, nos permitimos una apreciación conceptual que acaso no resulte baladí. Habría que replantar la terminología fijada por la profesora Forneas, porque es muy evidente que las cinco categorías, en realidad, son, a su vez, formas de cronística viajera: buscan y producen crónicas que son fruto de un desplazamiento viajero. Todas y cada una de ellas imponen previamente, como finalidad o como instrumento, la verificación de un viaje antes de que tenga lugar el acto de informar. La única excepción sería la especie que se ha dado en llamar ‘crónica de corresponsal local’, que presupone una figura de redactor situado fuera del lugar de edición, ocupado de un lugar geográfico menor y que, generalmente, desempeña una tarea de cronista vinculado al lugar por residencia personal. Sería lo que otros estudiosos han denominado el corresponsal “stringer”, o nativo de la zona. Asimismo, un cronista de guerra es, siempre, un enviado especial (con el requisito, claro, de atender informativamente una guerra), de manera que parece normal que quede inserto dentro del grupo de los enviados especiales.

En consecuencia, y conservando la terminología de Forneas, podríamos reformular el esquema con el siguiente resultado:

La crónica como género periodístico que cubre un lugar, arroja un subgénero llamado crónica viajera. A su vez, ésta alumbra al menos tres modalidades específicas: la de corresponsal fijo exterior (o en el extranjero); la de enviado especial (que va, cubre y regresa, una de cuyas especialidades seculares es el cronista de guerra); y, en tercer lugar, la del corresponsal local interior, como peculiaridad del “stringer”.

Por lo tanto, aplicando la nomenclatura resultante al caso de Esteban Amengual, estaríamos delante de un autor cronista, cuyos textos encajan en la noción de cronística de enviado especial, en la medida en que viaja, observa, escribe y regresa.

En todo caso —y retomando a Forneas—, el cronista es periodístico si en sus trabajos predomina el dato, frente a la literatura que caracteriza a la crónica viajera de un escritor ficcional.

Los rasgos específicos del periodismo viajero son, en primer lugar, el espacio, que se impone incluso sobre el tiempo, y en el cual el itinerario se convierte en elemento estructural. Su técnica estilística predilecta es la narración y la descripción, amén de la interpretación informativa. El autor se expresa en primera persona, y no pocas veces lo hace adoptando el estilo epistolar o de la carta. Y, en fin, gusta de producir textos seriados bajo su firma como denominador común.

7. 3. 4. Mariano Belenguer

Es el último investigador cronológico que ha dado el estudio del periodismo de viajes y la cronística de esta especialidad. El nivel y los contenidos de su trabajo se han materializado en el libro *Periodismo de viajes: Análisis de una especialización periodística* del año 2002. De él se desprende que «el término ‘crónica viajera’ ya no sirve como término genérico para calificar los textos periodísticos relativos a los viajes» (2002: 114).

El mismo Belenguer nos describe cómo el género de la crónica, tan relacionado al periodismo viajero en sus primeras manifestaciones en el siglo XIX, al evolucionar, se ha ido transformando en el género del reportaje. Dice: «Por determinadas circunstancias, la crónica viajera, en su concepto más tradicional, ha ido desplazándose y ha sido sustituida por el reportaje de viajes» (2002: 117).

En su aproximación tipológica de los relatos periodísticos de viajes, Belenguer distingue:

1. Tipología semántica;
2. Tipología morfológica;
3. Tipología pragmática.

La primera tipología, a su vez, comprende los textos de especialización y los textos por temáticas. La tipología morfológica comprende los reportajes (o crónicas) de acción, de situación y de interpretación. Y, finalmente, la tipología pragmática, comprende los textos en función de su intención, que puede ser: informativa, divulgativa, de denuncia y de entretenimiento.

Lo que habrá que considerar es el grado y las maneras en que la cronística de Amengual, a pesar de haber sido escritas hace más de siglo y medio respecto de la formulación de las teorías de Belenguer, si se acomodan a semejante variedad tipológica.

No obstante, podemos avanzar fácilmente que encontraremos muchos ejemplos de crónicas tipológicas que caen de lleno en los textos de especialización (geográfica, la acepción panorámica o panóptica de Belenguer) y en los textos temáticos, al hacerse constante las informaciones comerciales y económicas, o incluso las informaciones de asunto bélico. También veremos, en efecto, que otro haz de crónicas fueron escritas, desde una perspectiva de tipología pragmática, con intención informativa, otras divulgativa y, en ocasiones, de entretenimiento. Y, en fin, no nos faltarán las crónicas (serían reportajes en boca de Belenguer) que, en tanto que tipología morfológica, son textos de acción, de situación o interpretativos.

SEGUNDA PARTE

*ESTEBAN AMENGUAL BEGOVICH,
EL CRONISTA MARINO*

CAPÍTULO VIII

BIOGRAFÍA DE UN MARINO DE TODOS LOS MARES

8. 1. Nacimiento y primeros años

ESTEBAN Amengual Begovich nació en Mahón, la capital administrativa de la isla de Menorca, el 3 de agosto de 1829, en unos años en los que, de un lado, se conservaban vivos aún los recuerdos de los períodos en los cuales el territorio insular había permanecido sometido a la soberanía de potencias europeas, como Gran Bretaña y Francia; y, de otro lado, cuando se dejaban notar ciertos efectos de una etapa de depresión económica general.

Si damos por bueno que Menorca había sido considerada, hasta entonces, una isla próspera gracias al desarrollo de la llamada “economía de reexportación” en el período que va de mediados del siglo XVIII a las primeras décadas del XIX, la figura de Amengual, por extracción familiar, halla sus raíces profundas en esos años de expansión comercial, en la doble combinación de la práctica del corsarismo legal (alentado por los ingleses en las etapas en las que ocuparon Menorca) y en el despliegue de una marina mercante entregada a la reexportación cerealística. Con esta denominación, nos referimos a la actividad mercantil mediante la cual los menorquines realizaban campañas continuas, y a gran escala, de compra de granos de extremo a extremo de las riberas mediterráneas (incluido los puertos de Odesa, en el interior del Mar Negro). La mercancía, luego, era reexportada a la península ibérica, para abastecer los mercados castellanos, casi siempre con resultados muy lucrativos que dieron considerables excedentes de capital al bienestar social. Un hachazo profundo, sin embargo, había de asestarse contra semejante actividad económica, tras su cese por decreto, ordenado por las autoridades españolas. El 5 de agosto de 1820 las Cortes aprobaron una disposición legislativa que prohibió, en efecto, la importación al territorio nacional de cereales y legumbres procedentes del extranjero. Si bien las autoridades políticas garantizaban

una resuelta —y si se quiere, comprensible— protección del agro castellano, no es menos cierto que infligieron un daño colateral devastador: la quiebra de la vida mercante y naval de la pequeña balear. El hecho, a medio plazo, produjo un terrible debilitamiento del modelo económico de la isla. Entre las muchas consecuencias, se abrió la espita por la cual se iba a provocar, a su vez, una lenta decadencia de la marina mercante menorquina, incluido el trabajo de las atarazanas locales y, *grosso modo*, de la ingeniería naval. Fue así que «el modelo de desarrollo basado en el comercio del trigo y las actividades náuticas entró en una decadencia irreversible, que se acentuó a partir de 1830», escribe el historiador local Miquel Àngel Casasnovas (2005: 381). Estamos, claro, en la hora del nacimiento de Amengual. El mismo investigador, añade que «la que, en otro tiempo, había sido una pujante industria de construcción naval, también entró en decadencia, pero continuó siendo muy importante durante la primera mitad del siglo XIX. Entre 1821 y 1850 se construyeron en las atarazanas mahonesas 60 embarcaciones, con un desplazamiento de 4.000 toneladas [...]. El problema de los menorquines era, hacia 1830, cómo conjugar el declive de la marina y de la actividad náutica, uno de los sectores sin duda más importantes de la economía insular, con una presión creciente de una población que había llegado con una sorprendente antelación a la transición demográfica —el paso de la demografía antigua con una alta natalidad y una alta mortalidad, al sistema demográfico moderno—, sin contar con una alternativa económica clara» (2005: 381-382).

Por lo tanto, la vida de Esteban Amengual se inició en un contexto histórico de crisis de subsistencia para la población insular y de débil sostenimiento de la vida náutica (en términos de riqueza económica, se entiende). Y ello no obstante, nos confesará el propio Amengual que la vocación marinera, lejos de sentirla poco aconsejable, se le despertó muy precozmente. Hay que creerlo de este modo, porque no en balde el influjo familiar debió de actuar en él con remarcable seducción. Debe sopesarse, en este sentido, que Amengual fue descendiente de corsarios menorquines del XVIII. De hecho, lo era en tres de sus cuatro apellidos. Por vía paterna, habían practicado el corso sus ascendientes Amengual; y por la materna, los ascendientes Begovich y Pauli. No obstante, en el momento de su

alumbramiento sólo sus tíos maternos (Simón y Esteban Begovich Pauli), se mantenían ligados a la marinería.

Esteban Amengual fue el hijo tercero (después de María Ana, 1824, y Gabriel, 1826) de un modesto empleado del hospital militar de Mahón, llamado Pedro Amengual Vaquerisas; y de Benita Begovich Pauli, casados ambos el 20 de febrero de 1823, en la parroquia matriz de aquella ciudad, Santa María⁶². Por el lado materno, sus orígenes provenían de corsarios croatas que, en el curso del siglo XVIII, se habían establecido en Menorca dedicados a la vida mercante. El hecho se explica en los diversos incentivos que la potencia colonial inglesa había desplegado durante sus años de ocupación sobre la isla, registrada en tres periodos: 1708-1756, 1762-1782 y 1798-1802. La Administración inglesa, no sólo declaró franco el puerto de Mahón, sino que, además, promovió activamente la atracción de nuevos contingentes de población, provenientes de otros puntos del Mediterráneo, como Génova, Cerdeña, Livorno, gentes de mar de las islas griegas, etcétera. Todos ellos se dedicaron preferentemente a la economía naval, y acabaron naturalizándose en el lugar de acogida como inmigrantes prósperos.

Los primeros Begovich de Menorca llegaron procedentes de Ragusa, como era llamado (con raíz en la parla italiana) el lugar que hoy conocemos por Dubrovnik, en el litoral de la región de Dalmacia. Hasta comienzos del XIX, aquellas tierras constituían una república marinera (la República de Ragusa), en la costa adriática, aunque Napoleón I ordenó su disolución por decreto de 8 de febrero de 1808, incorporándolas a una nueva organización nacional, bajo el nombre de Reino de Italia de Napoleón. Más tarde, con motivo del Congreso de Viena de 1815, la región quedó instituida en el Reino de Iliria y el Reino de Dalmacia, como parte del Imperio Austríaco. Pues bien: el primer Begovich relacionado con Menorca fue Esteban Begovich, hijo de Simón y de Ana Javelitsa, nacido en la villa de Lopud, situada en la isla croata del mismo nombre, entonces sujeta a Ragusa. La

⁶² Datos extraídos de los Libros Sacramentales, parroquia de Santa María de Mahón, casamientos, 1823. Archivo de la Curia Diocesana. También de los demás libros de bautismos y defunciones se han obtenidos el resto de datos familiares y genealógicos.

edénica isla de Lopud, de apenas cinco quilómetros cuadrados, se halla enclavada en aguas del Adriático, al noroeste, frente a la ciudad de Dubrovnik, y forma parte del archipiélago de las islas Elefitas, también conocidas como Islas de la Dalmacia del Sur. El croata-menorquín Begovich, perteneciente a la religión católica, se casó el 22 de octubre de 1801 con Benita Pauli Dalmedo, también de ancestros corsarios, pero ya menorquina de nacimiento. Una de las hijas habidas en este matrimonio, Benita Begovich Pauli, sería la madre de Esteban Amengual⁶³.

8. 2. Trama familiar

Según queda anotado en un documento manuscrito e inédito que hemos rescatado de los fondos de la Biblioteca Pública de Mahón⁶⁴, y que contiene un relato autobiográfico de puño y letra del propio Amengual, se describe a sí mismo como «descendiente de una de aquellas ramas marítimas [...] que dio origen a ese plantel de excelentes marinos que de Menorca han salido». Por lo tanto, «era natural que germinara en mí esa vocación marcada para la mar que, desde la infancia, fue el vórtice de todos mis pensamientos» (AMENGUAL, 1864-1871: 1)⁶⁵. Quedó huérfano de padre a los dos años de edad, «víctima del tributo que los españoles, especialmente los marineros, pagamos a la conservación de nuestras Antillas».

La alusión ahí apuntada, nos lleva a creer que el padre pudo morir enrolado en algún conflicto de rebelión colonial en el Caribe, sin que hayamos podido determinar el lugar exacto, ni tampoco las circunstancias del óbito. Así el caso, la esposa enviudó, con varios hijos a su cargo. Domésticamente, parece que se encontró más bien desasistida y sin apenas recursos para mantener a la familia, que para entonces era ya de cuatro hijos, con el nacimiento de Pedro, el benjamín, en 1831. Por ello, «mi educación tuvo que reducirse a más estrechos límites de los que antes me

⁶³ Agradezco las confirmaciones genealógicas que me ha proporcionado GUASCH BOSCH, Antoni, excelente experto en la reconstrucción de árboles familiares y creador de la riquísima página web *Genealogia dels Menorquins*, en geneanet.org/aguasch.

⁶⁴ Se trata del manuscrito titulado *Opúsculo sobre mi vida marítima*, E. Amengual, 1864, adicionado hasta 1871. El original se conserva en la Biblioteca Pública de Mahón, en el Fondo de Manuscritos, catalogado como Archivo Particular Amengual OA Cajas 7-1, 7-2, 7-3 y 7-4.

⁶⁵ A partir de ahora, mientras no se diga lo contrario, todos los entrecomillados que seguirán en relación al relato biográfico, pertenecen al opúsculo manuscrito de Amengual dedicado a su historial mariner.

estuvieron marcados; tan sólo pudieron alcanzar el débil apoyo material de una madre en su viudez». Así el panorama, nos describe a su progenitora como una persona dotada de suma viveza y ánimo varonil que, ante su fatal estado, «emprende penosa tarea para alimentar y dar carrera a aquellos pedazos de sus entrañas. Nada la arredra, ya que tenía en herencia cierta propiedad en Gibraltar y atraviesa el mar para realizarla». Amengual, al formular esta evocación biográfica, viene a decir que la saga Begovich era poseedora de determinados bienes —quizá inmuebles— en el Peñón, donde, en efecto, los antepasados menorquines combinaban sus actividades mercantes con las de Menorca, aprovechándose que ambos enclaves marítimos habían estado bajo el control de la Corona inglesa en las etapas de dominio colonial en el siglo XVIII. Cabe traer a colación que un tío de Amengual, hermano de su madre, Simón Begovich, había nacido en Gibraltar, aunque se casaría en Mahón el 19 de noviembre de 1828, con María Coll Orfila. En prueba del espíritu aventurero y navegante, tan propio del corsarismo más puro, explicaremos que este Simón, en compañía de su hermano Esteban, no contento con asaltar barcos mercantes como habían hecho sus antepasados inmediatos; o con afanarse en la tarea del transporte marítimo de mercancías en paz y legalidad, decidieron ambos, cada cual por separado, embarcarse rumbo a México. Según relaciona Marc Pallicer, historiador archivero de la Curia Diocesana de Menorca, queda confirmado que los hermanos Simón y Esteban «eran hijos del corsario Esteban Begovich Javelitsa [...]», quien emigró «a Menorca juntamente con sus hermanos y que casó el 22 de octubre de 1801 con la mahonesa Benita Pauli Dalmedo» (PALLICER, 2009: 206). Hacia la tercera década del XIX, Esteban zarpó con rumbo al viejo virreinato de Nueva España. Su hermano Simón le seguiría en el año 1843. Mientras Esteban, el menor de cuatro hermanos (Mahón, 3-12-1816), se enrolaba en el ejército nacional de aquel país como teniente segundo de la Armada Naval Mejicana en la ciudad de Veracruz, su hermano Simón (Gibraltar, circa 1810-México, 1845) obtenía el título de magisterio de náutica por aquella misma armada. La graduación académica, pues, le permitió enseguida abrir una escuela particular para la enseñanza de guardiamarinas mejicanos. La última noticia documental conocida de ambos hermanos Begovich se debe a la visita que Esteban realizó a su Menorca natal en 1845. Entonces,

aprovechó «para dar noticia de la muerte de Simón, [acontecida] en mayo del mismo año, víctima de fiebres». Asimismo, explica que su féretro «fue acompañado por las calles de Veracruz por oficiales del ejército mejicano. Esteban manifiesta que ocuparía, interinamente, la plaza de magisterio de su hermano, y a partir de aquí le perdemos la pista. No pudo regresar a Menorca como había prometido, a consecuencia del estallido de la guerra entre México y los Estados Unidos (1846-1848). Hoy, la fecha y las circunstancias de la muerte del menorquín Esteban Begovich Pauli son aún una incógnita, y lo único que sabemos es que no murió en Menorca» (PALLICER, 2009: 207-208). Sin embargo, dos de sus hijos carnales, nacidos ya en tierras de América Central, aparecerán en la isla de su padre, domiciliados en la vivienda de su pariente Benita (madre de Amengual), dispuestos ambos a cursar los tres años oficiales de la Escuela Náutica de Mahón. Nos referimos a Benito y Esteban Domingo Begovich García, naturales de la isla del Carmen, en el Estado mejicano de Campeche, al suroeste de la península de Yucatán, entre el golfo de México y la Laguna de Términos. Con apenas quince años, ambos, encontrándose entonces domiciliados en Mahón, formalizaron sus respectivas matrículas en la Escuela Náutica de la ciudad en los cursos de 1866, 67 y 68. El mayor, Esteban Domingo, hijo de Marina García Ascuaga, había nacido el 22 de mayo de 1850; mientras que el otro, Benito Joaquín, lo había hecho el 13 de diciembre de 1851, según se certifica en el archivo de la escuela, hoy custodiado como parte de los fondos históricos del instituto de secundaria Joan Ramis i Ramis de la capital menorquina. Para ambos casos, los papeles de matrícula se acompañan de un documento de fiador que aparece firmado y rubricado por el primo Esteban Amengual Begovich, que, para entonces, ya acumulaba una densa carrera marítima a sus espaldas, con diversas travesías atlánticas, como se verá⁶⁶.

8. 3. Formación y primeras prácticas marineras

Esteban Amengual, que era veinte años mayor que sus primos mejicanos, a diferencia de éstos, no dispuso de ninguna facilidad académica para

⁶⁶ Debo estos datos académicos a la profesora Marga Bennàssar, que me abrió los fondos históricos de la vieja Escuela Náutica para satisfacción de esta tesis. Hoy se guardan en el archivo del IES Joan Ramis i Ramis. Mi agradecimiento.

desarrollar su aprendizaje como piloto de mar, pues en sus años de infancia y juventud Mahón carecía de escuela oficial. La formación teórica, en aquellos momentos, sólo podía adquirirse a través de maestros particulares, para luego validar los conocimientos en algún centro reglamentario fuera de la geografía insular. Habiendo demostrado interés precoz por el mar y la navegación —relata el propio Amengual—, «me llevó consigo mi madre en un viaje a Málaga, Algeciras y Gibraltar para experimentar el temple de mi inclinación a la mar. Era el año 1838, y tenía ocho años de edad», hora en la que «por primera vez pisé, si me es permitida la frase, las inseguras olas de ese piélago profundo, y mostré desde el momento un ánimo sereno a los incómodos balances y al mareo que al estrenarse suele uno experimentar».

Entretanto, Amengual permaneció en Gibraltar, matriculado en un colegio de la zona; «mas a los dos meses, debiendo regresar a Mahón dos tíos míos [presumiblemente Esteban y Simón Begovich] a quienes estaba recomendado, me restituí por esta causa a mi país». Cabe creer que, en la isla, proseguiría su formación primaria, «aunque interrumpí dos veces más mis estudios de primera enseñanza para salir nuevamente a semejantes viajes, a fin de hacer más duras pruebas de mis pretensiones y, al efecto, salí entonces solo; es decir, sin nadie de mi familia a mi lado, con obligación de ayudar a las faenas del buque, aunque, como procediese de acomodada familia, estaba algo privilegiado, o sea, gozando algunas franquicias por estar recomendado así a los patrones con quienes iba».

Fueron diversas las travesías experimentadas, entre el cabo de San Antonio y Gibraltar. «El sonido de las campanas en noches de calma, al dar los cuartos de guardia los buques en puerto, era un dulce despertar para mí. La novedad de diferentes tierras, la vista de buques de alto bordo en alta mar, la inmensidad del horizonte que nos rodeaba, el salomar de los marinos: todo atraía de una manera notable mi juvenil atención». Resultado concluyente de semejante experiencia fue que «resolví seguir navegando». Amengual, definitivamente, decidió hacerse marino. Por ello, a los 11 años, la madre lo matriculó en la Escuela Náutica, tal y como leemos en el manuscrito autobiográfico. Sin embargo, nos apresuramos a filtrar esas palabras. De ninguna manera pudo tratarse de una escuela náutica

menorquina en sentido convencional y reglado de la expresión. Debió de ser, en realidad, alguna de las privadas que funcionaron en Mahón hasta la fundación de la primera que tuvo carácter oficial, del año 1855, autorizada por el Gobierno de la reina Isabel II. En el curso de la primera mitad del siglo XIX, los menorquines con vocación para la carrera de pilotos sólo podían instruirse como alumnos libres. Generalmente, asistían a las clases particulares de algún marino retirado, o de alguien con conocimientos científicos para la enseñanza del pilotaje, y luego pasaban a revalidar oficialmente sus estudios ante un tribunal académico reconocido y legal.

En aquellas primeras décadas de la centuria, los preceptores privados de mayor nombradía, en Menorca, fueron, cronológicamente, Juan Ferrer Franch, que a finales de 1802, graduado de alférez de navío, daba clases en su domicilio de la calle del Castillo de Mahón. También se cita a Pedro Rodríguez Prats, piloto segundo de los mares de Indias, quien, hacia 1814, se estableció como maestro, con disfrute de reconocimiento docente por parte de las autoridades del reino. Fue el suyo el nombre más señero y preeminente de su época, hasta el punto que había de recibir el encargo de ocupar la dirección de la Escuela Náutica oficial cuando se decretó su creación en 1855, inaugurada el 1 de octubre. Se mantuvo en la tarea directiva hasta que le sobrevino la defunción el 26 de junio de 1857. Otros apellidos de renombre personal fueron los maestros pilotos Pedro Gomila y Antonio Vinent Mascaró⁶⁷.

Puesto que Amengual omite toda referencia concreta sobre la identidad de sus preceptores insulares, no sabemos cuál de los mencionados pudo darle la necesaria instrucción en las materias básicas de la carrera. Sea como fuere, al poco tiempo de estar en alguna aula decidió embarcarse de nuevo como aspirante piloto.

8. 4. Aspirante piloto

«La idea de mi madre fue, a la sazón, hacerme navegar por los mares de Europa unos dos o tres años de práctica, para obtener, con alguna

⁶⁷ Véase el estudio de PUERTAS, Antoni, y ANDREU, Cristina, *L'Escola Nàutica i el port de Maó al segle XIX*, Institut Menorquí d'Estudis, Maó, 1993.

experiencia, el nombramiento de piloto de los mencionados mares, y procurarme después, mediante el correspondiente sacrificio pecuniario, el mando de algún barco que hiciera el tráfico costero». [...] «Diré primero que durante un par de años navegué por la costa de España desde Barcelona hasta Sevilla, en cuyo último punto hice hasta tres viajes».

Acabada la primera etapa de instrucción a bordo, con apenas 13 años, vivió la experiencia de enrolarse en un bergantín con rumbo a Puerto Rico. «Casi todas las horas del día —refiere— se me obligaba de noche a hacer mis cuartos de guardia, cosa que se me hacía muy cuesta arriba cuando acababa de salir del mimoso regazo maternal; y por añadidura, era tratado con rigidez, por más que no le estuviese del todo subordinado, por el contramaestre, quien parece era uno de esos hombres con poca sangre en las venas. Aun ahora, mirándolo al través de la experiencia, veo que era injusto aquel estado mío a bordo».

Sin embargo, un golpe de suerte salió en su rescate, ya que el barco hizo escala en el puerto de Málaga. «Allí tenía yo una parienta y pretextando ir a ver a mi llegada, me refugié en su casa para no volver a bordo, mas vino el capitán allí y consiguió, prometiéndome algunas concesiones, que volviese al buque; pero una vez allí se redobló el mal tratamiento, sin dejarme ya ir a tierra. ¿Qué hice yo a pesar de mis pocos años? Con mucho sigilo llamé a un barquillero de los que venden frutos por la bahía, y abandonando lo que tenía entre manos, tomé un pañuelo lleno de ropa mía, me escabullí por la proa y tomé las de Villadiego, si es aplicable el refrán al modo de dejarse ir por una cadena dentro de una barquilla, y dando al remero una propina, hacerse conducir al extremo del muelle, desde donde, haciendo servir muy bien las piernas, me dirigí a ocultarme en casa de mi pariente». [...] «Nunca más durante mis viajes de práctica tuve que sufrir tanto».

Hallándose en las tareas de navegación de cabotaje, Amengual, en esos años —nos recuerda—, pudo conocer el acto de pronunciamiento del mariscal de campo logroñés Martín Zurbano, quien, en 1844, al frente de ochenta hombres, hizo proclamar la Constitución de 1837 y el regreso de

Espartero, aunque a Zurbano, a la postre le costara la vida al ser detenido y ajusticiado por orden de Narváez. También presencié los bombardeos contra Cartagena, hasta que, un poco más tarde, pudo emprender los primeros viajes a ultramar. La primera travesía a América la efectuó, con sólo 15 años de edad, en 1845, partiendo del puerto de Barcelona.

8. 5. Comienza la carrera atlántica

Pues bien: de los veintiséis años de navegación que hubieron de transcurrir hasta su retirada del mar en 1871, sólo se registran «cuatro años sin cruzar el océano», dos de los cuales los dedicó a dirigir, en Mahón, la construcción de las fragatas «Nueva Aurelia» y «Pedro Plandolit», en el papel de inspección como futuro capitán que había de ser de ambas embarcaciones. Y los otros dos años no hizo la carrera de América porque fue destinado a travesías por Europa, a saber, en un recuento exacto que él mismo relaciona en sus papeles autobiográficos:

- Siete meses, con tres viajes a Alejandría, como sobrecargo y piloto de derrota;
- Ocho meses de segundo en un vapor transporte durante la Guerra de Crimea;
- Siete meses, también de segundo, en un vapor de la línea entre Marsella y Cádiz.

Quiere decirse, pues, que de los otros veintidós años de servicio, «he verificado 34 viajes de altura, esto es: 33 a las Américas y las Filipinas. De ellos, 3 de agregado, 6 de piloto, 23 de capitán y 2 en comisiones». Por todo ello, estuvo quince veces en la Habana, once en Charleston, cinco en Nueva Orleans, cuatro en Nueva York, tres en Matanzas, dos en Buenos Aires, dos en Matamoros de México, y una vez en cada uno de los siguientes puntos: Manila, Iloílo (isla de Panay, en las Bisayas occidentales de Filipinas), Santiago de Cuba, Nuevitás, Cienfuegos, Mayagüez (en la costa oeste de Puerto Rico), Mobile, Pernambuco, Boston, Halifax, Filadelfia y Washington.

En lo que atañe a los mares de Europa, nos cuenta haber conocido todos los puertos españoles, excepto los cántabros. Y, en el extranjero, los de Liverpool, Glasgow, Falmouth, Cardiff, Havre, Bust, Marsella, Génova, Malta, Trieste, Cefalonia, Zante, Salónica, Galípoli, Constantinopla, Eupataria, Kamiesck, Alejandría y otros menores que deja sin nombrar. Además, Amengual, animado por su espíritu primigenio de seducción por los viajes, visitó tres veces la capital de Francia, dos Londres y tres Madrid, sin contar múltiples ciudades pequeñas del interior peninsular del territorio español. Atraído por los descubrimientos que a menudo llevan parejos los viajes, no desaprovechó determinadas ocasiones para contemplar las cataratas del Niágara, la Exposición Universal de París de 1867, que mostró al mundo la grandeza y el esplendor del Segundo Imperio de Napoleón III; así como diversas excursiones al interior de los Estados Unidos de América, «algunas para cumplir comisiones, pero también por gusto personal», remarca él mismo.

Pero cabe aún añadir unos frutos periodísticos que, deliberadamente, omite en esta memoria autobiográfica: un volumen copioso de crónicas viajeras, singularmente las 123 que tenemos recopiladas procedentes de las páginas de la prensa menorquina, con la cual se mantuvo en contacto periodístico todos los años de navegación. Nos avanzamos a considerar que la obra cronística completa quizá fue muy superior a los textos conocidos y recopilados por nosotros. En efecto, tenemos la presunción de que a éstos, cabría sumarle un número indeterminado de artículos dedicados a reflexionar sobre cuestiones portuarias, navieras o comerciales. Es el caso concreto de la revista periódica *Revista Marítima*, de Barcelona, en cuyas páginas publicó una serie ingente de artículos de experto portuario y naviero, ejerciendo el análisis y la crítica. De ellas, sólo tenemos insinuaciones indirectas, pero es seguro que ofrecerían un inventario significativo en las páginas de la prensa catalana, de un lado; y, de otro, en los periódicos dispersos por las colonias españolas del Caribe, en particular las publicaciones periodísticas de Cuba y las neoyorquinas en lengua castellana.

En resumen —nos dice—, de un período de treinta años de carrera en el mar, «deduzco 12 invertidos en tierra por todos conceptos; esto es: estudios, estancias en puerto, cargos detenidos en tierra, etcétera, etcétera, y resultan 18 años de vivir en medio del mar, de los cuales, a razón de un andar medio de 5 millas por hora, producen cerca de 800.000 millas marinas, equivalentes a cerca de 1.500.000 km., que corresponden a cerca 40 veces la circunferencia del globo terráqueo, o, como comparación extraña, a unos dos viajes de la Tierra a la luna, ida y vuelta. Por último, diré que el valor de los cargamentos que bajo mi responsabilidad he transportado ascenderán a unos 5 o 6 millones de duros».

Desde los primeros momentos de iniciarse en la navegación «adopté por divisa probidad, actividad y puntualidad, lo cual he procurado que fuese siempre el norte de mi conducta. Por de pronto, no me era dado desplegar todo el vuelo posible, reducido como me hallaba, lo diré así, a la impotencia. ¿Qué otra calificación merece el estado proletario de un joven desconocido que lleva pretensiones de entrar en el ejercicio de una carrera?». Y es que eran —recordémoslo— unos momentos en los cuales aún no regían los reglamentos de estudios, «que han venido después a reducir el número de los que se dedican al pilotaje». Las primeras prácticas formales las verificó a bordo de la fragata «Rosa». Más tarde, «para obtener el primer examen de piloto debía practicar otro viaje y salí con el bergantín “Barceló”, con el cual fuimos a la Habana, y de allí pasamos a cargar de algodón a Nueva Orleans». «A la ida nos paramos diez días en Nuevitas para dejar pasar un eclipse de sol, pues, como el año anterior, que fue el 46, había habido el 10 de octubre uno de los equinoccios más horribles que se han conocido, y como estábamos en el sitio más crítico que es el paso del Canal Viejo de Bahama [se trata de un canal marino, de los llamados canales hidrográficos, que separa el archipiélago de las Bahamas de América del Norte], a primeros de dicho mes, por prudencia, quiso el capitán como lo hacía otro, abrigarse en aquel seguro puerto». Así fue como, «a primeros del año 1848 obtuve el nombramiento de tercer piloto de todos mares, previo examen facultativo en el departamento de Cartagena. Tenía entonces 18 años», escribe el propio Amengual. Ya en posesión del título, se embarcó a bordo del bergantín «Triunfo», el mismo

con el que hiciera el segundo viaje de agregado; y ello gracias al empeño y a la ayuda que le prestó un capitán de buque retirado, natural de Mahón, pero cuyo nombre omite deliberadamente. El destino fue la Habana, conduciendo en la nave a cien individuos de tropa. Con una escala en Santiago de Cuba, permaneció luego en la capital de la isla durante cuatro meses en espera de nuevo destino a las órdenes del consignatario para el cual trabajaba.

Amengual realizó tres viajes más a bordo de ese mismo buque. Para entonces, sus relaciones laborales y personales con la naviera de Pedro Plandolit, de Barcelona, le habían abierto las puertas de la compañía de par en par, hasta el punto de llegar a ser uno de sus capitanes de máxima confianza. Entretanto, hubo de hacer de la capital catalana «mi patria adoptiva». «No se crea, empero, por esto, que ni ahora ni entonces haya separado mis afecciones del país que me vio nacer y de lo que siento orgullo. Los menorquines, tanto en Barcelona como en otras partes, han mostrado por regla general ser buenos marineros, probos y aseados, así en la clase de mozos como de marinería especialmente [...]». A partir de ese momento, haría cuatro viajes como segundo, con destino a puertos de América, dos de ellos a la Argentina. Fue nombrado capitán en 1852, con apenas 23 años, al mando de la goleta «Salud». Después, verificó una travesía comercial al puerto egipcio de Alejandría, tras cuyo regreso a Barcelona se le ofreció un contrato para embarcarse en el «Tharsis», un transporte de materiales y víveres, fletado por el Gobierno francés con destino al frente de la Guerra de Crimea de 1854-56.

8. 5. 1. Su “bautismo” cronístico en Crimea

Será a raíz de esta singladura a las tierras de Sebastopol que el estro literario de Amengual hubo de tomar carta de naturaleza, pues de sus notas, recuerdos y episodios vistos en la zona, y vividos gracias a la operación mercante en la que tomó parte, salió a la luz la obra que titularía *Recuerdos de mis viajes a la Crimea durante el memorable sitio de Sebastopol* (Barcelona, 1859).

Dicho ahora con alcance de simple síntesis respecto a lo que representa este primer trabajo de Amengual, señalaremos que se trata de un libro que, aun no siendo concebido para el papel prensa de su momento (y por tanto, con intención periodística), y sí, en cambio, para el mundo editorial, estamos en presencia de un trabajo que ya perfila un claro sentido de la redacción periodística de su autor; esto es: contar novedades vistas y vividas en un desplazamiento viajero. Con sus *Recuerdos...*, tuvo la intención de atreverse a pergeñar una obra escrita «en vista de que no se ha publicado en España, que yo sepa, libro alguno que se ocupe de pintarnos el bello paisaje de la guerra de Oriente» (AMENGUAL, 1859: VI). Como más adelante miraré de pormenorizar, hay que entender el verbo “pintar” como un sinónimo de “retratar”, pluma en mano, una realidad bélica, con intención de presentar la pintura resultante ante un público (una opinión pública nacional) que todavía carecía de “información” completa y de síntesis (algo así como un gran reportaje de guerra) del conflicto armado que se acababa de dirimir (1854-1856) en aquel punto caliente de la Europa de mediados del ochocientos.

Ahora bien: Amengual, lejos de caer en el error de acometer un texto de aspiración historiográfica (o de ínfulas de análisis de la política internacional), se limitó a conformar un libro de viaje, puro y simple. Esto es: una composición memorialística de las dos misiones marítimas en que participó a bordo del vapor «Tharsis», entre Marsella y Sebastopol, donde tuvo lugar el asedio aliado que, a la postre, supuso la conclusión de la Guerra de Crimea, luego rubricada en la Paz de París de 1856. Es, pues, el libro en cuestión la memoria personal de un piloto embarcado durante siete meses, para servir en un transporte de mercancías y de repatriación de heridos, entre los puntos extremos de la mencionada ciudad peninsular de Crimea bañada por el Mar Negro y el puerto mercante de Francia, en Marsella, en aguas mediterráneas. En definitiva, el marino menorquín redactó un libro para perpetuar sus recuerdos personales. Por lo tanto: un haz de acontecimientos y de azares que él mismo contempló en sus periplos por el teatro de operaciones. «Parece que oigo todavía —escribe en las páginas finales de su obra— el zumbido de las balas, el eco de los disparos y el sonido de los tambores y cornetas, en aquellos tristes lugares; aún se

representa a mi imaginación el aparato guerrero, la aglomeración tumultuosa de efectos, el gran movimiento marítimo; percibo también aun hoy la impresión de aquellos dolorosos episodios, fruto de encarnizada lucha, que tantas veces tuve que presenciar. En fin, la imagen de la guerra, el rugido de las tempestades, los naufragios, la crudeza del frío, todo, todo quedó grabado en mi memoria con la más honda impresión» (1859: 184).

No obstante, hay que decir que el libro, en manera alguna, es un compendio de textos de una crónica de guerra agrupados en una publicación de conjunto. Ni era en origen un relato para la prensa, con una base cronológica de la sucesión de episodios bélicos que, antes de formar un libro, hubiera pasado por alguna cabecera periodística; ni la perspectiva de contenidos que ofrece Amengual en sus páginas es una reconstrucción, *sensu stricto*, del relato militar de la contienda dirimida en Crimea. Estamos, en todo caso, ante una evocación memorialística personal del autor, compilación de lo que vio de primera mano, desde la perspectiva de servidor a bordo de un mero barco de transporte civil excluido de toda acción bélica, o viéndose sumergido en las primeras líneas de trinchera.

Ahora bien: como quiera que la misión de servicio que tenía encomendada el «Tharsis» concluyó antes de la firma de la paz, Amengual tuvo el buen juicio de coronar su libro con un apéndice en el que reconstruye el resultado final de la guerra y cómo se resolvió el enfrentamiento armado hasta la firma del tratado de paz entre las partes, verificado el 30 de marzo de 1856 en la capital francesa «con una pluma del águila imperial —cuenta con aire literaturizado— del jardín de Plantas». Sin embargo, no debe imaginarse que el tono del libro, a fuerza de ser muy personal, resulte anodino. Antes bien: a lo largo de sus 191 páginas, se percibe un estilo que se aviene muy bien con las formas retóricas de las crónicas de guerra, entendidas en un sentido ortodoxo y para el estado de evolución de la preceptiva periodística en los años centrales del XIX. O si se quiere: del reportaje periodístico de asuntos de guerra recabado en el lugar de los hechos.

Para más abundamiento, podemos aducir el comentario necrológico que le hizo el periódico de Barcelona *El Noticiero Universal*, con ocasión de su fallecimiento en 1901. Entonces, al glosar su libro de Crimea, le reconoció un mérito de trasfondo periodístico. Júzguense, si no, estas palabras: «Entre ellos, recordamos una colección de cartas o artículos sobre la guerra de Crimea, que le valieron [atención al juicio] el justo renombre de FIEL OBSERVADOR y escritor correcto» [EDICIÓN DEL 24-6-1901]. No existe, quizá, mejor y más rotundo requisito para elaborar textos, o periodísticos puros, o inspirados en sus postulados preceptivos, que verse reputado como ‘fiel observador’, tal y como se tilda a Amengual.

En efecto, diversos extractos del libro sacados al azar nos lo corroboran. Veámoslo.

Refiere que el 8 de abril de 1855, los dos pilotos segundos que servían a bordo del «Tharsis», él entre ellos, tuvieron que presentarse en el cuartel general de los aliados. Con un sentido —si se quiere intuitivo— de una redacción cronística, Amengual describe el trayecto, con muchas y detalladas pinceladas del paisaje que hubieron de atravesar para llegar al cuartel. Y no sólo se topan —advierte— con estampas de caminos y montañas como simples elementos de bucolismo, sino que se ven azuzados por la necesidad de comprobar que ciertas ondulaciones del terreno, visto en lontananza, les hicieron recelar —dice— si eran tierras de sembrado, o no. Alcanzado el punto —concluye—, «nos hallamos que sembrado era, en efecto, el terreno, pero de... cadáveres». Y continúa la narración explicando el trayecto seguido hasta presentarse en el cuartel. Lo hace el autor como gustaría un corresponsal de prensa al uso: «Allí había apiñados innumerables pabellones, albergando la oficialidad de Estado Mayor, a jefes de ingenieros y artillería, a empleados de administración, a comisiones extranjeras y a la demás variedad de militares que rodean a un general en jefe en campaña [...]. Informados que al día siguiente debía comenzar el bombardeo general como preludio del asalto [de Sebastopol], nos fuimos a dormir temprano, con el prurito de levantarnos bien de mañana para presenciar aquella novedad [nótese el espíritu del buen cronista: ocupar una posición de observador y convertirse en testimonio

ocular de la narración para transmitirla]. Efectivamente —prosigue—, al amanecer el día 9 de abril [aparecen ahora contenidos informativos y noticiosos], a pesar de caer sin casi ninguna interrupción una copiosa lluvia, rompió el fuego de consuno en todas las baterías aliadas. Cañones y morteros, todo funcionaba perennemente aquel día, y los sucesivos hasta tres o cuatro, sin exceptuar sus noches, fue lo mismo» (AMENGUAL, 1859: 164).

A continuación, Amengual intensifica su estilo narrativo: «Al mismo día no contestaron aún los rusos, pero al siguiente correspondieron, *bien cortésmente*, a franceses e ingleses: aún creo que había ventaja, en el número de disparos, por parte de los sitiados. A unos y otros, no les servía de ningún estorbo el tiempo lloviznoso que reinaba. El estruendo de tanta boca de fuego, sólo se puede comparar a un trueno del cielo, de los más atronadores, que se oyera sin cesar; y para tener una idea del efecto que producía de noche tanta bomba y granada como se cruzaba por los aires, imagínese al fingido, diminuto y vivo bombardeo que se suele hacer con fuegos artificiales en alguna funciones o festividades, puesto en el grado de real y verdadero» (AMENGUAL, 1859: 164).

Como parece tan propio de un observador que no está en las trincheras, sino en posiciones de retaguardia, el libro de este cronista marinerio va lleno de pasajes de especial acento humanitario: «El 13 [de abril] por la tarde nos mandaron una remesa de 180 [heridos]. Esta vez causaban tanta compasión como horror estos hombres que el furor de la guerra acababa de lisiar, pues casi todos se veían mutilados desde muy poco tiempo; como que era de resultas del reciente o, casi se puede decir, del presente, aún entonces, bombardeo. Se me hacía extraño ver que casi toda la partida de heridos se componía, como he dicho, de mutilados, y no pude menos que indagar la causa [esto es: un cronista que busca datos y explicaciones a lo que tiene delante] a un sargento de artillería que venía con el brazo derecho recientemente amputado. “Muy sencilla es la razón”, me dijo con prontitud, prestándose gustoso a mi demanda, “pero ni V. ni muchos, de pronto, caen en ello. Los cascos de bomba, aparte raras excepciones, hieren mortalmente en cualquier parte del cuerpo que den menos en brazos y piernas, a cuyos

miembros se pone el remedio amputándolos; así es que tan sólo se pueden embarcar los que quedan heridos de la última manera; pues el que lo es de la otras, queda enterrado en la misma Crimea, exceptuando, como he significado ya, una pequeña parte de ellos que, por casualidad, reciben el casco de un modo liviano”. Este razonamiento —concluye Amengual— tan convincente no merecía réplica, pero se expresaba tan bien ese militar y parecía tan complaciente, que me atreví a suplicarle, me explicara, no más que por curiosidad de saberlo, cómo había él sido herido» (AMENGUAL, 1859: 167).

A partir de este momento, el relato, que tiene carga narrativa, ahonda en otra particularidad que enseguida se aviene con la más académica preceptiva periodística. Nos referimos a que el autor incluye la recogida de testimonios en vivo, que son trasladados al relato con carácter de declaraciones directas y literales. Supone, pues, llevar el pulso de la palabra misma de los heridos y mutilados al ánimo del lector.

Consideramos que semejante peculiaridad aproxima notablemente el tono de la narración de Amengual a las proverbiales y magistrales crónicas de William H. Russell para las páginas del *Times* de Londres sobre el mismo conflicto de Crimea. Detengámonos en este episodio.

Refiere el reportero Enric González en un trabajo que publicó en *El País*⁶⁸ que en 1854, el director de *The Times* asignó una misión inaudita en el extranjero a su redactor Russell. Se trataba de informar sobre la gloriosa campaña imperial en tierras de Crimea, a orillas del Mar Negro. Se asegura que el director en persona, John Delane, le rogó que reflejara la heroicidad de las tropas británicas y le exigió rapidez en el envío de la información, porque la guerra contra los rusos —creía sin pestañear— iba a durar menos de dos meses. Nunca antes un periodista civil se había encargado de informar sobre una guerra. El público británico percibió rápidamente la diferencia respecto a los tradicionales partes, escritos por militares. En octubre de 1854, a sólo cinco meses de su llegada al frente, Russell asistió

⁶⁸ Véase «Un periodista indeseable», en el diario *El País* de Madrid, 5-4-2009.

en Balaclava a la célebre carga de la Caballería Ligera. Su relato empezaba así: «A las 11 horas, nuestra Brigada de Caballería Ligera se precipitó hacia el frente». Y concluía de esta guisa: «A las 11'35 no quedaba un solo soldado británico, excepto los muertos y los moribundos, ante los sangrientos cañones moscovitas». Era la primera vez que un periódico inglés contaba con claridad una derrota inglesa. El periodista siguió con sus crónicas: «Éstas son verdades difíciles, pero el pueblo inglés debe escucharlas. Debe saber que el mendigo que se tambalea bajo la lluvia en las calles de Londres lleva la vida de un príncipe, en comparación con la que llevan los soldados que luchan por su país». Russell denunció las penurias sanitarias, la falta de material, la incompetencia de algunos oficiales. El Parlamento votó una moción que condenaba las *mentiras* de Russell y de *The Times*. El Alto Estado Mayor prohibió a los soldados en Crimea que hablaran con Russell o que le facilitaran alimento, y los propietarios de *The Times* plantearon al director la necesidad de que el periodista fuera repatriado inmediatamente.

Pero el Gobierno cayó, y una comisión parlamentaria estableció que lo que contaba Russell era cierto. La Cámara de los Comunes aprobó una larga serie de reformas para evitar que se repitiera un desastre como el de Crimea. Una de esas reformas, como después se repetiría, establecía la censura militar sobre los corresponsales de guerra.

Tal y como afirma José Altabella, las crónicas de Russell «son una maravilla de exactitud y de estilo» [...], en las que el buen corresponsal «informaba sobre los sufrimientos de los soldados ingleses en aquella campaña, por el descuido de la Intendencia, ya que, por no tener ropas ni calzados, les cogió el invierno sin equipar. Hablaba de la moral de las tropas, de los estragos de las enfermedades y de la imposibilidad de curarlas, dada la insuficiencia de los hospitales de sangre y establecimientos sanitarios; explicaba el número de cañones que estaban emplazados y la potencia de los ejércitos; describía todos los heroísmos, todas las miserias, las privaciones y los dolores de que fueron héroes y víctimas al mismo tiempo» (ALTABELLA, 1945: 67 Y 68).

El culmen de la fama periodística de Russell se produjo a raíz de su crónica sobre la batalla de Balaclava. Fue entonces cuando describió cómo en el amanecer del 25 de octubre, entre 2500 y 3500 hombres de la caballería rusa se dirigían hacia el confiado campamento británico en Balaclava que, cuyos efectivos no estaban aún preparados para el combate. Entre la caballería que avanza y el campamento sólo había un obstáculo, el 93º Regimiento de Highlanders bajo el mando del oficial escocés Colin Campbell, primer barón de Clyde (1792-1863). Los quinientos hombres que formaban el Regimiento de Highlanders ya habían participado en la Batalla del Alma y en el cerco a Sebastopol. Eran hombres curtidos en el combate y, por una vez, dirigidos por un oficial que sabía lo que hacía. Lo normal para hacer frente a la carga de la caballería rusa habría sido disponer los hombres formando cuatro filas de fondo, una detrás de otra disparando alternativamente, o bien en forma de cuadrado como en Waterloo en 1815, pero Campbell no disponía de hombres suficientes para eso, así que decidió disponerles en sólo dos filas lo que en teoría hacía imposible que pudieran detener el avance ruso. Acaso no había más remedio. Campbell arengó a sus hombres, anunciándoles que no había posibilidad de retirada y que tendrían que resistir o morir allí. La caballería se fue aproximando y el 93º Regimiento hizo una primera descarga, luego una segunda y una tercera. Pero la potencia de fuego no era lo bastante intensa como para detener el avance ruso. Sin embargo, sería su escaso número lo que les salvó, pues el oficial ruso que dirigía la carga, extrañado ante el pequeño número de hombres que les disparaba, sospechó que lo ingleses habían urdido una trampa y para evitar una emboscada ordenó la retirada. Entretanto, el corresponsal Russell, que estaba observando estos movimientos desde una elevación del terreno próximo al lugar del combate, escribió que los Highlanders parecían «una delgada línea roja bordeada con una línea de acero», haciendo referencia al rojo de los uniformes y al acero de las bayonetas caladas. Esa frase *delgada línea roja* quedaría inmortalizada en el lenguaje militar y en el periodístico para describir defensas valerosas, pero en inferioridad, frente al enemigo; y también para referirse al propio ejército británico, que utilizaba casacas de ese color.

Atravesando el valle, de los 673 hombres de la Brigada Ligera, apenas habían sobrevivido ciento noventa y cinco, mientras, a lo largo del valle, quedaban los cadáveres de 478 hombres y 400 caballos. Por ello, Russell escribió en su crónica: «A las once y diez nuestra Brigada de Caballería Ligera inició la carga. Avanzaba majestuosamente, brillaban bajo el sol de la mañana con toda la pompa y esplendor de la guerra. A unos mil doscientos metros de distancia, toda la línea enemiga escupió una oleada de fuego y humo por treinta bocas de acero. Se acusó el impacto por los hombres y caballos muertos, por las monturas que huían solas o sin jinete por la llanura». Comenzaba a construirse la leyenda de la carga de la Brigada Ligera, que ha sido llevada a infinidad de narraciones históricas y a la cinematografía más memorable. No obstante, otra leyenda había tomado cuerpo: la del propio William H. Russell y la eclosión del cronista de guerra en el panorama de la prensa internacional.

Desconocemos si, de una forma y otra, Amengual supo nunca de los excelentes y modernos textos cronísticos de Russell en Crimea. No hemos encontrado ningún dato que nos ayude a creer que llegó a conocer esos trabajos de prensa, pero está claro que, en la literatura de viajes que el menorquín expande sobre las casi doscientas páginas de sus *Recuerdos de mis viajes a la Crimea...*, se ‘respira’ un tono acaso muy russelliano —o filo-russelliano.

Es muy exacto decir que el libro de Amengual no contiene tanta carga crítica, pero es igualmente impactante por su realismo y sus descripciones de la tragedia que le asalta a los ojos durante la crudelísima contienda. La siguientes palabras lo corroboran: «Ahora —pensé yo—, ya no extraño el gran número de heridos y muertos que esos días resultaban: al considerar que en una sola batería había habido tres sargentos fuera de combate, ¿cuántos —me pregunté— deberán sumar entre todas ellas? [...]. En aquel bombardeo una parte de las bombas rusas hacían la explosión en el aire, y había algunos que suponían se haría con la intención de que ocasionasen mayor daño, es decir, que inutilizasen más gente, pues los fragmentos, cayendo esparcidos, eran más difíciles de precaver que las mismas bombas enteras» [...]. Cayó Sebastopol por último, es verdad, pero (como otra vez

ya se ha dicho) hasta en aquella rendición se llevaron alguna parte de gloria las tropas moscovitas. Entre los heridos embarcados en este viaje —acabado relatando Amengual— había: un coronel, un comandante, dos oficiales subalternos y un médico. El coronel, como que tenía una pierna fracturada desde muy pocos días, merecía sumo cuidado al manejarlo de una parte a otra. [...]. Una de las cosas que más procuré, por lo que a mi parte cupo, fue prodigar el mayor cuidado al manejo indispensable que, para ser conducidos al punto de su curación, que eran los hospitales de Constantinopla, requerían aquellos desgraciados. Algunos había que, sólo sus dulces y melancólicas miradas, ya indicaban cuanto agradecimiento sentían sus corazones al verse por extraños (como les éramos nosotros) tan bien tratados; y aquello, confesaré, nos servía, al menos a mí, de la más lisonjera recompensa y satisfacción, y aun hoy paréceme que siento un placer en consignarlo» (1859: 168 y 169).

En definitiva, notamos, a lo largo del libro, un ritmo de redacción y el acopio de unos contenidos que en nada repugnarían al estilo de una buena crónica o de un reportaje forjado en un frente de combate.

8. 6. Nuevas experiencias en alta mar

Para entonces, cuando vivió la experiencia viajera a Crimea, Amengual ya presentaba un expediente de piloto bien nutrido: cuatro viajes como segundo a América y varios periplos mediterráneos hasta Alejandría. Acabada luego la etapa en el «Tharsis», teñida de guerra, como hemos dicho, la casa naviera a la que servía le ofreció una plaza de segundo en el vapor «Barcino», que hacía la carrera entre Marsella y Cádiz. «En el viaje de estreno que hice con el “Barcino” —explica— conducimos al príncipe Adalbert de Baviera, el cual se enamoró a la sazón estando en Madrid de la infanta Amalia, hermana del Rey, con la que más tarde se unió en matrimonio». En 1855 pasó a la fragata «Amelia» para viajar a Nueva Orleans. Y en 1864 ya llevaba acumulados diecisiete travesías hasta las costas del Nuevo Mundo.

Habiendo dejado, pues, las navegaciones mediterráneas, Amengual consideró haber redescubierto que «las antípodas de oriente son los Estados

Unidos, o mejor dicho, el Norte América. Aquí todo es grande, moderno, vigoroso; todo lleva el sello de una civilización la más adelantada». Luego, efectuó un segundo viaje a Nueva Orleans, seguido de otro a Charleston, para, pasados noventa y dos días de misión, encontrarse de nuevo en el puerto de Barcelona con 2.200 balas de algodón: una mercancía con la que se estaba suministrando la valiosa materia prima que iba destinada a la floreciente industria textil catalana de esos años. Hasta diez viajes consecutivos hizo a Charleston en una etapa de cinco años febriles. Pues bien: «Durante algunas travesías, como rara vez ha habido pasajeros (no siendo Charleston, punto que llama a los españoles) me he encontrado solo, que digamos, a bordo, y teniendo que pasar muchas veces tiempos calmosos o contrarios que hacen pesado y molestos los días, a fin de ahuyentar la soledad y precaver el mal humor fruto del descontento, he tratado de ocupar la imaginación en algún objeto, idea o propósito que me fuera placentero, o de alguna utilidad. Así fue que con el auxilio de la correspondiente gramática viene a obtener (aunque imperfecto, de bastante valía para mi uso) algún conocimiento del inglés, así como ya lo hubiese adquirido del francés. También he dedicado mis ratos —nos revela Amengual para explicarnos sus aficiones intelectuales al margen de la navegación— a las observaciones astronómicas que no suelen ser de costumbre en la práctica del pilotaje, pero que en ocasiones dadas, pueden convenir, y por tanto bueno es no relegarlas del todo a un desdén, como lo hacen irónicamente la generalidad de los marinos [...]. Asimismo, he matado algunas horas de solaz o de malestar entretenido en la lectura de obras variadas, para no parecer ignorante en conversaciones generales, ya que uno goza apenas ese haber práctico que comunica el roce frecuente de la sociedad. Para alternar con la lectura, ya que todo cansa en este mundo, suelo borrar algunas líneas para la prensa sobre cosas sencillas, bien entendido que me atengo a esta moderación ora para evitar la imputación de atribuirme ínfulas de literato, ora porque no se diga que descuido mis precisas obligaciones. Sépase y entiéndase bien que sólo me ocupo en ello las horas de ocio y tranquilidad cuando la hay, pues no creo descuidar en lo más mínimo los deberes y atenciones de que voy encargado. Como el que más, trato de mirar de la manera mejor entendida por el buen orden, aseo, economía, cuidado y buena disposición del buque; y en cuanto a la

vigilancia y eficaz empeño en abreviar los viajes, hablen por mí ellos. En fin —concluye exonerándose de toda negligencia o irresponsabilidad en la observancia de sus deberes marinos—, veo que se puede armonizar la obligación con la devoción».

Así es: las anteriores palabras nos remiten al perfil de un marino mercante escrupulosamente consciente y pulcro en sus deberes profesionales que, a su vez, se siente animado a ciertos entretenimientos que acabaron por ponerlo en contacto con el periodismo menorquín (la cronística viajera, en un momento pionero para la isla y para el periodismo español), con la afición a la lectura (y él mismo a escribir libros) y con otras aficiones que actuaban de solaz mental con las que animar las horas infinitas, tediosas, de navegación oceánica.

CAPÍTULO IX

LA NAVEGACIÓN QUE ENGENDRÓ CRÓNICAS

LA escritura como entretenimiento fue, en Amengual, una razón varias veces reiterada a lo largo de sus libros (manuscritos o publicados). Se esforzó contumazmente a rechazar para sí cualquier pretensión literaria, no fuera caso que mereciera por ello burlas o reproches. De hecho, viéndose un simple marino mercante, mantenía comportamientos que le evitaran verse criticado por una pretensión fatua de escritor en sentido artístico y pleno de la palabra. La modestia lo dominaba y jamás se permitió para sí atribuciones laudatorias, ni directas ni indirectas. Ya había esgrimido semejante criterio en el libro de 1859, su primera obra de una cierta entidad, dedicada, como sabemos, a reconstruir sus viajes a una Crimea en conflicto bélico durante la llamada primera Guerra de Oriente. Dijo entonces en el proemio: «El móvil que me ha impulsado a escribir estos mis *Recuerdos de mis viajes a la Crimea*, no ha sido otro que el de facilitar a mi imaginación algún entretenimiento para no sumirla en las penosas cavilaciones que acarrea una larga estancia en medio del mar. En efecto, las distracciones de un marino que incesantemente surca el océano, sobre áridas, son tan reducidas, que llegaría a cebarse en él, mayormente cuando tiene muchas contrariedades en sus navegaciones, ese esplín roedor de la existencia, que nos hace insufribles, o cuando menos insustanciales. A precaver, pues, tamaño deslíz se han dirigido mis miras al emprender la tarea de ocupar la memoria en un plausible fin durante estas tristes circunstancias que en mí frecuentemente militan. No se crea, empero —concluye—, que al dar publicidad a mis desvelos abrigue la vana pretensión de presentarme lúcido y extenso narrador de aquellos sucesos que forman una página gloriosa de la historia de las naciones que arredraron la autonomía del zar. A nada de eso aspiro. Seguramente que mis cortas luces literarias no alcanzan a tanto» (1859: V y VI).

De nuevo en 1899, cuarenta años después de su primera declaración de intenciones, Amengual volvió a aventar la función “terapéutica” del hecho de escribir, y lo hizo como prólogo a su memorial titulado *Sencillos recuerdos de mis 30 viajes y excursiones a los Estados Unidos con ligeras apreciaciones sobre aquel pueblo*⁶⁹. La monografía, en efecto, es tenida por el propio autor como el fruto de una distracción personal, incluso de acción balsámica para «nuestra agobiada mente, durante las largas horas de la mayor pesadumbre a que nos ha querido someter el Supremo Hacedor con tener que deplorar la pérdida del ser que tanto hemos querido, porque era nuestra inseparable compañera en el camino del verdadero amor conyugal».

Digamos, en este sentido, que para entonces, en 1899, no sólo era viudo de su estimada esposa Práxedes Biale Coll, con quien se había casado por poderes, en Mahón, el 20 de julio de 1867, sino que aún lloraba la triste muerte de sus hijas Consuelo, de 3 años de edad, en enero de 1893, y de Olimpia, dos de las cuatro descendencias habidas en el matrimonio: Nanito, Olimpia, Carmen y Consuelo⁷⁰.

Más allá de los “efectos” sobre la psicología íntima de su autor, conviene saber que los *Sencillos recuerdos...* es visto hoy, académicamente, como un libro de explícito interés para las relaciones hispano-norteamericanas tras el Desastre colonial de 1898. Así lo estima la profesora Isabel García-Montón, de la Universidad Complutense de Madrid, quien ha sistematizado el análisis de los diversos textos de autores españoles que intentaron, en fechas muy próximas al fin de la guerra de Cuba, contribuir a normalizar las relaciones entre España y la América inglesa, ofreciendo, por parte española, una visión positiva de los Estados Unidos. Este es el criterio que la profesora sostiene en su estudio sobre los *Agentes de una aproximación cultural: viajeros españoles en los Estados Unidos tras la guerra finisecular*, presentado en el año 1999 en el congreso titulado «Traveling across cultures, Viaxes interculturais: The twentieth century american

⁶⁹ El libro apareció editado en 1899 por la Imprenta La Catalana, de Barcelona.

⁷⁰ Agradezco vivamente los datos que, sobre la descendencia conyugal, me ha proporcionado CAULES AMETLLER, Margarita.

experience», convocado por la Universidad de Santiago de Compostela (2000: 237-247) Dice García-Montón: «Ejemplos interesantes de esas manifestaciones de acercamiento se encuentran en los escritos del menorquín Esteban Amengual, marino y comerciante, que publicó, en 1899, *Sencillos recuerdos de mis 30 viajes y excursiones a los Estados Unidos*», como también —agrega la profesora— los nombres de José Alemany y Milá, Eduardo Maristany y Gilbert o Luis García Guijarro, entre otros (2000: 239).

Los seis meses que hubo de permanecer en Nueva York a resultas del accidente que había padecido su embarcación, Amengual cumplió un tiempo de especial producción periodística. Afirma él mismo: «Escribí entonces en numerosas correspondencias a diferentes periódicos, especialmente a los que se publicaban en Mahón, los cuales deseaba favorecer, siendo el principal tema de mis frecuentes escritos las noticias comerciales y las referentes a marina y transporte mercantil, para lo cual procuraba las novedades locales, así de la ciudad como de sus puertos» (1899: 24).

He ahí una declaración de principios periodísticos en toda regla. Notemos que el autor, expresa y deliberadamente, acometió una tarea de prensa de recabar y suministrar noticias de la actualidad mercante, comercial y portuaria del área geográfica de Nueva York, con la resuelta intención de comunicarlas a sus lectores de prensa. Y quiso tratar ese caudal con evidente pretensión informativa, hasta el punto de movilizarse él mismo para asegurar el logro de las novedades económicas que apetecía, no ya para sí como lo haría un agente mercantil, sino para ponerlas a disposición de su periódico. El valor de semejante hecho es vívido y poco discutible, en orden a perfilar la dimensión de hombre de prensa sobre la cual pretende basarse este trabajo de investigación. No obstante, el perfil periodístico de Amengual nunca hasta ahora ha sido tratado. Más aún: no ha merecido reconocimiento ninguno. Ni tan siquiera le ha sido otorgado, en su perfil biográfico, un mínimo de atributos periodísticos. Apenas unas palabras vagas, a ese respecto, conocemos que le hayan adjudicado sus coetáneos. Las primeras, en una compilación biográfica publicada por el *Lloyd* de

Barcelona: un periódico mercantil, financiero y político independiente, en su número 23º del 21 de febrero de 1891. Y las segundas, todavía más breves y fugaces, en las necrologías a que dio lugar su fallecimiento en 1901. Por lo demás, la vertiente de autor periodístico ha permanecido olvidada y desprovista de análisis durante algo más de un siglo.

La literalidad del reportaje biográfico que publicó el *Lloyd* fue reproducido luego por el mahonés *El Liberal* en sus ediciones del 2 y el 3 de marzo de 1891. De él extraemos la siguiente consideración: «Sin haber sido corresponsal obligado de determinado periódico [entiéndase, profesional contratado], ha escrito no obstante en muchos de los de mayor importancia, bajo la firma de *El Marino*, y sus artículos y correspondencias han sido siempre celebradas por su carácter verídico y descriptivo y su mucha utilidad, ya que en todas ha defendido los intereses de la navegación y con esto, los del comercio. Prueba de esto último [son] sus artículos sobre cuarentenas publicadas en el *Diario de Mahón*; sus no menos interesantes sobre el puerto de Barcelona que aparecieron en *Crónica de Cataluña*; sus estudios sobre derechos de tonelaje y arancelarios a los buques españoles en los Estados Unidos, que publicó *El Cronista* de Nueva York; sobre descarga de los buques, insertos en el *Diario de la Marina* de la Habana y otros muchos a cual más oportunos y más interesantes para la marina y el comercio, publicados en la *Revista Marítima* de Barcelona», en donde colaboró como cronista de comercio, al tiempo de haber sido fundador de la misma en compañía del marino y amigo Josep Ricart y Giralt.

A la vista de ese sesgo que se observa en el periodismo de Amengual, cabría considerar la hipótesis de haber pertenecido, a su vez, al campo de una modalidad de periodismo especializado que, precisamente, estaba haciendo acto de presencia en la prensa europea de su tiempo: el llamado periodismo económico.

Recordemos, al hilo, que tras los primeros esbozos de información económica a través de los llamados “Price-Currents” de los siglos XVI y XVII en la historia de la prensa en Europa, las primeras informaciones específicas sobre economía aparecieron en la prensa del siglo XVIII,

dirigidas principalmente a informar a las burguesías de los países coloniales, en relación al comercio con las colonias. Es el ejemplo de Francia, con el *Journaux d’Affiches*; Alemania, con *Staats und Gelehrte Zeitung des Hamburgischen*; y España, con *El Correo Mercantil de España* y sus posesiones ultramarinas (ARRESE: 2002). Pero será el XIX —la centuria sobre la que discurre la vida de Amengual— el período definitivo de la prensa económica tal y como la conocemos en nuestros días. En 1785 había nacido *The Times*, que desde sus orígenes mostró un interés por la información comercial y empresarial. Ya en su declaración de principios, en el primer número, señalaba que uno de sus objetivos era facilitar el intercambio comercial entre las distintas partes del vasto imperio británico. No obstante, el primer periodista financiero estable en este diario londinense llegaría en 1817, Thomas Alsager. Años más tarde, en 1843 nace *The Economist*. En 1882, Dow Jones y Bergstresser fundan «Dow Jones Company», agencia de noticias e informes financieros en Estados Unidos. En 1884 surgió en Londres el primer diario económico: *Financial News*. Mientras que en 1888 aparece *Financial Times*. Estos se fusionaron en 1945 quedando bajo el nombre de *Financial Times*. En 1889 Dow Jones Company cambia sus boletines Customers Afternoon Letter creando el primer periódico diario de Estados Unidos: *The Wall Street Journal*⁷¹.

Pues bien, la cabecera fundada en Barcelona bajo el nombre de *Lloyd* debemos entenderla como la apuesta española para consolidar una publicación periodística en la línea temática que atendían aquellas importantes experiencias de prensa económica del área anglosajona. Puesto que Amengual, para entonces, actuaba como empresario naviero, es lógico admitir que debió de sentir un interés permanente y explícito por la información económica; y que, en la medida de lo posible, contribuía con comentarios, artículos y notas informativas.

Ello no obstante, a nosotros nos interesa, en este estudio, poner a examen al Amengual que se nos muestra cronista viajero; y, por lo tanto, autor de una

⁷¹ Véase de Ángel ARRESE *Prensa económica: De la ‘Lloyd’s list’ al ‘wsj.com’*; en particular, el capítulo primero sobre los antecedentes de la prensa económica desde los orígenes al primer tercio del XIX, págs. 25 y siguientes. EUNSA, Pamplona, 2002.

cronística de viajes en lengua castellana. Quede subrayado, entretanto, ese otro rasgo del periodista económico como prueba de la legítima posibilidad de ver, en su persona, a un hombre de prensa, hasta hoy enteramente desconocido, que sepamos, de la historia periodística española.

De nuevo en los apuntes autobiográficos, como ya queda puesto de relieve en las páginas anteriores, se reitera la justificación de su actitud ante el fenómeno de la prensa que convive en su vida de marino: escribir como distracción psicológica: una evasión de mente y espíritu. De todos modos, señala al periodismo como una de las modalidades literarias practicadas por él. Lo mencionaba expresamente en el manuscrito inédito, de puño y letra, de que venimos haciendo referencia, al decirnos que, a lo largo de su vida, acostumbró a «borronear algunas líneas para la prensa sobre cosas sencillas».

9. 1. Entretenimiento de ciento veintitrés crónicas

Ahora bien: por encima de la modestia —acaso excesiva— que aplica Amengual a los méritos que le atañen, la realidad palpable es que las aludidas *algunas líneas para la prensa* acabaron formando un grueso pliego de ciento veintitrés crónicas viajeras, generalmente ricas de contenido y prolijas de extensión. Así es, al menos, para la perspectiva de la prensa local menorquina, que son, de entre todos sus escritos periodísticos, las que han podido ser recopiladas, reunidas en un grueso volumen cronológico, y, ahora, sometidas a estudio retórico y sistemático del mensaje periodístico que contienen.

Por más que debamos admitir que Amengual nunca pretendió actuar como cronista de prensa (ni tampoco como escritor literario, como él recalca), los hechos más visibles no pueden ocultar que, sin embargo, ha dejado una obra cronística real y concreta, digna de atención, para la historia de la prensa del promediar del XIX. Y que, en todo caso, se trata de una rica cosecha de textos que lo proyecta a una posición pionera, en lo que se refiere a la práctica de los géneros vinculados al periodismo de corresponsalía: la crónica viajera, en primer lugar, y las primeras fórmulas de reporterismo volante, de otro lado.

Aunque sabemos, por afirmación explícita suya, que colaboró en periódicos como *La Crónica* de Nueva York (1866, luego rebautizado *El Cronista de Nueva York*, y más tarde reconvertido en *Las Novedades*, 1876), o en el popular *Diario de la Marina* (1844) de la Habana, sin contar la prensa de Barcelona, la obra expresamente periodística que de Amengual conocemos, gracias a la recopilación que nosotros mismos hemos efectuado, se contiene en las páginas de la prensa local mahonesa de los años sesenta del ochocientos. Son los que tomamos como base para llevar a cabo el análisis de su producción cronística, a la luz de la preceptiva del género de la crónica aplicado a la modalidad viajera, que habremos de estudiar en los capítulos sucesivos.

Como resumen de su biografía marina, su historial de piloto conoció los siguientes hitos cronológicos más sobresalientes, a manera de compendio final:

- Aprendizaje en los jabeques «Neptuno» y «Pablo».
- Primer viaje de cabotaje, con 13 años (1843), en la polacra-goleta «Neptuno», hasta 1845.
- Agregado al pilotaje en la fragata «Rosa» (1845), rumbo a América. Tenía 13 años. El barco naufraga en Mobila y regresa a Europa en la «Curra».
- Agregado en el bergantín «Triunfo», de la compañía Pedro Plandolit Hermanos de Barcelona, en 1847.
- Más derroteros en el bergantín «Barceló», 1847.
- Examen en Cartagena para tercer piloto. Primer viaje a América como piloto en el «Triunfo». Así continuará cuatro años seguidos.
- En Cádiz, supera las pruebas de segundo piloto, 1852.
- Se le da el mando de la goleta «Salud», como capitán. Tiene 22 años.
- Embarca en la polacra-goleta «Invencible».
- En 1853, viaje de segundo en la corbeta «Caridad».
- En 1854, a cuenta de la naviera Pedro Plandolit, hace dos viajes a Alejandría en la goleta «Corza», en calidad de sobrecargo.

- En 1854, como segundo, se embarca en el vapor «Tharsis» y hace tres viajes a una Crimea en guerra internacional.
- Posteriormente, y durante seis meses, navega por el litoral de la Península Ibérica en diversas rutas. Va en el vapor «Barcino».
- En 1855, Plandolit le concede el mando de la fragata «Aurelia», que ostentará, con 26 años, largo tiempo.
- Habiéndose sometido a una renovación total, se bautiza en Mahón la «Nueva Aurelia». Bajo su mando, parte a Cuba en febrero de 1866. Aprovechando la escala en aquella tierra caribeña, se examina de primero.
- De la Habana marcha a Nueva York, pero el 20 de marzo sufre un accidente al ser embestida su nave por el mercante «Huntsville». Se ve obligado a permanecer seis meses en la capital americana, mientras se acometen los arreglos del barco y se resuelven los problemas legales del caso.
- A bordo de la «Nueva Aurelia», efectúa diecinueve viajes al Nuevo Mundo. Es el período de mayor intensidad viajera a aquel continente.
- En febrero de 1868 se verifica la botadura de la nueva fragata que le ha encomendado supervisar la naviera Plandolit. Se llamará la «Pedro Plandolit», también fabricada en las atarazanas de Mahón.
- En el verano de 1868, se lleva a cabo la primera travesía de esa nave rumbo a la Habana. De aquí, dejando la «Pedro Plandolit» amarrada en los muelles cubanos, emprende un largo periplo a Nueva York, Washington, Charleston, Mobile y Nueva Orleans. Al regresar a Cuba como simple pasajero en el vapor «Star of the Union», la embarcación embarranca en los arrecifes Los Colorados.
- Situado de nuevo en La Habana, realiza una ruta el 13 de febrero de 1869 hacia Liverpool. Estando el día 24 en el Banco de Terranova, debe socorrer al buque alemán «Johannes» y recatar a los naufragos, lo que le valdrá un premio del rey de Prusia.
- Ya en Liverpool, al concluir su misión comercial, acomete su periplo más largo: poner rumbo a las Islas Filipinas. Parte el 2 de mayo de 1869. Bordea el cabo de Buena Esperanza y llega a Manila en julio, después de 119 días de navegación ininterrumpida.

- El primero de octubre de 1869, vive, en Manila, un terrible terremoto. Once meses después de su salida de Liverpool, regresa a Europa con 20.000 quintales de tabaco.
- Toma el mando del buque «María», último de los que gobernará en su carrera. Realiza viajes a Marsella y a Charleston.
- A los 44 años de su edad, en 1873, y tras veintinueve de servicio a la marina mercante, decide retirarse del mar. Funda una compañía naviera y se dedica a los negocios.
- En su densa trayectoria, pues, quedan anotados 34 viajes a las Américas (24 hechos en calidad de capitán); una singladura a las Filipinas; 18 a diversos puertos europeos; y 3 al Mar Negro.

9. 2. Amengual y la empresa naviera de su tiempo

En el panorama catalán de los grandes empresarios navieros de la mitad del siglo XIX, Amengual ocupó un lugar de preferencia en el seno de una sociedad poderosa y de gran fama mercantil. Hablamos de la creada por los hermanos José Rafael y Pedro José Plandolit Matamoros: este último, nacido en la Ciudad Real de Chiapas de México. Como ha puesto de relieve en sus estudios de investigación económica el profesor Martín Rodrigo Alharilla, José y Pedro Plandolit «constituyeron en Barcelona, en noviembre de 1840, la firma Plandolit Hermanos, una empresa que se creaba para continuar los negocios que su común padre venía desarrollando en la capital catalana, tras su regreso del exilio, en Francia y en México. Dos años después, en 1842, se incorporaba a la firma familiar un tercer hermano, Nonito Plandolit Matamoros. Poco después, con la transformación de la Compañía Catalana de Vapor en la sociedad anónima Navegación e Industria, José Plandolit se incorporó como uno de sus accionistas, apareciendo públicamente como individuo de su dirección. [...] Tras la muerte, años después, de José Rafael Plandolit, sus dos hermanos reformaron, en diciembre de 1858, la escritura social haciendo constar que el capital de la empresa ascendía entonces a 550.000 pesetas. En esa fecha Pedro José Plandolit era uno de los tres directores de una importante compañía aseguradora de la ciudad, el Lloyd Barcelonés de Seguros Marítimos. [...] La firma Plandolit Hermanos acreditaba, de hecho, una gran actividad en el comercio marítimo, sobre todo con América. No en

vano, sus vínculos con México habían permitido a los Plandolit participar de forma destacada en la red de comercialización de algodón del sur de los Estados Unidos que, pasando por Matamoros y por La Habana, llegaba a Barcelona en plena guerra civil norteamericana (y, por lo tanto, en plena *fam de cotó*, o hambre de algodón), burlando así el cerco naval impuesto por la armada *yankee* a puertos exportadores como el de Nueva Orleans. Una parte de esa actividad importadora (y exportadora) la desarrollaban en sus propios buques. Así, a la altura de 1857 tanto José Plandolit, a título particular, como la casa Plandolit Hermanos figuraban en el listado que recogía las 80 firmas navieras de Barcelona, listado en el que se mencionaban las casas dueñas de buques o de parte de ellos domiciliadas en la capital catalana.

Y es que tres años antes, concretamente en septiembre de 1854, José Plandolit había matriculado en Barcelona el vapor «Mahonés», un buque de 164 toneladas de arqueo totales y 78 toneladas libres para la carga, construido en Inglaterra. Era éste el noveno buque de vapor inscrito en el registro de la capital catalana, tras los cinco primeros buques de la Compañía Catalana de Vapor-Navegación e Industria, los dos primeros vapores de Bofill, Martorell y Cía. y apenas tres meses después de que Pablo María Tintoré y Cía., S. en C., matriculara su primer buque en Barcelona. En julio de 1861 los Plandolit matricularon en Barcelona un segundo buque, la corbeta «Olimpia», un velero de 350 toneladas de porte de las que 303 se reservaban para la carga. Era, sin duda, un buque de gran porte, valorado en 1866 en 100.000 pesetas. Lo cierto es que la actividad empresarial de los hermanos Plandolit Matamoros les permitió incrementar notablemente tanto su patrimonio como el capital de su empresa. En menos de ocho años, entre diciembre de 1858 y septiembre de 1866, el capital de Plandolit Hermanos se había triplicado, pasando de 550.000 a 1.555.000 pesetas. Una parte de ese incremento patrimonial había permitido a los hermanos Plandolit hacerse con la propiedad de un segundo buque de vapor, de mayores dimensiones, capacidad y potencia que su primer vapor «Mahonés»: «Me refiero —señala Martín Alharilla— al vapor “María”, un barco de porte 770 toneladas de total cabida y 470 líquidas para la carga, cuyas máquinas acreditaban una fuerza de 500 caballos, construido en unos

astilleros de Glasgow, matriculado en enero de 1863 en la capital catalana y valorado, tres años después, en 400.000 pesetas. En septiembre de 1866 falleció en Barcelona el mayor de los hermanos, Pedro José Plandolit. El pequeño, Nonito Plandolit Matamoros, se mantuvo como el único gerente de una empresa que, a partir de entonces, adoptó una nueva razón social, Plandolit y Cía. Diez años después, en 1876, la veterana casa Plandolit quebraba. Terminaba entonces una larga aventura empresarial que les había llevado del comercio a la navegación a vapor: el primer vapor de los Plandolit, el “Mahonés”, acabó en manos del armador Cayetano Acuña, de Almería, que le dio su apellido, rebautizándolo como Acuña, mientras que el vapor “María” lo acabó comprando Pedro Miró Granada, un armador de Palma de Mallorca», concluye el profesor de la Universidad Pompeu Fabra (2007: 62-92).

En esa densa y exuberante historia de la navegación mercante barcelonesa, no cabe duda que uno de los capitanes de confianza fue siempre el mahonés Esteban Amengual. Y ello al punto, no ya de cubrir muchas veces la ruta marítima de importación algodonera, sino de ser designado para dirigir la construcción de dos embarcaciones en los astilleros de la capital de Menorca: La «Nueva Aurelia» y la «Pedro Plandolit». En su momento, las botaduras de una y otra nave fueron causa de gran regocijo social en Mahón, ya que habían ayudado sobremanera a asegurar muchos jornales en una industria naval que había entrado en una decadencia irreversible. La fragata «Pedro Plandolit» fue botada al mar la mañana del 25 de enero de 1868, despertando expectación popular inusitada. Había sido construida en los astilleros de los hermanos Jerónimo y José Tudurí de la Torre, con una eslora de 207 pies de Burgos, una manga de 38’5 y un registro de 1500 toneladas para la carga. Fue tal la satisfacción que dio la obra, que el domingo 1 de marzo se ofreció una comida en los talleres «a la maestranza y marinería que trabajó en la construcción y lanzamiento de la fragata [...] La comida fue espléndida [...]. En uno de los extremos de la mesa se hallaba el Sr. Amengual que debe mandar dicha fragata, persona que nos merece toda nuestra consideración y honra sobremanera a nuestra isla por lo bien que sabe desempeñar su cometido capitaneando los principales

buques de la casa Plandolit», como cuidó de remarcar el cronista del diario *El Menorquín*, al narrar el acontecimiento (EDICIÓN DEL 3-3-1868, Nº 456).

9. 3. Compendio de su hoja de servicios

En todo caso, concluyamos ahora el resumen de la biografía orgánica del autor. Dejamos de lado los episodios y las anécdotas relativos a los incidentes y naufragios vividos en sus años de navegación (incluidos los galardones recibidos por actos de valentía) y cerremos algunos detalles profesionales. El primer título de la marina mercante lo obtuvo en 1848, después de tres años de navegación profesional, en Cartagena, donde le otorgaron el diploma de piloto tercero. Luego, en 1852, pasó con bien las pruebas de segundo, en Cádiz. Y en 1866, de primero en la Habana. Finalmente, en 1873, después de haberse retirado del mando de buques, fue graduado de alférez de la Armada. Para entonces había reorientado sus actividades al frente de una compañía naviera que había fundado en Barcelona bajo la razón social de Amengual y Comas, para luego reconstituirla como Amengual y Compañía (21 de enero de 1875).

Como complemento a todo ello, su nombre aparece ligado, además, a diversos negocios. Por ejemplo: en los años ochenta del siglo, lo vemos en el cargo de presidente y director de la sociedad minera de carbón de la capital catalana, denominada El Faro Industrial, con un capital de 10 millones de pesetas. Figura en ella en calidad de socio, entre otros, con su cuñado, el menorquín Joan Biale Coll. La empresa explotaba las minas de carbón de piedra Adelfa, Junquillo, Violeta y Camelia, sitas en la cuenca de Sant Joan de les Abadesses, al sureste de la comarca del Ripollés (Girona). En aquellos años, la zona minera vivía su cénit de explotación, con una media de producción de 35.000 toneladas anuales. Hasta tal punto eran ricos aquellos terrenos, que enseguida se promovió la fundación de una línea férrea entre Barcelona y Sant Joan, inaugurada el 17 de octubre de 1880, para agilizar el transporte de las mercancías y el movimiento de la mano de obra.

Al año siguiente, en 1881, Amengual aparecerá, además, como presidente de un banco de recién fundación, la Sociedad Banco de Fomento de

Barcelona, autorizada notarialmente en el despacho de Francisco de Sales Maspons Labrós el 9 de diciembre de 1881, con un capital fundacional de 40 millones de pesetas, divididos en 80.000 acciones de quinientas pesetas.

Por notas periodísticas de *La Vanguardia* de Barcelona sabemos, de otro lado, que el 11 de noviembre de 1882, en la capital catalana se constituyó la denominada Liga de Contribuyentes, de cuya junta directiva Amengual fue elegido vicepresidente, bajo la dirección de Francisco Taulina, que la presidía.

También le tentó la política. Y así es como lo vemos aparecer en candidaturas municipales para el Ayuntamiento de Barcelona en la década de los años ochenta del siglo XIX. En representación de listas electorales de carácter liberal-sagastino, fue concejal de aquella corporación en mayo de 1883, electo por el segundo colegio de la capital. Obtuvo en aquellas urnas 120 votos. Según la consulta evacuada con la jefa del Archivo Municipal Administrativo, Montserrat Beltrán, el nombre de Amengual figura como vocal de la Comisión Permanente de Hacienda, como vocal de la comisión del matadero y como vocal de la comisión *ad hoc* constituida para erigir un monumento público a la memoria de Antonio López y López, naviero de excepcional renombre en los negocios navieros y primer marqués de Comillas.

La novedad de la participación de Amengual en las elecciones municipales de 1883 fue recogida y comentada de este tenor en la prensa mahonesa. La cabecera del republicanismo local, *El Liberal*, escribió: «Nuestro particular amigo y paisano D. Esteban Amengual figura en la candidatura ministerial para concejales que se votaba en el segundo colegio de Barcelona. A juzgar por los datos que traen los periódicos recibidos, puede considerarse segura la elección de nuestro amigo que, aunque no esté afiliado a nuestro partido político, no podemos menos de felicitar por la distinción de que ha sido objeto» (EDICIÓN DEL 8-5-1881, Nº 558). Tres días después, el 11 de mayo, el mismo diario *El Liberal* confirmaba la noticia de su proclamación electoral, «siendo de observar —apostillaba— que representará al mismo distrito de la Barceloneta en que fue elegido también nuestro paisano y amigo D.

Antonio Coll y Nicolás, quien deberá cesar en el propio cargo en fin de junio próximo» (Nº 561).

Pero hay más datos de su paso por la política local. En 1886 Amengual también actúa como vocal municipal en otra comisión formada para perpetuar un recuerdo público a Juan Güell y Ferrer. Y, en la renovación de cargos del ayuntamiento del año 1893, de nuevo se constata que fue vocal de la Comisión Permanente de Hacienda, vocal de la comisión especial del Eixample urbano y vocal de la Sèquia Comtal de Barcelona.

De otro lado, su dinamismo social lo situó como miembro del Ateneu Barcelonès y a presidir su sección de comercio; miembro directivo de la Cámara de Comercio de la capital catalana; jefe honorífico del servicio de botes salvavidas del puerto de Barcelona; director para la Ciudad Condal de la sección especial de la Reuter's Telegram Company de Londres, como venía denominándose desde 1865 el negocio de Paul Julius Reuter, fundador de la agencia de noticias homónima; gerente y consignatario para Barcelona de la compañía mahonesa de vapores La Marítima; y miembro fundador y director del Asilo Naval, instituido en 1877 como centro de acogida de huérfanos del mar.

A propósito de la tarea benéfica y educativa del Asilo Naval que tanto casaba con su espíritu humanitario, se cita el nombre de Amengual en el libro de autor anónimo *Álbum dedicado al Asilo Naval Español* con las siguientes consideraciones: «Su constante labor en favor de la institución fue verdaderamente excepcional. Socio fundador y vocal de la primera Junta de constitución del Centro Naval, con el cargo de director de la sección comercial, era en aquella época piloto mercante, naviero y redactor comercial de la *Revista Marítima* a los pocos años (enero de 1882) fue nombrado presidente efectivo del Asilo Naval, cuyo cargo en la junta directiva puede decirse que ya no abandonó hasta casi su fallecimiento ocurrido en 1901. Muchas veces, fundándose en la necesidad de descanso, presentó su dimisión, que no le fue admitida, si bien se le ofrecían licencias durante las que era suplido por un vicepresidente, sin dejar el cargo. En 14 de mayo de 1889 su dimisión fue ya con carácter irrevocable, pero la junta

salvó el escollo nombrándole presidente de mérito, con ruego de asistencia al mayor número de sesiones posible, las que tuvo que presidir por su categoría, no pudiendo, por otra parte, sustraerse a continuar trabajando con el mismo celo de siempre. Su actividad era asombrosa e incansable, y bien secundado por sus compañeros de la junta logró dar mucha vida a la institución, dándola a conocer incesantemente para mayor facilidad de protección y desenvolviéndola dentro de la lucha por la falta de recursos. Ya en 1886 organiza un viaje a Madrid con 40 asilados para que tomen parte en la tradicional fiesta cívica del Dos de Mayo, y aprovecha la estancia de ellos en la capital para hacer visitas a los centros oficiales en apoyo del Asilo, logrando, entre otros resultados, la concesión de 5.000 pesetas del Ministerio de Fomento para mejoras de la enseñanza [...]. A principios del siglo siguiente organiza la charanga o banda de música del Asilo. En el año siguiente, 1888, actúa en diferentes actos de la Exposición Universal; en 1892 va contratada a Mahón, en las fiestas de Nuestra Señora de Gracia, donde obtiene un éxito resonante, [siempre] acompañada por el señor Amengual [...]» (ANÓNIMO: 100 y 102).

Contrariamente a lo que cabría suponer, su fallecimiento conoció una muy escasa repercusión en el panorama de la prensa barcelonesa de su residencia y en la menorquina de sus orígenes. En lo que atañe a los periódicos de Barcelona, sólo nos constan breves notas necrológicas en *La Vanguardia* (edición del 30 de junio de 1901) y en *El Noticiero Universal* (edición del 24 de junio). La cabecera de los Godó se hizo eco de la defunción en una columna de portada que Josep Roca y Roca tenía en su sección La Semana de Barcelona. Sus pocas palabras fueron de este tono: «Don Esteban Amengual era una personalidad muy querida en Barcelona. Hijo de las Baleares, creo que de Mahón, llevaba en nuestra ciudad muchos años de residencia, distinguiéndose por sus conocimientos náuticos y por sus fructuosas iniciativas. En su juventud había navegado, conservando de su profesión de marino la afición al mar. En este concepto supo distinguirse como uno de los fundadores del Asilo Naval, por cuya institución benéfica sintió siempre acendrado cariño; como concejal de nuestro ayuntamiento y como individuo de la Junta de Obras de Puerto, en el seno de la cual tuvo y supo sostener más una vez pensamientos propios.

Tales eran y tan arraigados estaban en su ánimo, que al dejar de formar parte de aquella corporación, solía exponerlos, siempre que venía el caso, en las columnas de la prensa periódica, solicitando, ya que otra cosa no podía, el apoyo de la opinión pública. La muerte de don Esteban Amengual ha sido muy sentida».

Por su parte, el periódico vespertino (1888-1985) de Peris Mencheta expresó un dolor bastante más agudo por la desaparición de Amengual, a quien tenían por «nuestro ilustrado colaborador»; y ofreció un resumen biográfico mucho mejor documentado.

En el área periodística menorquina, los tonos necrológicos no se distinguieron por la generosidad y amplitud de las crónicas ni por la abundancia documental de las mismas. Pero es lo cierto que las plumas de los gacetilleros mahoneses fueron unánimes al elogiarlo como marino y como hombre de letras. Así queda plasmado en las páginas del republicano *El Liberal* (edición del 25-6-1901, nº 5997), el conservador monárquico *El Bien Público* (también el 25-6-1901, nº 8481 y del 27, nº 8483) y el semanario clerical *El Grano de Arena* (26 de junio, nº 353).

Amengual había expirado la mañana del 24 de junio en su domicilio del barrio mariner de la Barceloneta de la Ciudad Condal, a los 72 años de edad, dos meses antes de su aniversario, que hubiese tenido lugar el 29 de agosto. «En señal del luto que su inesperada muerte ha causado —nos describe el informador de *El Bien Público*—, y en atención al cargo que desempeñaba, con acrisolada probidad, celo e inteligencia, los vapores de “La Marítima”, surtos en este puerto, “Menorquín” y “Nuevo Mahonés”, han tenido hoy izadas sus banderas a media asta. Descanse en paz el alma de nuestro querido amigo y paisano, y ponga su apreciable familia al nivel del suyo nuestro dolor por pérdida tan irreparable. Q E P D» (EDICIÓN DEL 25-6-1901, Nº 8481).

Las exequias le fueron administradas en la parroquia barcelonesa de Nuestra Señora de la Merced. Luego, al ser conducido su cadáver al cementerio, actuaron los niños del Asilo Naval portando cada cual su

respectiva vela, mientras que sobre el ataúd —nos describe *El Noticiero Universal*— se hallaban colocadas dos preciosas coronas, la una de los hijos del finado y la otra de los dependientes de la Casa Amengual y C^a, de la que era jefe».

9. 4. Su producción bibliográfica

Su obra publicada la conforman los siguientes títulos, ordenados por grupos de libros de creación literaria y opúsculos o textos de carácter profesional, a saber:

Libros literarios

- *Recuerdos de mis viajes a la Crimea durante el memorable sitio de Sebastopol*, (1859). Imprenta El Porvenir, de Buenaventura Bassas.
- *Pobre amor*, (1864). Imprenta del Diario de Menorca.
- *El más afortunado de los hombres*, (1864). Imprenta del Diario de Menorca.
- *Querellas de amantes*, (1864). Imprenta del Diario de Menorca.
- *Desgraciados sucesos de un marino*, (1885-86). Narración en folletín publicada por entregas en «Los Lunes de El Liberal», Mahón, entre los números 117 y 148, del 31-8-1885 al 17-5-1886.

Opúsculos y textos profesionales

- *Reglas puestas en verso para evitar abordaje*, (1873). Anuario de la Dirección de Hidrografía de Madrid y reproducidas en el Anuario Hidrográfico de Valparaíso.
- *Discursos acerca de la industria naviera*, (1879). Pronunciado ante la Junta de Industria, Agricultura y Comercio de Barcelona y posteriormente impreso en la Imprenta Luis Tasso, Hijo.
- *Información naviera*, (1880). Discurso pronunciado en sesión del 5 de abril de 1880 en el Ministerio de Hacienda de Madrid. Imprenta Barcelonesa.
- Discurso en el Ateneo Barcelonés, 11 de enero de 1881. Imprenta Sucesores de N. Ramírez y Cía., Barcelona.
- *El puerto de Barcelona en 1888*.

- *El puerto de Barcelona ¿Por qué no tiene dique?*, (1892). Imprenta La Catalana.
- *Breves observaciones sobre lo del puerto de Barcelona*, (1899). Imprenta La Catalana.
- *Nueva serie de observaciones sobre lo del puerto de Barcelona*, (1899). Imprenta La Catalana.

CAPÍTULO X

UNA DIACRONÍA DE LAS PRENSAS Y LA PRENSA MENORQUINAS

PUESTO que la obra cronística de Amengual que es aquí sometida a estudio se contiene en las páginas de la prensa insular del siglo XIX y sólo en ellas, resulta natural —incluso ineludible— que nos preguntemos *in extenso* cómo era esa prensa, cuándo surgió y cuáles son sus hitos evolutivos. De ahí que la cuestión medular haya de ser: ¿en qué marco hemerográfico, periodístico e histórico circularon las crónicas viajeras que pretendemos analizar? Veamos de dar una síntesis de la diacronía periodística básica.

10.1. Raíces de la prensa insular

En la historia cultural menorquina, el fenómeno de la prensa periodística presenta una aparición muy tardía; tardía, no ya en el contexto de la prensa española, sino incluso también en la balear, ya que la ciudad de Palma, en la isla mayor, vio aparecer su primera cabecera de prensa en 1779, cuando aún se mantenían plenamente vigentes el Antiguo Régimen y el absolutismo político, por más que fuera una hora marcada en toda Europa por el pensamiento de la Ilustración.

La primera publicación periódica de Mallorca fue fundada por la Sociedad Económica Mallorquina de Amigos del País, bajo el título de *Semanario Económico* (VALENCIANO, 2009: 10). El periodismo menorquín de época contemporánea, sin embargo, aún debió esperar treinta y dos años más. No aparecerá hasta el 1811. Lo hizo sacando a la luz una publicación puramente efímera de sólo veintiún números que se llamó *Semanario de la Isla de Menorca*, pero a la que no le faltó una inequívoca voluntad noticiero-periodística. No hay, que conozcamos, ninguna manifestación anterior, ni en las etapas ilustradas del setecientos (con sus relacioneros, *gazettes*, *mercures*, *curriers* o *journals* tan abundantes en la Europa de entonces), y menos aún, en los siglos de la edad moderna desde la

implantación de la imprenta móvil de Gutenberg a mediados del siglo XV. La única excepción menorquina que cabría puntualizar, acaso con sesgo epistemológico, serían determinadas obras de ‘dietarismo informativo’, aunque de estricto y exclusivo alcance personal y privado de su autor, cuyo fenómeno no merecería otro calificativo que el de *paraperiodismo* o *preperiodismo*. Vendrían a ser algo así como productos de ‘periodismo privado’, si se nos permite salvar la contradicción *in terminis* que subyace en la expresión, puesto que no podría aceptarse cómodamente el concepto ‘periodístico’ en sentido riguroso si no va unido a la condición de formar parte de una transmisión de novedades para un receptor abierto y público —para una opinión pública, en terminología del siglo XX, por encima de todo supuesto individual, o *ad hominem*.

10.1.1. El *Diari de Mahó* del capitán Roca

Pues bien: de manera evidente, la modalidad de ‘periodismo privado’ es la que cabe adjudicarle al llamado *Diari de Mahó*: un cronicón de los siglos XVIII y XIX, escrito de puño y letra por su autor entre 1776 y 1826 que, todavía hoy, se mantiene inédito. La autoría es debida al capitán de la marina mercante, natural de Mahón, Joan Roca i Vinent (1750-1826).

En este cronicón, el capitán Roca recoge con gran detalle y por espacio de cincuenta años ininterrumpidos toda la actividad naviera y mercante del puerto de su ciudad natal; datos sobre la meteorología de la isla mediterránea; la descripción de los acontecimientos políticos, sociales y culturales, a su juicio, más sobresalientes; y, en suma, un sinfín de anécdotas y novedades locales que son ofrecidas con un marcado estilo noticiero —incluso telegráfico, diríamos, si no se nos achaca la comisión de un evidente anacronismo, porque la telegrafía aún hubo de esperar muchas décadas antes ser una realidad técnica operativa. Este singular testimonio escrito de ‘novedades’ se conserva en el fondo histórico de la Biblioteca Municipal de Mahón desde el año 1927, en que el Ayuntamiento de la ciudad lo adquirió a los descendientes directos de Roca Vinent (al precio de 750 pesetas), por mediación de Antoni Victory Taltavull, entonces presidente del Ateneo Científico, Literario y Artístico.

Es evidente el estilo noticiero que impregna el *Diari de Mahó* a lo largo de sus muchas páginas⁷². Sin esfuerzo alguno podemos seleccionar múltiples ejemplos que corroboran la impregnación informativa que los caracteriza: Para el día 4 de enero de 1777 consigna la siguiente nota, como género informativo, que traducida al castellano dice así:

El Gobernador, habiendo convocado a todos los caballeros de Menorca a su palacio, les ha propuesto que, puesto que hay poca tropa en la isla, sería muy de su gusto que ellos encontrasen o formasen entre los paisanos que nunca han sido soldados, un cuerpo de tropa de 500 hombres para soldados alféreces y tenientes, advirtiéndole que los oficiales mayores él los encontraría o nombraría entre los ingleses militares. Los caballeros no han respondido cosa alguna, dicen. Y pienso —concluye con una opinión— que no contestarán más.

Para el 22 de enero del mismo año dice: *Los jueces y jurados, con sacerdotes del Castillo [de San Felipe], han hecho una recolecta para la iglesia que han de construir en la nueva villa San Jorge (ahora Villa Carlos)*. El tono informativo se detecta sin duda alguna tras una simple lectura de la nota transcrita.

Para el 21 de marzo, también de 1777, el cronista escribe esta otra noticia objetiva: *Calma y vientecillo de sur, sureste. Ha llegado de Marsella el patrón Salleras, con madera.*

Ahora bien, el 27 de marzo, después de haber partido el capitán Roca el 21, desde el puerto de Mahón, con su barco, con destino a la ciudad de Cagliari en Cerdeña, recoge una anotación cuyo estilo recuerda el tono propio de un

⁷² Cabe decir, en realidad, que este cronicón no ha sido nunca estudiado completamente ni con la profundidad histórica y periodística que acaso merece. En nuestros días, el único intento parcial de acercarse a sus contenidos lo debemos al profesor Hirotaka TATEISHI, de la Universidad Hitotsubashi (Tokio). En 2005 viajó a Mahón y examinó de propia mano el manuscrito original, para luego redactar un análisis en la revista «Mediterranean World», que, en Japón, edita el Grupo de Estudios Mediterráneos de la citada universidad. Apareció en el volumen XVIII. Véase la noticia que, al respecto, publicó el diario insular *Menorca* el 25-11-2006, pág. 28.

cronista viajero, pues informa e interpreta lo que observa por sí mismo. Su tenor es el siguiente:

He estado en el Oficio Santo de la catedral (de Cállor). Es una bastante bella iglesia. El arzobispo Sr. José Agustín Delbecchi no ha oficiado porque está muy enfermo. Su deán ha oficiado por él. A la tarde, el virrey el conde de Mármora, con un gran acompañamiento, ha ido a visitar las iglesias. Aquí no acostumbran a hacer una gran procesión como en Mahón; sí que cada cofradía hace la suya distinta, y algunos de los cofrades, durante la procesión, dan a los señores y señoras papeles volantes que contienen sonetos y pequeñas poesías de la Pasión de Jesucristo, lo que leen igualmente en las iglesias. Y remata así las novedades de la jornada, con una descripción meteorológica: Embate de fuera, buen tiempo⁷³.

En efecto, el diario, sistemáticamente, nos informa de los hechos de los que fue testigo (o conocedor) el autor, así los ocurridos en Menorca día a día, como aquellos otros que vivió en el curso de sus periplos como marino mercante. El diario empieza el 7 de julio de 1776 y se cierra el 6 de octubre de 1826, a sólo cinco días de registrarse el fallecimiento del capitán. Forma un tomo de 1164 páginas en folio, y abraza períodos tan interesantes para la historia menorquina como la segunda dominación inglesa (1763-1781); la reconquista de Menorca por las tropas de Carlos III (1781-1782) y la consiguiente dominación española (1782-1798) a que dio lugar el hecho de armas; la nueva toma de Menorca y la tercera dominación inglesa (1798-1802), así como la época española desde el Tratado de Amiens, que devolvió la isla a España en 1802, hasta 1826, en que acontecen la guerra contra Napoleón, el Trienio liberal, la reacción, etcétera. Incluso consigna el estallido, en París, de la Revolución Francesa el año 1789, por más que esa capital, entonces, fuera un lugar remotísimo para los menorquines. Así, leemos el 24 de julio de aquel año: *És arribat de Marsella el patró Andreu*

⁷³ Aunque el *Diari de Mahó* se halla todavía inédito y sin estudiar a fondo, como hemos señalado, el profesor Gabriel Lladrés Quintana intentó publicarlo por entregas en las páginas de la «Revista de Menorca» en los números correspondientes a 1896-97, pero apenas reprodujo unas pocas anotaciones sin llegar a completarlo.

Roses amb son bric. La convocatòria dels estats de París hi ha ocasionat una espècie de guerra civil, confusió, tumults i molts de morts si les notícies són veres. Y agrega el 5 de agosto: Amb el correu es confirmen les notícies confuses, tumults, assalts de la Bastilla, etc. de París. El Rei per aquietar-los és estat obligat a prendre el partit del Terç Estat posant-se la cocarda blava que ells porten.

Para el historiógrafo mallorquín Gabriel Llabrés Quintana, el primero que quiso estudiar el manuscrito al tiempo de residir en Mahón como profesor del instituto de bachillerato entre 1896 y 1898, «esta clase de diarios o memorias es género poco cultivado en España, y en la lengua catalana dudamos que se haya escrito otro que abarque tan largo período de tiempo» (LLABRÉS QUINTANA, 1896/1897: 56).

10. 1. 2. Otros diarios privados en España

Sin embargo, de la misma época en la que vivió Joan Roca hay varios diarios muy interesantes en otras regiones del territorio español, tales como el *Diario* de Félix González de León, de Sevilla. Este memorable personaje (1790-1854) fue un erudito, escritor, historiador y cronista que centró todo su trabajo en el ámbito local de aquella ciudad andaluza, hasta niveles de fantástica proliferación. Sobre su vida se tienen pocos datos: fue funcionario de la Real Fábrica de Tabacos, y muy amante de las tradiciones de su ciudad. Entre sus obras principales se encuentran: *Noticia artística, histórica y curiosa de todos los edificios públicos, sagrados y profanos de esta Muy Noble Ciudad de Sevilla y de muchas casas particulares, con todo lo que les sirve de adorno artístico, antigüedades, inscripciones y curiosidades que contienen* (1844); *Callejero general de Sevilla* (1846); *Historia crítica y descriptiva de las cofradías de penitencia, sangre y luz, fundadas en la ciudad de Sevilla* (1852). Pero, a los efectos que aquí tratamos, la obra principal de González de León es la titulada *Diario de las ocurrencias públicas y particulares de Sevilla desde 1800 hasta 1853* (1853). Se trata de una colección de manuscritos de su propia mano y de folletos que forman un conjunto de veintisiete volúmenes, más el índice, que nunca han sido publicados. El original es propiedad del Ayuntamiento de la capital hispalense.

También cabe recordar el famoso *Calaix de Sastre* de Rafael d'Amat i de Cortada, primer barón de Maldá y Maldarell (1746-1819). Es un gran dietario en cincuenta y dos volúmenes escrito en lengua catalana por el autor, a lo largo de su vida, de los veintitrés años de edad (tres después de casarse) hasta su muerte. Es decir, de 1769 a 1819. El título es el que le puso el propio autor, refiriéndose al lugar donde se guardan las cosas más diversas e inverosímiles. Se considera uno de los textos importantes de la narrativa catalana entre los siglos XV y XIX, además de ser un precedente del costumbrismo y del periodismo local. Supone también un documento histórico valioso por su descripción detallada de hechos, acontecimientos y comportamientos sociales en la Cataluña de su época. Sin embargo, nunca ha sido publicado completo, sino únicamente algunas recopilaciones de fragmentos⁷⁴. Comenzó con la idea de que fuera como una pequeña gaceta periodística, en una época donde aún no había los grandes medios de comunicación de masas, pero sí interés bastante para enterarse de noticias fiables y diferenciarlas de los falsos rumores. Presta atención a noticias variadas, a la política, a lo que pasa en la ciudad de Barcelona, a las innovaciones mecánicas o tecnológicas o a su familia y criados. Pero también proyecta su foco en lo que hoy consideraríamos chismes que, para él, contenían curiosidad o rareza. Poco a poco, en el curso de las anotaciones, empiezan a tomar importancia las fiestas y los viajes. Más tarde, él mismo confiesa en su diario que leía fragmentos en voz alta en pequeñas reuniones para distraer y hacer reír a sus amigos. Esta modalidad de lectura en círculos cerrados llegó a constituir un pasatiempo muy apreciado y de no poca valoración social. Más tarde, se añade también, de manera progresiva, una nueva motivación de reflexión personal del autor: ordenar sus propios pensamientos y vivencias y procurarse un espacio íntimo. En sus viajes, el barón solía coger algunos textos antiguos de ese dietario personal para revisarlos y corregirlos, como distracción y como vía de escape para combatir el mal humor, la desazón y las preocupaciones. Otras motivaciones eran mostrar sus conocimientos específicos (por ejemplo en música), y escribir sobre cuestiones que le gustaban, como la misma música, o la descripción de paisajes, etcétera, además de dar su

⁷⁴ Se conserva una copia en el Archivo Histórico de la Ciudad de Barcelona.

punto de vista sobre lo que narra, con un alcance que, por más que pueda parecer primitivo, nos anuncia el periodismo de interpretación.

Para cerrar el breve repaso a los más notables casos de ‘periodismo particular’ del panorama nacional, es no menos plausible recordar la crónica titulada *Madrid en 1808*, con el subtítulo de «Relación de cuanto ocurrió cada día», de Rafael Pérez. Es un texto de relato de actualidad desde el Motín de Aranjuez del 18 de marzo de 1808, con el levantamiento nobiliario allí acaecido, y que llega hasta fines del mismo año. Tal y como nos advierte el autor, contiene «las noticias que corrían diariamente», de suerte que constituye —recalca Rafael Pérez— «un relato fiel de cuando sucedió día por día», escribiendo «cada día lo ocurrido en el día anterior»⁷⁵. Digamos que Pérez había nacido en la localidad de Quijona (entonces enclavada en la provincia de Toledo y, hoy, en la de Madrid) en el año 1775. Quiso estudiar medicina en la capital del país, pero acabó enrolado en el ejército, hasta que, tras licenciarse de las armas, se dedicó a ejercer de actor de teatro. Falleció en enero de 1832, en Madrid, dejando inédito su manuscrito con el referido dietarismo personal del año de la invasión napoleónica.

A punto fijo, no podemos saber qué indujo a cada uno de estos hombres a escribir diarios personales, a veces tan detallados y abrazando períodos de tiempo muy dilatados; pero tal vez las circunstancias propias de la quiebra del Antiguo Régimen afectaran a su historia personal, llevándolos a relatar los hechos ocurridos en su entorno como reflexión sobre su conciencia de identidad; y acaso también azuzados por el prurito de querer legar un relato cronificado de observador. Por su parte, el *Diari de Mahó* de Roca es, en realidad, la mejor y casi única fuente —al margen de los archivos municipales— que permite conocer lo ocurrido durante la transición del Antiguo Régimen al liberalismo en la isla de Menorca. Efectivamente, la catedrática Josefina Salord i Ripoll lo considera como la «veritable crònica de la vida de l’illa del 1776 al 1826» (SALORD I RIPOLL, 1999/2000: 32).

⁷⁵ Existe una edición crítica y anotada de esta obra, del año 2008, conmemorativa del bicentenario de la Guerra de la Independencia. Está editada por el Ayuntamiento de Madrid, a cargo de ÁLVAREZ BARRIENTOS, Joaquín, *ET ALTRII.*, con el título *Madrid en 1808: Relato de un actor*.

10.1.3. Los *Anales Menorquines* de Aledo

Otro caso conocido de dietarismo informativo de finalidad privada que, en Menorca, se despliega en las primeras décadas del siglo XIX es el que se conoce como *Anales Menorquines* de Aledo. Como la del capitán Roca, es una obra manuscrita en varios volúmenes que abarcan cuatro años completos, de 1830 a 1833, ambos inclusive.

Sin ser para nada una continuación uno de otro, el diario del capitán Roca, sobre la coordenada del tiempo, resultó verse temporalmente enlazado cuatro años después gracias a la ocurrencia de Francisco Aledo, si bien éste lo hará sin demostrar conciencia de continuación del trabajo de Roca y, desde luego, dando pábulo a su propio estilo, mentalidad y erudición enteramente personales.

A día de hoy, también los anales de Aledo permanecen totalmente inéditos; y, que sepamos, no han sido nunca analizados ni históricamente ni periodísticamente. Por su contenido, es una verosímil obra periodística manuscrita (o si se prefiere paraperiodística), por cuanto su autor, Francisco Aledo Preto, los redactó para su hijo ausente, de suerte que pudiera disfrutar el conocimiento de un flujo de novedades locales y de las noticias que iban sucediendo en la Menorca natal mientras éste permanecía en Barcelona cursando estudios de farmacia y, luego, al concluirlos, instalándose en una botica de aquella misma capital catalana. Aunque estos papeles no tuvieron circulación abierta (como sí pasa con los periódicos convencionales), este, digamos, ‘diario de novedades’ es innegablemente periodístico, a la vista de sus contenidos y de su finalidad informativa, por más que ésta fuese para *uso* privado, tal y como venimos insistiendo. De hecho, entendámoslo como un diario de noticias locales que fue redactado *ad hoc* para un lector único y concreto, de suerte que el destinatario (el hijo del autor) pudiera ir conociendo cuanto de interés iba aconteciendo en la isla de la familia. En el encabezamiento del año 1831, el propio autor explicita el objeto que perseguía: «Animado yo del deseo de ser útil a mis semejantes y persuadido que el aprender lo que sucede en el mundo y el comunicar a los otros lo que es provechoso, es un ejercicio honroso y filántropo [...], he estimado el tiempo restante en ir anotando y escribiendo

en forma de Anales lo que pasa en esta isla y lo que es digno de saberse, siguiendo una relación cronológica, sencilla y clara para acomodarse a todo género de inteligencias». En efecto, Aledo Preto se confiesa animado por cumplir funciones de ‘comunicación para los otros’, y de ir dando ‘forma a los anales de lo que pasa’ y para resaltar lo que es ‘digno de saberse’. Ni que decir tiene que la amalgama de esas tres funciones predetermina un evidente espíritu periodístico-informativo que no conviene despreciar, por más que se repunte de pálpito aún muy débil, de evidente arcaísmo⁷⁶.

Francisco Aledo Preto había nacido en Mahón el 5 de febrero de 1775. Se dedicó a la carrera del comercio, y fue individuo de las corporaciones municipales de su ciudad. Así, su nombre aparece en la lista de concejales para el año de 1822, en pleno trienio liberal, lo que nos ayuda a suponerlo un perfil de hombre constitucionalista y, por tanto, alguien ideológicamente avanzado. Más allá de la actividad profesional (un burgués patriota), siempre se sintió llamado al estudio, singularmente de las ciencias naturales por las que sentía una fuerte vocación, al tiempo que las consideraba la base ineludible sobre las cuales los menorquines debían asentar el progreso y el bienestar social. Abrazado a una explícita mentalidad cientifista, Aledo, en un cierto momento, consigna en sus anales este pensamiento: «La naturaleza en sí es prodigiosa y admirable, y las leyes que encierra son de la mayor armonía, constituyendo los más portentosos contrastes. Todo es bello en ella, y esta belleza coincide a hacernos observar las analogías y causas físicas que vemos aparecer en los vegetales y otras producciones de los otros reinos; y el modo cómo van recibiendo las impresiones de aquella y promueven el desarrollo y crecimiento en términos de podernos proporcionar la utilidad, el nutrimento y la comodidad»⁷⁷. Sólo a través del estudio de las ciencias naturales —opinaba— España y Menorca saldrán de la oscuridad que las envuelve.

⁷⁶ Los manuscritos originales están en poder de los descendientes, hoy representados por Humberto Ferrer, si bien el Institut Menorquí d'Estudis (IME), en sus fondos documentales, guarda una copia completa digitalizada.

⁷⁷ Véase el folio 298, volumen segundo de los *Anales Menorquines*, 1832.

Aledo se había casado dos veces. La primera, el 19 de abril de 1795, con Juana Antonia Amat Seguí, de cuyo matrimonio tuvo dos hijos: uno de ellos el farmacéutico Juan al que dedica su dietario noticioso. El 30 de noviembre de 1812, con 37 años cumplidos, y ya viudo, contrajo segundas nupcias, ahora con Catalina Frontí Cardona. Aledo falleció en su ciudad natal el 29 de enero de 1844, en puertas de su 69 aniversario, sin que la herida emocional por la pérdida de su idolatrado vástago Juan, padecida once años antes, hubiese restañado del todo en su corazón. Téngase en cuenta, al respecto, que el hijo había perecido víctima de un atroz accidente en la rebotica de la farmacia en la que trabajaba. En noviembre de 1832 murió envuelto en llamas al inflamársele un gas sobre el que había desparramado ácido nítrico que estaba manipulando en un frasco. El drama familiar que provocó este hecho aparece reseñado en los anales con todo el detalle que *merecía* como suceso de crónica negra que se cruzaba en su vida de ‘cronista privado’. Y es que hay que advertirlo: el padre, aún siendo presa del dolor más terrible, mantuvo no poca entereza al ocuparse de consignar en sus cuadernos la descripción cronística de los hechos al detalle (y transcribir las cartas particulares que le llegaron), relacionados con el accidente mortal sufrido por su hijo. Abatido por la tristeza y la pena, aún mantuvo su dietario abierto hasta bien entrado el año siguiente, haciendo bueno su compromiso de que «nada es más natural que el deseo de saber las cosas que pasan en el país natal», como se preocupa de escribir en el preámbulo a los anales de 1832.

Vistos desde la perspectiva de la Periodística, los anales contienen textos que, fundamentalmente, se asimilarían a los géneros informativos. De hecho, es un dietario, en esencia, informativo y noticiero. Pero no le faltan los textos interpretativos, a la manera de una crónica. Y tampoco los opinativos. Como método general, Aledo, conservando un orden cronológico invariable, redacta primero la novedad, con mayor o menor sentido de la exactitud noticiosa según, tiempo después, quedará fijado en el paradigma de Lasswell. Luego, continúa con párrafos de interpretación. Y, ya finalmente, en tercer lugar, los remata con juicios de opinión. Semejante esquema preceptivo anuncia, con un par de décadas de antelación, el género que iba a ser dominante y universal en el periodismo

español desde la segunda mitad del XIX y hasta la Primera Guerra Mundial. Nos referimos a la gacetilla, que elabora textos periodísticos que, a la vez, mezcla noticia, interpretación y opinión. Fue ése el género textual que acabaría actuando como un tenaz motor del periodismo ideológico o doctrinarista de tanta raigambre en el período.

Atribuido a la fecha del 30 de enero de 1832, leemos este texto informativo sobre una oleada de emigrantes que abandona la isla de Menorca:

Hoy ha salido de este puerto el correo para Barcelona, con el viento al NE menos que regular, cielo claro, excepto de que por veces pasaban algunos nubarrones. Este barco y otro que se prepara a partir para Argel, se llevan 200 personas, 80 el primero y los restantes [120] el último. Todas ellas van con el mismo fin a ver si podrán ocuparse con qué ganar su sustento, no hallándolo en ésta [tierra].

A continuación, entra en la interpretación y sigue la redacción así: *El temor de exponerse a morir de hambre les hace adoptar esta osada medida.* Y añade luego un juicio de opinión personal, no poco palpitante de interpretación a propósito de la hora social y económica recesiva por la que atravesaba Menorca:

Miserables y mil veces desgraciados menorquines que os veis expuestos cada día a abandonar nuestros hogares y vuestra patria natal, poniendo en peligro la vida para mendigar el socorro ajeno, dejando al abandono vuestros padres, vuestros hermanos, la familia y amigos. Fatalidad deplorable, y el caso de mayor amargura en que un pueblo puede caer. Qué continuas que son estas emigraciones. ¡Y en este estado nos hallaremos si la mano pródiga no detiene previendo estos males! ¿Cómo es posible que se mejoren? Un medio encuentro sólo capaz de hacerlo desaparecer: apartar lo que obste al comercio [...] Si no se hace así, o no cambian las cosas tomando un aspecto halagüeño, estamos perdidos.

*Quedaré sin duda ocupada la Isla por quién. Por los únicos poderosos. El Cielo no dé lugar a semejante adversidad*⁷⁸.

Los acontecimientos relacionados con la descripción del estado del tiempo y la crónica de sucesos son los que presentan un uso recurrente que cae de lleno en el estilo informativo y en el de la interpretación cronística: son los menos ‘contaminados’ de opinión. Veamos este ejemplo del día 19 de abril de 1832, que arranca con un tono informativo:

A la noche, mientras se hacía la procesión del Jueves Santo, al tiempo que el primer paso, o pasaje de las figuras que representan la pasión de Jesucristo, se hallaba en la calle del Pont des Castell, detrás de la sacristía de la parroquia [de Santa María], se cayó un balcón donde había tres jóvenes encima de él, que estaban mirando pasar dicho procesión. Dos de ellas cayeron a tierra, la otra quedó colgada por las faldillas en los hierros del mismo, pero al momento la salvaron; sin embargo, había ya recibido algunas contusiones, por fortuna la herramienta del balcón quedó pendiente a la pared, que si se hubiese dislocada enteramente [INTERPRETACIÓN], de su derribo resultaba tanto en esta última como las primeras una desgracia fatal, y a la gente que se hallaba debajo daños de consecuencia. A pesar de todo esto, [RELATO INFORMATIVO] de la caída de las piedras que lo sostenían llevaron, por efecto, algunas heridas a la cabeza y en la frente a las personas que eran en aquella inmediación, dejándolas algo maltratadas. El estrépito que hizo aquella caída atemorizó y puso a la gente de aquella proximidad en alarma, no sabiendo lo que iba a suceder. Todos se ponen en movimiento [CONTINÚA EL RELATO INFORMATIVO] para escapar del peligro, los de adelante viéndose empujados y temiendo de hallarse amenazados de algún peligro se ponen a correr para evitarlo; estos embisten a los que les preceden, estos a otros y así alternativamente, excitándose a la fuga, en busca de casas abiertas para poderse poner a salvo estas sin saber por qué motivo cerraron sus puertas. Llega este desorden hasta donde se hallaban colocados los milicianos realistas que eran al último de la procesión; estos, atónitos y atropellados por la

⁷⁸ *Anales*, tomo 2º, 1832, folios 33 y 34.

inmensidad de pueblo que caía encima de ellos, échanse a correr y, según se quiere decir, uno de ellos, el sargento que los conducía, se entró en una casa vecina y se desmayó, trayéndole luego sustancias espirituosas para que las olieran lograron el restituirlo los sentidos. A corto rato, se restableció la tranquilidad, desapareciendo el peligro, para dar lugar a la procesión de que siguiera el curso ordinario. Se ha abierto la sumaria del desorden de los milicianos realistas y han quedado disculpados, poniendo en evidencia [RELATO INTERPRETATIVO] que si algunos salieron de sus filas, fueron echados de ellas por el tropel de los acometió⁷⁹.

En cambio, el estilo es únicamente informativo en la siguiente reseña del 15 de julio de 1832: *Este día, de orden del su Ilustrísima, se han puesto en libertad a los sacerdotes que el día 20 del pasado se habían encarcelado en los conventos de Mahón y Ciudadela, sin otra satisfacción que el franquearles la libertad⁸⁰.*

⁷⁹ *Anales* de 1832, folios 85-87.

⁸⁰ *Ibídem* anterior, folio 138.

CAPÍTULO XI

LOS ORÍGENES PERIODÍSTICOS (1811-1838)

11. 1. De la Constitución de Cádiz a la Regencia de María Cristina

DENTRO del siglo XIX, la primera etapa en la historia de la prensa menorquina supera en poco el primer tercio de siglo, cuando, políticamente, España anduvo agitada por la lucha entre los dos modelos que hubieron de marcar (con no poca sangre de acción y reacción) la vida nacional de las primeras décadas de la centuria. Nos referimos, claro, a la dialéctica contumaz entre la mentalidad favorable al absolutismo (defensor de los derechos teocráticos e históricos de Fernando VII, quien se mantendría en el poder la mayor parte de este período), y la mentalidad emergente liberal, defensora de la constitución que promulgaron las Cortes de Cádiz de 1812. En particular, se trata, en lo periodístico, del bando ideológico que hace la proclamación jurídica, por primera vez, de la libertad de imprenta en España, lo cual, a su vez, había de dar lugar a un escenario de libertad de edición de papeles de prensa entre 1811 y 1814, como primera etapa, y, luego, en el llamado Trienio Liberal (1820-1823), que también conllevaría una plausible permisividad periodística.

Fue durante el primer gobierno liberal de la historia política española en el que se ha de registrar la aparición de la primera publicación periodística de la isla de Menorca. Antes, el panorama periodístico, (o preperiodístico) se ve dominado por un “blanco” prácticamente absoluto, descontados los casos de lo que hemos venido en denominar “periodismo privado”.

4.1.1. Las primeras imprentas menorquinas: Una consideración

Como se ha dicho, el primer papel periodístico llevó por nombre de cabecera *Semanario de la Isla de Menorca* (1811), editado en los talleres de la viuda de Fábregues: una saga medular en la historia de la prensa periodística primigenia y de las artes gráficas insulares.

De hecho, la familia Fábregues ha sido considerada la introductora del viejo invento de los tipos móviles ideado en 1450 por Gutenberg y sus colaboradores Fust y Schöffer en la ciudad de Maguncia. Bien es verdad, no obstante, que aquella familia menorquina protagonizó una innovación con carácter muy tardío respecto del conjunto español, pues fue en 1750 cuando Juan Fábregues Sorá, notario de profesión, se decidió a importar de Londres (entonces, metrópoli de Menorca) unas cajas tipográficas y una pequeña prensa. Obtuvo el instrumental por mediación de su primo Jaime Fábregues y lo instaló en su domicilio de la capital mahonesa.

Los legajos sacramentales de la Curia diocesana consultados nos certifican que Juan Fábregues había nacido en la localidad vecina de Es Castell (un arrabal del castillo de San Felipe, junto a la boca del puerto de Mahón). Era hijo del mallorquín de Palma, patrón de oficio, Aleix Fábregues Tarragó y de la villacarlina Juana Ana Sorá. El vástago de ambos, Juan, había casado el 24 de octubre de 1758 en la iglesia de aquel arrabal con Juana María Portella Quevedo, hija de un médico⁸¹. Ejerció el oficio de notario público en la ciudad de Mahón. Fue en este estado profesional que tuvo la ocurrencia de importar las primeras cajas tipográficas y una prensa para Menorca, sin que sepamos en absoluto la razón que lo impulsaron a semejante iniciativa. Descartado que pretendiera una eventual modernización del trabajo administrativo de su notaría (pues no hay libros de protocolos ni papel notarial a su cargo que hubiesen sido compuestos en tipografía), se nos escapa la intención concreta de su acto. Así el planteamiento, hay que enfatizar en lo que vale una hipótesis de estudio del actual director de la Biblioteca Pública de Mahón, Juan Francisco Sánchez-Nistal⁸², quien considera la posibilidad de que Fábregues Sorá haya sido, sí, el primero en introducir la técnica de la imprenta en la isla, pero no el primer impresor en el sentido convencional de la palabra, y menos aún en el sentido de primer editor de libros en Menorca. Entre 1750 y la apertura de la segunda imprenta menorquina por el francés Joseph Payen casi una

⁸¹ Archivo de la Curia Diocesana de Menorca. Libros de matrimonio, nacimiento y defunción de las parroquias de Es Castell y de Mahón.

⁸² Artículo de hipótesis «Juan Fábregues y la imprenta de Maó», de Sánchez-Nistal, en la revista «Mare de Déu de Gràcia 89», Editorial Menorca, 1989, págs. 89 y siguientes.

década después, transcurre un llamativo tiempo de ‘silencio impresor’, absoluto y general, que invita a pensar sobre la cuestión. No se conocen, en efecto, ni libros, ni folletos, ni hojas volanderas de ningún tipo que lleven el pie de imprenta de Fábregues. ¿Qué uso le había dado, entretanto, a la tecnología que había mandado traer de Londres? Una revisión bibliográfica de los fondos custodiados en el centro bibliotecario que dirige Sánchez-Nistal llevan a creer que Fábregues pudo ser el pionero en instalar una arcaica imprenta móvil antes que nadie en Menorca, pero que, en realidad, el maestro impresor pionero fue Payen. ¿Quién fue este personaje?

Se trataba de un profesional de las artes gráficas, originario de París que ostentaba el título de *Imprimeur du Roi* [Impresor del Rey]. Llegó a isla formando parte del ejército del rey Luis XV durante el episodio de la dominación francesa de Menorca entre 1756 y 1763, al socaire de la llamada Guerra de los Siete Años que enfrentó con armas a las potencias gala e inglesa. A ruegos del marqués de Puissignieux, primer gobernador francés, Payen abrió un taller de imprenta en Mahón; más exactamente: en la calle Pont des Castell o Pont de Na Gentil. El año exacto se desconoce, por más que la tradición hable de 1759⁸³, pero que nosotros queremos, dejarlo aquí revisado con el aporte de un simple detalle. En los fondos antiguos de la Biblioteca Pública de Mahón se guarda un documento impreso, relativo a una orden administrativa dada por el intendente francés de Menorca Antonio de Causan, que presenta este indiscutible pie de imprenta, con mención expresa de la fecha. Dice: *A Mahó: en Casa de Joseph Payen.... [12 de Janer de 1758]*; por lo tanto, anterior en un año a la fecha que los historiadores han acostumbrado a dar (sin duda, copiándose los unos a los otros) para la fundación del taller de Payen⁸⁴.

⁸³ Así lo señalan cuatro autores: FÁBREGUES SINTES, Bernardo, en su estudio *Imprentas de Menorca (1750-1896)*, en la «Revista de Menorca», 2ª época, 1896-97, págs. 212-218; HERNÁNDEZ SANZ, Francisco, en su trabajo *Sobre la invención de la imprenta*, también en la «Revista de Menorca», 1927, págs. 241-256; PONS JUAN, M. Esperanza, en *La imprenta en Menorca en los siglos XVIII y XIX. Notas para un estudio*, asimismo en la «Revista de Menorca», 1990, págs. 405-412. Y, en cuarto lugar, VILAVERDE GARCÍA, Camilo, en su libro *La prensa y las prensas de Menorca*, 1930, Tipografía Mahonesa, pág. 10.

⁸⁴ Véase el libro *Impresos menorquines del segle XVIII: Catàleg d'impresos que es troben a la Biblioteca Pública i Arxiu Històric de Maó*, 2004, duodécima ficha catalográfica, pág. 7.

También parece, al margen de los trabajos estrictamente administrativos (componer bandos, proclamas, edictos, órdenes y demás papeles de una nueva autoridad colonial que desea imponerse ante la población local recién ocupada), que Payen habría sido el maestro tipógrafo que sí habría inaugurado, en verdad, una actividad editorial. El primer libro conocido con un pie de imprenta insular del que tiene constancia la biblioteconomía menorquina es de autor anónimo, en lengua francesa, que se intitula *Essai politique sur les avantages que la France peut retirer de la conquête de l'Isle Minorque, dédié a Son Altesse Sérénissime Monseigneur Le Prince Louis de Witemberg*. La obra lleva consignado el año 1756, así como una mención geográfica de su lugar de producción: 'Port Mahón', dice, aunque queda en el aire dilucidar si fue un trabajo salido de las prensas de Fábregues o las de Payen. Razonablemente, hubo de ser un libro encargado por los franceses a su editor compatriota, con ocasión del éxito militar con que se había saldado el sueño francés de evacuar de suelo menorquín a sus rivales ingleses, y, con ello, pasar a controlar la estrategia naval que la isla implicaba para la geopolítica del Mediterráneo occidental de entonces.

A su vez, el segundo libro más antiguo de la bibliografía menorquina (hasta donde hoy conocemos, claro) ostenta también el pie de imprenta de Payen: un método para aprender la lengua latina, escrito por el menorquín Antonio Portella Enrich, y que va dedicado al conde de Lannion, entonces al frente de la gobernación francesa de la isla⁸⁵. No obstante, hay que saber que el libro (un manual de gramática para las aulas) fue reimpresso en 1783, ahora sí en los obradores de Fábregues, en una fecha en la que Menorca había pasado de nuevo a la soberanía española. No es de extrañar el lance, porque la tradición historiográfica acostumbra a asegurar que, ante la evacuación francesa de Menorca, Payen traspasó su taller a Juan Fábregues, quien vio así mejorada sensiblemente la capacidad técnica y productiva de su primitivo taller. En cualquier caso, no deja de ser sintomático que sea después de la marcha de Payen del suelo insular cuando empezamos a

⁸⁵ Se trata del libro de texto intitulado *Nou methodo per aprendere la llengua llatina, dedicat al Senyor Conte de Lannion, Per el Doctor Antoni Portella y Anric. Primera part, Dels Rudiments. A expensas del autor, Mahó, en casa de Joseph Payen, Impresor del Rey, Carrer del Pont del Castell, MDCCCLXII, ab permissio dels superiors*.

constatar una notoria actividad de producción editorial con el pie de imprenta de Fábregues. Pero habremos de esperar a la reorganización del negocio para conocer la primera impresión de una cabecera periodística. Sucedió tras el fallecimiento del cabeza de familia el 13 de marzo de 1793. Entonces, la viuda, Juana María Portella, se puso al frente del taller con sus hijos y constituyeron la razón social Imprenta de la Viuda de Fábregues. Con esta denominación se mantuvo hasta 1814, en que la madre murió, para, acto seguido, hacerse cargo los hijos del matrimonio.

Para entonces, los Fábregues ya habían protagonizado el mérito de fundar la primera cabecera periodística para la historia hemerográfica menorquina. Nos referimos, como ya habíamos anticipado, al *Semanario de la Isla de Menorca*, título al que le sucedieron inmediatamente otros ensayos periodísticos, la mayoría de corta duración, empezando por el propio proyecto pionero que sólo se extendió del 9 de junio de 1811 al 27 de octubre (veintiún números), en tamaño cuarto y que forma, hoy, un tomo de 114 páginas⁸⁶.

En su hoja prospecto, días antes de lanzar la publicación, los editores e impresores del semanario (los hermanos Antonio y Pablo Fábregues, hijos de Fábregues Sorá) la describían como un «periódico curioso, erudito, económico y comercial», muy en línea con los primeros experimentos de prensa en España de los años de la Ilustración, cuando se concebían los papeles periodísticos como elementos de transmisión de novedades, de hechos raros o curiosos, y de notas de interés comercial y económico. En el prospecto se añadía, además, lo siguiente: «Es tan generalmente sabida la utilidad de los periódicos que el quererlo manifestar sería superfluo y aún molesto a mis lectores. Así es, que son prerrogativa particular de las grandes ciudades, fiel medida de la ilustración de los estados y seguro barómetro de las costumbres, legislación y gobierno de los pueblos. El digno objeto que me he propuesto al emprender la redacción de este papel es el deseo de ser algo útil a mi patria y contribuir en lo que esté en mi parte a su mayor ilustración, por lo que suplico a mis amados compatriotas

⁸⁶ Sólo la Biblioteca Pública de Mahón conserva una colección de este semanario, aunque incompleta.

e ilustrados forasteros que se albergan en su seno, se sirvan ayudarme a esta tan importante obra con el fruto de sus estudios [...]. Constará este periódico de dos partes. En la primera, se satisfará a los dos primeros adjetivos de curioso y erudito, tratando de todos los asuntos pertenecientes a ciencias y artes. Todos los papeles que sobre estos puntos se me comuniquen tendrán cabida en este periódico; y se anunciarán con el nombre de sus autores, si lo quisiera así, o sólo con sus iniciales [...]. La segunda parte siempre tendrá por título: Noticias particulares de Menorca. En ella dará principio una nota de todos los buques que entren y salgan a la semana, la carga que conducen, los puertos de donde vienen y adonde van, como también de los que están a la carga, o prontos a dar la vela. Seguirán después las noticias particulares, como llegada de alguna remesa, dietas de todas especies, ventas por mayor o menor y parajes donde se hagan, almonedas, pérdidas y hallazgos, alquileres, sirvientes y cualquiera otra noticia que ahora no tengo presente». Notemos, pues, que se sitúa muy lejos de la prensa politizada que ha de caracterizar la florecida periodística que, simultáneamente, se está viviendo en el Cádiz de las Cortes generales y, de ahí, como epicentro nacional, en tantas y tantas capitales de provincia.

En consecuencia, podemos deducir de esos principios rectores que la pretensión de la imprenta editora fue la de lanzar un diario de avisos, sin faltarle a la 'identidad' fundadora los requisitos más canónicos del primer periodismo moderno de corte dieciochesco. No poco, nos debe recordar, necesariamente, al ensayo pionero en España del turolense Francisco Mariano Nipho y Cagigal cuando, en 1758, fundaba, en Madrid, su seminal *Diario Noticioso, Curioso-Erudito, Comercial, Público y Económico*. Muy lejos de creer que esta cabecera madrileña habría actuado de modelo de referencia para los talleres de la viuda de Fábregues, debemos constatar, sin embargo, que el semanario mahonés irrumpió en la palestra menorquina bajo los mismos fundamentos editoriales de divulgar las novedades comerciales y portuarias y las novedades eruditas y curiosas, a la manera que habían aspirado a cumplir los periódicos españoles de la segunda mitad del siglo XVIII. En efecto, al periódico de los Fábregues le caben las mismas palabras que el profesor Jaume Guillaumet adjudica a Nipho, a raíz de la fundación de su *Diario Noticioso...* «Nipho —afirma ese catedrático

catalán— fue el creador de un género genuino de diario local de divulgación y servicios [...]» (2003: 46). He ahí lo que persiguió, medio siglo después, la saga de los Fábregues para el territorio de la isla de Menorca.

Sin duda, la aparición de ese primer brote de prensa periódica para Menorca recae de lleno en el fenómeno de auténtica efervescencia que vivía la España de comienzos del ochocientos, en el marco del patriotismo exacerbado que infundió la ocupación napoleónica. Hay que recordar, en palabras de Juan Francisco Fuentes y Javier Fernández Sebastián, en su *Historia del periodismo español*, que del orden de «tres centenares de papeles periódicos vieron la luz en la España insurgente entre 1808 y 1814» (1998: 55), auténtica Meca del periodismo español del momento. La fiebre impresora había llegado a tal punto, que incluso la pequeñísima isla mediterránea (de apenas 700 km² y 30.000 almas repartidas en unos pocos municipios) se sintió contagiada por la ‘epidemia’ mediática general.

Sin embargo, en el temprano número de cierre del *Semanario de la Isla de Menorca* se añadió un suplemento que daba a conocer un lamento irrefrenable y letal, aún mayor si cabe si pensamos en la localidad de edición, la sencilla y minúscula ciudad de Mahón de sólo 13.000 habitantes: «Viendo que el número de suscriptores es tan corto que su producto no cubre siquiera los gastos —escribe como despedida pública—, se ve precisado a discontinuar la obra».

Fue, preferentemente, un periódico de avisos y noticias que hizo apuesta por la utilidad, con algunas inserciones de artículos de fondo más o menos polémicos. Acto seguido, el *Semanario...* fue sustituido, también a iniciativa de los Fábregues, por *Diario de Mahón*, al que siguió luego *Diario de Menorca*, el primero con este título y el de mayor duración del período de que tratamos ahora, ya que se prolongará desde 1812 hasta 1828. Tras su cierre, aún experimentó una segunda intentona y de nuevo salió a la palestra pública durante el año 1830.

Diario de Mahón, que inauguraba una cabecera de periodismo diario, se desplegó a lo largo de ciento ochenta y tres números, del 1 de abril al 30 de septiembre de 1812, para ser sustituido al día siguiente (1 de octubre) por *Diario de Menorca*. Uno y otro papel mantuvieron una adscripción liberal y constitucionalista, cómodamente amparados en la hora de libertad de imprenta consagrada en Cádiz, tras la entrada en vigor del decreto *ad hoc* dictado el 10 de noviembre de 1810 por los diputados constituyentes que se hallaban reunidos en la Isla de León, en la bahía gaditana, hoy de San Fernando.

El *Diario de Mahón*, respecto de su línea editorial, afirmaba: «La Religión y el Patriotismo, ambos a dos, han acordado la edición de un periódico en ésta [ciudad]. El objeto de una y otro interesa a todo Mahón. La instrucción y utilidad de todos es el blanco del Patriotismo: la Religión lleva por fin socorrer la orfandad. Todo va a conseguirse con la publicación de un diario». El primer fin: «Instruir deleitando es lo que gusta más [...]». Y en cuanto al segundo objetivo, dice: «El producto de este diario, extraídos todos los gastos, queda destinado a favor de nuestra Casa de Misericordia. En vuestra mano está poner en obra tan útil como piadoso proyecto» (ALEMANY, 1974: 111-112)⁸⁷.

Tras los primeros gérmenes más bien apolíticos, y hasta el fallecimiento de Fernando VII en 1833, los ensayos de prensa insular se abrirán también a la politización, a condición, claro está, de que España conozca o no etapas de liberalismo. Los talleres pioneros de los Fábregues sumaron, a los títulos citados hasta aquí, estos otros ensayos periodísticos: *El Crítico Menorquín*, del que no se sabe con certeza su tiempo de permanencia en circulación. Apareció el 30 de marzo de 1822, encarnando una posición de absolutismo férreo y ardorosamente decidido a combatir la línea política que, por su parte, estaba desarrollando *Tertulia Patriótica Mahonesa* (del 1 de abril al 30 de junio de 1822), una publicación periódica de ardiente constitucionalismo que se tiraba en una imprenta “rival” mahonesa perteneciente a la familia Serra, de la cual hablaremos más adelante con

⁸⁷ Citado por ALEMANY VICH, Luis, en su catálogo de hemerografía menorquina *La Prensa en Menorca*, «Revista de Menorca», 1974, págs. 111-112.

algo de detalle. También editaron otra cabecera de réplica, a la que llamaron *Talaya contra Brivons, o El desaristarcador*, que pretendió combatir a *El Aristarco* (1813-1814), también de los Serra. Y, en cuarto lugar, editaron *El Redactor de Menorca*, que, aunque fue anunciado el 13 de enero 1814, no hay constancia de que, en realidad, fuese lanzado a la calle con continuidad, ni siquiera el primer número. Hay la sospecha, pues, de que no pasó de mero anuncio.

Sintetizando lo que llevamos explicado, un hecho aparece diáfano. Aún cuando cabrían dudas a propósito de quién fue el primer impresor menorquín, en sentido editorial de la palabra, la saga de Juan Fábregues Sorá puede indiscutiblemente atribuirse la plena paternidad de la prensa periódica de la isla, de su establecimiento y de su primera consolidación histórica. Asimismo, habría de ser la familia con el historial más dilatado en el campo de las artes gráficas y del cultivo del periodismo que nunca haya conocido Menorca. Al pionero le sucederán hasta tres generaciones ininterrumpidas que habrán de llevar el apellido Fábregues vinculado a esa actividad hasta comienzos del siglo XX, en la persona del biznieto Bernardo Fábregues Sintés, que regentará sucesivos negocios de imprenta en la ciudad de Mahón hasta su fallecimiento el 13 de febrero de 1910. Había nacido el 26 de febrero de 1838, y con él se extinguía para siempre la línea genealógica de un apellido muy sustantivo para la historia de las prensas y la prensa de Menorca que había empezado su andadura ciento sesenta años antes.

Entretanto, el periodismo menorquín de los primeros tiempos ahondó en su consolidación gracias, también, a la fundación de otras empresas familiares de artes gráficas. Es así que hay que referirse al mallorquín Pedro Antonio Serra, acaso la de mayor prestigio junto a los Fábregues en el período que reconstruimos. Tras la vida efímera de los talleres de Pola de Medina (1812) y de Francisco Lanzón (1814), aparece en la capital de Menorca la imprenta de Serra (1812), creada por donación de unas cajas y una prensa que el suegro de éste, el mallorquín Pedro Savall, de gran fama en la balear mayor, le concedió tras contraer matrimonio con su hija Eulalia Savall. La imprenta Serra sobrevivió hasta 1862, en la persona de Guillermo Ignacio

Serra, para ser vendida, ese año, a su discípulo Miguel Parpal Pons, quien, bajo la razón social de su apellido, llevaría los talleres hasta 1939, y, como buque insignia de su largo historial, habiendo editado el diario conservador monárquico *El Bien Público* (1873-1939), con algo más de sesenta y seis años en circulación en la palestra periodística y 19.013 números editados⁸⁸.

Y bien: de la saga de los Serra tenemos, como primera de sus publicaciones de prensa, *El Imparcial de Mahón* con carácter noticiero (1813, de septiembre a noviembre), al que seguirá el *Telégrafo Menorquín*, que salió ese mismo año (20 de febrero de 1813) y durante una parte de 1814, hasta el 29 de mayo. Desde la misma imprenta Serra, le salió al *Telégrafo...* una competencia, no ya comercial, sino sobre todo ideológica. Los obradores de Pedro Antonio Serra sirvieron para lanzar el dominical hebdomadario titulado *El Aristarco* (19 de diciembre de 1813 a 29 de mayo de 1814), que se significó por ser periódico liberal avanzado, «y con el objeto —señala en sus páginas fundacionales— de añadir lo que se olvide al *Telégrafo Menorquín*; de invigilar sobre los deslices que por ventura se le noten; y de combatir vigorosamente los errados conceptos que se le escapen, arreglándole sin rastro de fanatismo y con toda imparcialidad, a la voluntad de la nación, al verdadero interés del pueblo y al deber de la religión» (ALEMANY, 1974: 47). Lo dirigió un fraile observante menorquín, llamado Vicente Ferrer Meliá, hijo de Francisco y Catalina. Refiere el biógrafo Joaquín María Bover que era natural de Ciutadella (18 de noviembre de 1773). Tras su “vuelta al siglo” en 1820, regentó una notaría pública y profesó enseñanzas para sordomudos, hasta fallecer el 4 de julio de 1821. Prácticamente, es a su sola pluma a la que se debe el periódico *El Aristarco* (1868: 290 y 291). Sin embargo, la publicación sufrió vida efímera, no más allá de veinticuatro números, «porque las ideas que sustentaba obligaron a la autoridad a oponerse a que se continuara publicando, por contener *expresiones indecorosas contra el trono y la autoridad real y ser papel revolucionario y republicano*, según se lee en una orden del jefe superior

⁸⁸ En toda la historia de la prensa menorquina, sólo el diario *Menorca* de nuestros días, fundado el 1 de febrero de 1941, le ha superado en años y número de ediciones, de manera que cabe afirmar que, de entre las cabeceras históricas insulares, la de más larga vida, influencia y peso periodístico ha sido *El Bien Público*.

político de las Islas Baleares, a la sazón don Antonio Malet, marqués de Coupigni, de 22 de julio de 1814» (VILAVERDE, 1930: 38). La represión contra el papel periodístico llegó al extremo de ordenarse la recogida de todos los ejemplares que hubiese en manos particulares, bajo amenaza penal para los que no los presentasen en el término de tres días, a contar de la fecha de la orden gubernativa. Advirtamos, al vuelo, que el marqués de Coupigni fue un general del ejército fernandino, de origen francés al servicio de la Corona española. Luchó en varias batallas peninsulares, distinguiéndose en la Guerra de la Independencia contra los franceses. En el año 1812 recibió el nombramiento de capitán general del archipiélago balear, desde febrero hasta noviembre, en que fue destituido. No obstante, en 1814, debido a su férreo ideario absolutista, fue repuesto en el alto cargo, ejerciendo un poder con mano de hierro durante los seis primeros años de gobierno de Fernando VII. Antonio Malet murió en Madrid el 12 de junio de 1825.

A la vuelta de Fernando VII de su exilio en el castillo de Valençay y restituido su poder absoluto omnímodo en 1814, el impresor Serra, por el florilegio de opiniones exaltadas que habían circulado en *El Aristarco*, no volvió a publicar periódicos en Mahón hasta el Trienio Liberal (1820-1823), a lo largo del cual imprimió *El Ciudadano Español*, dirigido por el progresista y doctor en medicina, de Alaior, Jorge Alzina Villalonga (1777-1823). El experimento hemerográfico, sin embargo, hubo de cerrar a causa del golpe cruel al constitucionalismo que Fernando VII, el rey felón, asestó a la libertad política tras los acontecimientos de los Cien Mil Hijos de San Luis del 23 de mayo de 1823 que abrieron las puertas a la Ominosa Década hasta 1833. Aún así, la caída de Tadeo Calomarde⁸⁹, mano derecha del rey y ministro de Gracia y Justicia a lo largo de todo el período ominoso, supuso para la prensa experimentar una cierta tolerancia —un, diríamos, ‘luto de alivio’— de la rigurosísima censura imperante. Coincidiendo con esa hora templada, en Menorca, los Serra, propietarios de la más liberal de las imprentas insulares de entonces, se animaron a editar un diario, al que

⁸⁹ Digamos, a título de anécdota, que el Gobierno de Cea Bermúdez, con fecha de 1 de octubre de 1832, decretó el destierro de Calomarde a su localidad natal de Villel de Aragón (Teruel). Más tarde, queriendo rectificar su destino de castigo, pretendió confinarlo en Ciutadella de Menorca. Pero, así que quedó enterado de ello, Calomarde huyó a Francia disfrazado de fraile. Moriría en Toulouse en 1842.

llamaron *Diario de Menorca*, que alcanzó doscientos catorce números editados, del 1 de junio de 1832 al 31 de mayo de 1833. No poco elocuente resulta el hecho de que aquellos talleres gráficos, en los años del Trienio Liberal, habían sido rebautizados como Imprenta Constitucional de Pedro Antonio Serra. Finalmente, esta casa editora también había lanzado a la palestra un *Semanario de Menorca*, que se inauguró el 1 de septiembre de 1828, y que se prolongó hasta el 30 del mismo mes del año 1830. En todo caso, fue un tiempo en el cual, anonadados los españoles por el cetro autoritario del absolutismo más represor y constante, no dio oxígeno para un mayor sostenimiento de la prensa periodística.

Tras el fallecimiento del rey Borbón (septiembre de 1833), de nuevo se levantarían los anhelos liberales de las casas editoras, tanto para el caso de la saga Fábregues como la saga Serra.

Ahora ya como Imprenta de la Viuda e Hijo de Serra, se refundó en 1836 *El Ciudadano Español*, bajo el lema agitador de “Constitución o muerte”. Pero apenas pudo sostenerse durante setenta números, entre el 1 de septiembre de 1836 y 11 de marzo del año siguiente (1837), aunque dispuso, eso sí, de una continuación directa a través de *El Correo de Menorca*, primero de este nombre en el repertorio isleño, periódico liberal-progresista, con ochenta y un números del 12 de marzo al 31 de mayo de 1837. Así mismo, durante los años de regencia de María Cristina, esposa del fallecido Fernando VII, la oficina de Serra imprimirá el *Boletín Oficial de Menorca* entre 1833 y 1836.

Mientras tanto, en los talleres de Fábregues se suceden dos *Diario de Menorca* (cuarto y quinto de este nombre), que abrazan, uno, de 1834 a 1836; y el otro, de 1836 a 1837; así como *El Eco Menorquín*, del 15 de marzo al 31 de mayo de 1837, defensor de un cierto liberalismo templado, en manos de su director, Miguel Vicens, que había anunciado en un número prospecto del 5 de marzo que el periódico se comprometía «a sostener la libertad legal y los demás derechos de los ciudadanos

consignados en la Constitución [habla de la de 1837⁹⁰], reclamar la exacta y pronta administración de justicia, la severa observancia de las leyes y atacar toda clase de desórdenes» (ALEMANY, 1974: 131). También aparecerá el *Diario de Avisos*, de tipo noticioso, con escasa duración (1837-1838), cuya liquidación final habrá de representar el cierre de esta primera etapa periodística menorquina y, en la práctica, durante los diecisiete años ulteriores, la interrupción de toda forma de prensa periódica en la isla.

Nótese que, en resumidas cuentas, se había forjado un tipo de publicaciones que, entre unas y otras, combinaron los experimentos de prensa noticiara pura y los de prensa ideológica, dando fuelle a ese criterio que no habría sino de ensanchar su vuelo a lo largo de la centuria, a través del cual los medios periodísticos actuaban de palestra en la lucha social y política, fortaleciéndose en el papel de armas aliadas de las facciones y las banderías al socaire del juego del liberalismo y la libertad de pensamiento, frente a los principios absolutistas. Sería, pues, la raíz del periodismo doctrinarista, tan hegemónico en la España del XIX.

⁹⁰ El nuevo texto constitucional, en efecto, reconocía la libertad de prensa sin previa censura, al proclamar: «Todos los españoles pueden imprimir y publicar libremente sus ideales sin previa censura, con sujeción a las leyes» (Título 1º, art. 2º). No obstante, esta disposición superior se vio empañada en su aplicación durante el período en cuestión, ya que una ley posterior (octubre de 1838) impuso la práctica del 'depósito previo', según la cual los editores debían entregar una copia de cada escrito en la oficina del gobernador civil antes de su publicación para su previa revisión.

CAPÍTULO XII

LA PRENSA INSULAR EN LOS AÑOS ISABELINOS (1855-1868)

REINANDO ya la heredera de Fernando VII, la controvertida Isabel II, la prensa insular retomó su quehacer periodístico, con el lanzamiento de *El Correo de Menorca* de 1855, segunda publicación de este nombre; y de *El Eco de Menorca*, del mismo año, con la común idea de convertirse en medios de información políticamente independientes. Habían proclamado, cada cual por su lado, que aspiraban a la defensa de los intereses materiales y el progreso de Menorca.

Ahora sí, cuando ya promedia el siglo XIX, habremos de entrar en los años en los que hemos de ver actuar al cronista viajero Esteban Amengual, que centra el objetivo de esta tesis.

En efecto, en el año 1855, la imprenta de José Ignacio Serra comenzó la tirada de *El Correo de Menorca* (como se ha señalado, un segundo diario de este nombre), pero conoció una fugaz existencia: sólo ciento cincuenta y seis números, de 19 de junio a 18 de diciembre. Sin embargo, la producción pasó, en el número setenta y nueve, a la Imprenta Fábregues, cuyos talleres permanecerán abiertos casi en solitario en el campo de las artes gráficas y con actividad periodística mientras durará la etapa isabelina. Es cierto que los talleres de Serra aún seguirán abiertos, pero habrán dado un giro a su actividad gráfica. Dejarán de imprimir papeles periódicos y, en suma, se sostendrán con especialidades netamente comerciales hasta 1870, en que se habrá de producir el cierre patronal definitivo, al no poder resistir la alta contribución que se le había señalado para aquella anualidad. Así nos consta por una gacetilla de información que se encuentra localizada en el diario *El Menorquín* (segunda época), de Bernardo Fábregues, que dice, con fecha del 17 de julio⁹¹, que se ha procedido al cierre del establecimiento de Guillermo Ignacio Serra que, entonces, consistía en una

⁹¹ Véase la edición nº 288 del citado *El Menorquín*, 11-7-1870.

tienda de papel y objetos de escritorio. En efecto, la sección de artes gráficas había pasado, desde 1868, a manos de uno de los discípulos aventajados de la casa, Miguel Parpal Pons, que fundaría la imprenta de su nombre, y cuya producción periodística no se hizo notar hasta 1873, con la función del importante diario insular *El Bien Público*, pero esa es otra historia que nos aleja de nuestra ruta.

El año anterior a la fundación de *El Correo...* había dado comienzo, políticamente, el Bienio Progresista. Como es tan sabido, este momento histórico se refiere al breve período que transcurre de julio de 1854 a julio de 1856, durante el cual el Partido Progresista pretendió, visto el fracaso de los gobiernos moderados del general Ramón María Narváez en la década anterior, reformar el sistema político del reinado. La profundización en el régimen liberal, claro, redundó de lleno en el campo de la prensa, con una voluntarista idea de redefinición de la ley de imprenta. En todo caso, María Cruz Seoane puntualiza y señala lo siguiente: «Poco interés ofrece la labor legislativa del bienio en materia de prensa, que se limita a la restauración de la Ley de 1837, con la aclaración del decreto de 1842 sobre lo que debe entenderse por periódico a efectos legales. Se vuelve, pues, a la situación del trienio esparterista. El gobierno dispuso en agosto de 1854 la devolución por el Tesoro a los editores responsables de las multas y costas derivadas de las condenas sufridas desde el decreto de Bravo Murillo de abril de 1852 [de represión implacable contra la prensa]. El gobierno surgido de la revolución —concluye Seoane— entiende que en la hora del triunfo debe resarcirse a la prensa que contribuyó a él de los efectos de las penas en que incurrió por su actitud de resistencia y acoso a la situación caída» (SEOANE, 1983: 228).

Ahora bien: para el caso de Menorca, la etapa se saldará con el intento de fundar, ahora sí, un modelo de diario estable, noticiero por encima de cualquier otra consideración o pretensión de lucha en la escena política. Incluso, por primera vez, la creación del papel periodístico iría acompañada de un reglamento orgánico y empresarial que se dio a sí misma, por ejemplo, la sociedad mercantil fundadora de *El Correo de Menorca*. Se deseó, pues, alumbrar el primer periodismo de noticias y de empresa,

salvando el pobre ensayo de las primeras décadas, en las cuales la idea noticiera no había ido más allá apenas de las novedades portuarias, los precios del mercado y otras bagatelas informativas de tono menor. Ahora sí se trabajará una cierta noción moderna de los géneros, si no exactamente informativos en el sentido académico, sí noticieros en sentido laxo del término. Esto es: los sueltos de gacetilla.

A pesar de su brevedad, *El Correo de Menorca* marcará ya unas pautas que seguirán los otros periódicos de la etapa. A partir de ahora, las cabeceras amplían el formato y emplean un papel más económico, en la búsqueda del abaratamiento de los ejemplares con la lógica pretensión de favorecer las ventas. Aparecen también acompañados de suplementos y se generalizará la publicación de folletos recortables y encuadernables, generalmente novelas de acento romántico, aunque, en otras ocasiones, tratarán temas de mayor interés. Para la publicación de ese diario insular, en efecto, se había constituido una sociedad capitalista editora, lo que podemos considerar un indicio de renovación, ya que marcó la tendencia a separar las figuras del editor, director e impresor.

Tuvo diversos directores: Pedro Orfila Sastre (1807-1855), que falleció el mismo año de la creación de la cabecera; Gabriel Seguí Vidal, que, desde el primer momento, figuró además como editor responsable; y Jaime Juan Moncada Triay, que pasa por haber sido el elemento capital del periódico. Había nacido el 9 de septiembre de 1825, hijo de una noble familia de origen catalán establecida en la isla en el siglo XVIII. En su ciudad natal de Mahón recibió sus primeros estudios, luego completados con sucesivos viajes por España y Europa. Después de una experiencia periodística en Madrid, participó activamente en la fundación del *El Correo...*, que hubo de constituir su único paso por el periodismo insular, pero con un recuerdo que ha quedado para la historia menorquina. Al registrarse su defunción, cincuenta y nueve años después de la experiencia al frente de aquel diario, los colegas locales todavía se acordaban de él con aprecio y distinción. El republicano *La Voz de Menorca*, a raíz del hecho luctuoso, escribió esta nota: «Ayer domingo [día 8 de febrero de 1914], a las cuatro de la tarde, fue conducido a la última morada el cadáver del anciano propietario don

Jaime J. Moncada y Triay. Contaba el finado 89 años de edad, y era muy apreciado por sus virtudes, ilustración y agradable trato. El señor Moncada se había dedicado a la literatura, dejando escritos un razonado folleto sobre capitalidad eclesiástica de Menorca y otro contra el servicio militar obligatorio [...]»⁹².

Vilaverde considera que, después de los periódicos de la etapa inmediatamente anterior, todos ellos de marcado sesgo politizado, con *E/ Correo de Menorca* «comienza la que podemos denominar [época] de empresa, independiente de aquélla [...]». «Este periódico consistía en la publicación noticiosa, breve y secamente, de todo suceso, por nimio que fuese, por insignificante que pareciera, y de todos los pequeños acontecimientos, públicos o privados, de la vida —apuntilla el autor— de cualquier personajillo de mediana posición» (VILAVERDE, 1930: 37). En su número prospecto lanzó la siguiente consideración: «La falta de un periódico destinado exclusivamente a defender los intereses morales de la isla, tan divergentes entre sí, por desgracia, como desatendidos y abandonados hasta ahora, deja en nuestra existencia uno de aquellos profundos vacíos que no pueden superarse ni con el activo celo de las autoridades municipales ni con la patriótica cooperación ni con ninguno de los medios de acción individuales que el espíritu público acierte a poner en juego». Luego, en el número de 24 de junio del año fundacional, aún podemos leer esta otra significativa declaración de sus principios editoriales rectores: «*El Correo de Menorca* no sostendrá ninguna bandera política, ni tampoco se adherirá, ni implícita ni explícitamente, a las miras de ninguna facción, ni partido militante, siendo el distintivo peculiar de su marcha una imparcialidad estricta y serena» (ALEMANY, 1974: 101).

Esta última tendencia debe considerarse con ciertas reservas conceptuales, dado que aún en esta etapa, y sobre todo en la siguiente, encontraremos periódicos menorquines, como los impresos por Bernardo Fábregues (de quien hablaremos enseguida), en los que el impresor seguirá siendo el *alma*

⁹² *La Voz de Menorca*, 9-2-1914, nº 2977.

mater de la publicación, así en los aspectos técnicos de edición como en los ideológicos de su línea de pensamiento.

También en 1855 (un 19 de diciembre) la imprenta de los sucesores de Fábregues comenzará la tirada de *El Eco de Menorca*, para cubrir el cierre de *El Correo...*, que se había verificado el 18 de diciembre del mismo año. Como éste, también aquél se proclamaba diario independiente, bajo la dirección de Juan Fábregues Pascual (a su vez, impresor), y luego puesto en manos del catalán Francisco Giménez Guitet. Así, pues, ambos diarios, a pesar de tener títulos de cabecera distintos, suponen ensayos periodísticos perfectamente consecutivos entre sí, sin solución de continuidad. A su vez, la interrupción de la primera de las cabeceras el 10 de noviembre de 1858 dará pie a ser sustituida, el 1 de diciembre siguiente, por *El Diario de Menorca*, un nuevo periódico noticioso cuya vida se prolongará durante un tiempo excepcional: ocho años ininterrumpidos. Fue entonces, prácticamente, el único diario en activo en la geografía menorquina. Además, de él podemos destacar la publicación de folletos de sumo interés para la cultura insular, como, por ejemplo, una *Guía de forasteros de Menorca para el año 1863* (primera publicación de esta modalidad en los historiales bibliográficos de la isla), un *Romancero Balear*, e, incluso, un título de materia científica, como fue una *Flora Menorquina* del botánico local Joan J. Rodríguez Femenies.

Es en las páginas de *El Diario de Menorca* de esta época, exactamente, que encontramos las primeras crónicas viajeras de Esteban Amengual de las cuales tenemos seguridad hemerográfica. En realidad, es uno de los cuatro periódicos principales de que se sirvió para dar a luz su cronística viajera.

En sus bases fundacionales, ese periódico diario proclamó a su salida, el primer día, querer consagrarse al «sostén y defensa de los intereses morales y materiales del país [aquí, en sentido insular de la palabra, esto es, donde viven los paisanos], a mantener y estrechar la unión entre sus moradores, y a combatir y alejar toda causa de discordia que apareciere». Fue así que, de raíz, y a tenor de la hora que vivía la prensa española, su prospecto añadió esto otro: «No debiendo sostener ninguna opinión política, los escritos de

esta clase que en él se inserten, deberán ser, a más de decorosos, templados y cooperar al objeto de la base anterior, o cuando menos a no malograrlo. Con tales condiciones —agrega—, y cuando el periódico haya llenado los requisitos necesarios para admitir escritos políticos, publicará los que defiendan cualquier opinión, mientras no salgan del terreno legal».

El temor al tenaz control gubernamental sobre la prensa de ese momento queda bien evidenciado en esas palabras. Estamos inmersos, claro, en la etapa política dominada por la Unión Liberal de Leopoldo O'Donnell, sólidamente asentada en el poder del Estado. Es la etapa en la que se ha de dejar sentir con toda su gravedad intrínseca la Ley Nocedal sobre prensa del año 1857: un texto que, como nos recuerda Begoña Urigüen, fue promulgado en las Cortes españolas por el procedimiento de urgencia (1986: 133). Y tal y como también nos señala Seoane, aparte de haber sido la norma de prensa de más larga vigencia en el período de la Unión Liberal, representa una nueva legalidad que hubo de entrañar «un nuevo endurecimiento, estableciendo una serie de minuciosas disposiciones para frenar a la prensa, sobre todo de carácter pecuniario, como elevados depósitos (300.000 reales para crear un diario, y 60.000 para los demás) y sanciones [...]» (SEOANE, 1983: 243).

Con la Ley Nocedal como cruz cargada a las espaldas, toda la prensa española hubo de resentirse. Y la menorquina, en no menor grado, porque era muy débil empresarialmente. Por ello, durante la etapa de la Unión Liberal, el periodismo vivo en la isla de Menorca se redujo a una única cabecera.

No olvidemos que las disposiciones del coruñés Cándido Nocedal y Rodríguez de la Flor, hombre de ideario católico integrista y ministro de la Gobernación tras la caída del Bienio Progresista (1856), dispusieron el aumento del depósito previo para publicar prensa periódica hasta los 300.000 reales en Madrid, y 200.000 en provincias. Además, las responsabilidades legales se hacían recaer en el editor-director-autor, lo cual explica que *El Diario de Menorca*, junto al pie de imprenta de cada número editado figurase esta apostilla: 'El director y editor responsable,

José Hospitaler'; y que, al final de todas las secciones de noticias y sueltos de su periódico, incluso las que procedían de extractos de prensa recibida del exterior de la isla, este mismo director-editor consignara su nombre y apellido. La Ley Nocedal, que Josep-Francesc Valls describe como «una mezcla de censura previa, depósito y sistema preventivo» (VALLS, 1988: 128 y 129), se mantuvo en vigor durante toda la etapa de la Unión Liberal, y no conoció cambios hasta la promulgación del texto legal siguiente: la llamada Ley Cánovas del 22 de junio de 1863, que supuso un tímido aperturismo, aunque frenado en seco por los graves acontecimientos de la sargentada de 1866.

De la cabecera *El Diario de Menorca* llegaron a editarse 2.435 números, entre el 1 de diciembre de 1858 y el 31 de octubre de 1866, bajo la dirección del maestro de escuela Josep Hospitaler Cavaller, quien también figuraba en el papel de editor responsable. Ese personaje, además de haberse labrado una posición excelente como pedagogo (fundador del Colegio Mahonés de primera enseñanza), se ganó un renombre periodístico nada vulgar. Se había casado con la mahonesa Francisca Orfila Sanz, entonces residente en la localidad de Es Castell, el 26 de febrero de 1847. Él tenía 26 años y era natural de Valencia, y la contrayente, 20. Tuvieron cuatro hijos: José Mauricio (1850), Juan (1853), Francisca (1856) y Jesús (¿?, pero fallecido en Valencia, tierra paterna, el 1 de abril de 1884, como también en Valencia fallecerá su hermano mayor José Mauricio el 8 de octubre de 1906).

Y bien: de las ciento veintitrés crónicas de viaje de Esteban Amengual que forman, aquí, nuestro corpus de análisis, sesenta y cuatro fueron publicadas en las páginas de *El Diario de Menorca* de Josep Hospitaler, entre el 26 de febrero de 1861, la primera, y el 9 de septiembre de 1866, la última. A continuación, el resto de su correspondencia viajera habría de trasladarse, sucesivamente, a los diarios titulados *El Menorquín* (primera época), *Diario de Mahón*, *El Menorquín* (segunda época) y *El Constitucional*, en cuyas páginas veremos finalizar la densa y prolija serie de cartas periodísticas que Amengual escribió espolado por sus continuos periplos marítimos en todos los mares.

A *El Diario de Menorca* le sucedió, en la imprenta de los Fábregues, otro diario que no pudo sino mantenerse en la estela de las cabeceras entonces toleradas por la autoridad gubernativa: se autodenominó a sí mismo como periódico literario, científico e industrial y tuvo por título *El Menorquín*. Su creación fue debida a la iniciativa personal de un hijo de la saga Fábregues: Bernardo Fábregues Sintés, quien lo lanzó a la calle el 12 de diciembre de 1866, un mes y medio después del cierre de *El Diario de Menorca*, que se había impreso en las talleres de su familia, como ya sabemos, y en el cual él mismo había trabajado como cajista y, a partir de 1864, con veintiséis años de edad, como colaborador con unas primeras composiciones poéticas de muy escaso valor. Fueron sus primeros textos dados a la prensa insular. Ni que decir tiene que estamos, legalmente, en la etapa de la Ley Cánovas, con todo el endurecimiento que impuso la sangrienta sublevación del cuartel de artillería de San Gil, al estallar un motín contra la reina el 22 de junio de 1866, en Madrid, bajo los auspicios de los partidos progresista y democrático que planeaban la caída del sistema político de la monarquía de Isabel II.

Como antes en *El Diario de Menorca*, también en *El Menorquín* vamos a encontrar la continuación de las crónicas viajeras de Amengual. Exactamente, publicó nueve en sus páginas. Luego, en períodos subsiguientes, otras veinticinco aparecerán en *Diario de Mahón*; doce, en una segunda época de *El Menorquín*; y, por último, trece en *El Constitucional*, hasta el cierre de este diario el 30 de mayo de 1872, que es la fecha que, convencionalmente, fijamos como de conclusión de la cronística viajera del mahonés que aquí estudiamos.

La primera época de *El Menorquín*, en realidad, atravesó una lánguida existencia, ya como reflejo de la estrechez indefectible con que la prensa de esos años pudo desarrollar su tarea, ya como expresión de ciertas causas netamente intestinas que nos explican la vida desfibrada de la prensa isleña de los años finales del reinado isabelino. El director e impresor de aquel diario, Bernardo Fábregues, hubo de sembrar como un reguero a lo largo del bienio que aguantó la edición (1866-1868) reiterados lamentos por la falta de suscriptores y la escasa publicidad contratada. Incluso escribió una

serie de cuatro artículos, en portada, con el título genérico «El periodismo en Menorca» en el año 1867. En ellos encontramos palabras de este tenor: «Doloroso es ver la indiferencia con que se mira en Menorca el periodismo [...]», aún cuando el periodismo es una actividad que «busca continuamente novedades de que ocuparse, abusos que corregir y méritos que ensalzar. ¿Pues por qué no se dispensa protección al periodismo? Porque la verdad amarga hasta en la boca del que la pronuncia, y todos queremos ser ensalzados y tememos la justa crítica de nuestras mismas acciones. Dicen muchos: el periódico de Menorca es tan pequeño, son tan reducidas sus dimensiones, que preferimos suscribirse a otro de Madrid o Barcelona, etc., y no saben que siendo el periodismo reflejo de los pueblos y de las naciones, si grande es el pueblo, grandes serán las publicaciones periódicas; y si falta la ilustración del periodismo, falta la ilustración del pueblo. El periódico sin protección no prospera y llega a languidecer y a morir. En Menorca hay unos 36.000 habitantes, sin contar la guarnición, y sólo alcanzan a lo más a 250 suscriptores; es decir, al 14 por ciento. [...]». Otra prueba patente de que nuestras doctrinas empiezan a ser oídas es la publicación del periódico que trata de publicarse en Ciudadela [la segunda ciudad de la isla en importancia] con el título de *El Ciudadelano*. ¿Tendrá aquél acaso más suerte que *El Menorquín*? Lo dudamos, pero esperamos que Ciudadela sepa apreciar en lo que vale el periodismo y que procure, dejando añejas preocupaciones, que éste progrese en bien de todos. Una de las causas más poderosas que impiden la prosperidad del periodismo en Menorca —sigue considerando Fábregues en su artículo firmado— es la indolencia de la mayor parte de estos isleños que, descuidando hasta lo propio, ¿cómo han de ocuparse en ilustrar a los demás? En Menorca son cortos los jornales, porque es corto el producto de toda industria, pero ya que para el pueblo se escribe, debería sacrificar ese mismo pueblo una pequeña cantidad a fin de tener continuamente un defensor digno, que llenara la misión que le está confiada. — BERNARDO FÁBREGUES»⁹³.

Más adelante, en la cuarta y última entrega de su serial, Fábregues insiste: «¿Puede publicarse en Menorca un buen periódico? No. Primero: por el

⁹³ *El Menorquín*, 14-8-1867, nº 196.

corto número de suscripciones que cuenta en la isla toda clase de publicación. Segundo: por falta de protección. Tercero: por ser el carácter menorquín demasiado susceptible. Y cuarto: por no haber en Menorca un sujeto suficientemente favorecido por la fortuna que quiera carga con la cruz del periodismo. ¡Desgraciada isla! [...]. El periodismo, al dar noticia de los acontecimientos, esparce la luz bienhechora de los remedios, y ¿cómo debe regirse el pueblo en el que faltan esos órganos, los más apropiados para instruir a todas las clases de la sociedad? El pueblo o ciudad en donde no se publique un periódico, permanece estacionado en la más crasa ignorancia, y si ve introducir alguna mejora, nota en cambio cometerse mil abusos, mil injusticias, que es necesario comentar para que sean sabidas [...]». Aquí Fábregues hace aflorar sus principios sobre una prensa educadora del ciudadano, primero, y, en segundo lugar, de una prensa llamada a practicar el contrapeso a los poderes públicos. «¿Creéis acaso —concluye— que, a imitación de otras capitales, es el periodista en Menorca considerado generalmente como uno de los primeros miembros de la sociedad? Pues os engañáis, y no es porque se desconozca el mérito a que se hace acreedor, sino porque este mismo mérito forma la envidia de los demás. Estas son las observaciones que la práctica nos ha sugerido. ¿Las veremos algún día desmentidas? Bien lo quisiéramos, no sólo para nuestro bien, sino para el de la isla en general»⁹⁴.

Los avisos de ‘deceso’ periodístico los había reiterado Fábregues en diversas ocasiones, incluso antes de dar rienda suelta a sus opiniones en la serie de artículos que dejamos comentados. El 16 de abril de 1867 insertó una advertencia, en letras negritas y cuerpo de letra mayor del habitual, en el que deja entrever, de un lado, sus anhelos por transformar su diario literario, industrial y científico, en un órgano de prensa política. No lo conseguirá hasta que haya estallado la Revolución de Septiembre de 1868, que abrió la puerta a una realidad nueva, de amplios márgenes de libertad de prensa como nunca antes se soñaron en España. Pero, entre tanto, Fábregues dirá: «En la imposibilidad de dar carácter político a nuestro periódico, por no encontrar un editor responsable que, según la ley, llene

⁹⁴ Ibídem anterior, edición del 28-1-1868, nº 332.

los necesarios requisitos, y siendo nuestro diario literario, científico e industrial, y no pudiendo por consiguiente seguir otra marcha que la últimamente adoptada, suplicamos a nuestros favorecedores que no quieran continuar suscritos se sirvan dar su nombre a esta redacción, y siendo notables las bajas, nos veremos obligados a suspender por ahora la publicación del *Menorquín*, y privar del trabajo a nuestros jornaleros [...]»⁹⁵.

Fatalmente, el diario de Bernardo Fábregues se movía en un terreno de ciénaga económica (no le salían las cuentas limpias) y, para más inri, no acertaba a dar con el rumbo para transformarlo en una cabecera política, según era su deseo más íntimo. Eso le llevó a decidir continuos cambios del precio facial del ejemplar, hasta el punto de provocar las quejas de los lectores. En puertas del cierre definitivo de la primera etapa de *El Menorquín*, el director escribía: «Lo único que nos indujo a aumentar en dos reales el precio de la mensualidad, según observaron nuestros abonados, fue el deseo justísimo de poder remunerar debidamente el constante y asiduo trabajo de nuestros dependientes que perciben un bajo jornal, y como nadie mejor que nosotros puede apreciar dignamente lo que hay de justo en esta determinación, frustradas nuestras esperanzas en vista de la medida que habíamos adoptado, no tuvimos otro remedio que suspender la publicación del *Menorquín*, quedando por consiguiente sin trabajo nuestros jornaleros, viéndose obligados a dejar el sitio que ocupaban desde la niñez y que miraban como suyo, y por consiguiente de expatriarse, dejando a sus familias en el más justo desconsuelo. No pudiendo —dice— mirar con indiferencia tan triste cuadro, hemos vuelto a publicar este diario bajando la suscripción a cinco reales, a fin de que acostumbrándose el público a la lectura periódica se logre con el tiempo mayores ventajas. Estas fueron sólo las razones que nos indujeron a publicar nuevamente *El Menorquín*, que, como ya dijimos, independiente y libre a toda mira particular e interesada, espera poder llenar la noble misión que le está confiada para bien de la isla en general»⁹⁶.

⁹⁵ Ibídem anterior, edición del 16-4-1867, nº 102.

⁹⁶ Ibídem anterior, edición del 16-2-1868, nº 343. El diario había sufrido una interrupción el 31 de enero de 1868, pero regresaría a la palestra el 9 de febrero siguiente, aunque por poco tiempo.

A los pocos días de hacer públicas esas palabras, el 3 de marzo de 1868, Fábregues anunciaba el cierre indefectible, ya que *El Menorquín* había decidido refundirse con *Diario de Mahón*, una nueva experiencia que Ramón Álvarez de la Braña había sacado a la calle un poco antes: el 28 de febrero. También éste, como su antecesor, quiso adscribirse entre los periódicos de «literatura e intereses locales». La suerte, a medio plazo, balanceó de su lado, ya que la nueva y radical realidad jurídica a que dio lugar el pronunciamiento liberal de Prim y Topete en el mes de septiembre de 1868, permitió a *Diario de Mahón* dar el salto a la modalidad de prensa política, abiertamente, como anhelo editorial explícito. Y así, a partir del número 177, con Isabel II exiliada en París y habiéndose acabado la monarquía borbónica, se autodenominó ‘periódico político liberal’.

Ramón Álvarez de la Braña y Espiñeiro fue, diríamos, uno de esos héroes que luchó con la pluma, el tintero y el papel; un gran amante de la historia y de todas cuantas localidades pasó en cumplimiento de su trabajo como funcionario del cuerpo facultativo de archiveros, bibliotecarios y arqueólogos del Estado. También fue un excelente escritor que ha dejado a la posteridad, entre otros textos, las obras *Roland* y *Don Gutierre*. Álvarez de la Braña había nacido en el año 1837 en Noia (La Coruña), un pequeño municipio bañado por las aguas de la ría de ese nombre. Fue el suyo un tiempo de grandes cambios para España, y también de incertidumbres ante el porvenir. Buscando un objetivo en la vida, nuestro protagonista tuvo que abandonar su casa y su tierra gallegas, iniciando una itinerancia que lo llevaría hasta Madrid, donde empezó a practicar su destreza en la poesía y la literatura. Pero sus estudios se orientaron hacia el mundo de los archivos y las bibliotecas, y poco tiempo después se vio obligado a hacer las maletas para optar a un puesto de trabajo en la isla de Menorca. Fue su primer destino. Y esa fue también la causa de su llegada, unos años después, a León, ya que en 1869 aceptaba el cargo de ayudante en la Biblioteca Provincial, abandonando, claro, su plaza en la capital de Menorca. Al poco de llegar allí, fundaría dos periódicos leoneses, y su opinión se convirtió en objeto de codicia entre los medios de comunicación de la capital castellana. Desde aquí mantuvo una relación profesional muy enérgica con la historia y su patrimonio, especialmente desde que formó parte de la Comisión de

Monumentos, y recorrió la provincia para ser testigo de la lamentable situación del pasado leonés en aquellas fechas. Posteriormente, trabajó en el Archivo Municipal y puso un broche de oro a su carrera al ser designado jefe del Museo Arqueológico de León. La ciudad acabó distinguiéndolo con el título de Hijo Adoptivo.

Para entonces, la isla balear aún recordaba, agradecida, su trabajo espléndido y eficaz al frente de la dirección de la Biblioteca Pública de Mahón. Y no menos, seguía teniendo en la memoria su pluma periodística elegante, erudita y perfectamente abrazada a los principios del liberalismo. Él fue el elemento medular de *Diario de Mahón*. Sus contribuciones en el orden periodístico fueron muchas. Entre otras: crear la primera sección solvente, bien escrita, con dominio, dedicada a la crítica teatral y otras artes escénicas. Nosotros creemos que Álvarez de la Braña debe ser considerado, en realidad, el primer cronista y crítico de teatro moderno del periodismo menorquín. Con él, *Diario de Mahón* se propuso «dar conocimiento de las novedades que ocurran dentro y fuera de la isla; tratar de aquellos asuntos que atañen de cerca a los intereses de los pueblos; ocuparse muy detenidamente de todo lo que se refiera al movimiento de este importantísimo puerto; insertar las cotizaciones de los valores públicos y efectos mercantiles; hacerse cargo de las representaciones teatrales y demás espectáculos, y dar cuenta, en fin, de cuanto fuere digno de estamparse en un diario de literatura e intereses locales. [...]. Siendo el espíritu de esta publicación ajeno a todos los asuntos políticos o religiosos, y sin que en ella se hayan de referir por ningún concepto los que pudieran afectar a cualquier personalidad, se ocupará tan sólo de los que, presentando carácter de locales, deban tratarse, siempre con el tacto, sinceridad y buenas formas de un periódico, cuya Redacción se precie de culta e imparcial, sin dejar por lo tanto en silencio hechos en los cuales sus inmediatas apreciaciones sean de no escasa importancia para el país»⁹⁷. Álvarez de la Braña, pues, ha de ser visto como el primer director de prensa en Menorca que desempeñará semejante tarea con una formación universitaria superior.

⁹⁷ Propuestas e intenciones fundacionales que pueden ser leídas en la hoja prospecto que antecedió al primer número del diario de 28 de febrero de 1868.

El diario, empresarialmente, había constituido una junta directiva, en la que figuraban cinco nombres de relieve local, todos ellos de un pulcro, inequívoco liberalismo, que los empujará a participar, apoteósicos, de la gloriosa Revolución de Septiembre. Ellos eran: Juan Taltavull García (empresario naviero), Jaime Ferrer Parpal (médico), Bartolomé Mora Riudavets (médico cirujano), Antonio Prieto Alimundo (hombre del Derecho y registrador de la propiedad) y Juan Pons Andreu (cuya figura, sin embargo, no hemos podido adscribir a ninguna actividad profesional o intelectual concretas). No obstante, como queda patente, se trataba de una nómina de perfil social burgués y liberal.

El traslado de Álvarez de la Braña a la ciudad de León obligó a nombrar nuevo director el 1 de enero de 1869, en la persona del popular pedagogo y periodista Josep Hospitaler, que regresaba así a la palestra de la prensa mahonesa. Pero al cerrarse el periódico el 31 de julio de 1869 (con 423 números editados en total), su nombre desapareció enteramente de la escena menorquina. En los últimos años de su vida, Hospitaler retornó a su Valencia natal, y en aquellas tierras levantinas murió el 23 de abril de 1880.

El cambio de director también trajo consigo otro acuerdo empresarial, teñido de tensiones personales. Bernardo Fábregues, que había mantenido una colaboración constante con el equipo de redacción desde el primer día, fue separado completamente del diario. No parece del caso que nos entretengamos al detalle en el episodio, pero dejemos esbozado que las discrepancias debieron de ser de un tinte ideológico. Fábregues, tras la Revolución de Septiembre, se había alineado abiertamente con los republicanos federales de Mahón, incluso ocupando cargos orgánicos de primer nivel. Y, por ello, abominaba de la solución monárquica con que se había de resolver la constitución democrática aprobada por las Cortes en junio de 1869. Fruto de semejante posición política fue la exhumación que llevaría a cabo de su caro *El Menorquín*, ahora en una segunda época muy exaltada en la que proclamaría la cabecera como órgano republicano federal de la isla de Menorca, bajo los lemas de combate: «¡No más reyes! ¡Viva la república!», o «¡No más reyes ni fronteras!».

Como ha escrito Vilaverde, con *Diario de Mahón* había comenzado «una de las épocas más características de la evolución y desarrollo del periodismo menorquín, al hacer de dicho periódico un intermediario entre el diario político y el noticiero, anhelando ser, no órgano de un partido, sino portavoz de todo un sector de opinión pública, sirviendo de aglutinante eficaz de todas las opiniones, de la más exaltada a la más templada [...]» (1930: 42).

Cuando la prensa periódica vuelve a resurgir en Menorca, ahora ya en el contexto del Sexenio Revolucionario, el panorama que se ofrecerá habrá de ser muy distinto, a ojos vista, al de la etapa inmediatamente precedente. En la escena política, la rivalidad se centrará, a cajas destempladas, sin las tibiezas doceañistas de las primeras décadas del siglo, entre liberales dinásticos y republicanos federales, de un lado, y los conservadores tradicionalistas, de otro; por tanto, defensores de sistemas constitucionales diferentes, incluso antagónicos, y que se habrán de manifestar también en las fraticidas disputas de las guerras carlistas, presentes a sangre y fuego durante todo el tiempo que restará del XIX.

CAPÍTULO XIII

PRENSA INSULAR Y SEXENIO REVOLUCIONARIO (1868-1874)

LA etapa que va desde 1868 a 1874 se encuentra llena de acontecimientos periodísticos. Después del exilio de Isabel II y del asesinato de Prim, que intentaba instaurar una nueva monarquía constitucional encabezada por Amadeo de Saboya, el país caminaba hacia la Primera República, el fracaso de la cual desembocó en la Restauración borbónica del año 1874, en la persona del heredero dinástico de la expulsada Isabel II, su hijo Alfonso XII.

Durante estos seis años, las diferentes alternativas políticas se enfrentaron, no ya en las urnas con enorme ruido y pugnas feroces, sino también en las tribunas periodísticas, con no poca agitación y polémicas cruzadas⁹⁸. Será, en general, el período más álgido e intenso del periodismo ideológico o doctrinarista del XIX.

En Menorca, los más radicales, partidarios de la república federal y del sufragio universal, encontrarán su vehículo de expresión de prensa en la imprenta de Bernardo Fábregues, quien, a lo largo de la etapa, como sabemos, publicará *El Menorquín* (II); o los satíricos *Es Burinot* (1868), *La Bomba* (1870, de José Mauricio Hospitaler) o *La Locomotora* (1871-1872), los cuales se encargaron de atacar mordazmente a la prensa menorquina de derechas, la representación de la cual encontramos en las publicaciones del impresor Miguel Parpal Pons. De los talleres de este personaje, aprendiz que había sido de la legendaria imprenta de los Serra, salieron el semanario *La Verdad* (hebdomadario católico doctrinal integrista) y el diario *La Crónica de Menorca* (1870-1873), también de pensamiento católico,

⁹⁸ Uno de los buenos manuales para la historia periodística del período es *El ejercicio de la libertad: La prensa española en el Sexenio Revolucionario (1868-1874)*, de CHECA GODOY, Antonio, Biblioteca Nueva, 2006, Madrid. Por cierto, es el único estudio general de la prensa española que conocemos que incluye una síntesis completa de la agitación periodística que se vivió en la isla de Menorca en esos convulsos e importantes años, incluyendo el inventario de publicaciones periodísticas que se crearon entonces.

dirigido por el jurista Pascasio Nogales Istúriz. En los mismos talleres se publicará, además, *El Constitucional* (1871-1872), bajo la dirección del propio impresor, Miguel Parpal. La publicación mantuvo una identificación favorable con la monarquía constitucional de Amadeo I de Saboya, el rey traído por la constitución democrática de las Cortes revolucionarias.

Pero, puesto que la proliferación de nuevas cabeceras en el período revolucionario fue extraordinaria, la lista de nuevas fundaciones, más o menos breves, se hace prolija: *El Eco de la Juventud* (1870), o *El Fuego Fatuo* (1872), entre otros muchos títulos, hasta llegar al gran ‘buque insignia’ de toda la historia hemerográfica menorquina en la obra de *El Bien Público*, nacido el 1 de marzo de 1873, tras el golpe de Estado del general Pavía (enero), y cuyo recorrido será larguísimo, pues llegará hasta el año 1939, con unos números editados aún tras la finalización de la guerra civil, que en Menorca tuvo lugar el 8 de febrero de aquel año.

No obstante, cuando en una nueva etapa del periodismo menorquín (de la Restauración de 1874 al cumplimiento del primer centenario de la prensa, en 1911) se alcance ya una clara madurez periodística, nuestra figura del cronista Esteban Amengual habrá desaparecido de las cabeceras de su tierra natal. Por esta razón dejamos en este punto la reconstrucción de la historia del periodismo insular.

CAPÍTULO XIV

PRIMERA DELIMITACIÓN FORMAL DE LAS CRÓNICAS

14. 1. Una *topografía* del material

LA obra cronística de Esteban Amengual Begovich que se invoca en este trabajo está integrada por un total de ciento veintitrés correspondencias, publicadas en la prensa periódica menorquina entre el 26 de febrero de 1861, la primera de ellas, y el 1 de mayo de 1872, la última. Con una perspectiva periodística, nos vamos a sumergir en una franja temporal de once años y tres meses de la vida pública de España y de los Estados Unidos de América, incluidos los territorios coloniales españoles en el Caribe, más algunas ciudades europeas y las posesiones ultramarinas del archipiélago de las Filipinas. He ahí el marco geográfico que abrazan las aludidas crónicas de Amengual, junto a la horquilla temporal de algo más de un decenio.

Describimos, pues, la *topografía* básica del conjunto cronístico, lo cual ha de permitirnos formar una idea del material de análisis sobre el que operaremos.

Todas las crónicas en cuestión vieron la luz en las páginas de cinco cabeceras sucesivas, pertenecientes a la oferta de prensa que presentaba la isla de Menorca en los años finales del período isabelino, la Revolución de Septiembre y los primeros años del Sexenio Democrático, que es el contexto político nacional en el que aquéllas quedan insertas. Por este orden, publicó en *El Diario de Menorca*, *El Menorquín* (primera época), *Diario de Mahón*, de nuevo *El Menorquín* (segunda época) y *El Constitucional*.

No hubo, que hayamos podido conocer, obstáculos o desacuerdos con los editores menorquines para que el cronista se viera precisado a cambiar de publicación. En absoluto; discurrieron por causas, digamos, ‘naturales’.

Nada hemos percibido de importante en nuestra lectura pormenorizada, ni sabemos de alarma alguna que pueda rastrearse en sus recuerdos, notas y apuntes memorialísticos, o en sus mismas cartas de correspondencia. En consecuencia, no podemos hablar de cambios de cabecera como dato indicativo de eventuales desavenencias, o de desafecciones periodísticas por una parte u otra. De hecho, si alguna tendencia ideológica, explícita o de fondo, caracterizó a aquellas cuatro cabeceras, fue la proclividad liberal, aunque el entorno legislativo les fuera adverso. De ahí que avancemos una conclusión que luego quedará desmenuzada: la obra periodística de Amengual se vehiculó en medios de prensa de ideas abiertas y liberales. Jamás puso su firma en cabeceras favorables a la doctrina del Antiguo Régimen ni a las corrientes carlistas, como fueron, durante sus años álgidos de colaborador, el semanario *La Verdad* de Mahón (1869-1870), creado por un celeberrimo clérigo local, Francisco Cardona y Orfila, católico conservador, enemigo del liberalismo que aventó la Revolución Gloriosa de 1868; o el diario *La Crónica de Menorca* (1870-73), fundado por otro presbítero combativo discípulo de aquél, Lorenzo Pons y Pons, y cuya publicación actuó como continuadora del hebdomadario que queda citado. Amengual nunca aparece alineado con la prensa de esa tendencia editorial, ni en la isla ni en la Barcelona de su residencia. Más bien, coincide que su persona va asociada, en todos los supuestos, a los medios que se identificaban con ese liberalismo que pugnaba por abrirse paso en la historia española del siglo XIX. Prefirió, sí, las publicaciones periódicas avanzadas, aun cuando fuera en momentos en los que proclamar esa filiación abiertamente resultaba desaconsejable, como sucedió en los años postreros del reinado de Isabel II. Aludimos, claro, a los tiempos de Luis González Bravo que, desde su puesto de ministro de la Gobernación entre 1864 y 1868, decretó rígidas formas de censura de prensa hasta límites de asfixia. Si no nos separara claramente de nuestra ruta investigadora en el presente trabajo, habría que escudriñar las causas internas como empresa y externas de clima político en España que condujeron a *El Diario de Menorca* a cerrar sus puertas en septiembre de 1866. Y, a renglón seguido, los hechos oscuros de persecución contumaz que practicó el subgobernador de la isla contra la efímera existencia de *El Menorquín* (primera época, 1866-68), en cuyas páginas Amengual pasaría a colaborar tras consumarse

la desaparición de aquel otro diario que había acogido sus primeras corresponsalías.

Pues bien: quizá los periódicos de aires liberales gustaban de contar con Amengual como colaborador. O acaso era él quien se acercaba a sus redacciones para ofrecer las correspondencias marinas. Sea como fuere, el estilo de cabeceras a las que dio su cronística viajera nos ayuda, razonablemente, a dejarlo “instalado” en las corrientes de prensa con sintonía liberal. Para mayor abundamiento, no olvidemos, según ya hemos referido en otro lugar, que Amengual se enroló en la vida política municipal de la capital catalana a finales del XIX encarnando candidaturas liberales al ayuntamiento de Barcelona: nunca reaccionarias o abiertamente monárquicas que aspiraran a frenar el afán prodemocrático. No obstante, convengamos que esa tendencia política cursó en él con un nítido sello moderado, sin extremismos por su parte de ninguna clase.

Descartada, pues, cualquier incidencia de rechazo ideológico o de desacuerdo periodístico, las diversas “mudanzas” que Amengual experimentó en sus corresponsalías siempre se debieron a la endeblez empresarial con que las aventuras periodísticas se desarrollaban en la Menorca de esos años. La inestabilidad de las cabeceras era entonces muy fuerte, fruto de patologías indisociables de la profesión al ser ejercida en un territorio tan minúsculo como la balear menor: escasos capitales, amateurismo agudo, falta desoladora de ventas y de publicidad y, en fin, una profunda limitación tecnológica para producir periódicos en buenas condiciones: maquinaria deficiente, formación profesional de los tipógrafos muy pobre e intuitiva, o la falta de buenas vías de comunicaciones interiores de los pueblos insulares entre sí y de la isla con el continente para favorecer la circulación de la noticia. Estamos, pues, en una hora del periodismo menorquín anclada todavía en sus primeros años de ejercicio, dirigido a una población receptora escasa (no superior a los 40.000 habitantes en el conjunto del territorio isleño, con índices de analfabetismo muy elevado y mayoritariamente agrario). Fue, más bien, el limitadísimo vuelo periodístico que entonces conocía Menorca lo que atenazaba la esperanza de vida de los diarios locales a lo largo de las décadas centrales

del siglo XIX. Los fracasos de prensa se sucedían uno tras otro, con permanencias en la palestra siempre por debajo de los tres años, cuatro a lo sumo, sin contar los efectos exógenos de un Estado que socavaba el ejercicio del periodismo con continuos obstáculos y limitaciones legales.

Nos dicen Juan Francisco Fuentes y Javier Fernández Sebastián en su *Historia del Periodismo español*: «Las elevadas fianzas imprescindibles para la apertura de un diario (notablemente más altas en Madrid que en provincias), la solvencia económica exigida al editor responsable, el obligado depósito previo de ejemplares —y, en determinados casos, la supresión del jurado para los delitos de imprenta, las rigurosas sanciones y la facultad gubernativa de suspender extraordinariamente un periódico—, conforman un haz de disposiciones ciertamente variables según el talante más o menos liberal del legislador de turno (que en muchas ocasiones coincide con el ejecutivo, dado que la normativa referente a la imprenta se hizo casi siempre por vía de real decreto), pero que en conjunto ofrecen un tenor más autoritario que permisivo» (1998: 85-86).

Y así, se explica enseguida que *El Diario de Menorca*, aun suponiendo una cierta estabilidad editora durante ocho años (1858-1866), habrá de ser un diario que, por línea editorial, rechazará las tentaciones políticas o de partidos, sin duda por un resignado sometimiento al vendaval que soplabá para la prensa española en general. Fue, en definitiva, un diario que quiso quedarse en los escalones de los intereses materiales de la isla, el progreso y la prosperidad, pero rechazando cualquier veleidad de signo ideológico, situado siempre, deliberadamente, fuera del campo de las luchas de poder político. Fue y quiso ser, por tanto, una cabecera de las autodenominadas “defensoras de los intereses locales”, o también “del progreso y bienestar material”. Encaja, sí, perfectamente, con el sonsonete de los subtítulos declarativos que proclamaban los periódicos españoles que querían capear el temporal de la censura sin verse apartados de la brecha informativa.

14. 2. Ordenación de las crónicas por cabeceras de prensa

Pues bien, en ese periódico diario editado en la ciudad de Mahón, Amengual publicó sesenta y cuatro de las ciento veintitrés crónicas viajeras

que pretendemos desentrañar en esta tesis: algo más de la mitad del total. La primera de ellas salió el 26 de febrero de 1861; y la última, el 9 de septiembre de 1866. Mientras que la inaugural fue tratada tipográficamente como un texto dado a la sección de ‘Variedades’ en cuatro entregas (días 26, 27 y 28 de febrero y 1 de marzo) y maquetado como faldón de página a la manera de los folletines, las siguientes hasta completar las 123 sí merecieron la denominación explícita de ‘Correspondencia particular’. Quiere ello decir que se le reconocieron naturaleza periodística (textos con novedad e información), lejos de las producciones textuales de fondo y forma literarios para la evasión. El director del medio, el maestro de primaria Josep Hospitaler Cavaller, sin duda entendió que las cartas que le remitía el marino desde el Nuevo Mundo no eran simples textos de lectura para la curiosidad o el entretenimiento literario, sino que llegaban cargadas de verdadero sesgo informativo.

La etapa de correspondencias para *El Diario de Menorca* dio lugar a las siguientes series de cartas, fijadas ahora según un criterio geográfico y por orden cronológico:

- Cartas de Charleston (4, en 1861)
- Cartas de la Habana (1, en 1861)
- Cartas de Nueva York (8, en 1861)
- Cartas de Cádiz (2, en 1862)
- Cartas de París (1, en 1862)
- Cartas de Londres (2, en 1862)
- Cartas de Liverpool (2, en 1862)
- Cartas de Nueva York (5, en 1862)
- Cartas de Boston (2, en 1862)
- Cartas de Nueva York (17, en 1862)
- Cartas de Estados Unidos [localidad exacta omitida] (1, en 1862)
- Cartas en el mar (1, en 1862)
- Cartas de Pernambuco (1, en 1862)
- Cartas de la Habana (1, en 1863)
- Cartas de Matamoros en México (1, en 1863)

- Cartas de la Habana (1, en 1864)
- Cartas de Cienfuegos (1, en 1864)
- Cartas de Matamoros (1, en 1864)
- Cartas de Vigo (1, en 1864)
- Cartas de Madrid (1, 1865)
- Cartas de Barcelona (1, en 1865)
- Cartas de la Habana (2, en 1866)
- Cartas de Cayo Hueso de La Florida (1, 1866)
- Cartas de la Habana (1, en 1866)
- Cartas de Nueva York (8, en 1866)

Podemos presentar otra compilación de esa misma etapa periodística, y entonces tendremos una correspondencia formada por:

- 43 cartas de los Estados Unidos (37 de Nueva York, 1 de Cayo Hueso en La Florida, 2 de Boston y 4 de Charleston).
- 9 cartas del Caribe (6 de la Habana, 1 de Cienfuegos y 2 de Matamoros de Tamaulipas en México).
- 10 cartas de ciudades europeas (2 de Cádiz, 2 de Liverpool, 2 de Londres y 1 de cada una de las ciudades de Barcelona, Vigo, Madrid y París).
- 1 carta en navegación desde alta mar.
- 1 carta desde Pernambuco (Brasil)

Fechada la última carta para *El Diario de Menorca* el 22 de agosto de 1866, desde Nueva York, no apareció en sus páginas hasta la edición del 9 de septiembre. Ahora bien: puesto que el periódico se clausuró el 31 de octubre de ese mismo año, Amengual vio parada su producción cronística. Consecuentemente, pasó ésta a un diario de nueva fundación, *E/ Menorquín* (primera época), del impresor Bernardo Fábregues Sintés, que lanzó el primer número el 12 de diciembre de 1866. También este diario, como el anterior, a la vista de la estrecha vigilancia legal que recaía sobre la prensa del país, apareció con la proclama de «periódico literario,

científico e industrial». Esto es, alejado de cualquier veleidad política o de crítica abierta a la hora de España.

La etapa cronística para *El Menorquín* dio lugar a una colección de 9 crónicas, escritas entre el 11 de septiembre y el 19 de octubre de 1867. La primera fue remitida desde París; y la última, desde Nueva York. Por lugares de procedencia, fueron enviadas con la siguiente hoja de ruta:

- Cartas de París (1)
- Cartas de Brest, en la Bretaña francesa (1)
- Cartas de Nueva York (4)
- Cartas de Charleston (2)
- Carta de Washington (1)

La primera época de *El Menorquín* quedó interrumpida el 3 marzo de 1868, mientras que la última crónica la había enviado Amengual, como ya se ha dicho, desde Nueva York el 19 de octubre anterior, aparecida en la edición del 7 de noviembre, cuatro meses antes del cierre de la cabecera.

La tercera etapa cronística se desarrolló en las páginas del *Diario de Mahón*, para las que redactó 25 correspondencias. La primera de ellas fue enviada desde Barcelona el 24 de junio de 1868; y la última, desde Liverpool el 28 de abril de 1869. Por procedencias, la serie de cartas está constituida por:

- Cartas de la Habana (11, de los años 1868 y 69)
- Cartas de Washington (1, de 1868)
- Cartas de Charleston (5, de 1868 y 69)
- Cartas de Bahía Honda, en los cayos de La Florida (1, de 1868)
- Cartas de Nueva York (1, de 1869)
- Cartas en alta mar (2, la primera de ellas en aguas de Almería, y la segunda, rumbo a Gran Bretaña)
- Cartas de Liverpool (1, de 1869)
- Cartas de Barcelona (3, de 1868)

Consignemos que el *Diario de Mahón*, al ponerse en circulación el 28 de febrero de 1868, no pudo sino subtitularse, claro, «periódico de literatura e intereses locales», siguiendo esa forma inocua de definir una línea editorial tan característica en la época. Pero, al punto de triunfar la revolución burguesa de septiembre de ese año, no dudó en despojarse del velo que ocultaba su verdadera intención y adscripción. A partir del número 177, se hizo identificar como «periódico político liberal», bajo la erudita batuta de Ramón Álvarez de la Braña en la dirección, de quien ya hemos dado su perfil en otro lugar: alto funcionario del Estado, coruñés de Noia (1837-1906), que ocupó una plaza al frente de la dirección de la Biblioteca Pública de Mahón entre 1866 y 1869, año en el que se trasladó a León para desempeñar la ayudantía de la Biblioteca Provincial de aquella ciudad castellana.

La cuarta serie de crónicas viajeras de Amengual se escribieron para la segunda época de circulación del diario *El Menorquín*. Aunque fuera esta una cabecera salida de los mismos talleres de Bernardo Fábregues y dirigida por este mismo personaje, su nuevo *El Menorquín* guardó muy pocos puntos de semejanza con el de 1866, pues lo lanzó a la escena periodística como un verdadero diario de bandería y de lucha política agitada: todo cuanto no le habían permitido hacer las autoridades isabelinas. Lo consagró como periódico portavoz del republicanismo federal emergido del silencio tras la libertad voceada por el almirante Juan Bautista Topete y Carballo en Cádiz, a bordo de la fragata «Zaragoza», el 17 de septiembre de 1868. Júzguese, si no, por los subtítulos de la cabecera que gustaba de estampar de manera alternante: «Órgano republicano federal de la isla de Menorca», «¡No más Reyes! ¡Viva la República!»; y otras veces: «¡No más Reyes ni fronteras! ¡Viva la República!».

Como habremos de detallar en su momento, fue la coyuntura de la Revolución de 1868 la que hizo romper en Amengual su distanciamiento periodístico con respecto de los asuntos políticos. Siempre había rehusado el verterlos en sus textos cronísticos, y tuvo mucho cuidado de dar a sus correspondencias el más leve tinte de tendencia ideológica, o de buscar novedades informativas en el campo de la política, al no considerar esta

materia una prioridad de su celo de corresponsal. Sobre todo, su voluntario apartamiento se hacía severo al tratarse de la política nacional española. En cambio, al saber del levantamiento habido en la bahía gaditana cuando él se encontraba en América, rompió su conducta y se manifestó a favor de la causa revolucionaria liberal. Ya veremos, en efecto, cómo aquel episodio nacional le sirvió de dato contextual y de antecedentes para presentarnos una reflexión interpretativa de las noticias que había de redactar en la Habana a la vista de la insurrección que había acontecido en aquella isla antillana en otoño de 1868 durante su estancia en aquella tierra.

Para *El Menorquín* segunda época, Amengual escribió 12 crónicas: la primera desde Manila el 3 de octubre de 1869; y la última, desde Barcelona, el 25 de febrero de 1871. Todas ellas recorrieron el siguiente itinerario sobre el mapamundi: Manila, Iloílo y estrecho de Sonda en las Filipinas, la Habana, Nueva Orleans y Barcelona. La hoja de ruta geográfica, y a la vez cronística, que siguieron las correspondencias en esta etapa de corresponsal fue:

- Cartas de Manila (4, en 1869)
- Cartas de Iloílo en Filipinas (1, en 1869)
- Cartas del estrecho de Sonda (1, en 1870)
- Cartas de la Habana (3, en 1871)
- Cartas de Nueva Orleans (2, en 1871)
- Cartas de Barcelona (1, en 1871)

Ahora bien, cuando el autor hubiera podido continuar sus correspondencias, ahora situado de regreso en Barcelona a comienzos del año 1871 tras su último periplo americano, las dejará interrumpidas, sin que sepamos las causas exactas. ¿Se lo impidieron sus obligaciones navieras de despacho, cuando ya está pensando en fundar su empresa dedicada a los negocios mercantes? ¿Fue acaso que no emprendió un nuevo viaje que le incitara a proseguir su obra periodística? Remarcamos estas preguntas porque *El Menorquín* no cerró sus puertas hasta enero de 1873, tras el golpe de Estado del general Pavía; es decir, un año y medio después de su

última carta en el periódico de Fábregues. Afinando un poco más la observación, la firma de Amengual, el mismo año de 1871, nos aparece en las páginas de *El Constitucional*, que había nacido el 1 de febrero de ese mismo 1871. También desde Barcelona remitirá la primera correspondencia a esta cabecera con fecha del 6 de mayo. No obstante las consideraciones que han sido manifestadas más arriba, quizás sea en ese momento en el que podamos sospechar algún “salto” de cabecera: un cambio de publicación periodística que podría deberse a razones de otra naturaleza más allá de un mero cierre del diario en el que venía colaborando. Este hecho no nos revela que la firma de Amengual se hubiese “fugado” fuera del espectro de una prensa liberal y de anhelos democráticos. Todo lo contrario: *El Constitucional* apareció para ser un diario defensor de la constitución liberal de 1869. En otras palabras: fue una publicación que aceptaba la salida monárquica con la que los altos líderes Prim, Serrano, etcétera, acabaron por saldar la Gloriosa Revolución y los vitriólicos debates en las cortes constituyentes. Todo ello, para instituir un nuevo régimen con una solución de monarquía democrática en la persona de Amadeo de Saboya. Entretanto, el grupo ideológico y periodístico que giraba alrededor de *El Menorquín*, aun habiendo experimentado febriles entusiasmos por el levantamiento revolucionario, permaneció, frustrado, en la agria reivindicación de la España republicana y federal. ¿Hubo en este cambio de páginas readscripción ideológica personal de Amengual, supuesto que encarnaba ideas liberales templadas, desafecto a los radicalismos que sí predicaba el periodismo de Bernardo Fábregues en *El Menorquín*? No tenemos pruebas a favor ni en contra de este interrogante. Tampoco vemos en las crónicas de Amengual, escritas en esos días del primer semestre de 1871, nada que nos lleve a considerar una respuesta en un sentido u otro. En realidad, la experiencia de *El Constitucional* se hundió muy pronto: sólo cabe constatar el “traspaso” de su cronística, sin explicación ninguna.

El último número de *El Constitucional* salió a la calle el 30 de mayo de 1872. Acto seguido, Amengual se asentó definitivamente en la Ciudad Condal, convertido en director de la agencia de negocios navieros y

mercantiles Amengual y Compañía. Nunca más, que sepamos, volvió a escribir crónicas de viajes.

Para esa última publicación periodística redactó 13 crónicas, con la siguiente hoja de ruta:

- Cartas de Barcelona (2, en 1871)
- Cartas en alta mar (1, en 1871)
- Cartas de la Habana (2, en 1871)
- Cartas de Nueva Orleans (1, en 1871)
- Cartas de Nueva York (1, en 1871)
- Cartas de Nueva Orleans (5, en 1871)
- Cartas de Barcelona (1, en 1872)

A la vista de los listados anteriores, por tanto, la cronística viajera que es aquí sometida a estudio analítico se compone, geográficamente, de las ya mencionadas ciento veintitrés crónicas. De mayor a menor cantidad, fueron enviadas de:

- Nueva York: 43
- La Habana: 22
- Charleston: 11
- Barcelona: 8
- Nueva Orleans: 8
- Alta mar: 4
- Manila: 4
- Liverpool: 3
- Washington: 2
- París: 2
- Cádiz: 2
- Londres: 2
- Matamoros de México: 2
- Boston: 2
- Pernambuco: 1

- Vigo: 1
- Madrid: 1
- Cienfuegos: 1
- Cayo Hueso de La Florida: 1
- Bahía Honda de La Florida: 1
- Estrecho de Sonda: 1
- Brest en la Bretaña francesa: 1
- Iloílo en Filipinas: 1
- Estados Unidos sin concretar localidad: 2

Resumido ahora por procedencias continentales: estamos ante una cronística de 96 textos enviados desde regiones americanas; 20 desde capitales europeas; 5 desde tierras orientales de Filipinas; y 4 durante navegaciones en alta mar.

CAPÍTULO XV

SEGUNDA DELIMITACIÓN FORMAL DE LAS CRÓNICAS

15. 1. Naturaleza de la cronística de Amengual

APELANDO a una definición de base descriptiva, el periodista viajero es aquel que viaja para hacer periodismo de su viaje. Los términos así expuestos resultan obvios y elementales, pero diríase que son muy sólidos: un excelente punto de partida. A su vez, semejante *leitmotiv* abre la puerta a dos grandes tipologías en relación a los posibles resultados textuales a los que puede dar lugar el viaje. Primero: se nos aparecen los relatos periodísticos que buscan centrarse en el viaje en sí mismo considerado: su evolución, sus detalles, sus incidencias y, en fin, todo cuanto atañe al itinerario mismo, tanto espacial como temporal (o cronológico). Es así como cabe hablar del periodismo de viajes desarrollado a la manera, digamos, de un ‘cuaderno de ruta’. En segundo lugar: nos encontramos con los relatos que son el producto, no de cuanto nos acontece mientras el viaje dura, sino de cuanto encontramos (o cuanto buscamos, periodísticamente hablando) tras ver coronado el desplazamiento. Así como aquella categoría supone elaborar crónicas mientras se viaja y sobre el viaje en sí, esta otra las elabora uno cuando ha llegado al destino, para, desde él, recoger y transmitir sus textos cronísticos, sin que el viaje en sí mismo suponga apenas ingrediente sustantivo alguno, o incluso ninguno absolutamente. Expuesto con palabras más breves: aquél hace periodismo del viajar, y éste lo hace tras haber viajado.

La primera gran tipología nos ofrece un periodismo del viaje en sí y crea contenidos *endógenos*, en la medida en que el protagonismo se lo lleva el viaje mismo y todo cuanto acontece ligado a él; mientras que la segunda, marcada por un claro carácter instrumental, nos da lugar a un ‘periodismo corresponsal’ con contenidos *exógenos* en los que el viaje, mientras se vive el desplazamiento, no aporta nutriente periodístico alguno. Así, pues, el periodismo de viajes endógeno tomará cuerpo en una modalidad textual

básica: el cuaderno de cronología, combinado con el cuaderno geográfico. Es decir: un tipo de texto que recoge lo que pasa en el curso del viaje y lo que se conoce y se observa en los lugares visitados. Por su parte, el periodismo de viaje exógeno no contiene apenas (comúnmente, para nada) materiales referidos al hecho viajero, y sólo fija su interés en elaborar textos de corresponsalía de lo que allí sucede, o de las novedades que se andaban escrudiniando. Más adelante sistematizaremos las tipologías textuales que cabe desentrañar en el universo cronístico de Amengual.

15. 2. Contexto histórico-generacional

Refiriéndonos ahora al caso de este autor menorquín y a sus ciento veintitrés crónicas viajeras, lo primero que debemos observar es que estamos ante unos textos y un cronista que, en realidad, lleva a cabo sus viajes por razones mercantes y de pilotaje de embarcaciones transoceánicas: nada que ver, pues, con el mundo de la prensa y la información —ni siquiera se acomoda, de raíz, a un eventual prurito literario del cronista. Ni la literatura ni el periodismo son las espoletas que mueven a Amengual. Ahora bien, una vez se ha hecho a la mar, brota en él un vivo deseo de escribir, de dar forma memorialística a sus viajes: escribir lo que le acontece en ellos. Unas veces compone dietarios que acabarán transformados en un libro viajero (es el caso de *Recuerdos de mis viajes a la Crimea durante el memorable sitio de Sebastopol* del año 1859), o bien cartas de corresponsal que él se encarga de proyectar sobre los periódicos menorquines, para dar pábulo a una obra cronística que merece la atención de la historia de la prensa española: es lo que sucederá con sus colaboraciones de la década de los sesenta de su siglo.

Luego, sólo luego de cumplidos sus deberes marineros, y en una segunda instancia, aparece en Amengual la faceta espontánea de un periodismo asociado a los viajes. Es viajando con un rol mercantil y marítimo que le asalta el gusto y la ocurrencia de afrontar una obra de correspondencia periodística. Hoy, toda ella, reviste interés, porque llegó a escribir, primero, un grueso nada desdeñable de correspondencias, siempre pensadas en clave de prensa y como servicio periodístico. Y, segundo, porque sus textos presentan una variedad, una sistemática y unas características para la

Periodística que la sitúan entre las primeras cronísticas viajeras del periodismo español.

Es cierto que, antes que él, otros autores como Gaspar Núñez de Arce, Pedro Antonio de Alarcón, Joaquín Mola Martínez o Víctor Balaguer Cirera, por citar nombres sobresalientes, ya habían dado a nuestra historia de la prensa nacional algunos haces de periodismo viajero de firma española. Los dos primeros lo llevaron a cabo con ocasión de la Guerra de África de 1859-60⁹⁹, de modo que a sus espaldas recae una especificidad muy concreta de la crónica viajera: el periodismo de corresponsal de guerra. Entretanto, sobre los catalanes Mola y Balaguer recae no menos el mérito pionero de haberse lanzado a las líneas de trinchera en la primavera de 1859, cuando estalló el conflicto ítalo-austríaco movido por la invasión del Piamonte. Fue, como se sabe, corresponsal en esa guerra a cuenta del periódico *El Telégrafo* de Barcelona, por cierto fundado por un literato residente en la capital catalana, pero de nacimiento menorquín, Fernando Patxot Ferrer (Mahón, 1812- Montserrat, 1859). A propósito del mismo conflicto italiano, el alicantino Joaquín Mola (1822-1882) había ensayado algunas crónicas de guerra que sirvió a *Diario de Barcelona*; y, un poco más tarde, aprovechándose de su condición de militar, firmaría otro grupo de crónicas servidas desde el frente de África, también para la cabecera de la saga de los Brusi.

El profesor Jaume Guillamet, de la Universidad Pompeu Fabra, cuenta que «el militar Joaquín Mola Martínez y el escritor y político liberal Víctor Balaguer enviaron crónicas de la segunda guerra por la unidad de Italia, entre mayo y julio de 1859, al ya veterano *Diario de Barcelona* y a *El Telégrafo*, nacido el año anterior. Mola fue enviado expresamente por el diario, del que era redactor, mientras que Balaguer viajó a Italia por su actividad literaria y como miembro del partido progresista. Son los primeros corresponsales de guerra de la prensa de Barcelona, así como los primeros hasta ahora plenamente documentados en España. Sus crónicas

⁹⁹ Véase REDONDO PENAS, Alfredo, *Guerra d'Àfrica (1859-1860)*, Cossetània Edicions, Tarragona, 2005. Ya en sus inicios, el autor detalla la lista de los principales y más distinguidos corresponsales españoles enviados a aquella guerra.

dan visiones complementarias del conflicto y presentan los rasgos más característicos de esta modalidad periodística recién estrenada, cinco años después de que el diario británico *The Times* enviara su primer corresponsal, William Howard Russell, a la Guerra de Crimea»¹⁰⁰.

La diferencia temporal, pues, con los corresponsales que, acto seguido, viajaron a los frentes de la Guerra de África fue apenas de unos pocos meses. De ahí que no convenga establecer una gradación entre ellos. Sería tropezar en una esterilidad sin sentido. Más bien, parece aconsejable ver, en esa nómina, a una generación emergente en las lides del periodismo de corresponsal de guerra. O lo que es lo mismo: de la cronística viajera española como concepto genérico, con independencia de la modalidad temática de que trate. En último extremo: aquello que nos parece muy exacto es considerarlos los primeros cronistas viajeros modernos de nuestra historia periodística.

Guillamet lo corrobora de este modo: «Joaquín Mola Martínez y Víctor Balaguer son los primeros corresponsales de guerra plenamente documentados en la prensa española, unos meses antes de la guerra de África de España contra Marruecos, que algunos autores (Martínez Salazar, 1985; Palomo, 2005) consideran el inicio de las corresponsalías de guerra en España. El testimonio aportado por Balaguer de haber coincidido en Italia con el redactor del diario *La Iberia* de Madrid Carlos Massa Sanguinetti hace suponer que este también habría publicado crónicas de la guerra» (2012: Nº 3).

Estamos, pues, en un momento crucial de la historia del periodismo español: aquel que asiste al nacimiento de la cronística de guerra con firmas de enviados nacionales. Entiéndase bien: no extranjeros para prensa exterior, como había sucedido en guerras anteriores dirimidas en suelo patrio, en cuyo caso están la Guerra de la Independencia de 1808 y las dos

¹⁰⁰ Consúltase la revista académica digital «Obra Periodística», de la Universidad Pompeu Fabra, Barcelona, en su trabajo «Joaquín Mola Martínez y Víctor Balaguer, corresponsales en la Guerra de Italia, 1859», nº 3, mayo de 2012.

<http://www.upf.edu/obrapperiodistica/es/anuari-2012/corresponsales-guerra-italia-1859.html>

primeras guerras dinásticas del carlismo en 1833 y 1846. En estos antecedentes del primer tercio del XIX, el periodismo español no conocerá todavía el oficio del corresponsal profesional que es comisionado ex profeso por un periódico u otro. Entonces las novedades bélicas sólo se cubrían por medio de los partes oficiales remitidos por las autoridades militares presentes en las batallas. Habrá que esperar, en efecto, a los nombres de Balaguer, Alarcón, Mola Martínez y Núñez de Arce, entre otros muy señeros, para que surjan los primeros corresponsales enviados por la prensa. Y ello es así aun cuando el granadino Alarcón cubrió la guerra africana, no sólo en el rol de periodista, sino también de soldado enrolado; y lo mismo le pasará a Mola Martínez en este mismo conflicto en el que tomó parte con la pluma en una mano y el arma de fuego en la otra.

María Antonia Fernández, en una reciente edición que ha coordinado y prologado de las *Crónicas periodísticas de la Guerra de África de Gaspar Núñez de Arce*, nos señala lo siguiente: «En el caso español, la enorme expectación que el conflicto africano despertó en la sociedad se tradujo en la popularización del reportaje de guerra, basado en el relato pasional de los hechos de armas del ejército. En el momento de iniciarse la guerra de África, los principales periódicos encargan a reputados escritores la tarea de contarla en directo. Conscientes de la trascendencia del conflicto desatado, se apresuran a mandar corresponsales al terreno de las operaciones: los editores de *El Museo Universal*, Gaspar y Roig, envían a Pedro Antonio de Alarcón; *La Iberia*, a Gaspar Núñez de Arce; *Las Novedades*, a Juan Antonio Viedma; la *Crónica del Ejército y la Armada*, a Emilio Lafuente Alcántara; *El Diario de Barcelona*, a Joaquín Mola y Martínez; y *La Época*, a Carlos Navarro y Rodrigo, nombrado cronista oficial y más tarde director de la Imprenta de Campaña» (2003: 25).

Para cerrar el cuadro de esa generación de prensa, permítasenos que completemos los datos biográficos de todos ellos. Juan Antonio Viedma Cano (1830-1869) fue un jienense con intensa vida periodística. Es recordado por haber acompañado a Alarcón a la guerra de África, para servir al periódico *Las Novedades*, una cabecera de notable renombre, fundada por el no menos insigne madrileño Ángel Fernández de los Ríos

(1821-1880), quien acumuló a sus espaldas valiosas iniciativas empresariales de prensa como propietario del *Semanario pintoresco español* (1847), o la fundación de *La Ilustración* en 1849, uno de los primeros periódicos de actualidades en España. Además, ejerció la corresponsalía de *La Ilustración Española y Americana* en la ciudad de París entre 1875 y su fallecimiento en ésta en 1880 víctima de fiebres tifoideas, donde residía como exiliado por Cánovas, que siempre temió que el antimonarquismo de Fernández de los Ríos no acabara erosionando *su* empeñada Restauración borbónica.

Por su parte, el malagueño Emilio Lafuente Alcántara (1825-1868) se benefició de su nombramiento como agregado científico del cuartel general en la campaña de África, gracias a su fama de arabista, para compaginar la tarea con el envío de informaciones bélicas a la *Crónica del Ejército y la Armada*.

Por último, Carlos Navarro Rodrigo (1833-1903) fue otro alicantino memorable que grabó su nombre en la pléyade africanista, gracias a las crónicas que elaboró para *La Época*, al punto de merecer la consideración de cronista oficial de la guerra y máximo responsable de la imprenta que las autoridades militares habían instalado en el frente.

Ahora bien, las figuras de mayor relieve y de más indeleble posteridad, claro, fueron Núñez de Arce para *La Iberia* y Alarcón para *El Museo Universal*, movidos ambos por la comezón naciente de “contar la guerra en directo”. De este modo comenzaba en España a dibujarse la figura del corresponsal de guerra, por más que —no obstante la mucha calidad literaria— la inmensa mayoría de los enviados especiales fueron profesionales a tiempo parcial, no poco movidos por una mezcla de cronista de su tiempo, romántico de corazón y aventurero de sangre.

Cuando estalló el conflicto el 22 de octubre de 1859, conscientes los directores de prensa de la trascendencia de lo que se avecinaba, se apresuraron a mandar corresponsales al terreno de las operaciones, como ya hemos relacionado más arriba.

La labor del vallisoletano Núñez de Arce, en sus crónicas periodísticas, presentará un conjunto de artículos en los que recurre preferentemente a la forma epistolar, como ya lo estaba practicando Amengual, por cierto, desde América. En sus crónicas afirma —en varios momentos— que él, Núñez de Arce, «sigue el conflicto con el corazón y con la vista, o bien bajo la impresión y la emoción del momento». Es exactamente el mismo acicate que veremos luego muy vivo en el menorquín. Núñez de Arce hace, en general, un tratamiento romántico de sus crónicas, aunque también resalta el realismo en sus descripciones. Pero prevalece su predisposición hacia los sentimientos, con imágenes líricas que buscan la reacción emocional de los lectores, intentando que éstos participen de algún modo de las intensas emociones que él ha sentido. Su estilo no es recargado, sino sobrio, por lo que no se recrea en los detalles ni añade florituras innecesarias.

En uno de sus artículos para *La Iberia* del 10 de enero de 1860, retrata, por ejemplo, al general Prim de este modo: «[...] ¿Cómo vive todavía el general Prim?, preguntarán ustedes; y eso mismo pregunto yo, sin que sepa cómo explicarme el hecho de haber el conde de Reus salido ileso de aquel diluvio de balas, de aquel choque tremendo de sables y gumías, yendo como iba a caballo y llevando desplegada una bandera; circunstancias que debían atraer necesariamente sobre él la atención de los enemigos. Hay ocasiones en que debe creerse en milagros y ésta es una» (MARÍA ANTONIA FERNÁNDEZ, 2003: 137).

Con todo, el trabajo periodístico más reputado de aquellas fechas fue *El Diario de un testigo de la guerra de África*, del granadino tantas veces nombrado Pedro Antonio de Alarcón y Ariza (1833-1891). Desde los escenarios marroquíes, escribió una serie de crónicas y relatos de la acción de las tropas en campaña, que, reunidos y publicados de conjunto en la obra citada, fueron muy leídos con varias ediciones de más de 50.000 ejemplares impresos. Sus páginas son modelos de descripciones bellísimas y de interesantes relatos. Acaloradas por un intenso espíritu patriótico, adornadas con las galas de una imaginación rica y pintoresca, llenas de sentimiento y poesía, escritas con un estilo ligero, amenísimo, fluido y desenfadado, verdaderamente memorable.

También fueron muy interesantes las estampas pictóricas que se derivaron de este conflicto. Mariano Fortuny (1838-1874) pintó e inmortalizó escenas de cómo la infantería española avanzaba por el valle de Tetuán; o recogió la carga de los húsares de la Princesa en la batalla de Los Castillejos, lanzándose a pecho descubierto contra las filas enemigas. En 1860 la Diputación de Barcelona le había propuesto unirse a la campaña de Marruecos para tomar apuntes de los principales episodios de la guerra africana. Su estancia y su tarea allí admiten que sean consideradas, con propiedad, las de un auténtico reportero gráfico (o proto-reportero) en un conflicto bélico, a la manera que los ingleses habían comenzado a practicar la especialidad unos años antes, en la Guerra de Crimea (1853-56). Recuérdese que, entonces, el periodismo británico tenía consagrado el término “special artist” para designar a sus pioneros de la información gráfica y a los dibujantes que trabajaban como enviados a aquel frente a orillas del Mar Negro.

En suma: fueron las guerras de finales de los años cincuenta (italo-austríaca) y primeros de los sesenta (Guerra de África) lo que dio lugar a la irrupción en España de la crónica periodística viajera, en particular la de carácter bélico. Incluso, abrirá la puerta al desplazamiento viajero de ilustradores e informadores gráficos, comenzando por el mismísimo Alarcón, que en su equipaje literario llevaba nada menos que una cámara fotográfica, si bien la tradición cuenta que acabó perdiéndolo todo: artefacto y placas.

Pues bien, estimamos muy conveniente —y justificado— que, a ese núcleo de auténtica alborada periodística española, deba sumársele el nombre del menorquín Esteban Amengual, máxime si nos ceñimos a la historia del periodismo de corresponsalía.

Ya sabemos que el menorquín no estuvo en la agitación de prensa que se desató en tierras del Imperio Marroquí hasta el sometimiento y toma de Tetuán el 26 de abril de 1860. Pero aquél, al inicio de los años sesenta, ya había inaugurado sus crónicas viajeras desde América para un diario español —mahonés para ser exactos. Y, por ende, también era un nombre

que, en paralelo, había ganado crédito con la edición, en 1859, en Barcelona, de su libro *Recuerdos de mis viajes a la Crimea durante el memorable sitio de Sebastopol*. No se trata, en realidad, de un texto que, primigeniamente, se hubiese escrito para la prensa, para luego quedar agrupado en forma de libro, como luego haría Alarcón con sus textos africanos. No. Pero la obra de Amengual ofrece un contenido que no repugna la preceptiva cronística de su época. De hecho, es un relato que se desenvuelve de la mano de un ‘cronos’ explicitado en las páginas, vinculado a tres viajes llevados a cabo por el buque vapor en el cual Amengual servía como segundo piloto en la ruta entre Marsella y Sebastopol. En sus diecinueve capítulos, abundan las descripciones geográficas y étnicas y la narración de hechos de armas, la recogida de datos, los retratos de la desolación de los campos de batalla sembrados de cadáveres, etcétera. Sobre todo, hace gala de presentar una cosecha de contenidos que son el fruto de su posición como «testigo ocular de muchos de aquellos acontecimientos», remarca en cierto momento el propio autor (1859: IX), al gusto, diríamos, que ya había querido esgrimir Núñez de Arce para sí en sus textos de guerra del año 1860. O el mismísimo Alarcón. Es decir: que Amengual actuaba al más preciso estilo del cronista periodístico de su tiempo.

Como parece evidente, la referida obra de Amengual sobre el sitio de Sebastopol (que debe quedar calificado como libro de viajes y no como periodismo de viajes por no estar concebido para la prensa), encaja a la perfección, tipológicamente, con la obra literaria viajera *De Madrid a Nápoles* (1861), escrita por Alarcón después de su experiencia de trincheras (y periodismo) en África. Lo compuso, como Amengual tras regresar de las grises costas de una Crimea en guerra, sin llevar primero el texto al papel prensa, sino que le dio forma directamente para el mundo editorial. Advirtió que no aspiraba a componer un libro de historia; que se limitaba a poner por escrito unos recuerdos personales de los que había sido testigo directo, «y en vista de que no se ha publicado en España, que yo sepa, libro alguno que se ocupe a pintarnos el bello paisaje de la guerra de Oriente» (1859: VI). Son, nos parece, unas palabras que no desentonan con la fibra más genuina de la conciencia periodística: hacer historia sobre un presente

del que uno ha sido testimonio ocular, con el deseo de dar cuenta abierta de él a quienes lo desconocen (a los que carecen de ‘información’). Por lo tanto, anida en Amengual la idea, no de hacer historiografía, sino ‘gesta’ (o novedad memorable) de la actualidad.

Por lo tanto, proponemos que el nombre y la obra de Amengual puedan quedar inscritos en el mismo marco temporal en el que la tradición periodística española tiene insertos a los egregios nombres de Alarcón, Balaguer, Mola, Lafuente, Fernández de los Ríos o Núñez de Arce, entre otros, para los años sesenta del ochocientos de nuestro periodismo.

A semejanza de esas figuras medulares, Amengual arroja sobre las páginas de la historia una cronística de temática diversa y de procedencia geográfica también diversa, de amplio radio, en un momento en el que el periodismo nacional se abría a esos frentes. Además de una amplitud geográfica que abraza Europa, las Américas y las lejanas Filipinas, la pluma de Amengual se empapa de la tinta de las guerras, las descripciones geográficas (física y humana), el comercio y la economía, la sociedad, las cuestiones de política portuaria, los espectáculos y las artes escénicas, etcétera. Amengual, pues, podría reclamar para sí la categorización que, a finales del siglo XX, iba a establecer el tratadista catalán Llorenç Gomis, al hablar de la existencia de dos familias de cronistas: los que cubren un lugar y los que cubren una temática de especialista. Como intentaremos demostrar, el menorquín, con sus muchas crónicas viajeras, hizo una cronística de viajes y, no menos, una cronística de especialista sí y sólo sí cuando ya había puesto pie en cada destino de sus largos periplos.

En efecto, en los análisis que aquí vamos a realizar, encontraremos a un autor periodístico que actúa como cronista de un lugar y como cronista especializado: todo ello en múltiples combinaciones de una y otra perspectivas. En consecuencia, quede dicho como aproximación que el autor menorquín nos ofrece una cronística politemática, además de multigeográfica. Luego habremos de detallarlo.

Incluso a la luz de las prescripciones de Martínez Albertos (1983: 281), Amengual produce unos textos para la prensa marcados por la voluntad de la continuidad de sus correspondencias ante unos lectores estables y habituales. El hecho cumple escrupulosamente una de las condiciones canónicas que aquel profesor defiende para el género de la crónica, algo que no se da en otros casos más ocasionales, como el reportaje.

También la cronística viajera de Amengual la veremos vinculada a unas condiciones de distancia geográfica del autor-periodista, o a una especialidad con permanencia de éste, tal y como lo prescribe Núñez Ladevéze; lo cual lo hace coincidente con el criterio ya señalado del maestro Gomis (1989:149).

Ahora bien: ¿por qué damos por seguro que los textos de Amengual son crónicas y son viajeras? Veámoslo.

Son viajeras, naturalmente, porque resultan ser el fruto periodístico de un acto viajero; de un desplazamiento sobre el mapamundi para dar cuenta (informando e interpretando) de las cosas y los asuntos con los que se topa mientras el viaje tiene lugar. Son crónicas, en efecto, porque ofrecen la explícita combinación de hechos informativos (novedades que se hacen saber a los lectores desde la distancia) y de hechos interpretados, valorados o enriquecidos con antecedentes, gracias a una *expositio* que va refrendada por una misma firma de autor que actúa con un compromiso constante y esforzándose él mismo en ser un observador directo de los hechos narrados —un testimonio en presencia.

Estilísticamente, los textos de Amengual redundan en su naturaleza periodística como crónica porque veremos en ellos:

- El uso del ‘yo’ narrativo, sin perjuicio del ‘qué’ y el ‘quién’ periodístico y del ‘por qué’ interpretativo.
- La combinación de los ejes espacial/temporal, formando una sintonía siempre perceptible, aunque a veces alguna de esas dos claves quede implícita, sobre todo la temporal.

- Cierta adjetivación, imágenes retóricas, etcétera, rara vez presentes en los géneros informativos ‘secos’, si se nos admite el matiz que gusta de emplear Miguel Ángel Bastenier.
- Recurso a los retratos (o eficción), tanto el retrato simple que denominamos prosopopeya, como la etopeya de los tipos humanos que se alcanzan a conocer en el curso del viaje. Y por ello, se detecta la presencia de las técnicas descriptivas.
- Recurso al relato de hechos, con lo cual se hace emerger la narrativa y sus técnicas en estado visible.
- Aparición de diálogos; o recogida, ni que sea indirecta, de formas dialogadas, así como datos, estadísticas, etcétera, que el cronista se ha procurado documentalmente.
- Una cierta función crítica de la crónica, como remate a su función interpretativa.
- Ofrecer contenidos que recaen en algún campo de las especializaciones.

Los ocho aspectos anteriores pueden ser resumidos en que Amengual nos demostrará ser un cronista que actúa, a la vez, de testigo y redactor; y también, en no pocas ocasiones, de protagonista y relator. Sin embargo, como habremos de ver, los ingredientes subjetivos que contendrán sus crónicas no significan que el autor desvirtúe los hechos, ni que lesione la ‘verdad periodística’.

Si las analizamos formalmente, las crónicas de Amengual son textos postales manuscritos de carácter epistológico, enviados por mar a una Redacción de prensa, en sobre cerrado, que se dirigen personalmente al director responsable de la cabecera para la cual tiene un compromiso de colaboración. ¿Qué quiere ello decir? Pues que, todo cuanto encierran de informativo y de interpretativo, en una clave periodística, se ofrece al lector en segundo grado, indirectamente, en la medida en la que, como relato, el cronista lo cuenta al director con intención de noticiarle los asuntos (comunicarle a él las novedades), si bien con el acuerdo tácito de que éste, a su vez, los transmitirá a sus lectores. Es decir: no se da ninguna forma de

reelaboración ni de reescritura de la carta postal antes de pasar ésta al componedor tipográfico. Más bien, esta aparente ‘carta para el director’ es sometida a una transcripción a la letra, encabezada como “Correspondencia particular” y autenticada por algún nombre de autor, por más que quepan los pseudónimos. Por lo tanto, la comunicación en primer grado dirigida al director periodístico, acaba siendo, de hecho, una comunicación directa y personal del cronista con los lectores potenciales. El director, como figura intermediaria, queda desde el principio absolutamente ‘difuminada’ y no se le conoce otro papel activo que la orden de publicación. A lo sumo, cabe suponerlo el responsable tácito de la orden de secuenciar en una o más partes aquellas correspondencias que se le antojaban excesivamente largas; o de decidir la página a la que iban destinadas. Pero, en todo caso, sin que cometa ninguna intervención en los contenidos o el estilo, ni en la línea informativo-periodística que le remite el cronista corresponsal. Así ocurrió realmente en todos los textos de Amengual.

Además, el director vigilaba que se mantuviera expresada la fecha de envío de la carta-crónica, y de que no se viera eliminada la firma que, al pie, acompañaba al texto como crédito. Aunque podían ser unas simples iniciales (Amengual optó por *E. A.*, *E. Amengual* y por las fórmulas *El Subscritor Ausente*, *Corresponsal Marino*, *el Corresponsal Terrestre* y *El Marino*)¹⁰¹, debemos remarcar que estas crónicas son los únicos textos de carácter informativo que en aquellos años admitían identidad o autoría nominal. Sólo se obraba así en supuestos de correspondencias particulares y para con las cartas a la dirección que entraban en el terreno del debate o la polémica pública al socaire de un asunto u otro. El resto de la literatura periodística acostumbraba a ser inflexiblemente anónima, siempre.

Dentro y fuera del periodismo menorquín pervivió largo tiempo el criterio general de mantener velada la identidad del autor material de los textos. Conocemos un caso ilustrativo para el periodismo insular en el que, todavía

¹⁰¹ De todos los pseudónimos y sus variantes utilizados por Amengual, tenemos plena confirmación para el caso *El Marino*, ya que está documentado y certificado por Amancio LABANDEIRA FERNÁNDEZ en su trabajo «Adiciones a un diccionario de seudónimos literarios españoles», pág. 180, en la revista *Dicenta: Cuadernos de Filología Hispánica*, nº 2, Ed. Univers. Complutense, Madrid, 1983, págs. 175-184.

en 1883, se hace cuestión de honor profesional sobre esa práctica, a raíz de una nota de gacetilla sin firma que afectó a la buena imagen de un profesor del instituto de secundaria de la ciudad de Mahón, Magín Verdaguer Callís. A pesar de que las gacetillas contenían los textos informativos (si bien mezclados con interpretación y opinión indivisas), todavía en los años ochenta del XIX, un diario insular, *El Liberal*, blandía estas exactas palabras, en tono resuelto e innegociable: «Las gacetillas que se publican en un periódico no llevan nunca la firma de sus redactores, sobre todo cuando aquéllas se ocupan de hechos públicos, y no de actos particulares; y, en tal caso, la extrañeza del señor Verdaguer prueba poco conocimiento periodístico. No dude de que cuando los redactores de *El Liberal* quieran ocuparse de sus actos privados, encontrará una firma al pie de los escritos»¹⁰². Semejante criterio, al correr de la decimonovena centuria, sólo conoció dos excepciones comunes: las cartas de ciudadanos externos al diario (lo que hoy denominados *cartas al director*) que apelaban al derecho de réplica, rectificación o denuncia; y las correspondencias particulares, o, lo que es lo mismo: las crónicas de corresponsalía. Así como las primeras no emanaban de ningún periodista que actuara como tal, las segundas sí, en todos los casos. Queremos reiterar, pues, que la admisión de firma para textos de periodistas redactores sólo se toleraba en las correspondencias, o corresponsalías, y nada más.

15. 3. Raíces epistológicas de las crónicas

En tales condiciones, es fácil comprender la dimensión personal y personalista que, en origen, distingue a la crónica como género desde tiempos remotos. Con Amengual, la cronística viajera de la que fue autor también la tuvo. Y para llegar a tal carácter, sin duda cabe explicarlo por la vía de la raíz epistológica que subsistía en los textos cronísticos de corresponsales en aquellos años; es decir, de los periodistas que, situados fuera del lugar de edición del periódico, enviaban sus correspondencias desde el exterior aplicándose a las formas epistolares. Por el hecho mismo de ser una ‘carta’, debió de parecer un absurdo formal que las correspondencias no contuvieran un nombre de autor, o, lo que es lo

¹⁰² Véase *El Liberal* de Mahón, 4-10-1883, nº 680, pág. 2.

mismo, de remitente, por más que abundara el uso de iniciales o de pseudónimos. Ambos elementos (carta y autoría), por tratarse de un texto epistolar, se reclamaban mutuamente y su confluencia se hacía ineludible, sin que cupieran mutilaciones u ocultamientos. Por lo tanto, notemos ahí, también, el germen capaz de explicar que la crónica, evolutivamente, siempre haya conservado un rasgo de género personal, incluso identificativo de la personalidad de su autor que se hace evidente ante el receptor de sus mensajes.

De un lado, el cronista, consecuentemente, informaba a sus lectores en primera persona, dirigiéndose a ellos con apelaciones directas y de confianza. En segundo lugar, no sentía cortapisa alguna para introducir un registro de vuelo literario, como prueba de máxima personalización de la crónica: textos con firma. Mucho más tarde, así lo seguirán entendiendo todos los grandes maestros de la cronística. Augusto Assía, por ejemplo, uno de los inmortales del periodismo español de la segunda mitad del XX, veteranísimo corresponsal de *Ya* y de *La Vanguardia* de Barcelona en Londres, dejará dicho que las buenas crónicas, además de buscar brillo, empujan al periodista a ensamblar noticia y metáfora. Esto es: información e interpretación con un sello de narrativa estilística. Parece muy claro, pues, que, si pudiéramos interrogar a Amengual sobre el tipo de textos que él creía que enviaba a los diarios de Menorca, nos respondería con la evidencia: «Hago ‘correspondencias viajeras’», aseguraría indubitable. No sacaría a colación los términos ‘crónica’ o ‘reportaje’ que estaban aún por llegar. A lo sumo, balbuciría en relación a los conceptos de ‘noticia’, ‘novedad’ y ‘veracidad’ y sobre el verbo ‘noticiar’, pero nada más.

En definitiva, la “indumentaria” dentro de la cual se sentiría bien ataviado a la hora de hacer periodismo sería la que lo enfundase en los términos ‘correspondencia’ y ‘carta’. Son las palabras —hoy arcaicas— que fueron comunes en la prensa de los años centrales del XIX. Y ello no obstante, las producciones textuales de Amengual no las veremos situarse lejos de la noción esencial de noticia, en absoluto. Todo lo contrario, porque la palabra ‘noticia’ ha pervivido relacionada, durante siglos, a la epistolografía. En realidad, la epístola como género literario no se concibe

vaciada de noticias —de ‘nuevas’ que contar al destinatario. Ya en el mundo clásico de Cicerón quedó muy bien fijada la naturaleza y la preceptiva del género epistolar. Marco Tulio Cicerón, considerado uno de los más grandes retóricos y estilistas de la prosa en latín de la República Romana, ya enseñaba categóricamente que una finalidad de las cartas había de ser la de comunicar noticias entre el remitente y el destinatario. Sostenía que la carta debe contener *significans*, lo que sugiere el deber de proporcionar información sobre asuntos y personas. Consideraba que la carta conlleva establecer un diálogo bilateral entre ausentes con efectos retardados en ambas direcciones. Tanto emisor como receptor, entre otros deberes, se prometen el traspaso de información que les sea novedosa y de interés recíproco. Así lo expresaba a manera de sentencia el gran humanista de Arpino: no hay que ser negligente respecto de lo que es propio de la carta: informar al que se escribe de aquellos asuntos que desconoce¹⁰³. Pues ni más ni menos, esa fue siempre la finalidad interna (a veces explícita, a veces tácita) de todas y cada una de las ciento veintitrés cartas elaboradas por Amengual. Escribía cartas (correspondencias) porque era el género natural y preceptivo para dar a conocer novedades a los directores de prensa de la isla de Menorca y, por ende, a la opinión pública lectora. En consecuencia, cuando entremos en el análisis periodístico detallado de esos textos, podremos detectar que, junto a la estructura que imprime a sus crónicas en tanto que género para la Periodística, subyace en ellas la observancia de las partes de una carta según la teoría latina más clásica, a saber (TRINIDAD ARCOS, 2008: 350-52):

- *Inscriptio, salutatio* o inicio;
- *Exordium*;
- *Narratio / argumentatio*;
- *Subscriptio*, final o conclusión.

¹⁰³ ARCOS, Trinidad, en su trabajo «De Cicerón a Erasmo: la configuración de la epistolografía como género literario», escribe, adjudicándose al clásico latino: “Es propio de las cartas no pasar por alto el informar de las cosas que el destinatario desconoce” (*Illud quod est epistulae proprium it is ad quem scribitur de iis rebus quas ignorat certior fiat praetermittendum esse non puto*, CiC, Q. fr. 1.1.37). Véase el «Boletín Millares Carlo», nº 27, Centro UNED, Las Palmas, 2008, págs. 347-400.

Por esta razón insistimos en calificar la cronística de Amengual como material epistológico, si bien comprobaremos que se combina con el perfil de un género para la Periodística en sentido moderno del término: la crónica y el reportaje; o también: la información, el uso del *lud* de arranque, la interpretación y, en ocasiones álgidas, la opinión rotunda, etcétera.

15.3.1. La *inscriptio*

Con excepción de la primera crónica de la serie, la que envió desde Charleston en noviembre de 1860 y publicada en *El Diario de Menorca* el 26 de febrero de 1861 en cuatro entregas sucesivas como si fuera un texto de folletín, las ciento veintidós restantes cumplen una clásica *inscriptio* (o *salutatio*) en estos términos: «Sr. Director de EL DIARIO DE MENORCA, Charleston 15 de marzo de 1861», que no es sino la fórmula canónica de cumplir con la *inscriptio* de una correspondencia clásica. Sólo a partir de la correspondiente al 29 de octubre de 1861 (inserta en el diario del 24 de noviembre), encontramos una ligera variación en la *inscriptio* o encabezamiento: Amengual añadirá, de ahora en adelante, un matiz que la convierte, a su vez, en una *salutatio*, con las palabras «Muy señor mío» y otras variantes diversas hasta echar mano de fórmulas más coloquiales, como «Muy señor mío y amigo».

15.3.2. El *exordium*

Amengual, para efectuar la apertura de sus correspondencias gustaba de recurrir, de manera frecuente, a lo que los preceptivistas de la retórica llaman ‘exordios separados’ (DAVID PUJANTE, 2003: 97): aquellos cuyos contenidos no cuadran para nada con el asunto del que se ocupará en la fase de la *narratio*. Lo frecuente en su caso es referirse al tiempo que puede haber transcurrido desde su inmediata anterior, o a las vicisitudes que ha vivido y que pueden haber dificultado su carta, y otras alegaciones de condescendencia para con él en su misión redactora. Transcribimos unos casos de exordios separados, que cumplen generalmente una función de disculpa o de justificación de sus paréntesis de silencio o por verse con las manos vacías, noticieramente hablando:

«He pasado más días de lo regular sin mandarle noticias, ya porque se carecía algo de ellas, ya porque he estado ocupado. Hoy puedo llenar algunos renglones» [Carta de Nueva York, 27-11-1861, publicada el 20-12-1861 en *El Diario de Menorca*].

«Poco es lo que le puedo escribir de este punto del Brasil en donde me hallo hace días, por cuanto poco ofrece de notable para sus lectores» [Carta de Pernambuco, 1-12-1862, publicada el 28-12-1862 en *El Diario de Menorca*].

«Hora es ya de que le mande desde estas regiones mi acostumbrada correspondencia de cada viaje. Cerca dos años van transcurridos desde que le escribí la otra vez que me hallaba en esta; pero a pesar de este largo intervalo, poca novedad se me ofrece comunicarle con respecto a la Habana» [Carta de la Habana, 30-6-1863, publicada el 26-7-1863 en *El Diario de Menorca*].

«Para ser consecuente con los muchos amigos que cuento en ésa y demostrar la buena voluntad que me une con mi país natal, me creo en el deber de escribir estas líneas, por más penoso que para mí sea el objeto que las motiva desde este rincón del Nuevo Mundo» [Carta de Cayo Hueso, 4-4-1866, publica el 6-5-1866 en *El Diario de Menorca*].

«Alejado nuevamente de mi país natal, me siento como siempre dispuesto a perseverar en la para mí grata tarea de corresponsal del periódico de esa localidad, pues además de considerarme obligado, a fuer de buen compatriota, encuentro en ello cierta complacencia hija, sin duda, de mis afecciones hacía esa población que fue teatro de mis juveniles años. Por otra parte, me lisonjea la idea de merecer tácitamente la aprobación y gratitud de los habituales lectores del *Diario de Mahón*, siquiera en gracia de las noticias que, de cuantos puntos visite, trataré de comunicarles» [Carta de Barcelona, 24-6-1868, publicada el 27-6-1868 en el *Diario de Mahón*].

Como puede inferirse, el autor, en realidad, anda buscando la *captatio benivolentiæ*, un factor de depurada retórica antigua.

En otras muchas ocasiones, Amengual prescinde absolutamente del exordio y arranca su crónica sin preámbulos de ningún tipo: incide desde la primera línea en la *narratio* que quiere comunicar, y lo habitual es que le imprima un estilo muy periodístico-informativo. Por ello, no entraremos en detalles

precisos, para dejar esta materia a los siguientes capítulos en los que pretendemos abordar el análisis de los textos desde la perspectiva de la Periodística que más nos interesa estudiar en esta tesis. No obstante, he aquí la transcripción de unos ejemplos de ausencia de exordio, pues una vez que tiene hecha la salutación (o *inscriptio*), el cronista entra de lleno en la materia, o *narratio*, que pretende comunicar como novedad informativa:

«Hoy se tiene noticia extra-oficial de haber llegado la expedición a Port Royal con objeto de establecer su base de operaciones para atacar a Charleston o Savannah» [Carta de Nueva York, 9-11-1861, publicada el 1-12-1861 en *El Diario de Menorca*].

«Sigue sus preparativos el ataque con afán esperado de Yorktown: no parece sino que no se atreven a emprenderlo los federales por temer aquellos atrincheramientos, en donde con erguida frente le aguarda el enemigo, y en cuyo punto hasta audaz se les muestra con algunas salidas parciales que empeña, en las cuales hasta ahora ha salido ganancioso, hace tres días hubo allá otra escaramuza cayendo de sorpresa los sitiados sobre el ala izquierda de los sitiadores» [Carta de Nueva York, 23-4-1862, publicada el 17-5-1862 en *El Diario de Menorca*].

«Como noticia de acontecimientos importantes de la guerra, debo hoy mencionarle el ataque por la vía fluvial que han dado todos los buques blindados del Norte a las baterías que defienden las cercanías de la capital Confederada, habiendo sido rechazados con mucha pérdida de gente y destrozo material de un modo tal que ha dejado sorprendido a los Yankees, pues pensaban poderlo hacer todo ya con sus buques forrados de hierro, y han recibido un desengaño» [Carta de Nueva York, 20-5-1862, publicada el 13-6-1862 en *El Diario de Menorca*].

No cabe duda de que este último ejemplo de *narratio* sin exordio previo se nos presenta con una nítida resonancia de redacción periodística de buena ley. Relata un episodio bélico de la Guerra de Secesión norteamericana. Es un primer párrafo que se acomoda muy bien a los preceptos del *lid* de arranque: qué [ataque fluvial], quién [buques blindados del Norte], cuándo [en este caso: un *hoy narrativo* del cronista], dónde [en las baterías que defienden la capital confederada] cómo [acción de cañoneo naval] y con qué efectos [produciéndose un rechazo de los atacados, con muchas pérdidas para los atacantes]. Además, debemos observar que el párrafo periodístico se resuelve con una interpretación personal del cronista. Considera Amengual que se ha producido un cierto desengaño nordista, pues creían que con su innovación pionera de los buques acorazados

(ferrados de hierro), ya podían cantar victoria segura en todas sus acciones. Pero, no, «han recibido un engaño», concluye en su estilo de cronista que valora los datos informativos que aporta.

15. 3. 3. La *narratio*

Naturalmente, ejemplos de *narratio* epistolar, los encontramos en todas las crónicas. Para cumplir con el análisis epistológico que ahora desarrollamos, bastará escoger al azar la siguiente carta, enviada desde la Habana el 25 de mayo de 1864 (y publicada en *El Diario de Menorca* del 29 de junio del mismo año):

«Principiaré diciendo que el comercio en la Habana sigue bastante bien, no obstante la prolongada contienda del vecino continente [alude a la guerra civil americana]; y aunque las cajas del Gobierno en esta isla se vean algo exhaustas con motivo de los recursos que exige la empeñada lucha con los dominicanos [que entonces contendían por una independencia de España], no falta numerario para las transacciones mercantiles y hasta ha desaparecido la escasez de plata que para el menudeo había tiempo se notaba. El calzado está algo abatido, y lo digo por lo que interesa a estos isleños mis compatriotas. El mucho precio que siguen gozando los azúcares dará este año buenas entradas en los bolsillos de los hacendados. Los artículos de importación se mantienen hace algún tiempo a tipos limitados, bien que quien suele sufrir quebrantos cuando los hay son los remitentes de la Península, pues muchos de los hijos de la Madre patria que hacen aquí negocios saben muy bien manejarse, aunque carezcan de grandes luces, para siempre sacar astilla. Conozco algunos comerciantes muy capaces y cumplidos caballeros, como solemos decir del sujeto íntegro y considerado, pero otros hay que su lema *es dinero y siempre dinero*, sin parar mientes en esa delicadeza y finura de trato, como generalmente he visto que se observa por esos mundos».

Se trata de un relato (o *narratio*) de contenidos económicos; más exactamente, comerciales. Habla de la hora monetaria que se vive en Cuba; del sector del calzado con cierto abatimiento; de los lucrativos precios del azúcar en la última campaña; y del estado de los productos de importación. A todo ello, le añade una interpretación moral y saca a colación, a manera de antecedente, ciertos perfiles que él conoce de hombres de negocio: los caballerosos y los interesados egoístas. En realidad, estamos ante un párrafo de buen fuste así cronístico como informativo, por más que carezca de datos concretos y exactos.

Como habremos de considerar minuciosamente, crónicas como esta del 25 de mayo de 1864 resultan ser particularmente representativas del grueso que escribió Amengual. Desde el punto de vista de su *narratio*, el estándar que producía el correspondiente contenía, no asuntos monográficos, sino más bien multitemáticos dentro de la misma carta. Siempre respondían, a este esquema de contenidos:

1. Información económica y comercial;
2. Información portuaria y de movimiento de buques mercantes y/o de guerra;
3. Información de espectáculos, fiestas públicas, música y teatros.

Luego, en cada caso y según fuese la coyuntura del momento, Amengual añade a ese trípede temático asuntos como: Guerra de Secesión Americana; los movimientos rebeldes en la República Dominicana; la Guerra de los Diez Años de Cuba, con las primeras escaramuzas de los insurrectos; las luchas intestinas, también armadas, en México; las cuestiones de política portuaria, aranceles y otros derechos de ancoraje, etcétera. Asimismo, por tipos de contenidos, encontramos las correspondientes *narratio* de sus excursiones geográficas, que lleva a cabo con la intención de describir territorios, paisajes y grupos humanos (con claras resonancias de reportaje). A veces describe fábricas de producción tabaquera en Cuba, o la soberbia arquitectura del Capitolio de Washington.

15. 3. 4. La *subscriptio*, o conclusión y final

Como última parte epistolográfica de las correspondencias de Amengual cabe decir que la *subscriptio* a la que recurre es siempre muy simple y mecánica, aunque conservando el más puro estilo epistolar. Por lo tanto, fuerza siempre la expresión de un saludo y la manifestación de sentimientos afectivos para con su correspondiente:

«Con esta esperanza se queda su afectísimo S. S. — *El Subscritor ausente*».

Tras dejar firmada una carta del 22 de noviembre de 1861, a la manera de una postdata, añade esta *subscriptio* con fecha del 23:

«Ninguna novedad hoy. Es hora de echar esta al correo, y por tanto, sólo me queda tiempo de repetirme su afectísimo S. S. — Q.S.M.B. — *E. Amengual*».

«Hace tres días que sopla muy recio el viento del norte al nordeste con chubascos de agua, lo cual constituye aquí un verdadero tiempo de invierno. El vapor correo que va a salir dentro breves horas todavía sufrirá alguna marejada. Confío, sin embargo, llegará ésta con brevedad a las columnas de su periódico, valiéndome de tal conducto para saludar a todos los que recuerden a éste su ausente compatriota y de V. afectísimo S. S. — *El Marino*». [Carta de la Habana, 28-2-1866, publicada el 30-3-1866 en *El Diario de Menorca*].

«Sin tiempo hoy para más, y con un saludo a sus suscriptores, queda recopilando nuevas noticias que comunicarle próximamente su pobre en estilo pero franco, y consecuente y voluntario y... etc., etc., corresponsal y amigo. — *El Marino*». [Carta de Charleston, 1-10-1867, publicada el 30-10-1867, en *El Menorquín*].

Nótese que son unas formas de *subscriptio* que, a la vez, están dirigida a quien hace de receptor nominal de la carta (el director del diario), pero también a los destinatarios reales y últimos de su proceso de comunicación periodística: los lectores, a quienes siempre tiene en el punto de mira y para quienes sabe que los materiales van dirigidos. Ahí, pues, se esconde la cierta *falacia epistolar* que contiene la colección de correspondencias. Nos referimos al hecho de que no son cartas en términos epistológicos puros, porque no establecen ninguna comunicación bidireccional entre remitente y destinatario en sentido bipersonal. No existe la pretendida relación epistolar entre Amengual situado en el extranjero y el director del diario aguardando sus cartas en Mahón. Y, para más abundamiento, éste nunca le responderá, ni en las páginas de los periódicos, ni por vía postal.

En efecto, hay algo mucho más denso y más valioso que la mera comunicación epistolar privada. Hay, en realidad, una contundente comunicación periodística. Hay, definitivamente, una producción cronística con mérito informativo que rompe las murallas de privacidad en las que se mueven las cartas como documento epistológico. Además, cumple el principio de la comunicación social según el cual el emisor periodista se dirige a un receptor múltiple, o masivo, al que no conoce a título personal.

15. 4. Los grandes grupos tipológicos

Nos encontramos un Amengual cronista que practicaba un florilegio de correspondencias que pueden ser ordenadas según la siguiente relación de siete grupos tipológicos básicos y constantes:

- CORRESPONDENCIAS DE GUERRA: sobre la Guerra de Secesión americana, la Guerra de los Diez Años de Cuba y, en menor frecuencia, la rebelión en República Dominicana y ciertos conflictos armados en México.
- CORRESPONDENCIAS DE VIAJERO GEOGRÁFICO: integradas por crónicas en las que describe territorios, paisajes o ciudades.
- CORRESPONDENCIAS ECONÓMICAS: compuestas por crónicas y noticias de carácter comercial, mercantil, monetario y de mercados, como cronista especialista.
- CORRESPONDENCIAS PORTUARIAS: en donde detalla los movimientos marítimos en los puertos en los que ha recalado, así de banderas mercantes como de la marina de guerra. Existe, aún un subgrupo: las crónicas en las que trata cuestiones de política portuaria, fiscalidad, aranceles o derechos de anclaje. También subyace el cronista temáticamente experto.
- CORRESPONDENCIAS SOCIALES: cuando trata actualidad de la vida social de los lugares por los que transita como viajero.
- CORRESPONDENCIAS DE CORRESPONSAL NO VIAJERO: son las emitidas desde Barcelona, su lugar de residencia estable, de suerte que, entonces, produce unos ejemplos del denominado corresponsal “stringer”, aunque nosotros —como se verá— llamaremos ‘corresponsal residente’.
- CORRESPONDENCIAS DE RUTA: que son las que recogen las descripciones y avatares del desarrollo de una ruta viajera en sí misma.

Todas y cada una de esas tipologías no se presentan al lector por medio de ejemplos ofrecidos de manera monográfica. Al contrario: gustaba de formar crónicas en mosaico, o, si se prefiere, politemáticas. Excepto el caso de los textos de ‘stringer’ (es decir, cuando actuaba como corresponsal desde un lugar del que cabe considerarlo nativo: en su caso, las que enviaba desde Barcelona), Amengual llegó a formarse un esquema estándar de contenidos para sus crónicas. De manera sistematizada miraba siempre de

reproducirlo siguiendo ese orden general. Las partes principales de ese estándar eran las que siguen: la información de principal novedad (frecuentemente, atendía al estado de los conflictos bélicos), seguida de la información económico-comercial, la información portuaria y de movimiento marítimo y, en cuarto lugar, la información sobre espectáculos y diversiones públicas. Luego, sobre el conjunto voluminoso de las ciento veintitrés crónicas que forman el fondo a estudio, nos vamos a encontrar otras materias, a veces de aparición única, o derivadas del pulso de cada momento dentro de una franja de casi doce años de actividad redactora.

En esos frentes temáticos básicos y recurrentes debemos ver, sin duda, el trasfondo de los intereses personales de su autor; y por ello, las materias que estaban en contacto pleno con sus deberes de piloto mercante, en relación a los cuales experimentaba la seguridad del experto. A su vez, eran todas ellas materias que mantenían determinados puntos de conexión con la isla de Menorca como destino de sus crónicas. Por lo tanto, escogía deliberadamente algunos contenidos que él sabía a ciencia cierta que podían ser apetecidos de sus lectores: desde la simple anécdota de haber visitado emigrantes isleños, hasta asuntos de mayor importancia para la sociedad menorquina. En este sentido, conviene tener presente que, esos años, los menorquines comerciaban con Cuba en grandes cantidades, a cuyo mercado remitían la naciente industria del calzado. De esta suerte, los vaivenes de precios o el pulso del mercado zapatero resultaban ser noticias apetecidas —incluso útiles para los fabricantes, y, en general, la sociedad receptora de sus crónicas.

Hay en la cronística de Amengual una teoría intuitiva —primitiva, si se prefiere—, pero bien orientada, cuando decanta dos grandes matrices de textos de entre toda forma de producción escrita. De un lado, distingue los ‘textos voluminosos’, como los llama, que se asimilan al concepto de creación en forma de libro extenso, pensado quizá para lectores ilustrados, o al menos letrados en un contexto de alto analfabetismo. Y de otro lado, discierne los ‘textos superficiales’, que son los que permiten ser aparejados a la producción periodística.

Con esta elemental, acaso simplista, ordenación de las formas principales de creación de textos, Amengual, de hecho, se alinea con la expandida teoría de mediados del XIX, según la cual los periódicos son los libros del pueblo, mientras que los textos editoriales continúan reservados a las minorías cultas.

Así lo corrobora también Jaume Guillamet: «Hay en la tradición española, como en la francesa, una inclinación por la función de la prensa como medio de instrucción popular [...]. Todavía en el año 1871, un decreto de la I República para el fomento de la prensa entre las clases populares hablaba del periódico como del ‘libro del obrero’» (2003: 104). Para el caso geográfico de la isla de Menorca, la creencia era coincidente. En la portada de *El Menorquín* del 14 de agosto de 1867, firmado por el director e impresor Bernardo Fábregues, leemos algo tan explícito como esto: «Si falta la ilustración del periodismo, falta la ilustración del pueblo»¹⁰⁴, de lo cual venimos a inferir el axioma de que los periódicos ilustran a las clases populares.

Pues bien: la teoría diferencial entre textos voluminosos y textos ligeros, nos la da Amengual en la primera correspondencia viajera que conocemos de su pluma, datada en Charleston en noviembre de 1860 (*El Diario de Menorca* del 26-2-1861). Al situar la tarea que se ha comprometido a llevar a cabo para los lectores menorquines, segrega dos grandes campos de lectura y de lectores. Frente a los adictos a los libros densos, él espera brindar —nos asegura— textos más ligeros, más sintéticos. ¿A qué se refería? Entendemos que habla, en conclusión, de inclinarse a favor de las “lecturas periodísticas”. Para justificarse de su “débil pluma” y ante la imposibilidad de ofrecer en sus prometidas cartas una descripción de los Estados Unidos con la densidad de los grandes autores, advierte que se decantará por “textos superficiales”. «Pero como estas descripciones —alega— se hallan consignadas en abultados volúmenes, cuya lectura encuentra pesada una parte de los lectores amantes de lo superficial, en

¹⁰⁴ Se trata de un artículo de firma que formó parte de una serie que el autor, FÁBREGUES, Bernardo, fue desgranando en su diario, bajo el título genérico «El Periodismo en Menorca». Véase la cuarta entrega de 14-8-1867, nº 198.

obsequio a éstos y en atención a que el desarrollo progresivo de la prosperidad que va patentizando la Unión Americana se hace objeto digno siempre de un ojo contemplador, me atrevo a dar por tanto los concisos detalles que mis propias observaciones alcanzan»¹⁰⁵.

En resumen: a partir de ese momento (finales del año 1860) el capitán de la marina mercante se va a meter en la piel de un periodista. Y lo va a verificar con la combinación de dos principios. Primero: al acometer la redacción de “textos superficiales”; y segundo: al nutrirse de sus “propias observaciones”. Quiérase que no, ambos cimientos nos lo van situar, de hecho, ante el espíritu del periodista y del periodismo en estado esencial.

Ese mismo principio rector de comprometerse a escribir según las observaciones que uno realiza, será lo mismo que hagan, andando el tiempo, los cronistas y reporteros informadores cuando quede superado el periodismo doctrinarista que tanto marcó el siglo XIX y se descubra la luz del periodismo informativo.

Pero es también el fiel reflejo de una característica que Manuel Bernal describe en la psicología del cronista de viajes. «Lo más frecuente — dice — es que el viajero justifique su decisión de escribir, a pesar de carecer de aptitudes de escritor, por el contenido noticioso de su relato, ya que él no aspira a crear una obra de arte, sino a transmitir una información que considera muy valiosa y útil (1997: 80). A Amengual este patrón le encaja perfectamente, porque confiesa, desde el primer instante, que sus narraciones no se podrán comparar nunca a la de los «escritores competentes», pero que sí, en algo valdrán, vendrá dado por tratarse de «mis propias observaciones». De esta última característica, el menorquín hará virtud, pues constantemente encontraremos puntualizaciones relacionadas con la exactitud de lo que relata y de cuya precisión sale garante como observador directo. Por ejemplo: estando en la Habana el 25 de septiembre de 1861 remarca: «Me abstengo de hablarles desde aquí de los asuntos del Norte-América, porque no me gusta ser plagiarlo, sino escribir de mi propia cosecha, para hacerlo con la autorización que asiste al

¹⁰⁵ *El Diario de Menorca*, nº 699.

testigo ocular o, al menos, inmediato. Punto en boca, pues, respecto [a] lo que pasa en donde no estoy»¹⁰⁶. Sensible principio de conducta periodística éste al que hemos de atribuir al cronista mahonés, sin duda.

Y prosigamos la caracterización general de su cronística.

El grupo de las ciento veintitrés crónicas viajeras se distinguen, en lo estructural y en lo estilístico, por combinar los cuatro criterios que prescribe Bernal:

1. Espacio-tiempo;
2. Tendencia a la fragmentación del relato;
3. Relato serial;
4. La información y la interpretación.

En efecto, la coordenada espacial prima sobre la del tiempo, el cual, en todo caso, queda siempre subyacente, o, al menos, fijado en la *inscriptio* de cada crónica. Lógicamente, Amengual, salvando las formalidades clásicas, da mayor relieve al criterio espacial (al lugar en el que se halla) que a la fecha del calendario, por más que la idea del ‘cronos’ vaya muy unida, evolutivamente, al concepto del género. Por lo tanto, tenemos a la vista una producción cronística mucho más ‘espacial’ que cronológica o temporal. Se comprende enseguida, porque no estamos ante la crónica en sentido genuino (el relato en clave de ‘cronos’), sino ante una de sus muchas especialidades: el viaje, y éste, por definición, es un hecho espacial en primer lugar, al que sólo le importa el tiempo en segundo orden, y mejor implícito.

El factor de la fragmentación, en el caso de Amengual, hay que asociarlo a los ciclos viajeros, así miremos los periplos breves, como las empresas de largas distancias. De ahí que debamos considerarlas unas crónicas viajeras de fragmentación con intencionalidad de conjunto, aunque siempre sometidas al azar de los imprevistos. Nunca nos ofrece Amengual crónicas seriadas que respondan exactamente a la previsión inicial del viaje. Tampoco responden a ninguna planificación que no acabe acusando

¹⁰⁶ De la carta de 25-9-1861, tercera parte, en *El Diario de Menorca*, 3-11-1861, pág. 3.

alteraciones o imprevistos. De ahí que, en ciertos momentos, el desplazamiento y los itinerarios resultan de suerte imprecisa. Unas veces, sí envía crónicas que son fruto de itinerarios preestablecidos de antemano, con un desarrollo cronístico regular y sistemático. Pero, en otras ocasiones, nacen de incidentes inesperados. Es el caso de los seis meses que hubo de permanecer “inmovilizado” en Nueva York, para atender las reparaciones a que hubo de ser sometida su fragata tras un accidente en el mar que desarboló la embarcación. Quizá entonces, durante esa dilatada etapa de residencia en la megápolis americana, el grupo de crónicas que envió a los periódicos menorquines podría ser catalogado bajo otro parámetro de la cronística viajera. Aquéllas, a la vista de las circunstancias sobrevenidas, dejaron de ser tipológicamente unas crónicas de itinerario y acabaron convertidas en crónicas de corresponsal volante. Ya veremos que en todas ellas, se proyecta mucha más inmediatez sobre la actualidad neoyorquina, como lo haría un auténtico corresponsal enviado e instalado en ese punto geográfico, mientras que el hecho viajero en sí prácticamente queda desvanecido. Algo parecido podemos encontrar en determinados momentos de residencia prolongada en la Habana o Charleston, que son los puertos que acumularon mayor número de estancias de Amengual y su tripulación. En fin: tipológicamente, es lo mismo que cabe interpretar con aquellas crónicas que remitió a Menorca desde la Barcelona de su residencia familiar. El grupo de las enviadas desde esta capital catalana no casan bien con la teoría de la crónica viajera: más bien han de ser consideradas crónicas de corresponsal. Y puesto que se trata de la ciudad de su domicilio, es preferible ponerles el sello específico que lo denomina “corresponsal stringer”, también llamado nativo. O, como veremos, ‘corresponsal residente’

Por lo que atañe al tercer criterio de Bernal (el relato serial), la cronística de Amengual obtiene los necesarios elementos de enganche en las materias de que trata, como patrón más o menos repetido continuamente. En particular, así se evidencia al serializar las crónicas dedicadas a la guerra civil norteamericana, primero, y, más tarde, a la primera insurrección cubana de 1868, como grandes acontecimientos históricos de los que él es testigo, si no en los frentes, sí ocupando una posición de privilegio sobre el lugar de

los hechos. De otro lado, desde una perspectiva temática, la serialización también se hace constante en sus crónicas, toda vez que mira de repetir algunos patrones de contenidos, a saber:

- Movimiento portuario de los lugares en los que se halla, sobre todo reseñando las embarcaciones mercantes o de guerra de bandera española;
- Movimiento de los mercados y de la actividad económica del lugar: moneda, precios, compras y ventas de productos, etcétera;
- Actividad lúdica en los teatros y espectáculos públicos;
- Los reportajes geográficos de las tierras que recorre, al más puro estilo de cronista viajero típico.

Por último, el cuarto criterio de Bernal (la información y la interpretación) se nos muestra profusamente en la práctica totalidad de las ciento veintitrés crónicas que forman el legado periodístico de Amengual. Lo analizaremos detalladamente en próximos capítulos.

En efecto, el conjunto de sus textos practica una constante combinación de elementos informativos con elementos interpretativos. Y siempre tiene en cuenta al lector para el que escribe, como muy bien nos lo probarán sus permanentes y explícitas apelaciones a los menorquines para quienes habla. Les detalla informaciones que él juzga de interés directo para sus lectores, principalmente en el terreno comercial, sabedor como es de las relaciones económicas que Menorca mantenía entonces con el exterior. Es el caso fortísimo de Cuba y el comercio de la producción manufacturera del calzado. Como verdaderos textos cronísticos que descansan sobre el doble pedestal de la información y de la interpretación, Amengual, claro, no se conforma con visiones atemporales del lugar que visita, de sus gentes y de sus hechos a la vista, sino que se esfuerza por trazar una visión actual de la realidad circundante. Y lo hace, en su caso, observándola desde el posicionamiento de menorquín (mirada localista insular, consonante con la mirada de sus lectores), y el posicionamiento de español que presume el interés que reviste, por ejemplo, la suerte de las colonias españolas en el Caribe.

Asimismo, nutre las crónicas con múltiples datos y con un torrente de información-interpretación vinculados a su especialidad profesional del pilotaje marítimo, la política portuaria y la marina mercante. Esta amplia gama, como ha querido De Diego, lleva a Amengual a crear «buenas series cronísticas», las cuales, a su vez, «llegan a establecer una relación afectiva, de complicidad y de confianza entre autor y lector» (2007: 177).

CAPÍTULO XIV

PRIMER ANÁLISIS PERIODÍSTICO: LAS TIPOLOGÍAS CRONÍSTICAS DE AMENGUAL

16. 1. Marco teórico y conceptual

SE hace necesario recapitular determinados conceptos y definiciones que hemos venido tratando hasta aquí. Sólo así podremos interpretar con eficacia comprensible la obra periodística de Amengual en lo que atañe a los géneros o subgéneros que aplica a su trabajo.

En algún otro lugar de esta tesis ya nos hemos manifestado favorables a retocar la nomenclatura (al menos a nuestros efectos) de lo que se denominan comúnmente géneros periodísticos. La taxonomía que propugnamos es partir de la existencia de tres familias de textos periodísticos, en lugar de tres géneros como prefiere la tradición académica. Y son: las familias informativa, interpretativa y opinativa. Luego, dentro de cada una de ellas, nos aparecen, ahora sí, los géneros propiamente dichos. A la vista del campo de trabajo específico de nuestra investigación, nos quedamos de momento con las dos primeras y dejamos en vía muerta la familia de la opinión.

Veamos: para la *familia informativa* están los géneros de la noticia o nota y el reportaje objetivo; y para la *familia interpretativa*, entre otros géneros, tenemos la crónica, la cual, a su vez, presenta dos subgéneros: de un lado, la crónica que cubre un territorio, y de otro, la crónica que cubre una temática de especialista. Pero hay más fronda. El subgénero de territorio se despliega en estas especies o variedades: crónica de enviado especial (incluyendo la de guerra), crónica de corresponsal fijo (así sea en el extranjero o local), crónica de corresponsal nativo o “stringer” y crónica viajera. Finalmente, el subgénero de la crónica temática o de especialista, arroja el ubérrimo caudal de las especies o variedades de todas las formas cronísticas que, con carácter temático, se han practicado y se practican en

el periodismo de antaño y de nuestros días, a saber: taurina, deportiva, judicial y de sucesos, rosa y de sociedad, de espectáculos y artes (sin llegar, no obstante, a los textos de crítica), política y parlamentaria, de economía y finanzas, etcétera: cada sección puede desarrollar una crónica propia.

Ahora bien: algunos casos que levantan dudas sobre su encaje perfecto dentro de las costuras de la teoría, avivan múltiples inquietudes: mangas que son más cortas y perneras que son largas. La crónica de guerra, con ser de enviado especial a los conflictos armados, ¿no sería también una crónica de especialista; esto es: una crónica que cubre una temática monográfica? Y lo mismo nos sugiere el gran cesto de la cronística de enviado especial. Junto a su evidente condición de crónica que cubre un lugar (ya que el redactor viaja lejos de la Redacción), ¿no será al mismo tiempo una crónica de especialista, supuesto que el redactor es un experto en temas económicos y debe desplazarse, digamos, a Davos para cubrir una cumbre del G 8? En fin: ¿cómo clasificamos al cronista que domina el fútbol y envía crónicas desde Johannesburgo mientras dura un mundial del deporte rey?

Parece natural, pues, que debamos ser flexibles y entender que los géneros, subgéneros, especies o variedades textuales no siempre existen en estado químicamente puro, con el bordado perfecto. No. Pueden darse mezclas — o pespuntos escapados. Las fronteras preceptivas, pues, serán permeables.

Como ha querido Mariano Belenguer a la hora de comprobar el estándar tradicional de la crónica de hoy día, en muchos casos, entremezclada con el reportaje, hay infinidad de ejemplos de *fusión* y *con-fusión* de géneros. Nos alerta Belenguer sobre el periodismo de nuestro tiempo que, «cuando la estructura de contenidos es combinada con rasgos de crónica pura y de reportaje puro, aparece una forma textual de evolución que da lugar a ejemplos de *con-fusión* crónica/reportaje» (2002: 117). Fenómeno análogo, pues, sucede entre el género cronístico que cubre territorios (de enviado especial) y la variedad que cubre una cumbre económico-financiera internacional desde Suiza (crónica de experto).

La argumentación anterior, *mutatis mutandis*, viene al hilo de dos constataciones de conjunto que nos inspira la lectura de las ciento veintitrés crónicas de Amengual.

16. 1. 1. Primeros ensayos de crónica viajera española

Primera constatación: aun no practicando unos géneros puros, de arquitectura ajustada a la teoría académica, nuestro autor, en realidad, es demostrativo de unos primeros ensayos cronísticos para la variedad viajera de prensa en el panorama español. Su legado, efectivamente, constituye una muestra de buena crónica viajera, dentro de una clave académica de ese concepto redaccional. Al mismo tiempo, los perfiles de sus crónicas, en diversas ocasiones, caen en la *con-fusión* que querrá Belenguer. Por ello, habrán de ser tenidas por textos de reportaje. Además, a la manera de un estribillo, en ambas tipologías no estarán ausentes formas de periodismo de opinión. Más que nunca a mediados del XIX, la práctica profesional no ha roto todavía con el doctrinarismo y la prensa de combate ideológico. Como resultado, la mentalidad abocada al periodismo informativo que se separa deliberadamente de la opinión, cuando se da, ha de ser vista como rarísima y temprana. En Amengual sí se constata semejante esfuerzo, pues reiteradamente alegará aquí y allá que sus correspondencias huyen de la lucha política o de la agitación ideológica a propósito de una actualidad u otra. Desde París, el 12 de febrero de 1862 dirá:

«No le hablaré en ésta de política, tanto por no admitirlo el carácter de ese periódico, como por no ser la cuerda tirante de mis ideas» [Publicada en *El Diario de Menorca* del 23-2-1862, nº 998]¹⁰⁷.

Por si fuera poco, ese criterio lo mantuvo incólume siempre, aunque la hora de libertad de prensa le permitiera un periodismo político sin cortapisas. Es el caso de una apostilla que vemos en una crónica en pleno Sexenio Democrático, presidido como estuvo el período por la libertad de prensa que había quedado consagrada en el texto constitucional de junio de 1869. Amengual se reiteró políticamente distante en su periodismo, sin que nada

¹⁰⁷ Recuérdesse que esa cabecera aún pertenece a los años isabelinos, y que se declaraba un periódico dedicado a la defensa de los intereses materiales de Menorca.

ni nadie le apartase de la senda. Resulta que, estando en la Habana, escribió a propósito de saberse allí el magnicidio contra Prim, entonces presidente del Consejo de Ministros:

«Aquí ha causado honda sensación el telegrama [...], referente a la tentativa de asesinato del General Prim, a cuya noticia siguió la del nuevo nombramiento del Sr. Topete para Ministro y de haber llegado a Cartagena el rey electo. Propuesto —remarca entonces el cronista— a no entrar en materia política en mis correspondencias al *Menorquín*, dejaré de expresarme cual lo siento sobre éstos y otros puntos» [Crónica de la Habana, 3-1-1871, publicada en *El Menorquín*, 10-2-1871, nº 470]¹⁰⁸.

En conclusión: si Amengual se vetó a sí mismo en materia política, fue por deseo personal y por decisión exclusivamente unilateral suya. Cuando dejó de publicar en las páginas de *El Menorquín*, lo hizo vigilando de renovar su compromiso de neutralidad y de alejamiento político con el nuevo diario al que llevó sus correspondencias, *El Constitucional* de la ciudad de Mahón:

«Aunque sólo me sea dado cumplir a vuela pluma mi estreno de corresponsal a ese periódico, por cuanto mi breve y atareada permanencia en esta ciudad me fuerce a limitar el tiempo disponible para borronear papel, quiero, no obstante, formular algunas líneas que lleven colorido epistolar. Advertiré, empero, que esta vez (y quizá lo repita en muchas de las sucesivas ocasiones que se me presente) irá desprovista mi correspondencia de asunto que atañe directamente a la política, pues me considero todavía exento de compromiso que me obligue. Además, bueno es que en medio de esa barahúnda de encontrados partidos políticos, se preste alguien a suministrar noticias sueltas, hasta degenerar en pueriles si se quiere, con tal de ser variadas, pues ellas suelen satisfacer la curiosidad de no pocos y dar satisfacción a los más» [Crónica de Barcelona, 3-5-1871, publicada en *El Constitucional* 6-5-1871, nº 46]¹⁰⁹.

¹⁰⁸ No está de más que hagamos notar un par de puntualizaciones. Primera: si Amengual hubiese abordado algún comentario sobre el atentado, sólo hubiese podido ser en un registro opinativo, nunca informativo o cronístico, porque su situación geográfica a miles de kilómetros de Madrid lo hubiesen descartado para informar. Y segunda: si hubiese pergeñado una forma u otra de texto sobre el caso, se le hubiesen desbordado absolutamente los límites de su correspondencia viajera en tanto que crónicas.

¹⁰⁹ Nos parece muy significativo que la Redacción de *El Constitucional*, el día en el que Amengual se estrenaba como corresponsal, abriera la columna con una nota en la que lo calificaba de «apreciable amigo y correligionario». Por lo tanto, lo consideraban alineado con los grupos ideológicos constitucionalistas y democráticos. No era, pues, un ‘descerebrado’ ideológico. Otra cosa es que apostase por un periodismo de noticias, como sí hizo en todo momento, frente a un periodismo de opinión política.

16. 1. 2. Una cronística que fue un manojo de variedades

Segunda constatación: la garbilla entera de sus crónicas viajeras, en unos casos, se hace crónica de experto, con carácter de corresponsal volante; en otros, se hace crónica de corresponsal “stringer”; en otros, se hace crónica en la que el viaje mismo actúa como definitorio del relato; y, en cuarto lugar, se hace crónica geográfica cuando describe territorios, paisajes y localidades que le son descubiertos por el hecho viajero. En fin: que nos encontramos la radiografía de un cronista nada simple, porque actúa en muy diversos registros: ora cronista que cubre un lugar, ora cronista que cubre materias; ora cronista que viaja, ora cronista nativo.

Derivado de lo anterior, creemos que el capitán mercante Amengual se comporta como un periodista genuino, un autor de textos de prensa, aunque le nazcan de su condición de piloto marino que, a título voluntario, adopta el compromiso de relatar los pormenores de sus viajes marítimos.

Parece que su mentalidad periodística estaba tan felizmente formada para el oficio de informador, que incluso calibró al milímetro el acomodo de sus mensajes a los receptores reales y concretos que le leían. Queremos decir que no seleccionaba asuntos e informaciones sin criterio para la tarea. Antes bien, combinaba dos motivaciones de un valor periodístico impecable. De un lado, que fuesen acontecimientos de gran novedad (interesantes, pues, para cualquier destinatario mediático por razón de prominencia); y, de otro, cuando le era factible, que resultasen atractivos o útiles para los lectores menorquines en particular, cuanto más directamente mejor. Desde Washington, al informar de una epidemia declarada en el sur de la nación, consigna:

«La malignidad de la fiebre amarilla en Nueva-Orleans es tanta que apenas cede a la estación que vamos entrando. He sabido con satisfacción que sólo dos son las que han acontecido entre las familias mahonesas» [Crónica de Washington, 8-10-1867, en *El Menorquín* del 5-11-1867, nº 266].

Incluso, por un momento, le conocemos referencias insularistas con cierta intencionalidad retórica:

«Esta tarde ha habido otra diversa distracción donde también se atraviesan apuestas. Han sido unas lucidas carreras de caballos. Por mí, sé decir que hubiera preferido ver las de la festividad de San Juan a orillas de ese sosegado puerto donde mis lindas paisanitas asisten engalanando las pulidas embarcaciones de Mahón. Y con el transporte que me comunica el pensamiento sobre mi país natal, cierro la presente [...]» [Crónica de Nueva York, 15-10-1867, en *El Menorquín* 6-11-1867, nº 267].

Otras veces, sin embargo, su conciencia de insular se reviste de importancia económica para los lectores relacionados con una industria manufacturera que entonces se había expandido considerablemente en la isla:

«Por el inmediato correo me consta que irán circulares dirigidas a muchos fabricantes de calzado de ésa [de Menorca, claro], de una nueva casa de comisiones que dedicará su trabajo mayormente a la citada manufactura de tanta importancia en Mahón. Uno de los socios de dicha casa conoce perfectamente esa clase de negocios y parece que ofrecerá algunas ventajas a los remitentes y aun tal vez anticipo de una parte de fondos si fuere necesario, desde el arribo a esta de las mercancías hasta su venta. Por el mismo vapor —concluye, actuando casi tanto como agente mercantil como cronista —remitiré a usted un estado de los bultos de calzado importados durante el año que concluye, tanto de procedencia nacional como extranjera» [Crónica de la Habana, 30-12-1868, en *Diario de Mahón*, 24-1-1869, nº 269].

Tampoco fue raro atender asuntos que caían de lleno en el interés menorquín. Alguna vez, se preocupó de ir a buscarlos, como lo hace cualquier reportero. Fue así como elaboró una reseña de la entrega de una medalla de oro a un ex presidente de la Sociedad Menorquina de Beneficencia establecida en Nueva Orleans, Francisco Sitges. Sin prejuicio que más adelante analicemos sus características como texto periodístico, este contenido nos prueba una cierta movilización periodística por su parte, para enviar hasta la isla de Menorca contenidos menorquines rastreados en los Estados Unidos (Crónica Nueva Orleans del 12 de enero de 1871, en *El Menorquín* del 24-2-1871 nº 482).

También como reportero dinámico lo encontramos en la crónica del 25 de enero de ese año de 1871, así mismo enviada desde Nueva Orleans. Fue a visitar a un personaje de mucha nombradía popular en la zona, Pepe Llulla (como era apodado), originario de la pequeña localidad norteña de Fornells,

en la isla de Menorca, que vivía ensalzado por una formidable fama como duelista a pistola, certero, rápido y letal. Al mismo tiempo, se había creado temible nombradía como patriota que no toleraba ofensas al honor de España.

Para la primera dimensión del aliciente periodístico (las noticias de amplio eco), Amengual sabía con certeza que su oficio de piloto lo transportaba a lugares muy lejanos de Europa, en relación a los cuales se le aseguraba el privilegio de verse rodeado de noticias internacionales de mucho fuste. Y, a la postre, en ciertas horas, de tremenda repercusión histórica. Es el caso de la guerra civil americana o de la primera guerra de Cuba. El cronista sabía que, ni España ni Menorca, estaban suficientemente favorecidas con las tecnologías de la retransmisión periodística (las primeras agencias, los nacientes telégrafos eléctricos entre el Nuevo y el Viejo Mundo, o la formación de las primeras redes internacionales de corresponsales, y no digamos las que aún tardarán en llegar, como el teléfono).

Por ello, Amengual diríase que se ve a sí mismo un testigo ocular —o al menos, inmediato— que le regala la atalaya de una actualidad de primera línea, imposible de quedar ensombrecida por el método del “intercambio o canje de diarios”, entonces tan extendida como sucedáneo de los despachos telegráficos o de eventuales servicios de corresponsalía. No es gratuito que Amengual insista sin parar que sus informaciones son candentes, que las recoge con neutralidad y muy preocupado por su veracidad y exactitud. Como recolector de las mismas en el lugar de los hechos, sabe que transmite noticias directas que muy pocos, en su país, son capaces de servir en igualdad de condiciones.

Es fenomenal comprobar tantas y tantas veces cómo se muestra con la conciencia de estar sirviendo novedades aún ignoradas en España (y, sobre todo, en la minúscula Menorca); o, al menos, de ser mensajero de ellas, como mínimo, en simultaneidad con los despachos de agencia o la difusión de la correspondencia postal americana sobre Europa a bordo de los buques correo a los que él mismo recurre como canal de sus mensajes. Léase, en prueba, esta apostilla contenida en su crónica desde Nueva York del 29 de

octubre de 1861 (publicada en *El Diario de Menorca* del 24-11-1861, nº 921):

«Mis ocupaciones no me han dado tiempo para extenderme en la presente [carta], mas sabiendo la ansiedad con que se esperarán noticias de esta dividida *in facto* República, he querido mandarla de cualquier manera, bajo promesa de ampliar los detalles y ser más noticioso con nueva oportunidad».

He ahí un Amengual que recuerda al más tópico estilo americano del reportero que se agolpa a la mesa del telegrafista para transmitir a su redacción las novedades que ha “cazado” antes que la competencia.

Es también el Amengual que, llegado a Cádiz en enero de 1862, se encuentra en aquellas aguas al famoso corsario sudista «Sumter», un vapor de hélice de 347 toneladas y un centenar de hombres de tripulación que antes de la guerra de secesión había servido como mercante con el nombre de «Habana», porque cubría la línea entre Nueva Orleans y la capital cubana. Como barco reconvertido para la lucha a favor de los confederados, iba armado con un obús de 8 pulgadas, proyectiles de 45 libras y 4 cañones de 32. Era rápido y marinerero, y adquirió fama en las escaramuzas a que dio lugar el férreo bloqueo de los puertos sudistas por parte de la flota de la Unión. Pues bien, nuestro cronista, al punto de ser enterado, reportó en su crónica del 25 de enero de 1862 lo que sigue:

«Muy señor mío: deseando tener al corriente en cuanto me sea dable de lo que ocurre con el *Sumter*, le diré, por más que el telégrafo se me haya anticipado, que desde aquí se dirigió (como supuse) al estrecho de Gibraltar, y por las cercanías del Peñón encontró una fragata y un pailebote, ambos norte-americanos, y por descontado, según tiene costumbre, los echó a pique, llevándose las tripulaciones a Gibraltar» [Publicado en *El Diario de Menorca*, 2-2-1862, nº 981].

Qué duda cabe: Amengual, de puro cronista informador, mantuvo en ocasiones algo así como un pulso con los telégrafos para cumplir su cometido periodístico con diligencia, para llegar pronto y rápido, aunque sin incurrir en la ingenuidad de ignorar que sus cartas, como promedio, padecían una demora de un mes entre la remisión y la publicación en

Menorca, cuando viajaban desde América. Desde otros puntos, aún se dilataba mucho más la difusión pública de las mismas. Así le sucedió en el periplo filipino. Cuando estuvo en aquellas remotas latitudes de Asia, sus cartas no se publicaron en España antes de un mes y medio, o más. Pero, aun así, el cronista se desvivió para apresurarse en tantas ocasiones como estuvo en sus manos. Lo demostró a las claras, por ejemplo, estando en Manila, donde hubo de ser testigo directo de un terremoto. Un suceso de esa naturaleza le sirvió para definirse en su espíritu de periodista nato. De un lado, porque tuvo conciencia precisa de la excepcionalidad de los hechos y de su gravedad humanitaria. Y, de otro, porque se impuso a sí mismo actuar con celeridad periodística. Lo aterrador del acontecimiento, pues, le espoleó con la misma perentoriedad y sentido del periodismo que cabe exigir al reportero más profesional y coetáneo nuestro:

«Aprovecho la oportunidad del vapor mercante *General Prim* que ha combinado su salida para Hong-Kong en el intermedio de los días de itinerario de los vapores correo ordinarios, para que sus lectores tengan cuanto antes noticia del espantoso terremoto que se sintió anteayer 1º de octubre en esta capital y sus cercanías a eso de las once de la mañana, durante cosa de 50 segundo» [Crónica de Manila, 3-10-1869, publicada en *El Menorquín* de 28-11-1869, nº 101].

En fin, el palpito de la oportunidad temporal siempre estuvo vivo, con la intención de evitar el envejecimiento de sus crónicas. Es así que aprovechaba todas las oportunidades que le brindaban las salidas de los buques correo rumbo a las costas europeas, para ganar tiempo y avanzarse al calendario:

«Además, es un estímulo para escribir contar con cuatro días de la semana saliendo vapor conduciendo valija de correspondencia para Europa, prescindiendo de los otros vapores de menos marcha dedicados al tráfico de emigrados, y de haber varios juntos que se despachan todos los sábados» [Crónica del 27-9-1867, desde Nueva York, aparecida en *El Menorquín* del 22-10-1867, nº 254].

16. 2. Ordenación de las crónicas

El conjunto del material que analizamos es susceptible de ser ordenado por contenidos homogéneos, de suerte que la producción cronística de

Amengual admite al menos estos siete grupos, como ya habíamos adelantado en otro lugar de este estudio:

- CORRESPONDENCIAS DE GUERRA: sobre la Guerra de Secesión americana, la Guerra de los Diez Años de Cuba y, en menor frecuencia, la rebelión en la República Dominicana y ciertos conflictos armados en México.
- CORRESPONDENCIAS DE VIAJERO GEOGRÁFICO: integradas por crónicas en las que describe territorios, paisajes o ciudades.
- CORRESPONDENCIAS ECONÓMICAS: compuestas por crónicas y noticias de carácter comercial, mercantil, monetario y de mercados.
- CORRESPONDENCIAS PORTUARIAS: en donde detalla los movimientos marítimos en los puertos en los que ha recalado, así de banderas mercantes como de la marina de guerra. Existe aún un subgrupo: las crónicas en las que trata cuestiones de política portuaria, fiscalidad, aranceles o derechos de ancoraje.
- CORRESPONDENCIAS SOCIALES: cuando trata actualidad de la vida social de los lugares por los que transita como viajero, incluyendo manifestaciones teatrales, música y espectáculos que, en razón de la escasa enjundia de contenidos que ofrece Amengual, no merecen formar grupo aparte.
- CORRESPONDENCIAS DE CORRESPONSAL NO VIAJERO: son las emitidas desde Barcelona, su lugar de residencia estable, de suerte que, entonces, produce unos ejemplos del denominado corresponsal “stringer”.
- CORRESPONDENCIAS DE RUTA: que son las que recogen las descripciones y avatares del desarrollo de una ruta viajera en sí misma. Sin ser meros cuadernos de bitácora, el autor relata el desarrollo del viaje y, cuando es del caso, accidentes o naufragios en los que se ve envuelto.

Es propio de las crónicas de Amengual que, en cada correspondencia, cuide de redactar un texto en mosaico. No se trata de que el periodista corresponsal escribiera, con carácter monográfico, modelos de crónicas por separado que fuesen, ahora geográficas, ahora de especialidad económica, ahora de espectáculos o sociales. No. Lo singular en el autor menorquín es componer crónicas de asunto múltiple, en cuyos contenidos, en la práctica totalidad de los ciento veintitrés casos, se reúnen en el mismo texto: estado de los conflictos armados; situación de los mercados y la actividad

comercial, con cotizaciones de compra de los géneros; movimiento portuario; vida social; y espectáculos.

Esa relación conforma, por temática, una auténtica espina dorsal de las correspondencias elaboradas por Amengual, que gustaba de cumplir en todas las ocasiones en las que cogía la pluma para escribir a la prensa menorquina. Además, el orden de los temas lo consignamos en el rango descendiente que él mismo miraba de tratarlos. Algo así como su personal ‘pirámide invertida de temas’, ya que la profundidad con que los trataba y detallaba disminuía a medida que iba dando repaso a su lista temática. En definitiva, queremos señalar que Amengual gustaba de seguir algo así como un patrón de contenidos que se repetía crónica tras crónica y, por gradación estructural, que se adecuaba muy bien a lo que Josep Maria Casasús llama «la ley del interés decreciente» (1986: 221).

Si bien resulta muy evidente que los siete grupos presentan el denominador común de pertenecer a la matriz de la crónica de viajes (en tanto que textos periodísticos que son el resultado de un acto viajero), son muy distintos entre sí, máxime si le aplicamos el patrón de Mariano Belenguer. En su libro varias veces citado, el profesor distingue tres tipologías de los relatos periodísticos de viajes (2002: 145-159):

- A) Tipología semántica;
- B) Tipología morfológica;
- C) Tipología pragmática.

Pues bien, como “instrumento de medición” —valga la frase—, aun habiendo sido fijado a comienzos del siglo XXI para analizar el periodismo de viajes de nuestros días, tiene la excelente virtud de poder ser aplicado sobre relatos antiguos, como es el caso de los de Amengual, de mediados del XIX. Enseguida comprobaremos que las crónicas del menorquín fueron suficientemente abundantes en número y en contenidos, como para permitir que hagamos con ellos un proceso de encaje en las tipologías de Belenguer sin violentar los preceptos.

16. 2. 1. Tipología semántica

Desde la perspectiva de una tipología semántica, a su vez, Amengual escribió crónicas de especialización y crónicas de temática.

Están en la semántica de especialización todas aquellas en las que nos ofrece relatos (o crónicas que llegan al grado de reportajes) de carácter geográfico respecto de tierras, países, paisajes o ciudades, al más exacto estilo de las crónicas panorámicas o panópticas, en las que vemos contenidos multidisciplinarios referidos a lugares geográficos. Es decir, contenidos clásicos de un viajero que atiende los aspectos de la geografía física y la geografía humana del punto al que llega. Son, claro, unos textos muy comunes y de práctica muy extendida entre los cronistas viajeros de todos los tiempos. La pretensión es dar a ‘descubrir’ lugares que se tienen por remotos o que se saben escasamente conocidos, en particular para la generalidad del público lector al que van dirigidas. Hay, en esta clase, una mentalidad subsistente del viajero explorador (así científico como aventurero) que, de tiempos antiguos, ha venido llenando las páginas de la literatura viajera y/o los proyectos de viajes con finalidad científica. Mientras que, en estos casos, los resortes nada tiene que ver con el periodismo y la información, para un cronista del siglo XIX, como es ya Amengual, sí hay un núcleo sensible de carácter informativo: dar a conocer países ignorados y presentarlos como ‘novedad’ al lector de prensa. La idea de poner en contacto a todo receptor de mensajes con hechos ‘nuevos’, es ya, de por sí, suficientemente estimulante como motor del proceso informativo, y encaja bien en los parámetros convencionales de cualquier medio de comunicación. Hemos de darnos cuenta de que el concepto de ‘nuevo’, en el caso de Amengual, actúa de sinónimo de aquello que es ‘actual’. De ahí que, al ofrecer descripciones económicas, pongamos por caso, lo hace con los datos más recientes y más actualizados, como se espera que los deba suministrar un texto cuya naturaleza se tiene por periodística.

La primera correspondencia de Amengual que llega a manos de los periódicos menorquines es ya una prueba muy nítida del recurso a la tipología semántica de especialización panóptica. O lo que es lo mismo: la

clásica crónica de viajes geográfica. Es la más larga y extensa de cuantas correspondencias de prensa escribió bajo una misma datación: cuatro entregas con tratamiento de folletín. Quizá esta circunstancia justifica, formalmente, la multiplicidad de modalidades que contiene, así en la perspectiva de la tipología morfológica, como semántica, como pragmática.

Columbrando las orillas de Charleston desde su barco, escribe¹¹⁰:

«La primera impresión se siente ya al divisarse las costas del Norte de América, pues en general se nos presenta una tierra baja, arenosa y poblada de un espeso pinar, cuya vista como que quiera indicarnos que se encuentra aún el país en su estado virgen y salvaje. Sólo, remontando poco o mucho los innumerables ríos que desembocan en estas orillas, es cuando se puede apreciar el poder que ha concedido Dios al hombre, es cuando se puede formar concepto de lo que son estas tierras: entonces es cuando echando una ojeada retrospectiva sobre esta parte del Nuevo Mundo se admira uno de lo que se ha hecho en el transcurso de tres siglos».

Nótese un aire de ‘descubrimiento’ de una tierra, por el tono literario que emplea Amengual. Incluso recurre al circunloquio de llamar a América el ‘Nuevo Mundo’, como lo hacían los legendarios cronistas de Indias. Es tanto como aludir al mundo ya colonizado, sí, pero en realidad desconocido del ciudadano común de Europa. El desvelamiento geográfico para los *encerrados* lectores de la isla de Menorca está servido.

Comienza dándonos la localización topográfica, la descripción urbanística y de modalidad edificatoria del lugar:

«Estas grandes ciudades con sus anchas calles tiradas a cordel y cruzadas perpendicularmente, orilladas por edificios modernos y revestidas de una casi desconocida en España animación mercantil, casi se hallan, no en el mismo litoral, sino algo más arriba de los más caudalosos ríos.

[...]

Charleston es la sexta plaza comercial de los Estados Unidos; está situada en la confluencia de dos ríos llamados el Cooper y el Ashley y contendrá sobre cincuenta mil

¹¹⁰ Todas las citas que ahora se transcriben pertenecen a la primera crónica de Amengual, enviada desde Charleston en noviembre de 1860 y publicada en cuatro partes en *El Diario de Menorca* del 26, 27 y 28 de febrero y 3 de marzo de 1861.

habitantes, pero como en estas ciudades acostumbra cada familia a habitar una casa entera, y a excepción de los edificios del centro que están apiñados a motivo de abarcar este punto todos los establecimientos principales abiertos al consumo general de la población, los demás se hallan cada uno aislado con su jardín, patio y galería que llaman *piazza*; resulta que el radio de la ciudad se extiende muchísimo».

Luego describe el asombroso servicio de transporte público; y, seguidamente, acomete la visión comercial que tanto le place al propio cronista, que no deja de mirar el entorno con sus ojos de marino mercante:

«Hay por lo tanto buenas líneas de ómnibus que recorren las largas calles, trasladando continuamente la masa de la población de uno a otro extremo, pues hay que advertir que los hombres de negocios tienen sus viviendas en los extremos y sus quehaceres en el centro. Charleston es mercado de algodón, arroz y madera principalmente, y de varias provisiones y otros artículos. Pertenece al estado de Carolina del Sur, cuya colonia fue cedida por Carlos II de Inglaterra en 1662 a ocho señores ingleses en propiedad, a fin de recompensar sus servicios en su advenimiento al trono [...]».

Como en toda buena crónica geográfica, en efecto, no faltan las referencias históricas; por tanto, los aportes de documentación del cronista como referentes de contextualización del relato. Actúa como lo haría un geógrafo, e incluso una guía de viajeros en el sentido más moderno y actual de la expresión, pero también la conducta imitativa del cronista de prensa:

«El comercio de negros se admitió desde luego en esta colonia como lo estaba ya desde 1820, donde un buque de guerra portugués desembarcó veinte negros, cuando hasta entonces sólo se habían llevado esclavos africanos a las colonias portuguesas y españolas. Fue tal el vuelo que tomó este ignominioso, diré, por más que se haga necesario, tráfico de carne humana, que en 1841 aún se contaban en la Carolina del Sur y en la Luisiana mayor número de esclavos que de hombres libres. En el día, con la terminante prohibición de importarlos, aunque uno que otro desembarco se verifique, parece que no crece la población de color».

Pero Amengual, de inmediato, regresa a su hora presente, porque no actúa como explorador geográfico con intención académica o científica. Él escribe para la prensa:

«Dirijámonos a uno de los cuatro ferrocarriles que parten de Charleston para emprender en bosquejo la mencionada excursión al interior. Aquí hay trenes de día y de noche, de pasajeros, mixtos y de carga. Los coches están formados para poderse pasar del uno al otro, pues aquí no se conoce la diferencia de clases: sólo para la gente de color los hay diferentes. Al salir de la población, primeramente se encuentran algunos campos cultivados de verduras y legumbres, y después se atraviesa por espacio de seis millas un terreno asaz pantanoso que, al pasarlo si es de noche, no es prudente dormirse para evitar un ataque de calenturas. Después principian esos interminables pinares en algunas extensiones tan sumamente nivelados que por espacio de más de 10 millas no se ve más que una superficie plana como un cristal. Más allá comienza el terreno a formar algunas ondulaciones, mostrando esos ricos sembrados de algodón, lanage [sic] que los Estados Unidos exportan para toda la Europa, en especialidad para Inglaterra».

Abunda luego en la acumulación de datos económicos y de producciones en el último año agrícola, principalmente en el caso del afamado algodón de las plantaciones sureñas:

«Sépase que este año se calcula la cosecha en cerca de cinco millones de balas, que, a 50 duros por la bala, importan cerca de 250 millones de duros. De estos cinco millones de balas puédase conjeturar [que] irán unos dos y medio a Inglaterra, uno a Francia, medio que consumirán los mismos Estados Unidos, y lo demás entre varias naciones a excepción de algún remanente. España no figura tan solamente por 150 mil balas».

Lo completa con una transcripción de las cifras de la producción general de toda la nación dentro del sector primario. Y, para asegurar mayor exhaustividad, ofrece los datos mineros y el panorama bancario. Acto seguido, apostilla que «basta de números, volvamos al viaje», con lo cual regresa al registro viajero y geográfico.

Recordemos que Amengual ha desembarcado en Charleston y, en un cierto momento, se ha animado a efectuar una excursión por el interior del territorio. De esa suerte, la crónica adquiere todos los visos explícitos de un relato de ruta, pues nos describe el itinerario mismo que está llevando a cabo y los hechos que se vinculan a la ejecución del trayecto:

«Ora atravesando bosques y más bosques, verdadera arboleda de la creación, que sólo interrumpe el serpenteo de alguno que otro río o arroyo que se cruzan por sencillos puentes, ora trillando en su marcada dirección esas extensas llanuras que el genio

afanoso del emigrado europeo ha conseguido talar convirtiéndolas en benéficos campos; detiene de trecho en trecho su rápida carrera la locomotora y se para a descansar breves momentos, al tiempo de dejar y tomar carga o pasajeros en unos pueblos, que muchos sólo tienen de tales el nombre, pues se reducen a una docena de casas que sólo las haciendas que las circuyen les dan alguna importancia, y como habitan los hacendados sus propiedades rurales, forman de este modo una extensa vecindad. Al cabo de seis horas de marcha se para el tren por media hora para dar lugar a que coman los viajeros».

Da cuenta luego de los muy bien organizados servicios de hostelería que ofrece el país; pero critica su cocina: «Todo son asados y fritos y fritos y asados —alega—, pocas salsas y ninguna sopa, a no ser que sea de ostiones». A partir de este comentario, el cronista invita al lector a que «sigamos el camino», lo cual nos refuerza en el criterio sobre el que está escrita la crónica viajera. Es decir: ir describiendo y relatando al compás del viaje. Finalmente, llega a su destino: Pendlenton, un pueblo ubicado en el condado de Anderson y, al igual que Charleston de donde había partido la excursión, perteneciente al Estado de Carolina del Sur. La contemplación de aquella localidad lleva a Amengual a describir el estilo de vida de los lugareños:

«La gente del campo en estos países, sobre todo en los estados meridionales de la Unión Americana, es y vive muy diferente de lo que pasa en España. Aquí los hacendados toman por vivienda sus propias haciendas para gobernarlas por sí mismos, teniendo para la labranza de sus tierras un número de negros esclavos. A los hijos de ambos sexos se les da una esmerada instrucción, ya mandándolos a los colegios de los cuales abunda toda la nación, ya por medio de preceptores ambulantes tanto de primeras letras como de otras materias, y con especialidad para la enseñanza del piano».

Profundiza en el retrato de conjunto de las gentes que habitan la zona (estilo, pues, descriptivo):

«Entre estos habitantes del interior *country people* es donde pude hacer un estudio más marcado del carácter americano, bien que este se divide en dos ramas, la gente del Sur, una, y los *yankees*, que son del Norte, la otra; entre cuyas ramas o partidos existe como ya he venido demostrando tan arraigada rivalidad que a veces degenera en odio y sarcasmo. Tocante a las primeras, es decir, las gentes del Sur que son las que traté, paréceme que son bastante atentas, aunque algo frías en el trato social, por adolecer del defecto general de la raza inglesa flemática y reservada. En sociedad son muy

remiradas, pero hay mucha parte de hipocresía según he podido juzgar al tratar algunas familias con alguna intimidad. No hay aristocracia de nombre, pero existe de hecho, pues las maneras de las personas pudientes y aun de las menos acomodadas son algo sofisticadas. Concorre uno a una tertulia, a un baile o cualquier otra clase de reunión de sociedad, no puede dirigir la palabra a nadie que sea desconocido en trato, por más que se le conozca de oídas y de vista, no es dueño de solicitar pareja alguna para bailar que no haya mediado la previa presentación. [...]».

Se detiene también en consideraciones sobre el estándar racial de las mujeres del Sur, comparadas con las del Norte del país, de suerte que el autor no abandona el estilo descriptivo, y, específicamente, la eficción:

«Las mujeres del Sur son muy diferentes en el tipo a las del Norte: estas conservan toda la semejanza del tipo inglés, mientras que aquéllas tienen un no sé qué, un aspecto de españolas que, a primera vista, son a nosotros más simpáticas. Generalmente son de un talle mediano, ojos y pelo negro, color trigueño, y bastante vivarachas y juguetonas».

Abriendo una etopeya, agrega:

«Lo que se hace extraño es que observando tanto recato el bello sexo, se deje llevar de cierta franqueza después de la presentación, y tenga además algunas libertades desconocidas en España, como, por ejemplo: salir sola una señorita, o sea, una joven soltera por la calle yendo a paseo».

Amengual, en este primer texto de correspondencia, hace uso, estilísticamente, del uso directo de declaraciones:

«[...] Una señora que estaba allí de visita me dijo: ‘¡Qué lástima [que] esté Vd. tan poco entre nosotros, pues se le hubiera podido acompañar a ver las montañas!’».

Evidentemente, esta larga correspondencia viajera no puede sino basarse en hechos y descripciones que han sido observados por el propio autor, de primera mano, según el más imprescindible precepto cronístico. Se establece un estilo de relato en primera persona y se desarrolla según una combinación de los parámetros espaciales (la ruta entre Charleston y Pendleton) y temporales, en la medida en que el texto está marcado con hitos de tiempo muy explícitos. Por ejemplo, en el decurso del texto, los

encontramos de este tipo: «Llegué a Pendlenton el 1º de julio»; «el día siguiente era domingo»; «otro día era el 4 de julio, aniversario de la independencia de los Estados Unidos»; o este otro: «Después de cuatro días de permanencia en Pendlenton mi compañero y yo nos metimos en el ferrocarril para regresar a Charleston». Etcétera.

La correspondencia viajera concluye con explicaciones sobre la organización militar de la nación. Atiende a semejante aspecto porque dice haber contemplado la parada militar que se desarrollaba en el día conmemorativo de la independencia nacional:

«Me dirigí, pues, allá para presenciarla. Eran en todo unos 40 caballos. Después de algunas evoluciones ejecutadas con alguna habilidad, por ser los jinetes como campesinos muy adiestrados en el manejo del caballo [...]; después, como digo, de algunas evoluciones hubo un caballo que, demasiado fogoso o resabiado, no quería de ninguna manera estarse quieto en la fila al dar la orden de *alto*. Allí fueron las piruetas, los saltos, brincos y piafar del noble bruto; allí la descomposición de la línea de batalla con la alarma que cundió por todos los demás; allí los sobresaltos de unos, los gritos de otro, y las risas generales de soldados y oficiales. No hubo otro remedio para poner orden entre la caballería que desfogar con un par de carreras a todo escape al indómito animal. ¡A qué tropa, pensé yo, está confiada la salvación de la República!».

Antes de dar por concluida la carta (que merece la calificación de reportaje viajero, en la línea conceptual que prefería Mariano Belenguer), aún ofrece una completa explicación del muy importante y bien desarrollado servicio de bomberos, general en los Estados Unidos. Y abunda en nuevas descripciones del perfil medio de los hombres y las mujeres de la ciudad de Charleston:

«Tocante a los caballeros diré que no hay como venir por acá para ver adefesios, pues aparte de un reducido número de jóvenes que podemos llamar elegantes aunque no se saben separar de sus cabellos a la romana, en general hay cierto desaliño en el vestir o cuando menos, poco enlace entre las partes componentes del traje. [...] Sólo concluiré con decir que mucho se puede anotar y referir del actual estado de prosperidad financiera y comercial de esta nación, demostrado con datos estadísticos, como igualmente del político y moral de su sociedad palpable».

En resumen, tenemos una correspondencia en la que hay, como elementos que la conforman:

- Descripciones geográficas (algunos paisajes naturales, algunas tramas urbanísticas, etc.).
- Descripciones del estado económico (con estadística y datos concretos de la riqueza del sector primario, del mapa bancario, etc.).
- Descripciones de ciertos servicios principales (transportes públicos urbanos, la estructura del poder militar, la red ferroviaria, el cuerpo de bomberos, etc.).
- Descripciones de perfiles raciales, en forma de prosopopeyas, o eficción, y de rasgos morales, de idiosincrasia o espirituales, en forma de etopeyas.
- Combinación del parámetro espacial con el parámetro temporal.
- Redacción en primera persona, a veces desde dentro mismo del relato.
- Aporte de observaciones personales y directas de quien escribe respecto a los contenidos que se ofrecen.
- Cierta intención de estilística literaria.
- Intención informativa (dar a conocer la realidad viva del país) y, a la vez, interpretativa de lo observado y de lo informado.

En síntesis: por su tipología semántica es una correspondencia panorámica o panóptica, puesto que pinta una visión global de una región. Y lo afronta con intención multidisciplinar: los paisajes, las ciudades, sus gentes y su idiosincrasia, su economía y sus servicios públicos, entre otros aspectos.

16. 2. 2. Tipología morfológica

Por tipología morfológica, es también aquélla una correspondencia de acción, porque lo que narra lo hace desde dentro, con visión dinámica del relato, principalmente en todo cuanto se refiere al decurso de la excursión que Amengual lleva a cabo al interior del territorio entre Charleston y Pendlenton.

«Llegué a Pendlenton el 1º de julio, y el día siguiente, siendo el viento de la parte del septentrión, era el tiempo un poco fresco; es decir, uno de estos días de verano que el sol no abrasa, aunque se conozca muy bien el temple de la estación que se atraviesa. Y ¿qué se creará hicieron aquellas gentes apenas se levantaron? Pues encender el fuego en la chimenea de la sala y reunirse toda la familia a su alrededor. Yo tuve por complacencia que achicharrarme como los demás».

[...]

«Después de cuatro días de permanencia en Pendlenton, mi compañero y yo nos metimos en el ferrocarril para regresar a Charleston. Veinte horas de ferrocarril por un camino tan monótono como aquél, atravesando leguas y más leguas de frondosos pinares, se hacen tan pesadas que preciso se hace recurrir a alguna distracción, aparte de la que ofrece el vivo panorama de extrañas caricaturas que entran y salen del tren en cada estación que se para; y es que, siendo este país un compuesto de gente de todas las naciones europeas, sobresaliendo de mucho los irlandeses y holandeses por la gran emigración anual de ellos a esta parte del Nueve Mundo, gente en su mayoría extraña y de baja ralea, se ven muchas fachas raras y ridículas. Como se hace preciso, como decía, recurrir a alguna distracción, al efecto va en cada tren uno de los tantos muchachos que hay en estas tierras, dedicados a la expedición de periódicos y otras publicaciones ilustradas que, por intervalos, recorre del uno al otro extremo todo el tren, ofreciendo su entretenida mercancía a los aburridos».

Como se ve, es el propio cronista-redactor quien figura en el desarrollo del relato mismo con un cierto papel de personaje de la narración. Como crónica viajera de acción, esta primera correspondencia de Amengual desde América contiene una cierta carga aventurera, de descubrimiento y de descripción de un lugar a medida que se escribe, esto es, que se viaja. El propio corresponsal adopta ciertos visos de protagonista del texto, al tiempo que lo carga de mucho material informativo, «al margen de que la información resultante sea o no trascendente» (BELENGUER, 2002: 149): la radiografía económica del lugar; la manera de celebrar la fiesta de la independencia nacional; las costumbres y las formas en el trato social; o la manera ritual con la que se celebraban los bautismos anabaptistas, y que Amengual pudo contemplar por sí mismo un domingo en Pendlenton.

Pero también participa de la morfología de una corresponsalía de viaje descriptiva, cuyas características coinciden con el también llamado,

actualmente, reportaje de situación, en el cual se dibuja un acontecimiento ya terminado —una exacta situación—, visto desde fuera:

«Multitud de gente acudió a presenciar aquel acto. Los neófitos que los había de ambos sexos y de edad desde unos 10 a 20 años, se alinearon al lado de la fuente bautismal que figura ser el río Jordán. Algunos miembros de la secta anabaptista, formando corro al lado de aquéllos, entonaron un armonioso cántico, finido el cual el ministro asistente cogió de la mano a la que formaba cabeza de la línea, que era una linda joven de unos 18 años, y asidos de las manos fueron bajando las gradas de aquella pila donde el agua, puestos de pie, les llegaba a la cintura. Al llegar, abajo después de rezar una breve oración, el ministro puso una mano en el pecho y otra en la cabeza de la nueva afiliada, y la sumergió momentáneamente en el agua. Acto continuo, entonan los miembros un nuevo cántico al mismo tiempo que es sacada la neófita de la fuente, manifestando con sus visajes y ademanes la displicencia que le ha ocasionado aquella súbita zambullida. La reciben sus allegados que la cubren al momento con algún abrigo y la entran a una casita inmediata que hay a propósito para cambiarse aquella chorreante vestidura. Las jóvenes van arropadas con un traje talar de tela blanca, dándoles un aspecto de vestales».

16. 2. 3. Tipología pragmática

¿Cuál es la intención de los textos de viaje de Amengual? La respuesta, sin ser simple ni unívoca, nos ayuda a despejar la tipología pragmática que les dio vida periodística. En el denso bosque de las muchas crónicas de correspondencia del autor que estudiamos, encontramos, claro está, un abanico muy amplio de motivaciones que otorgan intencionalidad a sus textos.

Nosotros estimamos que, preferentemente, predomina el sentido informativo y de conocimiento. Ya hemos incidido en este detalle. Amengual, en frases muy reiteradas, se esfuerza, sin temor a parecer repetitivo, que él se limita a cumplir un pacto con los directores de los diarios de enviar hechos noticiosos; es decir: novedades, con la carga periodística que conlleva el calificativo. Su gusto y su misión a la hora de aplicarse a la tarea de redactar es descubrir las novedades de los lugares remotos por los que pasa y, diligentemente, trasladarlas con frescura y —permítaseme la redundancia— con la máxima novedad. Pura y simple: Amengual cumple «mi voluntaria misión de corresponsal» (así formulado

en la crónica de la Habana, 31-1-1871, en *El Menorquín* del 5-3-1871, nº 490). Hay que recordar, en este sentido, que para nuestro autor el concepto de corresponsal se mantiene unido, muy sustancialmente, a la idea de la carta postal, y ya hemos dicho que el género epistolar obliga al compromiso de mandar noticias, o nuevas, que se creen desconocidas para el destinatario y, a un tiempo, de su interés.

A sus escritos los denomina «mis sencillas pero verídicas correspondencias» (crónica del 5-6-1871, aparecida en *El Constitucional*, 18-6-1871, nº 81), de suerte que hemos de ver en el segundo adjetivo el germen mismo de la información y de la noticia». También los llama «párrafos noticieros»:

«[...] Sentado este preámbulo que será sobrio de razones pero no de intención, entremos en párrafos noticieros. En primer lugar, consignaré la nota que he tomado sobre la salud pública de Barcelona [...]». [Crónica de Barcelona, 3-5-1871, en *El Constitucional*, 6-5-1871, nº 46].

«Le escribo este billete para darle noticia del curso de nuestra navegación con la fragata ‘Pedro Plandolit’». [Crónica del Estrecho de Sonda, 20-12-1869, en *El Menorquín*, 22-2-1870, nº 168].

El principio de la información y la noticia se mantuvieron tan firmes y constantes en la conciencia del corresponsal menorquín, que no le duelen prendas a la hora de cantar la palinodia. En cierto momento, hubo de reconocer una grave omisión noticiara en sus correspondencias. Estando en la Habana, el 16 de enero de 1869 dio comienzo a su carta con la siguiente justificación de una negligente conducta periodística anterior:

«Siento y no poco dar principio a las presentes líneas con las palabras sacramentales de *Señor peque...*, pero no veo medio de evitarlo. Espero, sin embargo, que los lectores de *El Diario* no crean que tenga la *cabeza dada a pájaros* por mi delito de lesa-corresponsal al dirigir a usted mi última que llevó el vapor-correo *Comillas*, salido el 6 de este puerto. La novedad de más bulto que podía haberle comunicado la dejé en el tintero, como vulgarmente se dice. El general Lersundi salió en dirección de Cádiz el día citado en el *Comillas*. Confesada ya mi falta agregaré para justificarme que el número de personas enteradas en el asunto era muy limitado, y tanto el *Diario de la*

Marina, periódico oficial, en su alcance de la tarde, no hizo más que indicar que tal vez tendría efecto. Con toda la oficialidad de Voluntarios, salió en dos vapores a despedir al que había desempeñado el puesto más elevado en la isla [...]» [Crónica aparecida en el *Diario de Mahón*, 11-2-1869, nº 283].

En efecto, el militar Francisco Lersundi Hormaechea (1817-1874) ocupó dos veces el cargo de capitán general de Cuba, la segunda de ellas entre 1866 y 1869. Fue el general al que le tocó vivir las primeras escaramuzas del levantamiento insurrecto en la colonia. Tras el Grito de Yara lanzado por Carlos Manuel Céspedes el 10 de octubre de 1868, las acciones libertadoras de Cuba sorprendieron a Lersundi, quien no esperaba una ruptura de hostilidades en la isla para reclamar la emancipación nacional. Por esta razón, al iniciarse las primeras hostilidades de 1868, sólo contaba con 9.000 soldados y tuvo que organizar como pudo cuerpos de voluntarios. A la vista de la gravedad del caso, Lersundi presentó la dimisión, que le fue aceptada. Entregó el mando de la isla al general Domingo Dulce el 4 de enero de 1869. Pero a nuestro corresponsal marino un hecho noticioso tan destacado le pasó por alto, con amarga pena periodística por su parte: buena señal, sin embargo, de su intachable instinto para la noticia.

Siempre estuvo espoleado por la búsqueda de la noticia como eje de sus crónicas extranjeras, incluso a contracorriente de los servicios telegráficos que tanto habían mejorado a finales de los años sesenta en que él aún actuaba de corresponsal:

«Desde la Habana puedo dar más interés a mis correspondencia, supuesto que cuanto se diga por acá debe ser leído por los españoles en las actuales circunstancias con marcada solicitud [había estallado la insurrección cubana de la Guerra de los Diez Años]. Verdad es que el telégrafo ha venido a eclipsar el mérito de la novedad a la vía postal, pero todavía deja en descubierto como si dijéramos algunos dígitos para transmitirlos los corresponsales, gracias al menor importe en las comunicaciones; y así es que puedo formar estos noticiosos párrafos» [Crónica de la Habana, 1-12-1868, en el *Diario de Mahón*, 24-12-1868, nº 246].

Pero la tipología pragmática de las crónicas de Amengual también encontramos las intenciones de divulgación, de denuncia y de entretenimiento. Sin que podamos señalar correspondencias enteras que se acomoden a esas modalidades de principio a fin, sí encontramos partes de ellas que recaen en cada una de dichas modalidades tipológicas.

Amengual hace divulgación, particularmente, cuando describe cómo son las ciudades que visita; o cuando transmite la situación en que se hallan los precios de ciertos productos dedicados a la exportación; o, también, cuando valora el estado de desarrollo naval que experimentan ciertas naciones.

Así es. De una estancia en Brest, en la región de la Bretaña francesa, en crónica escrita el 14 de septiembre de 1867 (*El Menorquín*, 1-10-1867, nº 236), hace algunos comentarios, con intención divulgativa, relacionados con la marina francesa. Resulta que Amengual se disponía a embarcar como pasajero en un vapor de esa nacionalidad para Nueva York. Y escribe lo que sigue:

«La línea de vapores franceses que hace un par de años se inauguró entre el Havre y Nueva York con escala en Brest, merced sin duda a la subvención del Gobierno y al movimiento que ha despachado este año la Exposición de París, ha podido tomar tal incremento que casi compite ya dignamente con la acreditada entre Liverpool y Nueva York, la cual cito por conocimientos propios. El vapor con el cual voy de viaje, el más reciente de los que posee la compañía que es a hélice y se llama el *San Lorenzo*, es bajo todos conceptos magnífico y el servicio nada deja que desear. La marina francesa mercante —Amengual ahonda su función divulgativa— va ya patentizando un gran progreso material, pues si bien hasta ahora sus buques (y de los cuales quedan aún bastante surcando los mares) han carecido de esas elegantes formas marineras que son en el día el tipo de perfección de la arquitectura naval, van ya saliendo de los astilleros nacionales algunos cascos tan bien acabados como los de otras naciones, sobre todo en la especialidad de vapores de hierro. En lo tocante a la marina de guerra, es cosa por demás sabida que de algunos años a esta parte la Francia rivaliza en adelantos bélicos con su vecina de allende el Canal de la Mancha, y quizá se debe a este impulso del Estado iniciado por el emperador el mejoramiento de la construcción de propiedad particular».

Pero también lanza denuncias, y hace de su cronística una tipología pragmática con la finalidad de ventilar cuestiones controvertidas o polémicas para el interés general de la marina mercante española. Así lo vemos en la correspondencia fechada en Charleston el 1 de enero de 1869. Fue enviada a *El Cronista* de Nueva York, el periódico español de esa ciudad, dirigido por su buen amigo José Ferrer de Couto y reproducida por *Diario de Mahón* el 9 de febrero de 1869 (nº 281). Amengual se proponía:

«Ventilar un asunto muy importante para la marina mercante española que acude a los puertos de la Unión americana. Me refiero a dos cuestiones de mucha entidad que inopinadamente han venido a colocarse en tela de juicio, y son los derechos de tonelada que deben satisfacer en definitiva nuestros buques al venir a estos puertos, de procedentes de las islas de Cuba y Puerto Rico; y la validez y carácter que ha de tener la fianza que deben prestar los mismos a su despacho en la aduana, cuando su destino no es para las mencionadas islas».

[...]

»La fragata *Pedro Plandolit* que carga actualmente para Liverpool, tiene que dar fianza por cerca de un millón de pesos a que asciende el doble del valor del buque y cargamento. Encontrar, pues, fiadores que posean bienes raíces en esta ciudad tan aniquilada por la pasada guerra dicha suma —se refiere a Charleston y los efectos de la lucha secesionista—, «digo que es poco menos que imposible. Así es que el comercio español en esta plaza [noticia] acaba de elevar a nuestro representante en Washington una razonada instancia en demanda de la imprescindible modificación de tal sistema».

Y, en fin, Amengual busca el entretenimiento en sus correspondencias totas las veces que presta atención, como colofón final, a las novedades teatrales, estrenos que se anuncian o espectáculos a los que ha asistido. En ningún caso pretende efectuar crónicas de crítico especializado. No más allá de la pincelada superficial y de gusto para el ocio, por más que se puedan apreciar breves destellos de tono informativo:

«Hablaré también un tanto de espectáculos y diversiones. Tres días hace [enfila a continuación tres noticias] que en el teatro de Tacón se inauguró la buena compañía de zarzuela que ha traído de España el Sr. Gaztambide, representándose *La Conquista de Madrid* a la que seguirá mañana *Los dioses del Olimpo*. En el de Variedades actúa también otra compañía lirico-dramática. En el de Villanueva funcionan las Bufas Habaneras, por cierto desgraciadamente. Pronto va a abrir sus puertas el círculo de Albisu con una famosa compañía ecuestre y gimnástica recién llegada de los Estados

Unidos; y, por último, ante de ayer domingo bajo la dirección del renombrado maestro Cúcharos que ha venido de España con toda su cuadrilla, y se tuvo que suspender la función por haber sido atajado del vómito dicho primer espada. Ya ven, pues, que no faltan entretenimientos en la Habana» [Crónica de la Habana, 1-12-1868, en *Diario de Mahón*, 24-12-1868, nº 246].

No importa que la anterior transcripción aparezca repleta de elementos para la información. Por la materia de que trata (asuntos de variedades y espectáculos), y puesto que no emite juicios valorativos de esas novedades artísticas, sólo les queda el mero sentido de añadir notas de entretenimiento —de pura evasión lectora— al final de su crónica cubana.

CAPÍTULO XVII

SEGUNDO ANÁLISIS PERIODÍSTICO.

LOS GÉNEROS EN AMENGUAL: LA INFORMACIÓN

17. 1. Apuesta por el periodismo informativo

COMO cabe suponer, no hay una sola frase, ni la más leve consideración en los papeles de Amengual que tracen alguna idea, siquiera sea difuminada, sobre los géneros periodísticos, o sobre los estilos de redacción que creía estar aplicando en sus correspondencias. El hecho se explica por sí solo. Hubiese sido, en realidad, muy prematuro en la historia de la Periodística española hallar a un personaje de la prensa de los años centrales del XIX que ya hubiese reflexionado sobre formulaciones teóricas. O que hubiese comenzado a trabajar proveído de algún cuerpo de doctrina dispuesto para ser aprovechado.

Recordemos que, hasta donde llegan hoy las investigaciones históricas, el primer nombre español preocupado por cuestiones de retórica y preceptiva de la redacción periodística fue el del jurista Miguel García de la Madrid, cuya vida transitó de finales del XVIII al primer tercio del siguiente. Juan Antonio García Galindo lo considera un antecedente remoto, gracias a la elaboración de un libro sobre retórica editado en Barcelona en 1817. Pero habrá que esperar a comienzos del XX, en 1901, con el tratado de periodismo de Augusto Jerez Perchet, para asentar los primeros pilares del estudio de las materias que conforman la disciplina que hoy llamamos Periodística. Sin duda, la persona del menorquín Amengual debió de permanecer absolutamente al margen del conocimiento de esos iniciales trabajos de preceptiva. Y, por ende, él tampoco se entretuvo, que sepamos, a reflexionar sobre aspectos teóricos cuando cumplía sus correspondencias viajeras. Se limitó a ser escritor de periódicos, sin más pretensiones por las teorías o la naturaleza científica de su trabajo.

Ya lo hemos remarcado en algún otro lugar. Amengual sólo demostró conciencia de estar elaborando correspondencias, no muy alejadas, conceptualmente, de una mera idea epistolar de su trabajo. No obstante, siempre supo que no cultivaba, en realidad, una epistolografía cualquiera, de simple circulación privada, sino que apetecía la intencionalidad periodística con valor informativo. Sin embargo, la lectura de su obra cronística arroja luz sobre un precepto del que sí diríamos que fue un redactor de prensa avanzado a su tiempo: la noticia, entendida como nota informativa que da a conocer hechos tenidos por verídicos, novedosos para el lector y que van expuestos con carencia de juicios por parte del emisor. Un periodista que, con mayor o menor conciencia, lleva a cabo unas formas que lo alejan del doctrinarismo común imperante.

Aun cuando desconocemos las lecturas de prensa que Amengual gustaba de manejar en el panorama español de su tiempo y, por lo tanto, carecemos de fundamento alguno para creerlo un abonado de tal o cual diario o periódico, nos parece indiscutible que sintonizaba plenamente con un determinado movimiento naciente de los años cincuenta y sesenta del ochocientos. Nos referimos a lo que entonces se denominaba periodismo noticiero. Amengual se alineó con denuedo a favor del periodismo de información, en una hora en la que apenas si era un intento en ciernes y, de hecho, minoritario.

Las historiadoras de la prensa María Cruz Seoane y María Dolores Saiz, al describir el periodismo que ellas tildan de las cautelas, propio de la España isabelina (1833-1868), detectan unos ciertos intentos de ruptura del muy dominante periodismo de partidos como palestra de las luchas políticas. En los años centrales del período, el país asistía a la implantación de dos tecnologías renovadoras. De un lado, el telégrafo eléctrico y, de otro, los servicios ferroviarios. Ambos instrumentos fueron determinantes para establecer una transmisión de la información hasta entonces insospechada. Si el telégrafo —dicen las investigadoras— actúa como elemento de abolición del tiempo y el espacio para la recepción de las noticias, el ferrocarril, paralelamente, va a posibilitar la difusión de los periódicos fuera de su lugar de edición en horas, en lugar de en días (2007: 115).

Pues bien; favorecidos por estos nuevos factores, al promediar el siglo XIX, el aspecto informativo fue cobrando progresiva importancia en los periódicos —al menos en ciertos sectores de la prensa. Se postuló la necesidad de un periodismo independiente, que no fuese un portavoz de partido, y sí de información, preferentemente (2007: 116). Los primeros frutos que maduraron de ese nuevo árbol con savia fresca fueron, entre otros, *Las Novedades* (1850), de Ángel Fernández de los Ríos, que apareció como un diario de nuevo corte que cifraba su porvenir en la celeridad y objetividad con que se comprometía a dar las *novedades*. Otro ejemplo fue *La Correspondencia de España* (1859), de Manuel María de Santa Ana; o, a partir de 1867, *El Imparcial* de Eduardo Gasset y Artime. Para el territorio de la isla de Menorca, el ejemplo de primer diario de empresa, deliberadamente alejado del registro de una prensa de partido inmersa en el doctrinarismo periodístico, fue *El Correo de Menorca*, aunque apenas aguantó unos meses, del 19 de junio al 18 de diciembre de 1855, firme siempre en su compromiso noticiero. Sin solución de continuidad, fue seguido luego por *El Eco de Menorca*, que también cuidó de estampar un rotundo subtítulo de intenciones: “Periódico político independiente”. Circuló del 19 de diciembre de 1855 al 20 de noviembre de 1858.

Aunque es muy razonable que Amengual supiese de la existencia de ambas cabeceras, no hemos localizado su firma (ni sus más frecuentes pseudónimos) en las colecciones de ambos diarios mahoneses¹¹¹. De igual forma, ignoramos si alguna vez fue, o no, lector de los periódicos de información de Madrid de los que hemos hecho mención más arriba. No nos es posible saber, por tanto, si los medios noticieros de su tiempo pudieron haberle servido de espejo en el que aprender. Ahora: que él, de hecho, practicó esa nueva modalidad de periodismo, resulta indiscutible a fuerza de evidente. Sus crónicas viajeras hablan a favor de esa apreciación a lo largo de todos los años que las cultivó para los periódicos menorquines.

¹¹¹ No está de demás que digamos que uno y otro diario mantuvieron el interés periodístico sobre la llamada Guerra de Oriente (el conflicto de Crimea), pero sólo se nutrieron de los periódicos franceses que recibían por la vía de Marsella. Entretanto, como sabemos, Amengual llegó a efectuar tres viajes marítimos a aquel punto en guerra. No hubo por su parte, sin embargo, colaboración periodística para Menorca, aunque acabaría escribiendo, en forma de libro (1859), sus memorias del episodio.

Lo veíamos en el capítulo anterior. Son múltiples las veces que tuvo la insistencia de manifestarse favorable a la noticia como eje de sus cartas de correspondencia. Recordémoslo. Ya hemos dejado esbozado que Amengual quiso que sus correspondencias huyesen de la lucha política o de la agitación ideológica a propósito de una actualidad u otra. En ningún caso abundó en el periodismo de opinión o ideológico.

Despidiéndose de Amengual a su regreso a Barcelona tras haber hecho una visita privada a la isla, escribió *El Diario de Menorca* algo tan significativo sobre su persona como lo que sigue:

«El domingo [7 de septiembre] partió para Barcelona nuestro amigo y colaborador D. Esteban Amengual, quien el jueves [día 11] emprenderá su viaje a ultramar, continuando desde este punto en remitirnos sus **verídicas e imparciales** correspondencias. El más ligero examen de cuantas hemos publicado, y que no continuamos ahora para no parece prolijos, bastará para ver con cuánta precisión han sido juzgados los acontecimientos de los Estados Unidos que hoy día absorben la atención general» [Gacetilla del 10-9-1862, nº 1164].

La explicitud de esas palabras dejan escaso margen a la duda: la noticia, como elemento central del discurso periodístico, siempre reclama, al menos, que se garanticen en ella su veracidad y su imparcialidad. Es decir: que los hechos que se narren sean ciertos, primero; y que se expongan sin manipulaciones, sesgos o filtros ideológicos, y, por lo tanto, sin las veladuras de la opinión de quien escribe. En términos académicos, viene a ser lo que Miguel Ángel Bastenier, al dar por buena la idea de Melvin Mencher, tiene propuesto: se considera noticia todo cuanto desencadena «una ruptura del flujo normal de los eventos, una interrupción de lo esperado» (2007: 61) y, a su vez, todo cuanto surge como novedad desconocida que interesa a una comunidad de lectores.

Partiendo del núcleo mismo del concepto de noticia, Amengual nos ofrecerá una serie de correspondencias viajeras en las que practicará diversos géneros. No sólo hizo crónica (y en particular, viajera), sino que encontramos muchos casos de información (incluyendo modelos de lid), el reportaje, el gran reportaje, el comentario y la opinión. Este capítulo quiere

profundizar sistemáticamente en el análisis periodístico de esas correspondencias desde el punto de vista de los géneros al que cabe vincularlas.

17. 2. La información y la noticia

La corresponsalía de Amengual, en definitiva, se vio dominada por el afán de ‘noticiar’, o, como él gustaba de repetir, de resultar ‘noticioso’ a sus paisanos los menorquines. No hubo en él, nunca, ínfulas literarias; tampoco de comentarista intelectualizado que otea el mundo a su alrededor y cree su deber propalar sus sentencias de lo que es correcto o incorrecto. Fuera de toda carga editorializante, Amengual trazó un camino periodístico de cultivo de los *stories*, frente a la eventualidad de haberse podido escorar por los *comments*, si damos por buena la clásica dualidad norteamericana entre textos informativos y textos de opinión. Una modalidad frecuente y característica en él fue trabajar la crónica viajera informativa, como veremos.

Mantuvo en todo momento una predilección por la nota o noticia informativa, hasta el punto de acabar caracterizando sus crónicas a lo largo de todo su período de corresponsal. En efecto, el rasgo que nos parece dominante —y aun predominante— se lo aporta la noticia, el deseo de informar de la novedad, incluso con cierto afán cuantitativo en cada correspondencia que depositaba en los buques correos del Atlántico rumbo a su isla natal. Fue el suyo un estándar que rehusó los intereses monográficos, desde el punto de vista temático, para preferir algo así como unas ‘crónicas en mosaico’. Prácticamente, en ninguna de las correspondencias que estudiamos nos es dado hallar un ejemplo en el cual ofrezca un único tema, que trabaje un sólo asunto periodístico, y ningún otro. Tal fue su ansia por enviar a Menorca cuantos más hechos noticiables, mejor, que Amengual no se refrenó nunca. No le importaba haber redactado una correspondencia larga, con muchos datos informativos, comentada e interpretada sobre algún asunto de primera importancia. No, para nada le condicionaba, porque solía rematarlas, o complementarlas, con aspectos dispersos. Estando en plena tragedia de la guerra civil entre confederados y unionistas de Norteamérica, Amengual se nos aparece

insatisfecho si a los contenidos bélicos de su correspondencia no agregaba, como mínimo: el movimiento portuario, las fluctuaciones que experimentaban ciertos mercados de productos; la novedad chocante o singular; y, por último, la actualidad de los teatros y los espectáculos públicos. Generalmente, los reseñaba, además, por este orden en el que quedan expuestos: algo así como una gradación de mayor a menor, acaso creando una especie de pirámide invertida de materias, como ya habíamos indicado en otro lugar. La mayoría de las veces, son contenidos inocuos, absolutamente irrelevantes y de escaso interés informativo, máxime si pensamos en los lectores a los que se dirigía, pero nuestro corresponsal diríase que no se resistía a acrecentar el papel “noticioso” de sus crónicas.

Así nos lo prueba a las claras cualquier correspondencia que queramos analizar. Desde Nueva York, el 9 de noviembre de 1861, el cronista redactó un texto que en la misma carta incluía tres fechas consecutivas (9, 11 y 12 del citado mes). La totalidad del extenso mensaje que contiene esa correspondencia va dedicada a informar, interpretar y relatar acontecimientos relacionados con las hostilidades militares en los inicios de la guerra de secesión americana. Ahora bien, aun no existiendo una razón periodística real para añadir otras novedades menores, Amengual no se arredra y concluye su prolija carta recogiendo el movimiento portuario mercante que se había registrado en los muelles neoyorquinos durante el día de la fecha, a la manera de un postrer apunte noticioso para despedir su carta [Publicada en *El Diario de Menorca* del 1-12-1861, nº 927].

Estando en la Habana, después de dedicar a la ciudad un texto de reportaje geográfico, lleno de descripciones urbanas, de tipos humanos y de estilo de vida caribeño, etcétera, Amengual añade una suerte de breves que aparecen en sucesivos puntos y aparte, casi a la manera telegráfica —o de despachos de agencia. Y así le vemos rematando su correspondencia de ese día con: el regreso a la capital cubana del general Serrano de su expedición a Santo Domingo; el movimiento de buques habido; el caso de un apresamiento en aguas internacionales de un barco negrero; el estado de la salud pública por causa del vómito negro; el aumento de la delincuencia en la isla; los problemas del bloqueo de los puertos sudistas de Norteamérica y su

repercusión en Cuba; la pujanza de ventas y la popularidad de que gozaba la Real Lotería; y, en fin, los estragos que había causado recientemente el “tiempo de equinoccio”, que se corresponde con lo que hoy día se denomina temporada de huracanes sobre el Caribe. [Todo ello aparece en la extensa correspondencia enviada desde la Habana el 25 de septiembre de 1861, tercera entrega, en *El Diario de Menorca* del 3-11-1861, nº 903].

Repasadas las correspondencias de su colección, sólo advertimos el uso continuado de las palabras ‘noticia’, ‘noticiar’ o ‘noticioso’. Ninguna aparece, sin embargo, que se vincule a otros géneros, excluidas, claro, ‘carta’ o ‘correspondencia’. En el periodismo de la época, cabe no olvidarlo, no se había formado aún ninguna teoría de los géneros, al menos con formulación estable y consolidada. Entretanto, Amengual se expresaba en estos términos preferentes, casi pertinaces:

- «Antes de mi salida de este puerto, que pienso verificar mañana, voy a escribirle por última vez, **dándole noticias** de este país...» [Charleston, 23-3-1861].
- «Hoy, y casi todos los días es lo mismo, se ha **recibido la noticia** de otra escaramuza...» [Nueva York, 29-10-1861].
- «Hoy se tiene **noticia extra-oficial** de haber llegado la expedición a Port Royal con objeto de establecer su base de operaciones...» [Nueva York, 9-11-1861]. Dos días después, el cronista la confirma: «Hoy se **tiene noticia** de haberse apoderado la flota de las baterías en Port Royal...».
- «Se **corre la noticia** que también se perdieron por las costas del Sur dos buques de guerra franceses...» [Nueva York, 12-11-1861].
- «Salgo pronto para Nueva York, y de allí, como punto más céntrico para las **noticias generales**, podré darle más informes...»
- «Paso a **noticiarle** la novedad de hoy...» [Nueva York, 11-3-1862].
- «Voy a añadir a las **noticias de ayer**, la que se ha recibido hoy por telégrafo respecto de un combate naval...» [Boston, 10-3-1862].
- «**Hay** sí un **despacho**, hoy, de haber tomado a Beaufort en la Carolina del Norte, la expedición de Burnside...» [Nueva York, 23-3-1862].

Años más tarde, ya en 1868, ese espíritu noticiero esencial no había apenas menguado. Seguía en pie, objeto de un cultivo inflexible. Desde Barcelona, el 14 de junio de ese año, escribió:

«Alejado nuevamente de mi país natal, me siento como siempre dispuesto a perseverar en la para mí grata tarea de corresponsal del periódico de esa localidad [...] Me lisonjea la idea de merecer tácitamente la aprobación y gratitud de los habituales lectores del *Diario de Mahón*, siquiera en gracia de **las noticias** que, de cuantos puntos visite, **trataré de comunicarles**» [Crónica aparecida el 27-6-1868, nº 98].

Es más, incluso la última crónica de corresponsal que conocemos de él, del año 1872, incide en el mismo concepto medular de *su* periodismo:

«Dejando aparte mientras me sea posible toda **noticia de política** palpitante, y debiendo diferir aún por algún tiempo mi propósito de mandar variadas y entretenidas correspondencias, me limito por hoy, sólo como para dar señales de vida, a escribir unos pocos renglones con **noticias que**, de paso, **he ido recogiendo**» [Crónica de Barcelona, 1-5-1872, *El Constitucional*, 4-5-1872, nº 342].

El predominio, pues, de la ‘noticia’ como denominación es considerable, con una presencia expresa y una insistencia que llama a alguna conclusión. Pero el tema conceptual llega lejos, porque Amengual, además, hace uso de los datos informativos con un tratamiento de la noticia como género. No hay en él, únicamente, un uso semántico del término como un simple elemento léxico, sino que denomina ‘noticia’ a un relato de actualidad que despierta objetividad, realismo y cierto ajuste a la teoría de la retórica periodística de los 6 interrogantes (qué, quién, cuándo, dónde, cómo y por qué). Lejos de haber encontrado alguna consideración del propio Amengual que enjuicie el recurso a esa fórmula redaccional o que la pondere como técnica conocida por él, hay que convenir que, sin embargo, la aplicaba. Sí, la aplicó abundantemente:

«Después del espantoso terremoto del día 1º [**cuándo**] que anunciaba en mi anterior, se sintieron hasta cinco temblores más en el espacio de cuatro días [**qué**], pero fueron leves y no causaron más daño que tener la gente amedrentada [**quiénes**], tanto que hubo algunas familias que fueron a dormir fuera la ciudad en casas de nipe y muchas sentaron sus reales en los bajos de sus propias casas, de modo que anda todo el mundo alborotado [**cómo**]». El dónde queda implícito en el primer párrafo, pero se encuentra mencionado en la *inscriptio*, o datación de la carta, Manila [Crónica del 12-10-1869, en *El Menorquín*, 8-12-1869, nº 109].

El arranque de la crónica inmediatamente anterior que el corresponsal marino había anticipado a Menorca, todavía resulta más impecable en su estilo de elaboración de lid de sumario:

Aparte de empezar demostrando ansia de buen corresponsal para «que sus lectores tengan cuanto antes noticia», informa del «espantoso terremoto [qué] que se sintió anteayer 1º de octubre [cuándo] en esta capital y sus cercanías [dónde] a eso de las once y media de la mañana durante cosa de 50 segundos». Y prosigue la noticia con nuevas explicaciones: «El primer movimiento fue de trepidación y siguieron a éste unas oscilaciones aterradoras acompasadas e intensas que semejaban al balanceo de una embarcación, y cuyo movimiento fue como de este a oeste [cómo]» [Crónica de Manila, 3-10-1869, en *El Menorquín*, 28-11-1869, nº 101].

Tras dejar firmada una crónica desde Liverpool el 21 de febrero de 1862, Amengual tuvo la presteza de añadir una adenda (una especie de posdata periodística) perfectamente informativa, casi una noticia de flash con los elementos de sumario completos. Actuó periodísticamente como un corresponsal diligente al punto de haber tenido conocimiento de un hecho noticioso que consideraba de interés para España:

«El vapor español *Rita* [quién] salió de ésta para Santander el día 19 [cuándo] y al estar fuera [dónde] se notó fuego por la cámara de popa [qué]. Inmediatamente [ampliación de datos en segundo nivel informativo] pidió auxilio y al mismo tiempo la gente de bordo se puso a trabajar para sofocarlo. Acudió un remolcador que se hallaba cerca, y lo trajo de remolque otra vez a Liverpool [cómo], habiendo podido por fin apagar las llamas. Dos de los tripulantes, bajo la impresión que había pólvora a bordo, se echaron al agua, pero fueron al poco rato recogidos. No ha habido desgracia personal [con qué resultados]» [Crónica publicada en *El Diario de Menorca*, 6-3-1862, nº 1007].

Con motivo de las correspondencias en las que refiere el desarrollo de la guerra de secesión americana, y que él va concatenando con una cierta intención de continuidad redactora, también es factible encontrar primeros párrafos netamente informativos, previos a la aportación de las subsiguientes interpretaciones:

«Sigue creyéndose en una gran batalla al Oeste [qué]. El punto designado es Corinto [dónde], donde se hallan los confederados al mando de Beauregard. Se supone que éste tendrá pronto unos cien mil hombres [quiénes]. El ejército del norte no se publica a

cuánto asciende, pero es de inferir no bajará de tal número. Se dice que ambos se componen de las tropas mejores [**quiénes**] que tienen en campaña [...]]. [Crónica de Nueva York, 4-4-1862, en *El Diario de Menorca*, 26-4-1862].

Naturalmente, queda omitido el ‘cuándo’ porque en esa fecha no se conocía la estrategia de campaña que, finalmente, rompería hostilidades en mayo. Tampoco el ‘cómo’, pero al ser ejecutada la acción armada, se sabrá que fue por medio de un asalto.

Atendamos a este otro párrafo de arranque:

«Durante una semana [**cuándo**] se ha visto reinar una epidemia de incendios [**qué impersonal y genérico**] en estas ciudades, pero ha habido uno que ha sido horroroso [**qué específico**] en la ciudad llamada Troy que se halla a seis millas de Albany, capital del Estado de Nueva York [**dónde**]. Fueron presa de las devastadoras llamas [**cómo**] unos 800 edificios, resultando una pérdida de más de cuatro millones de duros, teniéndose que lamentar bastantes desgracias personales» [**con qué consecuencias**] [Crónica de Nueva York, 19-5-1862, publicada en *El Diario de Menorca*, 13-6-1862, nº 1091].

El estilo de crónica de información con contenidos multitemáticos en mosaico llevó a Amengual a producir textos que, de hecho, han de ser vistos como una cadena de notas o noticias, en tanto que yuxtaposición de párrafos informativos breves que no siempre culminan en la concurrencia técnica plena de las cinco W (o seis). Podemos entresacar varios ejemplos que nos lo certifican. Escogemos una crónica desde la Habana, fechada el 15 de marzo de 1866 y aparecida en *El Diario de Menorca* del 13 de abril del mismo año (nº 2263). En su primera parte, ofrece abundante y detallada relación de la actividad portuaria de la capital cubana como un contenido de fondo que le da cuerpo principal a la correspondencia. Luego, añade datos comerciales y de tráfico mercantil y, como remate, prolonga la crónica con una retahíla de notas noticiosas que se van engarzando casi a imitación de despachos telegráficos breves o resumidos. Las consignó en sucesivos puntos y aparte. Eso, a nuestro juicio, las asimila a la idea de las noticias telegráficas o de despacho de agencia:

- «Sobre corsarios, suele hacerse correr por acá alguna bola», si bien «se trata de allegar fondos por suscripción patriótica para ayudar al Gobierno en nuestra empeñada honra nacional. Irán reunidos ya más de cien mil duros».
- «Agradable es todavía en este país la estación que atravesamos. De vómito, nada se oye decir en este tiempo».
- «Novedades teatrales, pocas: en Tacón se pone en escena la *Africana*, por supuesto, no muy bien, y quince diferentes óperas se habrán dado esta temporada, entre ellas...».
- «Sepan que el último domingo se inauguró un colegio gratuito titulado *La Caridad* para la educación de niñas pobres, cuyo instituto corre a cargo de la beneficencia domiciliaria, a cuyo frente se ha puesto el bello sexo de la alta sociedad habanera».
- «He visitado por segunda vez la ya célebre fábrica de cigarrillos *La Honradez*, y he quedado admirado de los adelantos que encierra. Verdaderamente, raya ya casi en maravilla el tal establecimiento...». [Acaso porque ya la había tratado en forma reportajeada en otro viaje, como se dirá más adelante, Amengual sólo consigna un comentario de valoración opinativa].
- «Como apéndice, daré la buena noticia para algunos [menorquines, hay que entender] de que el calzado va de subida otra vez».

La presencia, pues, de la ‘noticia’ como género, lejos de abrirnos una perspectiva nueva, inesperada, de quien, a priori, calificamos de ‘cronista’ —y singularmente, cronista viajero—, nos lo refuerza sobremanera en ese papel.

No hay tratadista, antiguo o moderno, que no coincida en reclamar a todo buen cronista que, de primer momento, sea informador. Para elaborar crónicas, el autor viene obligado a buscar un ensamblaje indefectible: informar comentando, o comentar informando. Tal efecto es el que descubrimos en las corresponsalías de Amengual, lo que nos conduce a considerarlo un autor cronístico que se esmeraba en hacerlas descansar en una novedad informativa, primero, para someterlas, luego, a su personal lupa de comentarista. Fue capaz de inyectar volumen a la noticia por medio de la interpretación y la contextualización, y también por el arropamiento de antecedentes y la proyección que cabía suponer de los hechos en el futuro inmediato. He aquí un buen ejemplo de noticia comentada, casi al punto de presentarse ambas facetas con un cierto grado de fusión:

«Hoy acaso no encontraría palabras suficientes ni pensamientos con que expresar de una manera clara y terminante el malestar que se experimenta [en la Habana], infinitamente mayor que el de hace quince días. Verdad es que en esta capital han ocurrido dos incidentes que han venido como de molde para empeorar la situación. En uno de ellos [lanza el **primer relato noticioso**], una especie de motín ocurrido en el teatro de Villanueva el sábado 23 [la carta es del 30], ya preparado de antemano, según puede juzgarse por sus resultados. Los anuncios de la función [**antecedentes del caso**] que debía efectuarse era *sui generis*; su estilo, *jocoso*, recomendando a los *aficionados* que fuesen *armados de gancho y horqueta*, debiendo agregar a esto que a la hora de dar principio a la representación se hallaban vendidas todas las localidades, cosa estupenda para el coliseo arriba citado, que siempre se encuentra desierto, a menos que no trabaje en él alguna notabilidad, lo que no acontecía aquella noche, puesto que los “Bufos habaneros”, si tiene algo de notable, es el ser notablemente malos artistas [**interpretación y valoración, en la raya de la opinión**].

»Con lo expuesto, basta comprender que sólo concurrían los *muchachos* de ideas avanzadas. En efecto [**continúa el relato de hechos**], el teatro estaba completamente lleno, y claro es que el entusiasmo se derramó en forma de gritos a ¡Viva Cuba libre!, ¡Viva la República!, ¡Mueran los *gorriones*!, ¡Viva la independencia! Esto hubiera sido pasadero [**apostilla de interpretación**], pero [**más relato de hechos**] no transcurrió mucho tiempo sin que los revólveres y pistolas gritaran también. Es natural que en tiempo de libertades las armas de fuego tengan su expansión para que aquéllas puedan consolidarse [**interpretación**, con una pincelada de ironía]. El alboroto tomó mayor incremento [**relato noticioso**], y los patriotas cubanos dispararon sobre la fuerza de policía que allí se hallaba, resultando algunos heridos» [Crónica de la Habana, 30-1-1869, publicada en *Diario de Mahón*, 4-3-1869, nº 301].

Cuando nos encontramos correspondencias tuyas que no arrancan, necesariamente, de un hecho informativo en sentido estricto, nos situamos ante crónicas viajeras que cabe tildar, en realidad, de reportajes, incluso de gran reportaje por su tipología semántica y por su tipología de intención, aplicándoles ahora la nomenclatura de Mariano Belenguer. Pero esta modalidad la vamos a analizar aparte. De momento, completaremos nuestro análisis de la crónica en Amengual como modalidad estricta.

CAPÍTULO XVII

TERCER ANÁLISIS PERIODÍSTICO.

LOS GÉNEROS EN AMENGUAL: LA CRÓNICA

17. 1. La crónica: el Amengual que informa e interpreta

YA tenemos exhaustivamente desplegada la constelación cronística de Amengual. Ha quedado expuesta por nuestra parte en el capítulo décimo sexto. Ahora vamos a profundizar en el análisis como género, a la vista de su producción viajera.

Coherentes con lo que queda dicho allí, la cronística viajera de nuestro autor dista de ser uniforme. Puesta bajo el microscopio, no todas las células que aparecen son iguales, ni pertenecen a la misma especie en el curso del decenio que duró su trabajo de prensa. Aunque todo él se ampara formalmente bajo la denominación genérica de ‘crónica de viajes’, exige mucha más pulcritud de discernimiento, si queremos que este estudio discorra con rigor. Hay que ordenarlas y estudiarlas por modalidades. Ya las habíamos anticipado. En Amengual se dan las siguientes:

- Crónica de guerra;
- Crónica de experto temático (que incluye las materias económica y portuaria);
- Crónica de viaje de relato en sí, como hoja de ruta;
- Crónica de ‘stringer’;
- Crónica viajera clásica (de semántica geográfica panóptica), construida con márgenes literarios, personalista y con atmósfera de reportaje;
- Crónica menor a la manera telegráfica, o de ‘cajón de sastre’ a fuer de querer ser informativo.

En los seis casos, hay que convenir un mismo denominador común: fueron escritas y transmitidas a un diario menorquín como resultado de viajes

periodísticos. El punto de partida es fundamental y no poco epistemológico. Pertenecen, pues, al concepto de ‘periodismo corresponsal’ al que se refiere Amparo Guerra. Y no está de más remarcar aún este otro rasgo: es un periodismo corresponsal para una España periodística que acababa entonces de desperezarse a la cronística viajera durante la primera mitad del siglo XIX. Las aportaciones de Amengual, en consecuencia, nos quedarán situadas en los albores de semejante especialidad.

¿Y qué clase de periodismo fue ese? Aquel que se había comprometido a actuar en un punto geográfico distante del lugar de edición de la cabecera de prensa, a base de poner en circulación textos periodísticos derivados de hechos o acontecimientos ocurridos en un cierto país que, por su interés de novedad, merecían ser difundidos en otro (GUERRA, 2005: 16). Usamos la palabra ‘país’, no como sinónimo de Estado, sino como lugar habitado por una población más o menos homogénea compuesta, genéricamente, de ‘paisanos’. Apostillamos el matiz porque tan corresponsal es el que se sitúa en el extranjero, como quien lo hace en el interior de la nación en el papel de corresponsal local, sin prejuicio de sus respectivas diferencias estilísticas o temáticas.

Pues bien, cabe no olvidar que las crónicas de lugar (o cronística corresponsal) podemos ordenarlas en dos grandes categorías:

1. Crónicas de corresponsal estable;
2. Crónicas de enviado especial (volante o transitorio).

La primera categoría comprende las crónicas que son elaboradas por un cronista aposentado *sine die* en algún epicentro informativo. A su vez, admite esta subdivisión:

1. 1. Crónicas de corresponsal fijo en el extranjero (de enviado estable o de “stringer”, también llamado corresponsal nativo).
1. 2. Crónicas de corresponsal fijo en el interior, o local. Por su propia naturaleza, acostumbra a ocupar la función un corresponsal

radicado nativo. Rara vez se cubre por destino, como sí se hace en las corresponsalías en el extranjero.

La segunda categoría, claro, comprende las crónicas de un enviado a un lugar distante en razón del acontecimiento periodístico. Es un cronista que va y viene; o que sigue una actualidad que le acarrea obligaciones viajeras. Presenta el siguiente despliegue:

2. 1. Enviado especial de interés genérico en relación a las temáticas que atiende.
2. 2. Enviado especial de guerra, una micro-especialidad que se centra en la información de conflictos armados.

Somos conscientes que presentamos una ordenación del periodismo corresponsal que, en definitiva, responde a un principio vehicular. Es decir, al estatus personal del periodista con que se desempeña la tarea, pero sin presuponerla o condicionarla.

Es muy cierto —nos parece— que cada categoría de las señaladas, cada crónica resultante y cada cronista concreto que se pone a la tarea dentro de ese esquema acaba entrando de lleno en lo que Llorenç Gomis define como cronística que cubre un tema: aquella que resulta de su propia especialidad personal y de su experiencia periodística. En consecuencia, creemos que la cronística viajera que cubre un lugar es un concepto válido sólo si la ajustamos al criterio vehicular y geográfico de su elaboración; a las condiciones, diríamos, de entorno territorial en que se gesta, ya que, por contenidos, todos los textos resultantes acaban presentando una forma u otra de especialidad temática; esto es: como crónica que, en definitiva, cubre un tema, ineludiblemente.

Aún más singular es la posición que le cabe ocupar a la crónica viajera en esa *cartografía* que pretendemos delinear. Es, para nosotros, una especie de elemento en estribillo, porque el viaje puede alcanzar una razón de ser periodística doble, a veces por separado y a veces conjunta. De un lado, adquiere una finalidad en sí misma (que nos arrojará la crónica viajera por

autonomasia y en sentido estricto: relatar el viaje desde dentro y en sí mismo). Y de otro, actúa como instrumento del transporte que da lugar a la función de la crónica de correspondencia estable y de correspondencia de enviado especial, que no es otra que propiciar textos temáticos, más o menos especialistas. En ellos los hechos viajeros apenas importan nada, o casi nada.

Por consiguiente, el cronista Amengual y sus ciento veintitrés correspondencias no tienen un encaje cómodo y suficiente dentro de la categoría de crónica viajera entendida sin matices de ninguna clase. En su obra, en realidad, nos encontramos plasmada la complejidad conceptual que hemos expuesto. Y cada una de las cartas de las que disponemos puede participar, al mismo tiempo, de un criterio o de más de uno y de dos, como comprobación de la enorme densidad estructural que entraña la crónica viajera, hasta hoy vista por los tratadistas como un ramal simple de la crónica en tanto que género de interpretación.

Ahora bien, hay que considerar, de la mano de la profesora Celia Forneas, que la crónica de viajes, en su conjunto, «conforma un grupo bastante compacto y homogéneo, cuyo primer rasgo distintivo es el de ofrecer información de acontecimientos que suceden en lugares alejados de los lectores a los que se dirigen y de allí donde radica el medio que los difunden» (FORNEAS, 2004: 223). Frente a la perspectiva estructural de la que hablábamos antes, ahora contemplamos la cuestión desde su ángulo de función y efectos periodísticos.

¿Por qué la crónica de Amengual, pues, fue temáticamente múltiple, incluso en ocasiones dispersa? Consideramos que se explica por la hora histórica.

En nuestros días, la crónica de viajes ha experimentado una evolución fabulosa: todo el periodismo, sus géneros, sus especialidades, etcétera, se han situado en cotas muy altas de calidad y competitividad informativa. Ha dado lugar a la aparición de un periodismo de experto, de suerte que el acto viajero, periodísticamente, ha acabado produciendo, a su vez, una

cronística de contenidos homogéneos y constantes. A mediados del XIX, sin embargo, la hora de este oficio se movía aún en parámetros arcaicos, y los periodistas practicaban todas las modalidades. El redactor local que tenía a su cargo una columna de gacetilla, ponemos por caso, lo mismo redactaba la novedad política municipal, que un suceso, que una visita distinguida o que reseñaba un mitin o enjuiciaba datos económicos y encendía fuegos para la polémica. El resultado era una amalgama textual que no distinguía entre *stories* y *comments*. Esa misma conducta de ‘periodismo total’ —en realidad, de estructura de redacción *amorfa*, dicho en sentido etimológico— explicaría que un redactor viajero no tuviera ningún interés en decantar contenidos, ni en seleccionarlos al amparo de unos criterios periodísticos de especialización. Así explicaríamos nosotros esa tenaz idea de Amengual de hablar de todo y de no cribar apenas sus contenidos, por más que demostrara cierto buen juicio profesional. Aún sabiendo distinguir diáfananamente la noticia o noticias dominantes en cada correspondencia, su afán, digamos, tosco de cronista de primera generación lo animaron a aprovechar cada cuartilla epistolar llenándola de la máxima variedad que le era posible. Nos atrevemos, en consecuencia, a extraer su modelo estructural de contenidos constantes:

1. La actualidad principal, dominante y de primer valor informativo en cada momento.
2. La actualidad vinculada a sus especialidades profesionales: el mundo marítimo y el de la economía mercante ligada al mismo.
3. Las variedades y los hechos amenos. Es lo que él mismo a veces llama noticias secundarias.
4. Y, como hilo conductor que busca que lo atravesase todo si es posible: localizar, cuando se da, la perspectiva menorquina (o balear o española) a sus textos informativos.

Fue sobre ese cuádruple cimiento que Amengual acabó levantando una apreciable obra cronística de viajes.

Analicemos, desde esa perspectiva, la crónica de Nueva York del 27 de noviembre de 1861. Veremos cómo se cumple fielmente el modelo estructural del que hablamos:

[ACTUALIDAD PRINCIPAL DE LA FECHA. NOTICIA DOMINANTE DE LA CORRESPONDENCIA, EN RELACIÓN A LA GUERRA DE SECESIÓN]

«Primeramente, diré que los ejércitos beligerantes no han dado casi muestra de su existencia en 15 días, pues con la quietud que se pasa el tiempo, se diría que es mentira haya un millón de hombres sobre las armas dispuestos a verse las caras, como vulgarmente se dice [Por cierto, ahí hay una noticia interpretada]. Todo indica que por ambas partes se trata de hacer cuarteles de invierno, y por tanto que se va difiriendo siempre la gran batalla que esperaba el pueblo de los dos opuestos bandos. »Mientras tanto, la capital de la Confederación del Sur se ha trasladado a Nashville, donde se ha reunido el Congreso, habiendo leído el Presidente Davis su mensaje inaugural, el cual respira comedimiento y esperanza»

[...]

[ACTUALIDAD VINCULADA A LAS ESPECIALIDADES PERSONALES DEL CRONISTA: VIDA PORTUARIA Y MERCANTIL]

«El comercio en Nueva York sigue por esto un estado muy próspero [interpretación]. Ayer hubo 71 llegadas de buques procedentes de puntos extranjeros [noticia], cuyo número no se había nunca visto sobrepujado sino un día del mes de abril último que se dice llegó a 92 [antecedentes de la noticia]. Y véase cómo está el puerto hoy: fragatas hay 221; barcas, 151; bergantines, 120; y goletas, 129» [noticia].

»El precio del algodón ha subido rápidamente un duro por quintal: hoy está a 26 la clase mediana, precio que se cuenta no había alcanzado hacía 36 años» [noticia].

[ACTUALIDAD DE INTERÉS LOCAL PARA MENORCA Y LAS BALEARES].

»La *Providencia* [que era una corbeta de Mallorca que había sido apresada a principios de noviembre por los nordistas cuando quería cargar algodón en puertos sudistas], por fin, llegó el 23, habiendo hoy sido devuelta al capitán con intervención del cónsul español [noticia], por supuesto bajo protesta, pues se quiere entablar al gobierno una reclamación de daños y perjuicios, la cual es de esperar que sea satisfecha» [Crónica publicada en *El Diario de Menorca*, 20-12-1861, nº 943].

Circunstancialmente, la crónica que acabamos de analizar incumple el aspecto del ingrediente ameno o de variedades, en tanto que noticias secundarias. No obstante, digamos que fue conducta periodística habitual cuidarla hasta donde le era factible. En una crónica del 10 de diciembre de 1861, estando en Nueva York y acuciado por las tareas de soltar velas para regresar a España a bordo de su fragata «Aurelia», él mismo remató la

correspondencia con este aviso: «He de omitir varias noticias secundarias por falta de tiempo. Confía le dispensará su afectísimo, S.S.Q.S.M.B. — *E. Amengual*» [Publicada en *El Diario de Menorca*, 9-1-1862, nº 259].

17. 2. La crónica de guerra: Marco histórico y periodístico

Las crónicas de guerra de Amengual se contraen, sobre todo, a dos conflictos de resonancia internacional y de mucha importancia histórica. De un lado, sus viajes mercantes le permitieron cubrir desde el mismo lugar de los hechos una parte muy significativa de los cuatro años que duró la guerra civil de los Estados Unidos de 1861 a 1865. De otro, pudo hacer lo mismo en relación a un período de la Guerra de los Diez Años, en la Cuba que se levantó con ardor insurrecto contra la metrópolis española entre 1868 y 1878. En ambos casos, la actuación periodística de Amengual cumplió perfectamente la prescripción teórica que, andando el tiempo, habrá de señalar que el cronista realiza su tarea «con continuidad, desde el propio escenario de los hechos o sus inmediaciones» (BERNAL, 1997: 27).

Situemos, primero, el marco histórico de la guerra americana y, de corrido, el panorama de la prensa de la época. A partir de ambas sendas, procederemos, luego, a insertar la contribución periodística de Amengual.

La Guerra Civil de Estados Unidos, también conocida como Guerra de Secesión Americana¹¹², fue un conflicto bélico ocurrido entre 1861 y 1865 entre veintitrés estados septentrionales de los Estados Unidos y una coalición de once estados meridionales que declararon su independencia y reivindicaron su derecho a la secesión. Los once estados del sur, partidarios de la esclavitud, al proclamar su desmembramiento respecto de la Unión, formaron lo que se dio en llamar Estados Confederados de América (la Confederación). Liderados por Jefferson Davis en el cargo de primer presidente secesionista, lucharon contra los Estados Unidos de América (la Unión o el Norte), que fueron apoyados por los estados libres.

¹¹² La bibliografía sobre el tema es extensísima. Véase RHODES, James Ford, *History of the Civil War, 1861–1865*, Premio Pulitzer, 1918.

En las elecciones presidenciales de 1860, el Partido Republicano, dirigido por Abraham Lincoln, había hecho campaña en contra de la expansión de la esclavitud más allá de los estados en los que ya existía legalmente. La victoria republicana en esos comicios presidenciales provocó que siete estados sureños declararan la secesión de la Unión, incluso antes de que Lincoln asumiera el cargo el 4 de marzo de 1861. Tanto la administración del gobierno saliente como la del entrante rechazaron la legalidad de la secesión, considerándola una rebelión en todos los sentidos, ilegítima y contraria a la constitución.

En marzo de 1861, cuando Lincoln juró la presidencia nacional, Carolina del Sur, Mississippi, Florida, Alabama, Georgia, Luisiana y Texas, sin más dilación, se constituyeron en estados confederados. El primer acto de guerra fue el asalto confederado a la guarnición de Fort Sumter el 12 de abril de 1861. La represión del ejército unionista tras recuperar el control sobre la fortaleza Sumter no se hizo esperar, y provocó la adhesión secesionista en cadena de Virginia, Arkansas, Tennessee y Carolina del Norte. La guerra entre hermanos americanos había estallado.

Ambas partes movilizaron los ejércitos, y al principio de la guerra la Unión asumió el control de los estados fronterizos y estableció un férreo bloqueo naval, uno de cuyos actores principales, por cierto, fue el marino oriundo de Menorca David Glasgow Farragut. En septiembre de 1862, la Proclamación de Emancipación de Lincoln terminó con la esclavitud, al tiempo que se disuadió a los británicos de intervenir en la lucha armada. El comandante confederado Robert E. Lee ganó algunas batallas en el este. Pero en 1863 su avance hacia el norte se detuvo tras la batalla de Gettysburg. Al oeste, en la batalla de Vicksburg, la Unión consiguió el control del río Mississippi, por lo que la Confederación quedó dividida. A largo plazo, las ventajas de la Unión en hombres y material se materializaron en 1864, cuando Ulysses S. Grant impulsó batallas de desgaste contra Lee, mientras que el general de la Unión, William T. Sherman, capturó Atlanta (Georgia), y las tropas marcharon hacia el mar. La resistencia de la Confederación se derrumbó después de que Lee depusiera las armas ante Grant después de la batalla de Appomattox Court

House, el 9 de abril de 1865. En esta mortífera contienda murieron 620.000 soldados y se provocó un número indeterminado de víctimas civiles.

Por su parte, cabe asegurar —hasta donde nosotros conocemos— que sólo el menorquín Amengual fue un testigo periodístico situado en el lugar de los hechos, de entre toda la profesión periodística española de su época. Que sepamos, nadie de los diarios o periódicos de España de la época pudo destinar corresponsales propios al conflicto americano. Amengual, sin embargo, sí estuvo, por más que quepa el matiz. Él no fue un enviado especial, ni se encontró sobre el terreno de la noticia bélica porque hubiese recibido un eventual encargo periodístico; tampoco fue nunca un cronista especializado en la información de guerra. No, ese no fue el caso, pero sí su resultado final concluyente. Gracias a sus deberes como capitán de la marina mercante catalana, Amengual frecuentó las tierras americanas durante el cuatrienio fratricida, lo cual lo situó en la prerrogativa de poder remitir una colección de crónicas sobre una contienda que había levantado expectación política y periodística en toda Europa.

Para medir correctamente la cuestión, hay que subrayar que, en ningún caso, hizo una obra periodística de trinchera, ni de convivencia con los soldados contendientes o de trato directo con las autoridades militares que dirigían las campañas. Ahora bien, sí le cabe haber sido un cronista puesto en las inmediaciones, de manera que él mismo se consideraba un ‘corresponsal inmediato’, con la ventaja evidente de recoger noticias situado en el propio mapa del país en guerra. En esos años tal posicionamiento era reputado poco menos que de primera mano, en términos de peso y presencia periodísticos.

¿Cuál era el panorama de la prensa estadounidense en los años en que Amengual frecuentó el país? ¿Con qué nivel de desarrollo se encontró y cómo pudo influir en su propio periodismo?

En su imprescindible estudio sobre la historia de la prensa en los Estados Unidos, Claude-Jean Bertrand nos refiere los pormenores de la llamada etapa periodística de la *penny press*. Pues bien, será en el seno de ella que

Amengual llevará a cabo sus frecuentes viajes mercantes a las costas americanas. Hubo de ser, por tanto, bajo el influjo de esa modalidad de prensa que él mismo se viese inmerso como lector constante que fue de sus muchos diarios en circulación. Incluso cabe considerar que hubo de actuar como sujeto influido por ella a la hora de acometer su propia labor de cronista viajero para los lectores españoles.

Esto, de un lado. De otro, el segundo gran estadio de la prensa norteamericana que recae sobre la biografía de Amengual es la etapa que Bertrand denomina “de la esclavitud y la Guerra de Secesión”. Describámosla siguiendo la línea discursiva de ese investigador; pero también sacando a colación juicios y comentarios del propio cronista menorquín, vividos desde dentro y en ese tiempo.

Por una más que comprensible razón de imposibilidad de consulta de las hemerotecas norteamericanas, se nos escapa ahora de las manos el deseo de verificar alguna forma de cotejo o de análisis comparativo entre los estilos periodísticos que pudieran haber sido práctica habitual en las redacciones de aquel país y las que, eventualmente, observaba el menorquín, por si fuese del caso detectar analogías o alguna forma de influencia a la vista. Pero si damos por bueno que el periodismo americano fue de los primeros, en el siglo XIX, en reclamar la separación de hechos y comentarios, poniendo las bases del periodismo informativo, Amengual debió de haberlo conocido. No sólo sabemos ciertamente que hablaba un buen inglés, sino que en sus crónicas se declara un constante lector de periódicos de las ciudades que frecuentaba con su barco.

En el siglo XIX, cada treinta años aproximadamente, los inmigrantes duplicaban la población del país y el coeficiente de urbanización de las tierras vírgenes de América. Hacia 1830, el 10% de los 13 millones de norteamericanos habitaban en ciudades. Hacia la segunda década, se consolidó el sufragio universal, y la educación se generalizó también. La prensa reflejó e impulsó el desarrollo del igualitarismo jurídico y legal. En los treinta años que precedieron a la Guerra de Secesión aparecieron las prensas rápidas, los clichés y el papel barato, así como la navegación a

vapor, el ferrocarril y el telégrafo eléctrico. Este último invento se introdujo muy pronto en aquel país. En 1843 el Congreso de los Estados Unidos aceptó construir una línea experimental que entró en funcionamiento en 1845 y unió Washington con Baltimore. En la década de los sesenta, se había generalizado en la práctica totalidad de zonas pobladas. También durante esa misma década se logró tender el primer cable submarino entre Europa y los Estados Unidos a través del Atlántico (1866). Amengual hizo notar lo que representó la mejora:

«¿Creerán Vds. que el *Herald de Nueva York* se va gastando un capital con sus telegramas de Europa desde que funciona el telégrafo trasatlántico? La tarifa es de unos 100 duros por veinte palabras, y en un solo día se gastó unos 500 duros entre varias partes, siendo uno de ellos todo el discurso del rey de Prusia hecho a las cortes de Berlín. Mas ¿qué diremos de ese periódico, cuyo director invierte ahora como un millón y medio de duros en la construcción de un edificio para oficinas, redacción e imprenta?»
[Crónica de Nueva York, 14-8-1866, publicada en *El Diario de Menorca*, 2-9-1866, nº 2.384].

Por su parte, los servicios ferroviarios norteamericanos se inauguraron en 1830, en la ciudad de Charleston, Carolina del Sur; y en 1860 ya se disponía de la primera ruta transcontinental, entre la zona este y oeste del vasto país, lo cual dio lugar a una impensable expansión territorial de las ediciones impresas sobre el mapa del extenso país.

Amengual fue un perfecto conocedor de los cambios que el telégrafo aéreo y submarino supuso para el periodismo a finales de los años sesenta de su siglo. Hallándose en la Habana, con el acicate de informar sobre las últimas novedades de la insurrección cubana, escribió:

«Desde la Habana puedo dar más interés a mi correspondencia, supuesto que cuanto se diga de por acá debe ser leído por los españoles en las actuales circunstancias con marcada solicitud. Verdad es que el telégrafo ha venido a eclipsar el mérito de la novedad a la vía postal, pero todavía deja en descubierto, como si dijéramos, algunos dígitos para transmitirlos los corresponsales, gracias al menor importe en la comunicación, y así es que puedo formar estos noticiosos párrafos» [Crónica de la Habana, 1-12-1868, publicada en *Diario de Mahón*, 24-12-1868, nº 246].

Esas palabras revisten un valor nada desdeñable, al menos por tres razones.

Primera: porque reafirma que, desde el lugar de los hechos periodísticos, un corresponsal siempre juega con el beneficio de “poder dar más interés a mi correspondencia”; esto es: el plus que añade a los textos el papel de testigo o de relator inmediato a los mismos. Segunda: esgrime conceptos tan importantes como ‘la novedad’ y ‘noticiosos párrafos’, que aquí actúan como sinónimos exactos de la noticia como género.

Y tercera razón: porque refleja la competencia recíproca en que habían entrado el telégrafo y la vía postal para las tareas del periodismo a finales de los sesenta, en términos de costes y de rapidez en el envío a largas distancias. No hay duda que Amengual encarna a la perfección la nueva mentalidad que la llegada del telégrafo hubo de representar para la prensa internacional, y cómo supuso una verdadera revolución social. En Nueva York, en 1867, a punto de abandonar Norteamérica a bordo del vapor francés «Pereire», reflexionaba sobre el *impacto* de la nueva tecnología de la comunicación a propósito de las luchas que, ese año, se dirimían en suelo italiano en la guerra de la unificación nacional:

«[...] Véase lo que resulta de estar o no unidos por alambres eléctricos: se tienen aquí noticias diarias; y... ¡qué digo aquí!, hasta en California se reciben las noticias el mismo día de ser comunicadas desde Italia; mientras que los menorquines, siguiendo interrumpida su línea telegráfica, tendrán a veces que aguardar algunos días a tener conocimiento de ellas, estando como están relativamente pegados al teatro de los acontecimientos» [Crónica de Nueva York, 19-10-1867, publicada en *El Menorquín*, 7-11-1867, nº 268].

En efecto, Menorca, esos años, vivía desatendida del celo de las autoridades de la Administración Pública. El servicio telegráfico estaba abandonado a causa de una avería que parecía no tener fin. Se prolongó cerca de cuatro años, con la más gélida indiferencia de los políticos del Estado. Y es que los inicios del telégrafo en la isla de Menorca es un rosario de fallos, averías e incurias. La primera línea se había inaugurado en agosto de 1860, con un cable que unía Menorca con Mallorca; y ello inducido por la “alta razón” de haberse instalado porque para septiembre se esperaba la visita oficial de Isabel II. El 16 de enero de 1861, Menorca, a su vez, se conectó con Barcelona con un tendido directo a la península. Sin

embargo, el 25 de octubre de 1864 se declaró la avería, en ambos tramos, tanto en la línea con Mallorca como en la que enlazaba la capital catalana. Por más que las autoridades locales y la prensa reclamaron —y clamaron— un arreglo sin más dilaciones, no fue un hecho hasta el 10 de junio de 1866, aunque las deficiencias continuaron hasta límites de enojo¹¹³.

Pero bien. Empujada por la revolución técnica del telégrafo, la prensa americana adquirió entonces rasgos modernos, con la incorporación a su estructura general de las nacientes agencias de noticias. La primera que funcionó en Estados Unidos fue la Associated Press (AP), creada en 1848 por un grupo de editores de prensa de Nueva York que deseaban acelerar la recogida de informaciones llegadas de Europa al puerto de la ciudad. Entre estos editores se encontraban: Gordon Bennet del *New York Herald*, Horace Greeley del *New York Tribune* y J. Brooks del *Daily Express*. Durante la Guerra de Secesión las informaciones de los estados del norte se concentraron en torno a esta agencia, mientras que los del sur crearon la Press Association of the Confederate States of America.

En conjunto, la prensa de esos años centró sus esfuerzos en la pura información, con el fin de atraer a las multitudes, y, de rebote, a los anunciantes. La venta del ejemplar, a precio módico, no cubría más que el costo del papel, de suerte que la publicidad se había de convertir en el elemento esencial desde el punto de vista mercantil. Así, la prensa se liberó de los partidos y atrajo grandes inversiones de capitales. Benjamin Day fue el primero en conseguir un diario, *The Sun*, de Nueva York, vendido a un centavo (*penny*) en lugar de a seis.

En 1835, James Gordon Bennet lanzó el *New York Herald*, cuya tirada llegaría a los 40.000 ejemplares a los quince meses, y 100.000 a los quince años. ¿Su secreto? Añadir a la actualidad principal del día una información abundante y variada; ser el primero en darla y acompañarla de enérgicos —a veces patriotericos— editoriales. Amengual lo cita en ese papel deleznable para una perspectiva española:

¹¹³ Sobre este servicio público y sus problemas iniciales, puede leerse, entre otras muchas, la gacetilla de *El Menorquín*, del 8-5-1867, nº 119, pág. 3, en la que se hace una evaluación de los mismos.

«El *Herald*, ese periódico que obtiene tanta boga por su atrevimiento y descaro halagando este pueblo, suele publicar algunos sueltos sin ningún miramiento hacia los españoles y España, con respecto a nuestra actual guerra con la república del litoral Pacífico [alude a Chile]. Grima da leer [y Amengual rompe a **opinar**] tales renglones, porque, aunque despreciativos, suelen crear atmósfera perjudicial a nuestro nombre. Así como los españoles de alguna educación sabemos respetar en lo que vale el poderío de esta gran república, bien mereceríamos la debida reciprocidad. *La Crónica*, el periódico español de esta ciudad, suele refutar los asertos de su colega americano y menospreciar sus muchas sandeces» [Crónica de Nueva York, 1-5-1866, publicada en *El Diario de Menorca*, 20-5-1866, n° 2295].

Son tan abundantes las referencias explícitas al *Herald* en las crónicas del menorquín, que nos mueve a considerarla su cabecera habitual a la hora de informarse y de recoger la actualidad que afectaba a la guerra civil, aunque fuese, por su parte, con una reacción crítica a la credibilidad del medio, si llegaba el caso:

«Voy a copiar aquí como modelo de disfraz y exageración de la prensa americana el siguiente estado que publica hoy el periódico *El Herald* [sic], respecto al número de batallas que se han dado, muertos, heridos y prisioneros por ambas partes. Debo advertir que sólo en lo de los prisioneros hay algo de verdad, pues en lo demás se dice lo que se quiere. La partida hace reír», concluye con un juicio de valor taxativo

Más adelante agrega: «El *Herald* (ya citado), que todo lo dice y todo lo trata la ha emprendido contra la poca habilidad o negligencia de muchos capitanes de la marina mercante de los Estados Unidos». [Crónica de Nueva York, 4-11-1861, aparecida en *El Diario de Menorca* en dos entregas el 5 y 6 de junio de 1861, n°s 930 y 931].

O esta otra alusión:

«Podría copiar aquí un estado que publicó ayer el *Herald* de los buques de guerra y transporte que tiene actualmente en servicio el gobierno americano, mas lo dejaré para otro día, porque dispongo de poco tiempo» [Crónica de Nueva York, 11-11-1861, publicada en *El Diario de Menorca*, 1-12-1861, n° 927].

Y aún tenemos una cuarta prueba:

«[...] y el *Herald* inserta una correspondencia de Lima llena de vocingleras amenazas

que da grima leer y reproducir. Por tanto, concluye por hoy saludando a sus lectores quien es su afectísimo. — *El Marino*» [Crónica de Nueva York, 25-7-1866, publicada en *El Diario de Menorca*, 12-8-1866 n° 2366].

Sí, el *Herald* de Gordon Bennet desplegó un papel de fuerte influencia, hasta el punto de ser considerado por Amengual «el ómnibus político de la prensa de la ciudad», como llegó a sentenciar el 15 de octubre de 1867 [*El Menorquín*, 6-11-1867, n° 267].

Así, pues, los 235 periódicos de 1800 en el área norteamericana se habían convertido en 2300 a mediados del siglo. Nueva Inglaterra tenía por supuesto, diarios de calidad, pero también la región del Midwest, con el *Chicago Tribune*. Y los impresores seguían de cerca a los colonos. En los Estados Unidos, apenas existía una localidad que no dispusiera de su periódico, según escribió Tocqueville en 1835. Y añadió que la prensa ejercía un poder inmenso en la nueva nación.

En 1831 William Lloyd Garrison fundó el *Liberator*, el más radical de los periódicos antiesclavistas cuando éstos eran más bien escasos en toda la nación. Por su parte, la zona meridional de los Estados Unidos seguía anclada en un estadio agrícola, rural y tradicionalista que no disponía sino de una prensa débil, de menor empuje que la elaborada en las áreas industriales. En 1837, el periodista presbiteriano Elijah Lovejoy fue asesinado por una multitud esclavista en Alton (Illinois). Sin embargo, la prensa en general no fue ajena a la lenta evolución de la opinión en favor del abolicionismo.

Durante la guerra civil, la prensa americana mostró a la vez su eficacia y su irresponsabilidad. En el norte, el sensacionalismo y la traición obligaron a las Secretarías de Estado y de la Defensa a censurar el telégrafo y a tomar medidas contra los periódicos. Además de aumentar las tiradas en un 30%, el conflicto tuvo una profunda influencia. Pero el coste de los servicios telegráficos obligó a la concisión y a la cooperación entre los medios informativos. Del imperativo de la concisión, como consecuencia evidente, fue la implantación de una estilística que acabaría siendo vista como un

ideal periodístico: brevedad, exactitud y concentración en los primeros párrafos de los datos principales y básicos del relato. Había nacido el estilo informativo de sumario como espina dorsal de la tarea de los medios de comunicación impresos. Asimismo, el desarrollo de las agencias extendió gradualmente un periodismo de reportaje de hechos; esto es, informativo y ‘objetivo’. Imperó el relato basado en la fórmula del “lid”, con la idea práctica y económica de ponerla a circular por los cables del telégrafo a precios no excesivamente altos.

Pero el periodismo en tiempos de guerra siempre padece “heridas” y, más pronto que tarde, la verdad informativa se resquebraja. Las manipulaciones proliferan y las presiones de los grupos de influencia (empezando por la autoridad política y militar) se acentúan. Amengual nos lo confirma para el caso de la lucha civil americana, que no pudo sortear la larga sombra de la censura. En tres crónicas casi encadenadas en el calendario, lo alegaba a las claras. Fue en las corresponsalías del 28 de marzo y 1 y 15 de abril de 1862:

«Decía al finalizar mi anterior que no se podía poner en entero crédito a los primeros telegramas que, de los acontecimientos referentes a la guerra, reciban estos periódicos»

[Crónica de Nueva York, 28-3-1862, publicada en *El Diario de Menorca*, 30-4-1862, nº 1053].

En efecto, el 23 de marzo anterior había concluido recogiendo un rumor, pero sin reconocerle, de momento, credibilidad. Avisado del juego de interferencias militares y políticas sobre el recto periodismo, dijo:

«Aquí se susurra van a ser atacadas dos ciudades que matarán la revolución del Sur, Richmond (la capital) y Nueva Orleans. Diré por mí mismo que no creo tan pronto en ello» [Crónica d Nueva York, 23-3-1862, publicada en *El Diario de Menorca*, 17-4-1862, nº 1043].

Unos días más tarde, repicaba en el mismo clavo:

«Actualmente está prohibida a la prensa del Norte la circulación de noticias que puedan servir de informes o datos al enemigo, así es que no se dice cuál es el número del ejército que está en Tennessee, pero se asegura que los confederados ya tienen allí cerca de unos 70.000 hombres dispuestos a entrar en acción» [Crónica de Nueva York, 1-4-1862,

publicada en *El Diario de Menorca*, 27-4-1862, nº 1051].

Quince días más tarde, hacía de ello el arranque directo de su crónica:

«No en balde tengo dicho que no se pueden creer las primeras noticias que dan estos periódicos, pues la batalla que se dio en Pittsburg, referida entonces y detalla ahora es una prueba de ello. No quisiera que se me atribuyera parcialidad en mi opinión, y para ello diré ya que en mis renglones no se ha de ver más que el eco de la prensa del país»

[Crónica de Nueva York, 15-4-1862, publicada en *El Diario de Menorca*, 20-5-1862, nº 1070].

Aun admirando el fuerte desarrollo de la prensa estadounidense de su tiempo; y aun considerándolo un corresponsal necesariamente influido por ella, Amengual mantuvo un juicio crítico y distante del estilo habitual en aquel país. No de otra manera hemos de calibrar estas palabras:

«[...] Desde un país de *humbug* [en inglés, patraña] y verbosa publicidad como los Estados Unidos, sobra en todo tiempo materia de que tratar, como pretendo ceñir mi conducta de corresponsal a una razonable parsimonia, debo, por tanto, desdeñar esas prolijidades y las especies dudosas o exageradas que se admiten como buenas entre los *yankees*» [Crónica en alta mar, 2-3-1869, publicada en *Diario de Mahón*, 3-4-1869, nº 325].

He ahí unas afirmaciones de calidad para acabar de medir la opinión que le merecía la prensa norteamericana de su tiempo. A su rechazo sistemático de una tendencia al periodismo politizado (como ya sabemos que propugnó para su periodismo personal), ahora podemos completar su patrón de valores profesionales. Amengual, en esa declaración, se nos mostraba como un corresponsal contrario a un tipo de periodismo que no discernía la verdad y la exactitud de los hechos de las burdas patrañas; y que resultaba prolífico por la ‘verbosa publicidad’ (charlatanería), las ‘especies dudosas’ y las ‘exageradas’. Desde luego, no es una declaración de compleja formulación de principios, pero que entrañan, en efecto, un apunte sobre deontología periodística, creemos que no tiene duda.

Por último, cabe añadir otro rasgo característico de la prensa americana de la época. Amengual se encontró inmerso en un periodismo —junto al británico, también pionero— que había descubierto el valor informativo de

la fotografía. En los años americanos de nuestro cronista menorquín, la fotografía apenas llevaba treinta años como arte o medio ilustrado de representación. Fue en la Guerra de Secesión cuando, además, sirvió como documento gráfico de la realidad: una prueba *a la vista* de lo que se deseaba informar. De entre los nombres más importantes de la guerra americana tenemos al fotógrafo Mathew B. Brady (1823-1896), que, junto a unos ayudantes, viajó con el ejército de la Unión. Trabajaba en unos estudios improvisados en vagones de tren. A pesar de los grandes riesgos, consiguieron tomar más de 3.500 fotos de los campos de batalla y de los soldados durante las actividades cotidianas.

Como es tan fácilmente deducible, Amengual se topó con una realidad periodística llena de vitalidad, de vida febril, competitiva y situada a unas cotas muy altas de penetración popular. Él mismo nos lo confirmaba ya en 1861. Compruébese en dos notas muy elocuentes del mes de noviembre:

«Como se hace preciso, como decía, recurrir a alguna distracción, al efecto va en cada tren uno de los tantos muchachos que hay en estas tierras, dedicados a la expedición de periódicos y otras publicaciones ilustradas que, por intervalos, recorre del uno al otro extremo todo el tren, ofreciendo su entretenida mercancía a los aburridos. Tampoco creo haya país tan dado a la lectura y a la publicidad literaria como éste: es que la impresión es sumamente barata a favor del inmenso número de consumidores, y de este modo la producción literaria ha podido desarrollarse; pero sobre todo el periodismo alcanza una boga de que no se puede uno formar una idea. En las grandes ciudades tienen el tamaño de sábanas, y bien escasa ha de ser una población que no tenga su periódico diario de regulares dimensiones» [Crónica de Charleston, noviembre de 1861, publicada en *El Diario de Menorca*, cuarta entrega, 1-3-1861, nº 702].

Sí, la expansión social de la prensa experimentaba esos años un grado fabuloso:

«Aquí, estos días, están ávidos de noticias. La lectura de los periódicos es el nuestro pan de cada momento. Por la mañana da gusto ver en los vaporcitos que atraviesan el río embarcarse dos o trescientos hombres casi todos con el Diario en la mano que acaban de comprar en la estación de embarque» [Crónica de Nueva York, 11-11-1861, publicada en *El Diario de Menorca*, 1-12-1861, nº 927].

17. 2. 1. Tipos y formas de la crónica de guerra

Aun no siendo la crónica de guerra en Amengual el resultado de textos extraídos directamente de los frentes en lucha, comprobando *in situ* las acciones armadas, los sufrimientos y la cara humana del desastre a la manera que había enseñado Russell en Crimea la década anterior; aun no siendo la suya, decimos, una cronística de guerra en caliente, no hay que desmerecerla en absoluto. Una declaración de motu proprio debe reconciliarnos con él, pues hace un acto de honestidad periodística desde la primera ocasión que tuvo de referirse a la guerra civil americana. Puesto que los primeros hechos de armas en ese país lo habían dejado inmovilizado en la Habana sin poder llegar a los puertos del sur a cargar algodón, Amengual se sincera en su papel de buen periodista corresponsal. Explica que la situación le obliga «a estar de huelga en la actualidad». No puede hacer otra cosa —confiesa— que ofrecer una carta sobre la Cuba con la que se ha reencontrado después de ocho años de ausencia de su suelo. Y acaba la correspondencia aludiendo a las primeras noticias que van difundándose, procedentes del enfrentamiento armado en tierras norteamericanas. Pero, no obstante, recalca verse precisado a no abundar en ellas:

«[...] porque no me gusta ser plagiarlo, sino escribir de mi propia cosecha, para hacerlo con la autoridad que asiste al testigo ocular o al menos inmediato. Punto en boca, pues, respecto lo que pasa en donde no estoy» [Crónica de la Habana, del 25-9-1861, tercera entrega, publicada en *El Diario de Menorca*, 3-11-1861, nº 1861].

No podríamos encontrar una más adecuada conciencia de cronista moderno que esa que vierte explícitamente el corresponsal marino de Menorca. Encaja con justeza en los patrones que, el siglo XX, se encargará de prescribir en la teoría académica, cuando definirá el género. Amengual, pues, con aquella declaración de intenciones, deviene un periodista avanzado, al poner de relieve que su compromiso periodístico deberá regirse por el suministro de novedades de la mano de un corresponsal (él mismo) que las habrá vivido «como testigo, investigador e, incluso, como

protagonista» (BERNAL, 1997: 27), apelando ahora al requisito recetado por el tratadista sevillano.

Por segunda vez, reiterará este, para él, sagrado principio de trabajo periodístico en 1863:

«Me abstengo de hablar sobre las guerras vecinas, porque desde aquí no creo poder juzgar con mejor criterio los acontecimientos de lo que lo hagan los escritos del país mismo» [Crónica de la Habana, 30-6-1863, publicada en *El Diario de Menorca*, 26-7-1863, nº 1423].

Similar consideración alegaría, por tercera vez, en 1864. Se hallaba en Matamoros, en tierras mejicanas, el 12 de junio de 1864, y sintió el prurito de justificar el silencio de su carta en relación a la guerra civil americana. Alegó, de un lado, que el conflicto quedaba lejos de donde se hallaba; y, de otro, que «no tienen fácil de comunicación los puntos principales atacados. Todo lo que dijera sería ya cosa muy vieja para sus lectores» [Crónica publicada en *El Diario de Menorca*, 7-8-1864, nº 1743].

Aunque no llegó nunca a reptar entre el polvo de los campos de batalla ni a convivir con los silbidos formidables de los disparos, Amengual ha de ser visto como un cronista de guerra en las inmediaciones. De todos modos, tengamos por cierto que ese no fue un estatus nada impropio del corresponsal bélico, ni ayer y ni hoy. En prueba, dejamos aludida la más que universal figura, en nuestros días, del llamado ‘corresponsal empotrado’, que se definió y practicó en la Guerra de Irak del año 2003¹¹⁴.

¹¹⁴ El tema ha sido estudiado en la tesis doctoral de ITURREGUI MARDARAS, Leire, con el título *Origen y evolución de la relación entre periodistas y militares en operaciones. El sistema de empotrados Irak 2003*. Departamento de Periodismo II, Universidad del País Vasco, 2011. Iturregui escribe: «El sistema de empotrados como tal no puede considerarse como algo nuevo [...], sino como algo más parecido a un “renacer” de un viejo sistema de trabajo de los corresponsales. William Howard Russell, considerado como el primer corresponsal de guerra civil desarmado, y contratado por un medio, ejerció su trabajo conviviendo con el ejército, en una relación de convivencia que se ha mantenido, con más o menos restricciones, hasta la guerra de Vietnam. A partir de ese momento todos los esfuerzos se centraron en evitar el acceso de la prensa al frente; en mantener a los corresponsales fuera del campo de batalla. Hasta que se evidenció la necesidad de replantear algunas de las decisiones tomadas para evitar que el bando enemigo aprovechara las restricciones para lanzar sus propios mensajes. El primer caso de un empotramiento documentado lo recoge José Luis Vidal Coy en su tesis doctoral, en la Guerra de Cuba, un siglo antes que la última invasión a Irak La Segunda Guerra del Golfo, la guerra de Irak en 2003, supuso una inédita regulación y consolidación del sistema de empotrados. Un campo en el que se ha trabajado desde los problemas que surgieron tras la guerra de Vietnam. Trataremos de analizar por qué

Los cronistas acreditados, en este caso, actuaban relacionados con las autoridades del mando supremo de las campañas, bajo una tutela de la información que dimanaba del Estado Mayor, por más que no se vean sometidos a censuras previas o directas de sus despachos. Es una fórmula de corresponsalía de guerra que favorece la convivencia del enviado de prensa con los actores militares de la campaña.

17. 2. 1. 1. Crónicas de la Guerra de Secesión

En nuestros recuentos, las crónicas de guerra de Amengual referidas a la contienda civil en los Estados Unidos fueron treinta y dos, con cuatro crónicas antecedentes sobre la pugna política que había de llevar a la ruptura norte-sur. Desde el punto de vista de su producción, fueron crónicas de retaguardia, y, más exactamente, elaboradas desde Nueva York (un total de veintiocho). De su lectura se puede deducir que la principal fuente de que se nutrió fueron los periódicos que circulaban esos años; y, en ocasiones, a través de las informaciones telegráficas. Con la guerra ya estallada, Amengual se encontraba en la Habana, padeciendo los efectos del bloqueo naval que le impedían presentarse en los puertos sudistas para cargar algodón. En consecuencia, decidió pasar a Nueva York, y desde esa ciudad, el 29 de octubre de 1861, redactó su primera crónica bélica, «sabiendo la ansiedad —escribe— con que se esperarán noticias de esta dividida *in facto* República [...]». [En *El Diario de Menorca*, 24-11-1861, nº 921].

La última referencia periodística al conflicto civil la tenemos en unos textos publicados el 9 y el 10 de septiembre de 1862, bajo la firma *E/ Corresponsal* y con el epígrafe ‘Noticias de los Estados Unidos’. El hecho exige una explicación. Ninguna de las dos columnas informativas llevaron la acostumbrada identificación de ‘correspondencia particular’; y mientras la del 9 apareció en portada, la del 11 lo hizo en la segunda página. En ambos casos, son textos marcadamente fríos y asépticos de estilo, totalmente despersonalizados. ¿Eran de su autoría? Así lo hemos de creer, porque el gacetillero del propio diario, el día 11, notició lo que sigue:

en Irak se busca retomar este viejo modo de proceder y cómo es esta vuelta atrás, a qué normas y procedimientos se ha ajustado y cómo ha sido su puesta en marcha». Folios 134 y 135.

«El domingo partió para Barcelona nuestro amigo y colaborador D. Esteban Amengual, quien el jueves emprenderá su viaje a ultramar, continuando desde este punto en remitirnos sus verídicas e imparciales correspondencias. El más ligero examen de cuantas hemos publicado [...] bastará para ver con cuánta precisión, han sido juzgados los acontecimientos de los Estados Unidos que hoy día absorben la atención general. En otro lugar —concluye— insertamos los dos últimos escritos de nuestro amigo sobre estos países [...]» [nº 1164].

¿Escribiría las entregas del 9 y el 10 estando en la isla de Menorca? No parece creíble. ¿Las daría en mano? Suena extraño. ¿Llegaron por correo estando Amengual ya en Menorca? Podría ser, pero queda sin explicación que aparecieran sin fecha, sin localidad ni salutación epistolar como era la costumbre del género, y, en cambio, recibieran el tratamiento tipográfico de noticias de resumen telegráfico. Fuese lo que fuese, el periódico mahonés, claramente, se las adjudicó.

Durante los años 1863, 1864 y 1865, navegó sólo por tierras cubanas o mejicanas o, simplemente, no hizo expediciones mercantes, de manera que no produjo crónica alguna sobre la guerra americana. Por lo tanto, aún formando un grueso cronístico considerable (32, como ha quedado dicho), las correspondencias no integran una versión periodística de principio a fin de la guerra. Sus obligaciones marinerías le impusieron diversas ausencias del suelo norteamericano y, claro, el seguimiento informativo se interrumpió varias veces.

Desde el punto de vista del ejercicio cronístico, no vemos tampoco, para el caso de la guerra civil, que recabara datos informativos en fuentes directas, oficiales u oficiosas, ni que se esmerara en recoger declaraciones, testimonios u opiniones de portavoces o protagonistas de un bando u otro. Sólo en circunstancias de escasa intensidad informativa ofreció contenidos observados por sí mismo. Dando noticias del curso de la guerra, da cuenta:

«Hoy he estado a ver el arsenal de este puerto, en el cual reina una actividad nunca conocida aquí. Lo que más he admirado ha sido la gran maquinaria que funciona para

todas las cosas. En el día trabajan más de tres mil hombres» [Crónica de Nueva York, 22-11-1861, publicada en *El Diario de Menorca*, 15-12-1861, nº 939].

Igual comportamiento tuvo un año después, en 1862. Sin dejar de lado las informaciones de la guerra, dice:

«Hoy he visitado este arsenal, y he visto que una de las buenas fragatas de hélice la convierten en batería blindada por el sistema de la famosa *Merrimac*. Esta sigue quieta en las aguas del Norfolk» [Crónica de Nueva York, 4-4-1862, publicada en *El Diario de Menorca*, 26-4-1862, nº 1059].

Sobre las bases y características generales que venimos señalando para las crónicas de guerra, Amengual nos parece un redactor muy canónico, aun cuando es más que cierto que no tenía conciencia preceptivista al respecto. Y así, nos presenta textos que combinan de manera gradual la información y la interpretación. He aquí un buen ejemplo:

[Información]

«Ya se tiene el parte oficial del resultado de la expedición que viene a confirmar lo que por vías particulares se decía, esto es: que el día 7 la Grande Armada (como la llaman por aquí) forzó la entrada de Puerto Real [Port Royal], rindiendo los dos fuertes que la defendían, y el siguiente día posesionados de Beaufort desembarcaron 15 mil hombres.

[Interpretación]

»A la verdad, cosa mayor me esperaba que de pronto hubiera podido alcanzar la expedición que algunos millones cuesta.

[Antecedentes]

»Los dos fuertes mencionados eran obras hechas de pocos meses a esta parte y montaban entre los dos unos 45 cañones, con que ya ven que no eran propios para resistir la pujanza de unos dos mil proyectiles sólidos y huecos que se cuenta les arrojó la escuadra [interpretación].

»De todos modos, es digna de alabanza la resistencia que por espacio de cuatro horas opusieron [opinión]. Unos dos mil confederados que estaban acampados como guarnición de los fuertes, vista su impotencia, se retiraron seguramente a reunirse al grueso del ejército, que a estas horas amurallará, por decirlo así, a Charleston, blanco de la saña de los *yankees* [interpretación con prospectiva inmediata].

[...]

[Información, nuevo relato de hechos]

»Se recibió [en Nueva York, desde donde escribe] la noticia de otra batalla dada en Kentucky, y por supuesto se hace dar la victoria a las armas federales. Por ahora sólo se dice que el enemigo sufrió una pérdida de 400 hombres y mil prisioneros. Nada se dice de las pérdidas de ellos. Ya las sabremos más tarde. Ahora, pues, tenemos, cuatro teatros donde se representa la sangrienta lucha de la guerra y son: Potomac, o sea Virginia, Kentucky, Missouri y la expedición en la Carolina del Sur» [Crónica de Nueva York, publicada en *El Diario de Menorca*, 19-12-1861, nº 942].

Repasemos este otro ejemplo. Empieza con una información, luego la valora con interpretación y la remata con una prospección; incluso, contiene ráfagas de interpretación-opinión:

«Principian a correr rumores de que la expedición se ha dirigido a una bahía llamada Bull, que está a 25 millas al norte de Charleston, con idea de atacar por mar y tierra a esa ciudad, que es a la que tienen más odio por haber sido el *focus* de la separación. No se sabe cómo estará de fuerzas la población, porque de un Estado de los ejércitos del Sur que se ha conseguido se desprende tan solamente que había allí diez mil hombres armados algunos días atrás. Yo creo que darán un buen susto y conseguirán algo; mas opino que pronto se reunirá en aquellos contornos suficientes fuerzas para oponer resistencia a los planes de invasión. Los telégrafos y ferrocarriles pueden facilitar refuerzos antes que los 20.000 hombres desembarcados lleguen como se debe a la proximidad de la población; y aunque ésta se rinda [*prosigue interpretando con miras al futuro inmediato*] no habrá más que otro teatro de hostilidades en el vasto campo que circuye la nueva confederación. El Sur tiene como el Norte más de 500.000 combatientes, y como cuentan con más audacia por ser más entusiastas y envalentonados con sus victorias [*datos de antecedentes*], es de dudar que la pérdida de una ciudad sea un golpe mortal para la confederación. No será tan efímera su existencia» [*Crónica de Nueva York del 5-11-1861, segunda entrega, publicada en El Diario de Menorca*, 6-12-1861, nº 931].

Probablemente, no debemos prolongar las transcripciones. Tanto ésta como el conjunto de las crónicas dedicadas a la guerra civil americana se nos aparecen como textos informativo-interpretativos, formando un relato a base de noticias fraccionadas que le merecen un correspondiente comentario o interpretación.

Disecionemos esta otra crónica de guerra, construida sobre la estructura informativa-interpretativa, con antecedentes y explicaciones y con una

prospectiva final pensada para España, que es el destino final de correspondencia:

«Casi diariamente los telégrafos del norte reportan nuevas victorias, bien que la mayor parte consisten en evacuaciones que hacen los confederados [**noticia antecedente o marco, con atribución de fuente**]. Antes de ayer se supo que éstos habían evacuado a Nuevo Madrid, lo cual se celebró por ser el último punto que poseían en el Estado de Missouri los del Sur [**noticia**]. Les quedaba, sí, una isla fortificada que la llaman N° 10, a unas 3 o 4 leguas del referido pueblo [**explicación**], y hoy mismo se tienen noticias que la han tomado los federales con su escuadrilla de cañoneras y bombardas [**nueva noticia relacionada**].

Han de saber que Nuevo Madrid es un pueblo a orillas del Mississippi a unas 315 leguas arriba de Nueva Orleans, y la isla N° 10 está en dicho río [**contexto de la noticia**]. Por esto dicen los *yankees* que ya tienen abierta su ruta para ir a atacar a esta ciudad tan conocida de los menorquines. Pero para tranquilizar a éstos les diré que con este ataque sucederá como el que se pronosticaba de Charleston, que nunca ha llegado [**interpretación de pronóstico futuro**].

[**Continúa la interpretación**] El ser los confederados desalojados de sus posiciones más distantes no quiere decir que estén derrotados. Sus defensas se sabe las están estableciendo en Memphis y poco más arriba, que es un lugar a más de 250 leguas de Nueva Orleans [**nuevos datos de relato**]. También se dice que el ejército del Potomac se ha detenido en su retirada de Manassas y se está fortificando para defender a Richmond, la capital de ellos. Lo que realmente han perdido los confederados son los Estados de Missouri, Kentucky y Tennessee, con la misma facilidad que cayeron en sus manos, y alguno que otro pueblo marítimo. Más los verdaderos estados de la confederación permanecen con la misma resistencia y decisión que cuando la batalla de Bull Run.

Mucho pueden resistir, lo suficiente para esperar una intervención aun a costa de grandes sacrificios [**interpretación**].

[**Y nueva interpretación**] Lo cierto es que la contienda, por más que digan los yankees, no tiene trazas de concluirse pronto a menos de la anunciada intervención europea. La batería blindada Virginia no ha hecho nueva salida [**prosigue el relato de más noticias**].

En el norte se construyen a toda prisa dos o tres más buques forrados de hierro de diferentes sistemas [noticia]. Se cree autorizará el Congreso la construcción de muchos más, con el ejemplo que han tenido [interpretación]. Mucho desearía —concluye el cronista con una **prospección aplicada a España**— que en España se atendiera como es debido a esta clase de construcciones, que está visto son las que tendrán supremacía en los combates navales» [Crónica de Nueva York, 18-3-1862, publicada en *El Diario de Menorca*, 9-4-1862, n° 1036].

Son, en definitiva, unas crónicas de estructura muy moderna, ágiles que, a un tiempo, informan, evalúan, contextualizan y proyectan, aunque, eso sí, elaboradas en la retaguardia. Todas fueron alimentadas por los despachos telegráficos y por la circulación de los diarios que había en el entorno de residencia del cronista, en la ciudad de Nueva York, un punto de correspondencia favorable a los postulados unionistas. Y, sin embargo, Amengual se mantuvo avizor para que sus contenidos informativos fuesen, por demás, imparciales para con el curso de la guerra. Y así lo dejó remarcado. Fue en el relato del episodio por el cual los estados sudistas nombraron a dos comisionados (Masson y Slilell) para viajar a Inglaterra y conseguir el reconocimiento diplomático de la confederación. Tras ser interceptado en alta mar el buque en el que viajaban a Europa, fueron devueltos a las autoridades nordistas. Pues bien, Amengual, siempre picado de fuerte patriotismo español, dejó dicho:

«Al escribir este último nombre, no puedo menos de recordar a Vd. que este caballero ha sido en el Senado de Washington el campeón del partido que abogaba por la compra forzosa de la isla de Cuba, cuya consideración sirve para desvanecer las simpatías que un español pudiese sentir por dicho comisionado o embajador; y digo esto para probar la imparcialidad de mis correspondencias referentes a la cuestión americana. Todo lo más que he hecho ha sido fundarme siempre en que el norte no dominaría al Sur»

[Crónica de Cádiz, 9-1-1862, publicada en *El Diario de Menorca*, 4-2-1862, nº 982].

17. 2. 1. 2. Crónicas de la Guerra de los Diez Años

La Guerra de los Diez Años, también conocida como Guerra de Cuba o Guerra Grande (1868-1878), fue el primer gran alzamiento armado de independencia nacional cubana contra la presencia colonial española en aquella Antilla. El conflicto tomó carta de naturaleza con el *Grito de Yara*, que se oyó en la noche del 9 al 10 de octubre de 1868, en la finca La Demajagua, en Manzanillo, propiedad de Carlos Manuel de Céspedes, que sería un líder venerado. A su vez, estalló una rebelión casi simultánea en Puerto Rico, al *Grito de Lares*, dado en una plantación de café en esa localidad de Aguadilla el 23 de septiembre del mismo año. También allí los patriotas locales se revolvieron contra la metrópoli. Mientras España pudo sofocar la asonada de Puerto Rico en muy pocas semanas, en Cuba el dolor se prolongó diez años, hasta la Paz de Zanjón de 1878, cuyo documento

estableció la capitulación de las fuerzas independentistas cubanas (consideradas por la autoridad militar y política como insurrectos) frente a las tropas españolas.

Para entonces, en las fechas que mediaron entre el 23 de septiembre y el 9 de octubre, España, la exhausta potencia colonial, se había visto enzarzada en una triunfante revolución burguesa, que fue llamada La Gloriosa. Puso fin al reinado de Isabel II, de factura liberal pero de muy escasa firmeza demócrata, corrupto y políticamente agotado. Creyendo las colonias del ultramar atlántico que los graves problemas políticos internos en España les favorecían en sus consignas de independencia, se lanzaron a las armas, calculando encontrarse a un ejército con el pie cambiado, más atento al asentamiento de la revolución que a dar respuesta eficaz a la provocación independentista en las lejanas costas antillanas.

¿En qué contexto de prensa se desarrolló el primer alzamiento insurrecto?¹¹⁵ Puesto que Cuba era una colonia española, se veía sometida al mismo sistema de restricciones legales que se padecían en la metrópolis en materia de prensa. No hubo ni permitió nunca un estatus propio que regulara la libertad de prensa en términos distintos (o mejores) que los que afectaban al periodismo peninsular. Al estallar la Guerra de los Diez Años el modelo periodístico cubano se asentaba, principalmente, sobre las páginas de *El Diario de la Marina*, editado en la Habana, un medio oficioso del poder político y militar en la isla en aquellos años.

En 1832 había aparecido en la Habana el periódico *El Noticioso y Lucero*, resultante de la fusión de *El Noticioso*, fundado en 1813, y *El Lucero de La Habana*, creado en 1830. Venía a ser el número doce de la historia de la prensa de la capital cubana. Pero duró tan sólo unos años, pues su director, el pontevedrés Isidoro Araujo de Lira y Alcalde (1816-1861) lo transformó en un nuevo periódico, que vio la luz el 1 de abril de 1844 bajo el nombre de *El Diario de la Marina*, que llegaría a ser el más importante de la isla y

¹¹⁵ Para una visión general de la historia del periodismo en la isla de Cuba, véase JIMÉNEZ PERDOMO, B., *Tres lustros de periodismo habanero*, La Habana 1943; y A. FERNÁNDEZ DE CASTRO, A., y HENESTOSA, A. *Periodismo y periodistas de Hispanoamérica*, México 1947.

uno de los máximos exponentes de la prensa de América. Fundado por españoles y dirigido por españoles hasta 1919, fue siempre órgano de los ideales e intereses de España y de los españoles en Cuba.

También se editaba en aquella etapa del conflicto rebelde *La Gaceta de la Habana* (1848-1902), el satírico *El Moro Muza* (1859- 1875), *Juan Palomo* (1869-1874) y *La Charanga* (1857-1859), entre otros. Con carácter clandestino, Carlos Manuel de Céspedes había creado *El Cubano Libre*, que pretendía difundir los hechos revolucionarios contra el colonialismo español desde los campos de batalla. También apareció *El Siboney* en 1866, minúsculo periódico manuscrito redactado por José Martí con la ayuda de cuatro compañeros, alumnos todos del Instituto de la Habana: Anacleto Mejías, Antonio Tunes Morejón, Carlos Ayala Pérez y Alberto Anillo.

En tonos despectivos el propio cronista marino nos contará la explosión de cabeceras que supuso la libertad de prensa que se derivó de la Revolución de Septiembre:

«Apenas se hubo decretado la libertad de imprenta, han visto la luz pública varios periódicos y *periodiquines*. “El Espectador Liberal”, “Cuba Liberal”, “La Voz de Cuba”, “El Gorrión”, “El Fosforito”, “La Birijita” y otros varios. Los títulos o nombres de los tres últimos tienen algo de metafóricos, y aunque al principio se creía que podía su publicación acarrear no pocos disgustos entre españoles, peninsulares y cubanos, nada por fortuna ha sucedido que lamentar. Esto, como cosa puramente local, merece alguna explicación y voy a darla. Entre los varios apodos con que nos distinguen los naturales del país se encuentra el de *gorriones*. Así pues, todo el que ha nacido en el continente europeo es gorrión. Éstos, es decir, los europeos, llaman a los cubanos *fosforitos*, *bijiritas*, etc., etc. Nacidos en la Habana los citados motes, se han aplicado, el primero, en virtud de que los hijos de esta ciudad son generalmente delgados y pequeños, circunstancia que no concurre, por cierto, en los nacidos en el Departamento Oriental, que son fuertes casi en su totalidad. Bijirita es un pájaro muy pequeño y delicado» [Crónica de la Habana, 16-1-1869, publicada en *Diario de Mahón*, 11-2-1869, nº 283].

Entretanto, a Amengual, como marino corresponsal de prensa, las rebeliones registradas en Puerto Rico y Cuba, particularmente esta última, le franquearon una vez más su vocación de cronista, como ya lo había experimentado en Norteamérica unos años antes.

Tantas veces como sus itinerarios marítimos le permitieron recalar en el puerto de la Habana, compuso diversas crónicas de situación. No renunciando a su habitual modalidad de ofrecer correspondencias pluritemáticas, los sangrientos sucesos de la insurrección cubana dieron contenido principal hasta en un total de once cartas, entre octubre de 1868 y enero de 1869. Luego, se abrió para él un período de permanecer ausente de la isla, hasta su regreso en diciembre de 1870. La vuelta a la Gran Antilla le dio pábulo a tratar de nuevo el problema insurrecto, aunque fue ya de manera fugaz y superficial. En las cinco correspondencias que llegó a enviar desde la Habana en los años setenta y hasta que concluyó su trabajo de corresponsal para siempre, la actualidad insurrecta dejó de ser tema principal de sus crónicas. Apenas se refirió secundariamente y en tono menor. No es de extrañar, porque en la nueva década la guerra colonial había perdido intensidad y virulencia general, hasta casi verse reducida a golpes de mano, escaramuzas o atentados aislados, por más que se prolongaron hasta que se convino el Pacto de Zanjón. Veámoslo. Reseñando los más vistosos espectáculos que se anunciaban en los teatros de la Habana, Amengual comentó, con alcance de interpretación periodística:

«Todo esto prueba que no se preocupa mucho esta población de lo que pasa en el campo insurrecto. Sin embargo, de Nueva York [donde se habían concentrado numerosos refugiados y exiliados patriotas] salen todavía algunos expedicionarios. A primeros del corriente salió de aquel puerto el ya célebre vapor *Hornet*, destinado al servicio de los insurrectos, pero quizá tenga que entretenerse sin llegar a su destino cual sucede a su cofrade *Virginia*, que anda ahí por Costa Firme» [Crónica de la Habana, 29-12-1870, publicada en *El Menorquín*, 2-2-1871, nº 464].

En agosto del mismo año escribió, en el tercer párrafo de la correspondencia:

«Tocante a la insurrección, nada importante me es dado comunicarles, lo cual se ha de interpretar de buen agüero. Digo nada importante, y me expreso mal, pues es significativo el hecho de haberse escapado de la isla logrando el refugio en la isla de Jamaica el que desde el levantamiento de Yara fue la segunda figura de la descabellada

idea de Cuba Libre. Me refiero a Pancho Aguilera, el compañero de Céspedes desde el principio» [Crónica de la Habana, 15-8-1871, publicada en *El Constitucional*, 10-9-1871, nº 149].

El cronista de guerra, por tanto, es el más relevante de los diversos cronistas que Amengual reunió en su complejo perfil periodístico, junto al del cronista viajero, el cronista experto mercantil y portuario, o el cronista de variedades. Los dos excepcionales episodios de guerra que le tocó observar (la secesión americana y la rebelión insurrecta de Cuba) nos arrojan el Amengual más denso, periodísticamente hablando. Y a la vez, al más reportero, al corresponsal movilizado, muy atento a las novedades y siempre espoleado por adelantar cuanto antes las noticias de las que era conocedor. Pero la intensidad periodística no fue equivalente en uno y otro conflicto. Hay, a nuestro juicio, dos cronistas dispares en la misma persona, si analizamos las cartas de la guerra de secesión americana, o si nos atenemos a las referidas a la primera guerra de liberación cubana.

Si, en el primer caso, vimos a un cronista informativo, de noticia sumarial construida sobre un grado de interpretación serena, siempre salvaguardando su implicación personal en el relato, en el segundo caso conoceremos a un Amengual que desencadena mucha opinión. Comprobaremos que, no obstante, va enriquecida de considerable cantidad de información, pero la interpretación fácilmente incurrirá en la opinión. Hay, a nuestro parecer, cuatro factores definitorios en este grupo de crónicas de guerra.

En primer lugar, el relato adquiere un punto de vista narrativo en la primera persona del plural, y así, en sentido mayestático, habla de “nuestras tropas”, “nuestras autoridades”, “por nuestra parte, hemos tenidos algunas bajas...”, etcétera, en una evidente prueba de su decantación pro española. Amengual, pues, actuará como cronista alineado a favor de uno de los bandos, aunque sin traicionar por ello, enteramente, el periodismo de información que le había caracterizado en Norteamérica, como se verá.

En segundo lugar: adopta, desde el primer momento, un rechazo personal al levantamiento de los mambises que clamaban libertad. Es un prejuicio de

raíz que empapará de principio a fin las crónicas del conflicto que salgan de su pluma:

«Por do quiera que han pasado han cometido toda clase de desórdenes, robando y saqueando sin consideración alguna y de una manera [...] que en su mayor parte son malhechores conocidos por sus asquerosos crímenes. No faltan entre ellos algunos extranjeros de Méjico y Santo Domingo que como aventureros sin ley ni patria se han unido a ellos teniendo sin duda presente nuestro proverbio *A río revuelto ganancia de pescadores* [Crónica de la Habana, 15-11-1868, publicada en *Diario de Mahón*, nº 235].

Nada de tales fechorías y ninguno de los desmanes a los que alude fueron sometidos, en realidad, a un relato de hechos, ni menos aún noticiados antes de valorarlos. Se limitó a lanzar juicios de opinión sin aportar explicaciones documentadas (nombres, datos y hechos) con dimensión informativa. Es más, no eludió incluso adoptar tonos despectivos para con los patriotas cubanos, a los que tildaba de poco menos que de innobles e inmorales en su conducta de guerra. El prejuicio, por parte del cronista, no podía ser más flagrante:

«En el campo sólo pelean los insurrectos entre las malezas emboscados, de *puro valientes* que son, y los de esta ciudad se emboscan también, pero en la traición y la alevosía en sus más negras excepciones, y así es que no hay que extrañar nada malo de ellos y sí que practiquen algún acto que merezca titularse nobles» [Crónica de la Habana, 30-1-1869, publicada en *Diario de Mahón*, 4-3-1869, nº 301].

En tercer lugar: nos enfrentamos a un cronista que ha perdido las prevenciones en materia política. Ya no rehúye el tinte político ni se esmera en proteger la asepsia ideológica que tanto reiteró en el conjunto de las crónicas sobre la secesión americana.

En España, para entonces, había tenido lugar la Revolución de Septiembre, y Amengual no se frenó a sí mismo para abrazarse a ella y a las reivindicaciones que la movieron. Incluso encontramos una declaración política en toda regla:

«Creo llegada la hora de que no esté vedado al *Diario de Mahón* el poder referir algo de lo que verdaderamente ocurre en materia de perturbaciones intestinas, por más sensible

que sea a todo buen español tener que emplear, siquiera un momento, a tal ocupación.

Todavía más libre ha de encontrar la vigilada puerta de la censura cuanto se diga conforme a la verdad de los hechos, evitando así las erróneas interpretaciones y aventurados conceptos que suelen producir la ambigüedad de las cosas cuando vienen a ser del dominio público. Advierto, pues, que no me dirijo a otro fin que a tranquilizar a mis compatriotas y moradores de esa retirada pero muy conocida balear. En mi anterior del 15 hice mención de haberse levantado unas partidas de insurrectos en el interior de ambas Antillas. Una de las causas, decía, que ha conducido a este malestar, ha sido el actual sistema tributario que hará un año vino a plantearse, y coincidiendo esta tangible demostración que aquí se ha iniciado con el cambio radical de Gobierno que se ha operado en la Madre Patria, añadía que esta circunstancia hará más fácil el resultado pacífico que debemos esperar» [Crónica de la Habana, 24-10-1868, publicada en *Diario de Mahón*, 20-11-1868, nº 218].

Y por si era insuficiente, he aquí su adhesión personal a la revolución que había prendido en Cádiz. Es uno de los escasísimos pronunciamientos ideológicos que le conocemos. Parte de considerar que, tras haber sido derrocada Isabel II del trono de España, Cuba ya no puede alegar que padece gobiernos tiránicos o injustos:

«En alguna otra época pudiera creerse esto hasta cierto punto, pero en la actualidad, en manera alguna, porque la revolución tan felizmente llevada a término en la Madre Patria, revolución que aplaudo desde el fondo de mi alma y que apoyaré con mi débil y mal cortada pluma, ha conseguido el resultado de mis interrogaciones. Robando, incendiando y matando los insurrectos, con la perspectiva de las libertades del gobierno actual, habiendo pasado muchos años bajo otro régimen, es claro que *no diciendo nada* es preciso creer porque no se pueden cerrar los ojos ante los hechos que su bandera es el desorden y la anarquía» [Crónica de la Habana, 15-11-1868, publicada en *Diario de Mahón*, 11-12-1868, nº 235].

Como cuarto factor definitorio, hay que señalar que las crónicas de guerra cubanas mantienen la fibra informativa. Pero frente a las americanas durante la secesión, ahora Amengual refuerza la característica con mucha abundancia de documentación. Le añade un cúmulo de datos para la precisión informativa como nunca llegó a inyectar en las dedicadas al conflicto del país del norte:

«Durante la quincena, han ocurrido varios [actos de abatimiento y dispersión de partidas insurrectas], entre los cuales se encuentran dos que, a mi modo de ver, merecen llamar la atención [noticia]. En el primero, el ocurrido en el lugar llamado Palma de San Juan, no lejos de Guantánamo donde se hallaban los insurrectos en número de 500 hombres y que, atacados por 50 hombres del regimiento de Cuba al mando del capitán D. Pablo Díaz Quintana, y auxiliados de una pieza de montaña y 15 caballos al grito de ¡Viva España!, asaltando el campamento, pusieron en fuga a los enemigos con pérdida de 30 muertos, calculándose los heridos en 120, habiéndoles cogido 104 caballos, armas y municiones. Por nuestra parte, hemos tenido según el mismo parte oficial, un muerto y 10 heridos [relación de hechos noticiosos], cosa a mi modo de ver hasta cierto punto inverosímil» [Crónica de la Habana, 15-12-1868, publicada en *Diario de Mahón*, 9-1-1869, nº 256].

De igual estilo y contenidos es el segundo de los casos que había anunciado Amengual al comienzo de su crónica. Tras relatarlo, abre enseguida la interpretación de la noticia en clave favorable a las tropas españolas. En la siguiente transcripción se notará también que hacen aparición comentarios en el papel de prospecciones de futuro inmediato que se desprenden, para Amengual, de la noticia de la que da cuenta:

«[...] Se experimenta, no obstante el entusiasmo que parece reinar en esta capital, algún desaliento general, y si se presta oídos a los hijos del país, apegados, por decirlo así, al movimiento surreccional, es muy fácil pensar que sólo podría conseguirse dominar las circunstancias haciendo un esfuerzo sobrehumano. España, enviando considerables refuerzos que acaso no se encuentre en posibilidad de poder llevar a cabo. Lo que sí me parece como cosa fuera de duda que si esto llega a conseguirse, la cuestión quedará aplazada, mediante a que la idea de emancipación toma proporciones gigantescas y que existen muchos españoles peninsulares en el bando contrario» [ibídem anterior].

La crónica, sin embargo, no concluye ahí. Amengual la continúa, ahora con nueva información de hechos, para coronarla con un comentario de opinión. Léase en la siguiente cita:

[Noticia]

«El acueducto que conducía las aguas a Santiago de Cuba ha sido cortado por la insurrección y se improvisan pozos para poder surtir a la población de agua potable [...]. El sábado último llegó a este puerto el conde de Balmaseda con el vapor “Pelayo” procedente del departamento Oriental. Ha circulado el rumor de que manifestó el capitán general que los cabecillas Céspedes y Aguilera se encontraban en las mejores

disposiciones en deponer las armas, si se concedía una amnistía general a todos los de su bando, y que aquél sólo ha dado instrucciones de concederla a los hijos del país, excluyendo a todos los peninsulares y extranjeros, que deberán ser juzgados por consejo de guerra.

[Opinión]

»Estos son, en conjunto, los hechos entre el *se dice* y los partes oficiales que puedo comunicar a usted. Mi opinión es, como ya he indicado, que la isla de Cuba es enteramente perdida para España, sino de momento, más tarde. Es decir, que la cuestión a lo sumo quedará aplazada, porque queda aquí el último germen de la dinastía borbónica, representada por el general Lersundi, según la frase vulgar de los que apoyan moralmente la insurrección. El *Diario de la Marina*, según la misma y la de muchos peninsulares demócratas-republicanos, desbarra de una manera que abochorna. Incita al entusiasmo que está pereciendo, expone hechos que carecen de verdad, según los mismos, y sirve de mofa, por decirlo así, a la política que ha adoptado. [...]. Mi deseo sería que, en virtud de la aptitud monárquico republicana de la Madre Patria, todo se concluyera; que los llamados insurrectos se prestasen a un abrazo fraternal que reclama el nuevo orden de cosas, la humanidad, los intereses generales y particulares tanto de España como de Cuba, fundado todo en la conveniencia en que es muy difícil a Cuba conservara su independencia de España para mudar de amo que, a no dudarlo, difiera mucho de los cubanos en raza, costumbres, religión e idioma. ¿Qué sería pues ella bajo el dominio de los norteamericanos, cuando en la actualidad tan mal pueden avenirse con los españoles, con quienes tantos puntos de afinidad tienen por las razones que acabo de exponer? [Ibídem anterior].

En conclusión, la cronística de guerra de Amengual, por modalidad, pertenece a las del grupo que cubren un lugar (periodismo de viajes o cronística corresponsal), según la nomenclatura de Gomis. Pero no puede ser catalogada, a su vez, entre las de enviado especial, por la lógica razón de ir a la estela, no de un diario que lo envía o lo destina aquí o allá a tenor de la línea periodística del medio, sino de los deberes mercantes (incluso, los azares del mar) de quien, en realidad, viaja al frente de una embarcación de transporte comercial. El cronista menorquín, pues, dista mucho de encarnar un perfil profesional del periodismo, ni siquiera de hombre consagrado a las letras, a la manera de un Russell en Londres, o de un Alarcón y un Núñez de Arce en la España de su generación. Pero no lo olvidemos: el periodismo español aún distaba de ser una actividad profesionalizada, ni aun para los nombres que hoy consideramos míticos y consagrados al oficio.

Es también una cronística dominada por la coordenada del tiempo (las acciones bélicas que se van sucediendo y el balance de la guerra), de suerte que descansa sobre el factor ‘cronos’ y no tanto en el factor geográfico, por más que éste suele desprender una importancia determinante en todas las formas de periodismo de viajes.

Por su redacción, ofrece textos de sistemática imbricación de la noticia con el comentario libre del cronista, pero elaboradas —insistimos una vez más— en la retaguardia. Asimismo, el contenido militar actúa de hilo conductor a lo largo de las crónicas, de manera que le confiere la característica de relato seriado, tan genuino del periodismo viajero. Llega al extremo de romper su estilo epistolar decimonónico, pues las correspondencias en que narra la guerra civil americana, por ejemplo, dejan de encabezarse con una clásica justificación retórica de dónde está, qué hace, cuáles son sus circunstancias personales, todo ello para cumplir la *salutatio* del género de la epístola. No; en realidad, Amengual sabrá arrancar las correspondencias de guerra hablando con una redacción súbita, sin preámbulo, de la materia informativa, con párrafos de sumario (noticia en forma de lid integral o parcial como ya hemos visto).

Hizo primar la noticia (la información) como elemento medular y deseable de la tarea corresponsal, lo que le llevó a redactar hechos verídicos y marcados por el interés periodístico, sin confusiones ficcionales. Y aunque no siempre pudo ofrecerla como fruto de la observación de primera mano, el relato se resuelve al estilo del observador en presencia. Cuantas veces le fue posible, los contenidos de la crónica se derivaron de su personal movilización, en el sentido reportero de la expresión. Es cierto, sin embargo, que todo cuanto fue fruto de recogida directa no traspasó fuera de lo puramente secundario sobre la narración principal. No así en las crónicas geográficas. Como veremos en el capítulo siguiente, Amengual las urdió desde dentro y refiriendo contenidos vistos y experimentados por él en un cierto papel de narrador protagonista. En cambio, esa conducta no la reprodujo en las crónicas de los conflictos armados que conoció. A lo sumo, nos dirá haber ido a girar visita a los arsenales de Nueva York,

donde se acorazaban los navíos con destino a las batallas navales del bloqueo. «Hoy [22 de noviembre de 1861] he estado a ver el arsenal de este puerto en el cual reina una actividad nunca conocida aquí» [De la crónica publicada el 15-12-1861, en *El Diario de Menorca*, nº 939]. Era la segunda visita, después de la verificada el 22 del mismo noviembre. Y en 1862, la volverá a repetir dos veces más (4 y 23 de abril).

En Cádiz, en enero de 1862, mantuvo una entrevista con el comandante del barco corsario sudista «Sumter»:

«Tuve curiosidad de visitar el vapor *Sumter*, siquiera para satisfacer mi admiración por este renombrado buque que, casi él solo, ha hecho la guerra al comercio del Norte, pues, aparte de los buques que ha destruido, ha hecho elevar en ciertas ocasiones el seguro de guerra al 5 por 100. Hablé largo rato con su comandante. Me dijo [ofrece ahora **declaraciones en estilo indirecto**] que son 16 los buques que ya ha hecho perder al comercio del Norte. Hablamos algo de Mahón, en cuyo punto me dijo había estado en su juventud. Representa tener ahora unos 50 años, su aspecto es de militar llevando impresas las señales de un buen corazón» [Crónica de Cádiz, 9-1-1862, publicada en *El Diario de Menorca*, 4-2-1862, nº 982].

Por elaboración, el trabajo de Amengual conforma una cronística cuyos contenidos se recogen en fuentes periodísticas y en fuentes telegráficas, pero no en portavoces directos, oficiales o autorizados. Insistió hasta la saciedad haber adoptado posturas de imparcialidad hacia los bandos contendientes, pero su posición de ‘corresponsal inmediato’ no la llevó a sus últimos extremos, con la diligencia de la más genuina mentalidad de buen reportero, al menos tal y como en nuestros días se exigiría. Pero para su tiempo, la solvencia periodística no es menor.

Que él cuidara de hacerlo constar ante sus lectores, no recabó datos en fuentes militares o políticas; no mantuvo entrevistas informativas directas, y el resultado, diríamos, fue una crónica informativa *de despacho*: elaborada por él mismo a partir de resumir, compilar y contrastar el torrente noticioso que circulaba en los medios impresos. No debemos olvidar que Amengual, buena parte de su producción sobre la guerra americana, la escribió situado en la ciudad de Nueva York, uno de los polos principales

del bando nordista; y que una de las cabeceras más citadas por él fue el *New York Herald*, portavoz de un patriotismo unionista —*yankee*— que, sin ser oficial, sí fue inequívoco y acendrado.

Por último, la cronística, salvo escasas excepciones, fue multitemática en cada corresponsalía. Rechazó textos de asunto monográfico, aunque hablase de una materia tan prolija y compleja como una guerra. Y así, se afanó a llenarlas de variedad, diversidad de asuntos y, si era posible, de amenidad. Esta peculiaridad tan definitoria del modelo cronístico de Amengual lo condujo a procurar un final de crónica a la manera de notas telegráficas secundarias. Como se comprenderá, no lo hizo en la totalidad de las ciento veintitrés crónicas que de él conocemos, pero fue insertado con la reiteración suficiente como para atribuírselo como característica general. Cuando ya se habían cometido los primeros actos secesionistas en el sur y los acontecimientos llamaban a la ruptura de hostilidades, Amengual completa su crónica añadiendo notas menores:

- «La corta cosecha que se principia a temer más de lo que se había imaginado» [...].
- «Los algodones este año van a someterse a precios altos».
- «El día 19 del corriente, nevó en ésta tan copiosamente que toda la ciudad se cubrió de una capa de blanca espuma glacial».
- «Aquí me viene bien —concluye su retahíla novedosa— lo extraño que encuentro que en esta población, así como en muchas del Norte América, a las horas de la noche que la luna está sobre el horizonte, por más que un espeso nublado haga ser la noche tenebrosa, no se enciende el alumbrado público, así es que aquel día no había quien anduviera de noche por las calles» [Crónica de Charleston, 23-3-1861, publicada en *El Diario de Menorca*, 21-4-1861, nº 744].

CAPÍTULO XIX
CUARTO ANÁLISIS PERIODÍSTICO.
LOS GÉNEROS EN AMENGUAL: EL REPORTAJE
Y LA CRÓNICA GEOGRÁFICA

19. 1. Una delimitación de conceptos periodísticos

PARA el periodismo de nuestros días, investigadores como Mariano Belenguer consideran que es más conveniente hablar de reportaje de viajes que de crónica de viajes. Algunos de los rasgos de las antiguas crónicas viajeras —argumentan— se han perdido en los relatos actuales. Apenas existe la continuidad del cronista, ni se cumple ya con la fragmentación del relato. La forma en disposición cronológica y un desarrollo de la narración en itinerario tampoco son frecuentes. En definitiva, la tendencia, hoy, es trabajar textos unitarios. «Aunque hay excepciones —apostilla Belenguer—, los relatos extensos de los viajes de “larga duración” ya no se publican a modo de crónicas en las revistas o los periódicos. La demanda es de un texto único, en el que el autor describe o narra de forma resumida su viaje [...]. Por todo lo expuesto —concluye—, creo más conveniente utilizar en la actualidad el término de reportaje para determinar este tipo de textos» (2002: 118 y 119).

Pues bien: aunque el profesor de Sevilla adopta unos criterios perfectamente plausibles y fundamentados, consideramos que también en la ‘vieja’ cronística viajera de la primera mitad del siglo XIX cabe aceptar el uso del concepto de ‘reportaje de viajes’. Es el caso de determinadas crónicas contenidas en la obra general del corresponsal marino de Menorca.

Junto a sus abundantes casos de crónicas informativas, como primer grupo, y de las crónicas de guerra, como segundo gran grupo (ambas analizadas ya), aún debemos decantar un tercero, al que vamos a describir como ‘crónicas que son reportajes’, o ‘crónicas reportajeadas’. Miraremos de explicar que no existe ninguna contradicción *in terminis* poniendo en

conexión recíproca los términos crónica y reportaje. Es decir, que partiendo de un núcleo cronístico, unos determinados textos periodísticos se expanden hasta verse transformados en reportaje.

Es cierto que un repaso a las crónicas que aquí agrupamos dentro de la tercera categoría nos desvelará que mantienen una continuidad del cronista firmante, y que no es inusual que se vean marcadas por una fragmentación del relato, incluso dadas a la imprenta por medio de una serialización. Además, la forma cronológica (por su sesgo epistolar, pero también por narrar novedades en una clave temporal diacrónica) y la presencia de un itinerario en la narración son también factores vivísimos en el trabajo de Amengual. Pero creemos que se da un rasgo determinante, de importancia conceptual muy superior, para preferir el término ‘reportaje’ al de ‘crónica’.

A nuestro juicio, la argumentación es como sigue. Determinadas corresponsalías conviene considerarlas ‘reportaje’, porque el autor, de hecho, entra en un nuevo género periodístico. Ni informa ni construye crónica común: busca el vuelo reportero. Se instala en otra dimensión en la que ya no prima la pauta de informar-interpretar. La crónica, como género de interpretación noticiosa, ya no es tal, al menos en un sentido nuclear de la cuestión. El autor, en tal caso, no acompaña los textos (sus cartas) de un hecho noticioso, que, o bien no existe en absoluto, o es meramente indirecto. Veremos, en efecto, que habrá más finalidad divulgativa de la actualidad que informativa pura.

Así como en las crónicas de guerra (y por descontado, en las informativas), la noticia como elemento medular de la información se erige en la válvula que da palpito a la crónica, descubrimos una prolija serie de correspondencias que es mejor etiquetarlas como ‘reportaje viajero’, ya que no surgen de la noticia como hecho central, ni como una intencionalidad activa de la correspondencia.

Volviendo a los tratadistas clásicos, como resulta siempre tan recomendable, debemos acudir al catedrático Martínez Albertos. Defiende

éste que el reportaje es un género que aborda «la explicación de hechos actuales que ya no son estrictamente noticia —aunque a veces sí pueden serlo—. Intenta explicar el ser de los hechos y sus circunstancias explicativas» (1983: 280). En otras palabras, el mismo maestro insiste que es un «relato periodístico —descriptivo o narrativo— de una cierta extensión y estilo literario muy personal en el que se intenta explicar cómo han sucedido unos hechos actuales o recientes, aunque estos hechos no sean noticia en sentido riguroso del concepto» (1983: 314).

Por lo tanto, llamaremos reportaje al relato periodístico que se desenvuelve en las coordenadas de la actualidad, sin exigírsele una noticia (o novedad informativa) como núcleo del género. Según ha querido Miguel Ángel Bastenier, «tiene interés periodístico atemporal, es interpretativo y requiere de investigación» (2004: 224). O, al menos, de acopio documental, añadimos nosotros. Principalmente, atiende a desvelar el ‘cómo’ y el ‘por qué’ de la actualidad, de manera que presenta una naturaleza redaccional que se combina como un texto periodístico argumentativo, en primer lugar, trenzándose a su vez con aspectos narrativos (‘qué’, ‘quién’ y ‘cuándo’) y aspectos descriptivos (‘qué’, ‘quién’ y ‘dónde’). En consecuencia, suele ser un trabajo amplio, muy completo, que exprime los temas para obtener de ellos el jugo más substancial.

Eso asentado, podemos desgranar diversas modalidades de reportaje. Al menos son tres, tal y como nos enseña Martínez Albertos: de acontecimiento, de acción y de citas o entrevista (1983: 320 y 321). Mucho más sintético, Bastenier los condensa en dos modalidades: reportaje de espectador y reportaje de actor de los hechos. Aunque resultan patrones incompletos, excesivamente genéricos, para ordenar y clasificar los reportajes viajeros de Amengual, qué duda cabe que suponen dos estándares que dan margen suficiente para que quede encajada en ellos la producción del menorquín.

Las correspondencias de temática geográfica coincidirían con la noción de reportaje de espectador. Es lo que Belenguer, en su análisis mucho más exhaustivo y exigente, denomina reportaje viajero de especialidad

geográfica, el cual, a un tiempo, lo incluye en la categoría que llama de ‘tipología semántica’. Como veremos enseguida, de ese grupo la obra cronística de Amengual nos presenta veinticuatro reportajes de espectador, cuya temática se centra en el tipo de crónica geográfica (o reportaje en Belenguer).

Asimismo, hemos reunido otro conjunto de correspondencias que se amoldan perfectamente al reportaje de actor de los acontecimientos. Son aquellas en las que Amengual, irrumpiendo él mismo en un primer plano narrativo, relata el viaje en sí mismo, con sus azares y su discurrir cronológico, y en el desarrollo de las cuales el propio narrador toma un papel protagonista. De esta categoría, su obra nos da doce casos.

Los ejemplos a los que aludimos, claro, ofrecen una profundidad de tratamiento sustantivo, y, de hecho, se erigen en sus contenidos principales en uno y otro modelo. Y ello, por más que el prurito multitemático tan constante en Amengual le lleve a prolongar muchas de sus crónicas con el ya muy sabido ‘rosario noticioso’. En diversas correspondencias informativas o de guerra es muy fácil toparnos con alguna descripción de carácter geográfico; o con alusiones a las contingencias vividas en las travesías, pero no las hemos incluido en ninguno de los dos grupos, porque no le aportan al texto el cuerpo principal. Carecen, pues, de entidad redaccional suficiente.

Ahora bien: convengamos que una y otra categoría de Bastenier, en realidad, no pasan de ser dos criterios de ordenación según el papel de redacción que adopta el reportero. ¿Con qué disposición escribe el periodista que hace reportajes viajeros? A semejante pregunta responde el criterio de la división binaria de Bastenier. Pero ese criterio es negligente a la hora de cribarlos por tipologías. Claro, la complejidad y diversidad del problema no se agota ahí. Subamos un grado más en esta disección de las modalidades reporteras de viaje.

Recuperando las tipologías definidas por Belenguer, los textos de viaje pueden ordenarse por su semántica, por su morfología y, en tercer lugar,

por su pragmática. En muchas ocasiones referidas a Amengual nos vamos a encontrar el perfil puro de alguna de las tres, pero no será infrecuente constatar la combinación de varias tipologías a la vez.

Sin menoscabar la virtualidad de esa ordenación —de hecho, en esta investigación le reconocemos el máximo crédito—, debemos tener presente que nos enfrentamos a una cuestión de profunda complejidad. Y es que el reportaje, en su acepción académica genérica, admite otras clasificaciones. Al menos, se pueden formular cuatro: por tratamiento temático (reportaje noticioso, de investigación, deportivo, de viajes o de interés humano); por tratamiento informativo (que ofrece el reportaje objetivo y el interpretativo); por tratamiento formal del texto (narrativo, explicativo, descriptivo o, incluso, híbrido); y por el soporte a través del cual se difunde (reportaje radiofónico, de prensa, televisivo o para internet). Naturalmente, todo este ‘árbol’ puede quedar aplicado a la especialidad viajera.

Y aún cabe un tercer ensayo de ordenación de los tipos de textos periodísticos de viaje. Lo recuperamos de una nomenclatura personal que hemos dejado expuesta en la primera parte de este estudio (folio 170). Allí pedíamos que se nos aceptase una tipología binaria, para resaltar que cualquier modalidad textual que queramos considerar podrá acogerse a la consideración de texto para viajes dinámicos, de un lado; y textos para viajes estables, de otro.

Nos permitimos recordar que hemos llamado ‘viaje dinámico’, periodísticamente hablando, a aquel que se consagra al relato mismo del viaje (y de sus etapas, si las hay), y que atiende la descripción de todo cuanto observa el periodista viajero: paisajes, tipos y figuras, costumbres o singularidades que llaman la atención del redactor y, por ende, a sus lectores, incluyendo los casos en que el relato de viajes desentraña los avatares del viaje mismo. También incluiríamos en la misma modalidad textual toda suerte de novedad informativa que va unida al hecho viajero. Luego, existiría, a nuestro parecer, el ‘viaje estable’ que, para nosotros será aquel que se ven necesitados de emprender, por necesidad periodística, los redactores que son desplazados —“enviados”, se dice— a un lugar

geográfico para dedicarse a servir información, con toda su gama de elaborados textuales del periodismo informativo, interpretativo y/o opinativo. En este supuesto, el viaje, las rutas o itinerarios e incluso los lugares geográficos a los que se llega apenas tiene valor cronístico, y, por ello, su reflejo en el resultado textual es, o bien nulo, o bien de interés inane. En definitiva, es una ecuación que se resuelve en función del sentido que le cabe al hecho viajero en el fruto periodístico. El periodista, pues, viaja guiado por dos únicos resortes: para hacer del viaje el centro de su interés redaccional; o, simplemente, para situarse sobre la noticia temática que desea, sin que importe para nada el lugar geográfico más allá del mero cumplimiento del ‘dónde’ sumarial de la noticia.

Pues bien, los reportajes viajeros de contenido geográfico de la colección de Amengual recaen en la tipología semántica, con carácter de visión global de las zonas geográficas que describe (textos panorámicos o panópticos). Al mismo tiempo, vistos también por su ángulo morfológico, son reportajes viajeros de situación, que se corresponde con el concepto general del reportaje de acontecimiento, o *fact story*. Pero, aplicándoles la segunda terminología que acabamos de invocar, sería también un modelo de reportaje temático para el soporte del papel prensa tradicional, con tratamiento descriptivo-interpretativo y con contenidos informativos muy débiles —por no decir carente de ellos. Por supuesto, son también ejemplos de periodismo de viaje dinámico. Así es, como intentaremos evidenciarlo.

Escribiendo en un estilo descriptivo, Amengual ofrecerá unas correspondencias con visión general y panorámica de las tierras a las que arriba en sus periplos navales. Las redactará ‘desde fuera’, como lo haría un observador que lo contempla sin apenas implicaciones personales; pero, eso sí, a través siempre de sus propios ojos. Veremos que hay pocos elementos de acción (escasea el tono narrativo), y todo cuanto se aporta ha sido previamente visto y anotado por el autor. La clave espacial le inyecta volumen y ‘corporeidad’ al reportaje resultante.

A tenor de esas coordenadas, estaremos en presencia de unas correspondencias (o crónicas viajeras reportajeadas) que, sometidas a la

perspectiva de su tipología pragmática, entrañarán una intencionalidad o de entretenimiento o de divulgación. La faceta informativa, en cambio, desaparecerá; o al menos, quedará constreñida a planos implícitos y secundarios, con valor menor.

Por su parte, en los reportajes viajeros de actor quedará al descubierto un corresponsal viajero que deviene protagonista. Ahora sí: protagonista central. Esto es, irán escritas en primera persona narrativa, para ofrecer la narración de la experiencia del viaje. Por estructura, serán correspondencias de itinerario, con una fuerte presencia del factor temporal (referencias al ‘cronos’ y a su diacronía), más bien cargadas de acción o de relato de acontecimientos. Belenguer, por tipología morfológica, las denomina reportajes viajeros de acción. Presentan una cierta carga de aventura, interpretación débil y abundan en la rica narración a que da pie el acontecer de un viaje sobre la persona del viajero que lo lleva a cabo.

19. 1. 1. Las correspondencias geográficas

Hemos anotado que los reportajes geográficos de la cronística de Amengual son veintitrés. Todos van referidos a zonas territoriales más o menos amplias desde el punto de vista de la demarcación que abrazan. En concreto, nos hablan de catorce ciudades: ocho de América (Charleston, Nueva York, Boston, Pernambuco, Matamoros, la Habana, Cienfuegos y Washington); y seis más de Europa (Vigo, Madrid, París, Londres, Liverpool y Brest). Curiosamente, las correspondencias que remitió desde las Filipinas en 1869, a pesar de su fortísimo atractivo viajero, no fueron aprovechadas para el cultivo singular de la tipología geográfica respecto de un viaje tan exótico y remoto de España.

El primer reportaje geográfico lo compuso a finales de 1860. Lo publicó *E/ Diario de Menorca* en cuatro entregas entre el 26 de febrero y el 1 de marzo del año siguiente. De hecho, se estrenaba públicamente como corresponsal de prensa. En algún capítulo anterior, al hablar de la tipología semántica como especialización de la cronística viajera, ya hemos entrado en el estudio de esa crónica inaugural de sus correspondencias. Pero ahora vamos a desmenuzarla con mayor detenimiento.

El último reportaje del grupo geográfico fue enviado desde Washington el 1 de noviembre de 1868, recogido por *Diario de Mahón*. Por frecuencias, los más reiterados fueron los que dedicó a la descripción de Charleston, Nueva York, Washington y la Habana. Y los puntos descritos en ocasiones únicas (por más que vayamos a comprobar riqueza de contenidos y de redacción) fueron las correspondencias de Pernambuco, Boston, Matamoros y Cienfuegos, en América; París y Brest en Francia; Madrid y Vigo en España; y Liverpool y Londres en Gran Bretaña.

Por extensión, por tratamiento tipográfico y por contenidos, el primer texto viajero que conocemos de Amengual no presenta apenas puntos de conexión con la cronística como concepto académico de la Periodística. En realidad, como tenemos avanzado, es un texto de reportaje viajero.

Concebido como narración viajera, el diario en que vio la luz le aplicó una maquetación de página al estilo de los folletines, según ya sabemos. Lo compaginó como faldón y englobó las cuatro entregas con el epígrafe 'Variedades'. Incluso le adjudicó un titular, aun cuando este elemento raramente era practicado en la prensa de los sesenta del siglo XIX. La colaboración fue llamada «Impresiones de viaje. Estados Unidos». Llegaba desde Charleston, en un día no especificado de noviembre del año 1860. De momento, apareció como lectura para el entretenimiento del suscriptor. No había otra solicitud.

Enseguida que le aplicamos los principios de la preceptiva de los géneros, descubrimos que no es periodístico, en el sentido de informativo. No está modelado por la noticia, o al entorno de una noticia. La *orfandad* en ese aspecto es notoria.

No ya en los párrafos de arranque, tampoco en el curso de su extenso relato encontramos frase alguna que permita entenderla en clave de noticia informativa. Tampoco hay noticia interpretada en ninguna de sus partes. No obstante, no lo juzguemos como un texto periodísticamente impuro, o situado fuera de lugar. Visos de ser un texto de prensa y para la prensa sí los contiene. Al menos por dos razones, una formal y la otra de fondo.

Formal, porque fue elaborado pensando expresamente en un público lector de diarios y para que viese la luz sobre el papel prensa. De fondo, porque el autor pretendía elaborar un texto actual y actualizado del lugar en el que acababa de desembarcar. Deseaba darlo a conocer y divulgarlo por medio de una *radiografía* de esa hora precisa en la que se redactó el texto. Semejantes pretensiones, sin contener médula informativa suficiente, la tiene periodística. Es más, Amengual, en esta correspondencia, reconoce la pretensión de escribir para lectores de prensa, lo cual debe ser tenido en cuenta a su favor. Recordemos una declaración del propio Amengual, revelada en su primera correspondencia viajera. A propósito del Nuevo Mundo al que llegaba, dijo: «Verdad es que escritores competentes han dado a luz bellas y científicas descripciones de los Estados Unidos, de cuyo mérito confieso va a carecer mi débil narración; pero como estas descripciones se hallan consignadas en abultados volúmenes, cuya lectura encuentra pesada una parte de los lectores amantes de lo superficial, en obsequio a estos, y en atención a que el desarrollo progresivo de la prosperidad que va patentizando la Unión Americana se hace objeto digno siempre de un ojo contemplador, me atrevo a dar, por tanto, los concisos detalles que mis propias observaciones alcanzan»¹¹⁶.

En conclusión: ha irrumpido en la palestra un Amengual que quiere escribir para los periódicos ('lectores amantes de lo superficial') como alternativa a los libros 'competentes'; que desea prestar atención al desarrollo continuo que experimentan los Estados Unidos como país en progresión; y, en tercer lugar, que pretende escribir por medio de sus propias observaciones. Se nos dirá que los tres ingredientes no bastan para fraguar la naturaleza íntima del periodismo; y, sin embargo, le son necesarios, pues ningún periodista y ningún periódico pueden prosperar si carecen de esos tres requisitos básicos.

Comienza Amengual confesando al director del periódico mahonés que al llegar al lejano país (aunque matiza que ya no lo es tanto, gracias a la

¹¹⁶ Mientras no se diga lo contrario, las citas pertenecen a la primera crónica de la colección: Charleston, noviembre de 1860, aparecida en *El Diario de Menorca* el 26, 27 y 28 de febrero y 1 de marzo de 1861, n^{os} 699, 700, 701 y 702.

rapidez del vapor) su primera reacción había sido coger la pluma «para manifestarle las impresiones que sintiera al pisar el terreno de esta parte del Nuevo Mundo». En consecuencia, nos hallamos ante una redacción en primera persona: el autor es el sujeto protagonista del relato que seguirá a continuación. Un poco más adelante, sin embargo, nos asalta una valiosa afirmación, ahora sí con ecos de afinidad con el oficio de la prensa. Es aquella que nos asegura que el relato quedará completamente y deliberadamente fuera del estilo ficcional. Dicho de otro modo: que, en todo caso, leeremos un texto basado en los «detalles que mis propias observaciones alcanzan». Ni más ni menos, ese es el hilo conductor que comporta cualquier composición periodística que aspire a merecer tal calificación: que el autor se mantenga estrictamente ceñido a los hechos reales, verídicos y objetivos, observados o recabados por sí mismo como hombre de prensa. En suma, que cuente certezas actuales con interés periodístico.

No habiendo relato noticioso *stricto sensu*, sí hay, en cambio, actualidad. Nos parece que, en cierto modo, es periodístico (y no literario, novelesco o dietarista). Admitamos que ni pretende urdir crónica histórica, ni crear crónica literaria. En realidad, comunica una actualidad, una *foto fija panorámica* de una hora, de un momento vivo, referida a un país, geográficamente considerado. Es la actualidad, en suma, que se desprende del hecho de componer una pintura panorámica de una tierra que se abre a la vista como coronamiento del viaje. Esto es: una silueta sincrónica, expresada con la palabra en un medio de comunicación.

Amengual lleva hasta los lectores menorquines, a miles de kilómetros de distancia, sin necesidad de que se muevan de su casa, una visión de la ciudad de Charleston: cómo es, a qué se dedica la población, cuáles son sus riquezas económicas, sus antecedentes sobre la fundación histórica, las costumbres y la moralidad pública; el diseño urbano, las organizaciones civiles sobre las que se vertebras como comunidad, etcétera. Es el Charleston preciso y concreto de ese momento, de esa fecha; la ciudad viva que entraba por sus ojos de observador *in situ*. No de otro modo actúa, en efecto, la conciencia profesional del reportero de prensa, hoy y ayer.

Aportar al texto las observaciones que son propias del que mira y escribe, deja ver el embrión del informador primigenio; un embrión del que acaban germinando el reportero y el cronista.

Las descripciones ambientales son muy numerosas, y le inyectan al relato viajero una *personalidad* distintiva. Ya antes de desembarcar sobre las costas de Charleston columbra «una tierra baja, arenosa y poblada de un espeso pinar», de suerte que se trata de un país aún «en estado virgen y salvaje».

Pasa luego a describir la ciudad en su urbanismo espectacular, de calles anchas, tiradas a cordel, generalmente muy agitadas de animación mercantil; con casas unifamiliares amplias, equipadas con jardín, patio y galería. Y se detiene —con un instinto de primer orden sobre cuestiones de interés periodístico— en el carácter económico de ser capital del algodón, el arroz y la madera. Aún más periodístico nos parece que, a ese rasgo sobre la economía local, Amengual aporte datos documentales sobre la cosecha algodonera de los estados sureños en el año que corre: «cerca de cinco millones de balas —especifica con rigor documentado—, que, a 50 duros por bala, importan cerca de 250 millones de duros. De estos cinco millones de balas —agrega—, puédese conjeturar irán unos dos y medio a Inglaterra, uno a Francia, medio que consumirán los mismos Estados Unidos, y lo demás, entre varias naciones, a excepción de algún remanente. España no figura tan solamente por 150 mil balas».

El aporte de datos no puede catalogarse como noticia; de hecho, es contextualización y caudal documental. No ya porque representa, en el caso del que hablamos, una previsión de futuro y no un hecho sucedido, sino porque actúa como antecedentes, con finalidades divulgativas y descriptivas.

Más tarde, Amengual sofistica sus textos y, sobre la base de la correspondencia de semántica viajera con la que había arrancado, le agrega, a su vez, un nuevo registro textual. Ofreció un reportaje de itinerario. Se ensaya, pues, un giro en la tipología, y quien había sido hasta entonces un

descriptor externo de la geografía de la ciudad de Charleston (texto panóptico de observador), pasará a ser protagonista de la excursión al interior que había decidido emprender por los alrededores de aquella población. Morfológicamente, la correspondencia muda al perfil de un reportaje de viajes de acción, en el cual el viajero redactor es también personaje de lo narrado y nos revela su acontecer en el curso del viaje. Amengual, pues, pasa a explicarnos cómo discurre el desplazamiento ferroviario, las paradas, los descansos para asearse en las fondas del trayecto y comer algo «en mesas redondas, de las cuales son los americanos algo atletas», hasta que llega a su destino en Pendlenton, a más de cien leguas de Charleston tierra adentro.

A esa altura, de nuevo el punto de vista narrativo de la correspondencia retorna a la clave del reportaje geográfico. En Pendlenton vuelve a ser redactor, pero no protagonista; y explica todo cuanto contempla en su entorno. Habla del carácter del americano rural. Por lo tanto, se adentra en su etopeya, cuya figura retórica señalamos porque es demostrativa del carácter descriptivo del texto, absolutamente congruo con la naturaleza del reportaje viajero geográfico. El acento comunicativo está puesto en el ‘qué’ ‘quién’ y ‘dónde’. «Entre estos habitantes del interior *country people* — escribe— es donde pude hacer un estudio más marcado del carácter americano, bien que este se divide en dos ramas, la gente del Sur, una, y los *yankees*, que son los del Norte, la otra, entre cuyas ramas o partidos existe, como ya he venido demostrando, tan arraigada rivalidad que a veces degenera en odio y sarcasmo». Sin duda, Amengual nos está ya preanunciando la inminente contienda civil que estallará muy pronto en el país. El mero detalle es, para nosotros, paraperiodístico, ya que se queda en puertas de eclosionar próximamente en una noticia con sus atributos retóricos plenos, propios de la información como género.

Prosigue, ya hacia el final del reportaje, con más retrato de la personalidad y la conducta social de los ciudadanos, en particular los sureños; y esboza una eficción de sus mujeres. Le recuerdan a las españolas, «bastante vivarachas y juguetonas». Pero cree que unos y otros, del Norte o del Sur, son «escasamente filarmónicos», pues «en los bailes de franqueza», las

orquestas suelen componerse de tres músicos: un violín, unos hierros y unas matracas. «¿Se puede dar cosa más ridícula?», aguijonea despectivo.

Antes de cerrar el paseo de cuatro días por Pendlenton, y, por tanto, de recuperar el reportaje de itinerario en su vuelta a Charleston, engarzaba unos párrafos que, ahora sí, son noticiosos. Primero, describió en presente la ceremonia religiosa de un bautizo anabaptista multitudinario que había visto por sí mismo; y, segundo, el desfile conmemorativo del 4 de Julio, aniversario de la independencia nacional norteamericana, que también había seguido como observador directo. En ambos casos, Amengual había resuelto desplazarse y contemplarlos, para luego dar cuenta de ellos en su correspondencia. Informaba, sí, del lugar en la que ambos rituales se desarrollaron, por parte de qué actores, por qué, cómo, etcétera. Pero, puesto que su mirada fue la de un cronista, los brindó bajo la luz personal de quien interpreta. Y así, al describir la parada de caballería, comentaba la torpeza con que fue verificada. «No hubo más remedio, para poner orden entre la caballería, que desfogar con un par de carreras a todo escape al indómito animal [...]. ¡A qué tropa, pensé yo, está confiada la salvación de la república!».

La misma compleja técnica del reportaje de Charleston es la que aplicará en el resto de correspondencias geográficas: describir con intención panorámica las otras ciudades sobre las que practicó esa modalidad cronística.

De nuevo Charleston fue, en una segunda ocasión, el marco territorial para que nuestro corresponsal pergeñara un típico modelo de reportaje de situación, en la nomenclatura de Belenguer; o también, de reportaje de acontecimiento en la clasificación clásica del género. Recae dentro de la tipología morfológica, porque Amengual ofreció una visión estática de los hechos relacionados con la ruptura norte-sur y la consiguiente explosión secesionista que se derivó. Lo vemos en una correspondencia del 9 de marzo de 1861¹¹⁷ en la que compilaba la proclamación unilateral de

¹¹⁷ *El Diario de Menorca*, 9-4-1861, nº 734.

independencia de unos estados del sur en un acto celebrado el 20 de diciembre, tres meses antes de ponerse a la pluma el corresponsal. Su larga carta, en realidad, reconstruye los hechos desde la proclamación de la llamada, en primera instancia, Confederación Meridional, y todo el prolijo rastro de cambios decretados a que dio lugar: nuevo presidente, nueva bandera, balance demográfico resultante de la separación, nombramiento de unos comisionados que habían de viajar a Washington para negociar el statu quo creado, etcétera.

Aunque no falta alguna ráfaga netamente noticiosa —y, claro, de novedad reciente respecto de la fecha de la carta—, el conjunto de la arquitectura textual con la que nos encontramos encaja, en realidad, en la categoría de reportaje viajero. No fue, éste, de tipo geográfico, pero sí reportaje de situación, analizado por su tipología morfológica.

Vayamos ahora a los reportajes de Nueva York.

Estando en esa capital en noviembre de 1861¹¹⁸, anunciaba que, por unos instantes, pretendía dejar «a un lado los asuntos de la guerra» [lo noticioso], para «cumplir hoy la promesa de hablarle algo sobre Nueva York»; es decir: para formar un reportaje geográfico panorámico. Y, sí, lo acometió con el clasicismo más académico.

Nos describe detalladamente ese «emporio del Nuevo Mundo», sin regatear nada, desde las facetas demográfica, urbanística, comercial, portuaria, arquitectónica..., hasta los transportes públicos, los espectáculos y diversiones, etcétera. Además, reconstruía una visita en persona al Museo Barnum, el famoso local creado por un enriquecido empresario circense, Phineas Taylor Barnum. El hecho, sin duda, aportó al reportaje la curiosidad y la extravagancia que, a poco que pueda, nunca descuida el buen reportero de viajes que pretende hacer un trabajo de geografía panóptica que contenga al menos unas gotas de amenidad. Ya lo tiene así señalado el profesor Casasús cuando nos recuerda que «la amenidad,

¹¹⁸ Crónica de Nueva York, con dos fechas del 4 y 5 de noviembre de 1861, publicada en dos partes en *El Diario de Menorca*, 5 y 6 de diciembre de 1861, n^{os} 930 y 931. Todas las citas que siguen le pertenecen.

efectivamente, es uno de los elementos que han de reunirse en la formación de una buena crónica periodística, como lo era también para la formación de un buen reportaje [...]» (1986: 214).

Hay que decir, sin embargo, que la extensa correspondencia geográfica del 4 y 5 de noviembre de 1861 no abandonó la complejidad estructural característica de Amengual. Y así, la prolongaba con un rosario de asuntos que incidían en los contenidos noticieros: el clima frío que ya se experimentaba en Nueva York; el regreso fracasado de una expedición a los mares polares («sin haber obtenido ningún adelanto; de 16 personas fallecieron tres, una de ellas el primer astrónomo», informa); el movimiento de buques registrado en el puerto neoyorquino; y, finalmente, noticias sobre el curso de la guerra civil, cuando se habían realizado ya preparativos para la batalla de Bull. A la espera de sus resultados, Amengual largó una interpretación con prospectiva futura de lo que cabía esperar de las armas enfrentadas: «Yo creo que darán un buen susto y conseguirán algo, mas opino que pronto se reunirá en aquellos contornos suficientes fuerzas para oponer resistencia a los planes de invasión. Los telégrafos y ferrocarriles pueden facilitar refuerzos antes que los 20.000 hombres desembarcados lleguen como se debe a la proximidad de la población; y aunque esta se rinda, no habrá más que otro teatro de hostilidades en el vasto campo que circuye la nueva confederación. El Sur tiene como el Norte más de 500.000 combatientes, y como cuenta con más audacia por ser más entusiastas y envalentonados con sus victorias es de dudar que la pérdida de una ciudad sea un golpe mortal para la confederación. No será tan efímera su existencia».

Cerremos los reportajes geográficos dedicados a Nueva York. El 15 de octubre de 1867¹¹⁹, mezclado en un texto de contenidos múltiples que tanto gustaba componer, encontramos una nueva tipología. Vemos un auténtico reportaje viajero geográfico de especialización monográfica. Como nos enseña Belenguer, sería aquel «que aborda una materia más concreta o específica dentro de un entorno geográfico. Podríamos hablar en este caso

¹¹⁹ *El Menorquín*, 6-11-1867, nº 267.

—según deduce— de subespecializaciones dentro del periodismo de viajes» (2002: 145).

Amengual lo ejecuta trabajando un texto periodístico relativo a la carestía de la vida en la hoy llamada Ciudad de los Rascacielos. Partió, coyunturalmente, de un extensísimo reportaje del día anterior que aseguraba haber leído en el *Herald*. «Llenaba ayer casi toda una de sus caras con letra menuda, que equivale a un par de horas de lectura, sentando datos y aduciendo razones para venir en conclusión a decirnos que esta es la metrópoli del universo donde más cara cuesta la manutención». Pero, buscando su propio sello al tema, Amengual completa el retrato robot de esa hora económica y comercial contando que, no obstante, han seguido creciendo el lujo y la diversión, con más de veinticinco teatros y salas de fiesta abiertas; que las estadísticas señalan la existencia del doble de viudas que de viudos en la ciudad; o que sigue el engrandecimiento de los transportes públicos, gracias a la construcción de «un trayecto de ferrocarril suspendido por el centro de las calles».

Nos adelantamos a precisar, sin embargo, que los reportajes de especialista en nuestro autor forman un grupo en sí mismo consagrado a las materias que afectaban a su profesión de marino mercante. Los analizaremos más tarde, aunque avanzamos que se refieren a los campos monográficos de la política portuaria y de las coyunturas comerciales, de fluctuación de mercados, etcétera.

De momento, no salgamos de la revisión de las demás correspondencias geográficas. En todas ellas, en efecto, damos con extensas descripciones panópticas que *fotografían* grandes ciudades del orbe europeo o americano. Lo hace también con París, Londres, Liverpool, Madrid o Brest en el viejo continente.

Llegado a París, en carta del 12 de febrero de 1862¹²⁰, participaba al director de su diario que «quisiera hacer, sí, una descripción de viaje al

¹²⁰ *El Diario de Menorca*, 23-2-1862, nº 998.

estilo de la que ha principiado a publicar la Ilustración Francesa [...]». Se refería, claro está, a la revista *L'Illustration*, fundada por los periodistas Jean-Baptiste Paulin, Jacques-Julien Dubochet y Édouard Charton, el geógrafo Adolphe Joanne y el editor Jean-Jacques Dubochet. Fue un semanario de excelente calidad tipográfica y de rico grafismo inspirado en el *Illustrated London News*. El primer número apareció el 4 de marzo de 1843 y se clausuró en 1944. En aquel año de 1853, la publicación había empezado a reproducir unos textos de reportaje viajero sobre las Islas Baleares, en los que, «dicho sea de paso, honra mucho a las mahonesas», detalla Amengual.

El texto desde aquella gran urbe francesa se amenizaba con una correspondencia que describía la ciudad de París al ritmo del relato viajero. Amengual la dibujó por medio de su propio deambular de visitante pedestre, aseguraba. Adoptó, por tanto, la primera persona narrativa, siendo él el protagonista de la carta y de las descripciones que recogía: Renuncia a la omnisciencia narradora y se limita a narrar y describir sólo lo que cae ante su mirada de paseante. «Después de haber dado mi paseo pedestre para ver las Tuileries, Hotel de Ville, Columnas, Obelisco, etc., di mi rodeo en coche por el Bosque de Boulogne, y después subí a lo más elevado de la cúpula del Panteón (iglesia), para contemplar a vista de pájaro la ciudad que goza de mayor boga en el universo». Etcétera, etcétera.

Cuando el cronista volvió a París en 1876, en carta del 11 de septiembre¹²¹, elaboró un bien hilvanado reportaje de la Exposición Universal, como temática, ahora, monográfica. Ya no tenía naturaleza geográfica para la ciudad y su entorno, sino que quería ser el reportaje del gran acontecimiento internacional, lugar de esplendor y exhibición de las naciones en ella representadas.

En Londres, el 18 de febrero de 1862¹²², de nuevo procederá con el mismo esquema. Dará detalles del «ambiente atmosférico» —en palabras literales—, visitará las obras «de la próxima exposición universal» y del

¹²¹ *El Menorquín*, en dos entregas del 27 y 28 de septiembre de 1867, n^{os} 233 y 234.

¹²² *El Diario de Menorca*, Ibídem anterior.

edificio soberbio del Parlamento bicameral. Paseará también por la Torre de Londres, la catedral de San Pablo y su egregio mausoleo a Nelson, el Museo de Greenwich, el gabinete de figuras de cera. Etcétera, etcétera. En una segunda correspondencia del 19 de febrero, hablará de su visita al Palacio de Cristal de la capital británica.

En definitiva, comprobamos que el corresponsal marino practicó también en relación a esas ciudades unos reportajes de viaje geográficos en la acepción más canónica. Todo ello, con finalidades divulgativas, pero sin aspirar a ninguna función informativa. Tampoco las había en sus descripciones geográficas de Brest (que visitó camino de Nueva York el 14 de septiembre de 1867) y Liverpool, a la que dedicó un reportaje en la visita del 21 de diciembre de 1862.

No debemos pasar por alto un matiz sobre el caso del reportaje de Brest, firmado el 18 de septiembre de 1867¹²³. Amengual se preparaba para embarcar en un vapor como pasajero, rumbo a Nueva York. Puesto que se trataba de un buque de bandera francesa —argumentó—, «oportuno se hace (aunque casi forzoso, o también por no tener de momento mejor materia sobre qué tratar) ceñir el contenido de la presente a lo que con respecto a la marina francesa me sugieren mis observaciones prácticas». En consecuencia, Amengual escribió un reportaje —si bien de extensión breve— sobre el potencial naval y mercante de aquella nación, poniéndole en el contexto internacional de las rutas marítimas entonces en explotación por las compañías internacionales. La intención, pues, fue doble, cronísticamente hablando, De un lado, la divulgación; y de otro, elaborar un texto de monografía. No informó nada respecto al tema de la marina francesa, sino que se limitó a hablar de su actualidad, o de actualizarla para los lectores.

Valga la explicación anterior para alertar sobre la naturaleza monográfica que le da cuerpo y tipología a ese reportaje viajero. Una vez más, queda así

¹²³ *El Menorquín*, en dos partes el 1 y el 2 de octubre de 1867, n^{os} 236 y 237.

calificado porque es un texto periodístico de viajes que carece de información o noticia. Sólo hay actualidad, pero actualidad periodística.

Ni los casos de Madrid, cuyo reportaje dedicó particularmente a El Escorial, ni Pernambuco en Brasil ni Matamoros en México ofrecen particularidad cronística alguna. Son reportajes geográficos más o menos extensos.

Sobre Madrid, hizo una combinación de descripción de la ruta y, acto seguido, sobre el panorama de la ciudad que descubría. Como una guía de trotamundos, Amengual detalló el itinerario ferroviario entre Barcelona y Madrid, vía Zaragoza, los horarios de las etapas del trayecto y los descansos en las estaciones. Y luego habló de una capital que le obsequió, nada más llegar, con un cortejo regio que desfilaba por las calles de la ciudad, trayendo de regreso a la reina Isabel II «de un paseo por la Fuente Castellana».

Caso particular es la correspondencia desde Vigo. Amengual se había visto obligado, por razones de política sanitaria española, a recalar con su barco en el lazareto de cuarentenas del islote de San Simón, en la ría viguesa. Fue a comienzos de noviembre de 1864¹²⁴. Como enseñanza de su estancia, fue la redacción de un reportaje viajero de intención de denuncia, por el tipo de reglamento y de precios que allí se aplicaban. «No puede llegar a consentir mi razón —escribió en el nudo principal de la correspondencia— que se tenga que abonar por cada uno de los tripulantes de un buque los 4 reales diarios de residencia en el lazareto. El artículo de la ley para mí está algo ambiguo». A renglón seguido, el cronista abundó en consideraciones, críticas y en argumentos para rechazar otros detalles reglamentaristas. Describió el lazareto sanitario en su estructura departamental y de servicios y acabó desgranando una previsión de afluencia de embarcaciones para la temporada. En consecuencia, estamos ante un reportaje viajero de escaso contenido geográfico, para descubrir, en realidad, un reportaje de materia monográfica de los que Belenguer denomina ‘de denuncia’, desde el punto

¹²⁴ *El Diario de Menorca*, 27-11-1864, nº 1837.

de vista de la tipología pragmática. Es, además, un texto periodístico de evidente tono argumentativo (con el acento periodístico en el ‘qué’, ‘por qué’ y ‘cómo’), pero sin perder una naturaleza de especialización por el asunto que analiza.

Mucho más elaborados y extensos, en cambio, son los reportajes de la cubana localidad de Cienfuegos, Boston, Washington y la Habana, una ciudad por la cual sentía gran estima debido a las repetidas visitas llevadas a cabo a lo largo de su carrera marinera.

De Cienfuegos, en donde se hallaba el 14 de mayo de 1864¹²⁵, trazó un panorama geográfico completo: situación, orígenes históricos, riqueza mercantil y económica, detalles de su diseño urbano, etcétera. Es importante un detalle de buen reportero. Amengual revelaba en su relato descriptivo que «he tenido el gusto de visitar una de esas fincas [ingenios azucareros], propiedad de un rico compatriota bastante conocido en Mahón por haber coadyuvado con su peculio a la realización de alguna empresa». No lo nombra, pero sabemos con absoluta certeza que se trata de la figura de Pedro José Taltavull García, que amasó una fortuna espectacular en aquellas tierras, para luego trasladar su residencia a Barcelona, donde una hija suya contrajo matrimonio con un descendiente de otro rico azucarero de la misma zona de Cienfuegos, los Goytisolo. En tres generaciones, de ese lazo nacerán los tres escritores José Agustín, Juan y Luis Goytisolo, de tanto prestigio literario en nuestros días —y un reportero geográfico en el caso de Juan.

Y ello no obstante, no podemos eludirlo. La visita que menciona tuvo, a nuestro juicio, una resolución periodística insatisfactoria. No cayó en la cuenta (o, siendo benévolo, no tuvo *maniobra*) para entrevistarse con intención periodística con el propietario menorquín del ingenio: describir su negocio, dar cuenta de los datos económicos de rentabilidad y producción; explicar la mano de obra y la tecnología extractiva del azúcar; y, en suma, hacer acopio de la variedad potencial de elementos a que

¹²⁵ *Ibidem* anterior, 28-6-1864, nº 1708.

hubiese dado lugar para confeccionar un reportaje más rico. O para recoger una entrevista de uso indirecto como reportaje de citas, y, en general, los ingredientes del periodismo moderno que hubiesen revestido valor para los lectores de la isla de Menorca.

Al milímetro, diríamos, del proceder con la ciudad de Cienfuegos, Amengual aplicó el mismo estándar redaccional en su visita a Boston, la capital norteamericana de Massachusetts, el 9 de marzo de 1862¹²⁶. Bosquejó una descripción general de la ciudad, sus calles y edificios, y del aspecto helado de una ciudad todavía bajo el hielo del invierno. Ahora bien, es una muy larga correspondencia que, una vez más, no desaprovechó para incluir una batería de asuntos periodísticos de interés informativo nuevo. Extensamente, llenó las últimas columnas con novedades de la guerra de secesión. Por lo tanto, estamos frente a un modelo de reportaje de viajes de tendencia mixta, incluso diríamos que multifuncional y pluritemática. A los contenidos estrictos del reportaje geográfico le agregó una relación en mosaico de noticias de naturaleza diversa, según su habitual gusto cronístico.

Al menos dos veces visitó la capital federal de los Estados Unidos, Washington: en 1867 y 1868. En la primera ocasión¹²⁷ hizo de ella un patrón característico de los textos periodísticos viajeros, si bien no se limitó únicamente a los rasgos de descripción geográfica general. Fue más allá con su predilecto ‘cajón de sastre’ noticiero. Explicó su asistencia a un espectáculo teatral en el que pudo coincidir con los generales Herman y Grant, éste al frente entonces de la cartera ministerial de la Guerra. O bien refirió una constelación de notas informativas breves: la elección de un negro ex esclavo de Jefferson Davis como juez de paz [noticia de rareza]; o la tormenta equinoccional registrada en el golfo de México, entre otras varias.

¹²⁶ Ibídem anterior, 10-4-1862, nº 1037.

¹²⁷ *El Menorquín*, 5-11-1867, nº 266.

Ya en 1868¹²⁸ cuidó todavía más el reportaje geográfico, contando su segunda visita al interior del Capitolio, o el «vistazo» dado a la Casa Blanca, como patrimonio arquitectónico excepcional de la ciudad federal de Washington. Describió también como observador director «la moderna obra del ferrocarril aéreo, o sea suspendido, que vi empezar el año próximo pasado, y me encontré —cuenta— que había abortado (si se permite la frase) a los pocos meses de emprendido, prefiriéndose, según parece, acometer el proyecto de hacerlo subterráneo como el de Londres».

En conclusión, queda suficientemente evidenciado: aquéllas son correspondencias en primera persona relatora, y toda la descripción se desarrolla a través del testimonio del propio cronista. Constituyen modelos de reportaje viajero de situación, o de acontecimiento.

Aunque la riqueza de contenidos es muy alta para el caso de los reportajes geográficos de la Habana, Amengual no varió su esquema. Siguió practicando la tipología viajera clásica. Pero, claro, la riqueza de contenidos en ese reportaje concreto fue voluminosa. Estando parado en la capital cubana sin poder llegar a un Charleston sometido al bloqueo naval, el cronista se animó a dejar escrita su descripción reportajeada de la colonia ultramarina española. Fue el 25 de septiembre de 1861¹²⁹. «Cuando se entra por el Morro (nombre que se da a la punta y fortaleza dominante de la entrada, como si dijéramos la Mola de Mahón) se entusiasma el espectador al ver uno de los mejores puertos del mundo [...], presentando un panorama encantador: a la derecha, la ciudad de la Habana sobre cuyas azoteas no descuella por cierto ningún edificio notable...». Y así continúa el texto, en una clara práctica del reportaje de viajes de morfología geográfica. Hablaba de los muelles, de una Habana como tierra de promisión, de las calles y sus comercios, de los transportes públicos, de la arquitectura de conjunto...; incluso mencionaba la abundancia de prostitución «que se nota en ella que, dicho sea de paso, es objeto que ha llamado ya la atención del municipio, pues parece se va hacer empadronamiento y observancia como rige en

¹²⁸ *Diario de Mahón*, 5-12-1868, nº 231.

¹²⁹ *El Diario de Menorca*, en tres partes del 31 de octubre, 1 y 3 de noviembre de 1861, nºs 901, 902 y 903.

Francia». Se detiene luego en la descripción de otros barrios habaneros en los que se asientan las clases pudientes. Y venimos en conocimiento de su dinamismo reportero, porque menciona la mansión que ocupa el general Serrano, que deseó visitar y recorrer. Se trataba de la quinta de los Molinos «que está junto al paseo de Tacón, poco fuera de la ciudad; y como tiene entrada libre estuve un día a visitarla».

El procedimiento de elaboración del reportaje por medio de la movilización personal aún se hizo más evidente en la segunda entrega del largo reportaje de la Habana. Apareció en el mismo diario al día siguiente, 1 de noviembre. En sus columnas ofreció la crónica interpretada de un acto social que protagonizó la esposa de Francisco Serrano, a la sazón capitán general de Cuba, la señora Antonia Domínguez Borrell y Guevara, condesa de San Antonio; se desplazó a Marianao, una localidad dentro de la misma provincia de la Habana; visitó el Real Colegio de Belén, regido por jesuitas y bajo la dirección del padre Lluch, a quien entrevistó; o asegura que vio «desembarcar del vapor “Isabel la Católica” haciendo el buque los honres de ordenanza, al General Serrano cuando regresó de dicha visita a Santo Domingo, en donde recibió las muestras más expresivas de adhesión y entusiasmo».

Estas correspondencias tan sobresaturadas de notas, noticias y novedades en campos de interés múltiples —como ambicionando no dejarse *nada* ahogado en el tintero— le dan un matiz periodístico que no hay que desdeñar. Consideramos que están desasidas de sus coordenadas temporales en un grado muy alto. En cierto modo, ello repercute en el requisito de su ‘cronos’, que siempre conviene no maltratar a la hora de afrontar textos que quieren ser crónicas —o correspondencias de prensa. Aunque ya sabemos que los textos periodísticos viajeros incurren habitualmente en la paradoja de hacer primar el eje espacial (el lugar o ‘dónde’) muy por encima del eje temporal (el ‘cuándo’), en las macro-correspondencias de Amengual el parámetro del tiempo queda quizás desvanecido en exceso. No importa que, en determinadas singladuras, tuviera el compromiso de remitir cartas por quincenas más o menos

regulares: el resultado final es no poder dilucidar el momento temporal preciso en el que tuvieron lugar los sucesos que refiere.

Por último, en la tercera parte, condensa una cadena de actualidades expuestas al correr de la pluma: el movimiento portuario, el estado de la salud pública, hechos que afectaban al bloqueo americano, el decaimiento del comercio, el aumento de robos y el rastro de daños que habían dejado las tempestades equinocciales en el área del Caribe. En definitiva: tenemos un extensísimo relato viajero que recoge un haz múltiple: reportaje geográfico, reportaje objetivo de notas noticieras, reportaje de acontecimiento y otras variedades.

Nos resta, para cerrar el repaso a los reportajes geográficos, detenernos en la estancia de Amengual en las Filipinas. A pesar de la excepcionalidad del viaje realizado a aquella remotísima zona del globo, adonde no volvería nunca más, sólo redactó seis correspondencias¹³⁰. Parecen pocas, y, encima, no les dio extensión, al contrario de lo común en él. Ninguna de ellas entra de lleno en las de morfología geográfica, aunque pudiera parecer una ocasión perdida, ya que era un tipo de viaje con unas características geográficas que invitaban a un despliegue cronístico.

En rigor, sólo un breve párrafo de la segunda carta (23-9-1869)¹³¹ se asemeja a la modalidad del reportaje geográfico dentro del conjunto epistolar remitido desde aquel archipiélago. El resto es puramente reportaje de viaje noticiero: «Dije en mi anterior que difería para este correo el referir algunas de mis impresiones sobre Manila. Siento decir que las islas Filipinas distan mucho de corresponder en su aspecto a lo que concibiera mi imaginación. Bien es verdad que el desastroso terremoto del 63 y los devastadores incendios de que ha sido teatro esta ciudad, la han sumido en

¹³⁰ Suponemos en este caso, como en toda la colección de Amengual, que ninguna correspondencia de las redactadas quedó sin publicar realmente; que ninguna se perdió en los vericuetos del camino y que ninguna fue despreciada por los diarios a los que iban dirigidas.

¹³¹ Advertimos un detalle nada fútil. Esta primera carta filipina, en realidad, fue la última en aparecer en las páginas de *El Menorquín*. Suponemos, razonablemente, que debió de padecer problemas en el traslado postal hasta Menorca. El propio periódico, al darla a la luz, advirtió: «Aunque de fecha algo atrasada y a falta de noticias de notable interés, publicamos la siguiente Correspondencia Particular» (14-12-1869, nº 113).

el deplorable estado en que se halla respecto principalmente a edificios públicos, los cuales permanecen sin edificar a causa de la penuria que aquí como en la madre patria atraviesa el tesoro público». Explicado lo cual, el corresponsal pasa a desgranar su siempre predilecta correspondencia de abundancia de novedades informativas.

La primera carta (que no especifica fecha de redacción, pero publicada en *El Menorquín* el 30-11-1869, nº 102), fue, de hecho, un relato de itinerario, construido según la habitual estructura que describe el ‘cronos’ de un trayecto, en este caso marítimo, entre Liverpool (punto desde el que zapó su fragata «Pedro Plandolit» a finales de abril) y la llegada a la bahía de Manila el 31 de agosto, en 119 días de navegación. Luego aportó algunos datos sobre la hora comercial de la isla que encontró allí y, en definitiva, anunció que iba a dejar «para otro correo el referir mis impresiones sobre la capital de nuestras posesiones en esta parte de Asia». Lo cumplió, como sabemos, con la estrechez que queda ya dicha.

Sucesos de la máxima gravedad, inesperados y alarmantes, acabarían impidiendo al corresponsal la confección del anunciado texto geográfico sobre las islas lejanas. Como ya se ha reflejado en otro lugar, la tercera carta filipina (3 de octubre de 1869¹³²) hubo de verse enfocada como correspondencia informativa y urgente, porque la zona de Manila padeció un terremoto el día 1 de ese mes. Amengual, no sólo se apresuró a buscar un vapor correo que le adelantase el envío de la noticia a España cuanto antes, sino que, de la *inscriptio* a la firma, la llenó con un relato de hechos, en forma de repercusiones causadas por el movimiento sísmico. Tampoco pudo abordar el reportaje geográfico en la cuarta carta, del 12 de octubre. De nuevo la hilvanó con los últimos ecos públicos del terremoto, por más que «el susto de nuevos terremotos ha pasado ya [...]». El resto de contenidos, en cambio, los reservó a hablar de asuntos comerciales, del negocio de la compra y venta de productos mercantiles y, en definitiva, a tratar un campo en el que el corresponsal era un verdadero experto como capitán mercante.

¹³² *El Menorquín*, 28-11-1869, nº 101.

Es así como nos situamos ante el cronista corresponsal especialista, el que urdió unas cartas de temática monográfica. No las hay, sin embargo, con carácter de asunto exclusivo y extenso. No hubiese sido coherente con el Amengual de largos repertorios de informaciones en mosaico. De ahí que, en realidad, toda la cronística completa, de principio a fin, se vea sembrada de contenidos económicos, comerciales, de movimiento de los mercados y sobre las cotizaciones de los productos de exportación, y de la actividad mercantil que se registraba en los puertos, etcétera. Hay una causa de doble cara. Por un lado, porque el cronista, de hecho, era un negociante que surcaba los mares para comprar y vender en nombre de la compañía naviera a la que servía; y, por ello mismo, sus ojos viajeros se posaban principalmente en aquellos asuntos. Y por el otro lado, porque también sabía muy bien que era leído en una ciudad de Mahón que estaba entregada, entonces, a su condición portuaria, fuertemente abocada al desarrollo de los puertos comerciales con verdadero peso económico. Escribía, periodísticamente, para ser leído en el seno mismo de la puerta comercial de la isla de Menorca de aquellos años.

Sin duda, las crónicas o reportajes viajeros de carácter geográfico constituyen, en la mayoría de los autores periodísticos que los cultivan, la modalidad predilecta. Se sitúa en la médula del subgénero cronístico. De hecho, es la modalidad por antonomasia, no sólo del periodismo de viajes (o relato de viajes, en la expresión que ya tenemos acuñada en esta tesis [RDV]), sino que se ha mantenido también constante y vivísima en la literatura de viajes [LDV]. Puesto que el hecho viajero entraña siempre la asunción del lugar al que se viaja (deviene inevitablemente una asimilación geográfica), que sus consecuencias textuales se saturan de contenidos geográficos resulta insoslayable. De ahí que, temáticamente, represente los contenidos más importantes y más universalmente extendidos en la crónica de viajes de todas las épocas.

Nos parece, de hecho, que el periodismo viajero, aplicado sobre el campo de las descripciones geográficas, es una forma evolutiva de derivación de la literatura de viajes (científica y ficcional) que tan en boga estuvo a lo largo

del siglo XIX. Si es exacto que el ochocientos fue una centuria riquísima en la proliferación de viajeros literarios y científicos que acabaron llenando libros y más libros con estudios geográficos del máximo interés, pensamos que en el mismo período no le fue a la zaga una variante: el periodismo de viajes. Caminaron, si no de la mano, sí en paralelo, adquiriendo una maduración muy sólida. Quizá algunos estudiosos alegarán que fue una modalidad de ‘tono menor’, vistas las valiosas obras de investigación y de exploraciones científicas de la geografía del globo que se produjeron en esa etapa de la historia. Pero habrá que juzgarlo con todo el enorme peso específico que llegó a acumular. El espíritu viajero del hombre del XIX (primero llevado por las alas del romanticismo y después por las del realismo) innovó para el periodismo la práctica de unas modalidades de primer orden. Fortalecieron la profesión periodística y ayudaron al robustecimiento de las teorías de la Periodística como disciplina.

A su vez, la ubérrima literatura científica de viajes del XIX (también la ficcional), hay que juzgarla como heredera de la periégesis clásica. Y así, creemos que el periodismo viajero del diecinueve (en el que reside la raíz del periodismo moderno) cabe denominarlo la periégesis de su época, puesta ahora en una nueva clave retórica (o de codificación de mensajes): la prensa escrita.

Ya hemos visto en la primera parte de este estudio que la periégesis fue aquel género literario de gran desarrollo en el período helenístico. Consistía, en manos de los autores clásicos de Grecia, en una descripción de un itinerario geográfico, en el curso de la cual se recogía información sobre la historia, los pueblos, los individuos, las costumbres e, incluso, la mitología de los lugares por los que se atravesaba. En lo posible, se transmitía (como luego harán los geógrafos científicos contemporáneos y, claro, los periodistas) la experiencia directa del autor. La periégesis es considerada un antecesor de la literatura de viajes, al tiempo que ésta sirvió de torrentera para la aparición y afluencia del relato de viajes en la acepción periodística.

CAPÍTULO XX

QUINTO ANÁLISIS PERIODÍSTICO.

LOS GÉNEROS EN AMENGUAL: CRÓNICA DE EXPERTO Y CRÓNICA DE ITINERARIO

20.1. LA CRÓNICA COMO ESPECIALIDAD TEMÁTICA

CUANDO se habla de crónica de experto hemos de entender, sustancialmente, la que es producto de una especialidad, así la desarrolle un cronista en una Redacción o un cronista viajero. En ella, lo que importa a la hora de determinarla, no es el lugar, sino la materia que trata. Es decir: la línea argumental hace primar la naturaleza de los contenidos muy por encima de la localización geográfica de los mismos, que sólo adquieren un valor secundario menor.

Si, como ha querido Llorenç Gomis (1987: 307), el periodismo moderno supone el despliegue de uno o más métodos de interpretación sucesiva y regular de la realidad social circundante, la crónica, claro, se erige en uno de sus métodos más característicos. Es aquel método que, por su naturaleza estilística y su cuajo como género, combina un resultado que presenta haz y envés indisolubles. De un lado, da respuesta a ‘qué ha pasado’; y de otro, ‘cómo puede entenderse lo que ha pasado’. Si el primer nivel (el haz de la ecuación) es la noticia, el segundo (su envés) recae ya, inevitablemente, en los parámetros de la interpretación y/o la opinión. Diremos que es crónica, en puridad, si al haz del ‘qué’ se le imbrica un envés interpretativo en el ‘cómo’ y en el ‘por qué’ sin invadir el terreno de la opinión pura. Sólo así habremos asegurado la salvaguarda de dos de los elementos constitutivos propios del género: aquellos que no comparte con ningún otro género en la familia, o grupo, de la interpretación periodística. Pero tampoco con las otras dos familias, la informativa ‘seca’ y la de la extensa gama de la opinión.

Si damos por buena la anterior digresión, la crónica de experto sería aquella que ‘notifica’ y ‘comenta’ indisolublemente hechos relacionados con una especialidad temática. Ahí es donde se han formado para la historia del periodismo las modalidades clásicas de la cronística común y, diríamos, universal: taurina, negra, deportiva, del corazón, viajera, parlamentaria, económica..., y así un dilatadísimo etcétera que ha ido *in crescendo* a medida que el periodismo de nuestros días se ha profesionalizado más y más. Y, a sus expensas, han ido surgido infinitos campos de la realidad social que se han visto ‘convertidos’ en nuevos registros periodísticos.

Amengual, en su vasta producción de ciento veintitrés crónicas para la prensa del ochocientos, fue ya, en los años sesenta de ese siglo, un referente de la cronística de experto. Hoy así debemos entenderlo: un corresponsal que supo pulsar diversas teclas del complejo piano de la cronística viajera cuando ésta se hallaba todavía en sus primeros estadios evolutivos dentro del periodismo español.

Como veremos, en su condición primigenia de capitán de la marina mercante catalana, hubo de prestar una atención muy viva a la actualidad económico-mercantil y a la portuaria. Fue en esos campos en los que hemos de atribuirle ese rasgo de cronista experto. Por su condición de piloto marítimo, desarrolló semejante especialidad a la estela de su largo historial viajero.

Ahora bien: la crónica de experto puede ser practicada, o bien como periodismo de Redacción (fijo y estable en el mismo punto en que se hace la edición del medio al que se sirve), o bien puede ser volante, como nos demuestra Amengual. En este caso, el cronista, por medio de los viajes, hace un seguimiento de determinadas áreas de información especializada: cronista de guerra, cronista deportivo, cronista taurino, cronista de viajes (en especial, la de morfología geográfica) o ‘cronista mercantil y portuario’, que es la que encaja en la figura del corresponsal marino de Menorca.

Insertado en una modalidad de reportaje viajero plurinoticioso (como ya sabemos, el estándar frecuente en la cronística de Amengual), encontramos información de mercados, de cambio y cotizaciones, de compras y ventas, etcétera, en la práctica totalidad de los textos que de él nos han quedado en las hemerotecas. La característica se repite también en el tema de la actualidad portuaria, pues, con una constancia fidelísima, gustaba de relacionar las embarcaciones que encontraba en sus recaladas internacionales. Daba cuenta de ellas por nacionalidades y, a su vez, detallaba si eran mercantes o de las marinas de guerra. No es ya que él cultivara una mentalidad naviera y marítima y que centrara sus atentos ojos al mundo comercial por deberes profesionales, sino que, al mismo tiempo, sabía que sus correspondencias iban dirigidas a un público (el mahonés) que estaba volcado en la economía portuaria como clave de la estructura económica menorquina que imperaba entonces. La coherencia profunda de sus textos, pues, cumplía la regla de oro de la comunicación social: cifrar mensajes expresamente codificados para el interés de *su* receptor, o que den satisfacción al interés del receptor. Y, en efecto, Amengual siempre buscó esa ‘sintonía’ de sus mensajes con la apetencia del destinatario. Valga el caso de la correspondencia de Liverpool, del 21 de febrero de 1862¹³³.

El cronista acababa de poner pie a tierra en los muelles de aquella populosa ciudad sobre el estuario del río Merley, segundo puerto de exportación del Reino Unido. Lo que parecían unas primeras líneas de correspondencia geográfica al uso, se orientó enseguida hacia otra de experto económico. Y, además, satisfizo una cierta ‘dimensión’ menorquina. Así la arrancaba:

«Esta población de unas 600.000 almas, no encierra edificios memorables, pero en el movimiento comercial compite con Londres y Nueva York. Tiene nada menos que unos 30 *docks* (especie de dársenas cerradas como un dique), en cuya aguas (siempre a un nivel, porque estancadas no están sujetas a las grandes mareas del río) flotan actualmente más de 700 buques entre grandes y chicos, advirtiéndome que a causa de la guerra civil del Norte América no está ahora del todo concurrido».

¹³³ *El Diario de Menorca*, 6-3-1862, nº 1007. Mientras no se diga lo contrario, las citas que se reproducen, le pertenecen.

Tras dejar delimitado el enfoque que quería dar a su crónica, Amengual se expande en una detallada explicación (descripción, en el sentido periodístico y retórico de las crónicas de tratamiento informativo) sobre el poder portuario y de negocio mercantil de la ciudad. La correspondencia, por ello, se hace muy documentada con datos y cifras. Incluso aporta un cuadro comparativo de las existencias de algodón que se almacenaban en aquella plaza comercial, según las calidades y los países cosechadores, entre los años 1861 y 1862. Menciona los algodones americano, egipcio, brasileño y de Surat (una ciudad del Estado indio de Gujarat), entre otras clases; y los describe por el número de balas disponibles. De ahí, deduce luego la balanza comercial de la coyuntura del momento del que habla: «De manera que arrojan estas sumas un déficit de 310.260 balas. El término medio de las ventas semanales este año —insiste— y las del pasado son: de algodón americano, 9.700 en 1862, y 32.200 balas en 1861; y comprendidas todas las procedencias: 9.700 en 1862 y 37.500 en 1861. [...] Se ve, pues, que a pesar de estar paradas muchas fábricas, no hay algodón americano sino hasta fin de junio, a menos (como se cree se hará) se inclinen más las fábricas a gastar del de la India (el llamado Surat) y las que no puedan adaptarlo en sus máquinas vayan parando sus trabajos, porque los precios que rigen espantan a todos. Hoy se cotiza, con el mercado firme y tendencias de alza, la clase Middling, propia para España, a 13 dineros, y el año pasado a igual fecha era su precio 6 con 7/8 dineros».

Hagamos notar los elementos de retórica cronística que descuellan en la transcripción anterior:

- Es informativa-explicativa, sobre el estado del mercado internacional del algodón, clave entonces para las nacientes industrias textiles. Encierra una carga evidente de novedad periodística. Aunque no hay una noticia en sentido medular, sí hay actualidad informativa sobre la materia algodонера.
- Presenta también interpretación económica de los datos aportados, y el corresponsal hace prospección de cómo podía evolucionar el trabajo en las fábricas en un futuro inmediato. Además, comenta

otras expectativas a tenor de la guerra americana, que estaba en el núcleo del problema mercantil del algodón internacional esos años.

- Está basada en el aporte de datos, lo que equivale a la ampliación de los elementos objetivos de una noticia.
- Es, en conclusión, información: una crónica viajera de experto, interpretada y ampliada documentalmente.

Amengual completa su correspondencia dando una descripción de los muelles (*docks*), sus nombres y sus capacidades de amarre. E informa de las previsiones del gobierno británico en relación a las construcciones navales que tenía en cartera. Agrega luego un comentario, al filo entre la interpretación y la opinión directa: «No puedo menos de elogiar a los ingleses, porque miran con suma predilección cuanto atañe a la seguridad de los navegantes. Antes de ayer, el almirante de estación en estas costas [abre contenido informativo] dio aviso por el telégrafo a todos los puertos que amenazaba temporal de cierto viento, y este parte se comunicó a los marinos por medio de señales que se izan en parajes visibles. Así se hace siempre, y de este modo se evitan muchas desgracias».

La adecuación milimétrica a la isla de Menorca del mensaje que entraña la correspondencia de Liverpool se evidencia con la siguiente referencia. En el segundo párrafo leemos:

«Esta plaza comercial, ya sabrá Vd., es el gran depósito de algodón, lanage éste que se ha hecho nombrar de boca en boca por estar a consecuencia de la guerra sitiado en sus mercados más productores; y considerado la importancia con que se mira este artículo hoy, aun para los retraídos habitantes de esa isla a motivo de ocupar un lugar preferente en sus intereses la fábrica de hilados Industria Mahonesa, he creído bien darle, aunque sea en compendio el estado del mercado hoy».

Como todo género periodístico que se aplique con solvencia profesional, el redactor corresponsal mira de asegurar un plus de interés y de apetencia hacia la información, al buscarle la perspectiva genuina de los lectores a quienes se dirige. Amengual, aquí, no puede ser más moderno. Por ende, se asegura la máxima actualidad de los datos del mercado algodonero; y, como ya hemos consignado, transcribirá la estadística de los depósitos de

balas que se recontaban en los almacenes de Liverpool, con sus precios de oscilación en el mercado. Debe tenerse presente que desde 1856 funcionaba en el puerto de Mahón una fábrica textil, «Industria Mahonesa», que supuso la creación del primer ensayo fabril de producción capitalista en la historia económica de Menorca. Naturalmente, era una empresa consumidora de algodón para tejer sus paños, en especial el afamado ‘tejido azul Mahón’. Que Amengual allegara hasta la isla información y datos del mercado internacional del algodón, entrañaba una idoneidad periodística evidente en relación a sus receptores periodísticos de Menorca.

Pero anotamos todavía nuevas consideraciones. Hemos de convenir que Amengual fue un cronista cuidadoso. Si bien abundaban en sus textos de experto económico las noticias y la documentación sobre productos que provenían del sector primario de la economía (agrícolas), no fue negligente con otros sectores en alza, como el industrial. Él mismo nos lo dice en su correspondencia desde Nueva Orleans del 8 de diciembre de 1871¹³⁴: «He querido tocar algo sobre la materia estadística de cereales en obsequio de una parte de mis lectores y amigos de Mahón, ya que en otras de mis anteriores creo tener apuntado lo de interés para las clases industriales y mercantiles». En efecto, el sector del calzado, entonces en expansión en Menorca, fue atendido con especial detalle por el corresponsal, ya que los menorquines tenían en Cuba al principal comprador de su producción: «El calzado (que es lo que más directamente afecta los intereses de mis paisanos) siento decir se halla sumamente abatido en estos momentos, porque se supone que viene mucho, tanto con el vapor correo (que acaba de llegar) como en el “Castilla” que está por llegar, pues lleva ya 23 día de navegación» [Crónica de la Habana, 3-1-1871, publicada en *El Menorquín*, 10-2-1871, nº 470].

En alguna correspondencia anterior, había llegado al punto de recoger información de carácter útil para aconsejar a los fabricantes de calzado. También desde la Habana, el 12 de enero de 1869, formó una carta corresponsal con un auténtico informe para el sector manufacturero¹³⁵:

¹³⁴ *El Constitucional*, 9-1-1872, nº 247.

¹³⁵ *Diario de Mahón*, 11-2-1869, nº 283.

«Cumpliendo con la oferta que hice a Vd. en la carta del 30 de diciembre último, remito a Vd. un estado del calzado que durante un año se ha importado en ésta. Creo que será de alguna utilidad a no pocos habitantes de Mahón. Como podrá Vd. ver se eleva a la exorbitante suma de 3488 bultos, cantidad muy superior al consumo».

Como cabe interpretar, el informe parece que venía como documento adjunto a la correspondencia propiamente dicha, aunque no fue reproducida como cuadro, y menos aún en infografía a la manera en que sí lo habría hecho el periodismo de nuestros días. No importa. Sirve, en cambio, para subrayar en lo que vale ese comportamiento de corresponsal informativo que Amengual aspiró a ser por encima de todas las cosas. En este caso, llegó al extremo de ponerle un corolario a su carta que, deseando actuar de resumen final a la misma, en realidad supuso la elaboración —claro, sin conciencia aún de ello— de un sumario de titulares:

«Resumiré todo lo dicho sobre calzado en pocas palabras con el objeto de que se fijen bien, y estoy seguro que siguiendo mis indicaciones no tendrán de qué arrepentirse: Disminuir un 25 por 100 en sus remesas. Dar otra forma más elegante al calzado. Pedir muestras a sus corresponsales de ésta. Mejorar la mano de obra todo lo posible» [Ibídem anterior].

Nos parece más que probable que semejante informe hubiese podido ser recabado por su parte como un perfecto reportero moderno. Bien es verdad que omite las fuentes, y no podemos llevar la valoración hasta sus últimas consecuencias respecto del periodismo que llevaba a cabo. Pero hemos de insistir: Amengual fue un cronista diligente y movilizado, siempre dispuesto a corroborar los hechos a través de su papel de testigo. Las pruebas periodísticas que aportó desde Charleston, la Habana o, antes, Liverpool nos parecen claras.

A nuestro juicio, un cronista experto económico de nuestros días que hubiese recibido el encargo, por ejemplo, de desplazarse a la ciudad británica de Liverpool, como hizo Amengual, para informar sobre el mercado algodónero y la coyuntura derivada de la parálisis norteamericana por la guerra civil no informaría mejor, desde el punto de vista estructural de sus crónicas. Seguramente, claro, le añadiría declaraciones, o redactaría

una crónica que se nutriera, además, con párrafos de citas. Es quizá lo *único* que le faltó a Amengual para parecernos francamente moderno, un cronista actual. Pero hay que recordar que, en el periodismo de Menorca y de España, el recurso a la entrevista, así en su modalidad de reportaje de citas, como el concebido como instrumento técnico para recabar información y atribuirlo a fuentes autorizadas, son prácticas que todavía estaban muy lejos en el tiempo.

Otras cuatro correspondencias de experto se detectan en la colección del viajero menorquín. En todos los casos, como ya se ha dicho, abordan asuntos mercantiles, unas; y portuarios, otras. Por orden cronológico fueron: Para el diario español de Nueva York *El Cronista*, la primera, desde Charleston el 6 de octubre de 1867¹³⁶, dedicada a dar una prolija información y abundantes datos sobre precios de productos sometidos al comercio mercante. La segunda también salió de Charleston, con fecha del 29 de diciembre de 1868¹³⁷, poniendo el acento en el gravoso problema portuario del *derecho de tonelada*, de suerte que el autor compuso un reportaje de denuncia. La tercera, de nuevo para *El Cronista*, emitida desde aquella ciudad sureña el 1 de enero de 1869¹³⁸, que otra vez removía aquel terrible derecho. Y la cuarta, desde Nueva Orleans¹³⁹ del 11 de octubre de 1871, también fue pensada y remitida al periódico de su entrañable amigo ferrolano José Ferrer de Couto (1820-1877). Contiene una combinación de reportaje económico sobre precios de mercancías, en su primera mitad; y sobre la exigencia de abolir el derecho diferencial de bandera.

Nos conviene, en este punto, un inciso para que nuestra explicación resulte comprensible.

Al fallecer el propietario y director de *La Crónica* de Nueva York, como periódico defensor de los intereses españoles en los Estados Unidos, le encargaron a Ferrer de Couto, militar ilustrado, hacerse cargo de la

¹³⁶ *El Menorquín*, 8-11-1867, nº 269.

¹³⁷ *Diario de Mahón*, 23-1-1869, nº 268.

¹³⁸ *Ibidem* anterior, 9-2-1869, nº 281.

¹³⁹ *El Constitucional*, 19-11-1871, nº 208.

dirección. Fue en el año 1863. Pero, en realidad, prefirió fundar y editar una cabecera *ex novo*. La tituló *El Cronista de Nueva York*. Como émulo del anterior periódico, también actuó como plataforma de prensa para denunciar las piraterías que cometían los barcos norteamericanos contra las repúblicas hispanoamericanas y contra las islas españolas de aquella área geográfica. Varias veces salió en auxilio de la labor del embajador en aquella nación, el sevillano Gabriel García Tassara, visto por la opinión pública norteamericana como persona poco amiga de los *yankees*. En la línea de paliar las mentiras envenenadas de la prensa local contra intereses españoles, el diario se dedicó a desentrañarlas y combatirlas. Además pugnó contra los independentistas cubanos que se hallaban refugiados en el norte del continente a raíz de la Guerra de los Diez Años en la Gran Antilla, hasta el punto que Ferrer de Couto, en una ocasión, fue asaltado por un grupo de individuos que lo sometieron a una encerrona callejera en la que temió por su vida.

Desde Nueva York, el 27 de septiembre de 1867, el corresponsal marino confirmaba los detalles que quedan explicados:

«*La Crónica*, diario español que tantos años hace se publicaba en esta ciudad ha sido refundido en *El Cronista*, a causa de la muerte de su propietario, cuya sucesión no se ha querido reconocer y está pleiteándose. Su director, el distinguido publicista Sr. Ferrer de Couto, con quien me liga una buena amistad, sigue, pues, defendiendo los intereses españoles en esta parte de la América» [Publicado en *El Menorquín*, 22-10-1867, nº 254].

En consecuencia, *El Cronista*, a los ojos de Amengual, constituía una plataforma adecuada, perfectamente estratégica, para cierta crónica de corresponsal: la de los reportajes viajeros de crítica y denuncia, enmarcados en el grupo de las correspondencias de trasfondo económico. Con ese destinatario periodístico, se aseguraba que su denuncia circulaba en el corazón mismo en el que el problema era padecido. En aquellas páginas tenía la seguridad de poder ser leído por las autoridades afectadas. Llevar la crítica fuera de los puertos norteamericanos —de la opinión pública de aquella región—, dejaba la crónica en mero acto testimonial. De la otra forma, era algo así como el martillo para el clavo.

Belenguer, al tratar de la tipología pragmática de las crónicas de viaje, teoriza sobre el ‘reportaje de intención de denuncia’. Al respecto, dice que, en nuestros días, «esta característica es más frecuente de lo que en principio se podía prever, al abordar el periodismo de viajes. Requiere también del género del reportaje de interpretación y se suele mover en los terrenos temáticos de la sociedad, la etnografía y el medio ambiente» (2002: 158).

Convendrá, no obstante, agregarle un nuevo campo: el que atañe a las políticas portuarias internacionales en los años en que Amengual navegaba por los puertos de Norteamérica. Sí, las correspondencias que cuidó de enviar a la redacción de *El Cronista de Nueva York* nos ofrecen reportajes de interpretación que buscaban denunciar y combatir determinadas ordenanzas portuarias practicadas sobre los buques mercantes españoles que merodeaban aquellas costas. Y, obviamente, que producían daños insostenibles a los armadores.

Fueron cuatro años, entre 1867 y 1871, y tres correspondencias de denuncia plena.

Para estos ejemplos, las corresponsalías se transforman en unos relatos de acontecimiento (un *fact story*) que narra con muchos datos numéricos y con un armazón argumentativo que descargan su mensaje en el ‘qué’, el ‘por qué’ y el ‘cómo’. El resto de ítems de sumario son puramente superfluos, o quedan implícitos sin apenas valor informativo. La estructura redaccional de este tipo de relatos cronísticos, sin descansar sobre una noticia (una novedad estricta), se basan en una realidad actual y vigente que se pretende rebatir. Es por ello que el relato se aproxima mucho más a la opinión que a la información; incluso que a la interpretación noticiosa. Parte, eso sí, de una exposición de hechos actuales y actualizados, que, acto continuo, se someten al parecer y a la crítica del corresponsal. He aquí una muestra elocuente:

«Hasta hoy se había llenado este requisito [dar una fianza del doble de la cantidad que asciende el valor del buque y su cargamento] por mera fórmula; esto es, firmando el consignatario la correspondiente fianza sin presentar responsabilidad material; mas

ahora se ha prevenido que es menester que los fiadores juren poseer en bienes raíces libres de toda carga por el valor a que se comprometen, lo cual es poco menos que imposible. En la citada fragata “Pedro Plandolit” se eleva a más de un millón de pesos la suma que se ha de afianzar [narración de hechos]. Por supuesto que se ha hecho ya una exposición clamando contra tal medida, pero es menester que nuestro Gobierno atienda a destruir tantas y tan enojosas trabas y perjuicios que sufre el comercio español por estos mundos. Sin el recargo de 10 por 100 en los derechos de importación con bandera española, lo cual hace que rarísima vez pueda uno de nuestros buques conducir cargamento alguno a este país desde la isla de Cuba y Puerto-Rico, se agrava a nuestra bandera con crecidos derechos de toneladas» [Crónica de Charleston, 29-12-1868].

Volvería Amengual a la carga el 1 de enero del año siguiente, en 1869, aprovechando que «se ha venido a remover en Charleston la fórmula de extender la consabida fianza y la cuestión de los derechos de toneladas». Su resultado cronístico, desde una faceta preceptiva, mantuvo las mismas características de correspondencia argumentativa, acumulación de datos numéricos como aporte de objetividad al relato, y un saldo opinativo muy remarcable:

«De esperar es que el gobierno americano sabrá reconocer las tendencias librecambistas de Madrid, para anular, cual lo advierte el cónsul de Charleston, la repetida acta. Por mi parte [el propio redactor emerge como mantenedor de una opinión en primera persona], como he tenido ocasión de apreciar las buenas dotes que adornan al señor Goñi, confío mucho en este funcionario para el logro de tal objetivo; a lo menos en la parte de remedio que no admite dilación; a no ser que se quiera hacer sufrir a los buques españoles tan engorrosas medidas, que se les prive de recalar a estos puertos, lo cual provocaría el derecho de retorsión. Respecto al derecho sobre toneladas, gracias podemos dar de que el gobierno americano se haya decidido a investigar la anomalía y arbitrariedad que hace algún tiempo está reinando en la percepción de este impuesto marítimo, a fin de ajustarlo a sus merecidos límites» [Crónica de Charleston, 1-1-1869, publicada en el *Diario de Mahón*, 9-2-1869, nº 281].

El, digamos, remolino de opinión que le despiertan las crónicas de denuncia, llega en Amengual a producir un cierto acto reflejo de doctrinarismo periodístico, si vale la expresión. El 11 de octubre de 1871, de nuevo llenaba las columnas de *El Cronista* a propósito del penoso sacrificio del derecho de toneladas para los barcos españoles en carga y descarga en puertos norteamericanos. Además de exponer el problema y de

argumentar su postura de rechazo, llegaba a apelar al director de la publicación para que el periódico se erigiese en foco de bandería en la lucha que había planteada. Sí, pedía un comportamiento análogo al que dispensaban los diarios ideológicos más puros del momento en el campo político. Véase si no:

«Creo, Sr. Director, que ningún periódico mejor que *El Cronista* puede iniciar la cruzada periodística que ha llegado el caso de emprender para conseguir la justa reciprocidad que a la bandera española ha de conceder el gobierno americano desde que el de España, perseverando en su marcha librecambista, está a punto de abolir por completo el derecho diferencial de bandera. Entrando el algodón en rama en tan radical sistema y siendo el único artículo de algún valor que los buques españoles les es dado venir a cargar para España en los puertos de la Unión americana [...], favorecidos hasta ahora del recargo proteccionista, resulta que una vez anulada esta protección, y pretendiendo tener por base de su legislación internacional el gobierno de Washington una estricta reciprocidad, cosa que ha tenido empero y tiene mal aplicada, preciso, es indispensable, que levante la prensa encargada de velar por los intereses materiales de nuestros compatriotas, un incesante clamoreo, ilustrando la materia en apoyo de las vías diplomáticas» [Crónica de Nueva Orleans, 11-10-1871, publicada en *El Constitucional*, 19-11-1871, nº 208].

En efecto, la correspondencia periodística, ahora, y para el caso de que se trata, se transforma para Amengual en un arma de agitación y de protesta, aliada del cuerpo diplomático. Pero, en cambio, nada reivindica de la naturaleza primigenia del periodismo a informar, a interpretar y opinar, sin caer en “guerras de banderías” portuarias, por más que sean de signo nacional español frente a una potencia extranjera que lesiona los derechos mercantes de países extranjeros.

20. 2. LA CRÓNICA DE ITINERARIO

Como tantas veces, las civilizaciones de la Grecia y la Roma clásicas nos ilustran con antecedentes milenarios sobre modalidades textuales que se han visto trasplantadas a las culturas europeas contemporáneas. Lo que hemos de definir como crónica viajera de itinerario, o de ruta, halla en la obra de Jenofonte un espejo en el que reflejarse. Su universalmente conocido *Anábasis* supone un prototipo primigenio de los textos viajeros de itinerario.

La *Anábasis* es un admirable relato sobre las aventuras de Jenofonte como integrante de la expedición de mercenarios griegos reclutados para ayudar a Ciro el Joven, cuando aspiraba al trono que ocupaba su hermano Artajerjes. Abundan en él los pormenores geográficos y etnográficos, así como el detalle de las cuestiones militares, todo ello escrito con gran naturalidad a través de sus propias experiencias. Incluso adquiere un ritmo narrativo en función del ‘cronos’ que desarrolla el relato. No es una periégesis porque su elemento singular, aun conteniéndolo, no es la descripción geográfica del viaje, sino el desarrollo del viaje en sí mismo y su despliegue sobre la coordenada del tiempo. Si en la periégesis el elemento espacial es sustantivo, y se ordena sobre los principios retóricos de la descripción, en un texto de tipo *anábasis* lo dominante es la secuencia diacrónica del viaje, con la carga de sus incidencias. Esto es: elaborado con la concurrencia de la acción y la narración. Sin ser derivaciones directas de una *anábasis*, formas textuales modernas y contemporáneas son la compleja multiplicación y sus variantes modales de los diarios y dietarios, empezando en los cuadernos de viaje y los cuadernos de bitácora, hasta llegar a obras memorialísticas complejas. En esa densa gama de tipos, no se describe tanto como se consignan hechos, datos, acontecimientos, etc., que se abren a la narración de acciones.

Nos sirve lo anterior, una vez más, para la verificación siempre presente en esta tesis (implícita o explícita) de que la cronística en el campo del periodismo, con ser genuina y haber aportado al oficio una fortaleza y una cualidad textual extraordinarias, va más allá de la estricta preceptiva periodística. En un momento u otro, nos invaden los ecos de sus raíces historiográficas y literarias, como géneros que son, en el tiempo, muy anteriores al periodismo moderno.

Desde el punto de vista de la mentalidad, es muy fácil que ciertas personalidades como Amengual (por formación y vocación, marinero) se adentren con suma facilidad en el campo textual de los dietarios y su prolija tipología de la literatura del yo. Sus deberes a bordo se lo facilitaban, cuando no se lo imponían. Y, obviamente, el salto del cumplimiento de un cuaderno de bitácora frío y telegráfico a la redacción de dietarios, y de

éstos pasar a alguna forma cronística más o menos interesante, sólo hay un paso. Diríase que es muy fácil darlo.

El diario o el dietario, pues, se erigen en la médula textual que más tienta al viajero, sea o no reportero o cronista de viajes. Amelia Cano Calderón ha recogido en una exhaustiva definición los elementos de que debe constar un diario para que sea apreciado como tal. Dice que hemos de considerar diario a «cualquier obra sin trama argumental, escrita a lo largo de una época de la vida en la que el autor ha intentado reflejar su acción, pensamiento o ambas cosas. No es necesario ceñirse a la estricta jornada, pues es posible detenerse a escribir por jornadas completas, o bien agrupar hechos en períodos más extensos cronológicamente. Consideramos válida para que pueda ser considerado diario —concluye— la intención de contar su vida (sea física o psíquica) sin dejar pasar entre los hechos y la escritura un largo período de tiempo a la vez que esa escritura presenta la misma incertidumbre que el acontecer cotidiano, pues no se conoce su evolución» (1987: 54).

En Amengual, la definición casa muy bien. Su obra periodística completa es una demostración de textos, en el fondo, dietaristas que agrupan hechos, pensamientos y novedades vinculados a sus viajes marítimos. Su exposición se ciñe a los distintos periplos y a la etapa cronológica que cubren. Pero, en lugar de haber confeccionado un cuaderno de bitácora como registro de incidencias de la navegación; o de ampliarlo a un cuaderno de viaje para agregarle cuanto sucede al saltar a tierra y explorar los territorios de llegada, como lo hubiese hecho un viajero científico o literario, Amengual le proyectó otra dimensión. Quiso hacerlo siempre en clave periodística. Esa es su contribución al oficio de prensa en lengua castellana y su aportación a la disciplina de la crónica.

Acaso podríamos comprender la diversidad de formas textuales tan amplias a las que llegó Amengual, alumbrándolas a la luz de su condición de capitán de la marina mercante. La navegación lo mantenía en constante traslado de un lugar a otro; y si algún hecho característico ofrecen los lugares de arribada es darnos de bruces con la novedad; es detectar el

contraste con lo que nos es propio en nuestro origen frente a lo desconocido de allí donde llegamos. Consideremos, pues, que semejante proceso psicológico guarda un leve germen, diminuto quizá pero preciso y positivo, de una mentalidad periodística: descubrir y dar a descubrir en relación a lo que pasa de interés general.

Luego, en un segundo estadio, nada tan inmediato e inevitable será que ese sujeto viajero experimente el gusto —la necesidad incluso— de registrarlo en un papel bajo el código de la escritura, para procurar, tarde o temprano, su difusión pública. El periodismo, en el siglo XIX, se erigió en uno de los canales a mano y apetecido de los viajeros. Y es así como Amengual acabó zambullido en el periodismo de viajes. Fueron tantos y tan diversos sus periplos; y le ofrecieron tantísima novedad humana y geográfica, que confeccionó un buen grueso de correspondencias que a veces fueron informativas o cronísticas, y otras literarias, de análisis de experto o de textos itinerantes.

Dentro de su fecundo universo de correspondencias, Amengual ofrece al menos once casos de crónica viajera itinerante o de ruta. Es lo que ya hemos calificado en capítulos precedentes como ‘crónica de viaje dinámico’. Temporalmente, están diseminadas en los diarios en los que colaboró entre 1862 y 1871¹⁴⁰. Habíamos denominado ‘viaje dinámico’, periodísticamente hablando, a aquel que se consagra al relato mismo del viaje (y de sus etapas, si las hay), y también al que atiende la descripción de todo cuanto observa el periodista viajero: paisajes, tipos y figuras, costumbres o singularidades que llaman la atención del redactor.

El conjunto completo de las correspondencias de prensa son, en Amengual, crónica de viaje dinámico. Sólo nos parece que hay, en su obra, una excepción: cuando Amengual actúa como corresponsal “stringer”, cuya práctica se hace evidente cuando remitía correspondencias desde Barcelona, su lugar de residencia estable. Entonces, a nuestro juicio,

¹⁴⁰ Debemos advertir que la primera correspondencia de las conocidas, la del año 1860, en su larga redacción, también incluye varias partes que son crónica de itinerario, pero la hemos apartado de la lista que ahora vamos a analizar porque aquella ha sido profusamente estudiada ya en otros capítulos.

cumplía un papel de corresponsal nativo, como veremos al final de este capítulo, sin que el viaje fuese un elemento determinante para el resultado periodístico.

Entretanto, conviene ahora delimitar los dos grandes subgrupos que, para nosotros, integran los textos de viaje dinámico. De un lado, proponemos el subgrupo de las crónicas *del* viaje; y de otro, el de las crónicas *durante* el viaje. Se trata de un nuevo criterio que valora el punto que ocupa el cronista en el “tempo” del su relato viajero. Las crónicas geográficas, las informativas y las de experto, ya analizadas, las adscribimos al segundo denominador común, mientras que las crónicas que describen el viaje en sí mismo, proponemos que se integren en el primer subgrupo. Y ello, claro, no por capricho, sino porque cada uno atiende a unos rasgos definitorios distintos.

Creemos que los textos viajeros de viaje dinámico que atienden al viaje como relato de la experiencia misma, se construyen con los materiales periodísticos del reportaje de acción, con mucha carga de aventura y con el viajero como protagonista del relato. Aunque pueden contener un núcleo de noticia informativa, no les es imprescindible. Hay, además, una pronunciada cronología, con fijación de días, e incluso de las horas, en los que suceden los hechos. En el otro caso, los textos dinámicos que hablan *durante* el viaje, acostumbran a ser mucho más narrativos (‘qué’, ‘quién’, ‘cuándo’), y toman cuerpo en el reportaje de situación o de acontecimiento. Finalmente, por intencionalidad pragmática, se contentan con ser textos de entretenimiento, cuando los primeros los prefieren informativos, divulgativos o, incluso, de denuncia, tal y como hemos detallado al hablar de las correspondencias de información, de los reportajes geográficos, de los de guerra y de los de experto para el caso de Amengual.

Nos parece muy demostrativo de la existencia real de un subgrupo de viajes dinámicos que se centran en el viaje mismo, el hecho de que las cartas del corresponsal marino reúnan, entre otras, las que escribió en alta mar. Fue en el medio marino, mientras la navegación hacía su curso, lento y desconectado del mundo civilizado, que su pluma se veía también

motivada. Ya no era sólo lo que descubría al culminar el viaje y llegar a tierras nuevas, sino que en aquéllas se le sumaba el transcurrir del trayecto.

La coordenada espacial, prácticamente, la vemos desaparecer de la correspondencia, y surgirá con una explicitud energética la coordenada temporal. En los once casos que hemos reunido en su cronística general, las palabras ‘día del mes’, ‘día de la semana’ y ‘hora de reloj’ son usadas constantemente. Ahora sí que la crónica resultante, en cada caso, es un relato vivamente desentrañado en clave diacrónica: dentro de qué período temporal han sucedido las cosas, y cada cosa en qué día y en qué momento horario puede quedar registrada.

Navegando rumbo a Brasil, escribirá: «Salí del puerto de Barcelona el domingo 21 de septiembre»; «El domingo día 28 amaneció chubascoso con viento desigual al S.E.». O esta otra novedad de a bordo: «El día 28 por la tarde nos pasó a la vista el vapor “Alicante”, con el cual cambié saludo y le mostré además la bandera del número a fin de que reportara a Barcelona la noticia de habernos visto»¹⁴¹.

En las ocasiones en las que la novedad principal tiene lugar a bordo de la embarcación, la crónica de ruta tomará su máxima expresión. Así sucede con las correspondencias en las que Amengual se proponía relatar accidentes o naufragios que había vivido en el mar. En tales momentos, el cronista se erigirá en el personaje central a través del cual se redactará el relato. De manera excepcional, el periodista será el protagonista del texto periodístico. Desde Cayo Hueso, en las costas de la Florida, relataba diligentemente lo que sigue¹⁴²:

[Relato desde dentro y en primera persona narrativa del cronista]

«Al principio de la noche del día 20 de marzo [cuándo] navegábamos de bolina por el canal de Bahama [dónde], con buen tiempo y luces encendidas, cuando a las 9 y media apareció por barlovento un vapor [quién], el cual de un modo que sólo entre estos flemáticos y temerarios *yankees* puede haber, queriendo pasar por nuestra proa en lugar de hacerlo por nuestra popa como correspondía [cómo], vino a embestirnos de medio a

¹⁴¹ En la crónica de 2-10-1862, *El Diario de Menorca*, 10-4-1862, nº 1037.

¹⁴² Crónica de Cayo Hueso, 4-4-1866, publicada en ibídem anterior, 6-5-1866, nº 2283.

medio con un arranque de 9 millas [qué]. Espantoso fue aquel violento choque [abre interpretación], que se repitió dos veces más a fuerza del retroceso. Cualquier otro buque menos reforzado que éste hubiera sido partido en dos».

Desde ese núcleo estructural básico, el texto del cronista, al mejor estilo académico, continuaba luego con nuevos datos de ampliación de la noticia y con nuevas interpretaciones valorativas:

«Grande fue la abertura que hizo al costado hasta muy abajo la línea de agua, y a tanto empuje que hasta el otro costado quedó algo convexo y descoyuntado todo el centro del casco. Nos destrozó también el bote colgado del costado. Momentos de angustia fueron aquellos [interpretación] en que uno veía reclinarse y meterse el buque y no saber el auxilio que tendríamos».

Prosigue Amengual con el relato de más hechos [segundo nivel de datos informativos], hasta que se produjo el salvamento y el remolque de la nave averiada. Luego, para concluir, aportó una copiosa relación de antecedentes, con la estadística de los siniestros que llevaba registrada la peligrosa zona de Cayo Hueso. Esta añadidura es muy genuina del género de la crónica, como ya sabemos.

En todo caso, digamos que la vívida redacción del reportaje de acción aún la quiso completar con una posdata: tres párrafos con una descripción geográfica (breves notas de reportaje panóptico) de «esta rasa islita de menos de dos leguas llamada Cayo Hueso», «que no produce absolutamente nada si exceptuamos unos cuantos cocoteros...». Etcétera.

La crónica de ruta sobre el accidente tuvo una conclusión, ya desde Nueva York, en la correspondencia del 27 de junio de 1866. Había llegado a aquella ciudad para varar la nave y someterla a la reparación que precisaba, tras el apaño que le dieron en Cayo Hueso. Para nada explicará novedades neoyorquinas en esa carta; tampoco hizo crónica geográfica. Más bien, el contenido continuó dominado por la crónica de itinerario. La concluyó, pues, con una significativa advertencia que alude a la naturaleza de los contenidos de sus correspondencias según la tipología. Escribió Amengual: «El siguiente correo me ocuparé de noticias de interés general», lo cual

prueba que sabía discernir el valor periodístico —y su alcance frente a los lectores— de sus cartas en función del tipo de contenido informativo.

De nuevo veremos reproducido el mismo esquema redaccional en una carta de 1868, al contar un segundo accidente marítimo. Ocupando una plaza de viajero en el buque «Star of the Union», la nave norteamericana fue embestida. El hecho le sirvió como encabezamiento noticioso de su correspondencia del 1 de diciembre de 1868 desde la Habana, adonde acababa de llegar. Pero, en lugar de relatar la peripecia, adjuntó la crónica (esta sí de itinerario pura) que sobre los hechos él había enviado a las páginas de *El Diario de la Marina* de la capital cubana. De momento, *Diario de Mahón* se la reservó y, al fin, la reprodujo el 25 de diciembre (nº 247). Iba fechada en Bahía Honda el 17 de noviembre. En ella, Amengual compuso una crónica de relato, en primera persona; es decir, explicando el naufragio a través de sus ojos de agente pasivo del accidente. Como es propio de la modalidad, abundan en el texto referencias temporales muy concretas y una explicación del suceso sujeta al ‘cronos’:

«Habiéndome tocado la triste suerte de contarme en el número de los pasajeros que conducía a esa [la Habana] el vapor [...], puedo facilitarles algunos pormenores [...], acaecido a eso de las siete de la noche del 13 del corriente en los arrecifes llamados *Colorados*, frente a Morillo».

La correspondencia, a partir de ese momento, no perderá ningún atributo propio de un texto cronístico de ruta, ofreciendo la cronología con detalle:

«El 10 por la noche salimos de Nueva Orleans, pasando la barra del Mississippi a las siete de la mañana siguiente, soplando el viento del norte muy recio [...] Al amanecer del 13 se había inclinado a N. E. menos fuerte [...] A las dos de la tarde se avistó confusamente la tierra de Cuba.

[...]

»A las seis horas y cuarenta minutos se sintió que la quilla tocaba y al instante nos vimos embarrancados sobre el arrecife».

Otra característica retórica de las crónicas de itinerario es la facilidad con la que entran en las fórmulas de redacción literaturizada, buscando un juego

estilístico. La misma carta desde Bahía Honda, tras dejar relatado la embestida y zozobra contra los arrecifes, Amengual se echaba por la rampa literaria: «La noche se hizo tenebrosa; recios aguaceros caían acompañados de truenos y relámpagos; las olas venían a estrellarse contra el casco con espantoso ruido, arrollándolo más y más contra el arrecife». Comoquiera que el buque había quedado encallado en un punto deshabitado, Amengual relata luego su heroicidad personal de echarse a un bote con unos pocos acompañantes para llegar al puerto de Bahía Honda y así dar parte a las autoridades, después de doce millas, a remo, sorteando escollos. El relato en primera persona le provee un carácter singular a la correspondencia, más cercana a la narración de una trama literaria que al texto periodístico. O si se prefiere: de un periodismo muy literario.

La propensión literaria se confirma en otras diversas cartas de itinerario. Desde Washington, el 1 de noviembre de 1868, explicaba la excursión en tren que lo había traslado a la capital federal desde Nueva York. En lugar de narrar en orden temporal lógico, lo hizo empezando el texto por el final, cuando ya se encontraba alojado en Washington. La estructura resultante contraviene cualquier preceptiva informativa, pero no la libertad estilística y de composición que se le permite al cronista, máxime a quien ya podía presumir de familiaridad con los lectores, que esperaban de él un sello de redacción de calidad, con firma propia:

«El dominical reposo —empieza el corresponsal— en que yace hoy esta capital de los Estados Unidos, ha hecho que apenas anoheciera me encerrase en la humilde pero cómoda celda *de-un-día* que ocupó en Willars Hotel (fonda que, dicho sea de paso, suele servir de albergue a la mayor parte de senadores y diputados de esta poderosa nación), y para distraerme voy a relatar mis impresiones de viaje desde ayer.

[...].

»Vamos al viaje

»El cielo estaba encapotado, y antes de las diez rompió en lluvia incesante.

[...]

»Llegamos al fin sanos y salvos a las nueve de la mañana con dos horas y media de retraso».

Como se infiere enseguida, se ofrecen relatos periodísticos de escaso contenido noticioso. A veces, carecen absolutamente de ellos, o bien se trata de una noticia nimia. La fuerza redaccional, en cambio, descansa en el ritmo del relato, en lo que contiene de sorprendente y, en definitiva, por tener al autor del texto de protagonista real y directo del relato.

Esa misma descripción del viaje ferroviario entre Nueva York y Washington bajo una pertinaz lluvia que provocó retrasos al convoy, no valdría nada en la persona de un viajero anónimo, sin relieve personal de ningún tipo. En cambio, gracias a la prominencia de sí mismo que el corresponsal puede proporcionarle como narrador y protagonista a la vez, obtenemos un resultado de la correspondencia que se *salva*, periodísticamente hablando. Como segundo requisito para *aguantarse*, se da también la calidad literaria de la que es capaz el firmante. Recién llegado a Charleston escribirá:

«Son las diez de la noche y como el correo sale mañana muy temprano, voy a robarle una horita a mi descanso para dedicársela a los lectores y aficionadas lectoras del *Diario de Mahón*. Es lo primero que debo hacer, participarles que mientras el sol iba ocultando su disco luminoso en el límpido horizonte, llega a la estación el tren que me ha conducido a ésta en 30 horas desde el Potomac, y añadidas la cuatro más de vapor que se invierten desde Washington» [crónica de Charleston, 3-11-1868, publicada en *Diario de Mahón*, 6-12-1868, nº 232].

20. 3. LA CORRESPONDENCIA RESIDENTE

Concordante con la complejidad de conceptos que venimos subrayando en esta tesis a propósito de los términos ‘crónica’ y ‘crónica viajera’ aplicados a la obra periodística de Amengual, aún nos queda otro planteamiento de análisis.

Creemos haber desmenuzado, de una parte, que no todas las correspondencias de nuestro personaje son, simplemente, crónicas viajeras, porque determinados principios preceptivos las sitúan, en realidad, en el marco del reportaje de viajes, a veces de acción, a veces de acontecimiento; o bien son comentarios de opinión, o reportajes informativos (objetivos, para Martínez Albertos), etcétera. De otra parte, nos hemos de preguntar:

¿son viajeras todas las crónicas que dio a la prensa? Aparentemente sí, pero hemos de proceder con tiento y rigor analítico.

Partamos de la afirmación de que nos enfrentamos a una colección de textos periodísticos que son, todos ellos, sin excepción, cartas de corresponsalía; esto es: periodismo corresponsal, puesto que las ciento veintitrés que sometemos a estudio se escribieron fuera del ámbito geográfico natural de edición y circulación del periódico que las dio a la luz. En otras palabras: constituyen textos para la prensa que son la consecuencia de una, digamos, *importación* que el periódico hacía para sus páginas de un colaborador que, sistemáticamente, las remitía a la Redacción como fruto de sus viajes marítimos.

Pues bien: a cuenta del llamado ‘periodismo corresponsal’ veremos en este epígrafe final de la tesis las modalidades que los analistas de nuestros días han acuñado. Y ello, para determinar que podemos clarificar cuántas de ellas se ajustan al periodismo corresponsal del cronista marino de Menorca y cuántas no. Para el supuesto afirmativo, estaríamos ante la crónica o el reportaje viajero en sentido preciso; y para el supuesto negativo, habremos de considerar que estaríamos en el estadio de una modalidad distinta que vamos a denominar ‘correspondencia residente’.

Cuanto llevamos estudiado hasta aquí recae en el marco de la ‘cronística viajera’ o de ‘corresponsal exterior’. Pero ahora vamos a comprobar que, ciertas correspondencias, a pesar de tener una procedencia externa a la isla de Menorca, no pueden ser consideradas como crónica de viajes, sino, a lo sumo, ‘correspondencia residente’. Aunque es una modalidad, o subespecie, del periodismo corresponsal, excluye cualquier viso viajero, ni contiene los elementos característicos de los textos periodísticos que sí son viajeros. Abordemos la cuestión.

Tanto el profesor Felipe Sahagún, de Madrid; como Christopher David Tullock¹⁴³ presentan un evidente paralelismo en la ordenación tipológica

¹⁴³ SAHAGÚN, Felipe, es autor del libro *El mundo fue noticia: Corresponsales españoles en el extranjero*, de la Fundación Banco Exterior, Madrid, 1986. Y Christopher D. TULLOCK ha defendido con la más alta

del periodista corresponsal, por lo que resumimos el cuadro como deudores de ambos tratadistas.

El periodismo internacional, en especial el del siglo XX tras el desarrollo exponencial experimentado tras la Segunda Guerra Mundial, fija al menos estas modalidades de corresponsalía:

- Enviado especial;
- Corresponsal fijos y/o de agencia;
- Corresponsal de guerra;
- El *stringer*;
- El *freelance*.

Las respectivas definiciones son de fácil deducción. La denominación misma ya nos orienta sobre la íntima naturaleza de su significado. Conocemos por ‘enviado especial’ al periodista que cubre informaciones con carácter ocasional y en misiones informativas cortas en el tiempo bajo el requisito de haberse visto empujado a la realización de un viaje fuera del lugar de edición del medio para el que trabaja. No tiene que ser necesariamente un experto temático, aunque la práctica moderna es que aborde cuestiones informativas centradas en *su* habitual campo de trabajo específico (política, economía, deportes...). Sin embargo, no se excluye el enviado especial a frentes noticiosos sobre catástrofes naturales, para obtener un reportaje de citas con personalidades prominentes de la cultura o, supongamos, con líderes religiosos, en relación a noticias vinculadas a los avances de la ciencia, a las crisis del subdesarrollo, a las mafias de la emigración en pateras, etcétera. Este corresponsal acostumbra a recurrir al género de la crónica y del reportaje; y por el rasgo mismo de su trabajo ocasional, ofrece textos periodísticos que pierden familiaridad y continuidad ante el lector.

En cambio, es en el patrón del corresponsal fijo en el que aparece enseguida esa corriente de confianza en el tono expresivo y apelativo que le sabrá dar a sus crónicas quien se establece en un punto informativo fuera del círculo de edición de su periódico y desde el cual pretende actuar como corresponsal. Puesto que las etapas temporales durante las que el corresponsal fijo trabaja de informador pueden ser largas —al menos, *sine die*—, consideramos adecuado redefinirla como modalidad corresponsal. Los corresponsales fijos de exterior (internacional o no), ¿son periodistas viajeros y sus textos son, consiguientemente, textos de periodismo viajero? Pensamos que no. No hay un grado de movilidad geográfica suficiente como para dejarlos incluidos en esa categoría. Producirá, sin duda, una corriente de periodismo corresponsal, pero no de tipo viajero, ante la falta de dinamismo y de pérdida activa y explícita de la coordenada espacial de su trabajo. Si hemos insistido varias veces que el periodismo de viajes (sea cronístico, sea reportero) se caracteriza por su débil dimensión temporal (‘cuándo’) a favor de ver primada la espacial (‘dónde’), en la corresponsalía fija el ‘cronos’ vuelve a adquirir relieve periodístico, mientras que el lugar se reduce a un papel pasivo y tácito de la tarea informativa.

Por lo tanto, para nuestro campo de estudio, cuando Amengual escribía correspondencias para la isla de Menorca desde Barcelona, su ciudad de residencia (estable y *no viajera*) estaba practicando, en realidad, una forma de periodismo corresponsal que nosotros llamamos de ‘corresponsalía’ o también de ‘correspondencia residente’.

A su vez, las ocasiones en las que, habiendo efectuado un viaje, acabó teniendo una permanencia prolongada en el mismo punto, deberíamos replantear si la serie cronística a que dio lugar es realmente correspondencia viajera o correspondencia residente, o, cuando menos, de apariencia residente.

Sobre el grueso de las correspondencias que hemos desgranado a lo largo de la tesis, nos parece que cabe detectar, al menos, cuatro conjuntos que, por su número y por la continuidad reiterada de las cartas, conforman

series. Son cartas que responden a la producción de tres o más meses, enviadas desde el mismo lugar geográfico; y que suman por encima de las cinco correspondencias. En ciertos casos, son grupos de diez o más cartas consecutivas sin abandonar el puerto de llegada.

Del total, tres grupos se relacionan con estancias en Nueva York; y el resto, con estancias en la Barcelona de su domicilio personal. No negamos que lugares como la Habana o Charleston también representaron para Amengual estancias que no cabe considerarlas relámpago, pero no ofrecen un serial de tanto volumen cronístico; y menos aún detectamos en ellas detalles de valor que afecten al concepto del periodismo corresponsal. Es por ello que, para esta parte del análisis, nos quedamos con los conjuntos de Nueva York y de Barcelona, sin perjuicio que de otras ubicaciones geográficas cupiesen ciertos comentarios, pero siempre de inferior valor a los que le atribuimos a aquéllos.

La primera serie neoyorquina fue de nueve correspondencias, fechadas en el último cuatrimestre del año 1861. A continuación, entre marzo y junio del año siguiente (1862), de nuevo residió en Nueva York, produciendo sin interrupción otras dieciocho cartas. Ya sabemos que todas ellas están marcadas por las notas informativas pluritemáticas. Pero, sin embargo, hay que precisar que son las cartas en las que, sustancialmente, informó sobre el curso de la guerra de secesión norteamericana. La estructura redaccional, para ellas, cambia de manera significativa, porque Amengual, tras la *inscriptio* epistológica, lo vemos pasar al contenido periodístico eludiendo los siempre habituales *exordium* personales que tanto gustaba de cuidar. De esta suerte entra en la novedad bélica (*narratio*) según una redacción súbita. Comprobémoslo con un ejemplo concreto.

En la primera carta de la primera serie de Nueva York¹⁴⁴, el arranque es:

«New York, 20 Octubre 1861. — Muy señor mío:» [*inscriptio*]. [*Le sigue el exordium*]:
«Hace tres días que llegué a ésta, a donde he venido por no poderse ir a tomar algodón, pues el bloqueo lleva trazas de ser prolongado por algunos meses más». Aún hay un

¹⁴⁴ *El Diario de Menorca*, 24-11-1861, nº 921.

segundo *exordium*, y, a continuación, ataca la *narratio* periodística: «Sigue en orden de expectativa el punto culminante de la guerra civil de este país: la gran batalla de los dos ejércitos que permanecen a orillas del Potomac [...]».

En la segunda correspondencia¹⁴⁵, la estructura variará sensiblemente. Fue el 9 de noviembre cuando la cursó. Entonces, tras la *inscriptio* o *salutatio* para indicar lugar, fecha y saludo al director, ya no hay exordio alguno y se ejecuta la *narratio* sin rodeo retórico: «Hoy se tiene noticia extra-oficial de haber llegado la expedición a Port Royal [...]».

Es también la tercera correspondencia (4 de noviembre)¹⁴⁶ otra prueba del principio redaccional del que hablamos. Y lo es por la vía de lanzar una salvedad. Puesto que no deseaba centrar su interés en la guerra, sino que prefirió componer una crónica geográfica del lugar, se expresaba en estos términos: «Dejando a un lado los asuntos de la guerra, voy a cumplir hoy la promesa de hablar algo sobre Nueva York [...]».

En la cuarta de la serie¹⁴⁷, la tónica se mantiene inalterada. No hay *exordium*, y la comunicación periodística se ciñe al relato informativo desde la primera palabra: «Ya se tiene el parte oficial del resultado de la expedición, que viene a conformar lo que por vías particulares se decía, esto es: que el día 7 la *Grande Armada* (como la llaman por aquí), forzó la entrada del Puerto Real, rindiendo los dos fuertes que la defendían [...]».

Tres días después, escribía la quinta correspondencia (18 de noviembre), que arrancará de nuevo con contenidos directos:

«Cosas extraordinarias han ocurrido, las cuales en parte ya se las había comunicado el telégrafo. Aludo al hecho que voy a narrar por si no lo saben circunstanciadamente por ahí todavía. Ya estará Vd. al corriente por mis anteriores noticias de que los comisionados o embajadores que mandaba la nueva Confederación [...] para gestionar el reconocimiento de ella [...]».

¹⁴⁵ Ibídem anterior, 1-12-1861, nº 927.

¹⁴⁶ Ibídem anterior, 5-12-1861, nº 930.

¹⁴⁷ Ibídem anterior, 19-12-1861, nº 942.

En fin, antes de darse a la vela del puerto de Nueva York, el 10 de diciembre de 1861, todavía hizo otra crónica, igualmente consagrada, como tema de interés piramidal, a los avatares de la contienda civil americana.

La segunda serie neoyorquina en nada desmiente nuestra conclusión. Procedente de Boston, había llegado a comienzos de marzo de 1862 al puerto de Nueva York. El día 11 ya fechaba su primera correspondencia¹⁴⁸, en la que, sin preámbulo apenas, dirá: «Paso a noticiarle la novedad de hoy. Los confederados han evacuado a Manassas, o sea, el sitio de Bull Run [...]». En definitiva, nos parece demostrativo del cumplimiento que habíamos anunciado. Cuando un cronista viajero, por las razones que fueren, mantiene una estancia más o menos prolongada en el lugar al que le ha llevado el viaje, puede quedar transformado, no en un corresponsal volante (puramente viajero), sino en otro que se asemeja al corresponsal fijo. Acaba adoptando formas y fórmulas propias de la tipología del corresponsal fijo: alguien que pone su interés textual en la sucesión de novedades que se le ofrecen como observador, independientemente de la condición viajera inicial. Las continuas cartas, pues, dedicadas a dar cuenta de la guerra americana van paulatinamente perdiendo su referente viajero (no ya de itinerario como lo tenemos aquí tipificado), sino también en la acepción de texto geográfico, o de descubrimiento territorial.

Ahora bien, por las personales circunstancias de Amengual (alguien, no lo olvidemos, que viajaba por razones marineras y no periodísticas *stricto sensu*), no debemos incurrir en la inexactitud de denominarlo como ‘enviado especial’. No importa que, en efecto, cumpliera una tarea de informador ocasional en la zona, que es tan común en los cronistas viajeros. Más bien, si responde a alguna tipología, se aproximaría a la de corresponsal fijo (mínimamente estable y asentado) en la ciudad de Nueva York. Nada menos que despachó dieciocho cartas hasta junio en esa etapa.

Luego, en 1866, vendría la tercera serie desde aquella misma capital americana. Fueron casi cinco meses de permanecer en Nueva York, de abril

¹⁴⁸ *Ibidem* anterior, 9-4-1862, nº 1036.

a últimos de agosto. Para entonces, la causa no fue viajera, sino derivada de los azares del viaje: hubo de poner su fragata en seco para que los calafates de aquella capital arreglaran los graves desperfectos que padeció el casco en una embestida en Cayo Hueso. A lo largo de esta serie, Nueva York se convirtió para Amengual en una atalaya constante de novedades en cadena, ahora económicas, ahora portuarias, ahora sociales, etcétera, de que iba sembrada la actualidad viva del lugar. El ‘cronos’, pues, volvió a dominar el ritmo de las correspondencias, como lo experimentaría cualquier corresponsal fijo de carácter convencional. No cabe negar que, en su conjunto, no dejaban de ser cartas de un viaje y, por ello mismo, cartas de un periodismo viajero. Pero, como le sucede al corresponsal fijo, la coordenada de lugar (‘dónde’) cede a la coordenada de tiempo (‘cuándo’) y a la coordenada noticiosa (‘qué’), cuyos parámetros se ven exaltados.

Características bien distintas se desprenden, en cambio, de las cartas que elaboró desde Barcelona. Ya sabemos que esa capital era su lugar de residencia, el centro familiar y la sede de la empresa para la que trabaja como capitán mercante. No son, de hecho, muy numerosas, frente a los casi doce años que duraría su actividad de corresponsal. Apenas suman siete casos de correspondencias barcelonesas. ¿Cómo deben ser preceptivamente evaluadas y denominadas?

Lo más parecido que le casa según las terminologías hoy en boga sería la de ‘stringer’. Así se llama, con carácter genérico, a aquel corresponsal que trabaja para un medio, situado él como periodista que está personalmente vinculado al lugar. Puede ser un corresponsal nativo, aunque no se hace imprescindible. Nos dirá Tullock (1998: FOLIO 90) que un ‘stringer’ es un periodista —nativo o no— que reside en un país distinto al de la empresa informativa que le contrata. Amengual, como ya sabemos, estaba domiciliado en una localidad peninsular distinta —y distante— de la capital menorquina a donde enviaba sus cartas. Es a través de ese requisito censal que admite ser visto como un ‘stringer’ *avant la lettre*, o adelantado a su tiempo. Y ello, claro, sin menoscabo de no serlo plenamente, porque los ‘stringer’ presentan, además, una caracterología de tipo contractual y de función redactora en un medio que Amengual ni cumplía ni era la hora

histórica de poder cumplir. Por ejemplo: un ‘stringer’ suele actuar como refuerzo de los corresponsales fijos, cuando algún brote de actualidad así lo aconseja; un ‘stringer’ va por libre y puede contribuir con información a uno o más medios, en función de las remuneraciones. Etcétera.

Las colaboraciones de la capital de Cataluña se dieron en la segunda mitad de los años setenta, entre 1865 y 1871, a punto de concluir su etapa de corresponsal marino para siempre. En muchos puntos, en suma, un ‘stringer’ se equipara a un *freelance*, que es un informador de libre dedicación, que va en busca de la noticia y cuando la tiene, la ofrece al medio adecuado.

La nota que en ellas resulta dominante es que el concepto viajero ha desaparecido absolutamente. Y, por ello, los textos son informativos puros y de novedades de la zona. Así lo vemos en la correspondencia del 22 de diciembre de 1865¹⁴⁹. En ella da cuenta del panorama ciudadano entristecido que aflige a Barcelona tras el fin de la epidemia de cólera que se había propagado por muchos puntos del Mediterráneo occidental. Lo describe a cuenta de haber ido él mismo a presenciar un acto humanitario en el Salón de Ciento del ayuntamiento barcelonés. «Tal fue la distribución [el último domingo] de lotes para dotar a 35 huérfanos desvalidos de lo que dejó el azote de aquella enfermedad solamente en la comprensión del primer distrito de esta ciudad y la Barceloneta [...]».

En las cartas siguientes, escritas en 1868, la función de Amengual no varió en sustancia. Encontramos, no obstante, un sugestivo matiz en la correspondencia del 31 de junio¹⁵⁰, pues ahora sí que la figura de ‘stringer’ adquirió mayor verosimilitud a luz de la definición que los tratadistas dan hoy a esa figura. Lo decimos por el siguiente *exordium* que se lee en aquélla:

«Como tengo visto que su corresponsal en esta ciudad le suele tener al corriente de lo que sea digno de llamar la atención de los lectores del *Diario de Mahón* entre lo mucho

¹⁴⁹ Ibídem anterior, 28-12-1865, nº 2170.

¹⁵⁰ *Diario de Mahón*, 5-7-1868, nº 104.

que ocurre por aquí, paréceme que mi voluntaria misión durante mi estancia en Barcelona ha de reducirse a meras noticias concernientes a marina y comercio [...]».

En efecto el *Diario de Mahón*, en aquellos momentos, venía recibiendo con una cierta regularidad colaboraciones de un corresponsal catalán nativo. Se llamaba Enrique de la Vilella. Para no *pisarse* entre sí los asuntos periodísticos, y por una mera intuición personal, Amengual quiso actuar como corresponsal de complemento de Vilella. A los ojos actuales del análisis periodístico, cabe ver ahí el perfil del ‘stringer’ más genuino. El corresponsal marino eligió como complemento temático las materias de las que se sentía seguro, perfectamente experimentado tras casi diez años de ejercicio periodístico. Y escogió las noticias comerciales y portuarias, su evidente especialidad personal.

De ahí hemos de deducir que un cierto papel de corresponsal ‘stringer’ tiende a centrar su tarea informativa en campos temáticos concretos, y, en todo caso, a actuar con premeditación informativa, así sea en la forma tan del gusto de Amengual por medio del encadenamiento de noticias en mosaico, así sea ciñéndose a alguna área temática. En eso el corresponsal marino de Menorca también se nos muestra un interesante y sugestivo elemento de referencia para la cronística viajera española.

CONCLUSIONES FINALES

SOBRE una colección de ciento veintitrés correspondencias periodísticas escritas a mediados del siglo XIX por el menorquín Esteban Amengual Begovich para la prensa de la isla de Menorca, el presente estudio de tesis doctoral ha efectuado el trabajo previo de formación y reunión de los textos periodísticos del autor, los cuales, hasta la fecha, se mantenían dispersos de algo más de diez años, entre 1861 y 1872.

La localización y sistematización temporal de los mismos se ha llevado a cabo por medio del “vaciado” de los tomos hemerográficos de cinco cabeceras del periodismo diario menorquín, tal y como quedan mencionada cada una de ellas en la tesis misma.

Se hace explícita precisión de todo lo anterior, teniendo en cuenta que el grueso de la obra periodística “toma cuerpo” para la historia de la prensa española como consecuencia de la recopilación a que es sometida para formar el universo de estudio e investigación para este trabajo universitario. Nadie antes, que sepamos, había considerado la hipótesis de creer que los trabajos de corresponsalía de Amengual, una vez reunidos sistemáticamente, podían conformar una materia de estudio de la crónica española —en particular, la viajera. Ha sido ésta, en efecto, una de las pretensiones de base de la tesis.

Este universo de estudio de las correspondencias de Amengual está integrado, pues, por un total de textos periodísticos, que, formalmente, se denominaron a sí mismas «correspondencias particulares». Vieron la luz en varias cabeceras sucesivas de la prensa mahonesa en la sexta década del siglo XIX, a saber: *El Diario de Menorca*, *El Menorquín* (1ª época), *Diario de Mahón*, *El Menorquín* (2ª época) y *El Constitucional*.

De ese total, 64 cartas aparecieron en *El Diario de Menorca* (de 1861 a 1866); 9 en *El Menorquín* (1867); 25 en *Diario de Mahón* (1868-1869); 12 en un nuevo *El Menorquín* (1869-1871), segunda época; y, finalmente, 13 cartas en *El Constitucional* (1871-1872).

Según una ordenación *topográfica*, las correspondencias fueron enviadas desde:

- Países de América (94 cartas);
- Europa (20);
- Filipinas (5);
- Alta Mar (4).

Transcurriendo su redacción y publicación en la década central del ochocientos, cabe constatar que aparecieron en un momento crucial de la historia del periodismo español: aquel que estaba asistiendo al nacimiento de la crónica viajera, y, en particular, la que se iba a especializar en el periodismo corresponsal de guerra por medio de figuras hoy encumbradas: Alarcón, Núñez de Arce, Mola Martínez o Víctor Balaguer, que forman el núcleo de pioneros españoles de mayor fama.

Expresado de otro modo: concluimos que, mientras en el periodismo español de primer nivel arrojaba nombres de marcada importancia para la consolidación de la crónica viajera, en Menorca, inopinadamente, había un cronista que se encuadraba en ese mismo mérito pionero. De ahí que a ese núcleo de auténtica alborada periodística nacional, debamos ahora agregarle el nombre del mahonés Esteban Amengual. Mientras el catalán Víctor Balaguer se marchaba a los frentes de la guerra ítalo-austríaca de 1859; o mientras Alarcón o Núñez de Arce atravesaban el Estrecho de Gibraltar para cubrir la guerra heroica contra Marruecos de 1859-60, inaugurando la crónica de guerra elaborada por firmas españolas con desplazamientos *in situ*; mientras eso sucedía, un Amengual, en silencio, individualmente, iba reuniendo un grupo de apuntes directos y de su propia cosecha para formar el libro *Mis recuerdos de la Crimea en el memorable sitio de Sebastopol* (1859). Y lo abordaba con un sentido, no historicista,

sino de testigo vivo, directo y ocular de los hechos, a la manera de un redactor de prensa de la más exacta ortodoxia. Es, también, el mismo conflicto internacional que verá actuar a quien, todos los periodismos europeos coinciden en considerar el padre moderno de la corresponsalía bélica en occidente, el británico William Russell.

En la misma línea, mientras el periodismo español se está despertando a las modalidades viajeras (viajar para elaborar textos de prensa), Amengual ya se encuentra en las costas americanas y, por un azar del calendario, tiene la fortuna de poder cubrir acontecimientos de trascendencia histórica: de un lado, la Guerra de Secesión Americana, y, de otro, la Guerra de los Diez Años entre Cuba y España. Si bien de ambos acontecimientos las respectivas crónicas que llegó a elaborar no recogen el curso de todas las campañas habidas de principio a fin, presentan, en cambio, el mérito de ser las únicas que un periódico español sirve en esas fechas de la mano de un cronista desplazado a la zona en armas. Y es ahí donde despliega un periodismo director, de testigo ocular y/o de emplazamiento inmediato dentro de la zona *caliente* de su quehacer periodístico.

Ambos hechos históricos, así mismo, servirán para demostrar que Amengual, en realidad, es un caso de evidente superación de la crónica viajera anterior a su época, aquella en la que los autores de generaciones precedentes se nos aparecen, ante todo, como actores de una literatura viajera (LDV), pero no aún de unos relatos viajeros (RDV) con pretensión periodístico-informativa, haciendo buena la distinción normativa que debemos a la profesora Sofía M. Carrizo, al establecer la separación entre textos de viajes (literatura viajera) que entran en procesos ficcionales, y los relatos que suponen la categorización de narraciones viajeras ajustadas a hechos verídicos y reales. Es la misma diferencia epistemológica entre realidad y ficción que distingue el periodismo de la literatura.

Los textos de prensa se nos ofrecen, al análisis de hoy, como “correspondencias particulares”. O sea: textos para prensa enviados expresamente a una cabecera periodística con carácter de envíos en exclusiva. Y se denominan a sí mismas ‘correspondencias’, porque son el

producto formal de unas ‘cartas postales’, que, aparentando una comunicación de novedades al director destinatario del periódico en cuestión, en realidad pretenden establecer un torrente de noticias (en el sentido periodístico más puro) con la masa lectora del diario. Luego, son textos netamente periodísticos, con intención de prensa plena.

Analizado todo el conjunto de las ciento veintitrés correspondencias, venimos a descubrir que, tipológicamente, no son meras ‘cartas’. Más bien, recaen en otra categoría: la cronística, con unas peculiaridades de tal estilo, que quedan ya, de forma pionera, abrazadas a una naciente crónica periodística, frente a la tradición secular que llega hasta las primeras décadas del XIX de la denominada cronística historiográfica y la cronística literaria. Se trata, pues, de concluir que Amengual resulta ser un agente que contribuye al asentamiento de la cronística como género para la prensa periodística.

Y aun siendo un pionero en esa gestación, los análisis de su producción nos acaban llevando a descubrir que Amengual es un cronista complejo, pues elabora tipologías diversas. Sus ciento veintitrés ‘cartas’ permiten un trabajo de distinción de, al menos, las siguientes modalidades cronísticas:

- Correspondencias de guerra;
- Correspondencias geográficas;
- Correspondencias económicas;
- Correspondencias portuarias;
- Correspondencias sociales;
- Correspondencias no viajeras o residentes;
- Correspondencias de ruta.

Las principales deducciones que, de todo ese complejo universo de textos periodísticos se obtienen, son las siguientes:

Primera: Ya en plena década de los años sesenta del siglo XIX, un corresponsal de prensa español está elaborando crónicas informativas. Es

decir: que pretenden reportar novedades y noticias como finalidad principal del acto redaccional al que se entrega el autor. Vale esta formulación para recordar que el periodismo del país, en esos años, se encontraba dominado fuertemente por el periodismo doctrinarista o ideológico, de suerte que los intentos de Amengual invitan a ser valorados como auténticos ensayos *avant-la-lettre*, en el sentido de constituir un hecho indicativo de la existencia de un periodismo de información antes de que éste alcanzase su reconocimiento histórico en el periodismo nacional. Fue el suyo, en definitiva, un periodismo noticiero.

Segunda: Más allá de su posición de pensamiento periodístico personal a favor del periodismo de información, Amengual casa fácilmente con la nueva escuela de periodismo informativo que, en sus años de viajero a las tierras americanas, había comenzado a desplegarse en los diarios del norte de aquel continente: un periodismo influido por el positivismo filosófico que llevará a los redactores norteamericanos a forjar lo que más tarde, después de la Segunda Guerra Mundial, se llamará Paradigma de Lasswell, con su prescripción señera de la pirámide invertida y el arranque de los textos de prensa en lid de sumario que se ciñe a los datos con acusada *despersonalización* de tratamiento (como diría Bastenier) de las mismas.

Tercera: En Menorca, por lo tanto, encontramos un autor de prensa que, en solitario, se distingue por practicar un periodismo que, en clave nacional, están intentando trabajar nombres importantes como Ángel Fernández de los Ríos (con el periódico *Las Novedades*, 1850), Manuel María de Santa Ana (con *La Correspondencia de España*, 1859), o Eduardo Gasset y Artime (*El Imparcial*, 1867).

Cuarta: Concluir que el hecho viajero, en su sentido más común y universal, ha dado pie al hombre de todos los tiempos y de todas las épocas, a completar la experiencia situándose en la fase relatora del mismo. Ahora bien: en el siglo en el que discurre la biografía de Amengual (el XIX) ese instinto natural para el relato viajero se va a distinguir por tomar el rumbo periodístico. El fenómeno social de la prensa, en esa centuria, ha entrado en un estadio de modernidad y de universalización —incluso de

ebullición—; y, consecuentemente, los relatos ya no se conforman con tomar “cuerpo” en narraciones literarias, en informes, memorias o estudios científicos de corte geográfico; tampoco se satisfacen quedándose en el campo de la mera literatura del yo (dietarios, cuadernos de viaje, epistolarios, bitácoras, etcétera), sino que llaman a la puerta del periodismo y, una vez dentro de sus márgenes, rápidamente se aclimatan para propiciar la fragua de nuevos géneros: la cronística viajera singularmente, acompañada de múltiples modalidades o especialidades. La obra de Amengual nos lo confirma, al tiempo que consolida esos principios. Probablemente, en aquellas décadas del siglo XIX el periodismo se erige en el vehículo moderno y eficaz —la gran novedad— con el cual cumplir la psicología profunda, atávica incluso, del viajero de querer contar su viaje. Amengual habrá entendido, en todo caso, la clave con que cabe cultivar los textos viajeros con destino a medios de prensa: inyectándoles el germen de la información y la noticia.

Quinta: Las correspondencias de Amengual, dentro de su complejidad de modalidades, se estructuran con una gran modernidad. Y ello porque, en tanto que crónicas, se organizan redaccionalmente bajo los siguientes atributos:

- A) Combinan información e interpretación.
- B) En ese doble plano, el cronista no descuida los antecedentes de los casos de que informa, y aporta documentación y ampliación de datos. Añade también prospectivas.
- C) Practica el uso del *lid* de sumario en los arranques.
- D) Se da prevalencia a los hechos observados y conocidos de *primea mano* por parte del cronista.
- E) Se insinúan prácticas de recogida de datos de manera activa, para nutrir la crónica que se quiere redactar. Y, en esa línea, se acude a la entrevista con las fuentes, aunque acabe trasladándose a la crónica con estilo indirecto.
- F) Se cumple una jerarquización de contenidos, en una especie de pirámide invertida de asuntos. Lejos, pues, de caer en formas literarias, predomina una estructuración de contenidos según los

criterios de jerarquía que habrá de caracterizar al periodismo informativo.

Sexta: La cronística viajera de Amengual contribuye a formular una teoría dual del género, a saber: hay crónica viajera que es ‘viaje dinámico’; y hay crónica de viaje que es ‘viaje estable’. Diversos casos concretos de la producción general del menorquín confirman que, periodísticamente hablando, los viajes dinámicos se consagra al relato mismo del viaje (y de sus etapas, si las hay). Y que atiende a la descripción de todo cuanto observa el periodista viajero: paisajes, tipos y figuras, costumbres o singularidades que llaman la atención de redactor y, por ende, a sus lectores. También se incluyen toda suerte de novedades en el sentido informativo de la expresión. Luego, existe el no menos periodístico ‘viaje estable’. Será aquel otro que se ven necesitados de emprender los redactores que son desplazados a un lugar geográfico para dedicarse a servir información, con toda su gama de elaborados textuales del periodismo informativo, interpretativo y opinativo, si fuere del caso. Es el caso en el que el viaje en sí mismo no tiene apenas entidad en el contenido de la crónica, o que es informativamente inane.

Séptima: A través del grupo de los viajes periodísticos dinámicos vemos, por medio del Amengual que hemos analizado, que recaen:

- Los corresponsales de guerra;
- Los enviados especiales y, singularmente, los cronistas viajeros de tipo geográfico.

A su vez, en el grupo de los viajes periodísticos estables hemos encontrado:

- Al corresponsal fijo, el cual verifica una estancia de carácter estable y se encarga de cubrir informativamente una ciudad, una región o un país —a veces, áreas geográficas que pueden abrazar más de un Estado. Pues bien, para el caso de Amengual, esta última peculiaridad se da en todas aquellas crónicas que compuso en

aquellos lugares a los que llegó para permanecer períodos más largos de lo común en un viaje volante. Son unos textos en los que el *leitmotiv* del viaje desaparece prácticamente, y acaba convertido en corresponsal estable, o de apariencia fija en el lugar.

Octava: Desde las coordenadas de una crónica en sentido genérico del concepto, el periodismo corresponsal que se lleva cabo por medio del viaje, se despliega en una multiplicidad de géneros periodísticos. En primer lugar, la crónica, en ocasiones, deviene reportaje: no hay necesariamente una noticia central en torno a la cual la crónica gira (o emerge) y se acaban ofreciendo, en realidad, asuntos de actualidad, pero sin que se busque la noticia, la novedad, como género central. También da lugar, como lo prueba Amengual, a otras formas cronísticas: de experto, geográfica, de denuncia, amena, de guerra y de itinerario.

Novena: La multiplicidad de modalidades temáticas que aborda un cronista a la manera que lo observó Amengual, aun naciendo de un hecho viajero, acaba dándonos el perfil de un cronista que cubre una materia, frente a ese otro cronista que también es quien, a la vez, hace periodismo y viaja: aquel que cubre lugares. En función de que prevalezca un rasgo u otro, concluiremos —como nosotros hemos hecho con la figura estudiada—, que el cronista de lugares es, ante todo, un redactor de textos geográficos panorámicos de modalidad semántica, en los que no siempre domina una noticia; son textos de descripción. En ellos, su rasgo pragmático, al decir de Mariano Belenguer, es el entretenimiento y la divulgación. En cambio, el cronista de especialidad temática presenta textos con una tipología morfológica de acción, de situación y de interpretación, generalmente dominada por una o más noticias que se analizan, se enriquecen con antecedentes y de las cuales se abren prospectivas. El rasgo pragmático de todas ellas es la información y la denuncia.

En Alaior de Menorca, 20 de noviembre de 2012

Aniversario del día en el que Kentucky se unió al Gobierno confederado en 1861, en la Guerra de Secesión, y en el que Amengual, entretanto, redactaba su primera crónica viajera. Fue dedicada a Charleston, foco sudista de primera importancia

BIBLIOGRAFÍA GENERAL DEL ESTUDIO. ORDEN ALFABÉTICO

A

ABC

1993 — *Libro de estilo de ABC*, Editorial Ariel, Barcelona.

ACOSTA MONTORO, José

1973 — *Periodismo y literatura*, Guadarrama, Madrid.

AGUILERA, Octavio

1992 — *La literatura en el periodismo y otros estudios en torno a la libertad y el mensaje informativo*, Paraninfo, Madrid.

ALARCÓN, Pedro Antonio de

2009 — *Diario de un testigo de la Guerra de África*, Luarna Ediciones, Madrid.

ALBADALEJO, T.

1984 — *Retórica: Sobre las características formales de la dispositio y la elocutio*, Editorial Síntesis, Madrid.

ALBALA, Alfonso

1970 — *Introducción al periodismo*, Guadarrama, Madrid.

ALBERT, Pierre

1990 — *Historia de la prensa*, Rialp, Madrid.

ALEMANY VICH, Luis

1974 — *La prensa en Menorca: contribución a su estudio*, en «Revista de Menorca», monográfico, Mahón.

ALMARCEGUI, Patricia

2005 — *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*, Grupo Editorial Akal, Madrid.

ALTABELLA, José

1945 — *Corresponsales de guerra: su historia y su actuación*, Ed. Febo, Madrid.

2005 — *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*, Grupo Editorial Akal, Madrid.

ÁLVAREZ, Basilio

1912 — *El libro del periodista*, Imprenta J. Pueyo, Madrid.

AMENGUAL, Esteban

1859 — *Recuerdos de mis viajes a la Crimea durante el memorable sitio de Sebastopol*, Imprenta de El Porvenir, Barcelona.

1864-1871 — *Opúsculo sobre mi vida*. Inédito, manuscrito. Fondos de la Biblioteca Pública de Mahón.

1899 — *Sencillos recuerdos de mis 30 viajes y excursiones a los Estados Unidos con ligeras apreciaciones sobre aquel pueblo*, Imprenta La Catalana, Barcelona.

AMORÓS, José Luis, y CANUT, María L.

1993 — *Europa 1700: El Grand Tour del menorquín Bernardo José*, Serbal e Institut Menorquí d'Estudis (IME), Mahón.

ANÓNIMO

1911 — *Encyclopedia Britannica*, Londres.

1913 — *Diccionario Espasa-Calpe*, Madrid.

1981 — *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Gredos, Madrid.

1984 — *Diccionario etimológico general de la lengua castellana*, Bruguera, Barcelona.

1985 — *Diccionario Literario. Montaner y Simón*, Barcelona.

1988 — *Diccionario ilustrado latín-español, español-latín*, Vox, Bibliograf, Barcelona.

2003 — *Diccionari d'Historiografia Catalana*, Enciclopèdia Catalana, Barcelona.

2006 — *Diccionario de la Real Academia Española*, RAE, Madrid.

ANÓNIMO

1854 — *Proyecto de fundación de un periódico en Mahón y condiciones que sirvan de punto de partida a las personas que quieran asociarse a la empresa*. Imprenta D. G. Ignacio Serra, Mahón.

1991 — *Cent anys de premsa periòdica a Menorca, 1811-1911*, catálogo de exposición. Biblioteca Pública de Mahón, Editorial Menorca.

1992 — *Història de la premsa periòdica a Menorca, 1912-1978*, catálogo de exposición, Biblioteca Pública de Mahón, Editorial Menorca.

ARCOS, Trinidad

2008 — *De Cicerón a Erasmo: la configuración de la epistolografía como género literario*, en «Boletín Millares Carlo», nº 27, UNED, Madrid, págs. 347-400.

ARRESE, Ángel

2002 — *Prensa económica: De la 'Lloyd's list' al 'wsj.com'*. EUSA, Pamplona.

Assía, Augusto

1966 — *Los corresponsales en el extranjero*, en la obra de González Ruiz, Nicolás (dir): *Enciclopedia de Periodismo*, Noguer, Madrid, págs. 369-384.

AZCONA, J. M.

1942 — *Recuerdos de la Guerra Carlista (1837-1839) por el Príncipe Félix von Lichnowsky*, Espasa-Calpe, Madrid.

B

BACON, Francis

1625 — *Los Viajes*, integrado en *Essays*. Existe una edición moderna de 1980, Ensayos Aguilar, Buenos Aires.

- BAQUERO GOYANES, Mariano
1997 — *¿Qué es la novela?, ¿qué es el cuento?*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia.
- BARÓ Y SUREDA, Teodoro
1902 — *El periodismo*, Barcelona.
- BARRERA, Carlos
1999 — *Del gacetero al profesional del periodismo*, Editorial Fragua, Madrid.
- BASTENIER, Miguel Ángel
2001 — *El blanco móvil: curso de Periodismo*, Ediciones El País Grupo Santillana, Madrid.
- BELENGUER JANÉ, Mariano
2002 — *Periodismo de viajes*, Comunicación Social Ediciones, Sevilla.
- BERNAL RODRÍGUEZ, Manuel
1997 — *La crónica periodística: tres aproximaciones a su estudio*, Padilla Libros, Sevilla.
- BERTRAND, Claude-Jean
1983 — *Los medios de comunicación social en Estados Unidos*. Editorial Eunsá, Pamplona.
- BOHLS, Elizabeth A., y DUNCAN, Ian
2005 — *Travel writing 1700-1830: An Anthology*, de Norton Books, Londres.
- BOND, Fazer
1969 — *Introducción al periodismo*, Ágora, Buenos Aires.
- BOVER, José María
1852 — *Imprentas de las Baleares*, Palma de Mallorca.
1862. — *Diccionario bibliográfico de las publicaciones periódicas de las Baleares*, Palma de Mallorca.

C

- CABAZÁN, Alfredo
1901 — *Cómo debe ser la prensa moderna*, Jaén.
- CABRA MARTORELL, Enric
1989 — *Presa de Menorca*, Institut Menorquí d'Estudis (IME), Mahón.
1990 — *Literatura i protocols judicials: un poema trobadoresc dins el procés contra en Ferrer de Muntpalau*, en «Revista de Menorca», Mahón, págs. 61-68.
- CANO CALDERÓN, Amelia
1987 — *El diario en la literatura: Estudio de su tipología*. En «Anales de Filología Hispánica», III, Murcia, págs. 53-60.
- CANTAVELLA, Juan
2002 — *La novela sin ficción*, Septem ediciones, Oviedo.

- 2004 — *La crónica en el Periodismo: explicación de hechos actuales*, en Cantavella y Serrano coord.: *Redacción para periodistas: informar e interpretar*, Ariel, Barcelona.
- CARRIZO RUEDA, Sofía M.
2008 — *Escrituras del viaje: Construcción y recepción de fragmentos del mundo*. Editorial Biblos, Buenos Aires.
- CASALS CARRO, María Jesús
2001 — *La narrativa periodística o la retórica de la realidad construida*, en «Estudios sobre el mensaje periodístico», n° 7, Universidad Complutense de Madrid, págs. 195-219.
2005 — *Periodismo y sentido de la realidad: teoría y análisis de la narrativa periodística*, Fragua, Madrid.
- CASASNOVAS, Miquel Àngel
2001 — *Introducción a la Historia de Menorca*, «Enciclopèdia de Menorca», tomo IX, «Història I», Obra Cultural de Menorca, Mahón.
- CASASÚS, Josep Maria
1986 — *Lliçons de periodisme en Josep Pla*, Ediciones Destino, Barcelona.
1989 — *Datos inéditos del debate teórico sobre periodismo en la Cataluña del cambio de siglo*, en revista «Anàlisi», n° 12, págs. 119-126, Universidad Autónoma de Barcelona.
1988 — *Iniciación a la Periodística*, Editorial Teide, Barcelona.
- CEBRIÁN, Juan Luis
2010 — *Contadores de historias*, Universidad Internacional Menéndez Pelayo (UIMP), Santander.
- CEBRIÁN HERREROS, Mariano
1992 — *Géneros informativos audiovisuales*, Ciencia 3 Distribución, Madrid.
- CHECA GODOY, Antonio
2006 — *El ejercicio de la libertad: La prensa española en el Sexenio Revolucionario, 1868-1874*, Biblioteca Nueva, Madrid.
- CHILLÓN, LLUÍS-ALBERT
1993 — *Literatura i Periodisme: Literatura periodística i periodisme literari en el temps de la post-ficció*, Universidad de Valencia y Universidad de Alicante editores.
1999 — *Literatura y periodismo: Una tradición de relaciones promiscuas*, Universidad Autónoma de Barcelona, Universidad de Valencia y Universidad Jaume I editores.
- CHIVITE FERNÁNDEZ, Javier
2009 — *José Luis Castillo-Puche: Un periodista viajero*, Editorial Fragua, Madrid.
- COLL I ALENTORN Miquel
1949-51 — *Bernat Desclot, Crònica*, Els Nostres Clàssics, Barcelona.
- COLL MESQUIDA, Germà
1960 — *La prensa de Mahón en el ochocientos (de la Cortes de Cádiz a la Restauración)*. Tesina inédita. Universidad de Barcelona.

COROMINAS, Joan
1981 — *Diccionari etimològic i complementari de la llengua catalana*, Curial, Barcelona.

CROCE, Benedetto
1917 — *Teoría e historia de la historiografía*, Editor Escuela, Buenos Aires. Hay una edición de 1966 en Imán Editores, Buenos Aires.

CUNNINGHAME GRAHAM, Robert B.
2010 — *Bernal Díaz del Castillo*, Espuela de Plata, Sevilla.

D

DE DIEGO, Álvaro
2007 — *La crónica periodística: un género personal*, Ed. Universitas, Madrid.

DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal
2000 — *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Castalia Didáctica, Madrid.

DÍEZ-BORQUE, José María
1995 — *El libro: de la tradición oral a la cultura impresa*, Biblioteca Divulgación Temática, Madrid.

DURÁN DE PORRAS, Elías
2008 — *Galicia, 'The Times' y la Guerra de la Independencia en España (1808-1809)*, Fundación Pedro Barrié, La Coruña.

E

EL PAÍS
1990 — *Libro de estilo*, Ediciones El País, Madrid.

ENCISO RECIO, L. M.
1956 — *Nipho y el periodismo español del s. XVIII*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.

F

FERNÁNDEZ, María Antonia
2003 — *Crónicas periodísticas de la Guerra de África, 1859-1860*, Biblioteca Nueva, Madrid.

FERNÁNDEZ PARRATT, Sonia
2006 — *Periodismo y literatura: una contribución a la delimitación de la frontera*, en «Estudios sobre el Mensaje Periodístico», nº 12. Universidad Complutense de Madrid, págs. 275-284.

FIOL GUISCAFRÉ, J. M.
1992 — *Descubriendo el Mediterráneo: viajeros ingleses por las Islas Baleares y Pitiusas en el siglo XIX*, Font Editor, Palma.

FORNEAS, María Celia
2004 — *¿Periodismo o literatura de viajes?*, en «Estudios sobre el Mensaje Periodístico», nº 10. Universidad Complutense de Madrid, págs. 221-240.

2005 — *El artículo de costumbres: crónica, crítica, literatura y periodismo*, en «Estudios sobre el Mensaje Periodístico», nº 11, Universidad Complutense de Madrid.

FOUCAULT, M.

1999 — *El orden del discurso*, Tusquets, Barcelona.

FUENTES, Juan F., y FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier

1998 — *Historia del Periodismo español*, Editorial Síntesis, Madrid.

FUSSELL, Paul

1987 — *The Eighteenth century and the Grand Tour*, The Norton Book of Travel, Londres.

G

GAILLARD, Philippe

1972 — *Técnica del periodismo*, Oikos-Tau, Barcelona.

GARCÍA-CASTAÑEDA, Salvador, coord.

1999 — *Literatura de viajes: El Viejo Mundo y el Nuevo*, Editorial Castalia, Madrid.

GARCÍA GALINDO, Juan Antonio

1999 — *La historia de la Periodística en España: El 'Tratado de Periodismo' de Augusto Jerez Perchet*, en *Del gacetero al profesional del Periodismo*, Carlos Barrera coordinador, Editorial Fragua, Madrid.

GARCÍA GUAL, Carlos

2011 — *Crónicas trepidantes y voces cálidas*. Suplemento Babelia de *El País*, 1-1-2011.

GARCÍA CASTAÑEDA, Salvador, coord.

1998 — *Historia del Periodismo español*, Editorial Síntesis, Madrid.

1999 — *Literatura de viajes: El viejo mundo y el nuevo*. Editorial Castalia, Madrid.

Universidad, Madrid.

2003 — *Manual de retórica*, Castalia

GARCÍA-MONTÓN, Isabel

2000 — *Agentes de una aproximación cultural: viajeros españoles en los Estados Unidos tras la guerra finisecular*. En *Viaxes interculturais: The twentieth-century, American Experience*. Publicaciones Universidad de Santiago de Compostela, págs. 237-247.

GELI, Carles

2011 — *El testigo y su relato*, Suplemento Babelia de *El País*, 1-1-2011, Madrid.

GIBBON, Edward

1986 — *The private letters of Edward Gibbon*, Ed. Rowland Prothero, Londres.

1956 — *The letters of Edward Gibbon*, Ed. Norton, Londres.

GIL GONZÁLEZ, Juan C.

2004 — *La crónica periodística. Evolución, desarrollo y nueva perspectiva: viaje desde la historia al periodismo interpretativo*, Global Media Journal, volumen. 1, nº 1, México, págs. 26-39.

GOMIS, Llorenç

1987 — *El medio media: la función política de la prensa*, Seminarios y Ediciones, Madrid.

1989 — *Teoria dels gèneres periodístics*, Estudis i Recerques, Barcelona.

1991 — *Teoría del periodismo: Cómo se forma el presente*, Paidós, Buenos Aires.

GONZÁLEZ RUIZ, Nicolás

1966 — *Enciclopedia de Periodismo*, Noguer, Madrid.

GRAÑA GONZÁLEZ, Manuel

1930 — *Ejercicios y orientaciones de Periodismo*, CIAP, Madrid.

GUERRA GÓMEZ, Amparo

2005 — *De emisarios a protagonistas: Boceto para una historia del periodismo corresponsal*, Editorial Fragua, Madrid.

GUERRIERO, Leila

2010 — *Qué es y qué no es el periodismo literario: más allá del adjetivo perfecto*, Universidad Internacional Menéndez Pelayo (UIMP). Santander.

GUILLAMET, Jaume

2002 — *Estudios de periodismo: Los primeros tratadistas españoles*. En *Homenaje a Jean-François Botrel*, edición a cargo de DESVOIS, Jean-Michel, Universidad de Burdeos.

2003 — *Història del Periodisme: Notícies, periodistes i mitjans de comunicació*, en «Aldea Global», nº 14. Universidad Autónoma, Barcelona.

2004 — *De las gacetas del siglo XVII a la libertad de imprenta del XIX*, en *Historia del Periodismo Universal*, Ariel Comunicación, Barcelona.

GUTIÉRREZ PALACIO, Juan

1984 — *Periodismo de Opinión*, Paraninfo, Madrid.

H

HALM, Karl

1863 — *Rhetores latini minores*, Leipzig. También en openlibrary.org

HERÓDOTO

1989-2004 — *Los nueve libros de la Historia*. Traducción de POU, Bartolomé. Editorial Edaf, Madrid.

I

ITURREGUI MARDARAS, Leire

2011 — *Origen y evolución de la relación entre periodistas y militares en operaciones. El sistema de empotrados Irak 2003*. Departamento de Periodismo II, Universidad del País Vasco. Tesis doctoral, inédita.

J

JEREZ PERCHET, Augusto

1901 — *Tratado de periodismo*, Imprenta de El Defensor de Granada, Granada.

JULIÀ SEGUÍ, Gabriel

1985 — *L'expedició francesa a Menorca de l'any 1756*, Ediciones Nura, Ciutadella.

K

KAGAN, Richard L.

2010 — *Los cronistas y la Corona*, Centro de Estudios Europa Hispánica y Marcial Pons Historia, Madrid.

KAPUŚCIŃSKI, Ryszard

2006 — *Viajes con Heródoto*, Anagrama, Madrid.

L

LABANDEIRA FERNÁNDEZ, AMANCIO

1983 — «Adiciones a un diccionario de seudónimos literarios españoles», en la revista *Dicenta: Cuadernos de Filología Hispánica*, nº 2, Universidad Complutense, Madrid, págs. 175-184.

LABORDE, Alexandre

1975 — *Viatge pintoresc i històric: El País Valencià i les Illes Balears*, Publicacions de la Abadia de Montserrat, Barcelona.

LAFUENTE HERNÁNDEZ, Eusebio

1981 — *Epistola Severi Episcopi*, Ediciones Nura, Ciutadella.

LARRA, Mariano José

1833 — *Revista Española*, nº 39, 19-3-1833, Madrid.

LINDEMANN, Christoph F. H.

2004 — *Diario del asedio de la fortaleza de San Felipe*, Institut Menorquí d'Estudis (IME), Mahón.

2007 — *Diario de un capellán del viaje por mar*, Institut Menorquí d'Estudis (IME), Mahón.

LLABRÉS BERNAL, Joan

1971 — *Menorca y la escuadra norteamericana en el siglo pasado, 1825 a 1830*, Imprenta Bristol, Palma de Mallorca.

- LLABRÉS QUINTANA, Gabriel
1896-97 — *El Diari de Mahó*, anexo a la «Revista de Menorca», Mahón, págs. 5-48.
1896-97 — *Estado de las revistas y periódicos que se publican en Menorca*, en «Revista de Menorca», Mahón.
Ídem — *Periódicos de Menorca*, en «Revista de Menorca», pág. 219, Mahón.
- LÓPEZ CRIADO, Fidel
2006 — *Literatura y prensa. Estudios de literatura española contemporánea*, Editorial Artabria, La Coruña.
- LÓPEZ HIDALGO, Antonio
2002 — *Géneros periodísticos complementarios*, Comunicación Social Ediciones, Sevilla.

M

- MAINAR, Rafael
1906 — *El arte del periodista*, Soler, Barcelona. Hay una reedición de Editorial Destino 2005, Barcelona.
- MARTÍN VIVALDI, Gonzalo
1986 — *Géneros Periodísticos*, Paraninfo, Madrid.
- MARTÍ CAMPS, Fernando
1987 — *El noble, magnífico y reverendo señor don Bernardo-José Olives de Nadal (1678-1715): Una vida azarosa, breve y bien aprovechada*, en «Revista de Menorca», págs. 313-373.
- MARTÍN, F. Xavier
2010 — *Poesia trobadoresca i vida cavalleressa a Menorca: Les cobles d'escarni (1345)*, en «Randa», n° 64, Publicacions de la Abadía de Montserrat, Barcelona, págs. 5-16.
- MARTÍNEZ ALBERTOS, José Luis
1968 — *Fundamentos ideológicos y técnicas de la prensa actual*. Nuestro Tiempo, n° 169-179, Pamplona.
1974 — *Redacción periodística: los estilos y los géneros en la prensa escrita*. ATE, Barcelona.
1983 — *Curso General de Redacción Periodística*, Mitre, Barcelona.
- MARTÍNEZ DE SOUSA, José
1981 — *Diccionario general del Periodismo*, Paraninfo, Madrid.
- MATUTE, Álvaro
1996 — *Crónica: Historia o literatura*, en «Historia Mexicana», XLVI, n° 4, págs. 711-722. El URL es: <http://www.jstor.org/stable/25139090>
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón
1957 — *Poesía juglaresca y orígenes de las literaturas románicas*, IEP, Madrid.
- MENÉNDEZ PIDAL, Gonzalo
1987 — *La España del siglo XIII leída en imágenes*, Real Academia de la Historia, Madrid.

- MINGUIJÓN, Salvador
1908 — *Las luchas del periodismo*, Tipografía Mariano Salas, Zaragoza.
- MITRE FERNÁNDEZ, Emilio
1995 — *Historia de la Edad Media en Occidente*, Cátedra, Madrid.
- MOLL, Borja
2005 — *Diccionari català-valencià-balear*, Impremta Moll, Palma de Mallorca.
- MONSIVÁIS, Carlos
1980 — *Antología de la crónica en México*, Editorial Era, México
2006 — *A ustedes les consta: Antología de la crónica en México*, Editorial Era, México.
- MONTORBIO JOVER, José Ignacio
1997 — *Crònica Menorquina de la Conquesta de l'illa de Menorca*, Edicions Nura, Ciutadella.
1985 — *Perfiles libresco de un romántico menorquín: legajo 'Papeles de Patxot' en la Pequeña Biblioteca Menorquina de Son Vives*, «Revista de Llibreria Antiquària», nº 9.
- MORAGAS SPA, Miquel
2005 — *Investigar sobre Periodismo II*, Publicaciones de la Universidad de Santiago de Compostela.
- O
- ORTIZ DE LA VEGA
1857 — *Anales de España: Desde sus orígenes hasta el tiempo presente*, Imprenta Tomàs Gorchs, Barcelona.
- P
- PALLICER, Marc
2009 — *Soldats i corsaris menorquins a terres llunyanes de Menorca (1650-1850)*, Edicions S'Auba, Sant Lluís.
- PANIAGUA, Pedro
2009 — *Información e interpretación en Periodismo*, UOC, Barcelona.
- PIZARROSO QUINTERO, Alejandro
2007 — *Periodismo de guerra*. Editorial Síntesis, Madrid.
- PORRAS CASTRO, Soledad
2004 — «Hombre, sociedad y cultura popular: Viajeros italianos a España en el siglo XIX». En *Garoza* (Revista de la Sociedad Española de Estudios Literarios de Cultura Popular), nº 4, págs. 219-238.
- PUERTAS, Antoni y ANDREU, Cristina
1993 — *L'Escola Nàutica i el port de Maó al segle XIX*, Institut Menorquí d'Estudis (IME), Mahón.

PUJANTE, David

2003 — *Manual de retórica*, Castalia Universidad, Madrid.

R

REDONDO PENAS, Alfredo

2005 — *Guerra d'Àfrica (1859-1860)*, Cossetània Edicions, Tarragona.

RHODES, James Ford

1918 — *History of the Civil War, 1861–1865*, MacMillan Company, Nueva York. Hay una edición de 2000 en Barteby, Nueva York.

RIQUER, Martín de

1972 — *Literatura catalana medieval*, Publicaciones del Ayuntamiento de Barcelona, nº 4.

1993 — *Historia de la Literatura catalana*, Ariel, Barcelona.

RIUS BLEIN, Hugo (compilador)

1988 — *Géneros de opinión*, Editorial Pablo de la Torriente, La Habana.

RIVAS NIETO, Pedro E.

2006 — *Historia y naturaleza del periodismo de viajes*, Ediciones Miraguano, Madrid.

RODRIGO ALHARILLA, Martín

2007 — *Navieras y navieros catalanes en los primeros tiempos del vapor, 1830-1870*. Revista de Transportes, Servicios y Telecomunicaciones, nº 13, Madrid, págs. 63-92.

ROJO, Alfonso

1995 — *Reportero de guerra: La historia, los secretos, los vicios y las virtudes de los corresponsales*, Planeta, Barcelona.

ROURA, Miquel

1896-97 — *La prensa periódica menorquina. Relación de los periódicos dos en Mahón y que posee la Biblioteca Pública*, en «Revista de Menorca», págs. 266-272, Mahón.

S

SAHAGÚN, Felipe

1986 — *El mundo fue noticia: corresponsales españoles en el extranjero*, Fundación Banco Exterior, Madrid.

SALAVERRÍA, Ramón

1997 — *Aproximación a los orígenes de la preceptiva sobre escritura periodística (1840-1940)*, en «Comunicación y Sociedad», volumen X, nº 1, Universidad de Navarra, págs. 61-94.

SALORD I RIPOLL, Josefina

1999-2000 — *Francesc Hernández Sanz i els horitzons de la memòria*, en «Revista de Menorca», Mahón, tomo de 1999-2000.
2002 — *Apunts de lectura de la relació autobiogràfica de Miquel Soliveras*, conferencia inédita.

- SÁNCHEZ ORTIZ, Modesto
1903 — *El periodismo*, facsímil de 1990, Fundación Privada Conde de Barcelona, Barcelona.
- SANTAMARÍA, Luisa y CASALS, María Jesús
1990 — *El comentario periodístico. Los géneros persuasivos*, Paraninfo, Madrid.
2000 — *La opinión periodística: argumentos y géneros para la persuasión*, Fragua, Madrid.
- SASTRE MOLL Jaume, y GOMILA HUGUET, Jaume
1985 — *Menorca dins les quatre grans cròniques catalanes*, Edicions Nura, Ciutadella de Menorca.
- SASTRE PORTELLA, Florenci y CASASNOVAS, Miquel À.
2010 — *De Menorca a Istanbul: el saqueig turc de Ciutadella, 1558*, Ayuntamiento de Ciutadella de Menorca.
- SASTRE PORTELLA, Josep
2000 — *La Carta de Sever de Menorca: anàlisi de les principals citacions bíbliques*, Trabajos del Museo de Menorca e Institut Menorquí d'Estudis (IME), Mahón.
- SEOANE, María Cruz
1983 — *Historia del periodismo en España, II, El siglo XIX*, Alianza Universidad Textos, Madrid.
- SEOANE, María Cruz y SAIZ, María Dolores
2007 — *Cuatro siglos de periodismo en España*, Alianza Editorial, Madrid.
- SERRA BUSQUETS, Sebastià
2009 — *Els estudis i la premsa local al segle XIX*, Institut d'Estudis Baleàrics (IEB), Palma de Mallorca.
- SIMS, Norman
2009 — *Los periodistas literarios*, Aguilar Grupo Santillana, Madrid.
- SOBERANAS, Amadeu J.
1961 — *Crònica General de Pere III el Cerimoniós, dita comunament Crònica de Sant Joan de la Penya*, Editorial Alpha, Barcelona.
- SOLDEVILA, Ferran
1971 — *Les Quatre Grans Cròniques*, Editorial Selecta, Barcelona.
- T**
- TULLOCK, Christopher
1998 — *Los corresponsales en el extranjero de prensa diaria española y el proceso de comunicación de la información internacional*. Tesis doctoral, Universidad Pompeu Fabra, inédita, Barcelona.
- V**
- VALENCIANO, Valentín
2009 — *Els inicis de la premsa a Mallorca*, Edicions Documenta Balear, Palma de Mallorca.

VALLS, Josep Francesc

1988 — *Prensa y burguesía en el XIX español*, Anthropos, Editorial del Hombre, Barcelona.

VILAVERDE GARCÍA, CAMILO

1930 — *La prensa y las prensas de Menorca*, Tipografía Mahonesa, Mahón.

W

WEILL, Georges

1962 — *El periódico*, UTHEA, México.

WHITE, Hayden

1973 — *Metahistory: The historical imagination in nineteenth-century European*. The Johns Hopkins University Press, Baltimor (Estados Unidos).

WOLFE, Tom

1998 — *El nuevo periodismo*, Anagrama, Barcelona.

Y

YANES, Rafael

2004 — *Géneros periodísticos y géneros anexos*, Fragua, Madrid.

2006 — *La crónica, un género del periodismo literario equidistante entre la información y la interpretación*, en «Espéculo: Revista de estudios literarios», Universidad Complutense de Madrid. El URL de este documento es

<http://www.ucm.es/info/especulo/numero32/cronica.html>

Fondos Documentales y Archivos

- Hemeroteca Histórica del Ateneo Científico, Literario y Artístico de Mahón.
- Fondos Hemerográficos de la Biblioteca Pública de Mahón. Sección Menorquina.
- Fondo de Donaciones. Carpetas de documentos manuscritos de Esteban Amengual, OA 7-1, 7-2, 7-3 y 7-4.
- Fondos Notariales de la Biblioteca Pública de Mahón. Protocolos del notario Antonio Plaza y Far.
- Archivo Histórico del Instituto Joan Ramis i Ramis de Mahón. Fondos de la Escuela Náutica
- Archivo de la Curia Diocesana de Menorca. Libros Sacramentales de nacimientos, bautismos y defunciones: L-170, L-346 y L-527.

BIBLIOGRAFÍA. ORDENACIÓN TEMÁTICA

- Historiografía general e Historia de la Literatura

ALBADALEJO, T.

1984 — *Retórica: Sobre las características formales de la dispositio y la elocutio*, Editorial Síntesis, Madrid.

AMORÓS, José Luis, y CANUT, María L.

1993 — *Europa 1700: El Grand Tour del menorquín Bernardo José*, Serbal e Institut Menorquí d'Estudis (IME), Mahón.

ARCOS, Trinidad

2008 — *De Cicerón a Erasmo: la configuración de la epistolografía como género literario*, en «Boletín Millares Carlo», nº 27, UNED, Madrid, págs. 347-400.

BAQUERO GOYANES, Mariano

1997 — *¿Qué es la novela?, ¿qué es el cuento?*, Servicio de Publicaciones de la Universidad de Murcia.

CABRA MARTORELL, Enric

1989 — *Presa de Menorca*, Institut Menorquí d'Estudis (IME), Mahón.

1990 — *Literatura i protocols judicials: un poema trobadoresc dins el procés contra en Ferrer de Muntpalau*, en «Revista de Menorca», Mahón, págs. 61-68.

CANO CALDERÓN, Amelia

1987 — *El diario en la literatura: Estudio de su tipología*. En «Anales de Filología Hispánica», III, Murcia, págs. 53-60.

CASASNOVAS, Miquel Àngel

2001 — *Introducción a la Historia de Menorca*, «Enciclopèdia de Menorca», tomo IX, «Història I», Obra Cultural de Menorca, Mahón.

COLL I ALENTORN Miquel

1949-51 — *Bernat Desclot, Crònica*, Els Nostres Clàssics, Barcelona.

CROCE, Benedetto

1917 — *Teoría e historia de la historiografía*, Editor Escuela, Buenos Aires. Hay una edición de 1966 en Imán Editores, Buenos Aires.

DÍAZ DEL CASTILLO, Bernal

2000 — *Historia verdadera de la conquista de la Nueva España*, Castalia Didáctica, Madrid.

FOUCAULT, M.

1999 — *El orden del discurso*, Tusquets, Barcelona.

HALM, Karl

1863 — *Rhetores latini minores*, Leipzig. También en openlibrary.org

- HERÓDOTO
1989-2004 — *Los nueve libros de la Historia*. Traducción de POU, Bartolomé. Editorial Edaf, Madrid.
- JULIÀ SEGUÍ, Gabriel
1985 — *L'expedició francesa a Menorca de l'any 1756*, Ediciones Nura, Ciutadella.
- KAGAN, Richard L.
2010 — *Los cronistas y la Corona*, Centro de Estudios Europa Hispánica y Marcial Pons Historia, Madrid.
- KAPUŚCIŃSKI, Ryszard
2006 — *Viajes con Heródoto*, Anagrama, Madrid.
- LABANDEIRA FERNÁNDEZ, AMANCIO
1983 — «Adiciones a un diccionario de seudónimos literarios españoles», en la revista *Dicenta: Cuadernos de Filología Hispánica*, nº 2, Universidad Complutense, Madrid, págs. 175-184.
- LAFUENTE HERNÁNDEZ, Eusebio
1981 — *Epistola Severi Episcopi*, Ediciones Nura, Ciutadella.
- LINDEMANN, Christoph F. H.
2004 — *Diario del asedio de la fortaleza de San Felipe*, Institut Menorquí d'Estudis (IME), Mahón.
2007 — *Diario de un capellán del viaje por mar*, Institut Menorquí d'Estudis (IME), Mahón.
- LLABRÉS BERNAL, Joan
1971 — *Menorca y la escuadra norteamericana en el siglo pasado, 1825 a 1830*, Imprenta Bristol, Palma de Mallorca.
- MARTÍN, F. Xavier
2010 — *Poesia trobadoresca i vida cavalleresca a Menorca: Les cobles d'escarni (1345)*, en «Randa», nº 64, *Publicaciones de la Abadía de Montserrat, Barcelona*, págs. 5-16.
- MATUTE, Álvaro
1996 — *Crónica: Historia o literatura*, en «Historia Mexicana», XLVI, nº 4, págs. 711-722. El URL es: <http://www.jstor.org/stable/25139090>
- MENÉNDEZ PIDAL, Ramón
1957 — *Poesía juglaresca y orígenes de las literaturas románicas*, IEP, Madrid.
- MENÉNDEZ PIDAL, Gonzalo
1987 — *La España del siglo XIII leída en imágenes*, Real Academia de la Historia, Madrid.
- MITRE FERNÁNDEZ, Emilio
1995 — *Historia de la Edad Media en Occidente*, Cátedra, Madrid.
- MONTORBIO JOVER, José Ignacio
1997 — *Crònica Menorquina de la Conquesta de l'illa de Menorca*, Ediciones Nura, Ciutadella.
1985 — *Perfiles libresco de un romántico menorquín: legajo 'Papeles de Patxot' en la Pequeña Biblioteca Menorquina de Son Vives*, «Revista de Llibreria Antiquària», nº 9.

- ORTIZ DE LA VEGA
1857 — *Anales de España: Desde sus orígenes hasta el tiempo presente*, Imprenta Tomàs Gorchs, Barcelona.
- PALLICER, Marc
2009 — *Soldats i corsaris menorquins a terres llunyanes de Menorca (1650-1850)*, Edicions S'Auba, Sant Lluís.
- PUERTAS, Antoni y ANDREU, Cristina
1993 — *L'Escola Nàutica i el port de Maó al segle XIX*, Institut Menorquí d'Estudis (IME), Mahón.
- PUJANTE, David
2003 — *Manual de retórica*, Castalia Universidad, Madrid.
- REDONDO PENAS, Alfredo
2005 — *Guerra d'Àfrica (1859-1860)*, Cossetània Edicions, Tarragona.
- RHODES, James Ford
1918 — *History of the Civil War, 1861–1865*, MacMillan Company, Nueva York. Hay una edición de 2000 en Barteby, Nueva York.
- RIQUER, Martín de
1972 — *Literatura catalana medieval*, Publicaciones del Ayuntamiento de Barcelona, nº 4.
1993 — *Historia de la Literatura catalana*, Ariel, Barcelona.
- RODRIGO ALHARILLA, Martín
2007 — *Navieras y navieros catalanes en los primeros tiempos del vapor, 1830-1870*. Revista de Transportes, Servicios y Telecomunicaciones, nº 13, Madrid, págs. 63-92.
- SALORD I RIPOLL, Josefina
1999-2000 — *Francesc Hernández Sanz i els horitzons de la memòria*, en «Revista de Menorca», Mahón, tomo de 1999-2000.
2002 — *Apunts de lectura de la relació autobiogràfica de Miquel Soliveras*, conferencia inédita.
- SASTRE MOLL Jaume, y GOMILA HUGUET, Jaume
1985 — *Menorca dins les quatre grans cròniques catalanes*, Edicions Nura, Ciutadella de Menorca.
- SASTRE PORTELLA, Florenci y CASASNOVAS, Miquel À.
2010 — *De Menorca a Istanbul: el saqueig turc de Ciutadella, 1558*, Ayuntamiento de Ciutadella de Menorca.
- SASTRE PORTELLA, Josep
2000 — *La Carta de Sever de Menorca: anàlisi de les principals citacions bíbliques*, Trabajos del Museo de Menorca e Institut Menorquí d'Estudis (IME), Mahón.
- SOBERANAS, Amadeu J.
1961 — *Crònica General de Pere III el Cerimoniós, dita comunament Crònica de Sant Joan de la Penya*, Editorial Alpha, Barcelona.
- SOLDEVILA, Ferran
1971 — *Les Quatre Grans Cròniques*, Editorial Selecta, Barcelona.

WHITE, Hayden

1973 — *Metahistory: The historical imagination in nineteenth-century European*. The Johns Hopkins University Press, Baltimor (Estados Unidos).

- Historia del Periodismo, preceptiva y géneros

ABC

1993 — *Libro de estilo de ABC*, Editorial Ariel, Barcelona.

ACOSTA MONTORO, José

1973 — *Periodismo y literatura*, Guadarrama, Madrid.

AGUILERA, Octavio

1992 — *La literatura en el periodismo y otros estudios en torno a la libertad y el mensaje informativo*, Paraninfo, Madrid.

ALBALA, Alfonso

1970 — *Introducción al periodismo*, Guadarrama, Madrid.

ALBERT, Pierre

1990 — *Historia de la prensa*, Rialp, Madrid.

ALEMANY VICH, Luis

1974 — *La prensa en Menorca: contribución a su estudio*, en «Revista de Menorca», monográfico, Mahón.

ÁLVAREZ, Basilio

1912 — *El libro del periodista*, Imprenta J. Pueyo, Madrid.

ANÓNIMOS

1854 — *Proyecto de fundación de un periódico en Mahón y condiciones que sirvan de punto de partida a las personas que quieran asociarse a la empresa*. Imprenta D. G. Ignacio Serra, Mahón.

1991 — *Cent anys de premsa periòdica a Menorca, 1811-1911*, catálogo de exposición. Biblioteca Pública de Mahón, Editorial Menorca.

1992 — *Història de la premsa periòdica a Menorca, 1912-1978*, catálogo de exposición, Biblioteca Pública de Mahón, Editorial Menorca.

ARRESE, Ángel

2002 — *Prensa económica: De la 'Lloyd's list' al 'wsj.com'*. EUSA, Pamplona.

BARÓ Y SUREDA, Teodoro

1902 — *El periodismo*, Barcelona.

BARRERA, Carlos

1999 — *Del gacetero al profesional del periodismo*, Editorial Fragua, Madrid.

BASTENIER, Miguel Ángel

2001 — *El blanco móvil: curso de Periodismo*, Ediciones El País Grupo Santillana, Madrid.

- BARÓ Y SUREDA, Teodoro
1902 — *El periodismo*, Barcelona.
- BARRERA, Carlos
1999 — *Del gacetero al profesional del periodismo*, Editorial Fragua, Madrid.
- BASTENIER, Miguel Ángel
2001 — *El blanco móvil: curso de Periodismo*, Ediciones El País Grupo Santillana, Madrid.
- BOND, Fazer
1969 — *Introducción al periodismo*, Ágora, Buenos Aires.
- BOVER, José María
1852 — *Imprentas de las Baleares*, Palma de Mallorca.
1862. — *Diccionario bibliográfico de las publicaciones periódicas de las Baleares*, Palma de Mallorca.
- CANTAVELLA, Juan
2002 — *La novela sin ficción*, Septem ediciones, Oviedo.
2004 — *La crónica en el Periodismo: explicación de hechos actuales*, en *Redacción para periodistas: informar e interpretar*, Ariel, Barcelona.
- CASALS CARRO, María Jesús
2001 — *La narrativa periodística o la retórica de la realidad construida*, en «Estudios sobre el mensaje periodístico», nº 7, Universidad Complutense de Madrid, págs. 195-219.
2005 — *Periodismo y sentido de la realidad: teoría y análisis de la narrativa periodística*, Fragua, Madrid.
- CASASÚS, Josep Maria
1986 — *Lliçons de periodisme en Josep Pla*, Ediciones Destino, Barcelona.
1989 — *Datos inéditos del debate teórico sobre periodismo en la Cataluña del cambio de siglo*, en revista «Anàlisi», nº 12, págs. 119-126, Universidad Autónoma de Barcelona.
1988 — *Iniciación a la Periodística*, Editorial Teide, Barcelona.
- CEBRIÁN HERREROS, Mariano
1992 — *Géneros informativos audiovisuales*, Ciencia 3 Distribución, Madrid.
- CEBRIÁN, Juan Luis
2010 — *Contadores de historias*, Universidad Internacional Menéndez Pelayo (UIMP), Santander.
- CHECA GODOY, Antonio
2006 — *El ejercicio de la libertad: La prensa española en el Sexenio Revolucionario, 1868-1874*, Biblioteca Nueva, Madrid.
- COLL MESQUIDA, Germà
1960 — *La prensa de Mahón en el ochocientos (de la Cortes de Cádiz a la Restauración)*. Tesina inédita. Universidad de Barcelona.

- DE DIEGO, Álvaro
2007 — *La crónica periodística: un género personal*, Ed. Universitas, Madrid.
- EL PAÍS
1990 — *Libro de estilo*, Ediciones El País, Madrid.
- ENCISO RECIO, L. M.
1956 — *Nipho y el periodismo español del s. XVIII*, Consejo Superior de Investigaciones Científicas, Madrid.
- FUENTES, Juan F., y FERNÁNDEZ SEBASTIÁN, Javier
1998 — *Historia del Periodismo español*, Editorial Síntesis, Madrid.
- GAILLARD, Philippe
1972 — *Técnica del periodismo*, Oikos-Tau, Barcelona.
- GARCÍA GALINDO, Juan Antonio
1999 — *La historia de la Periodística en España: El 'Tratado de Periodismo' de Augusto Jerez Perchet*, en *Del gacetero al profesional del Periodismo*, Carlos Barrera coordinador, Editorial Fragua, Madrid.
- GARCÍA GUAL, Carlos
2011 — *Crónicas trepidantes y voces cálidas*. Suplemento Babelia de *El País*, 1-1-2011.
- GELI, Carles
2011 — *El testigo y su relato*, Suplemento Babelia de *El País*, 1-1-2011, Madrid.
- GIBBON, Edward
1986 — *The private letters of Edward Gibbon*, Ed. Rowland Prothero, Londres.
1956 — *The letters of Edward Gibbon*, Ed. Norton, Londres.
- GIL GONZÁLEZ, Juan C.
2004 — *La crónica periodística. Evolución, desarrollo y nueva perspectiva: viaje desde la historia al periodismo interpretativo*, Global Media Journal, volumen. 1, nº 1, México, págs. 26-39.
- GOMIS, Llorenç
1987 — *El medio media: la función política de la prensa*, Seminarios y Ediciones, Madrid.
1989 — *Teoria dels gèneres periodístics*, Estudis i Recerques, Barcelona.
1991 — *Teoría del periodismo: Cómo se forma el presente*, Paidós, Buenos Aires.
- GONZÁLEZ RUIZ, Nicolás
1966 — *Enciclopedia de Periodismo*, Noguer, Madrid.
- GRAÑA GONZÁLEZ, Manuel
1930 — *Ejercicios y orientaciones de Periodismo*, CIAP, Madrid.
- GUERRA GÓMEZ, Amparo
2005 — *De emisarios a protagonistas: Boceto para una historia del periodismo corresponsal*, Editorial Fragua, Madrid.

- GUERRIERO, Leila
2010 — *Qué es y qué no es el periodismo literario: más allá del adjetivo perfecto*, Universidad Internacional Menéndez Pelayo (UIMP). Santander.
- GUILLAMET, Jaume
2002 — *Estudios de periodismo: Los primeros tratadistas españoles*. En *Homenaje a Jean-François Botrel*, edición a cargo de DESVOIS, Jean-Michel, Universidad de Burdeos.
2003 — *Història del Periodisme: Notícies, periodistes i mitjans de comunicació*, en «Aldea Global», nº 14. Universidad Autónoma, Barcelona.
2004 — *De las gacetas del siglo XVII a la libertad de imprenta del XIX*, en *Historia del Periodismo Universal*, Ariel Comunicación, Barcelona.
- GUTIÉRREZ PALACIO, Juan
1984 — *Periodismo de Opinión*, Paraninfo, Madrid.
- JEREZ PERCHET, Augusto
1901 — *Tratado de periodismo*, Imprenta de El Defensor de Granada, Granada.
- LARRA, Mariano José
1833 — *Revista Española*, nº 39, 19-3-1833, Madrid.
- LÓPEZ CRIADO, Fidel
2006 — *Literatura y prensa. Estudios de literatura española contemporánea*, Editorial Artabria, La Coruña.
- LÓPEZ HIDALGO, Antonio
2002 — *Géneros periodísticos complementarios*, Comunicación Social Ediciones, Sevilla.
- MAINAR, Rafael
1906 — *El arte del periodista*, Soler, Barcelona. Hay una reedición de Editorial Destino 2005, Barcelona.
- MARTÍN VIVALDI, Gonzalo
1986 — *Géneros Periodísticos*, Paraninfo, Madrid.
- MARTÍNEZ ALBERTOS, José Luis
1968 — *Fundamentos ideológicos y técnicas de la prensa actual*. Nuestro Tiempo, nº 169-179, Pamplona.
1974 — *Redacción periodística: los estilos y los géneros en la prensa escrita*. ATE, Barcelona.
1983 — *Curso General de Redacción Periodística*, Mitre, Barcelona.
- MARTÍNEZ DE SOUSA, José
1981 — *Diccionario general del Periodismo*, Paraninfo, Madrid.
- MINGUIJÓN, Salvador
1908 — *Las luchas del periodismo*, Tipografía Mariano Salas, Zaragoza.
- MONSIVÁIS, Carlos
1980 — *Antología de la crónica en México*, Editorial Era, México
2006 — *A ustedes les consta: Antología de la crónica en México*, Editorial Era, México.

- MORAGAS SPA, Miquel
2005 — *Investigar sobre Periodismo II*, Publicaciones de la Universidad de Santiago de Compostela.
- PANIAGUA, Pedro
2009 — *Información e interpretación en Periodismo*, UOC, Barcelona.
- RIUS BLEIN, Hugo (compilador)
1988 — *Géneros de opinión*, Editorial Pablo de la Torriente, La Habana.
- ROURA, Miquel
1896-97 — *La prensa periódica menorquina. Relación de los periódicos dos en Mahón y que posee la Biblioteca Pública*, en «Revista de Menorca», págs. 266-272, Mahón.
- SALAVERRÍA, Ramón
1997 — *Aproximación a los orígenes de la preceptiva sobre escritura periodística (1840-1940)*, en «Comunicación y Sociedad», volumen X, nº 1, Universidad de Navarra, págs. 61-94.
- SÁNCHEZ ORTIZ, Modesto
1903 — *El periodismo*, facsímil de 1990, Fundación Privada Conde de Barcelona, Barcelona.
- SANTAMARÍA, Luisa y CASALS, María Jesús
1990 — *El comentario periodístico. Los géneros persuasivos*, Paraninfo, Madrid.
2000 — *La opinión periodística: argumentos y géneros para la persuasión*, Fragua, Madrid.
- SEOANE, María Cruz y SAIZ, María Dolores
2007 — *Cuatro siglos de periodismo en España*, Alianza Editorial, Madrid.
- SERRA BUSQUETS, Sebastià
2009 — *Els estudis i la premsa local al segle XIX*, Institut d'Estudis Balearics (IEB), Palma de Mallorca.
- SIMS, Norman
2009 — *Los periodistas literarios*, Aguilar Grupo Santillana, Madrid.
- VALENCIANO, Valentín
2009 — *Els inicis de la premsa a Mallorca*, Edicions Documenta Balear, Palma de Mallorca.
- VALLS, Josep Francesc
1988 — *Prensa y burguesía en el XIX español*, Anthropos, Editorial del Hombre, Barcelona.
- VILAVERDE GARCÍA, CAMILO
1930 — *La prensa y las prensas de Menorca*, Tipografía Mahonesa, Mahón.
- WEILL, Georges
1962 — *El periódico*, UTHEA, México.
- WOLFE, Tom
1998 — *El nuevo periodismo*, Anagrama, Barcelona.

YANES, Rafael

- 2004 — *Géneros periodísticos y géneros anexos*, Fragua, Madrid.
 2006 — *La crónica, un género del periodismo literario equidistante entre la información y la interpretación*, en «Espéculo: Revista de estudios literarios», Universidad Complutense de Madrid. El URL de este documento es
<http://www.ucm.es/info/especulo/numero32/cronica.html>

- Literatura y Periodismo de viajes. Periodismo corresponsal

ACOSTA MONTORO, José

- 1973 — *Periodismo y literatura*, Guadarrama, Madrid.

AGUILERA, Octavio

- 1992 — *La literatura en el periodismo y otros estudios en torno a la libertad y el mensaje informativo*, Paraninfo, Madrid.

ALARCÓN, Pedro Antonio de

- 2009 — *Diario de un testigo de la Guerra de África*, Luarna Ediciones, Madrid.

ALMARCEGUI, Patricia

- 2005 — *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*, Grupo Editorial Akal, Madrid.

ALTABELLA, José

- 1945 — *Corresponsales de guerra: su historia y su actuación*, Ed. Febo, Madrid.
 2005 — *Los libros de viaje: realidad vivida y género literario*, Grupo Editorial Akal, Madrid.

AMENGUAL, Esteban

- 1859 — *Recuerdos de mis viajes a la Crimea durante el memorable sitio de Sebastopol*, Imprenta de El Porvenir, Barcelona.
 1864-1871 — *Opúsculo sobre mi vida*. Inédito, manuscrito. Fondos de la Biblioteca Pública de Mahón.
 1899 — *Sencillos recuerdos de mis 30 viajes y excursiones a los Estados Unidos con ligeras apreciaciones sobre aquel pueblo*, Imprenta La Catalana, Barcelona.

Assía, Augusto

- 1966 — *Los corresponsales en el extranjero*, en la obra colectiva *Enciclopedia de Periodismo*, Noguer, Madrid, págs. 369-384.

AZCONA, J. M.

- 1942 — *Recuerdos de la Guerra Carlista (1837-1839) por el Príncipe Félix von Lichnowsky*, Espasa-Calpe, Madrid.

BACON, Francis

- 1625 — *Los Viajes*, integrado en *Essays*. Existe una edición moderna de 1980, Ensayos Aguilar, Buenos Aires.

- BELENGUER JANÉ, Mariano
2002 — *Periodismo de viajes*, Comunicación Social Ediciones, Sevilla.
- BOHLS, Elizabeth A., y DUNCAN, Ian
2005 — *Travel writing 1700-1830: An Anthology*, de Norton Books, Londres.
- CARRIZO RUEDA, Sofía M.
2008 — *Escrituras del viaje: Construcción y recepción de fragmentos del mundo*. Editorial Biblos, Buenos Aires.
- CHILLÓN, LLUÍS-ALBERT
1993 — *Literatura i Periodisme: Literatura periodística i periodisme literari en el temps de la post-ficció*, Universidad de Valencia y Universidad de Alicante editores.
1999 — *Literatura y periodismo: Una tradición de relaciones promiscuas*, Universidad Autónoma de Barcelona, Universidad de Valencia y Universidad Jaume I editores.
- CHIVITE FERNÁNDEZ, Javier
2009 — *José Luis Castillo-Puche: Un periodista viajero*, Editorial Fragua, Madrid.
- DURÁN DE PORRAS, Elías
2008 — *Galicia, 'The Times' y la Guerra de la Independencia en España (1808-1809)*, Fundación Pedro Barrié, La Coruña.
- FERNÁNDEZ, María Antonia
2003 — *Crónicas periodísticas de la Guerra de África, 1859-1860*, Biblioteca Nueva, Madrid.
- FERNÁNDEZ PARRATT, Sonia
2006 — *Periodismo y literatura: una contribución a la delimitación de la frontera*, en «Estudios sobre el Mensaje Periodístico», nº 12. Universidad Complutense de Madrid, págs. 275-284.
- FORNEAS, María Celia
2004 — *¿Periodismo o literatura de viajes?*, en «Estudios sobre el Mensaje Periodístico», nº 10. Universidad Complutense de Madrid, págs. 221-240.
2005 — *El artículo de costumbres: crónica, crítica, literatura y periodismo*, en «Estudios sobre el Mensaje Periodístico», nº 11, Universidad Complutense de Madrid.
- FUSSELL, Paul
1987 — *The Eighteenth century and the Grand Tour*, The Norton Book of Travel, Londres.
- GARCÍA-CASTAÑEDA, Salvador, coord.
1999 — *Literatura de viajes: El Viejo Mundo y el Nuevo*, Editorial Castalia, Madrid.
- GARCÍA-MONTÓN, Isabel
2000 — *Agentes de una aproximación cultural: viajeros españoles en los Estados Unidos tras la guerra finisecular*. En *Viaxes interculturais: The twentieth-century, American Experience*.

- Publicaciones Universidad de Santiago de Compostela, págs. 237-247.
- GIBBON, Edward
1986 — *The private letters of Edward Gibbon*, Ed. Rowland Prothero, Londres.
1956 — *The letters of Edward Gibbon*, Ed. Norton, Londres.
- ITURREGUI MARDARAS, Leire
2011 — *Origen y evolución de la relación entre periodistas y militares en operaciones. El sistema de empotrados Irak 2003*. Departamento de Periodismo II, Universidad del País Vasco. Tesis doctoral, inédita.
- KAPUŚCIŃSKI, Ryszard
2006 — *Viajes con Heródoto*, Anagrama, Madrid.
- LÓPEZ CRIADO, Fidel
2006 — *Literatura y prensa. Estudios de literatura española contemporánea*, Editorial Artabria, La Coruña.
- PIZARROSO QUINTERO, Alejandro
2007 — *Periodismo de guerra*. Editorial Síntesis, Madrid.
- RIVAS NIETO, Pedro E.
2006 — *Historia y naturaleza del periodismo de viajes*, Ediciones Miraguano, Madrid.
- ROJO, Alfonso
1995 — *Reportero de guerra: La historia, los secretos, los vicios y las virtudes de los corresponsales*, Planeta, Barcelona.
- SAHAGÚN, Felipe
1986 — *El mundo fue noticia: corresponsales españoles en el extranjero*, Fundación Banco Exterior, Madrid.
- SIMS, Norman
2009 — *Los periodistas literarios*, Aguilar Grupo Santillana, Madrid.
- TULLOCK, Christopher
1998 — *Los corresponsales en el extranjero de prensa diaria española y el proceso de comunicación de la información internacional*. Tesis doctoral, Universidad Pompeu Fabra, inédita, Barcelona.

- Dictionarios y obras de referencia

- 1911 — *Encyclopedia Britannica*, Londres.
1913 — *Diccionario Espasa-Calpe*, Madrid.
1981 — *Diccionario crítico etimológico castellano e hispánico*, Gredos, Madrid.
1984 — *Diccionario etimológico general de la lengua castellana*, Bruguera, Barcelona.
1985 — *Diccionario Literario. Montaner y Simón*, Barcelona.
1988 — *Diccionario ilustrado latín-español, español-latín*, Vox, Bibliograf, Barcelona.

- 2003 —*Diccionari d'Historiografia Catalana*, Enciclopèdia Catalana, Barcelona.
- 2006 —*Diccionario de la Real Academia Española*, RAE, Madrid.
- COROMINAS, Joan
1981 —*Diccionari etimològic i complementari de la llengua catalana*, Curial, Barcelona.
- GONZÁLEZ RUIZ, Nicolás
1966 —*Enciclopedia de Periodismo*, Noguer, Madrid.
- MARTÍNEZ DE SOUSA, José
1981 —*Diccionario general del Periodismo*, Paraninfo, Madrid.
- MOLL, Borja
2005 —*Diccionari català-valencià-balear*, Impremta Moll, Palma de Mallorca.

- Fondos Documentales y Archivos

- ✓ Hemeroteca Histórica del Ateneo Científico, Literario y Artístico de Mahón.
- ✓ Fondos Hemerográficos de la Biblioteca Pública de Mahón. Sección Menorquina.
- ✓ Fondo de Donaciones. Carpetas de documentos manuscritos de Esteban Amengual, OA 7-1, 7-2, 7-3 y 7-4.
- ✓ Fondos Notariales de la Biblioteca Pública de Mahón. Protocolos del notario Antonio Plaza y Far.
- ✓ Archivo Histórico del Instituto Joan Ramis i Ramis de Mahón. Fondos de la Escuela Náutica.

Archivo de la Curia Diocesana de Menorca. Libros Sacramentales de nacimientos, bautismos y defunciones: L-170, L-346 y L-527.

ANEXO DOCUMENTAL